

**Escola Nacional Florestan Fernandes ENFF
Movimiento Sin Tierra – MST (Brasil)**

Curso Teoría política latinoamericana

(Guararema, segundo cuatrimestre 2007)

Materiales

(Materiales sugeridos de lectura y consulta¹)

Propuesta de Néstor Kohan
(Cátedra Che Guevara – Colectivo Amauta
www.amauta.lahaine.org)

Indice

- * Emiliano Zapata:
 - Acerca de la carta de Emiliano Zapata al general Genaro Amezcua

- * Deodoro Roca:
 - Manifiesto Liminar de la Reforma Universitaria de Córdoba (manifiesto)

- * José Carlos Mariátegui:
 - “El primero de mayo y el frente único” (artículo)
 - “Dos concepciones de la vida” (artículo) **No lo tengo digitalizado**
 - “Aniversario y balance” (Editorial de la revista *Amauta*)
 - “Punto de vista antiimperialista” (artículo)

- * Julio Antonio Mella:
 - “El concepto socialista de Reforma Universitaria” (artículo)
 - “Glosas a Martí” (artículo) **No lo tengo digitalizado**
 - ¿Qué es el ARPA? (ensayo corto) **No lo tengo digitalizado**

- * Aníbal Norberto Ponce:

¹ Disculpas... pero los materiales que tengo, están en castellano, habría que buscarlos en portugués...

- *Humanismo burgués y humanismo proletario* (primera parte del libro, está dividido en dos, sólo la primera parte) **No lo tengo digitalizado**
 - “Cinco artículos sobre el problema nacional e indígena” (artículos periodísticos del periódico *El nacional de México*) **No lo tengo digitalizado**
 - * Silvio Frondizi:
 - El peronismo (fragmento de entrevista)
 - * Fidel Castro:
 - Segunda declaración de la Habana (manifiesto)
 - Prólogo al *Diario del Che en Bolivia* (prólogo)
 - * Haydeé Santamaría
 - Cartas (a sus padres y al Che Guevara)
 - * Ernesto Che Guevara:
 - “El socialismo y el hombre nuevo” (carta-ensayo)
 - Carta a Armando Hart Dávalos sobre los estudios de filosofía (carta)
 - “La planificación socialista, su significado” (artículo)
 - “Mensaje a la Tricontinental a través de los pueblos del mundo” (artículo-manifiesto)
 - * Mario Roberto Santucho:
 - *Poder burgués, poder revolucionario* (artículo-ensayo)
 - * PRT de Argentina:
 - “El marxismo y la cuestión del poder” (fragmentos de documentos de IV Congreso)
 - * Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR: PRT-ERP de Argentina, Tupamaros de Uruguay, ELN de Bolivia y MIR de Chile):
 - “A los pueblos de América Latina” (editorial-manifiesto)
 - * Carlos Rossi [seudónimo]:
 - *La revolución permanente en América Latina* (libro corto)
-
- * Textos de Néstor para consulta:
 - Los combates de Mariátegui (capítulo del libro *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*)
 - “Che Guevara: lector de *El Capital* (Entrevista a Orlando Borrego, compañero y ayudante del Che) (Entrevista)
 - ¿Foquismo? Acerca del pensamiento político de Mario Roberto Santucho y la tradición guevarista) (clase-artículo)

- “Marx en su (Tercer) mundo” (último capítulo del libro del mismo nombre)
- “José Aricó, «Pasado y Presente» y los gramscianos argentinos” (reseña crítica)
- “La gobernabilidad del capitalismo periférico y los desafíos de la izquierda” (artículo)
- “Las Fuerzas Armadas latinoamericanas: ferocidad, sumisión y genocidio” (artículo)
- Desafíos del marxismo frente al posmodernismo (artículo)

Materiales

Acerca de la carta de Emiliano Zapata al general Genaro Amescua

[Nota de Néstor Kohan, fragmento de un prólogo a la edición mexicana de *El Capital: Historia y método: Una introducción*. No tengo digitalizada toda la carta, se puede encontrar en el libro de Adolfo Gilly: *México, la revolución interrumpida*. La Habana, Ciencias Sociales, 2003.(Reedición de la editorial ERA de México)]

Cualquiera que se imagine que la perspectiva política que nutre sus raíces en la tradición de Emiliano Zapata es opuesta o inclusive contradictoria con el pensamiento marxista de Lenin (y sus herederos), bien haría en recordar aquella hermosa carta que el líder de la revolución mexicana escribiera en Tlaltizapán, Morelos, el 14 de febrero de 1918 (publicada por primera vez en mayo de ese año en el diario *El Mundo* de La Habana). Trazando un paralelo directo entre la rebeldía de los campesinos insurrectos de México y la revolución bolchevique de obreros y campesinos encabezada por Lenin y Trotsky, entre muchas otras cosas Emiliano Zapata afirmaba: *“Mucho ganaríamos, mucho ganaría la humanidad y la justicia, si todos los pueblos de América y todas las naciones de la vieja Europa comprendiesen que la causa del México Revolucionario y la causa de Rusia son y representan la causa de la humanidad, el interés supremo de todos los pueblos oprimidos. [...] Aquí como allá, hay grandes señores, inhumanos, codiciosos y crueles que de padres a hijos han venido explotando hasta la tortura a grandes masas de campesinos. Y aquí como allá los hombres esclavizados, los hombres de conciencia dormida, empiezan a despertar, a sacudirse, a agitarse, a castigar. [...] No es de extrañar, por lo mismo, que el proletariado mundial aplauda y admire la Revolución Rusa, del mismo modo que otorgará toda su adhesión, su simpatía y su apoyo a esta Revolución Mexicana, al darse cabal cuenta de sus fines”*.

Deodoro Roca

Manifiesto Liminar de la Reforma Universitaria

Federación Universitaria de Córdoba [Argentina], 1918

Hombres de una república libre, acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua denominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos; las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana.

La rebeldía estalla en Córdoba y es violenta porque aquí los tiranos se habían ensoberbecido y era necesario borrar para siempre el recuerdo de los contrarrevolucionarios de Mayo. Las universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y -lo que es peor aun- el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara. Las universidades han llegado a ser así fiel reflejo de estas sociedades decadentes que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por eso es que la ciencia frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático. Cuando en un raptó fugaz abre sus puertas a los altos espíritus, es para arrepentirse luego y hacerles imposible la vida en su recinto. Por eso es que, dentro de semejante régimen, las fuerzas naturales llevan a mediocrizar la enseñanza, y el ensanchamiento vital de los organismos universitarios no es el fruto del desarrollo orgánico, sino el aliento de la periodicidad revolucionaria.

Nuestro régimen universitario -aún el más reciente- es anacrónico. Está fundado sobre una especie de derecho divino; el derecho divino del profesorado universitario. Se crea a sí mismo. En él nace y en él muere. Mantiene un alejamiento olímpico. La federación universitaria de Córdoba se alza para luchar contra este régimen y entiende que en ello le va la vida. Reclaman un gobierno estrictamente democrático y sostiene que el demos universitario, la soberanía, el derecho a darse el gobierno propio radica principalmente en los estudiantes. El concepto de autoridad que corresponde y acompaña a un director o a un maestro en un hogar de estudiantes universitarios no puede apoyarse en la fuerza de disciplinas extrañas a la sustancia misma de los estudios. La autoridad, en un hogar de estudiantes, no se ejercita mandando, sino sugiriendo y amando: enseñando.

Si no existe una vinculación espiritual entre el que enseña y el que aprende, toda enseñanza es hostil y por consiguiente infecunda. Toda la educación es una larga obra de amor a los que aprenden. Fundar la garantía de una paz fecunda en el artículo conminatorio de un reglamento o de un estatuto es, en todo caso, amparar un régimen cuartelario, pero no una labor de ciencia. Mantener la actual relación de gobernantes a gobernados es agitar el fermento de futuros trastornos. Las almas de los jóvenes deben ser movidas por fuerzas espirituales. Los gastados resortes de la autoridad que emana de la fuerza no se avienen con lo que reclaman el sentimiento y el concepto moderno de las universidades. El chasquido del látigo solo puede rubricar el silencio de los inconscientes o de los cobardes. La única actitud silenciosa, que cabe en un instituto de ciencia, es la del que escucha una verdad o la del que experimenta para crearla o comprobarla.

Por eso queremos arrancar de raíz en el organismo universitario el arcaico y bárbaro concepto de autoridad que en estas casas de estudio es un baluarte de absurda tiranía y solo sirve para proteger criminalmente la falsa dignidad y la falsa competencia. Ahora advertimos que la reciente reforma, sinceramente liberal, aportada a la Universidad de Córdoba por el Doctor José Nicolás Matienzo, solo ha venido a probar que el mal era mas afligente de lo que imaginábamos y que los antiguos privilegios disimulaban un estado de avanzada descomposición. La reforma Matienzo no ha inaugurado una democracia universitaria, ha sancionado el predominio de una casta de profesores. Los intereses creados en torno de los mediocres han encontrado en ella un inesperado apoyo. Se nos acusa ahora de insurrectos en nombre de un orden que no discutimos, pero que nada tiene que hacer con nosotros. Si ello es así, si en nombre del orden se nos quiere seguir burlando y embruteciendo, proclamamos bien alto el derecho sagrado a la insurrección. Entonces la única puerta que nos queda abierta a la esperanza es el destino heroico de la juventud. El sacrificio es nuestro mejor estímulo; la redención espiritual de las juventudes americanas, nuestra única recompensa, pues sabemos que nuestras verdades lo son -y dolorosas- de todo el continente. ¿Qué en nuestro país una ley -se dice-, la ley de Avellaneda, se opone a nuestros anhelos? Pues a reformar la ley, que nuestra salud moral lo esta exigiendo.

La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aun de contaminarse. No se equivoca nunca en la elección de sus propios maestros. Ante los jóvenes no se hace mérito adulando o comprando. Hay que dejar que ellos mismos elijan sus maestros y directores, seguros de que el acierto a de coronar sus determinaciones. En adelante, solo podrán ser maestros en la futura república universitaria los verdaderos constructores de almas, los creadores de verdad, de belleza y de bien.

La juventud universitaria de Córdoba cree que a llegado la hora de plantear este grave problema a la consideración del país y de sus hombres representativos.

Los sucesos acaecidos recientemente en la Universidad de Córdoba, con motivo de la elección rectoral, aclaran singularmente nuestra razón en la manera de apreciar el conflicto universitario. La Federación Universitaria de Córdoba cree que debe hacer conocer al país y a América las circunstancias de orden moral y jurídico que invalidan el acto electoral verificado el 15 de junio. Al confesar los ideales y principios que mueven a la juventud en esta hora única de su vida, quiere referir los aspectos locales del conflicto y levantar bien alta la llama que esta quemando el viejo reducto de la opresión clerical. En la Universidad Nacional de Córdoba y en esta ciudad no se han presenciado desórdenes; se ha contemplado y se contempla el nacimiento de una verdadera revolución que a de agrupar bien pronto bajo su bandera a todos los hombres libres del continente. Referiremos los sucesos para que se vea cuánta razón nos asistía y cuánta vergüenza nos sacó a la cara la cobardía y la perfidia de los reaccionarios. Los actos de la violencia, de los cuales nos responsabilizamos íntegramente, se cumplían como en el ejercicio de puras ideas. Volteamos lo que representaba un alzamiento anacrónico y lo hicimos para poder levantar siquiera el corazón sobre esas ruinas. Aquellos representan también la medida de nuestra indignación en presencia de la miseria moral, de la simulación y del engaño artero que pretendía filtrarse con las apariencias de la legalidad. El sentido moral estaba oscurecido en las clases dirigentes por un fariseísmo tradicional y por una pavorosa indigencia de ideales.

El espectáculo que ofrecía la asamblea universitaria era repugnante. Grupos de amorales deseosos de captarse la buena voluntad del futuro Rector exploraban los contornos en el primer escrutinio, para inclinarse luego al bando que parecía asegurar el triunfo, sin recordar la adhesión públicamente empeñada, el compromiso de honor contraído por los intereses de la Universidad. Otros -los más-, en nombre del sentimiento religioso y bajo la advocación de la Compañía de Jesús, exhortaban a la traición y al pronunciamiento subalterno. (¡Curiosa religión que enseña a menospreciar el honor y deprimir la personalidad! ¡Religión para vencidos o para esclavos!). Se había obtenido una reforma liberal mediante el sacrificio heroico de una juventud. Se creía haber conquistado una garantía y de la garantía se apoderaban los únicos enemigos de la reforma. En la sombra de los jesuitas habían preparado el triunfo de una profunda inmoralidad. Consentirla habría comportado otra traición. A la burla respondimos con la revolución. La mayoría expresaba la suma de la represión, de la ignorancia y del vicio. Entonces dimos la única lección que cumplía y espantamos para siempre la amenaza del dominio clerical.

La sanción moral es nuestra. El derecho también. Aquellos pudieron obtener la sanción jurídica, empotrarse en la ley. No se lo permitimos. Antes de que la iniquidad fuera un acto jurídico irrevocable y completo, nos apoderamos del salón de actos y arrojamos a la canallada, solo entonces amedrentada, a la vera de los claustros. Que esto es cierto lo patentiza el hecho de haber, a continuación sesionado en el propio salón de actos la Federación Universitaria y de haber firmado mil estudiantes sobre el mismo pupitre rectoral la declaración de huelga indefinida.

En efecto, los estatutos reformados disponen que la elección de Rector terminara en una sola sesión, proclamándose inmediatamente el

resultado, previa lectura de cada una de las boletas y aprobación del acta respectiva. Afirmamos, sin temor de ser rectificadas, que las boletas no fueron leídas, que el acta no fue aprobada, que el rector no fue proclamado y que, por consiguiente, para la ley, aun no existe rector de esta Universidad.

La juventud universitaria de Córdoba afirma que jamás hizo cuestión de nombres ni de empleos. Se levanto contra un régimen administrativo, contra un método docente, contra un concepto de autoridad. Las funciones publicas se ejercitaban en beneficio de determinadas camarillas. No se reformaban ni planes ni reglamentos por temor de que alguien en los cambios pudieran perder su empleo. La consigna de "hoy para ti, mañana para mi" corría de boca en boca y asumía la preeminencia de estatuto universitario. Los métodos docentes estaban viciados de un estrecho dogmatismo, contribuyendo a mantener a la universidad apartada de la ciencia y de las disciplinas modernas. Las lecciones, encerradas en la repetición interminable de viejos textos, amparaban el espíritu de rutina y de sumisión. Los cuerpos universitarios, celosos guardianes de los dogmas, trataban de mantener en clausura a la juventud, creyendo que la conspiración del silencio puede ser ejercitada en contra de la ciencia. Fue entonces cuando la oscura universidad mediterránea cerro sus puertas a Ferri, a Ferrero, a Palacios y a otros, ante el temor de que fuera perturbada su placida ignorancia. Hicimos entonces una santa revolución y el régimen cayo a nuestros golpes.

Creímos honradamente que nuestro esfuerzo había creado algo nuevo, que por lo menos la elevación de nuestros ideales merecía algún respeto. Asombrados, contemplamos entonces como se coaligaban para arrebatar nuestra conquista los mas crudos reaccionarios.

No podemos dejar librada nuestra suerte a la tiranía de una secta religiosa, ni al juego de interese egoístas. A ellos se nos quiere sacrificar. El que se titula rector de la Universidad de San Carlos ha dicho su primera palabra: "prefiero antes de renunciar que quede el tendal de cadáveres de los estudiantes". Palabras llenas de piedad y de amor, de respeto reverencioso a la disciplina; palabras dignas del jefe de una casa de altos estudios. No invoca ideales ni propósitos de acción cultural. Se siente custodiado por la fuerza y se alza soberbio y amenazador. ¡Armoniosa lección que acaba de dar a la juventud el primer ciudadano de una democracia universitaria!. Recojamos la lección, compañeros de toda América; acaso tenga el sentido de un presagio glorioso, la virtud de un llamamiento a la lucha suprema por la libertad; ella nos muestra al verdadero carácter de la autoridad universitaria, tiránica y obcecada, que ve en cada petición un agravio y en cada pensamiento una semilla de rebelión.

La juventud ya no pide. Exige que se le reconozca el derecho a exteriorizar ese pensamiento propio en los cuerpos universitarios por medio de sus representantes. Esta cansada de representar a los tiranos. Si ha sido capaz de realizar una revolución en las conciencias, no puede desconocerle la capacidad de intervenir en el gobierno de su propia casa.

La juventud universitaria de Córdoba, por intermedio de su Federación, saluda a los compañeros de América toda y los incita a colaborar en la obra de libertad que inicia.

El 1° de Mayo y el Frente Único

José Carlos Mariátegui

Escrito: 1924.

Primera edición: *El Obrero Textil*, vol. V, No. 59, Lima (Perú), mayo 1, 1924.

El 1° de Mayo es, en todo el mundo, un día de unidad del proletariado revolucionario, una fecha que reúne en un hincapié frente único internacional a todos los trabajadores organizados. En esta fecha resuenan, unánimemente obedecidas y acatadas, las palabras de Carlos Marx: "Proletarios de todos los países, uníos". En esta fecha caen espontáneamente todas las barreras que diferencian y separan en varios grupos y varias escuelas a la vanguardia proletaria.

El 1° de Mayo no pertenece a una Internacional es la fecha de todas las Internacionales. Socialistas, comunistas y libertarios de todos los matices se confunden y se mezclan hoy en un solo ejército que marcha hacia la lucha final.

Esta fecha, en suma, es una afirmación y una instatación de que el frente único proletario es posible y es practicable y de que a su realizacion no se opone ningún interés, ninguna exigencia del presente.

A muchas meditaciones invita esta fecha internacional. Pero para los trabajadores peruanos la más actual, la más oportuna es la que concierne a la necesidad y a la posibilidad del frente único. Ultimamente se han producido algunos intentos seccionistas. Y urge entenderse, urge concretarse para impedir que estos intentos prosperen, evitando que socaven y que minen la naciente vanguardia proletaria del Perú.

Mi actitud, desde mi incorporación en esta vanguardia, ha sido siempre la de un fautor convencido, la de un propagandista fervoroso del frente único. Recuerdo haberlo declarado en una de las conferencias iniciales de mi curso de historia de la crisis mundial. Respondiendo a los primeros gestos de resistencia y de aprensión de algunos antiguos y hieráticos libertarios, más preocupados de la rigidez del dogma que de la eficacia y la fecundidad de la acción, dije entoces desde la tribuna de la Universidad Popular: "**Somos todavía pocos para dividirnos**. No hagamos cuestión de etiquetas ni de títulos."

Posteriormente he repetido estas o análogas palabras. Y no me cansaré de reiterarlas. El movimiento clasista, entre nosotros, es aún muy incipiente, muy limitado, para que pensemos en fraccionarle y escindirle. Antes de que llegue la hora, inevitable acaso, de una división, nos corresponde realizar mucha obra común, mucha labor solidaria. Tenemos que emprender juntos muchas largas jornadas. Nos toca, por ejemplo, suscitar en la mayoría del proletariado peruano, conciencia de clase y sentimiento de clase. Esta faena pertenece por igual a socialistas y sindicalistas, a comunistas y libertarios. **Todos tenemos el deber de sembrar gérmenes de renovación y de difundir ideas clasistas. Todos tenemos el deber de alejar al proletariado de las asambleas amarillas y de las falsas "instituciones representativas"**. Todos tenemos el deber de luchar

contra los ataques y las represiones reaccionarias. Todos tenemos el deber de defender la tribuna, la prensa y la organización proletaria. Todos tenemos el deber de sostener las reivindicaciones de la esclavizada y oprimida raza indígena. **En el cumplimiento de estos deberes históricos, de estos deberes elementales, se encontrarán y juntarán nuestros caminos, cualquiera que sea nuestra meta última.**

El frente único no anula la personalidad, no anula la filiación de ninguno de los que lo componen. No significa la confusión ni la amalgama de todas las doctrinas en una doctrina única. Es una acción contingente, concreta, práctica. El programa del frente único considera exclusivamente la realidad inmediata, fuera de toda abstracción y de toda utopía. Preconizar el frente único no es, pues, preconizar el confusionismo ideológico. Dentro del frente único cada cual debe conservar su propia filiación y su propio ideario. Cada cual debe trabajar por su propio credo. Pero todos deben sentirse unidos por la solidaridad de clase, vinculados por la lucha contra el adversario común, ligados por la misma voluntad revolucionaria, y la misma pasión renovadora. Formar un frente único es tener una actitud solidaria ante un problema concreto, ante una necesidad urgente. No es renunciar a la doctrina que cada uno sirve ni a la posición que cada uno ocupa en la vanguardia, **la variedad de tendencias y la diversidad de matices ideológicos es inevitable en esa inmensa legión humana que se llama el proletariado.** La existencia de tendencias y grupos definidos y precisos no es un mal; es por el contrario la señal de un período avanzado del proceso revolucionario. Lo que importa es que esos grupos y esas tendencias sepan entenderse ante la realidad concreta del día. **Que no se esterilicen bizantinamente en exconfesiones y excomuniones recíprocas. Que no alejen a las masas de la revolución con el espectáculo de las querellas dogmáticas de sus predicadores. Que no empleen sus armas ni dilapiden su tiempo en herirse unos a otros, sino en combatir el orden social, sus instituciones, sus injusticias y sus crímenes.**

Tratemos de sentir cordialmente el lazo histórico que nos une a todos los hombres de la vanguardia, a todos los fautores de la renovación. Los ejemplos que a diario nos vienen de fuera son innumerables y magníficos. El más reciente y emocionante de estos ejemplos es el de Germaine Berthon. Germaine Berthon, anarquista, disparó certeramente su revólver contra un organizador y conductor del terror blanco por vengar el asesinato del socialista Jean Jaurés. Los espíritus nobles, elevados y sinceros de la revolución, perciben y respetan, así, por encima de toda barrera teórica, la solidaridad histórica de sus esfuerzos y de sus obras. **Pertenece a los espíritus mezquinos, sin horizontes y sin alas, a las mentalidades dogmáticas que quieren petrificar e inmovilizar la vida en una fórmula rígida, el privilegio de la incomprensión y del egotismo sectarios.**

El frente único proletario, por fortuna, es entre nosotros una decisión y un anhelo evidente del proletariado. Las masas reclaman la unidad. Las masas quieren fe. Y, por eso, su alma rechaza la voz corrosiva, disolvente y pesimista de los que niegan y de los que dudan, y busca la voz optimista, cordial, juvenil y fecunda de los afirman y de los que creen.

Aniversario y balance

[Editorial de la revista *Amauta*,
N°17, año II, Lima, septiembre de 1928]

José Carlos Mariátegui

Amauta llega con este número a su segundo cumpleaños. Estuvo a punto de naufragar al noveno número, antes del primer aniversario. La admonición de Unamuno -"revista que envejece, degenera"- habría sido el epitafio de una obra resonante pero efímera. Pero *Amauta* no había nacido para quedarse en episodio, sino para ser historia y para hacerla. Si la historia es creación de los hombres y las ideas, podemos encarar con esperanza el porvenir. De hombres y de ideas, es nuestra fuerza.

La primera obligación de toda obra, del género de la que *Amauta* se ha impuesto, es esta: durar. La historia es duración. No vale el grupo aislado, por muy largo que sea su eco, vale la prédica constante, continua, persistente. No vale la idea perfecta, absoluta, indiferente a los hechos, a la realidad cambiante y móvil; vale la idea germinal, concreta, dialéctica, operante, rica en potencia y capaz de movimiento. *Amauta* no es una diversión ni un juego de intelectuales puros: profesa una idea histórica, confiesa una fe activa y multitudinaria, obedece a un movimiento social contemporáneo. En la lucha entre dos sistemas, entre dos ideas, no se nos ocurre sentirnos espectadores ni inventar un tercer término. La originalidad a ultranza, es una preocupación literaria y anárquica. En nuestra bandera, inscribimos esta sola, sencilla y grande palabra: Socialismo. (Con este lema afirmamos nuestra absoluta independencia frente a la idea de un Partido Nacionalista, pequeño burgués y demagógico).

Hemos querido que *Amauta* tuviese un desarrollo orgánico, autónomo, individual, nacional.

No tengo casi otra cosa que decir en esta nota de reaparición o continuación, sino que reitero mi reconocimiento a los que, en el Perú y en América, han alentado mi fe y sostenido mi esperanza. Lo demás, lo saben los lectores. Suprimamos, repito, las palabras inútiles.

Por esto, empezamos por buscar su título en la tradición peruana. *Amauta* no debía ser un plagio, ni una traducción. Tomábamos una palabra inkaica, para crearla de nuevo. Para que el Perú indio, la América indígena, sintieran que esta Revista era suya. Y presentamos a *Amauta* como la voz de un movimiento y una generación. *Amauta* ha sido, en estos dos años, una revista de definición ideológica, que ha recogido en sus páginas las proposiciones de cuantos, con título de sinceridad y competencia, han querido hablar a nombre de esta generación y de este movimiento.

El trabajo de definición ideológica nos parece cumplido. En todo caso, hemos oído ya las opiniones categóricas y solícitas en expresarse. Todo debate se abre para los que opinan, no para los que callan. La primera jornada de *Amauta* ha concluido. En la segunda jornada no necesita ya llamarse revista de la "nueva generación", de la "vanguardia", de las "izquierdas". Para ser fiel a la Revolución, le basta ser una revista socialista.

"Nueva generación", "nuevo espíritu", "nueva sensibilidad", todos estos términos han envejecido. Lo mismo hay que decir de estos otros rótulos: "vanguardia", "izquierda", "renovación". Fueron nuevos y buenos en su hora. Nos hemos servido de ellos para establecer demarcaciones provisionales, por razones contingentes de topografía y orientación. Hoy

resultan ya demasiado genéricos y anfibológicos. Bajo estos rótulos, empiezan a pasar gruesos contrabandos. La nueva generación no será efectivamente nueva sino en la medida en que sepa ser, en fin, adulta, creadora.

La misma palabra Revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituírle su sentido estricto y cabal. La revolución latinoamericana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente, la revolución socialista. A esta palabra, agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: “antiimperialista”, “agrarista”, “nacionalista-revolucionaria”. El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos.

A Norte América capitalista, plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América, latina o ibera, socialista. La época de la libre concurrencia en la economía capitalista, ha terminado en todos los campos y todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos, están ya definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es de simples colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritus, no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona y materialista y una América Latina idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos estos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya -no ha obrado nunca- útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulacros de ideologías y hagamos las cuentas, sería y francamente, con la realidad.

El socialismo no es, ciertamente, una doctrina indo-americana. Pero ninguna doctrina, ningún sistema contemporáneo lo es ni puede serlo. Y el socialismo, aunque haya nacido en Europa, como el capitalismo, no es tampoco específica ni particularmente europeo. Es un movimiento mundial, al cual no se sustrae ninguno de los países que mueven dentro de la órbita de la civilización occidental. Esta civilización conduce, con una fuerza y unos medios de que ninguna civilización dispuso, a la universalidad. Indo América, en este orden mundial, puede y debe tener individualidad y estilo; pero no una cultura ni un sino particulares. Hace cien años, debimos nuestra independencia como naciones al ritmo de la historia de Occidente, que desde la colonización nos impuso ineluctablemente su compás. Libertad, Democracia, Parlamento, Soberanía del Pueblo, todas las grandes palabras que pronunciaron nuestros hombres de entonces, procedían del repertorio europeo. La historia, sin embargo, no mide la grandeza de esos hombres por la originalidad de estas ideas, sino por la eficacia y genio con que las sirvieron. Y los pueblos que más adelante marchan en el continente son aquellos donde arraigaron mejor y más pronto. La interdependencia, la solidaridad de los pueblos y de los continentes, eran sin embargo, en aquel tiempo, mucho menores que en éste. El socialismo, en fin, está en la tradición americana. La más avanzada organización comunista, primitiva, que registra la historia, es la inkaica.

No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva.

En Europa, la degeneración parlamentaria y reformista del socialismo ha impuesto, después de la guerra, designaciones específicas. En los

pueblos donde ese fenómeno no se ha producido, porque el socialismo aparece recién en su proceso histórico, la vieja y grande palabra conserva intacta su grandeza. La guardará también en la historia, mañana, cuando las necesidades contingentes y convencionales de demarcación que hoy distinguen prácticas y métodos, hayan desaparecido.

Capitalismo o Socialismo. Este es el problema de nuestra época. No nos anticipamos a las síntesis, a las transacciones, que sólo pueden operarse en la historia. Pensamos y sentimos como Gobetti que la historia es un reformismo mas a condición de que los revolucionarios operen como tales. Marx, Sorel, Lenin, he ahí los nombres que hacen la historia.

Es posible que muchos artistas e intelectuales apunten que acatamos absolutamente la autoridad de maestros irremisiblemente comprendidos en el proceso de "la trahison des clerics" [Mariátegui cita en francés el libro *La traición de los clérigos*, también traducido como *La traición de los intelectuales*, cuyo autor es Julian Benda. Nota de la Cátedra Che Guevara]. Confesamos sin escrúpulo, que nos sentimos en los dominios de lo temporal, de lo histórico, y que no tenemos ninguna intención de abandonarlos. Dejemos con sus cuitas estériles y sus lacrimosas metafísicas, a los espíritus incapaces de aceptar y comprender su época. El materialismo socialista encierra todas las posibilidades de ascensión espiritual, ética y filosófica. Y nunca nos sentimos más rabiosa y eficaz y religiosamente idealistas que al asentar bien la idea y los pies en la materia.

Punto de vista antiimperialista

José Carlos Mariátegui

[Tesis presentada a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana (Buenos Aires, junio de 1929). Se ha reproducido de El Movimiento Revolucionario Latino Americano (Editado por La Correspondencia Sudamericana). La misma versión aparece en el Tomo II de la obra de Martínez de la Torre (págs. 414 a 418). Fue leída por Julio Portocarrero en circunstancias en que se debatía "La lucha anti-imperialista y los problemas de táctica de los Partidos Comunistas de América Latina". Al término de su lectura, el delegado peruano señaló: "Compañeros: Así escribe el compañero José Carlos Mariátegui cuando formula su tesis sobre anti-imperialismo, analizando antes el estado económico y social del Perú...". Nota de los Editores].

1º— ¿Hasta qué punto puede asimilarse la situación de las repúblicas latinoamericanas a la de los países semi-coloniales? La condición económica de estas repúblicas, es, sin duda, semi-colonial, y, a medida que crezca su capitalismo y, en consecuencia, la penetración imperialista, tiene que acentuarse este carácter de su economía. Pero las burguesías nacionales, que ven en la cooperación con el imperialismo la mejor fuente de provechos, se sienten lo bastante dueñas del poder político para no preocuparse seriamente de la soberanía nacional. Estas burguesías, en Sud América, que no conoce todavía, salvo Panamá, la ocupación militar yanqui, no tienen ninguna predisposición a admitir la necesidad de luchar por la segunda independencia, como suponía ingenuamente la propaganda aprista. El Estado, o mejor la clase dominante no echa de menos un grado más amplio y cierto de autonomía nacional. La revolución de la Independencia está relativamente demasiado próxima, sus mitos y símbolos demasiado vivos, en la conciencia de la burguesía y la pequeña burguesía. La ilusión de la soberanía nacional se conserva en sus principales efectos. Pretender que en esta capa social prenda un sentimiento de nacionalismo revolucionario, parecido al que en condiciones distintas representa un factor de la lucha anti-imperialista en los países semi-coloniales avasallados por el imperialismo en los últimos decenios en Asia, sería un grave error.

Ya en nuestra discusión con los dirigentes del aprismo, reprobando su tendencia a proponer a la América Latina un Kuo Min Tang, como modo de evitar la imitación europeísta y acomodar la acción revolucionaria a una apreciación exacta de nuestra propia realidad, sosteníamos hace más de un año la siguiente tesis:

"La colaboración con la burguesía, y aun de muchos elementos feudales, en la lucha antiimperialista china, se explica por razones de raza, de civilización nacional que entre nosotros no existen. El chino noble o burgués se siente entrañablemente chino. Al desprecio del blanco por su cultura estratificada y decrepita, corresponde con el desprecio y el orgullo de su tradición milenaria. El anti-imperialismo en la China puede, por tanto, descansar en el sentimiento y en el factor nacionalista. En Indo-América las circunstancias no son las mismas. La aristocracia y la burguesía criollas no se sienten solidarizadas con el pueblo por el lazo de una historia y de una cultura comunes. En el Perú, el aristócrata y el burgués blancos, desprecian

lo popular, lo nacional. Se sienten, ante todo, blancos. El pequeño burgués mestizo imita este ejemplo. La burguesía limeña fraterniza con los capitalistas yanquis, y aún con sus simples empleados, en el Country Club, en el Tennis y en las calles. El yanqui desposa sin inconveniente de raza ni de religión a la señorita criolla, y ésta no siente escrúpulo de nacionalidad ni de cultura en preferir el matrimonio con un individuo de la raza invasora. Tampoco tiene este escrúpulo la muchacha de la clase media. La "huachafita" que puede atrapar un yanqui empleado de Grace o de la Foundation lo hace con la satisfacción de quien siente elevarse su condición social. El factor nacionalista, por estas razones objetivas que a ninguno de ustedes escapa seguramente, no es decisivo ni fundamental en la lucha anti-imperialista en nuestro medio. Sólo en los países como la Argentina, donde existe una burguesía numerosa y rica, orgullosa del grado de riqueza y poder en su patria, y donde la personalidad nacional tiene por estas razones contornos más claros y netos que en estos países retardados, el anti-imperialismo puede (tal vez) penetrar fácilmente en los elementos burgueses; pero por razones de expansión y crecimiento capitalistas y no por razones de justicia social y doctrina socialista como es nuestro caso".

La traición de la burguesía china, la quiebra del Kuo Min Tang, no eran todavía conocidas en toda su magnitud. Un conocimiento capitalista, y no por razones de justicia social y doctrinaria, demostró cuan poco se podía confiar, aún en países como la China, en el sentimiento nacionalista revolucionario de la burguesía.

Mientras la política imperialista logre "manéger" los sentimientos y formalidades de la soberanía nacional de estos Estados, mientras no se vea obligada a recurrir a la intervención armada y a la ocupación militar, contará absolutamente con la colaboración de las burguesías. Aunque enfeudados a la economía imperialista, estos países, o más bien sus burguesías, se considerarán tan dueños de sus destinos como Rumania, Bulgaria, Polonia y demás países "dependientes" de Europa.

Este factor de la psicología política no debe ser descuidado en la estimación precisa de las posibilidades de la acción anti-imperialista en la América Latina. Su relegamiento, su olvido, ha sido una de las características de la teorización aprista.

2º— La divergencia fundamental entre los elementos que en el Perú aceptaron en principio el Apra —como un plan de frente único, nunca como partido y ni siquiera como organización en marcha efectiva— y los que fuera del Perú la definieron luego como un Kuo Min Tang latinoamericano, consiste en que los primeros permanecen fieles a la concepción económico-social revolucionaria del anti-imperialismo, mientras que los segundos explican así su posición: "Somos de izquierda (o socialistas) porque somos anti-imperialistas". El anti-imperialismo resulta así elevado a la categoría de un programa, de una actitud política, de un movimiento que se basta a sí mismo y que conduce, espontáneamente, no sabemos en virtud de qué proceso, al socialismo, a la revolución social. Este concepto lleva a una desorbitada superestimación del movimiento anti-imperialista, a la exageración del mito de la lucha por la "segunda independencia", al romanticismo de que estamos, viviendo ya las jornadas de una nueva emancipación. De aquí la tendencia a reemplazar las ligas anti-imperialistas con un organismo político. Del Apra, concebida inicialmente como frente

único, como alianza popular, como bloque de las clases oprimidas, se pasa al Apra definida como el Kuo Min Tang latinoamericano.

El anti-imperialismo, para nosotros, no constituye ni puede constituir, por sí solo, un programa político, un movimiento de masas apto para la conquista del poder. El anti-imperialismo, admitido que pudiese movilizar al lado de las masas obreras y campesinas, a la burguesía y pequeña burguesía nacionalistas (ya hemos negado terminantemente esta posibilidad) no anula el antagonismo entre las clases, no suprime su diferencia de intereses.

Ni la burguesía, ni la pequeña burguesía en el poder pueden hacer una política anti-imperialista. Tenemos la experiencia de México, donde la pequeña burguesía ha acabado por pactar con el imperialismo yanqui. Un gobierno "nacionalista" puede usar, en sus relaciones con los Estados Unidos, un lenguaje distinto que el gobierno de Leguía en el Perú. Este gobierno es francamente, desenfadadamente pan-americano, monroista; pero cualquier otro gobierno burgués haría, prácticamente, lo mismo que él, en materia de empréstitos y concesiones. Las inversiones del capital extranjero en el Perú crecen en estrecha y directa relación con el desarrollo económico del país, con la explotación de sus riquezas naturales, con la población de su territorio, con el aumento de las vías de comunicación. ¿Qué cosa puede oponer a la penetración capitalista la más demagógica pequeña-burguesía? Nada, sino palabras. Nada, sino una temporal borrachera nacionalista. El asalto del poder por el anti-imperialismo, como movimiento demagógico populista, si fuese posible, no representaría nunca la conquista del poder, por las masas proletarias, por el socialismo. La revolución socialista encontraría su más encarnizado y peligroso enemigo, —peligroso por su confusionismo, por la demagogia—, en la pequeña burguesía afirmada en el poder, ganado mediante sus voces de orden.

Sin prescindir del empleo de ningún elemento de agitación anti-imperialista, ni de ningún medio de movilización de los sectores sociales que eventualmente pueden concurrir a esta lucha, nuestra misión es explicar y demostrar a las masas que sólo la revolución socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera.

3°— Estos hechos diferencian la situación de los países Sud Americanos de la situación de los países Centro Americanos, donde el imperialismo yanqui, recurriendo a la intervención armada sin ningún reparo, provoca una reacción patriótica que puede fácilmente ganar al anti-imperialismo a una parte de la burguesía y la pequeña burguesía. La propaganda aprista, conducida personalmente por Haya de la Torre, no parece haber obtenido en ninguna otra parte de América mayores resultados. Sus prédicas confusionistas y mesiánicas, que aunque pretenden situarse en el plano de la lucha económica, apelan en realidad particularmente a los factores raciales y sentimentales, reúnen las condiciones necesarias para impresionar a la pequeña burguesía intelectual. La formación de partidos de clase y poderosas organizaciones sindicales, con clara conciencia clasista, no se presenta destinada en esos países al mismo desenvolvimiento inmediato que en Sud América. En nuestros países el factor clasista es más decisivo, está más desarrollado. No hay razón para recurrir a vagas fórmulas populistas tras de las cuales no pueden dejar de prosperar tendencias reaccionarias. Actualmente el aprismo, como propaganda, está circunscrito

a Centro América; en Sud América, a consecuencia de la desviación populista, caudillista, pequeño-burguesa, que lo definía como el Kuo Min Tang latinoamericano, está en una etapa de liquidación total. Lo que resuelva al respecto el próximo Congreso Anti-imperialista de París, cuyo voto tiene que decidir la unificación de los organismos anti-imperialistas y establecer la distinción entre las plataformas y agitaciones anti-imperialistas y las tareas de la competencia de los partidos de clase y las organizaciones sindicales, pondrá término absolutamente a la cuestión.

4º— ¿Los intereses del capitalismo imperialista coinciden necesaria y fatalmente en nuestros países con los intereses feudales y semif feudales de la clase terrateniente? ¿La lucha contra la feudalidad se identifica forzosa y completamente con la lucha anti-imperialista? Ciertamente, el capitalismo imperialista utiliza el poder de la clase feudal, en tanto que la considera la clase políticamente dominante. Pero, sus intereses económicos no son los mismos. La pequeña burguesía, sin exceptuar a la más demagógica, si atenúa en la práctica sus impulsos más marcadamente nacionalistas, puede llegar a la misma estrecha alianza con el capitalismo imperialista. El capital financiero se sentirá más seguro, si el poder está en manos de una clase social más numerosa, que, satisfaciendo ciertas reivindicaciones apremiosas y estorbando la orientación clasista de las masas, está en mejores condiciones que la vieja y odiada clase feudal de defender los intereses del capitalismo, de ser su custodio y su ujier. La creación de la pequeña propiedad, la expropiación de los latifundios, la liquidación de los privilegios feudales, no son contrarios a los intereses del imperialismo, de un modo inmediato. Por el contrario, en la medida en que los rezagos de feudalidad entraban el desenvolvimiento de una economía capitalista, ese movimiento de liquidación de la feudalidad, coincide con las exigencias del crecimiento capitalista, promovido por las inversiones y los técnicos del imperialismo; que desaparezcan los grandes latifundios, que en su lugar se constituya una economía agraria basada en lo que la demagogia burguesa llama la "democratización" de la propiedad del suelo, que las viejas aristocracias se vean desplazadas por una burguesía y una pequeña burguesía más poderosa e influyente —y por lo mismo más apta para garantizar la paz social—, nada de esto es contrario a los intereses del imperialismo. En el Perú, el régimen leguista, aunque tímido en la práctica ante los intereses de los latifundistas y gamonales, que en gran parte le prestan su apoyo, no tiene ningún inconveniente en recurrir a la demagogia, en reclamar contra la feudalidad y sus privilegios, en tronar contra las antiguas oligarquías, en promover una distribución del suelo que hará de cada peón agrícola un pequeño propietario. De esta demagogia saca el leguismo, precisamente, sus mayores fuerzas. El leguismo no se atreve a tocar la gran propiedad. Pero el movimiento natural del desarrollo capitalista —obras de irrigación, explotación de nuevas minas, etc.— va contra los intereses y privilegios de la feudalidad. Los latifundistas, a medida que crecen las áreas cultivables, que surgen nuevos focos de trabajo, pierden su principal fuerza: la disposición absoluta e incondicional de la mano de obra. En Lambayeque, donde se efectúan actualmente obras de regadío, la actividad capitalista de la comisión técnica que las dirige, y que preside un experto norteamericano, el ingeniero Sutton, ha entrado prontamente en conflicto con las conveniencias de los grandes terratenientes feudales. Estos grandes terratenientes son, principalmente, azucareros. La amenaza de que se les arrebatase el monopolio de la tierra y el agua, y con él el medio de disponer a su antojo de la población de trabajadores saca de quicio a esta gente y la

empuja a una actitud que el gobierno, aunque muy vinculado a muchos de sus elementos, califica de subversiva o anti-gobiernista. Sutton tiene las características del hombre de empresa capitalista norteamericano. Su mentalidad, su trabajo, chocan al espíritu feudal de los latifundistas. Sutton ha establecido, por ejemplo, un sistema de distribución de las aguas, que reposa en el principio de que el dominio de ellas pertenece al Estado; los latifundistas consideraban el derecho sobre las aguas anexo a su derecho sobre la tierra. Según su tesis, las aguas eran suyas; eran y son propiedad absoluta de sus fundos.

5º— ¿Y la pequeña burguesía, cuyo rol en la lucha contra el imperialismo se superestima tanto, es como se dice, por razones de explotación económica, necesariamente opuesta a la penetración imperialista? La pequeña burguesía es, sin duda, la clase social más sensible al prestigio de los mitos nacionalistas. Pero el hecho económico que domina la cuestión, es el siguiente: en países de pauperismo español, donde la pequeña burguesía, por sus arraigados prejuicios de decencia, se resiste a la proletarización; donde ésta misma, por la miseria de los salarios no tiene fuerza económica para transformarla en parte en clase obrera; donde imperan la empleomanía, el recurso al pequeño puesto del Estado, la caza del sueldo y del puesto "decente"; el establecimiento de grandes empresas que, aunque explotan enormemente a sus empleados nacionales, representan siempre para esta clase un trabajo mejor remunerado, es recibido y considerado favorablemente por la gente de clase media. La empresa yanqui representa mejor sueldo, posibilidad de ascensión, emancipación de la empleomanía del Estado, donde no hay porvenir sino para los especuladores. Este hecho actúa, con una fuerza decisiva, sobre la conciencia del pequeño burgués, en busca o en goce de un puesto. En estos países, de pauperismo español, repetimos, la situación de las clases medias no es la constatada en los países donde estas clases han pasado un período de libre concurrencia, de crecimiento capitalista propicio a la iniciativa y al éxito individuales, a la opresión de los grandes monopolios.

* * *

En conclusión, somos anti-imperialistas porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico, llamado a sucederlo, porque en la lucha contra los imperialismos extranjeros cumplimos nuestros deberes de solidaridad con las masas revolucionarias de Europa.

Lima, 21 de mayo de 1929.

Julio Antonio Mella

“El concepto socialista de la Reforma Universitaria”

[A continuación reproducimos un artículo suyo donde sintetiza su visión socialista con su militancia en las filas de la Reforma Universitaria. Apareció originariamente en la revista *Tren Blindado*, año I, N° I, septiembre de 1928].

Mucho se habla de "Reforma Universitaria". El malestar y la inquietud existentes entre los estudiantes hace que se oigan los balbuceos de un lenguaje revolucionario. En *Tren Blindado* y en pláticas públicas trataremos de desarrollar las bases sociales de este movimiento, sus antecedentes históricos, sus principios fundamentales y todo aquello que sea necesario para su mejor comprensión por la multitud estudiantil.

Lo primero que necesitamos definir es el concepto real de la reforma universitaria. Hay mucha palabrería liberal y vacía sobre reforma universitaria, debido a que los elementos que en muchas partes tomaron parte de este movimiento lo eran de la burguesía liberal. Pero si la reforma va a acometerse con seriedad y con espíritu revolucionario no puede ser acometida más que con un espíritu socialista, el único espíritu revolucionario del momento.

Las universidades, como otras tantas instituciones del régimen presente, están hechas para sostener y ayudar el dominio de la clase que está en el poder. Creer que los intelectuales, o las instituciones de enseñanza no tienen vinculación con la división sociológica en clases de toda sociedad es una ingenuidad de los miopes políticos. Nunca una clase ha sostenido una institución, ni mucho menos instituciones de educación, si no es para su beneficio. Es en las universidades, en todas las instituciones de enseñanza, donde se forja la cultura de la clase dominante, donde salen sus servidores en el amplio campo de la ciencia que ella monopoliza.

Las universidades de los países capitalistas modernos crean abogados, ingenieros, técnicos de toda naturaleza, para servir los intereses económicos de la clase dominante: la burguesía capitalista. Si se considera que los médicos pueden ser una excepción se caería en un grave error. La inmensa mayoría de los médicos que se gradúan, ¿son para servir en instituciones de beneficencia colectiva o para formar en la burguesía profesional individualista y explotadora? Que muchos médicos no triunfen, por las mismas injusticias del régimen presente, no indica que la aspiración del gremio no sea ésta.

Sentado esto, que no necesita ampliarse para cualquiera que posea una media cultura social, diremos que la reforma universitaria debe acometerse con el mismo concepto general de todas las reformas dentro de la organización económica y política actual. No hay ningún socialista honesto que suponga factible reformar toda esta vieja sociedad paulatinamente hasta sacar de ella una nueva y flamante como en las viejas utopías. La condición primera para reformar un régimen -lo ha demostrado siempre la historia- es la toma del poder por la clase portadora de esa reforma. Actualmente, la clase portadora de las reformas sociales es la clase proletaria. Todo debe ir convergente a esta finalidad. Pero el hecho de que la

solución definitiva sea, en esto, como en otras mil cosas, la revolución social proletaria, no indica que se deba ser ajeno a las reformas en el sentido revolucionario de las palabras, ya que no son antagónicos estos conceptos.

Un concepto socialista de la lucha por mejorar la Universidad es similar al concepto del proletariado en su acción por mejorar las condiciones de su vida y su medio. Cada avance no es una meta, sino un escalón, para seguir ascendiendo, o un arma más que se gana al enemigo para vencerlo en la "lucha final".

Luchamos por una universidad más vinculada con las necesidades de los oprimidos, por una universidad más útil a la ciencia y no a las castas plutocráticas, por una universidad donde la moral y el carácter del estudiante no se moldee ni en el viejo principio del "*magister dixit*", ni en el individualista de las universidades republicanas de la América Latina o EE.UU. Queremos una Universidad nueva que haga en el campo de la cultura lo que en el de la producción harán las fábricas del mañana sin accionistas parásitos ni capitalistas explotadores. Sabemos que no lo vamos a conseguir inmediatamente. Pero en la simple lucha por la obtención de ese ideal de la universidad del porvenir vamos a obtener un doble triunfo: agitar conciencias jóvenes ganando reductos en el frente educacional contra los enemigos del pueblo trabajador, y, probar, ante todos los revolucionarios sinceros, que la emancipación definitiva de la cultura y de sus instituciones no podrá hacerse sino conjuntamente con la emancipación de los esclavos de la producción moderna que son, también, los títeres inconscientes del teatro cómico de los regímenes políticos modernos.

El peronismo

Silvio Frondizi

[Nota introductoria de Néstor Kohan]

El sociólogo marxista argentino Silvio Frondizi (1907-1974) saludó calurosamente desde sus inicios la revolución cubana. Incluso viajó a Cuba y a su regreso escribió **La revolución cubana. Su significación histórica** (diciembre de 1960). Su libro se abre planteando que “La revolución cubana ha destruido definitivamente el esquema reformista y, más concretamente, el esquema reaccionario del determinismo, casi fatalismo geopolítico [...]”. El mismo texto se cierra sosteniendo la misma idea: “La revolución cubana tiene como significación histórica fundamental, la de haber roto definitivamente «con el esquema reformista, y en particular con el estúpido determinismo, casi fatalismo geopolítico»”.

Junto a su texto sobre Cuba, Silvio Frondizi escribió muchos otros libros, entre los que se destacan **La integración mundial del capitalismo** (1947); **El Estado moderno** (1954) y **La realidad argentina** (dos tomos, 1955-56).

Además de sus ensayos y sus clases, Silvio fue también abogado de los combatientes revolucionarios que enfrentaron a la dictadura militar argentina de 1966-1973. En esos años se vincula al Partido Revolucionario de los Trabajadores y a su frente político de masas, el Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS).

Todo eso le vale el odio sanguinario de la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), organización terrorista paramilitar de extrema derecha que lo secuestra y lo asesina por la espalda en 1974 acusándolo de “comunista y bolchevique, fundador del ERP e infiltrador de ideas comunistas en nuestra juventud”.

Según el testimonio del viejo dirigente político peronista y ex ministro de economía del general Perón, Antonio Cafiero: “Perón e Isabel sabían que la Triple A eliminaba gente” (declaraciones al diario CLARÍN, Buenos Aires, 22 de abril de 2007).

Los fragmentos siguientes de Silvio Frondizi fueron tomados de la respuesta a una encuesta sobre la izquierda argentina realizada hacia 1958-59: “Contesta el doctor Silvio Frondizi”, en **Las izquierdas en el proceso político argentino**, editorial Palestra, Buenos Aires, 1959, pp. 28-33, 40-46.

[fin de nota introductoria de Néstor Kohan]

PERONISMO

Para nosotros, el peronismo ha sido la tentativa más importante y la única de realización de la revolución democrático-burguesa en la Argentina, cuyo

fracaso se debe a la incapacidad de la burguesía nacional para cumplir con dicha tarea.

A través de su desarrollo, el peronismo ha llegado a representar a la burguesía argentina en general, sin que pueda decirse que ha representado de manera exclusiva a uno de sus sectores —industriales o terratenientes. Dicha representación ha sido directa, pero ejercida a través de una acción burocrática que lo independizó parcial y momentáneamente de dicha burguesía. Ello le permitió canalizar en un sentido favorable la supervivencia del sistema, la presión de las masas, mediante algunas concesiones determinadas por la propia imposición popular, la excepcional situación comercial y financiera del país, y las necesidades demagógicas del régimen. Precisamente, la floreciente situación económica que vivía el país al término de la segunda gran guerra, constituyó la base objetiva para la actuación del peronismo. Este contó, en su punto de partida, con cuantiosas reservas acumuladas de oro y divisas, y esperó confiadamente que la situación que las había creado mejorara constantemente, por la necesidad de los países afectados por la guerra y por un nuevo conflicto bélico que se creía inminente.

Una circunstancia excepcional y transitoria más, contribuyó a nutrir ilusiones sobre las posibilidades de progreso de la experiencia peronista. Nos referimos a la emergencia de una especie de interregno en el cual el imperialismo inglés vio disminuir su control de la Argentina, sin que se hubiera producido todavía el dominio definitivo y concreto del imperialismo norteamericano sobre el mundo y sobre nuestro país. Ello posibilitó cierto bonapartismo internacional —correlativo al que se practicó en el orden nacional—, y engendró en casi todas las corrientes políticas del país grandes ilusiones sobre las posibilidades de independencia económica y de revolución nacional.

La amplia base material de maniobras permitió al gobierno peronista, en primer lugar, planear y empezar a realizar una serie de tareas de desarrollo económico y de recuperación nacional, con todas las limitaciones inherentes a un intento de planificación en el ámbito capitalista. La estructura tradicional de la economía argentina no sufrió cambios esenciales; las raíces de su dependencia y de su deformación no fueron destruidas. Al agro no llegó la revolución, ni siquiera una tibia reforma. Fueron respetados los intereses imperialistas, a los cuales incluso se llamó a colaborar, a través de las empresas mixtas. Tampoco se hicieron costear las obras de desarrollo económico al gran capital nacional e imperialista. El Primer Plan Quinquenal, en la medida, que se realizó, fue financiado, ante todo, con los beneficios del comercio exterior. Por otra parte, a consecuencia de una serie de factores, aquella fuente primordial de recursos pronto se tornó insuficiente, y debió ser complementada con las manipulaciones presupuestarias y el inflacionismo abierto. A través de la inflación, los costos de la planificación económica peronista no tardaron en recaer también sobre la pequeña burguesía y el proletariado de las ciudades.

Pero durante su primer periodo de expansión y euforia, el peronismo tuvo también realizaciones en los distintos aspectos de la economía. En materia de transportes, se nacionalizaron los ferrocarriles y se incorporó nuevo material; la marina mercante argentina fue aumentada en sus efectivos y en

el tonelaje total transportado. Hacia la misma época se fue dando gran impulso a la aviación, se completó la nacionalización de puertos, etcétera.

Otra realización recuperadora del peronismo en su periodo de auge ha sido la repatriación de la deuda pública externa. Se pretendió solucionar el problema de la energía en general y del petróleo en particular, pero sin atacar las cuestiones de fondo. Se tomaron una serie de medidas favorables a la industria y se apoyaron los rudimentos de una industria pesada estatizada, heredados del gobierno precedente, aumentando la participación estatal en la industria. La intervención directa del Estado en la industria tuvo una doble finalidad: tomar a su cargo tareas económicas necesarias que la endeble burguesía nacional no era capaz de realizar por sí sola y proporcionar a la burocracia bonapartista un nuevo resorte de poder y una importante fuente adicional de beneficios. La generosidad del crédito estatal fue otra de las formas de favorecer al capitalismo nativo-extranjero. El mantenimiento de un grado apreciable de paz social ha sido una de las contribuciones más importantes del Estado peronista a la prosperidad de la burguesía agroindustrial argentina durante el primer periodo de expansión. La propia prosperidad general fue factor fundamental en la atenuación transitoria de las luchas clasistas argentinas. A ello se agregó la acción del Estado, que por un lado promovía una política de altos salarios, a la vez que subsidiaba a las grandes empresas para evitar que éstas elevaran exageradamente sus precios, y por otra parte encerraba a los trabajadores en un flexible pero sólido y eficiente mecanismo de estatización sindical.

Este balance realizado —que es nuestra posición desde hace varios años— nos ha evitado caer en los dos tipos de errores cometidos respecto al peronismo: la idealización de sus posibilidades progresistas, magnificando sus conquistas y disimulando sus fracasos, y, por el otro lado, la crítica negativa y reaccionaria de la "oposición democrática", que, v.gr., tachó al peronismo de fascismo.

El resultado de tal balance es la entrega del capitalismo nacional al imperialismo, a través de su personero gubernamental, el peronismo. En efecto: transcurridos los primeros años de prosperidad, entró a jugar con toda fuerza el factor crítico fundamental de los países semicoloniales: el imperialismo. Este logró por diversos medios (dumping, relación de los términos de intercambio, etcétera) ir estrangulando paulatinamente a la burguesía nacional y su gobierno. Los diversos tratados celebrados con el imperialismo —verdaderamente lesivos para el país— culminaron el proceso de entrega. En fin, el balance de la experiencia nacional-burguesa del peronismo ha sido la crisis: estancamiento y retroceso de la industria, la caída de la ocupación industrial y de los salarios reales, el crónico déficit energético, la crisis de la economía agraria y del comercio exterior, la inflación, etcétera.

Yendo ahora a su aspecto político, el rasgo fundamental del peronismo estuvo dado por su aspiración de desarrollar y canalizar simultáneamente la creciente presión del proletariado en beneficio del grupo dirigente primero y de las clases explotadoras luego. De aquí que nosotros hayamos calificado al peronismo como bonapartismo, esto es, una forma intermedia, especialísima de ordenamiento político, aplicable a un momento en que la tensión social no hace necesario aún el empleo de la violencia, que mediante el control del aparato estatal tiende a conciliar las clases antagónicas a

través de un gobierno de aparente equidistancia, pero siempre en beneficio de una de ellas, en nuestro caso la burguesía.

El capitalismo, frente a la irrupción de las masas populares en la vida política, y sin necesidad inmediata de barrer con la parodia democrática que la sustenta, trata de canalizar esas fuerzas populares. Para ello necesita favorecer, por lo menos al comienzo, a la clase obrera con medidas sociales, tales como aumento de salario, disminución de la jornada de trabajo, etcétera. Pero como estas medidas son tomadas, por definición, en un periodo de tensión económica, el gran capital no está en condiciones materiales y psicológicas de soportar el peso de su propia política. Lógico es, entonces, que lo haga incidir sobre la clase media, la que rápidamente pierde poder, pauperizándose. Con ello se agrega un nuevo factor al proceso de polarización de las fuerzas sociales.

La política de ayuda obrera referida se realiza, en realidad, en muy pequeña escala, si es que alguna vez se realiza, dándosele apariencia gigantesca por medio de supuestas medidas de todo orden.

Las consecuencias de este demagogismo son fácilmente previsibles: dislocan aún más el sistema capitalista, anarquizándolo y por lo tanto, acelerando su proceso crítico. Además, la política demagógica relaja la capacidad de trabajo de los obreros, lo que explica que cuando el capitalismo necesita readaptarlos para el trabajo intenso, tenga que emplear métodos compulsivos. Ésta es una nueva causa que explica el totalitarismo y una nueva demostración de que, en el actual periodo, el Estado Liberal carece tanto de posibilidad como de valor operativo.

El proceso demagógico presenta algunos resultados beneficiosos, particularmente en el orden social y político. Al apoyarse en el pueblo, desarrolla la conciencia de clase política del obrero. Creemos que el aspecto positivo fundamental del peronismo está dado por la incorporación de la masa a la vida política activa; en esta forma la liberó psicológicamente. En este sentido Perón cumplió el papel que Yrigoyen en relación a la clase media. Hizo partícipe al obrero, aunque a distancia, en la vida pública, haciéndole escuchar a través de la palabra oficial el planteamiento de los problemas políticos de fondo, tanto nacionales como internacionales.

Estos aspectos representados por el peronismo fueron los que lo volvieron peligroso a los ojos del gran capital. De aquí que nosotros hayamos dicho en el primer tomo de *La realidad argentina*, escrito en 1953, que Estados Unidos "necesita un gobierno de personalidades más formales" que las peronistas, permitiéndonos predecir "que llegado este momento (de profundas convulsiones sociales) el general Perón, instrumento del sistema capitalista en una etapa de su evolución, será desplazado".

La pérdida de la *base material de maniobra* del país y del peronismo restó a éste la posibilidad de continuar con su política, y fue la que condujo, en última instancia, a su caída.

La acusación de fascismo lanzada contra el régimen peronista carece de tanto fundamento como la posición que consideró a éste un movimiento de liberación nacional. Para demostrar que el mismo fue bonapartista y no fascista, será suficiente con indicar que se apoyó en las clases extremas,

gran capital y proletariado, mientras la pequeña burguesía y en general la clase media, sufrió el impacto económico-social de la acción gubernamental.

Por el contrario, en el fascismo, la fuerza social de choque del gran capital, está constituida por la pequeña burguesía. Esta circunstancia explica que las persecuciones contra el proletariado bajo el régimen fascista, encierren tanta gravedad, ya que la acción represiva está a cargo de toda una clase. Es necesario distinguir entre dictadura clasista y dictadura policial.

La torpe y reaccionaria acusación de fascismo, partió de la Unión Democrática, de triste recuerdo. Las fuerzas más oscuras de la política argentina, coaligadas en la Unión Democrática, en la que no faltó el apéndice izquierdista, no quisieron o no supieron comprender en su hora toda la importancia del nuevo fenómeno representado por el peronismo, y de su desprestigio e incapacidad cosechó éste para conquistar el poder. Así, nosotros pudimos predecir el triunfo del coronel Perón, en nuestro trabajo "La crisis política argentina".

El gran odio que le profesó la "oposición democrática" se debió a que su régimen destapó la olla podrida de la sociedad burguesa, mostrándola tal cual es. La juridicidad burguesa y la sacrosanta Constitución Nacional perdieron su virginidad poniendo al descubierto su carácter de servidoras de una situación. Se destruyó la unidad del ejército y se colaboró en la descomposición de los partidos políticos, etcétera. En efecto, no fueron los rasgos negativos del peronismo los que verdaderamente separaban a la "oposición democrática", como se ha visto después: el aventurerismo y la corrupción política, administrativa, etcétera, la "pornocracia"; la estatización y burocratización del movimiento obrero; la legislación represiva, hoy en vigor con más fuerza que nunca, etcétera. Asimismo, con la caída de Perón no se trató de corregir esos defectos, sino terminar con los excesos, de su demagogismo, demasiado peligroso ya en un periodo de contracción económica. El golpe de Estado de 1955 cumple ese objetivo del gran capital nativo-extranjero [...]

Creemos que en Latinoamérica están dadas las condiciones para una revolución socialista, pero nos faltan todavía algunas condiciones subjetivas. Claro está que el análisis de esta situación significa resolver el grave problema —tal vez el más grave que enfrenta la revolución socialista en el mundo— sobre las relaciones entre masa, partido y dirección.

El M. I. Revolucionaria (Praxis) ha enfrentado y buscado solucionar estos problemas, mediante la formación de cuadros medios obreros, manuales e intelectuales, que puedan llegar a ser grandes conductores sociales. En esta forma, si algún día llega —como llegará— el ascenso revolucionario en el país, no se irá al fracaso, tal como sucedió en Bolivia por ejemplo, en el que las condiciones objetivas están maduras y poco o nada se hizo por la ausencia de una dirección numerosa y consciente.

El primer requisito de una dirección consciente reside en la firme creencia en la jerarquía de la masa obrera y en la necesidad de acatar los dictados de la magnífica capacidad creadora de las masas populares.

Debemos ahora dedicar la atención a los elementos de las otras clases que pueden integrarse con el proletariado en la lucha por la liberación del hombre. Ante todo, corresponde el estudio de la pequeña burguesía pauperizada.

Esta sufre directamente las consecuencias de la concentración económica monopolista. La situación de esta subclase debe ser tenida especialmente en cuenta, por cuanto su posición intermedia la hace apta para cualquier desplazamiento social. Es necesario hacerle comprender que su porvenir está ligado a los intereses del proletariado, que puede liberarla de la opresión económica y social que sufre.

Junto a los elementos sociales examinados, debemos tener en cuenta también a sectores o individuos de la intelectualidad, que han esclarecido el problema social y se pasan al campo revolucionario.

La toma del poder por el proletariado con la colaboración de los demás elementos sociales tratados, produce un salto cualitativo. Aunque esta opinión es suficientemente clara, no siempre es bien comprendida, por la deformación social, intelectual y moral realizada a través de toda suerte de propaganda que empieza en la escuela primaria y acompaña al individuo durante toda su vida. De aquí que, cuando se piensa sobre las posibilidades y consecuencias de un cambio social, se lo hace dentro de los viejos moldes mentales y de acuerdo a las acostumbradas posibilidades. Y no es así: la toma del poder por el proletariado produce un salto cualitativo que abre inmensas posibilidades, no dadas en la formación anterior.

La clase obrera puede realizar dicha transformación gracias a su mayor independencia frente a la deformación producida por la sociedad capitalista. Por otra parte, el proletariado, al no compartir ciertas ventajas de la sociedad burguesa, tiene la suerte de no compartir muchas de sus deformaciones; tal es el caso de los convencionalismos sociales, que por ejemplo, aplastan la vida de la pequeña burguesía.

Debemos indicar un elemento más: la tremenda y creciente alienación sufrida por los trabajadores bajo el capitalismo, crea en ellos una legítima y a menudo inconsciente resistencia a todo posible esfuerzo productivo o creador, aun cuando ello implique mejoras inmediatas.

La transición a la nueva sociedad socialista encierra un problema importante, porque es evidente que en el país no se han cumplido todos los aspectos de la revolución democrático-burguesa. Establecida esta conclusión, y la de que la burguesía ha caducado como fuerza capaz de realizarla y que es el proletariado como fuerza rectora el que debe encargarse esta misión, el problema se resuelve pensando que ya no se trata de realizar la revolución democrático-burguesa como etapa cerrada en sí misma, como fin, sino de realizar tareas democrático-burguesas en la marcha de la revolución socialista.

Entre esas tareas inmediatas figura: la lucha contra el imperialismo, que sólo puede ser realizada por un partido marxista revolucionario que se fundamente en las masas. Además, será necesario resolver los graves problemas que impiden el desarrollo industrial y agrario del país. En el primer aspecto, deberán colocarse las grandes fuentes de producción en

manos de la colectividad, dando en esta forma poderoso impulso a la acumulación económica. En el otro aspecto, el agrario, las fuerzas socialistas deberán realizar, no ya un paso o un salto adelante, sino la revolución agraria integral, cuya primera manifestación es la nacionalización de los latifundios. Esta nacionalización deberá realizarse, no para distribuirlos en forma de pequeña propiedad, sino para ser colectivizados, medida que permitirá, entre muchas otras cosas, el empleo masivo de la maquinaria agrícola.

Por supuesto, para la realización de tales tareas se requiere un cambio cualitativo en el aparato estatal. Éste no podrá estar en manos de un sector privilegiado de la sociedad, sino en manos de la colectividad social como tal; en otras palabras, implica el cambio del Estado por la Comunidad.

Solamente una organización socialista podrá resolver el problema de la libertad de conciencia, separando efectivamente la Iglesia del Estado, impidiendo que los intereses confesionales se entrometan, como lo pretenden, en los problemas político-sociales, en una tentativa de imposible regresión a la Edad Media.

En fin, la organización socialista de la sociedad es la única que puede asegurar al hombre su libertad, que no ha podido ser dada por los partidos tradicionales, ni al país ni a sus propias organizaciones. Para ello la nueva fuerza tendrá que asegurar al hombre la libertad política y espiritual.

Pero la revolución socialista tiene un sentido más, que es su internacionalización. Esto es importante porque distintas tendencias de izquierda propugnan aparentemente lo mismo, pero en realidad con un contenido y resultado totalmente distintos.

En efecto, los representantes de las corrientes pequeñoburguesas, ya sea en el campo burgués o en el marxista, sostienen también la tesis de la integración latinoamericana. El problema se circunscribe a saber si tal tarea puede ser realizada por las burguesías nacionales o por el contrario es tarea que cabe exclusivamente a las fuerzas que actúan en la revolución socialista. Sostenemos la última alternativa, dado que: desde el punto de vista general, las burguesías nacionales son, por definición, nacionales, y han nacido, vivirán y morirán como tales. Y esto es tanto más válido en nuestra época, en que las burguesías, para poder sobrevivir, deben luchar a dentelladas entre ellas. A esta acción disociadora debe agregarse la función disolvente del imperialismo, creando o avivando antagonismos. Además de lo dicho, podría agregarse el aspecto histórico, es decir, la no realización de ninguna unidad internacional en manos de la burguesía, dado su carácter fundamentalmente competitivo.

La única posibilidad de realizar la unidad latinoamericana está dada por la toma del poder por las fuerzas socialistas. Solamente una clase libre de los intereses nacionales e internacionales que envuelven a la burguesía, puede realizar tal tarea. Tanta importancia asignamos a la internacionalización de la revolución para la supervivencia de un intento de socialismo en cualquier país latinoamericano, que creemos que debe ser una de las tareas centrales de toda revolución. Buena parte de sus energías y recursos debe ser destinada a esta finalidad. Los recursos que las burguesías nacionales y sus Estados sustraen a la comunidad y despilfarran sin sentido, deben ser desti-

nados por la primera revolución socialista para la extensión y el triunfo revolucionario en los demás países latinoamericanos.

No es posible indicar dónde o en qué país se iniciará la lucha, pero es evidente que esta lucha ha de comenzar pronto. En cualquier forma nuestro país tiene una tarea importante y decisiva que cumplir: la consolidación de la revolución socialista latinoamericana se producirá, en efecto, con la revolución argentina. Esto será así, por el poderoso desarrollo relativo y el consiguiente peso específico que hemos adquirido en todos los órdenes de la actividad económica, ideológica, etcétera. En este orden de ideas, piénsese solamente en lo que significarán las vastas praderas argentinas, junto con las zonas montañosas ricas en yacimientos minerales de Brasil, Chile, Bolivia, Perú, etcétera, y se tendrá una idea de las enormes posibilidades que tiene esta parte del mundo para realizar una integración de carácter económico. Y decimos integración, porque, al quedar suprimida la competencia, tiende a ir dejando de funcionar la ley del desarrollo combinado.

Dicha integración económica centuplicará las fuerzas originales de los países que la realizarán. Por otra parte, todo nuevo país que se va sumando a! proceso revolucionario asesta un golpe mortal al imperialismo desde varios puntos de vista. Lo obliga a dividir los recursos financieros y militares disponibles para la represión internacional. Le reduce el mercado para la producción e inversión, agudizando sus contradicciones sociales y políticas internas al restarle las bases materiales para el equilibrio relativo que varios imperialismos han gozado, en distinto grado durante décadas.

Tal es, a grandes rasgos, la perspectiva estratégica determinante de la enorme tarea que se ha impuesto el MIR (Praxis), a la que ha dado principio de ejecución mediante un trabajo práctico y teórico incansable. Creemos que es hora ya de que la izquierda, abandonando viejas rivalidades y falsas posiciones, se decida a formar por fin, un gran frente para librar la batalla definitiva contra la opresión capitalista.

Si las viejas direcciones, que durante décadas han marchado separadas del proletariado argentino, insisten en optar, no entre los movimientos de izquierda, sino entre las distintas fracciones de la burguesía, llámense éstas Unión Democrática, peronismo o frondizismo, serán entonces sus propias bases las que les den la espalda, cansadas de seguir dando vuelta a una noria que no conduce a ninguna parte. El dilema de la hora es bien claro: o socialismo revolucionario o dictadura burguesa. Que cada uno elija su lugar en la lucha.

Fidel Castro

Segunda Declaración de La Habana

[El 25/1/1962 Cuba es expulsada de la Organización de Estados Americanos por EEUU y sus títeres, a excepción de México. En asamblea en la plaza de la revolución Fidel responde con la Segunda Declaración de La Habana, manifiesto que lee la historia de América Latina —con la dominación del colonialismo español y el imperialismo yanqui— desde la perspectiva de la clase trabajadora y los pueblos sometidos]

Vísperas de su muerte, en carta inconclusa porque una bala española le atravesó el corazón el 18 de mayo de 1895, José Martí, Apóstol de nuestra independencia, escribió a su amigo Manuel Mercado: «Ya puedo escribir... ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber..., de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso...

»Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos... más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los Imperialistas... el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia —les habían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos.

»Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David.»

Ya Martí, en 1895, señaló el peligro que se cernía sobre América y llamó al imperialismo por su nombre: Imperialismo. A los pueblos de América advirtió que ellos estaban más que nadie interesados en que Cuba no sucumbiera a la codicia yanqui despreciadora de los pueblos latinoamericanos.

Y con su propia sangre, vertida por Cuba y por América, rubricó las póstumas palabras que en homenaje a su recuerdo el pueblo de Cuba suscribe hoy a la cabeza de esta Declaración.

Han transcurrido sesenta y siete años. Puerto Rico fue convertida en colonia y es todavía colonia saturada de bases militares. Cuba cayó también en las garras del imperialismo. Sus tropas ocuparon nuestro territorio. La Enmienda Platt fue impuesta a nuestra primera Constitución, como cláusula humillante que consagraba el odioso derecho de intervención extranjera. Nuestras riquezas pasaron a sus manos, nuestra historia falseada, nuestra administración y nuestra política moldeada por entero a los intereses de los

interventores; la nación sometida a sesenta años de asfixia política, económica y cultural.

Pero Cuba se levantó, Cuba pudo redimirse a sí misma del bastardo tutelaje. Cuba rompió las cadenas que ataban su suerte al imperio opresor, rescató sus riquezas, reivindicó su cultura y desplegó su bandera soberana de Territorio y Pueblo Libre de América.

Ya los Estados Unidos no podrán caer jamás sobre América con la fuerza de Cuba, pero en cambio, dominando a la mayoría de los demás Estados de América Latina, Estados Unidos pretende caer sobre Cuba con la fuerza de América.

¿Qué es la historia de Cuba sino la historia de América Latina? ¿Y qué es la historia de América Latina sino la historia de Asia, África y Oceanía? ¿Y qué es la historia de todos estos pueblos sino la historia de la explotación más despiadada y cruel del imperialismo en el mundo entero?

A fines del siglo pasado y comienzos del presente, un puñado de naciones económicamente desarrolladas habían terminado de repartirse el mundo, sometiendo a su dominio económico y político a las dos terceras partes de la humanidad, que, de esta forma, se vio obligada a trabajar para las clases dominantes del grupo de países de economía capitalista desarrollada.

Las circunstancias históricas que permitieron a ciertos países europeos y a los Estados Unidos de Norteamérica un alto nivel de desarrollo industrial, los situó en posición de poder someter a su dominio y explotación al resto del mundo.

¿Qué móviles impulsaron esa expansión de las potencias industrializadas? ¿Fueron razones de tipo moral, «civilizadoras», como ellos alegaban? No: fueron razones de tipo económico.

Desde el descubrimiento de América, que lanzó a los conquistadores europeos a través de los mares a ocupar y explotar las tierras y los habitantes de otros continentes, el afán de riqueza fue el móvil fundamental de su conducta. El propio descubrimiento de América se realizó en busca de rutas más cortas hacia el Oriente, cuyas mercaderías eran altamente pagadas en Europa.

Una nueva clase social, los comerciantes y los productores de artículos manufacturados para el comercio, surge del seno de la sociedad feudal de señores y siervos en las postrimerías de la Edad Media.

La sed de oro fue el resorte que movió los esfuerzos de esa nueva clase. El afán de ganancia fue el incentivo de su conducta a través de su historia. Con el desarrollo de la industria manufacturera y el comercio fue creciendo su influencia social. Las nuevas fuerzas productivas que se desarrollaban en el seno de la sociedad feudal chocaban cada vez más con las relaciones de servidumbre propias del feudalismo, sus leyes, sus instituciones, su filosofía, su moral, su arte y su ideología política.

Nuevas ideas filosóficas y políticas, nuevos conceptos del derecho y del Estado fueron proclamados por los representantes intelectuales de la clase burguesa, los que por responder a las nuevas necesidades de la vida social, poco a poco se hicieron conciencia en las masas explotadas. Eran entonces ideas revolucionarias frente a las ideas caducas de la sociedad feudal. Los campesinos, los artesanos y los obreros de las manufacturas, encabezados por la burguesía, echaron por tierra el orden feudal, su filosofía, sus ideas, sus instituciones, sus leyes y los privilegios de la clase dominante, es decir, la nobleza hereditaria.

Entonces la burguesía, consideraba justa y necesaria la revolución. No pensaba que el orden feudal podía y debía ser eterno, como piensa ahora de su orden social capitalista. Alentaba a los campesinos a librarse de la servidumbre feudal, alentaba a los artesanos contra las relaciones gremiales y reclamaba el derecho al poder político. Los monarcas absolutos, la nobleza y el alto clero defendían tenazmente sus privilegios de clase, proclamando el derecho divino de la corona y la intangibilidad del orden social. Ser liberal, proclamar las ideas de Voltaire, Diderot, Juan Jacobo Rousseau, portavoces de la filosofía burguesa, constituía entonces para las clases dominantes un delito tan grave como es hoy para la burguesía ser socialista y proclamar las ideas de Marx, Engels y Lenin.

Cuando la burguesía conquistó el poder político y estableció sobre las ruinas de la sociedad feudal su modo capitalista de producción, sobre ese modo de producción erigió su estado, sus leyes, sus ideas e instituciones. Esas instituciones consagraban en primer término la esencia de su dominación de clase: la propiedad privada. La nueva sociedad basada en la propiedad privada sobre los medios de producción y en la libre competencia quedó así dividida en dos clases fundamentales: una poseedora de los medios de producción, cada vez más modernos y eficientes; la otra, desprovista de toda riqueza, poseedora sólo de su fuerza de trabajo, obligada a venderla en el mercado como una mercancía más para poder subsistir.

Rotas las trabas del feudalismo, las fuerzas productivas se desarrollaron extraordinariamente. Surgieron las grandes fábricas, donde se acumulaba un número cada vez mayor de obreros.

Las fábricas más modernas y técnicamente eficientes iban desplazando del mercado a los competidores menos eficaces. El costo de los equipos industriales se hacía cada vez mayor; era necesario acumular cada vez sumas superiores de capital. Una parte importante de la producción se fue acumulando en número menor de manos. Surgieron así las grandes empresas capitalistas y más adelante las asociaciones de grandes empresas a través de carteles, sindicatos, «trusts» y consorcios, según el grado y el carácter de la asociación, controlados por los poseedores de la mayoría de las acciones, es decir, por los más poderosos caballeros de la industria.

La libre competencia, característica del capitalismo en su primera fase, dio paso a los monopolios que concertaban acuerdos entre sí y controlaban los mercados.

¿De dónde salieron las colosales sumas de recursos que permitieron a un puñado de monopolistas acumular miles de millones de dólares? Sencillamente, de la explotación del trabajo humano. Millones de hombres

obligados a trabajar por un salario de subsistencia produjeron con su esfuerzo los gigantescos capitales de los monopolios. Los trabajadores acumularon las fortunas de las clases privilegiadas, cada vez más ricas, cada vez más poderosas. A través de las instituciones bancarias llegaron a disponer éstas no sólo de su propio dinero, sino también del dinero de toda la sociedad. Así se produjo la fusión de los bancos con la gran industria y nació el capital financiero.

¿Qué hacer entonces con los grandes excedentes de capital que en cantidades mayores se iba acumulando? Invadir con ellos el mundo. Siempre en pos de la ganancia, comenzaron a apoderarse de las riquezas naturales de todos los países económicamente débiles y a explotar el trabajo humano de sus pobladores con salarios mucho más míseros que los que se veían obligados a pagar a los obreros de la propia metrópoli. Se inició así el reparto territorial y económico del mundo. En 1914, ocho o diez países imperialistas habían sometido a su dominio económico y político fuera de sus fronteras a territorios cuya extensión ascendía a 83.700.000 kilómetros cuadrados, en una población de novecientos setenta millones de habitantes. Sencillamente se habían repartido el mundo.

Pero como el mundo era limitado en extensión, repartido ya hasta el último rincón del globo, vino el choque entre los distintos países monopolistas y surgieron las pugnas por nuevos repartos originados en la distribución no proporcional al poder industrial y económico que los distintos países monopolistas en desarrollo desigual habían alcanzado. Estallaron las guerras imperialistas que costarían a la humanidad cincuenta millones de muertos, decenas de millones de inválidos e incalculables riquezas materiales y culturales destruidas. Aún no había sucedido esto cuando ya Marx escribió que «el capital recién nacido rezumaba sangre y fango por todos los poros, desde los pies a la cabeza».

El sistema capitalista de producción, una vez que hubo dado de sí todo lo que era capaz, se convirtió en un abismal obstáculo al progreso de la humanidad. Pero la burguesía desde su origen llevaba en sí misma su contrario. En su seno se desarrollaron gigantescos instrumentos productivos, pero a su vez se desarrolló una nueva y vigorosa fuerza social: el proletariado, llamado a cambiar el sistema social ya viejo y caduco del capitalismo por una forma económico-social superior y acorde con las posibilidades históricas de la sociedad humana, convirtiendo en propiedad de toda la sociedad esos gigantescos medios de producción que los pueblos y nada más que los pueblos con su trabajo habían creado y acumulado. A tal grado de desarrollo de las fuerzas productivas, resultaba caduco y anacrónico un régimen que postulaba la posesión privada y con ello la subordinación de la economía de millones y millones de seres humanos a los dictados de una exigua minoría social.

Los intereses de la humanidad reclamaban el cese de la anarquía en la producción, el derroche, las crisis económicas y las guerras de rapiña propias del sistema capitalista. Las crecientes necesidades del género humano y la posibilidad de satisfacerlas exigían el desarrollo planificado de la economía y la utilización racional de sus medios de producción y recursos naturales.

Era inevitable que el imperialismo y el colonialismo entraran en profunda e insalvable crisis. La crisis general se inició a raíz de la Primera Guerra Mundial con la revolución de los obreros y campesinos, que derrocó al imperio zarista de Rusia e implantó, en difícilísimas condiciones de cerco y agresión capitalista, el primer Estado socialista del mundo, iniciando una nueva era en la historia de la humanidad. Desde entonces hasta nuestros días, la crisis y la descomposición del sistema imperialista se han acentuado incesantemente.

La Segunda Guerra Mundial, desatada por las potencias imperialistas, y que arrastró a la Unión Soviética y a otros pueblos de Europa y de Asia, criminalmente invadidos, a una sangrienta lucha de liberación, culminó en la derrota del fascismo, la formación del campo mundial del socialismo y la lucha por su soberanía de los pueblos coloniales y dependientes. Entre 1945 y 1957 más de mil doscientos millones de seres humanos conquistaron su independencia en Asia y en África. La sangre vertida por los pueblos no fue en vano.

El movimiento de los pueblos dependientes y colonizados es un fenómeno de carácter universal que agita al mundo y marca la crisis final del imperialismo.

Cuba y América Latina forman parte del mundo. Nuestros problemas forman parte de los problemas que se engendran de la crisis general del imperialismo y la lucha de los pueblos subyugados: el choque entre el mundo que nace y el mundo que muere. La odiosa y brutal campaña desatada contra nuestra Patria expresa el esfuerzo desesperado como inútil que los imperialistas hacen para evitar la liberación de los pueblos.

Cuba duele de manera especial a los imperialistas. ¿Qué es lo que se esconde tras el odio yanqui a la Revolución Cubana? ¿Qué explica racionalmente la conjura que reúne en el mismo propósito agresivo a la potencia imperialista más rica y poderosa del mundo contemporáneo y a las oligarquías de todo un continente, que juntos suponen representar una población de trescientos cincuenta millones de seres humanos, contra un pequeño pueblo de sólo siete millones de habitantes, económicamente subdesarrollado, sin recursos financieros ni militares para amenazar ni la seguridad ni la economía de ningún país?

Los une y los concita el miedo. Lo explica el miedo. No el miedo a la Revolución Cubana; el miedo a la revolución latinoamericana. No el miedo a los obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales y sectores progresistas de las capas medias que han tomado revolucionariamente el poder en Cuba; sino el miedo a que los obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales y sectores progresistas de las capas medias tomen revolucionariamente el poder en los pueblos oprimidos, hambrientos y explotados por los monopolios yanquis y la oligarquía reaccionaria de América; el miedo a que los pueblos saqueados del continente arrebaten las armas a sus opresores y se declaren, como Cuba, pueblos libres de América.

Aplastando la Revolución Cubana creen disipar el miedo que los atormenta, y el fantasma de la revolución que los amenaza. Liquidando a la Revolución Cubana, creen liquidar el espíritu revolucionario de los pueblos. Pretenden

en su delirio que Cuba es exportadora de revoluciones. En sus mentes de negociantes y usureros insomnes cabe la idea de que las revoluciones se pueden comprar o vender, alquilar o prestar, exportar o importar como una mercancía más.

Ignorantes de las leyes objetivas que rigen el desarrollo de las sociedades humanas, creen que sus regímenes monopolistas, capitalistas y semif feudales son eternos. Educados en su propia ideología reaccionaria, mezcla de superstición, ignorancia, subjetivismo, pragmatismo y otras aberraciones del pensamiento, tienen una imagen del mundo y de la marcha de la historia acomodada a sus intereses de clases explotadoras. Suponen que las revoluciones nacen o mueren en el cerebro de los individuos o por efecto de las leyes divinas y que además los dioses están de su parte. Siempre han creído lo mismo, desde los devotos paganos patricios en la Roma esclavista, que lanzaban a los cristianos primitivos a los leones del circo y los inquisidores en la Edad Media que, como guardianes del feudalismo y la monarquía absoluta, inmolaban en la hoguera a los primeros representantes del pensamiento liberal de la naciente burguesía, hasta los obispos que hoy, en defensa del régimen burgués y monopolista, anatematizan las revoluciones proletarias. Todas las clases reaccionarias en todas las épocas históricas, cuando el antagonismo entre explotadores y explotados llega a su máxima tensión, presagiando el advenimiento de un nuevo régimen social, han acudido a las peores armas de la represión y la calumnia contra sus adversarios. Acusados de incendiar a Roma y de sacrificar niños en sus altares, los cristianos primitivos fueron llevados al martirio. Acusados de herejes, fueron llevados por los inquisidores a la hoguera filósofos como Giordano Bruno, reformadores como Hus y miles de inconformes más con el orden feudal. Sobre los luchadores proletarios se ensaña hoy la persecución y el crimen precedidos de las peores calumnias en la prensa monopolista y burguesa. Siempre en cada época histórica, las clases dominantes han asesinado invocando su sociedad de minorías privilegiadas sobre mayorías explotadas la defensa de la sociedad, del orden, de la Patria: «su orden clasista», que mantienen a sangre y fuego sobre los desposeídos, «la patria» que disfrutaban ellos solos, privando de ese disfrute al resto del pueblo, para reprimir a los revolucionarios que aspiran a una sociedad nueva, un orden justo, una Patria verdadera para todos.

Pero el desarrollo de la historia, la marcha ascendente de la humanidad no se detiene ni puede detenerse. Las fuerzas que impulsan a los pueblos, que son los verdaderos constructores de la historia, determinadas por las condiciones materiales de su existencia y la aspiración a metas superiores de bienestar y libertad, que surgen cuando el progreso del hombre en el campo de la ciencia, de la técnica y de la cultura lo hacen posible, son superiores a la voluntad y al terror que desatan las oligarquías dominantes.

Las condiciones subjetivas de cada país, es decir, el factor conciencia, organización, dirección, puede acelerar o retrasar la revolución según su mayor o menor grado de desarrollo, pero tarde o temprano en cada época histórica, cuando las condiciones objetivas maduran, la conciencia se adquiere, la organización se logra, la dirección surge y la revolución se produce.

Que ésta tenga lugar por cauces pacíficos o nazca al mundo después de un parto doloroso, no depende de las fuerzas reaccionarias de la vieja sociedad, que se resisten a dejar nacer la sociedad nueva, que es engendrada por las contradicciones que lleva en su seno la vieja sociedad. La revolución es en la historia como el médico que asiste al nacimiento de una nueva vida. No usa sin necesidad los aparatos de fuerza, pero los usa sin vacilaciones cada vez que sea necesario para ayudar al parto. Parto que trae a las masas esclavizadas y explotadas la esperanza de una vida mejor.

En muchos países de América Latina la revolución es hoy inevitable. Ese hecho no lo determina la voluntad de nadie. Está determinado por las espantosas condiciones de explotación en que vive el hombre americano, el desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, la crisis mundial del imperialismo y el movimiento universal de lucha de los pueblos subyugados.

La inquietud que hoy se registra es síntoma inequívoco de rebelión. Se agitan las entrañas de un continente que ha sido testigo de cuatro siglos de explotación esclava y feudal del hombre desde sus moradores aborígenes y los esclavos traídos de África, hasta los núcleos nacionales que surgieron después: blancos, negros, mulatos, mestizos e indios que hoy hermanan el desprecio, la humillación y el yugo yanqui, como hermana la esperanza de un mañana mejor.

Los pueblos de América se liberaron del coloniaje español a principios del siglo pasado, pero no se liberaron de la explotación. Los terratenientes feudales asumieron la autoridad de los gobernantes españoles, los indios continuaron en penosa servidumbre, el hombre latinoamericano en una u otra forma siguió esclavo, y las mínimas esperanzas de los pueblos sucumbieron bajo el poder de las oligarquías y la coyunda del capital extranjero. Esta ha sido la verdad de América, con uno u otro matiz, con alguna que otra variante. Hoy América Latina yace bajo un imperialismo más feroz, mucho más poderoso y más despiadado que el imperio colonial español.

Y ante la realidad objetiva e históricamente inexorable de la revolución latinoamericana, ¿cuál es la actitud del imperialismo yanqui? Disponerse a librar una guerra colonial con los pueblos de América Latina; crear su aparato de fuerza, los pretextos políticos y los instrumentos seudolegales suscritos con los representantes de las oligarquías reaccionarias para reprimir a sangre y fuego la lucha de los pueblos latinoamericanos.

La intervención del Gobierno de los Estados Unidos en la política interna de los países de América Latina ha ido siendo cada vez más abierta y desenfrenada.

La Junta Interamericana de Defensa, por ejemplo, ha sido y es el nido donde se incuban los oficiales más reaccionarios y proyanquis de los ejércitos latinoamericanos, utilizados después como instrumentos golpistas al servicio de los monopolios.

Las misiones militares norteamericanas en América Latina constituyen un aparato de espionaje permanente en cada nación, vinculado estrechamente a la Agencia Central de Inteligencia, inculcando a los oficiales los

sentimientos más reaccionarios y tratando de convertir los ejércitos en instrumentos de sus intereses políticos y económicos.

Actualmente, en la zona del Canal de Panamá, el alto mando norteamericano ha organizado cursos especiales de entrenamiento para oficiales latinoamericanos de lucha contra guerrillas revolucionarias, dirigidos a reprimir la acción armada de las masas campesinas contra la explotación feudal a que están sometidas.

En los propios Estados Unidos, la Agencia Central de Inteligencia ha organizado escuelas especiales para entrenar agentes latinoamericanos en las más sutiles formas de asesinatos; y es política acordada por los servicios militares yanquis la liquidación física de los dirigentes antiimperialistas.

Es notorio que las embajadas yanquis en distintos países de América Latina están organizando, instruyendo y equipando bandas fascistas para sembrar el terror y agredir las organizaciones obreras, estudiantiles e intelectuales. Esas bandas, donde reclutan a los hijos de la oligarquía, a lumpen y gente de la peor calaña moral, han perpetrado ya una serie de actos agresivos contra los movimientos de masas.

Nada más evidente e inequívoco de los propósitos del imperialismo que su conducta en los recientes sucesos de Santo Domingo. Sin ningún tipo de justificación, sin mediar siquiera relaciones diplomáticas con esa República, los Estados Unidos, después de situar sus barcos de guerra frente a la capital dominicana, declararon con su habitual insolencia que si el Gobierno de Balaguer solicitaba ayuda militar, desembarcarían sus tropas en Santo Domingo contra la insurgencia del pueblo dominicano. Que el poder de Balaguer fuera absolutamente espurio, que cada pueblo soberano de América debe tener derecho a resolver sus problemas internos sin intervención extranjera, que existan normas internacionales y una opinión mundial, que incluso existiera una O.E.A., no contaban para nada en las consideraciones de los Estados Unidos. Lo que sí contaban eran sus designios de impedir la revolución dominicana, la reimplantación de los odiosos desembarcos de su Infantería de Marina, sin más base ni requisito para fundamentar ese nuevo concepto filibustero del derecho que la simple solicitud de un gobernante tiránico, ilegítimo y en crisis. Lo que esto significa no debe escapar a los pueblos. En América Latina hay sobrados gobernantes de ese tipo, dispuestos a utilizar las tropas yanquis contra sus respectivos pueblos cuando se vean en crisis.

Esta política declarada del imperialismo norteamericano de enviar soldados a combatir el movimiento revolucionario en cualquier país de América Latina, es decir, a matar obreros, estudiantes, campesinos, a hombres y mujeres latinoamericanos, no tiene otro objetivo que el de seguir manteniendo sus intereses monopolistas y los privilegios de la oligarquía traidora que los apoya.

Ahora se puede ver con toda claridad que los pactos militares suscritos por el Gobierno de Estados Unidos con gobiernos latinoamericanos, pactos secretos muchas veces y siempre a espaldas de los pueblos, invocando hipotéticos peligros exteriores que nadie vio nunca por ninguna parte, tenían el único y exclusivo objetivo de prevenir la lucha de los pueblos; eran pactos contra los pueblos, contra el único peligro, el peligro interior del

movimiento de liberación que pusiera en riesgo los intereses yanquis. No sin razón los pueblos se preguntaban: ¿Por qué tantos convenios militares? ¿Para qué los envíos de armas que si técnicamente son inadecuados para una guerra moderna, son en cambio eficaces para aplastar huelgas, reprimir manifestaciones populares y ensangrentar el país? ¿Para qué las misiones militares, el Pacto de Río de Janeiro y las mil y una conferencias internacionales?

Desde que culminó la Segunda Guerra Mundial, las naciones de América Latina se han ido depauperando cada vez más, sus exportaciones tienen cada vez menos valor, sus importaciones precios más altos, el ingreso per cápita disminuye, los pavorosos porcentajes de mortalidad infantil no decrecen, el número de analfabetos es superior, los pueblos carecen de trabajo, de tierras, de viviendas adecuadas, de escuelas, de hospitales, de vías de comunicación y de medios de vida. En cambio, las inversiones norteamericanas sobrepasan los diez mil millones de dólares.

América Latina es además abastecedora de materias primas baratas y compradora de artículos elaborados caros. Como los primeros conquistadores españoles, que cambiaban a los indios espejos y baratijas por oro y plata, así comercian con América Latina los Estados Unidos. Conservar ese torrente de riqueza, apoderarse cada vez más de los recursos de América y explotar a sus pueblos sufridos: he ahí lo que se ocultaba tras los pactos militares, las misiones castrenses y los cabildos diplomáticos de Washington.

Esta política de paulatino estrangulamiento de la soberanía de las naciones latinoamericanas y de manos libres para intervenir en sus asuntos internos tuvo su punto culminante en la última reunión de cancilleres. En Punta del Este el imperialismo yanqui reunió a los cancilleres para arrancarles, mediante presión política y chantaje económico sin precedentes, con la complicidad de un grupo de los más desprestigiados gobernantes de este continente, la renuncia a la soberanía nacional de nuestros pueblos y la consagración del odiado derecho de intervención yanqui en los asuntos internos de América; el sometimiento de los pueblos a la voluntad omnímoda de Estados Unidos de Norteamérica, contra la cual lucharon todos los próceres, desde Bolívar hasta Sandino.

Y no se ocultaron ni el Gobierno de Estados Unidos ni los representantes de las oligarquías explotadoras ni la gran prensa reaccionaria vendida a los monopolios y a los señores feudales, para demandar abiertamente acuerdos que equivalen a la supresión formal del derecho de autodeterminación de nuestros pueblos; borrarlo de un plumazo en la conjura más infame que recuerda la historia de este continente.

A puertas cerradas entre conciliábulos repugnantes, donde el ministro yanqui de colonias dedicó días enteros a vencer la resistencia y los escrúpulos de algunos cancilleres poniendo en juego los millones de la Tesorería yanqui en una indisimulada compraventa de votos, un puñado de representantes de las oligarquías de países que, en conjunto, apenas suman un tercio de la población del continente, impuso acuerdos que sirven en bandeja de plata al amo yanqui la cabeza de un principio que costó toda la sangre de nuestros pueblos desde las guerras de independencia. El carácter pírrico de tan tristes y fraudulentos logros del imperialismo, su fracaso

moral, la unanimidad rota y el escándalo universal, no disminuyen la gravedad que entraña para los pueblos de América Latina los acuerdos que impusieron a ese precio. En aquel cónclave inmoral la voz titánica de Cuba se elevó sin debilidad ni miedo para acusar ante todos los pueblos de América y del mundo el monstruoso atentado y defender virilmente y con dignidad que constará en los anales de la historia, no sólo el derecho de Cuba, sino el derecho desamparado de todas las naciones hermanas del continente americano.

La palabra de Cuba no podía tener eco en aquella mayoría amaestrada, pero tampoco podía tener respuesta; sólo cabía el silencio impotente ante sus demolidores argumentos, la diafanidad y valentía de sus palabras. Pero Cuba no habló para los cancilleres; Cuba habló para los pueblos y para la historia, donde sus palabras tendrán eco y respuesta.

En Punta del Este se libró una gran batalla ideológica entre la Revolución Cubana y el imperialismo yanqui. ¿Qué representaban allí, por quién habló cada uno de ellos? Cuba representó los pueblos; los Estados Unidos representó los monopolios. Cuba habló por las masas explotadas de América; Estados Unidos, por los intereses oligárquicos explotadores e imperialistas. Cuba, por la soberanía; Estados Unidos, por la intervención. Cuba, por la nacionalización de las empresas extranjeras; Estados Unidos, por nuevas inversiones de capital foráneo. Cuba, por la cultura; Estados Unidos, por la ignorancia. Cuba, por la reforma agraria; Estados Unidos, por el latifundio. Cuba, por la industrialización de América; Estados Unidos, por el subdesarrollo. Cuba, por el trabajo creador; Estados Unidos, por el sabotaje y el terror contrarrevolucionario que practican sus agentes, la destrucción de cañaverales y fábricas, los bombardeos de sus aviones piratas contra el trabajo de un pueblo pacífico. Cuba, por los alfabetizadores asesinados; Estados Unidos, por los asesinos. Cuba, por el pan; Estados Unidos, por el hambre. Cuba, por la igualdad; Estados Unidos, por el privilegio y la discriminación. Cuba, por la verdad; Estados Unidos, por la mentira. Cuba, por la liberación; Estados Unidos, por la opresión. Cuba, por el porvenir luminoso de la humanidad; Estados Unidos, por el pasado sin esperanza. Cuba, por los héroes que cayeron en Girón para salvar la Patria del dominio extranjero; Estados Unidos, por los mercenarios y traidores que sirven al extranjero contra su Patria. Cuba, por la paz entre los pueblos; Estados Unidos, por la agresión y la guerra. Cuba, por el socialismo; Estados Unidos, por el capitalismo.

Los acuerdos obtenidos por Estados Unidos con métodos tan bochornosos que el mundo entero critica, no restan, sino que acrecentan la moral y la razón de Cuba, demuestran el entreguismo y la traición de las oligarquías a los intereses nacionales y enseña a los pueblos el camino de la liberación. Revela la podredumbre de las clases explotadoras, en cuyo nombre hablaron sus representantes en Punta del Este. La O.E.A. quedó desenmascarada como lo que es: un ministerio de colonias yanquis, una alianza militar, un aparato de represión contra el movimiento de liberación de los pueblos latinoamericanos.

Cuba ha vivido tres años de Revolución bajo incesante hostigamiento de intervención yanqui en nuestros asuntos internos. Aviones piratas procedentes de Estados Unidos lanzando materias inflamables han quemado millones de arrobas de caña; actos de sabotaje internacional

perpetrados por agentes yanquis, como la explosión del vapor «La Coubre», ha costado decenas de vidas cubanas; miles de armas norteamericanas de todos tipos han sido lanzadas en paracaídas por los servicios militares de Estados Unidos sobre nuestro territorio para promover la subversión; cientos de toneladas de materiales explosivos y máquinas infernales han sido desembarcados subrepticamente en nuestras costas por lanchas norteamericanas para promover el sabotaje y el terrorismo; un obrero cubano fue torturado en la Base Naval de Guantánamo y privado de la vida sin proceso previo ni explicación posterior alguna; nuestra cuota azucarera fue suprimida abruptamente y proclamado el embargo de piezas y materias primas para fábricas y maquinaria de construcción norteamericana para arruinar nuestra economía; barcos artillados y aviones de bombardeo procedentes de bases preparadas por el Gobierno de Estados Unidos han atacado sorpresivamente puestos e instalaciones cubanas; tropas mercenarias organizadas y entrenadas en países de América Central por el propio Gobierno han invadido en son de guerra nuestro territorio, escoltados por barcos de la flota yanqui, y con apoyo aéreo desde bases exteriores, provocando la pérdida de numerosas vidas y la destrucción de bienes materiales; contrarrevolucionarios cubanos son instruidos en el ejército de Estados Unidos y nuevos planes de agresión se realizan contra Cuba. Todo eso ha estado ocurriendo durante tres años, incesantemente, a la vista de todo el continente, y la O.E.A. no se entera. Los cancilleres se reúnen en Punta del Este y no amonestan siquiera al Gobierno de Estados Unidos ni a los gobiernos que son cómplices materiales de esas agresiones. Expulsan a Cuba, el país latinoamericano víctima, el país agredido.

Estados Unidos tiene pactos militares con países de todos los continentes; bloques militares con cuanto gobierno fascista, militarista y reaccionario haya en el mundo; la O.T.A.N., la S.E.A.T.O. y la C.E.N.T.O., a las cuales hay que agregar ahora la O.E.A., intervienen en Laos, en Viet Nam, en Corea, en Formosa, en Berlín; envía abiertamente barcos a Santo Domingo para imponer su ley, su voluntad y anuncia su propósito de usar sus aliados de la O.T.A.N. para bloquear el comercio con Cuba; y la O.E.A. no se entera... Se reúnen los cancilleres y expulsan a Cuba, que no tiene pactos militares con ningún país. Así, el Gobierno que organiza la subversión en todo el mundo y forja alianzas militares en cuatro continentes, hace expulsar a Cuba, acusándola nada menos que de subversión y de vinculaciones extracontinentales.

Cuba, el país latinoamericano que ha convertido en dueños de las tierras a más de cien mil pequeños agricultores, asegurando empleo todo el año en granjas y cooperativas a todos los obreros agrícolas, transformado los cuarteles en escuelas, concedido sesenta mil becas a estudiantes universitarios, secundarios y tecnológicos, creado aulas para la totalidad de la población infantil, liquidado totalmente el analfabetismo, cuadruplicado los servicios médicos, nacionalizado las empresas monopolistas, suprimido el abusivo sistema que convertía la vivienda en un medio de explotación para el pueblo, eliminado virtualmente el desempleo, suprimido la discriminación por motivo de raza o sexo, barrido el juego, el vicio y la corrupción administrativa, armado al pueblo, hecho realidad viva el disfrute de los derechos humanos al librar al hombre y a la mujer de la explotación, la incultura y la desigualdad social, que se ha liberado de todo tutelaje extranjero, adquirido plena soberanía y establecido las bases para el desarrollo de su economía a fin de no ser más país monoprodutor y

exportador de materias primas, es expulsada de la Organización de Estados Americanos por gobiernos que no han logrado para sus pueblos ni una sola de estas reivindicaciones. ¿Cómo podrán justificar su conducta ante los pueblos de América y del mundo? ¿Cómo podrán negar que en su concepto la política de tierra, de pan, de trabajo, de salud, de libertad, de igualdad y de cultura, de desarrollo acelerado de la economía, de dignidad nacional, de plena autodeterminación y soberanía es incompatible con el hemisferio?

Los pueblos piensan muy distinto, los pueblos piensan que lo único compatible con el destino de América Latina es la miseria, la explotación feudal, el analfabetismo, los salarios de hambre, el desempleo, la política de represión contra las masas obreras, campesinas y estudiantiles, la discriminación de la mujer, del negro, del indio, del mestizo, la opresión de las oligarquías, el saqueo de sus riquezas por los monopolios yanquis, la asfixia moral de sus intelectuales y artistas, la ruina de sus pequeños productores por la competencia extranjera, el subdesarrollo económico, los pueblos sin caminos, sin hospitales, sin viviendas, sin escuelas, sin industrias, el sometimiento al imperialismo, la renuncia a la soberanía nacional y la traición a la Patria.

¿Cómo podrán hacer entender su conducta, la actitud condenatoria para con Cuba, los imperialistas; con qué palabras les van a hablar y con qué sentimientos, a quienes han ignorado, aunque sí explotado, por tan largo tiempo?

Quienes estudian los problemas de América suelen preguntar qué país, quiénes han enfocado con corrección la situación de los dirigentes, de los pobres, de los indios, de los negros, de la infancia desvalida, esa inmensa infancia de treinta millones en 1950 (que será de cincuenta millones dentro de ocho años más), sí, ¿quiénes, qué país?

Treinta y dos millones de indios vertebran –tanto como la misma Cordillera de los Andes– el continente americano entero. Claro que para quienes lo han considerado casi como una cosa, más que como una persona, esa humanidad no cuenta, no contaba y creían que nunca contaría. Como suponía, no obstante, una fuerza ciega de trabajo, debía ser utilizado, como se utiliza una yunta de bueyes o un tractor.

¿Cómo podrá creerse en ningún beneficio, en ninguna Alianza para el Progreso, con el imperialismo, bajo qué juramento, si bajo su santa protección, sus matanzas, sus persecuciones aún viven los indígenas del sur del continente, como los de la Patagonia, en toldos, como vivían sus antepasados a la venida de los descubridores, casi quinientos años atrás? ¿En dónde los que fueron grandes razas que poblaron el norte argentino, Paraguay y Bolivia, como los guaraníes, que han sido diezmados ferozmente, como quien caza animales y a quienes se les ha enterrado en los interiores de las selvas? ¿En dónde esa reserva autóctona, que pudo servir de base a una gran civilización americana –y cuya extinción se la apresura por instantes– y a la que se la ha empujado América adentro a través de los esteros paraguayos y los altiplanos bolivianos, tristes, rudimentarios, razas melancólicas, embrutecidas por el alcohol y los narcóticos, a los que se acogen para por lo menos sobrevivir en las infrahumanas condiciones (no sólo de alimentación) en que viven? ¿En dónde una cadena de manos se estira –casi inútilmente– por sobre los lomos

de la cordillera, sus faldas, a lo largo de los grandes ríos y por entre las sombras de los bosques para unir sus miserias con los demás que perecen lentamente, las tribus brasileñas y las del norte del continente y sus costas, hasta alcanzar a los cien mil motilones de Venezuela, en el más increíble atraso y salvajemente confinados en las selvas amazónicas o las Sierras de Perijá, a los solitarios vapichanas, que en las tierras calientes de las Guyanas esperan su final, ya casi perdidos definitivamente para la suerte de los humanos? Sí, a todos estos treinta y dos millones de indios que se extienden desde la frontera con los Estados Unidos hasta los confines del Hemisferio Sur y cuarenta y cinco millones de mestizos, que en gran parte poco difieren de los indios; a todos estos indígenas, a ese formidable caudal de trabajo, de derechos pisoteados, sí, ¿qué les puede ofrecer el imperialismo? ¿Cómo podrán creer estos ignorados en ningún beneficio que venga de tan sangrientas manos? Tribus enteras que aún viven desnudas; otras que se las supone antropófagas; otras que en el primer contacto con la civilización conquistadora mueren como insectos; otras que se las destierra, es decir, se las echa de sus tierras, se las empuja hasta volcarlas en los bosques o en las montañas o en las profundidades de los llanos en donde no llega ni el menor átomo de la cultura, de luz, de pan, ni de nada.

¿En qué «alianza» –como no sea una para su más rápida muerte– van a creer estas razas indígenas apaleadas por siglos, muertas a tiros para ocupar sus tierras, muertas a palos por miles por no trabajar más rápido en sus servicios de explotación por el imperialismo?

¿Y al negro? ¿Qué «alianza» les puede brindar el sistema de los linchamientos y la preterición brutal del negro de los Estados Unidos a los quince millones de negros y catorce millones de mulatos latinoamericanos que saben con horror y cólera que sus hermanos del norte no pueden montar en los mismos vehículos que sus compatriotas blancos ni asistir a las mismas escuelas, ni siquiera morir en los mismos hospitales?

¿Cómo han de creer en este imperialismo, en sus beneficios, en sus «alianzas» (que no sean para lincharlos o explotarlos como esclavos) estos núcleos étnicos preteridos?

Esas masas, que no han podido gozar ni medianamente de ningún beneficio cultural, social o profesional, que aun en donde son mayoría, o forman millones, son maltratados por los imperialistas disfrazados de Ku-Klux-Klan; son arrojados a las barriadas más insalubres, a las casas colectivas menos confortables, hechas para ellos, empujados a los oficios más innobles, a los trabajos más duros y a las profesiones menos lucrativas, que no supongan contacto con las universidades, las altas academias o escuelas particulares.

¿Qué Alianza para el Progreso puede servir de estímulo a esos ciento siete millones de hombres y mujeres de nuestra América, médula del trabajo en ciudades y campos, cuya piel oscura –negra, mestiza, mulata, india– inspira desprecio a los nuevos colonizadores? ¿Cómo van a confiar en la supuesta «alianza» los que en Panamá han visto con mal contenida impotencia que hay un salario para el yanqui y otro salario para el panameño, que ellos consideran raza inferior?

¿Qué pueden esperar los obreros con sus jornales de hambre, los trabajos más rudos, las condiciones más miserables, la desnutrición, las enfermedades y todos los males que incuba la miseria?

¿Qué les pueden decir, qué palabras, qué beneficios podrán ofrecerles los imperialistas a los mineros del cobre, del estaño, del hierro, del carbón, que dejan sus pulmones a beneficio de dueños lejanos e inclementes; a los padres e hijos de los maderales, de los cauchales, de los yerbazales, de las plantaciones fruteras, de los ingenios de café y de azúcar, de los peones en las pampas y en los llanos que amasan con su salud y con sus vidas las fortunas de los explotadores? ¿Qué pueden esperar estas masas inmensas que producen las riquezas que crean los valores, que ayudan a parir un nuevo mundo en todas partes, qué pueden esperar del imperialismo, esa boca insaciable, esa mano insaciable sin otro horizonte inmediato que la miseria, el desamparo más absoluto, la muerte fría y sin historia al fin?

¿Qué puede esperar esta clase, que ha cambiado el curso de la historia en otras partes del mundo, que ha revolucionado al mundo, que es vanguardia de todos los humildes y explotados, qué puede esperar del imperialismo, su más irreconciliable enemigo?

¿Qué puede ofrecer el imperialismo, qué clase de beneficio, qué suerte de vida mejor y más justa, qué motivo, qué aliciente, qué interés para superarse, para lograr trascender sus sencillos y primarios escalones, a maestros, a profesores, a profesionales, a intelectuales, a los poetas y a los artistas; a los que cuidan celosamente las generaciones de niños y jóvenes para que el imperialismo se cebe luego en ellos; a quienes viven con sueldos humillantes en la mayoría de los países; a los que sufren las limitaciones de su expresión política y social en casi todas partes; que no sobrepasan, en sus posibilidades económicas, más que la simple línea de sus precarios recursos y compensaciones, enterrados en una vida gris y sin horizontes que acaba en una jubilación que entonces ya no cubre ni la mitad de los gastos? ¿Qué «beneficios» o «alianzas» podrá ofrecerles el imperialismo que no sean las que redunden en su total provecho? Si les crea fuentes de ayuda a sus profesiones, a sus artes, a sus publicaciones, es siempre en el bien entendido de que sus producciones deberán reflejar sus intereses, sus objetivos, sus «nadas».

Las novelas que traten de reflejar la realidad del mundo, de sus aventuras rapaces; los poemas que quieran traducir protestas por su avasallamiento, por su ingerencia en la vida, en la mente, en las vísceras de sus países y pueblos; las artes combativas que pretendan apresar en sus expresiones las formas y contenido de su agresión y constante presión sobre todo lo que vive y alienta progresivamente, todo lo que es revolucionario; lo que enseña; lo que trata de guiar, lleno de luz y de conciencia, de claridad y de belleza, a los hombres y a los pueblos a mejores destinos, hacia más altas cumbres del pensamiento, de la vida y de la justicia, encuentra la reprobación más encarnizada del imperialismo; encuentra la valla, la condena, la persecución maccarthista. Sus prensas se les cierran; su nombre es borrado de las columnas y se aplica la losa del silencio más atroz..., que es, entonces –una contradicción más del imperialismo–, cuando el escritor, el poeta, el pintor, el escultor, el creador en cualquier material, el científico, empiezan a vivir de verdad, a vivir en la lengua del pueblo, en el corazón de millones de hombres del mundo. El imperialismo todo lo

trastrueca, lo deforma, lo canaliza por sus vertientes para su provecho, hacia la multiplicación de su dólar; comprando palabras o cuadros, o mudez, o transformando en silencio la expresión de los revolucionarios, de los hombres progresistas, de los que luchan por el pueblo y sus problemas.

No podíamos olvidar en este triste cuadro la infancia desvalida, desatendida; la infancia sin porvenir de América. América, que es un continente de natalidad elevada, tiene también una mortalidad elevada. La mortalidad de niños de menos de un año, en once países, ascendía hace pocos años a ciento veinticinco por mil, y en otros diecisiete, a noventa niños. En ciento dos países del mundo, en cambio, esa tasa alcanza a cincuenta y uno. En América, pues, se mueren tristemente, desatendidamente, setenta y cuatro niños en cada mil, en el primer año de su nacimiento. Hay países latinoamericanos en los que esa tasa alcanza, en algunos lugares, a trescientos por mil; miles y miles de niños hasta los siete años mueren en América de enfermedades increíbles: diarreas, pulmonías, desnutrición, hambre; miles y miles, de otras enfermedades, sin atención en los hospitales, sin medicinas; miles y miles ambulan, heridos de cretinismo endémico, paludismo, tracoma y otros males producidos por las contaminaciones, la falta de agua y otras necesidades. Males de esta naturaleza son una cadena en los países americanos en donde agonizan millares y millares de niños, hijos de parias, hijos de pobres y de pequeños burgueses con vida dura y precarios medios.

Los datos, que serán redundantes, son de escalofrío. Cualquier publicación oficial de los organismos internacionales los reúne por cientos.

En los aspectos educacionales, indigna pensar el nivel de incultura que padece esta América. Mientras que Estados Unidos logra un nivel de ocho y nueve años de escolaridad en la población de quince años en adelante, América Latina, saqueada y esquilhada por ellos, tiene menos de un año escolar aprobado como nivel en esas mismas edades. E indigna más aún cuando sabemos que de los niños entre cinco y catorce años solamente están matriculados en algunos países un 20 por 100 y en los de más alto nivel el 60 por 100. Es decir, que más de la mitad de la infancia de América Latina no concurre a la escuela. Pero el dolor sigue creciendo cuando comprobamos que la matrícula de los tres primeros grados comprende más del 80 por 100 de los matriculados; y que en el grado sexto, la matrícula fluctúa apenas entre seis y veintidós alumnos de cada cien que comenzaron en el primero. Hasta en los países que creen haber atendido a su infancia, ese porcentaje de pérdida escolar entre el primero y el sexto grado es del 73 por 100 como promedio. En Cuba, antes de la Revolución, era del 74 por 100. En la Colombia de la «democracia representativa» es del 78 por 100. Y si se fija la vista en el campo, sólo el 1 por 100 de los niños llega, en el mejor de los casos, al quinto grado de enseñanza.

Cuando se investiga este desastre de ausentismo escolar, una causa es la que lo explica: la economía de miseria. Falta de escuelas, falta de maestros, falta de recursos familiares, trabajo infantil. En definitiva, el imperialismo y su obra de opresión y retraso.

El resumen de esta pesadilla que ha vivido América, de un extremo a otro, es que en este continente de casi doscientos millones de seres humanos,

formado en sus dos terceras partes por los indios, los mestizos y los negros, por los «discriminados», en este continente de semicolonias, mueren de hambre, de enfermedades curables o vejez prematura alrededor de cuatro personas por minuto, de cinco mil quinientos al día, de dos millones por año, de diez millones cada cinco años. Esas muertes podrían ser evitadas fácilmente, pero sin embargo se producen. Las dos terceras partes de la población latinoamericana vive poco, y vive bajo la permanente amenaza de muerte. Holocausto de vidas que en quince años ha ocasionado dos veces más muertes que la guerra de 1914, y continúa... Mientras tanto, de América Latina fluye hacia los Estados Unidos un torrente continuo de dinero: unos cuatro mil dólares por minuto, cinco millones por día, dos mil millones por año, diez mil millones cada cinco años. Por cada mil dólares que se nos van, nos queda un muerto. Mil dólares por muerto: ese es el precio de lo que se llama imperialismo! ¡MIL DÓLARES POR MUERTO, CUATRO VECES POR MINUTO!

Mas a pesar de esta realidad americana, ¿para qué se reunieron en Punta del Este? ¿Acaso para llevar una sola gota de alivio a estos males? ¡No!

Los pueblos saben que en Punta del Este los cancilleres que expulsaron a Cuba se reunieron para renunciar a la soberanía nacional; que allí el Gobierno de Estados Unidos fue a sentar las bases no sólo para la agresión a Cuba, sino para intervenir en cualquier país de América contra el movimiento liberador de los pueblos; que Estados Unidos prepara a la América Latina un drama sangriento; que las oligarquías explotadoras, lo mismo que ahora renuncian al principio de la soberanía, no vacilarán en solicitar la intervención de las tropas yanquis contra sus propios pueblos y que con este fin la delegación norteamericana propuso un comité de vigilancia contra la subversión en la Junta Interamericana de Defensa, con facultades ejecutivas, y la adopción de medidas colectivas. Subversión para los imperialistas yanquis es la lucha de los pueblos hambrientos por el pan, la lucha de los campesinos por la tierra, la lucha de los pueblos contra la explotación imperialista. Comité de vigilancia en la Junta Interamericana de Defensa con facultades ejecutivas significa fuerza de represión continental contra los pueblos a las órdenes del Pentágono. Medidas colectivas significan desembarcos de infantes de Marina yanqui en cualquier país de América.

Frente a la acusación de que Cuba quiere exportar su revolución, respondemos: Las revoluciones no se exportan, las hacen los pueblos.

Lo que Cuba puede dar a los pueblos y ha dado ya es su ejemplo.

Y ¿qué enseña la Revolución Cubana? Que la revolución es posible, que los pueblos pueden hacerla, que en el mundo contemporáneo no hay fuerzas capaces de impedir el movimiento de liberación de los pueblos.

Nuestro triunfo no habría sido jamás factible si la revolución misma no hubiese estado inexorablemente destinada a surgir de las condiciones existentes en nuestra realidad económico-social, realidad que existe en grado mayor aún en un buen número de países de América Latina.

Ocurre inevitablemente que en las naciones donde es más fuerte el control de los monopolios yanquis, más despiadada la explotación de la oligarquía y

más insoportable la situación de las masas obreras y campesinas, el poder político se muestra más férreo, los estados de sitio se vuelven habituales, se reprime por la fuerza toda manifestación de descontento de las masas, y el cauce democrático se cierra por completo, revelándose con más evidencia que nunca el carácter de brutal dictadura que asume el poder de las clases dominantes. Es entonces cuando se hace inevitable el estallido revolucionario de los pueblos.

Y si bien es cierto que en los países subdesarrollados de América la clase obrera es en general relativamente pequeña, hay una clase social que por las condiciones subhumanas en que vive constituye una fuerza potencial que, dirigida por los obreros y los intelectuales revolucionarios, tiene una importancia decisiva en la lucha por la liberación nacional: los campesinos.

En nuestros países se juntan las circunstancias de una industria subdesarrollada con un régimen agrario de carácter feudal. Es por eso que con todo lo duras que son las condiciones de vida de los obreros urbanos, la población rural vive aún en más horribles condiciones de opresión y explotación; pero es también, salvo excepciones, el sector absolutamente mayoritario en proporciones que a veces sobrepasa el 70 por 100 de las poblaciones latinoamericanas.

Descontando los terratenientes que muchas veces residen en las ciudades, el resto de esa gran masa libra su sustento trabajando como peones en las haciendas por salarios misérrimos, o labran la tierra en condiciones de explotación que nada tienen que envidiar a la Edad Media. Estas circunstancias son las que determinan que en América Latina la población pobre del campo constituya una tremenda fuerza revolucionaria potencial.

Los ejércitos, estructurados y equipados para la guerra convencional, que son la fuerza en que se sustenta el poder de las clases explotadoras, cuando tienen que enfrentarse a la lucha irregular de los campesinos en el escenario natural de éstas, resultan absolutamente impotentes; pierden diez hombres por cada combatiente revolucionario que cae, y la desmoralización cunde rápidamente en ellos al tener que enfrentarse a un enemigo invisible e invencible que no le ofrece ocasión de lucir sus tácticas de academia y sus fanfarrias de guerra, de las que tanto alarde hacen para reprimir a los obreros y a los estudiantes en las ciudades.

La lucha inicial de reducidos núcleos combatientes se nutre incesantemente de nuevas fuerzas, el movimiento de masas comienza a desatarse, el viejo orden se resquebraja poco a poco en mil pedazos y es entonces el momento en que la clase obrera y las masas urbanas deciden la batalla.

¿Qué es lo que desde el comienzo mismo de la lucha de esos primeros núcleos los hace invencibles, independientemente del número, el poder y los recursos de sus enemigos? El apoyo del pueblo, y con ese apoyo de las masas contarán en grado cada vez mayor. Pero el campesinado es una clase que, por el estado de incultura en que lo mantienen y el aislamiento en que vive, necesita la dirección revolucionaria y política de la clase obrera y los intelectuales revolucionarios, sin la cual no podría por sí sola lanzarse a la lucha y conquistar la victoria.

En las actuales condiciones históricas de América Latina, la burguesía nacional no puede encabezar la lucha antifeudal y antiimperialista. La experiencia demuestra que en nuestras naciones esa clase, aun cuando sus intereses son contradictorios con los del imperialismo yanqui, ha sido incapaz de enfrentarse a éste, paralizada por el miedo a la revolución social y asustada por el clamor de las masas explotadas.

Situadas ante el dilema imperialismo o revolución, sólo sus capas más progresistas estarán con el pueblo.

La actual correlación mundial de fuerzas y el movimiento universal de liberación de los pueblos coloniales y dependientes señalan a la clase obrera y a los intelectuales revolucionarios de América Latina su verdadero papel, que es el de situarse resueltamente a la vanguardia de la lucha contra el imperialismo y el feudalismo.

El imperialismo, utilizando los grandes monopolios cinematográficos, sus agencias cablegráficas, sus revistas, libros y periódicos reaccionarios acude a las mentiras más sutiles para sembrar divisionismo e inculcar entre la gente más ignorante el miedo y la superstición a las ideas revolucionarias que sólo a los intereses de los poderosos explotadores y a sus seculares privilegios pueden y deben asustar.

El divisionismo, producto de toda clase de prejuicios, ideas falsas y mentiras; el sectarismo, el dogmatismo, la falta de amplitud para analizar el papel que corresponde a cada capa social, a sus partidos, organizaciones y dirigentes, dificultan la unidad de acción imprescindible entre las fuerzas democráticas y progresistas de nuestros pueblos. Son vicios de crecimiento, enfermedades de la infancia del movimiento revolucionario que deben quedar atrás. En la lucha antiimperialista y antifeudal es posible vertebrar la inmensa mayoría del pueblo tras metas de liberación que unan el esfuerzo de la clase obrera, los campesinos, los trabajadores intelectuales, la pequeña burguesía y las capas más progresistas de la burguesía nacional. Estos sectores comprenden la inmensa mayoría de la población y aglutinan grandes fuerzas sociales capaces de barrer el dominio imperialista y la reacción feudal. En ese amplio movimiento pueden y deben luchar juntos por el bien de sus naciones, por el bien de sus pueblos y por el bien de América, desde el viejo militante marxista hasta el católico sincero que no tenga nada que ver con los monopolios yanquis y los señores feudales de la tierra.

Ese movimiento podría arrastrar consigo a los elementos progresistas de las fuerzas armadas, humilladas también por las misiones militares yanquis, la traición a los intereses nacionales de las oligarquías feudales y la inmolación de la soberanía nacional a los dictados de Washington.

Allí donde están cerrados los caminos de los pueblos, donde la represión de los obreros y campesinos es feroz, donde es más fuerte el dominio de los monopolios yanquis, lo primero y más importante es comprender que no es justo ni es correcto entretener a los pueblos con la vana y acomodaticia ilusión de arrancar, por vías legales que ni existen ni existirán, a las clases dominantes, atrincheradas en todas las posiciones del Estado monopolizadoras de la instrucción, dueñas de todos los vehículos de divulgación y poseedoras de infinitos recursos financieros, un poder que los

monopolios y las oligarquías defenderán a sangre y fuego con la fuerza de sus policías y de sus ejércitos.

El deber de todo revolucionario es hacer la revolución.

Se sabe que en América y en el mundo la revolución vencerá, pero no es de revolucionarios sentarse en la puerta de su casa para ver pasar el cadáver del imperialismo. El papel de Job no cuadra con el de un revolucionario. Cada año que se acelere la liberación de América significará millones de niños que se salven para la vida, millones de inteligencias que se salven para la cultura, infinitos caudales de dolor que se ahorrarían los pueblos. Aun cuando los imperialistas yanquis preparen para América un drama de sangre, no lograrán aplastar las luchas de los pueblos, concitarán contra ellos el odio universal y será también el drama que marque el ocaso de su voraz y cavernícola sistema.

Ningún pueblo de América Latina es débil, porque forma parte de una familia de doscientos millones de hermanos que padecen las mismas miserias, albergan los mismos sentimientos, tienen el mismo enemigo, sueñan todos un mismo mejor destino y cuentan con la solidaridad de todos los hombres y mujeres honrados del mundo entero.

Con lo grande que fue la epopeya de la independencia de América Latina, con lo heroica que fue aquella lucha, a la generación de latinoamericanos de hoy le ha tocado una epopeya mayor y más decisiva todavía para la humanidad. Porque aquella lucha fue para librarse del poder colonial español, de una España decadente, invadida por los ejércitos de Napoleón. Hoy le toca la lucha de liberación frente a la metrópoli imperial más poderosa del mundo, frente a la fuerza más importante del sistema imperialista mundial y para prestarle a la humanidad un servicio todavía más grande del que le prestaron nuestros antepasados.

Pero esta lucha, más que aquélla, la harán las masas, la harán los pueblos; los pueblos van a jugar un papel mucho más importante que entonces; los hombres, los dirigentes importan e importarán en esta lucha menos de lo que importaron en aquélla.

Esta epopeya que tenemos delante la van a escribir las masas hambrientas de indios, de campesinos sin tierra, de obreros explotados, la van a escribir las masas progresistas; los intelectuales honestos y brillantes que tanto abundan en nuestras sufridas tierras de América Latina; lucha de masas y de ideas; epopeya que llevarán adelante nuestros pueblos maltratados y despreciados por el imperialismo, nuestros pueblos desconocidos hasta hoy, que ya empiezan a quitarle el sueño. Nos consideraba rebaño impotente y sumiso; y ya se empieza a asustar de ese rebaño; rebaño gigante de doscientos millones de latinoamericanos en los que advierte ya a sus sepultureros el capital monopolista yanqui.

Con esta humanidad trabajadora, con estos explotados infrahumanos, paupérrimos, manejados por los métodos de foete y mayoral no se ha contado o se ha contado poco. Desde los albores de la independencia sus destinos han sido los mismos: indios, gauchos, mestizos, zambos, cuarterones, blancos sin bienes ni rentas, toda esa masa humana que se

formó en las filas de la «patria» que nunca disfrutó, que cayó por millones, que fue despedazada, que ganó la independencia de sus metrópolis para la burguesía, esa que fue desterrada de los repartos, siguió ocupando el último escalón de los beneficios sociales, siguió muriendo de hambre, de enfermedades curables, de desatención, porque para ella nunca alcanzaron los bienes salvadores: el simple pan, la cama de un hospital, la medicina que salva, la mano que ayuda.

Pero la hora de su reivindicación, la hora que ella misma se ha elegido, la viene señalando, con precisión, ahora, también de un extremo a otro del continente. Ahora, esta masa anónima, esta América de color, sombría, taciturna, que canta en todo el Continente con una misma tristeza y desengaño, ahora esta masa es la que empieza a entrar definitivamente en su propia historia, la empieza a escribir con su sangre, la empieza a sufrir y a morir. Porque ahora, por los campos y las montañas de América, por las faldas de sus sierras, por sus llanuras y sus selvas, entre la soledad o en el tráfico de las ciudades o en las costas de los grandes océanos y ríos, se empieza a estremecer este mundo lleno de razones, con los puños calientes de deseos de morir por lo suyo, de conquistar sus derechos casi quinientos años burlados por unos y por otros. Ahora sí, la historia tendrá que contar con los pobres de América, con los explotados y vilipendiados de América Latina, que han decidido empezar a escribir ellos mismos, para siempre, su historia. Ya se les ve por los caminos un día y otro, a pie, en marchas sin término de cientos de kilómetros, para llegar hasta los «olimpas» gobernantes a recabar sus derechos. Ya se les ve, armados de piedras, de palos, de machetes, de un lado y otro, cada día, ocupando las tierras, fincando sus garfios en la tierra que les pertenece y defendiéndola con su vida; se les ve, llevando sus cartelones, sus banderas sus consignas; haciéndolas correr en el viento por entre las montañas o a lo largo de los llanos. Y esa ola de estremecido rencor, de justicia reclamada, de derecho pisoteado que se empieza a levantar por entre las tierras de Latinoamérica, esa ola ya no parará más. Esa ola irá creciendo cada día que pase. Porque esa ola la forman los más mayoritarios en todos los aspectos, los que acumulan con su trabajo las riquezas, crean los valores, hacen andar las ruedas de la historia y que ahora despiertan del largo sueño embrutecedor a que los sometieron.

Porque esta gran humanidad ha dicho: «¡Basta!» y ha echado a andar. Y su marcha de gigantes, ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera independencia, por la que ya han muerto más de una vez inútilmente. Ahora, en todo caso, los que mueran, morirán como los de Cuba, los de Playa Girón, morirán por su única, verdadera, irrenunciable independencia.

¡Patria o Muerte!
¡VENCEREMOS!

EL PUEBLO DE CUBA
La Habana, 4 de febrero de 1962

Fidel Castro

Diario del Che en Bolivia (Una introducción necesaria)

Noviembre 7, 1966 a octubre 7, 1967

Era costumbre del Che en su vida guerrillera anotar cuidadosamente en un Diario personal sus observaciones de cada día. En las largas marchas por terrenos abruptos y difíciles, en medio de los bosques húmedos, cuando las filas de los hombres, siempre encorvados por el peso de las mochilas, las municiones y las armas, se detenían un instante a descansar, o la columna recibía la orden de alto para acampar al final de fatigosa jornada, se veía al Che —como cariñosamente lo bautizaron desde el principio los cubanos— extraer una pequeña libreta y con su letra menuda y casi ilegible de médico, escribir sus notas.

Lo que pudo conservar de esos apuntes le sirvió luego para escribir sus magníficas narraciones históricas de la guerra revolucionaria en Cuba, llenas de contenido revolucionario, pedagógico y humano.

Esta vez, gracias a aquel invariable hábito suyo de ir anotando los principales hechos de cada día, podemos disponer de una información pormenorizada, rigurosamente exacta e inapreciable de aquellos heroicos meses finales de su vida en Bolivia.

Esas anotaciones, no escritas propiamente para la publicación, le servían como instrumento de trabajo para la evaluación constante de los hechos, las situaciones y los hombres, a la vez que daban cauce a las expresiones, de su espíritu profundamente observador, analítico, y muchas veces matizado de fino humorismo. Están sobriamente redactadas y poseen ininterrumpida coherencia desde el principio hasta el fin.

Téngase en cuenta que fueron escritas en los ratos escasísimos de descanso, en medio de épico y sobrehumano esfuerzo físico y de sus agotadoras obligaciones como jefe de un destacamento guerrillero en la difícil etapa de los comienzos de una lucha de esta naturaleza, que se desenvolvía en condiciones materiales increíblemente duras, lo que revela una vez más su estilo de trabajo y su voluntad de hierro.

En este Diario, al analizar en detalle los incidentes de cada día, se hacen constar faltas, críticas y recriminaciones que son propias e inevitables en el desarrollo de una guerrilla revolucionaria.

En el seno de un destacamento guerrillero esas críticas se tienen que producir incesantemente, sobre todo en la etapa en que está constituido sólo por un pequeño núcleo, enfrentados a condiciones materiales sumamente adversas y a un enemigo infinitamente superior en número, cuando el menor descuido o la más insignificante falta pueden resultar fatales y el jefe debe ser exhaustivamente exigente, a la vez que utilizar

cada hecho o episodio, por insignificante que parezca, para educar a los combatientes y futuros cuadros de los nuevos destacamentos guerrilleros.

El proceso de formación de la guerrilla es un incesante llamado a la conciencia y al honor de cada hombre. El Che sabía tocar las fibras más sensibles de los revolucionarios. Cuando Marcos, reiteradamente amonestado por el Che, fue advertido de que podía ser expulsado deshonrosamente de la guerrilla, respondió:

“¡Antes fusilado!” Más adelante dio su vida heroicamente. Similar fue el comportamiento de todos los hombres en los que puso su confianza y a los cuales se vio en la necesidad de amonestar por alguna u otra causa en el transcurso de la lucha. Jefe fraternal y humano sabía también ser exigente y en ocasiones severo; pero lo era en primer lugar y en mayor grado que con los demás, consigo mismo. Che basaba la disciplina en la conciencia moral del guerrillero y en la fuerza tremenda de su propio ejemplo.

El Diario contiene también numerosas referencias a Debray y evidencian la enorme preocupación que suscitó en el Che el arresto y encarcelamiento del escritor revolucionario a quien había encomendado una misión en Europa, aunque en el fondo habría deseado que aquél permaneciera en la guerrilla. Por eso manifiesta cierta inconformidad, y en ocasiones algunas dudas, sobre su comportamiento.

Che no tuvo posibilidad de conocer la odisea vivida por Debray en las garras de los cuerpos represivos y la actitud firme y valerosa mantenida por éste ante sus captores y torturadores.

Destacó, sin embargo, la enorme importancia política del proceso, y, el 3 de octubre, seis días antes de su muerte, en medio de amargos y tensos sucesos, consigna: “Se escuchó una entrevista de Debray muy valiente frente a un estudiante provocador”, siendo ésta su última referencia al escritor.

Como en este Diario la Revolución Cubana y sus relaciones con el movimiento guerrillero aparecen reiteradamente señaladas, algunos pudieran interpretar que su publicación por nuestra parte constituye un acto de provocación que dará argumentos a los enemigos de la Revolución y a los imperialistas yanquis y sus aliados, los oligarcas de América Latina, para redoblar sus planes de bloqueo, aislamiento y agresión a Cuba.

A los que así juzgan los hechos, es bueno recordarles que el imperialismo yanqui no ha necesitado nunca de pretextos para perpetrar sus fechorías en cualquier lugar del mundo y que sus esfuerzos para aplastar la Revolución Cubana se iniciaron desde la primera ley revolucionaria promulgada en nuestro país, por el obvio y conocido hecho de que ese imperialismo es el gendarme de la reacción mundial, promotor sistemático de la contrarrevolución y protector de las estructuras sociales más retrógradas e inhumanas que subsisten en el mundo.

La solidaridad con el movimiento revolucionario puede ser tomada como pretexto, pero nunca será la causa de las agresiones yanquis. Negar la solidaridad para negar el pretexto es ridícula política de avestruz, que nada

tiene que ver con el carácter internacionalista de las revoluciones sociales contemporáneas. Dejar de solidarizarse con el movimiento revolucionario no es negarle un pretexto sino solidarizarse de hecho con el imperialismo yanqui y su política de dominio y esclavización del mundo.

Cuba es un pequeño país de economía subdesarrollada, como todos los que fueron durante siglos dominados y explotados por el colonialismo y el imperialismo, situada sólo a 90 millas de las costas de Estados Unidos, con una base naval yanqui en su propio territorio, que se enfrenta a numerosos obstáculos por llevar a cabo su desarrollo económico-social. Grandes peligros se han cernido sobre nuestra Patria desde el triunfo de la Revolución, pero no por ello conseguirá el imperialismo doblegarla, sin que deban importarnos las dificultades que una línea revolucionaria consecuente pueda conllevar.

Desde el punto de vista revolucionario la publicación del Diario del Che en Bolivia no admite alternativa. El Diario del Che quedó en poder de Barrientos, que de inmediato entregó copia a la CIA, al Pentágono y al gobierno de Estados Unidos. Periodistas allegados a la CIA tuvieron acceso al documento en la propia Bolivia y sacaron copias fotostáticas del mismo, aunque con el compromiso de abstenerse, por el momento, de publicarlo.

El gobierno de Barrientos y los más altos jefes militares tienen sobradas razones para no publicar el Diario, donde se puede constatar la inmensa incapacidad de su ejército y las incontables derrotas que sufrieron en manos de un puñado de guerrilleros decididos que en unas pocas semanas le arrebató en combate cerca de doscientas armas.

Che describe además a Barrientos y su régimen en los términos a que es acreedor con palabras que no podrán borrarse de la historia.

Por otro lado, el imperialismo tenía también sus razones: Che y su ejemplo extraordinario cobran fuerza cada vez mayor en el mundo. Sus ideas, su retrato, su nombre, son banderas de lucha contra las injusticias entre los oprimidos y los explotados y suscitan interés apasionado entre los estudiantes y los intelectuales de todo el mundo.

En los propios Estados Unidos el movimiento negro y los estudiantes progresistas, que son cada vez más numerosos, han convertido en algo suyo la figura del Che. En las manifestaciones más combativas por los derechos civiles y contra la agresión a Vietnam, sus retratos son esgrimidos como emblemas de lucha. Pocas veces en la historia, o tal vez nunca, una figura, un nombre, un ejemplo, se han universalizado con tal celeridad y apasionante fuerza. Es que el Che encarna en su forma más pura y desinteresada el espíritu internacionalista que caracteriza al mundo de hoy y cada vez al de mañana.

De un continente oprimido ayer por las potencias coloniales, explotado hoy y mantenido en el retraso y en el subdesarrollo más inicuo por el imperialismo yanqui, surge esa singular figura que se convierte en aliento universal de lucha revolucionaria hasta en las propias metrópolis imperialistas y colonialistas.

Los imperialistas yanquis temen la fuerza de ese ejemplo y todo lo que pueda contribuir a divulgarlo. Es el valor intrínseco del Diario, expresión viva de una personalidad extraordinaria, lección guerrillera escrita al calor y la tensión de cada día, pólvora inflamable, demostración real de que el hombre latinoamericano no es impotente frente a los esclavizadores de pueblos y sus ejércitos mercenarios, lo que les ha impedido hasta hoy darlo a la publicidad.

Pudieran estar también interesados en que este Diario no se conociera nunca. Los seudorrevolucionarios, oportunistas y charlatanes de toda laya, que autoconceptuándose marxistas, comunistas y otros títulos por el estilo, no han vacilado en calificar al Che de equivocado, aventurero, y cuando más benignamente, idealista, cuya muerte es el canto de cisne de la lucha armada revolucionaria en América Latina. “¡Si el Che —exclaman—, máximo exponente de esas ideas y experimentado guerrillero, fue muerto en las guerrillas y su movimiento no liberó a Bolivia, eso demuestra cuán equivocado estaba...!” ¡Cuántos de estos miserables se habrán alegrado de la muerte del Che, sin sonrojarse siquiera de pensar que sus posiciones y razonamientos coinciden por entero con los de los oligarcas más reaccionarios y el imperialismo!

De este modo se justifican a sí mismos, o justifican a dirigentes traidores que en determinado momento no vacilaron en jugar a la lucha armada con el verdadero propósito —según se pudo ver luego— de destruir a los destacamentos guerrilleros, frenar la acción revolucionaria e imponer sus vergonzosas y ridículas componendas políticas, porque eran absolutamente incapaces de ninguna otra línea; o a los que no quieren combatir, ni combatirán jamás, por el pueblo y su liberación y han caricaturizado las ideas revolucionarias haciendo de ellas opio dogmático sin contenido ni mensaje a las masas, y convertido las organizaciones de lucha del pueblo en instrumentos de conciliación con los explotadores internos y externos, y propugnadoras de políticas que no tienen nada que ver con los intereses reales de los pueblos explotados en este continente.

Che contemplaba su muerte como algo natural y probable en el proceso y se esforzó en recalcar, muy especialmente en sus últimos documentos, que esa eventualidad no impediría la marcha inevitable de la revolución en América Latina. En su mensaje a la Tricontinental reiteró ese pensamiento: “Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo... En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ese, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas”.

Se consideró a sí mismo soldado de esa revolución, sin preocuparle en absoluto sobrevivir a ella. Los que ven en el desenlace de su lucha en Bolivia el fracaso de sus ideas, con el mismo simplismo pudieran negar la validez de las ideas y las luchas de todos los grandes precursores y pensadores revolucionarios, incluidos los fundadores del marxismo, que no pudieron culminar la obra y contemplar en vida los frutos de sus nobles esfuerzos.

En Cuba, ni la muerte en combate de Martí y de Maceo, a las que siguió más tarde la intervención yanqui cuando finalizaba la Guerra de Independencia, frustrando en lo inmediato el objetivo de sus luchas, ni la de brillantes

propugnadores de la revolución socialista como Julio Antonio Mella, asesinado por agentes al servicio del imperialismo, pudieron impedir a la larga el triunfo de un proceso que comenzó hace cien años, y nadie en absoluto podría poner en duda la profunda justeza de la causa y la línea de lucha de aquellos próceres, ni la vigencia de sus ideas esenciales que inspiraron siempre a los revolucionarios cubanos.

En el Diario del Che se pueden apreciar cuán reales eran sus posibilidades de éxito y cuán extraordinario el poder catalizador de la guerrilla, como él consigna en sus apuntes. En cierta ocasión, ante los evidentes síntomas de debilidad y rápido deterioro del régimen boliviano, expresó: “El gobierno se desintegra rápidamente, lástima no tener cien hombres más en este momento”.

Che conocía por su experiencia en Cuba cuántas veces nuestro pequeño destacamento guerrillero estuvo a punto de ser exterminado. Pudo ocurrir así en dependencia casi absoluta de los azares e imponderables de la guerra, mas, tal eventualidad, ¿habría dado a nadie el derecho a considerar errónea nuestra línea y tomarla además como ejemplo para desalentar a la revolución e inculcar en los pueblos la impotencia? ¡Muchas veces en la historia los procesos revolucionarios estuvieron precedidos de episodios adversos! Nosotros en Cuba, ¿no tuvimos acaso la experiencia del Moncada apenas seis años antes del triunfo definitivo de la lucha armada del pueblo?

Para muchos, entre el 26 de julio de 1953, ataque al Cuartel Moncada en Santiago de Cuba, y el 2 de diciembre de 1956, desembarco del “Granma”, la lucha revolucionaria en Cuba frente a un ejército moderno y bien armado carecía de toda perspectiva y la acción de un puñado de luchadores era vista como quimera de idealistas e ilusos “que estaban profundamente equivocados”. La derrota aplastante y la dispersión total del inexperto destacamento guerrillero el 5 de diciembre de 1956 pareció confirmar por entero los pesimistas augurios... Pero, sólo 25 meses después, los restos de aquella guerrilla habían desarrollado ya la fuerza y experiencia necesarias para aniquilar aquel ejército.

Para no luchar habrá siempre sobrados pretextos en todas las épocas y en todas las circunstancias, pero será el único camino de no obtener jamás la libertad. El Che no sobrevivió a sus ideas, pero supo fecundarlas con su sangre. Con toda seguridad sus críticos seudorrevolucionarios, con su cobardía política y su eterna falta de acción, sobrevivirán a la evidencia de su propia estupidez.

Es notable, como se verá en el Diario, que uno de esos especímenes revolucionarios que ya van siendo típicos en América Latina, Mario Monje, esgrimiendo el título de Secretario del Partido Comunista de Bolivia, pretendió discutirle al Che la jefatura política y militar del movimiento. Y puesto que alegó, además, el propósito de renunciar previamente para ello a su cargo partidista, a su juicio, por lo visto, le bastaba el título de haberlo sido para reclamar tal prerrogativa.

Mario Monje, por supuesto, no tenía ninguna experiencia guerrillera ni había librado jamás un combate, sin que por otro lado su autoconceptuación de comunista lo obligase siquiera a prescindir del grosero y mundano

chovinismo que ya habían logrado superar los próceres que lucharon por la primera independencia.

Con semejante concepto de lo que debe ser la lucha antimperialista en este continente, tales “jefes comunistas” no han rebasado siquiera el nivel internacionalista de las tribus aborígenes que sojuzgaron los colonizadores europeos en la época de la conquista.

Así, el jefe del Partido Comunista de un país que se llama Bolivia, y su capital histórica, Sucre, en honor de sus primeros libertadores que eran venezolanos uno y otro, que tuvo la posibilidad de contar para la definitiva liberación de su pueblo con la cooperación del talento político, organizador y militar de un verdadero titán revolucionario, cuya causa por demás no se limitaba a las fronteras estrechas, artificiales e incluso injustas de ese país, no hizo otra cosa que entrar en vergonzosos, ridículos e inmerecidos reclamos de mando.

Bolivia, por no tener salida al mar necesita más que ningún otro país, para su propia liberación, sin tener que exponerse a un atroz bloqueo, del triunfo revolucionario de los vecinos. Che era, además, por su prestigio enorme, su capacidad y su experiencia, el hombre que habría podido acelerar ese proceso.

Che había establecido relaciones con dirigentes y militantes del Partido Comunista boliviano, desde antes de producirse en el mismo la escisión, recabando de ellos la ayuda para el movimiento revolucionario en América del Sur. Algunos de esos militantes, autorizados por el Partido, trabajaron con él durante años en diversas tareas. Al producirse la escisión en dicho Partido, se creó una situación especial puesto que varios militantes de los que habían estado trabajando con él quedaron ubicados en uno u otro grupo. Pero Che no concebía la lucha en Bolivia como un hecho aislado sino como parte de un movimiento revolucionario de liberación que no tardaría en extenderse a otros países de América del Sur. Era su propósito organizar un movimiento sin espíritu sectario, para que a él se incorporasen todos los que quisieran luchar por la liberación de Bolivia y demás pueblos sojuzgados por el imperialismo en América Latina. Pero en la fase inicial de preparación de la base guerrillera venía dependiendo fundamentalmente de la ayuda de un grupo de valiosos y discretos colaboradores que al producirse la escisión habían permanecido en el Partido de Monje. Fue por deferencia con ellos que invitó, en primer término, a éste, a visitar su campamento, aunque ciertamente no experimentaba hacia él ninguna simpatía. Después invitó a Moisés Guevara, líder minero y político que se había separado de aquel Partido para cooperar en la formación de otra organización, y que luego también se había marginado de ella inconforme con Oscar Zamora, otro Monje que hacía algún tiempo se había comprometido con el Che a trabajar en la organización de la lucha armada guerrillera en Bolivia, rehuendo después los compromisos y cruzándose cobardemente de brazos a la hora de la acción, para convertirse con posterioridad a su muerte en uno de sus más venenosos críticos, en nombre del “marxismo-leninismo”. Moisés Guevara se unió sin vacilación al Che, como le había ofrecido desde mucho antes de que éste llegara a Bolivia, le brindó su apoyo y entregó su vida heroicamente a la causa revolucionaria.

Otro tanto hizo el grupo de guerrilleros bolivianos que había permanecido hasta entonces en la organización de Monje. Dirigidos por Inti y Coco Peredo, que después demostraron ser valerosos y destacados combatientes, se apartaron de aquél y respaldaron decididamente al Che. Pero Monje, no satisfecho del resultado, se dedicó a sabotear el movimiento, interceptando en La Paz a militantes comunistas bien entrenados que iban a unirse a las guerrillas. Estos hechos demuestran cómo existen en las filas revolucionarias hombres bien dotados de todas las condiciones necesarias para la lucha, cuyo desarrollo es criminalmente frustrado por dirigentes incapaces, charlatanes y maniobreros.

Che fue hombre al que nunca le interesaron personalmente cargos, mandos ni honores, pero estaba firmemente convencido de que en la lucha revolucionaria guerrillera —fundamental forma de acción para la liberación de los pueblos de América Latina, partiendo de la situación económica, política y social de casi todos los países latinoamericanos— el mando militar y político de la guerrilla debía estar unificado y que la lucha sólo podía ser dirigida desde la guerrilla y no desde cómodas y burocráticas oficinas urbanas. Y en este punto no estaba dispuesto a transigir, ni a entregarle a un inexperto seso-hueco de estrechas miras chovinistas el mando de un núcleo guerrillero destinado a desenvolver en su ulterior desarrollo una lucha de amplia dimensión en América del Sur. Che consideraba que ese chovinismo, que muchas veces infecta a los propios elementos revolucionarios de los diversos países de América Latina, debía ser combatido como un sentimiento reaccionario ridículo y estéril. “Que se desarrolle un verdadero internacionalismo proletario —dijo en su mensaje a la Tricontinental—... la bandera bajo la que se luche sea la causa sagrada de la redención de la humanidad, de tal modo que morir bajo las enseñas de Vietnam, de Venezuela, de Guatemala, de Laos, de Guinea, de Colombia, de Bolivia..., para citar sólo los escenarios actuales de la lucha armada, sea igualmente gloriosa y deseable para un americano, un asiático, un africano, y aún, un europeo. Cada gota de sangre derramada en un territorio bajo cuya bandera no se ha nacido, es experiencia que recoge quien sobrevive para aplicarla luego a la lucha por la liberación de su lugar de origen. Y cada pueblo que se libere es una fase de la batalla por la liberación del propio pueblo que se ha ganado”.

Che pensaba igualmente que en el destacamento guerrillero participasen combatientes de distintos países latinoamericanos y que la guerrilla en Bolivia fuese escuela de revolucionarios que harían su aprendizaje en los combates. A su lado quiso tener para ayudarlo en esa tarea, junto a los bolivianos, un pequeño núcleo de guerrilleros con experiencia, que habían sido casi todos compañeros suyos en la Sierra Maestra, durante la lucha revolucionaria en Cuba, cuya capacidad, valor y espíritu de sacrificio conocía. De esos hombres ninguno vaciló en responder a su solicitud, ninguno lo abandonó y ninguno se rindió.

Che actuó en su campaña de Bolivia con el tesón, la maestría, el estoicismo y la ejemplar actitud que eran proverbiales en él. Puede decirse que impregnado de la importancia de la misión que se había asignado a sí mismo, procedió en todo instante con un espíritu de responsabilidad irreprochable. En aquellas ocasiones en que la guerrilla cometía algún descuido, se apresuraba en advertirlo y enmendarlo, consignándolo en su Diario.

Factores adversos se combinaron increíblemente en su contra. La separación —que debía ser por unos breves días— de una parte de la guerrilla, donde se encontraba un grupo valioso de hombres, algunos de ellos enfermos o convalecientes, al perderse el contacto entre ambos en un terreno sumamente accidentado, se prolongó durante interminables meses, que ocuparon el esfuerzo de Che en su búsqueda. En ese período el asma —una dolencia que solía dominar fácilmente con sencillos medicamentos, pero que faltando éstos se convertía para él en un terrible enemigo— lo atacó despiadadamente, deviniendo esto en un problema serio por el hecho de que las medicinas que provisoriamente había acumulado para la guerrilla fueron descubiertas y ocupadas por el enemigo. Este hecho, unido al aniquilamiento a fines de agosto de la parte de la guerrilla con la que había perdido el contacto, fueron factores que gravitaron considerablemente en el desarrollo de los acontecimientos. Pero Che, con voluntad de acero, se sobrepuso al malestar físico y en ningún instante su acción aminoró, ni decayó su ánimo.

Fueron numerosos sus contactos con los campesinos bolivianos. El carácter de éstos, sumamente desconfiados y cautelosos, no podía sorprender al Che, que conocía perfectamente bien su mentalidad por haberlos tratado en otras ocasiones, y sabía que para ganarlos a su causa se requería una labor prolongada, ardua y paciente, pero no albergaba ninguna duda de que a la larga lo obtendría.

Si se sigue con cuidado el hilo de los acontecimientos se verá que aun cuando el número de hombres con que contaba en el mes de septiembre, algunas semanas antes de su muerte, era muy reducido, todavía la guerrilla mantenía su capacidad de desarrollo y algunos cuadros bolivianos, como los hermanos Inti y Coco Peredo, se iban ya destacando con magníficas perspectivas de jefes. Fue la emboscada de Higuera, única acción exitosa del ejército contra el destacamento que mandaba el Che, matándole la vanguardia e hiriéndole varios hombres más en pleno día, cuando se trasladaban a una zona campesina de mayor desarrollo político —objetivo este que no aparece consignado en el Diario, pero que se sabe por los sobrevivientes—, lo que les creó una situación insuperable. Ese avance de día por la misma ruta que venían siguiendo durante varias jornadas en inevitablemente amplio contacto con los moradores de aquella zona que cruzaban por primera vez, y la obvia certeza de que el ejército debería interceptarlos en algún punto, era sin duda peligroso. Pero el Che, plenamente consciente de esto, decidió correr el riesgo para ayudar al médico que venía en muy mal estado físico.

El día anterior a la emboscada, escribe: “Llegamos a Pujio, pero allí había gente que nos había visto abajo el día anterior, vale decir: estamos siendo previstos por Radio Bemba...” “El caminar en mulo se hace peligroso, pero trato que el médico vaya lo mejor posible pues viene muy débil”.

Al día siguiente escribió: “A las 13 salió la vanguardia para tratar de llegar a Jagüey y allí tomar una decisión sobre las mulas y el médico”. Es decir, buscaba una solución para el enfermo, a fin de abandonar aquella ruta y tomar las precauciones necesarias. Pero aquella misma tarde, antes de que la vanguardia llegara a Jagüey se produjo la fatal emboscada que llevó al destacamento a una situación insostenible.

Días después, cercado en la quebrada del Yuro, libró su último combate.

Impresiona profundamente la proeza realizada por este puñado de revolucionarios. La sola lucha contra la naturaleza hostil en que desenvolvían su acción constituye una insuperable página de heroísmo. Nunca en la historia un número tan reducido de hombres emprendió una tarea tan gigantesca. La fe y la convicción absoluta en que la inmensa capacidad revolucionaria de los pueblos de América Latina podía ser despertada, la confianza en sí mismo y la decisión con que se entregaron a ese objetivo, nos da la justa dimensión de estos hombres.

Che dijo un día a los guerrilleros en Bolivia: “Este tipo de lucha nos da la oportunidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana, pero también nos permite graduarnos de hombres; los que no puedan alcanzar ninguno de estos dos estadios deben decirlo y dejar la lucha”.

Los que con él lucharon hasta el final se hicieron acreedores a estos honrosos calificativos. Ellos simbolizan el tipo de revolucionarios y de hombres a quienes la historia en esta hora convoca para una tarea verdaderamente dura y difícil: la transformación revolucionaria de América Latina.

El enemigo que enfrentaron los próceres de la primera lucha por la independencia, era un poder colonial decadente. Los revolucionarios de hoy tienen por enemigo al baluarte más poderoso del campo imperialista, equipado con la técnica y la industria más moderna. Ese enemigo no sólo organizó y equipó de nuevo un ejército en Bolivia, donde el pueblo había destruido la anterior fuerza militar represiva y le brindó inmediatamente el auxilio de sus armas y asistentes militares para la lucha contra la guerrilla, sino que brinda su aporte militar y técnico en la misma medida a todas las fuerzas represivas de este continente. Y cuando no bastan esas medidas, interviene directamente con sus tropas, como hizo en Santo Domingo.

Para luchar contra ese enemigo se requiere el tipo de revolucionarios y de hombres de que habló el Che. Sin ese tipo de revolucionarios y de hombres, dispuestos a hacer lo que ellos hicieron; sin el ánimo de enfrentarse a enormes obstáculos que ellos tuvieron; sin la decisión de morir que a ellos los acompañó en todo instante; sin la convicción profunda de la justicia de su causa y la fe inmovible en la fuerza invencible de los pueblos que ellos albergaron, frente a un poder como el imperialismo yanqui, cuyos recursos militares, técnicos y económicos, se hacen sentir en todo el mundo, la liberación de los pueblos de este continente no sería alcanzada.

El propio pueblo norteamericano, que empieza a tomar conciencia de que la monstruosa superestructura política que rige su país no es ya hace mucho rato la idílica república burguesa que sus fundadores establecieron hace casi doscientos años, está sufriendo en un grado cada vez más alto la barbarie moral de un sistema irracional, enajenante, deshumanizado y brutal, que cobra en el pueblo norteamericano cada vez más víctimas de sus guerras agresivas, sus crímenes políticos, sus aberraciones raciales, su mezquina jerarquización del ser humano y el repugnante derroche de recursos económicos, científicos y humanos de su desmesurado aparato militar,

reaccionario y represivo, en medio de un mundo en sus tres cuartas partes subdesarrollado y hambriento.

Pero sólo la transformación revolucionaria de América Latina permitiría al pueblo de Estados Unidos ajustar sus propias cuentas con ese mismo imperialismo, a la vez que en la misma medida la lucha creciente del pueblo norteamericano contra la política imperialista podría convertirlo en aliado decisivo del movimiento revolucionario en América Latina.

Y si esta parte del hemisferio no sufre una profunda transformación revolucionaria, la enorme diferencia y desequilibrio que se produjo a principios de este siglo entre la pujante nación que se industrializaba rápidamente, al mismo paso que marchaba por la propia ley de su dinámica social y económica hacia cumbres imperiales, y el haz de países débiles y estancados, sometidos a la coyunda de oligarquías feudales y sus ejércitos reaccionarios, en el balcanizado resto del continente americano, será apenas un pálido reflejo no ya del enorme desnivel actual en la economía, en la ciencia y en la técnica, sino del espantoso desequilibrio que, a pasos cada vez más acelerados, en veinte años más, la superestructura imperialista impondrá a los pueblos de América Latina.

Por ese camino estamos llamados a ser cada vez más pobres, más débiles, más dependientes y más esclavos de ese imperialismo. Esta sombría perspectiva afecta en grado igual a los pueblos subdesarrollados de <199>frica y Asia.

Si las naciones industrializadas e instruidas de Europa, con su Mercado Común y sus instituciones científicas supranacionales, se inquietan ante las posibilidades de quedarse rezagadas y contemplan con temor la perspectiva de convertirse en colonias económicas del imperialismo yanqui, ¿qué le depara el futuro a los pueblos de América Latina?

Si frente al cuadro de esta situación real e incuestionable, que decisivamente afecta al destino de nuestros pueblos, algún liberal o reformista burgués, o seudorrevolucionario charlatán, incapaz de la acción, tiene una respuesta que no sea una profunda y urgente transformación revolucionaria que pueda hacer acopio de todas las fuerzas morales, materiales y humanas de esta parte del mundo y lanzarlas hacia adelante, para recuperar el atraso económico y científico-técnico de siglos, cada vez mayor, con el mundo industrializado, del que somos tributarios y lo seremos cada vez más, y en especial de Estados Unidos; y además de la fórmula, el camino mágico de llevarla a cabo, diferente a la concebida por el Che, que barra oligarquías, déspotas, politicastos, es decir: criados, y a monopolios yanquis, es decir: amos, y lo haga con toda la urgencia que las circunstancias requieren, que levante entonces la mano para impugnar al Che.

Como realmente ninguno tiene respuesta honrada ni acción consecuente que implique una esperanza real a los casi 300 millones de seres humanos que componen la población de América Latina, desoladoramente pobres en su abrumadora mayoría, que serán 600 millones a la vuelta de 25 años, y que tienen derecho a la vida material, la cultura y la civilización, entonces lo más decoroso sería el silencio ante el gesto del Che y los que con él cayeron defendiendo sus ideas con coraje, porque la hazaña que este puñado de

hombres realizó, guiados por el noble ideal de redimir un continente, quedará como la prueba más alta de lo que pueden la voluntad, el heroísmo y la grandeza humanas. Ejemplo que iluminará las conciencias y presidirá la lucha de los pueblos de América Latina, porque el grito heroico del Che llegará hasta el oído receptivo de los pobres y explotados por los que él dio su vida, y muchos brazos se tenderán para empuñar las armas y conquistar su definitiva liberación.

El 7 de octubre escribió el Che sus últimas líneas. Al día siguiente, a las 13 horas, en una estrecha quebrada donde se proponía esperar la noche para romper el cerco, una numerosa tropa enemiga hizo contacto con ellos. El reducido grupo de hombres que componían en esa fecha el destacamento, combatió heroicamente hasta el anochecer desde posiciones individuales ubicadas en el lecho de la quebrada y en los bordes superiores de la misma contra la masa de soldados que los rodeaban y atacaban. No hay ningún sobreviviente de los que combatieron en las posiciones más próximas al Che. Como junto a él estaban el médico, cuyo grave estado de salud se ha señalado antes y un guerrillero peruano también en muy malas condiciones físicas, todo parece indicar que el Che hizo el máximo para proteger la retirada a lugar más seguro, de esos compañeros, hasta caer herido. El médico no fue muerto en ese mismo combate, sino varios días más tarde, en un punto no distante de la quebrada del Yuro. Lo abrupto del terreno rocoso e irregular hacía muy difícil y a veces imposible el contacto visual de los guerrilleros entre sí. Los que defendían la posición por la otra entrada de la quebrada a varios cientos de metros del Che, entre ellos Inti Peredo, resistieron el ataque hasta el oscurecer en que lograron despegarse del enemigo y dirigirse hacia el punto previamente acordado de concentración.

Se ha podido precisar que el Che estuvo combatiendo herido hasta que el cañón de su fusil M-2 fue destruido por un disparo, inutilizándolo totalmente. La pistola que portaba estaba sin "magazine". Estas increíbles circunstancias explican que lo hubiesen podido capturar vivo. Las heridas de las piernas le impedían caminar sin ayuda, pero no eran mortales.

Trasladado al pueblo de Higueras permaneció con vida alrededor de 24 horas. Se negó a discutir una sola palabra con sus captores, y un oficial embriagado que intentó vejarlo recibió una bofetada en pleno rostro.

Reunidos en La Paz, Barrientos, Ovando y otros altos jefes militares, tomaron fríamente la decisión de asesinarlo. Son conocidos los detalles de la forma en que procedieron a cumplir el alevoso acuerdo en la escuela del pueblo de Higueras. El mayor Miguel Ayoroa y el coronel Andrés Selnich, rangers entrenados por los yanquis, instruyeron al sub-oficial Mario Terán para que procediera al asesinato. Cuando éste, completamente embriagado, penetró en el recinto, Che —que había escuchado los disparos con que acababan de ultimar a un guerrillero boliviano y otro peruano— viendo que el verdugo vacilaba le dijo con entereza: "¡Dispare! ¡No tenga miedo!" Éste se retiró, y de nuevo fue necesario que los superiores Ayoroa y Selnich le repitieran la orden, que procedió a cumplir, disparándole de la cintura hacia abajo una ráfaga del metralleta. Ya había sido dada la versión de que el Che había muerto varias horas después del combate y por eso los ejecutores tenían instrucciones de no disparar sobre el pecho ni la cabeza, para no producir heridas fulminantes. Esto prolongó cruelmente la agonía del Che, hasta que un sargento —también ebrio— con un disparo de pistola en el

costado izquierdo lo remató. Tal proceder contrasta brutalmente con el respeto del Che, sin una sola excepción, hacia la vida de los numerosos oficiales y soldados del ejército boliviano que hizo prisioneros.

Las horas finales de su existencia en poder de sus despreciables enemigos tienen que haber sido muy amargas para él; pero ningún hombre mejor preparado que el Che para enfrentarse a semejante prueba.

La forma en que llegó a nuestras manos este Diario no puede ser ahora divulgada; baste decir que fue sin mediar remuneración económica alguna. Contiene todas las notas que escribió desde el 7 de noviembre de 1966, día en que el Che llegó a Ñancahuazú, hasta el 7 de octubre de 1967, vísperas del combate de la quebrada del Yuro. Faltan sólo unas pocas páginas que no han llegado todavía a nuestro poder, pero que por corresponder a fechas en que no tuvieron lugar hechos de importancia, no altera en absoluto el contenido del mismo.

Aunque el documento por sí mismo no ofrecía la menor duda acerca de su autenticidad, todas las copias fotostáticas fueron sometidas a un riguroso examen a fin de comprobar no sólo dicha autenticidad sino incluso cualquier posible alteración, por pequeña que fuese. Los datos fueron además cotejados con el Diario de unos de los guerrilleros sobrevivientes, coincidiendo ambos documentos en todos los aspectos. El testimonio pormenorizado de los demás guerrilleros sobrevivientes que fueron testigos de cada uno de los acontecimientos, contribuyó asimismo a la comprobación. Se llegó a la más absoluta certeza de que todas las fotografías eran copia fiel del Diario del Che.

Constituyó una fatigosa tarea desentrañar la letra pequeña y difícil de la escritura, lo que se realizó con la participación laboriosa de su compañera Aleida March de Guevara.

El Diario será publicado en forma aproximadamente simultánea en: Francia, por Editorial Francois Maspero; Italia, Editorial Feltrinelli; RFA, Trikont Verlag; EUA, Revista Ramparts; Francia, en español, Ediciones Ruedo Ibérico; Chile, Revista Punto Final; México, Editorial Siglo XXI; y en otros países.

¡Hasta la victoria siempre!

Fidel Castro

Haydée Santamaría, una mujer revolucionaria

-Cartas al Che Guevara y a sus padres-

[Nota introductoria de Néstor Kohan]

Haydée Santamaría Cuadrado [1922-1980] es una de las mujeres que participaron el 26 de julio de 1953 en el asalto al cuartel Moncada, encabezado por Fidel Castro. Luego de ese asalto, muchos combatientes fueron capturados por el Ejército del dictador Batista. Como ya es una triste "costumbre"... -hoy empleada por los militares norteamericanos en Irak y en Guantánamo como ayer en Vietnam y en innumerables lugares del mundo, por el Ejército francés en Argelia, por los militares argentinos, chilenos, israelíes y sudafricanos y por todos los aparatos de represión que defienden al capitalismo- a esos combatientes los torturaron.

Abel Santamaría Cuadrado [1927-1953], hermano de Haydée, fue uno de los torturados. Ahí mismo, lo asesinaron. A los sobrevivientes los encarcelaron. Haydée escribe entonces esta carta a sus padres -que ahora reproducimos- luego del asesinato de Abel en la tortura. Allí hace referencia a los sueños rebeldes de su hermano y al significado de Fidel Castro para el movimiento revolucionario.

Haydée fue una de las encargadas de sacar de la cárcel en forma clandestina y de recomponer, por distintas vías, el célebre alegato de Fidel Castro en el juicio ante sus captores conocido popularmente como *La historia me absolverá*.

Más tarde, habiendo sido una de las cofundadoras del Movimiento 26 de julio, Haydée participa como combatiente guerrillera en la lucha que provocará la caída de Batista y el triunfo de la Revolución Cubana. No es la única mujer que participa en esa lucha, pero sí es una de las más destacadas junto a Celia Sánchez [1920-1980], a Melba Hernández y a muchas otras. Por ejemplo, el 4 de septiembre de 1958 se forma en la Sierra Maestra el pelotón "Mariana Grajales" del Ejército Rebelde, formado exclusivamente por mujeres combatientes.

Con el triunfo de la Revolución Cubana, Haydée -cuyo sobrenombre era Yeyé- funda en 1959 una institución cultural que será emblema entre los intelectuales críticos de todo el orbe: la Casa de las Américas. Allí recibirá a los intelectuales más importantes del mundo que han visitado Cuba y han descubierto el papel fundamental que la Revolución le ha brindado a la cultura. Muchos de ellos recuerdan a Haydée, entre otros nuestro querido Julio Cortázar.

Más tarde, será una de las cofundadoras y miembro del comité central del nuevo Partido Comunista cubano (fundado en 1965, a partir de la unidad de varias organizaciones lideradas por el Movimiento 26 de Julio) e integrará la presidencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), reunida en La Habana en 1967 para coordinar la lucha insurreccional en todo el continente.

En ese año se produce el asesinato del Che Guevara en Bolivia (otra vez,

como siempre, realizado a sangre fría y por órdenes de la CIA y los rangers norteamericanos que asesoraban al Ejército boliviano). Luego de conocerse en Cuba su asesinato, Haydée le escribe al Che la carta que ahora reproducimos.

Ese mismo año, el 13 de julio de 1967, Haydée brinda una charla a los estudiantes de la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad de La Habana sobre el asalto al Cuartel Moncada. Allí relata gran parte de su experiencia como mujer revolucionaria y combatiente guerrillera.

En uno de sus pasajes, Haydée le dice a un estudiante: *"Para mí ser comunista no es militar en un partido; para mí ser comunista es tener una actitud ante la vida"*. En otra parte, resumiendo lo que sienten muchas mujeres revolucionarias del mundo que han caído bajo la represión, afirma: *"Iba presa, esposada, maniatada, y me sentía más fuerte y más libre que aquellos que con la toga de justicia me iban a juzgar"*. Más adelante, le confiesa a una joven estudiante: *"Y así, compañera, puedo decirte que me impresionó hasta ver caer, hasta ver morir a un enemigo. Me impresionó tremendamente ver caer a aquel que veníamos a combatir [...] Soy enemiga ya no de matar por gusto, soy hasta enemiga de ser violenta por gusto. Creo que hay que hacer un gran esfuerzo para ser violenta, para ir a la guerra, pero hay que ser violenta e ir a la guerra si hay necesidad"*.

Esa extensa conversación fue editada posteriormente en el libro *Haydée habla del Moncada* [La Habana, Casa de las Américas, 1985]. Al año siguiente, en 1968, Haydée viaja a Vietnam como parte de una delegación solidaria de la Revolución Cubana con el pueblo indomable de Ho Chi Minh.

Hoy en día, ella se ha convertido en un símbolo de la mujer revolucionaria más allá de las fronteras de la Revolución Cubana. Por ejemplo, en Australia, Betsy Maclean acaba de publicar una antología -en inglés- que incluye, además de su introducción, escritos y cartas de Haydée y sobre Haydée [Véase: *Haydée Santamaría* editado por Betsy Maclean. Australia, Ocean Press, 2003. Colección: "Rebel lives" (Vidas rebeldes)].

Como mujer revolucionaria, como militante, como intelectual y como combatiente por el socialismo, Haydée Santamaría -junto con sus compañeras cubanas- forma parte de una extensísima y gloriosa tradición mundial que también integran las militantes francesas Flora Célestine Thérèse Tristan [1803-1844], Louise Michel, Madame Fautin y Hortense David, la inglesa Elisabeth Dmitrieff, las rusas Vera Ivánovna Zasúlich [1851-1919] y Alexandra Kollontai [1872-1952], la alemana Clara Eissner Zetkin [1857-1933], la judía polaca Rosa Luxemburg [1871-1919], la ucraniana-estadounidense Raya Dunayevskaya [1910-1987], la española Dolores Ibárruri Gómez [1895-1989], la vietnamita Nguyen Thi Binh, la argelina Djamila Boupacha, la nicaragüense Luisa Amanda Espinoza [1948-1970], la alemana Ulrike Marie Meinhof [1934-1976], la argentina-alemana Haydée Tamara Bunke Bider [1937- 1967], la italiana Margherita Cagol [¿?-1975] y las argentinas Alicia Eguren [1924- 1977] y Ana María Villareal de Santucho [1936-1972] entre muchísimas y muchísimas otras. Una tradición heroica de pensamiento y acción -integrada por vertientes distintas y experiencias diversas- donde la lucha de las mujeres jamás se escinde de la lucha por la revolución y el combate por la causa mundial del socialismo.

La Cátedra de Formación Política Ernesto Che Guevara reproduce estas cartas de Haydée por tres razones. En primer lugar, porque constituyen documentos históricos muy importantes sobre la Revolución Cubana. En segundo lugar, porque ayudan a conocer la personalidad de Haydée Santamaría y a comprender el papel central jugado por ella y por otras mujeres en la lucha revolucionaria latinoamericana. En tercer lugar, como un pequeñísimo homenaje a todas las mujeres del mundo que en Irak, en Palestina, en Colombia, en el país vasco, en Brasil, en Chiapas, y en todos los rincones del mundo participan de la lucha revolucionaria, resistiendo las represiones, las torturas, las violaciones y todo la barbarie con que el imperialismo pretende domesticar la rebelión de nuestros pueblos.

(Agrademos a la compañera Celia Hart, hija de Haydée Santamaría y Armando Hart, que nos haya permitido reproducir ambas cartas).

[Fin de nota introductoria de Néstor Kohan].

Hasta la victoria siempre, Che querido

[Carta de Haydée Santamaría al Che Guevara, escrita después del asesinato del Che en Bolivia]

Che: ¿dónde te puedo escribir? Me dirás que a cualquier parte, a un minero boliviano, a una madre peruana, al guerrillero que está o no está pero estará. Todo esto lo sé, Che, tú mismo me lo enseñaste, y además esta carta no sería para ti. Cómo decirte que nunca había llorado tanto desde la noche en que mataron a Frank, y eso que esta vez no lo creía. Todos estaban seguros, y yo decía: no es posible, una bala no puede terminar el infinito, Fidel y tú tienen que vivir, si ustedes no viven, cómo vivir. Hace catorce años veo morir a seres tan inmensamente queridos, que hoy me siento cansada de vivir, creo que ya he vivido demasiado, el sol no lo veo tan bello, la palma, no siento placer en verla; a veces, como ahora, a pesar de gustarme tanto la vida, que por esas dos cosas vale la pena abrir los ojos cada mañana, siento deseos de tenerlos cerrados como ellos, como tú.

Cómo puede ser cierto, este continente no merece eso; con tus ojos abiertos, América Latina tenía su camino pronto. Che, lo único que pudo consolarme es haber ido, pero no fui, junto a Fidel estoy, he hecho siempre lo que él desee que yo haga. ¿Te acuerdas?, me lo prometiste en la Sierra, me dijiste: no extrañarás el café, tendremos mate. No tenías fronteras, pero me prometiste que me llamarías cuando fuera en tu Argentina, y cómo lo esperaba, sabía bien que lo cumplirías. Ya no puede ser, no pudiste, no pude. Fidel lo dijo, tiene que ser verdad, qué tristeza. No podía decir "Che", tomaba fuerzas y decía "Ernesto Guevara", así se lo comunicaba al pueblo, a tu pueblo. Qué tristeza tan profunda, lloraba por el pueblo, por Fidel, por ti, porque ya no puedo. Después, en la velada, este gran pueblo no sabía qué grados te pondría Fidel. Te los puso: *artista*. Yo pensaba que todos los grados eran pocos, chicos, y Fidel, como siempre, encontró los verdaderos: todo lo que creaste fue perfecto, pero hiciste una creación única, te hiciste a ti mismo, demostraste cómo es posible ese hombre nuevo, todos veríamos así que ese hombre nuevo es la realidad, porque existe, eres tú. Que más puedo decirte, Che. Si supiera, como tú, decir las cosas. De todas maneras, una vez me escribiste: "Veo que te has convertido en una literata con

dominio de la síntesis, pero te confieso que como más me gustas es en un día de año nuevo, con todos los fusibles disparados y tirando cañonazos a la redonda.

Esa imagen y la de la Sierra (hasta nuestras peleas de aquellos días me son gratas en el recuerdo) son las que llevaré de ti para uso propio". Por eso no podré escribir nunca nada de ti y tendrás siempre ese recuerdo.

Hasta la victoria siempre, Che querido.

Haydée

Carta enviada desde la prisión por Haydée Santamaría a sus padres

[escrita en 1953, después del asalto al cuartel Moncada, al llegar a la cárcel de mujeres de Guanajay]

Ya estoy en Guanajay. Desde que llegué, iba a escribirles, pero sé sabían de mi estancia aquí por Elena y Manuel y que sabían estaba muy bien.

Creo hace como 15 días estoy aquí y pensé era mejor esperar unos días para escribirles y contarles algo de esto y como son las cosas para venir [*a visitarme*], y si podían hacerlo y si dejaban entrar niños, para que me trajeran a Carín [Sobrina de Haydée. En ese entonces una bebida]. Pueden decirles que los pueden traer, y las visitas son los domingos de 2 de la tarde a 6.

Quiero que sepan que estoy muy bien, [*por lo*] que ustedes no se preocupen en venir. Todos los domingos vienen muchas personas y nos traen de todo, además, la comida es buena, así que no deben tener preocupaciones. Si creo que el domingo que vengan, que no debe ser más de una vez al mes, me lo comuniquen antes, para [*que*] ese domingo no vengan más visitas para así poder estar con ustedes y no tener que atender a más gente que sí vienen todos los domingos por ser de aquí. Por eso, deben avisar antes de venir; les repito, estoy de lo mejor, si no fuera por la preocupación de ustedes por mí, y por saber el dolor que tienen al pensar que no tendrán más a Abel [Abel Santamaría, hermano de Haydée, asaltante del cuartel Moncada junto a Fidel, capturado, torturado y asesinado por los torturadores de Batista] con ustedes, pudiera decirles que soy casi feliz. Si ustedes pensaran como yo sobre Abel, pudieran también, si no ser felices, no ser tan desgraciados como sé que son.

Mamá, Nino [sobrenombre cariñoso empleado por Haydée con su padre Benigno Santamaría], sé bien que nada que les diga les quitará esta terrible pena, tal vez cuando pasen los años me entenderán, cuando tengan de verdad la seguridad [*de*] que ustedes son padres privilegiados, que siempre tendrán a ese hijo, y lo tendrán tal como era, bueno, joven, hermoso, jamás ese hijo será como tendrán a los otros, estos otros se convertirán en viejos, feos, agrios. Abel fue, es y será ese hijo que no envejece, siempre seguirá con su cara tan linda, siempre seguirá para ustedes, para todos nosotros

con su fuerza, con su infinita ternura, será quien nos haga ser de verdad buenos, será siempre el guía, y para ustedes, será el hijo más cercano. Piensen bien que ya ustedes han sufrido cambios, cambios tan grandes y bellos, que aunque fuera por eso sólo me conformo, soy casi feliz; Abel los ha hecho cubanos, Abel ha logrado que ustedes amen esta tierra, amen la hermosa tierra donde nació, y creo que es lo único que él amaba más que a ustedes.

Como ustedes pueden pensar, no tendrán más [a] Abel, [pero] si él desde Santa Ifigenia les ha dicho: quieran a Cuba, quieran a Fidel, y ustedes, aunque antes él se lo pidió, es hoy cuando han entendido esa verdad, y yo, si no los viera más a ustedes, sentiría la felicidad de tener siempre padres, porque han sabido ser padres de Abel.

Mamá, Nino, y tú sobre todo Mamá, si me dijiste tantas veces que yo nada más quería [a] Abel, que era el único que me importaba en la familia, y hoy vivo, no soy desgraciada; [¿]Porqué tú no vas a vivir, no ser desgraciada[?].

Van a vivir más que nunca para él, vas a amar lo que tanto amó; puedes dedicarte a defender lo que era la razón de su vida: los trabajadores de Constancia [Central azucarero Constancia. La Revolución Cubana lo bautizó, luego del triunfo, Abel Santamaría Cuadrado], no los Luzarragas [apellido de los terratenientes explotadores de la zona donde vivía la familia Santamaría Cuadrado].

Mamá, ahí tienes [a] Abel, [¿]No te das cuenta Mamá[?]. Abel no nos faltará jamás. Mamá, piensa que Cuba existe y Fidel está vivo para hacer la Cuba que Abel quería. Mamá, piensa que Fidel también te quiere, y que para Abel, Cuba y Fidel eran la misma cosa, y Fidel te necesita mucho. No permitas a ninguna madre te hable mal de Fidel, piensa que eso sí Abel no te lo perdonaría.

Haydée

Ernesto Che Guevara
Ernesto Che Guevara

El socialismo y el hombre en Cuba

Estimado compañero. Acabo estas notas en viaje por África, animado del deseo de cumplir, aunque tardíamente, mi promesa. Quisiera hacerlo tratando el tema del título. Creo que pudiera ser interesante para los lectores uruguayos.

Es común escuchar de boca de los voceros capitalistas, como un argumento en la lucha ideológica contra el socialismo, la afirmación de que este sistema social o el período de construcción del socialismo al que estamos nosotros abocados, se caracteriza por la abolición del individuo en aras del Estado. No pretenderé refutar esta afirmación sobre una base meramente teórica, sino establecer los hechos tal cual se viven en Cuba y agregar comentarios de índole general.

[...] Lo difícil de entender, para quien no viva la experiencia de la revolución, es esa estrecha unidad dialéctica existente entre el individuo y la masa, donde ambos se interrelacionan y, a su vez, la masa, como conjunto de individuos, se interrelaciona con los dirigentes.

En el capitalismo se pueden ver algunos fenómenos de este tipo cuando aparecen políticos capaces de lograr la movilización popular, pero si no se trata de un auténtico movimiento social, en cuyo caso no es plenamente lícito hablar de capitalismo, el movimiento vivirá lo que la vida de quien lo impulse o hasta el fin de las ilusiones populares, impuesto por el rigor de la sociedad capitalista. En esta, el hombre está dirigido por un frío ordenamiento que, habitualmente, escapa al dominio de la comprensión. El ejemplar humano, enajenado, tiene un invisible cordón umbilical que le liga a la sociedad en su conjunto: la ley del valor. Ella actúa en todos los aspectos de la vida, va modelando su camino y su destino.

Las leyes del capitalismo, invisibles para el común de las gentes y ciegas, actúan sobre el individuo sin que este se percate. Solo ve la amplitud de un horizonte que aparece infinito.

Así lo presenta la propaganda capitalista que pretende extraer del caso Rockefeller —verídico o no—, una lección sobre las posibilidades de éxito. La miseria que es necesario acumular para que surja un ejemplo así y la suma de ruindades que conlleva una fortuna de esa magnitud, no aparecen en el cuadro y no siempre es posible a las fuerzas populares aclarar estos conceptos. (Cabría aquí la disquisición sobre cómo en los países imperialistas los obreros van perdiendo su espíritu internacional de clase al influjo de una cierta complicidad en la explotación de los países dependientes y cómo este hecho, al mismo tiempo, lima el espíritu de lucha de las masas en el propio país, pero ese es un tema que sale de la intención de estas notas.)

De todos modos, se muestra el camino con escollos que aparentemente, un individuo con las cualidades necesarias puede superar para llegar a la meta. El premio se avizora en la lejanía; el camino es solitario. Además, es una carrera de lobos: solamente se puede llegar sobre el fracaso de otros.

Intentaré, ahora, definir al individuo, actor de ese extraño y apasionante drama que es la construcción del socialismo, en su doble existencia de ser único y miembro de la comunidad.

Creo que lo más sencillo es reconocer su cualidad de no hecho, de producto no acabado. Las taras del pasado se trasladan al presente en la conciencia individual y hay que hacer un trabajo continuo para erradicarlas.

El proceso es doble, por un lado actúa la sociedad con su educación directa e indirecta, por otro, el individuo se somete a un proceso consciente de autoeducación.

La nueva sociedad en formación tiene que competir muy duramente con el pasado. Esto se hace sentir no solo en la conciencia individual en la que pesan los residuos de una educación sistemáticamente orientada al aislamiento del individuo, sino también por el carácter mismo de este período de transición con persistencia de las relaciones mercantiles. La mercancía es la célula económica de la sociedad capitalista; mientras exista, sus efectos se harán sentir en la organización de la producción y, por ende, en la conciencia.

En el esquema de Marx se concebía el período de transición como resultado de la transformación explosiva del sistema capitalista destrozado por sus contradicciones; en la realidad posterior se ha visto cómo se desgajan del árbol imperialista algunos países que constituyen ramas débiles, fenómeno previsto por Lenin. En estos, el capitalismo se ha desarrollado lo suficiente como para hacer sentir sus efectos, de un modo u otro, sobre el pueblo, pero no son sus propias contradicciones las que, agotadas todas las posibilidades, hacen saltar el sistema. La lucha de liberación contra un opresor externo, la miseria provocada por accidentes extraños, como la guerra, cuyas consecuencias hacen recaer las clases privilegiadas sobre los explotados, los movimientos de liberación destinados a derrocar regímenes neocoloniales, son los factores habituales de desencadenamiento. La acción consciente hace el resto.

[...] Se corre el peligro de que los árboles impidan ver el bosque. Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etcétera), se puede llegar a un callejón sin salida. Y se arriba allí tras de recorrer una larga distancia en la que los caminos se entrecruzan muchas veces y donde es difícil percibir el momento en que se equivocó la ruta. Entre tanto, la base económica adaptada ha hecho su trabajo de zapa sobre el desarrollo de la conciencia. Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo.

De allí que sea tan importante elegir correctamente el instrumento de movilización de las masas. Este instrumento debe ser de índole moral, fundamentalmente, sin olvidar una correcta utilización del estímulo material, sobre todo de naturaleza social.

Como ya dije, en momentos de peligro extremo es fácil potenciar los estímulos morales; para mantener su vigencia, es necesario el desarrollo de una conciencia en la que los valores adquieran categorías nuevas. La sociedad en su conjunto debe convertirse en una gigantesca escuela.

[...] Pero el proceso es consciente; el individuo recibe continuamente el impacto del nuevo poder social y percibe que no está completamente adecuado a él. Bajo el influjo de la presión que supone la educación indirecta, trata de acomodarse a una situación que siente justa y cuya propia falta de desarrollo le ha impedido hacerlo hasta ahora. Se autoeduca.

En este período de construcción del socialismo podemos ver el hombre nuevo que va naciendo. Su imagen no está todavía acabada; no podría estarlo nunca ya que el proceso marcha paralelo al desarrollo de formas económicas nuevas. Descontando aquellos cuya falta de educación

los hace tender al camino solitario, a la autosatisfacción de sus ambiciones, los hay que aun dentro de este nuevo panorama de marcha conjunta, tienen tendencia a caminar aislados de la masa que acompañan. Lo importante es que los hombres van adquiriendo cada día más conciencia de la necesidad de su incorporación a la sociedad y, al mismo tiempo, de su importancia como motores de la misma.

Ya no marchan completamente solos, por veredas extraviadas, hacia lejanos anhelos. Siguen a su vanguardia, constituida por el partido, por los obreros de avanzada, por los hombres de avanzada que caminan ligados a las masas y en estrecha comunión con ellas. Las vanguardias tienen su vista puesta en el futuro y en su recompensa, pero esta no se vislumbra como algo individual; el premio es la nueva sociedad donde los hombres tendrán características distintas: la sociedad del hombre comunista.

El camino es largo y lleno de dificultades. A veces, por extraviar la ruta, hay que retroceder; otras, por caminar demasiado aprisa, nos separamos de las masas; en ocasiones por hacerlo lentamente, sentimos el aliento cercano de los que nos pisan los talones. En nuestra ambición de revolucionarios, tratamos de caminar tan aprisa como sea posible, abriendo caminos, pero sabemos que tenemos que nutrirnos de la masa y que ésta solo podrá avanzar más rápido si la alentamos con nuestro ejemplo.

A pesar de la importancia dada a los estímulos morales, el hecho de que exista la división en dos grupos principales (excluyendo, claro está, a la fracción minoritaria de los que no participan, por una razón u otra en la construcción del socialismo), indica la relativa falta de desarrollo de la conciencia social. El grupo de vanguardia es ideológicamente más avanzado que la masa; esta conoce los valores nuevos, pero insuficientemente. Mientras en los primeros se produce un cambio cualitativo que le permite ir al sacrificio en su función de avanzada, los segundos sólo ven a medias y deben ser sometidos a estímulos y presiones de cierta intensidad; es la dictadura del proletariado ejerciéndose no sólo sobre la clase derrotada, sino también individualmente, sobre la clase vencedora.

[...] El freno mayor que hemos tenido ha sido el miedo a que cualquier aspecto formal nos separe de las masas y del individuo, nos haga perder de vista la última y más importante ambición revolucionaria que es ver al hombre liberado de su enajenación.

No obstante la carencia de instituciones, lo que debe superarse gradualmente, ahora las masas hacen la historia como el conjunto consciente de individuos que luchan por una misma causa. El hombre, en el socialismo, a pesar de su aparente estandarización, es más completo; a pesar de la falta del mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor.

Todavía es preciso acentuar su participación consciente, individual y colectiva, en todos los mecanismos de dirección y de producción y ligarla a la idea de la necesidad de la educación técnica e ideológica, de manera que sienta cómo estos procesos son estrechamente interdependientes y sus avances son paralelos. Así logrará la total consciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas todas las cadenas de la enajenación.

Esto se traducirá concretamente en la reapropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y el arte.

Para que se desarrolle en la primera, el trabajo debe adquirir una condición nueva; la mercancía-hombre cesa de existir y se instala un sistema que otorga una cuota por el cumplimiento del deber social. Los

medios de producción pertenecen a la sociedad y la máquina es sólo la trinchera donde se cumple el deber. El hombre comienza a liberar su pensamiento del hecho enojoso que suponía la necesidad de satisfacer sus necesidades animales mediante el trabajo. Empieza a verse retratado en su obra y a comprender su magnitud humana a través del objeto creado, del trabajo realizado. Esto ya no entraña dejar una parte de su ser en forma de fuerza de trabajo vendida, que no le pertenece más, sino que significa una emanación de sí mismo, un aporte a la vida común en que se refleja; el cumplimiento de su deber social.

Hacemos todo lo posible por darle al trabajo esta nueva categoría de deber social y unirlo al desarrollo de la técnica, por un lado, lo que dará condiciones para una mayor libertad, y al trabajo voluntario por otro, basados en la apreciación marxista de que el hombre realmente alcanza su plena condición humana cuando produce sin la compulsión de la necesidad física de venderse como mercancía.

Claro que todavía hay aspectos coactivos en el trabajo, aún cuando sea necesario; el hombre no ha transformado toda la coerción que lo rodea en reflejo condicionado de naturaleza social y todavía produce, en muchos casos, bajo la presión del medio (compulsión moral, la llama Fidel). Todavía le falta el lograr la completa recreación espiritual ante su propia obra, sin la presión directa del medio social, pero ligado a él por los nuevos hábitos. Esto será el comunismo.

El cambio no se produce automáticamente en la conciencia, como no se produce tampoco en la economía. Las variaciones son lentas y no son rítmicas; hay períodos de aceleración, otros pausados e incluso, de retroceso.

Debemos considerar, además como apuntáramos antes, que no estamos frente al período de transición puro, tal como lo viera Marx en la *Crítica del Programa de Gotha*, sino de una nueva fase no prevista por él; primer período de transición del comunismo o de la construcción del socialismo. Este transcurre en medio de violentas luchas de clase y con elementos de capitalismo en su seno que oscurecen la comprensión cabal de su esencia.

Si a esto se agrega el escolasticismo que ha frenado el desarrollo de la filosofía marxista e impedido el tratamiento sistemático del período, cuya economía política no se ha desarrollado, debemos convenir en que todavía estamos en pañales y es preciso dedicarse a investigar todas las características primordiales del mismo antes de elaborar una teoría económica y política de mayor alcance.

La teoría que resulte dará indefectiblemente preeminencia a los dos pilares de la construcción: la formación del hombre nuevo y el desarrollo de la técnica. En ambos aspectos nos falta mucho por hacer [...].

Las grandes multitudes se van desarrollando, las nuevas ideas van alcanzando adecuado ímpetu en el seno de la sociedad, las posibilidades materiales de desarrollo integral de absolutamente todos sus miembros, hacen mucho más fructífera la labor. El presente es de lucha, el futuro es nuestro.

Resumiendo, la culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original; no son auténticamente revolucionarios. Podemos intentar injertar el olmo para que dé peras, pero simultáneamente hay que sembrar perales. Las nuevas generaciones vendrán libres del pecado original. Las posibilidades de que surjan artistas excepcionales serán tanto mayores cuanto más se haya ensanchado el campo de la cultura y la posibilidad de expresión. Nuestra tarea consiste en

impedir que la generación actual, dislocada por sus conflictos, se pervierta y pervierta a las nuevas. No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial ni «becarios» que vivan al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas. Ya vendrán los revolucionarios que entonen el canto del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo. Es un proceso que requiere tiempo.

En nuestra sociedad, juegan un papel la juventud y el Partido.

Particularmente importante es la primera, por ser la arcilla maleable con que se puede construir al hombre nuevo sin ninguna de las taras anteriores.

Ella recibe un trato acorde con nuestras ambiciones. Su educación es cada vez más completa y no olvidamos su integración al trabajo desde los primeros instantes. Nuestros becarios hacen trabajo físico en sus vacaciones o simultáneamente con el estudio. El trabajo es un premio en ciertos casos, un instrumento de educación, en otros, jamás un castigo. Una nueva generación nace.

El Partido es una organización de vanguardia. Los mejores trabajadores son propuestos por sus compañeros para integrarlo. Este es minoritario pero de gran autoridad por la calidad de sus cuadros. Nuestra aspiración es que el Partido sea de masas, pero cuando las masas hayan alcanzado el nivel de desarrollo de la vanguardia, es decir, cuando estén educados para el comunismo. Y a esa educación va encaminado el trabajo. El Partido es el ejemplo vivo; sus cuadros deben dictar cátedras de laboriosidad y sacrificio, deben llevar, con su acción, a las masas, al fin de la tarea revolucionaria, lo que entraña años de duro bregar contra las dificultades de la construcción, los enemigos de clase, las lacras del pasado, el imperialismo...

Quisiera explicar ahora el papel que juega la personalidad, el hombre como individuo de las masas que hacen la historia. Es nuestra experiencia no una receta.

Fidel dio a la Revolución el impulso en los primeros años, la dirección, la tónica siempre, pero hay un buen grupo de revolucionarios que se desarrollan en el mismo sentido que el dirigente máximo y una gran masa que sigue a sus dirigentes porque les tiene fe; y les tiene fe, porque ellos han sabido interpretar sus anhelos.

No se trata de cuántos kilogramos de carne se come o de cuántas veces por año se pueda ir alguien a pasearse en la playa, ni de cuántas bellezas que vienen del exterior puedan comprarse con los salarios actuales. Se trata, precisamente, de que el individuo se sienta más pleno, con mucha más riqueza interior y con mucha más responsabilidad. El individuo de nuestro país sabe que la época gloriosa que le toca vivir es de sacrificio; conoce el sacrificio. Los primeros lo conocieron en la Sierra Maestra y dondequiera que se luchó; después lo hemos conocido en toda Cuba. Cuba es la vanguardia de América y debe hacer sacrificios porque ocupa el lugar de avanzada, porque indica a las masas de América Latina el camino de la libertad plena.

Dentro del país, los dirigentes tienen que cumplir su papel de vanguardia; y, hay que decirlo con toda sinceridad, en una revolución verdadera a la que se le da todo, de la cual no se espera ninguna retribución material, la tarea del revolucionario de vanguardia es a la vez magnífica y angustiosa.

Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad. Quizás sea uno de

los grandes dramas del dirigente; éste debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas son que se contraiga un músculo. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita.

Los dirigentes de la Revolución tienen hijos que en sus primeros balbuceos, no aprenden a nombrar al padre; mujeres que deben ser parte del sacrificio general de su vida para llevar la Revolución a su destino; el marco de los amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de Revolución. No hay vida fuera de ella.

En esas condiciones, hay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad para no caer en extremos dogmáticos, en escolasticismos fríos, en aislamiento de las masas. Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización.

El revolucionario, motor ideológico de la revolución dentro de su partido, se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte, a menos que la construcción se logre en escala mundial. Si su afán de revolucionario se embotaba cuando las tareas más apremiantes se ven realizadas a escala local y se olvida el internacionalismo proletario, la revolución que dirige deja de ser una fuerza impulsora y se sume en una cómoda modorra, aprovechada por nuestros enemigos irreconciliables, el imperialismo, que gana terreno. El internacionalismo proletario es un deber pero también es una necesidad revolucionaria. Así educamos a nuestro pueblo.

Claro que hay peligros presentes en las actuales circunstancias. No sólo el del dogmatismo, no sólo el de congelar las relaciones con las masas en medio de la gran tarea; también existe el peligro de las debilidades en que se puede caer. Si un hombre piensa que, para dedicar su vida entera a la revolución, no puede distraer su mente por la preocupación de que a un hijo le falte determinado producto, que los zapatos de los niños estén rotos, que su familia carezca de determinado bien necesario, bajo este razonamiento deja infiltrarse los gérmenes de la futura corrupción.

En nuestro caso, hemos mantenido que nuestros hijos deben tener y carecer de lo que tienen y de lo que carecen los hijos del hombre común; y nuestra familia debe comprenderlo y luchar por ello. La revolución se hace a través del hombre, pero el hombre tiene que forjar día a día su espíritu revolucionario.

Así vamos marchando. A la cabeza de la inmensa columna —no nos avergüenza ni nos intimida decirlo— va Fidel, después, los mejores cuadros del Partido, e inmediatamente, tan cerca que se siente su enorme fuerza, va el pueblo en su conjunto sólida armazón de individualidades que caminan hacia un fin común; individuos que han alcanzado la conciencia de lo que es necesario hacer; hombres que luchan por salir del reino de la necesidad y entrar al de la libertad.

Esa inmensa muchedumbre se ordena; su orden responde a la conciencia de la necesidad del mismo ya no es fuerza dispersa, divisible en miles de fracciones disparadas al espacio como fragmentos de granada, tratando de alcanzar por cualquier medio, en lucha reñida con sus iguales, una posición, algo que permita apoyo frente al futuro incierto.

Sabemos que hay sacrificios delante nuestro y que debemos pagar un precio por el hecho heroico de constituir una vanguardia como nación.

Nosotros, dirigentes, sabemos que tenemos que pagar un precio por tener derecho a decir que estamos a la cabeza del pueblo que está a la cabeza de América. Todos y cada uno de nosotros paga puntualmente su cuota de sacrificio, conscientes de recibir el premio en la satisfacción del deber cumplido, conscientes de avanzar con todos hacia el hombre nuevo que se vislumbra en el horizonte.

Permítame intentar unas conclusiones:

Nosotros, socialistas, somos más libres porque somos más plenos; somos más plenos por ser más libres.

El esqueleto de nuestra libertad completa está formado, falta la sustancia proteica y el ropaje; los crearemos.

Nuestra libertad y su sostén cotidiano tienen color de sangre y están henchidos de sacrificio.

Nuestro sacrificio es consciente; cuota para pagar la libertad que construimos.

El camino es largo y desconocido en parte; conocemos nuestras limitaciones. Haremos el hombre del siglo XXI: nosotros mismos.

Nos forjaremos en la acción cotidiana, creando un hombre nuevo con una nueva técnica.

La personalidad juega el papel de movilización y dirección en cuanto que encarna las más altas virtudes y aspiraciones del pueblo y no se separa de la ruta.

Quien abre el camino es el grupo de vanguardia, los mejores entre los buenos, el Partido.

La arcilla fundamental de nuestra obra es la juventud, en ella depositamos nuestra esperanza y la preparamos para tomar de nuestras manos la bandera.

Si esta carta balbuceante aclara algo, ha cumplido el objetivo con que la mando.

Reciba nuestro saludo ritual, como un apretón de manos o un «Ave María Purísima.» Patria o muerte.

Ernesto Che Guevara Sobre los estudios de filosofía

(Acerca de la carta del Che a Armando Hart Dávalos de 1965)

[Nota introductoria de Néstor Kohan] En sus años juveniles, Armando Hart Dávalos fue vicepresidente de la Asociación Estudiantil de Derecho y dirigente de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) de La Habana, desde donde encabezó la resistencia al golpe de Estado de Fulgencio Batista en 1952. Fundador, junto a Fidel Castro, del Movimiento 26 de julio y dirigente del mismo en el Llano (en la lucha urbana), cayó preso y fue liberado con el triunfo de la revolución en 1959.

Desde entonces dirigió el Ministerio de Educación y la célebre campaña nacional de alfabetización. En 1965 pasa a desempeñarse como secretario de organización del recientemente fundado Partido Comunista de Cuba. A ese desplazamiento de tareas hace alusión la dedicatoria “Mi querido secretario” con que se inicia la carta del Che. En 1976 Hart se convierte en ministro de Cultura. Hoy dirige la Sociedad Cultural José Martí.

Cuando el Che le escribe a Armando Hart esta carta (recién publicada en Cuba en septiembre de 1997 en *Contracorriente*, año 3, N°9), Guevara había salido con el contingente cubano de la guerrilla del Congo y se encontraba “de vacaciones” -según ironiza la misiva- en Tanzania, antes de pasar por Praga, volver a Cuba y de allí marchar a Bolivia. Días después de escribirla, Guevara comienza a redactar su diario del Congo, publicado hace muy poco tiempo [Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1999]. La carta está firmada por “R”, inicial de “Ramón”, nombre de guerra del Che en Africa y luego en Bolivia.

En la carta pueden leerse las opiniones críticas del Che hacia las posiciones ideológicas oficiales del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) del período de Nikita Krushev [también traducido como Jruschov] -el de “coexistencia pacífica” (posterior a 1956)- lo cual explica que llame al líder soviético “revisionista” -término peyorativo- y mencione a Stalin, tal como por entonces planteaban los comunistas chinos, en polémica contra Krushev. Aunque luego el Che también reclama el estudio de León Trotsky entre los marxistas “heterodoxos”, diferenciándose de esta forma de los seguidores de Mao Tse Tung (completamente hostiles y reacios a la figura de Trotsky).

Además, en su escrito aparecen las críticas al “seguidismo” filosófico frente al marxismo oficial en Francia, difundido por entonces en Cuba (en esos momentos se publican en la isla dos tomos de *Lecturas de marxismo-leninismo* agrupando a una serie de autores franceses de factura prosoviética -stalinistas aggiornados-, encabezados por el filósofo Roger Garaudy).

En cuanto a su referencia a “un estudio hecho en la Argentina” sobre los filósofos griegos Demócrito, Heráclito y Leucipo no es seguro pero sí probable que se trate de *La doble faz de la dialéctica* del pensador argentino Carlos Astrada (Bs.As., editorial Devenir, 1962), pues allí se le dedican a los mismos varios capítulos. Aunque también es posible que se trate de la obra del filósofo italiano, exiliado en Argentina (profesor de la Universidad nacional de Tucumán), Rodolfo Mondolfo: *El pensamiento antiguo* [Buenos

Aires, Losada, 1942. Cuarta edición de 1958. Tomo I y II], ya que allí figura un capítulo entero dedicado a “los atomistas: Leucipo y Demócrito”.

En su conjunto, a pesar de su brevedad, esta carta permite observar el grado de madurez alcanzado por el Che en cuanto a **la necesidad de búsqueda de una alternativa filosófica e ideológica autónoma** frente a la (autodenominada) “ortodoxia” marxista, incluyendo dentro de ella, tanto a la cultura oficial de la Unión Soviética como a la oficializada por entonces en China.

Esta carta, y el plan de estudios que bosqueja, constituyen uno de los principales antecedentes del cuaderno de notas de lectura, transcripciones y apuntes elaborado por el Che en Bolivia.

[Fin de la Nota Introductoria de Néstor Kohan]

Carta del Che Guevara a Armando Hart Dávalos, Dar-Es-Salaam, Tanzania (4/XII/1965)

Mi querido Secretario:

Te felicito por la oportunidad que te han dado de ser Dios; tienes 6 días para ello. Antes de que acabes y te sientes a descansar (...), quiero exponerte algunas ideíllas sobre la cultura de nuestra vanguardia y de nuestro pueblo en general.

En este largo período de vacaciones le metí la nariz a la filosofía, cosa que hace tiempo pensaba hacer. Me encontré con la primera dificultad: en Cuba no hay nada publicado, si excluimos los ladrillos soviéticos que tienen el inconveniente de no dejarte pensar; ya que el partido lo hizo por ti y tú debes digerir. Como método, es lo más antimarxista, pero además suelen ser muy malos. La segunda, y no menos importante, fue mi desconocimiento del lenguaje filosófico (he luchado duramente con el maestro Hegel y en el primer round me dio dos caídas). Por eso hice un plan de estudio para mí que, creo, puede ser estudiado y mejorado mucho para constituir la base de una verdadera escuela de pensamiento; ya hemos hecho mucho, pero algún día tendremos también que pensar. El plan mío es de lecturas, naturalmente, pero puede adaptarse a publicaciones serias de la editora política.

Si le das un vistazo a sus publicaciones podrás ver la profusión de autores soviéticos y franceses que tiene.

Esto se debe a comodidad en la obtención de traducciones y a seguidismo ideológico. Así no se dá cultura marxista al pueblo, a lo más, divulgación marxista, lo que es necesario, si la divulgación es buena (no es este el caso), pero insuficiente.

Mi plan es este:

- I Clásicos filosóficos
- II Grandes dialécticos y materialistas
- III Filósofos modernos
- IV Clásicos de la Economía y precursores
- V Marx y el pensamiento marxista
- VI Construcción socialista
- VII Heterodoxos y Capitalistas
- VIII Polémicas

Cada serie tiene independencia con respecto a la otra y se podría desarrollar así:

I).- Se toman los clásicos conocidos ya traducidos al español, agregándose un estudio preliminar serio de un filósofo, marxista si es posible, y un amplio vocabulario explicativo. Simultáneamente, se publica un diccionario de términos filosóficos y alguna historia de la filosofía. Tal vez pudiera ser Dennyk [Guevara se refiere a Dinnyk que dirigió una historia de la filosofía en cinco tomos. Nota de N.K.] y la de Hegel. La publicación podría seguir cierto orden cronológico selectivo, vale decir, comenzar por un libro o dos de los más grandes pensadores y desarrollar la serie hasta acabarla en la época moderna, retornando al pasado con otros filósofos menos importantes y aumentando volúmenes de los más representativos, etc.

II).- Aquí se puede seguir el mismo método general, haciendo recopilaciones de algunos antiguos (Hace tiempo leí un estudio en que estaban Demócrito, Heráclito y Leucipo, hecho en la Argentina).

III).- Aquí se publicarían los más representativos filósofos modernos, acompañados de estudios serios y minuciosos de gente entendida (no tiene que ser cubana) con la correspondiente crítica cuando representen los puntos de vista idealistas.

V).- [En el original aparece el N°IV tachado y rectificado como V. La propia carta luego lo explica. Nota de N.K.]. Se está realizando ya, pero sin orden ninguno y faltan obras fundamentales de Marx. Aquí sería necesario publicar las obras completas de Marx y Engels, Lenin, **Stalin** [subrayado por el Che en el original] y otros grandes marxistas. Nadie ha leído nada de Rosa Luxemburgo, por ejemplo, quien tiene errores en su crítica de Marx (tomo III) pero murió asesinada, y el instinto del imperialismo es superior al nuestro en estos aspectos. Faltan también pensadores marxistas que luego se salieron del carril, como Kautsky y Hilfering (no se escribe así) [el Che hace referencia al marxista austríaco Rudolf Hilferding. Nota de N.K.] que hicieron aportes y muchos marxistas contemporáneos, no totalmente escolásticos.

VI).- Construcción socialista. Libros que traten de problemas concretos, no sólo de los actuales gobernantes, sino del pasado, haciendo averiguaciones serias sobre los aportes de filósofos y, sobre todo, economistas o estadistas.

VII).- Aquí vendrían los grandes revisionistas (si quieren pueden poner a Juschov), bien analizados, más profundamente que ninguno, y debía estar tu amigo Trotsky, que existió y escribió, según parece.

Además, grandes teóricos del capitalismo como Marshal, Keynes, Schumpeter, etc. También analizados a fondo con la explicación de los porqué.

VIII).- Como su nombre lo indica, éste es el más polémico, pero el pensamiento marxista avanzó así. Proudhon escribió *Filosofía de la miseria* y se sabe que existe por la *Miseria de la filosofía*. Una edición crítica puede ayudar a comprender la época y el propio desarrollo de Marx, que no estaba completo aun. Están Robertus y Dürhing en esa época y luego los revisionistas y los grandes polémicos del año 20 en la URSS, quizás los más importantes para nosotros.

Ahora veo que me faltó uno, por lo que cambió el orden (estoy escribiendo a vuelapluma).

Sería el IV, Clásicos de la economía y precursores, donde estarían desde Adam Smith, los fisiócratas, etc.

Es un trabajo gigantesco, pero Cuba lo merece y creo que lo pudiera intentar. No te canso más con esta cháchara. Te escribí a ti porque mi conocimiento de los actuales responsables de la orientación ideológica es

pobre y, tal vez, no fuera prudente hacerlo por otras consideraciones (no sólo la del seguidismo, que también cuenta).
Bueno, ilustre colega (por lo de filósofo), te deseo éxito.
Espero que nos veamos el séptimo día, Un abrazo a los abrazables, incluyéndome de pasada, a tu cara y belicosa amistad.

R.[Ramón]

Ernesto Che Guevara

“La Planificación Socialista. Su significado”

[En revista *Cuba Socialista* Año IV No. 34,. pp. 13-24, Junio de 1964]

En el número 32 de la revista "Cuba Socialista", apareció un artículo del compañero Charles Bettelheim, titulado "Formas y Métodos de la Planificación Socialista y Nivel del Desarrollo de las Fuerzas Productivas". Este artículo toca puntos de indudable interés, pero tiene además, para nosotros, la importancia de estar destinado a la defensa del llamado Cálculo Económico y de las categorías que este sistema supone dentro del sector socialista, tales como el dinero en función de medio de pago, el crédito, la mercancía, etc.

Consideramos que en este artículo se han cometido dos errores fundamentales, cuya precisión trataremos de hacer:

El primero se refiere a la interpretación de la necesaria correlación que debe existir entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. En este punto el compañero Bettelheim toma ejemplos de los clásicos del marxismo. Fuerzas productivas y relaciones de producción son dos mecanismos que marchan unidos indisolublemente en todos los procesos medios del desarrollo de la sociedad. ¿En qué momentos las relaciones de producción pudieran no ser fiel reflejo del desarrollo de las fuerzas productivas? En los momentos de ascenso de una sociedad que avanza sobre la anterior para romperla y en los momentos de ruptura de la vieja sociedad, cuando la nueva, cuyas relaciones de producción serán implantadas, lucha por consolidarse y destrozar la antigua superestructura. De esta manera, no siempre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, en un momento histórico dado, analizado concretamente, podrán corresponder en una forma totalmente congruente. Tal es, precisamente, la tesis que permitía a Lenin decir que sí era una revolución socialista la de Octubre, y en un momento dado plantear, sin embargo, que debía irse al capitalismo de Estado y preconizar cautela en las relaciones con los campesinos. El por qué del planteamiento de Lenin está expresado precisamente en su gran descubrimiento del desarrollo del sistema mundial del capitalismo.

Dice Bettelheim:

....."la palanca decisiva para modificar el comportamiento de los hombres está constituida por los cambios aportados a la producción y su organización. La educación tiene esencialmente por misión hacer desaparecer actitudes y comportamientos heredados del pasado y que sobreviven a éste, y asegurar el aprendizaje de nuevas formas de conducta impuestas por el propio desarrollo de las fuerzas productivas".

Dice Lenin:

"Rusia no ha alcanzado tal nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que haga posible el socialismo". Todos los héroes de la II Internacional, y entre ellos, naturalmente, Sujánov, van y vienen con esta tesis, como chico con zapatos nuevos. Esta tesis indiscutible la repiten de mil maneras y les parece que es decisiva para valorar nuestra revolución".

"Pero, ¿qué hacer, si una situación peculiar a llevado a Rusia, primero, a la guerra imperialista mundial, en la que intervinieron todos los países más o menos importantes de Europa Occidental, y ha colocado su desarrollo al borde de las revoluciones del Oriente, que comienzan y que en parte han comenzado ya, en unas condiciones en las cuales hemos podido llevar a la práctica precisamente esa alianza de la "guerra campesina" con el

movimiento obrero, de la que, como una de las probables perspectivas, escribió un "marxista" como Marx en 1856, refiriéndose a Prusia?"

"Y ¿qué debíamos hacer, si una situación absolutamente sin salida, decuplicando las fuerzas de los obreros y campesinos, abría ante nosotros la posibilidad de pasar de una manera diferente que en todos los demás países del Occidente de Europa a la creación de las premisas fundamentales de la civilización? ¿Ha cambiado a causa de eso la línea general del desarrollo de la historia universal? ¿Ha cambiado por eso la correlación esencial de las clases fundamentales en cada país que entra, que ha entrado ya, en el curso general de la historia universal?"

"Si para implantar el socialismo se exige un determinado nivel cultural (aunque nadie puede decir cuál es este determinado "nivel cultural", ya que es diferente en cada uno de los países de Europa Occidental), ¿por qué, entonces, no podemos comenzar primero por la conquista, por vía revolucionaria, de las premisas para este determinado nivel, y luego, ya a base del poder obrero y campesino y del régimen soviético, ponernos en marcha para alcanzar a los demás países?"

Al expandirse el capitalismo como sistema mundial y desarrollarse las relaciones de explotación, no solamente entre los individuos de un pueblo, sino también entre los pueblos, el sistema mundial del capitalismo que ha pasado a ser imperialismo, entra en choques y se puede romper por su eslabón más débil. Este era la Rusia zarista después de la primera guerra mundial y comienzo de la Revolución, en la cual coexistían los cinco tipos económicos que apuntaba Lenin en aquellos momentos: la forma patriarcal más primitiva de la agricultura, la pequeña producción mercantil ?incluida la mayoría de los campesinos que vendían su trigo?, el capitalismo privado, el capitalismo de Estado y el socialismo.

Lenin apuntaba que todos estos tipos aparecían en la Rusia inmediatamente posterior a la Revolución; pero lo que le da la calificación general es la característica socialista del sistema, aún cuando el desarrollo de las fuerzas productivas en determinados puntos no haya alcanzado su plenitud. Evidentemente, cuando el atraso es muy grande, la correcta acción marxista debe ser atemperar lo más posible el espíritu de la nueva época, tendiente a la supresión de la explotación del hombre por el hombre, con las situaciones concretas de ese país; y así lo hizo Lenin en la Rusia recién liberada del zarismo y se aplicó como norma en la Unión Soviética.

Nosotros sostenemos que toda esta argumentación, absolutamente válida y extraordinaria por su perspicacia en aquel momento, es aplicable a situaciones concretas en determinados momentos históricos. Después de aquellos hechos, han sucedido cosas de tal trascendencia como el establecimiento de todo el sistema mundial del socialismo, con cerca de mil millones de habitantes, un tercio de la población del mundo. El avance continuo de todo el sistema socialista influye en la conciencia de las gentes a todos los niveles y, por lo tanto, en Cuba, en un momento de su historia, se produce la definición de revolución socialista, definición que no precedió, ni mucho menos, al hecho real de que ya existieran las bases económicas establecidas para esta aseveración.

¿Cómo se puede producir en un país colonizado por el imperialismo, sin ningún desarrollo de sus industrias básicas, en una situación de mono-productor, dependiente de un solo mercado, el tránsito al socialismo?

Pueden caber las siguientes afirmaciones: Como los teóricos de la II Internacional, manifestar que Cuba ha roto todas las leyes de la dialéctica, del materialismo histórico, del marxismo y que, por tanto, no es un país socialista o debe volver a su situación anterior.

Se puede ser más realista y a fuerza de ello buscar en las relaciones de producción de Cuba los motores internos que han provocado la revolución actual. Pero, naturalmente, eso llevaría a la demostración de que hay muchos países en América, y en otros lugares del mundo, donde la revolución es mucho más factible de lo que era en Cuba.

Queda la tercera explicación, a nuestro juicio exacta, de que en el gran marco del sistema mundial del capitalismo en lucha contra el socialismo, uno de sus eslabones débiles, en este caso concreto Cuba, puede romperse. Aprovechando circunstancias históricas excepcionales y bajo la acertada dirección de su vanguardia, en un momento dado toman el poder las fuerzas revolucionarias y, basadas en que ya existen las suficientes condiciones objetivas en cuanto a la socialización del trabajo, quemando etapas, decretan el carácter socialista de la revolución y emprenden la construcción del socialismo.

Esta es la forma dinámica, dialéctica, en que nosotros vemos y analizamos el problema de la necesaria correlación entre las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas. Después de producido el hecho de la Revolución Cubana, que no puede escapar al análisis, ni obviarse cuando se haga la investigación sobre nuestra historia, llegamos a la conclusión de que en Cuba se hizo una revolución socialista y que, por tanto, había condiciones para ello. Porque realizar una revolución sin condiciones, llegar al poder y decretar el socialismo por arte de magia, es algo que no está previsto por ninguna teoría y no creo que el compañero Bettelheim vaya a apoyar.

Si se produce el hecho concreto del nacimiento del socialismo en estas nuevas condiciones, es que el desarrollo de las fuerzas productivas ha chocado con las relaciones de producción antes de lo racionalmente esperado para un país capitalista aislado. ¿Qué sucede? Que la vanguardia de los movimientos revolucionarios, influida cada vez más por la ideología marxista-leninista, es capaz de prever en su conciencia toda una serie de pasos a realizar y forzar la marcha de los acontecimientos, pero forzarlos dentro de los que objetivamente es posible. Insistimos mucho sobre este punto, porque es una de las fallas fundamentales del argumento expresado por Bettelheim.

Si partimos del hecho concreto de que no puede realizarse una revolución sino cuando hay contradicciones fundamentales entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, tenemos que admitir que en Cuba se ha producido este hecho y tenemos que admitir, también, que ese hecho da características socialistas a la Revolución Cubana, aún cuando analizadas objetivamente, en su interior, haya toda una serie de fuerzas que todavía están en un estado embrionario y no se hayan desarrollado al máximo. Pero si, en estas condiciones, se produce y triunfa la revolución, ¿cómo utilizar después el argumento de la necesaria y obligatoria concordancia, que se hace mecánica y estrecha, entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, para defender, por ejemplo, el Cálculo Económico y atacar el sistema de empresas consolidadas que nosotros practicamos?

Decir que la empresa consolidada es una aberración equivale, aproximadamente, a decir que la Revolución Cubana es una aberración. Son conceptos del mismo tipo y podrían basarse en el mismo análisis. El compañero Bettelheim nunca ha dicho que la Revolución Socialista Cubana no sea auténtica, pero sí dice que nuestras relaciones de producción actuales no corresponden al desarrollo de las fuerzas productivas y, por tanto, prevé grandes fracasos.

El desglose en la aplicación del pensamiento dialéctico en estas dos categorías de distinta magnitud, pero de la misma tendencia, provoca el error del compañero Bettelheim. Las empresas consolidadas han nacido, se han desarrollado y continúan desarrollándose porque pueden hacerlo; es la verdad de Perogrullo de la práctica. Si el método administrativo es o no el más adecuado, tiene poca importancia, en definitiva, porque las diferencias entre un método y otro son fundamentalmente cuantitativas. Las esperanzas en nuestro sistema van apuntadas hacia el futuro, hacia un desarrollo más acelerado de la conciencia y, a través de la conciencia, de las fuerzas productivas.

El compañero Bettelheim niega esta particular acción de la conciencia, basándose en los argumentos de Marx de que ésta es un producto del medio social y no al revés; y nosotros tomamos el análisis marxista para luchar con él contra Bettelheim, al decirle que eso es absolutamente cierto pero que, en la época actual del imperialismo, también la conciencia adquiere características mundiales. Y que esta conciencia de hoy es el producto del desarrollo de todas las fuerzas productivas en el mundo y el producto de la enseñanza y educación de la Unión Soviética y los demás países socialistas sobre las masas de todo el mundo.

En tal medida debe considerarse que la conciencia de los hombres de vanguardia de un país dado, basada en el desarrollo general de las fuerzas productivas, puede avizorar los caminos adecuados para llevar al triunfo una revolución socialista en un determinado país, aunque, a su nivel, no existan objetivamente las contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción que harían imprescindible o posible una revolución (analizado el país como un todo único y aislado).

Hasta aquí llegaremos en este razonamiento. El segundo grave error cometido por Bettelheim, es la insistencia en darle a la estructura jurídica una posibilidad de existencia propia. En su análisis se refiere insistentemente a la necesidad de tener en cuenta las relaciones de producción para el establecimiento jurídico de la propiedad. Pensar que la propiedad jurídica o, por mejor decir, la superestructura de un Estado dado, en un momento dado, ha sido impuesta contra las realidades de las relaciones de producción, es negar precisamente el determinismo en que él se basaba para expresar que la conciencia es un producto social. Naturalmente, en todos estos procesos, que son históricos, que no son fisicoquímicos, realizándose en milésimas de segundo, sino que se producen en el largo decursar de la humanidad, hay toda una serie de aspectos de las relaciones jurídicas que no corresponden a las relaciones de producción que en ese momento caracterizan al país; lo que no quiere decir sino que serán destruidas con el tiempo, cuando las nuevas relaciones se impongan sobre las viejas, pero no al revés, que sea posible cambiar la superestructura sin cambiar previamente las relaciones de producción.

El compañero Bettelheim insiste con reiteración en que la naturaleza de las relaciones de producción es determinada por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y que la propiedad de los medios de producción es la expresión jurídica y abstracta de algunas relaciones de producción, escapándosele el hecho fundamental de que esto es perfectamente adaptado a una situación general (ya sea sistema mundial o país), pero que no se puede establecer la mecánica microscópica que él pretende, entre el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en cada región o en cada situación y las relaciones jurídicas de propiedad.

Ataca a los economistas que pretenden ver en la propiedad de los medios de producción por parte del pueblo una expresión del socialismo, diciendo

que estas relaciones jurídicas no son base de nada. En cierta manera podría tener razón, con respecto a la palabra *base*, pero lo esencial es que las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas chocan en un momento dado, y ese choque no es mecánicamente determinado por una acumulación de fuerzas económicas, sino que es una suma cuantitativa y cualitativa, acumulación de fuerzas encontradas desde el punto de vista del desarrollo económico, desbordamiento de una clase social por otra, desde el punto de vista político e histórico. Es decir, nunca se puede desligar el análisis económico del hecho histórico de la lucha de clases (hasta llegar a la sociedad perfecta). Por tal motivo, para el hombre, expresión viviente de la lucha de clases, la base jurídica que representa la superestructura de la sociedad en que vive tiene características concretas y expresa una verdad palpable. Las relaciones de producción, el desarrollo de las fuerzas productivas, son fenómenos económico-tecnológicos que van acumulándose en el decursar de la historia. La propiedad social es expresión palpable de estas relaciones, así como la mercancía concreta es la expresión de las relaciones entre los hombres. La mercancía existe porque hay una sociedad mercantil donde se ha producido una división del trabajo sobre la base de la propiedad privada. El socialismo existe porque hay una sociedad de nuevo tipo, en la cual los expropiadores han sido expropiados y la propiedad social reemplaza a la antigua, individual, de los capitalistas.

Esta es la línea general que debe seguir el período de transición. Las relaciones pormenorizadas entre tal o cual capa de la sociedad solamente tienen interés para determinados análisis concretos; pero el análisis teórico debe abarcar el gran marco que encuadra las relaciones nuevas entre los hombres, la sociedad en tránsito hacia el socialismo.

Partiendo de estos dos errores fundamentales de concepto, el compañero Bettelheim defiende la identidad obligatoria, exactamente encajada, entre el desarrollo de las fuerzas productivas en cada momento dado y en cada región dada y las relaciones de producción, y, al mismo tiempo, trasplanta estas mismas relaciones al hecho de la expresión jurídica.

¿Cuál es el fin? Veamos lo que dice Bettelheim:

"En estas condiciones, el razonamiento que parte exclusivamente de la noción general de propiedad estatal, para designar las diferentes formas superiores de la propiedad socialista, pretendiendo reducir ésta a una realidad única, tropieza con insuperables dificultades, sobre todo cuando se trata de analizar la circulación de las mercancías en el interior del sector socialista del Estado, el comercio socialista, el papel de la moneda, etc.

Y luego, analizando la división que hace Stalin en dos formas de propiedad, expresa:

"Este punto de partida jurídico y los análisis que del mismo se derivan, conducen a negar el carácter necesariamente mercantil, a la hora actual, de los cambios entre empresas socialistas del Estado, y hacer incomprensible, en el plano teórico, la naturaleza de las compras y ventas efectuadas entre empresas estatales, la naturaleza de la moneda, de los precios, de la contabilidad económica, de la autonomía financiera, etc. Estas categorías se encuentran así privadas de todo contenido social real. Aparecen como formas abstractas o procedimientos técnicos más o menos arbitrarios y no como la expresión de estas leyes económica objetivas, cuya necesidad destacaba, por otra parte, el propio Stalin".

Para nosotros, el artículo del compañero Bettelheim, a pesar de que manifiestamente toma partido contra las ideas que hemos expresado en algunas oportunidades, tiene indudable importancia, al provenir de un economista de profundos conocimientos y un teórico del marxismo.

Partiendo de una situación de hecho, para hacer una defensa, en nuestro concepto no bien meditada, del uso de las categorías inherentes al capitalismo en el período de transición y de la necesidad de la propiedad individualizada dentro del sector socialista, él revela que es incompatible el análisis pormenorizado de las relaciones de producción y de la propiedad social siguiendo la línea marxista ?que pudiéramos llamar ortodoxa— con el mantenimiento de estas categorías, y señala que ahí hay algo incomprensible.

Nosotros sostenemos exactamente lo mismo, solamente que nuestra conclusión es distinta: creemos que la inconsecuencia de los defensores del Cálculo Económico se basa en que, siguiendo la línea del análisis marxista, al llegar a un punto dado, tienen que dar un salto (dejando "el eslabón perdido" en el medio) para caer en una nueva posición desde la cual continúan su línea de pensamiento. Concretamente, los defensores del Cálculo Económico nunca han explicado correctamente cómo se sostiene en su esencia el concepto de mercancía en el sector estatal, o cómo se hace uso "inteligente" de la Ley del Valor en el sector socialista con mercados distorsionados.

Observando la inconsecuencia, el compañero Bettelheim retoma los términos, inicia el análisis por donde debía acabar ?por las actuales relaciones jurídicas existentes en los países socialistas y las categorías que subsisten?, constata el hecho real y cierto de que existen estas categorías jurídicas y estas categorías mercantiles, y de allí concluye, pragmáticamente, que si existen es porque son necesarias y, partiendo de esa base, camina hacia atrás, en forma analítica, para llegar al punto donde chocan la teoría y la práctica. En este punto, da una nueva interpretación de la teoría, somete a análisis a Marx y a Lenin y saca su propia interpretación, con las bases erróneas que nosotros hemos apuntado, lo que le permite formular un proceso consecuente de un extremo a otro del artículo.

Olvida aquí, sin embargo, que el período de transición es históricamente joven. En el momento en que el hombre alcanza la plena comprensión del hecho económico y lo domina, mediante el plan, está sujeto a inevitables errores de apreciación. ¿Por qué pensar que lo que "es" en el período de transición, necesariamente "debe ser" ? ¿Por qué justificar que los golpes dados por la realidad a ciertas audacias son producto exclusivo de la audacia y no también, en parte o en todo, de fallas técnicas de administración ?

Nos parece que es restarle demasiada importancia a la planificación socialista con todos los defectos de técnica que pudiera tener, el pretender, como lo hace Bettelheim, que:

, y "De esto dimana la imposibilidad de proceder de manera satisfactoria, es decir, eficaz, en un reparto integral, a priori, de los medios de producción y de los productos en general la necesidad del comercio socialista y de los organismos comerciales del Estado. De donde se origina también el papel de la moneda al interior mismo del sector socialista, el papel de la Ley del Valor y un sistema de precios que debe reflejar no solamente el costo social de los diferentes productos, sino también expresar las relaciones entre la oferta y la demanda de estos productos y asegurar, eventualmente, el equilibrio de esta oferta y esta demanda cuando el plan no ha podido asegurarlo a priori y cuando el empleo de medidas administrativas para realizar este equilibrio comprometería el desarrollo de las fuerzas productivas."

Considerando nuestras debilidades (en Cuba), apuntábamos, sin embargo, nuestro intento de definición fundamental:

*"Negamos la posibilidad del uso consciente de la Ley del Valor, basados en la no existencia de un mercado libre que exprese automáticamente la contradicción entre productores y consumidores; negamos la existencia de la categoría mercancía en la relación entre empresas estatales, y consideramos todos los establecimientos como parte de la única gran empresa que es el Estado (aunque, en la práctica, no sucede todavía así en nuestro país). La Ley del Valor y el plan son dos términos ligados por una contradicción y su solución; podemos, pues, decir que la planificación centralizada es el modo de ser de la sociedad socialista, su categoría definitoria y el punto en que la conciencia del hombre alcanza, por fin, a sintetizar y dirigir la economía hacia su meta, la plena liberación del ser humano en el marco de la sociedad comunista."**

Relacionar la unidad de producción (sujeto económico para Bettelheim) con el grado físico de integración, es llevar el mecanismo a sus últimos extremos y negarnos la posibilidad de hacer lo que técnicamente los monopolios norteamericanos habían ya hecho en muchas ramas de la industria cubana. Es desconfiar demasiado de nuestras fuerzas y capacidades.

Lo que puede, pues, llamarse "unidad de producción" (y que constituye un verdadero sujeto económico) varía evidentemente según el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. En ciertas ramas de la producción, donde la integración de las actividades es suficientemente impulsada, la propia rama puede constituir una "unidad de producción". Puede ser así, por ejemplo, en la industria eléctrica sobre la base de la interconexión, porque esto permite una dirección centralizada única de toda la rama.

Al ir desarrollando pragmáticamente nuestro sistema llegamos a avizorar ciertos problemas ya examinados y tratamos de resolverlos, siendo lo más consecuente –en la medida en que nuestra preparación permitiera—con las grandes ideas expresadas por Marx y Lenin. Eso nos llevó a buscar la solución a la contradicción existente en la economía política marxista del período de transición. Al tratar de superar esas contradicciones, que solamente pueden ser frenos transitorios al desarrollo del socialismo, porque de hecho existe la sociedad socialista, investigamos los métodos organizativos más adecuados a la práctica y la teoría, que nos permitieran impulsar al máximo, mediante el desarrollo de la conciencia y de la producción, la nueva sociedad; y ese es el capítulo en que estamos enfrascados hoy.

Para concluir:

1. Opinamos que Bettelheim comete dos errores gruesos en el método de análisis:
 - a) Trasladar mecánicamente el concepto de la necesaria correspondencia entre relaciones de producción y desarrollo de las fuerzas productivas, de validez global, al "microcosmos" de las relaciones de producción en aspectos concretos de un país dado durante el período de transición, y extraer así conclusiones apoloéticas, teñidas de pragmatismo, sobre el llamado Cálculo Económico.
 - b) Hacer el mismo análisis mecánico en cuanto al concepto de propiedad.

2. Por tanto, no estamos de acuerdo con su opinión de que la autogestión financiera o la autonomía contable "están ligadas en un estado dado de las fuerzas productivas", consecuencia de su método de análisis.
3. Negamos su concepto de dirección centralizada sobre la base de la centralización física de la producción (pone el ejemplo de una red eléctrica interconectada) y lo aplicamos a una centralización de las decisiones económicas principales.
4. No encontramos correcta la explicación del por qué de la necesaria vigencia irrestricta de la Ley del Valor y otras categorías mercantiles durante el período de transición, aunque no negamos la posibilidad de usar elementos de esta Ley para fines comparativos (costo, rentabilidad expresada en dinero aritmético).
5. Para nosotros, "la planificación centralizada es el modo de ser de la sociedad socialista", etc. y, por tanto, le atribuimos mucho mayor poder de decisión consciente que Bettelheim.
6. Consideramos de mucha importancia teórica el examen de las inconsecuencias entre el método clásico de análisis marxista y la subsistencia de las categorías mercantiles en el sector socialista, aspecto que debe profundizarse más.
7. A los defensores del "Cálculo Económico" les cabe, a propósito de este artículo, aquello: "de nuestros amigos me guarde Dios, que de los enemigos me guardo yo"

Ernesto Che Guevara

Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental

Ya se han cumplido veintiún años desde el fin de la última conflagración mundial y diversas publicaciones, en infinidad de lenguas, celebran el acontecimiento simbolizado en la derrota del Japón. Hay un clima de aparente optimismo en muchos sectores de los dispares campos en que el mundo se divide. Veintiún años sin guerra mundial, en estos tiempos de confrontaciones máximas, de choques violentos y cambios repentinos, parecen una cifra muy alta. Pero, sin analizar los resultados prácticos de esa paz por la que todos nos manifestamos dispuestos a luchar (la miseria, la degradación, la explotación cada vez mayor de enormes sectores del mundo) cabe preguntarse si ella es real.

Es la hora de los hornos y no se ha de ver más que la luz.

José Martí

No es la intención de estas notas historiar los diversos conflictos de carácter local que se han sucedido desde la rendición del Japón, no es tampoco nuestra tarea hacer el recuento, numeroso y creciente, de luchas civiles ocurridas durante estos años de pretendida paz. Bástenos poner como ejemplos contra el desmedido optimismo las guerras de Corea y Vietnam.

En la primera, tras años de lucha feroz, la parte norte del país quedó sumida en la más terrible devastación que figure en los anales de la guerra moderna; acribillada a bombas; sin fábricas, escuelas u hospitales; sin ningún tipo de habitación para albergar a diez millones de habitantes.

En esta guerra intervinieron, bajo la fementida bandera de las Naciones Unidas, decenas de países conducidos militarmente por los Estados Unidos, con la participación masiva de soldados de esa nacionalidad y el uso, como carne de cañón, de la población sudcoreana enrolada.

En el otro bando, el ejército y el pueblo de Corea y los voluntarios de la República Popular China contaron con el abastecimiento y asesoría del aparato militar soviético. Por parte de los norteamericanos se hicieron toda clase de pruebas de armas de destrucción, excluyendo las termonucleares pero incluyendo las bacteriológicas y químicas, en escala limitada. En Vietnam, se han sucedido acciones bélicas, sostenidas por las fuerzas patrióticas de ese país casi ininterrumpidamente contra tres potencias imperialistas: Japón, cuyo poderío sufriera una caída vertical a partir de las bombas de Hiroshima y Nagasaki; Francia, que recupera de aquel país vencido sus colonias indochinas e ignoraba las promesas hechas en momentos difíciles; y los Estados Unidos, en esta última fase de la contienda.

Hubieron confrontaciones limitadas en todos los continentes, aun cuando en

el americano, durante mucho tiempo, sólo se produjeron conatos de lucha de liberación y cuartelazos, hasta que la Revolución cubana diera su clarinada de alerta sobre la importancia de esta región y atrajera las iras imperialistas, obligándola a la defensa de sus costas en Playa Girón, primero, y durante la Crisis de Octubre, después.

Este último incidente pudo haber provocado una guerra de incalculables proporciones, al producirse, en torno a Cuba, el choque de norteamericanos y soviéticos.

Pero, evidentemente, el foco de contradicciones, en este momento, está radicado en los territorios de la península indochina y los países aledaños. Laos y Vietnam son sacudidos por guerras civiles, que dejan de ser tales al hacerse presente, con todo su poderío, el imperialismo norteamericano, y toda la zona se convierte en una peligrosa espoleta presta a detonar.

En Vietnam la confrontación ha adquirido características de una agudeza extrema. Tampoco es nuestra intención historiar esta guerra. Simplemente, señalaremos algunos hitos de recuerdo.

En 1954, tras la derrota aniquilante de Dien-Bien-Phu, se firmaron los acuerdos de Ginebra, que dividían al país en dos zonas y estipulaban la realización de elecciones en un plazo de 18 meses para determinar quiénes debían gobernar a Vietnam y cómo se reunificaría el país. Los norteamericanos no firmaron dicho documento, comenzando las maniobras para sustituir al emperador Bao Dai, títere francés, por un hombre adecuado a sus intenciones. Este resultó ser Ngo Din Diem, cuyo trágico fin -el de la naranja exprimida por el imperialismo- es conocido de todos.

En los meses posteriores a la firma del acuerdo, reinó el optimismo en el campo de las fuerzas populares. Se dismantelaron reductos de lucha antifrancesa en el sur del país y se esperó el cumplimiento de lo pactado. Pero pronto comprendieron los patriotas que no habría elecciones a menos que los Estados Unidos se sintieran capaces de imponer su voluntad en las urnas, cosa que no podía ocurrir, aun utilizando todos los métodos de fraude de ellos conocidos.

Nuevamente se iniciaron las luchas en el sur del país y fueron adquiriendo mayor intensidad hasta llegar al momento actual, en que el ejército norteamericano se compone de casi medio millón de invasores, mientras las fuerzas títeres disminuyen su número, y sobre todo, han perdido totalmente la combatividad.

Hace cerca de dos años que los norteamericanos comenzaron el bombardeo sistemático de la República Democrática de Vietnam en un intento más de frenar la combatividad del sur y obligar a una conferencia desde posiciones de fuerza. Al principio, los bombardeos fueron más o menos aislados y se revestían de la máscara de represalias por supuestas provocaciones del norte. Después aumentaron en intensidad y método, hasta convertirse en una gigantesca batida llevada a cabo por las unidades aéreas de los Estados Unidos, día a día, con el propósito de destruir todo vestigio de civilización en la zona norte del país. Es un episodio de la tristemente célebre escalada.

Las aspiraciones materiales del mundo yanqui se han cumplido en buena

parte a pesar de la denodada defensa de las unidades antiaéreas vietnamitas, de los más de 1.700 aviones derribados y de la ayuda del campo socialista en material de guerra.

Hay una penosa realidad: Vietnam, esa nación que representa las aspiraciones, las esperanzas de victoria de todo un mundo preterido, está trágicamente solo. Ese pueblo debe soportar los embates de la técnica norteamericana, casi a mansalva en el sur, con algunas posibilidades de defensa en el norte, pero siempre solo. La solidaridad del mundo progresista para con el pueblo de Vietnam semeja a la amarga ironía que significaba para los gladiadores del circo romano el estímulo de la plebe. No se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte; acompañarlo a la muerte o la victoria.

Cuando analizamos la soledad vietnamita nos asalta la angustia de este momento ilógico de la humanidad. El imperialismo norteamericano es culpable de agresión; sus crímenes son inmensos y repartidos por todo el orbe. ¡Ya lo sabemos, señores! Pero también son culpables los que en el momento de definición vacilaron en hacer de Vietnam parte inviolable del territorio socialista, corriendo, sí, los riesgos de una guerra de alcance mundial, pero también obligando a una decisión a los imperialistas norteamericanos. Y son culpables los que mantienen una guerra de denuestos y zancadillas comenzada hace ya buen tiempo por los representantes de las dos más grandes potencias del campo socialista.

Preguntemos, para lograr una respuesta honrada: ¿Está o no aislado el Vietnam, haciendo equilibrios peligrosos entre las dos potencias en pugna?

Y ¡qué grandeza la de ese pueblo! ¡Qué estoicismo y valor, el de ese pueblo! Y qué lección para el mundo entraña esa lucha.

Hasta dentro de mucho tiempo no sabremos si el presidente Johnson pensaba en serio iniciar algunas de las reformas necesarias a un pueblo -para limar aristas de las contradicciones de clase que asoman con fuerza explosiva y cada vez más frecuentemente. Lo cierto es que las mejoras anunciadas bajo el pomposo título de lucha por la gran sociedad han caído en el sumidero de Vietnam.

El más grande de los poderes imperialistas siente en sus entrañas el desangramiento provocado por un país pobre y atrasado y su fabulosa economía se resiente del esfuerzo de guerra. Matar deja de ser el más cómodo negocio de los monopolios. Armas de contención, y no en número suficiente, es todo lo que tienen estos soldados maravillosos, además del amor a su patria, a su sociedad y un valor a toda prueba. Pero el imperialismo se empantana en Vietnam, no halla camino de salida y busca desesperadamente alguno que le permita sortear con dignidad este peligroso trance en que se ve. Mas los «cuatro puntos» del norte y «los cinco» del sur lo atenazan, haciendo aún más decidida la confrontación.

Todo parece indicar que la paz, esa paz precaria a la que se ha dado tal nombre, sólo porque no se ha producido ninguna conflagración de carácter mundial, está otra vez en peligro de romperse ante cualquier paso irreversible e inaceptable, dado por los norteamericanos. Y, a nosotros, explotados del mundo, ¿cuál es el papel que nos corresponde? Los pueblos

de tres continentes observan y aprenden su lección en Vietnam. Ya que, con la amenaza de guerra, los imperialistas ejercen su chantaje sobre la humanidad, no temer la guerra, es la respuesta justa. Atacar dura e ininterrumpidamente en cada punto de confrontación, debe ser la táctica general de los pueblos.

Pero, en los lugares en que esta mísera paz que sufrimos no ha sido rota, ¿cuál será nuestra tarea? Liberarnos a cualquier precio.

El panorama del mundo muestra una gran complejidad. La tarea de la liberación espera aún a países de la vieja Europa, suficientemente desarrollados para sentir todas las contradicciones del capitalismo, pero tan débiles que no pueden ya seguir el rumbo del imperialismo o iniciar esa ruta. Allí las contradicciones alcanzarán en los próximos años carácter explosivo, pero sus problemas y, por ende, la solución de los mismos son diferentes a la de nuestros pueblos dependientes y atrasados económicamente.

El campo fundamental de la explotación del imperialismo abarca los tres continentes atrasados, América, Asia y Africa. Cada país tiene características propias, pero los continentes, en su conjunto, también las presentan.

América constituye un conjunto más o menos homogéneo y en la casi totalidad de su territorio los capitales monopolistas norteamericanos mantienen una primacía absoluta. Los gobiernos títeres o, en el mejor de los casos, débiles y medrosos, no pueden oponerse a las órdenes del amo yanqui. Los norteamericanos han llegado casi al máximo de su dominación política y económica, poco más podrían avanzar ya; cualquier cambio de la situación podría convertirse en un retroceso en su primacía. Su política es mantener lo conquistado. La línea de acción se reduce en el momento actual, al uso brutal de la fuerza para impedir movimientos de liberación, de cualquier tipo que sean.

Bajo el slogan, «no permitiremos otra Cuba», se encubre la posibilidad de agresiones a mansalva, como la perpetrada contra Santo Domingo o, anteriormente, la masacre de Panamá, y la clara advertencia de que las tropas yanquis están dispuestas a intervenir en cualquier lugar de América donde el orden establecido sea alterado, poniendo en peligro sus intereses. Es política cuenta con una impunidad casi absoluta; la OEA es una máscara cómoda, por desprestigiada que esté; la ONU es de una ineficiencia rayana en el ridículo o en lo trágico, los ejércitos de todos los países de América están listos a intervenir para aplastar a sus pueblos. Se ha formado, de hecho, la internacional del crimen y la traición.

Por otra parte las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo -si alguna vez la tuvieron- y sólo forman su furgón de cola.

No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución.

Asia es un continente de características diferentes. Las luchas de liberación contra una serie de poderes coloniales europeos, dieron por resultado el

establecimiento de gobiernos más o menos progresistas, cuya evolución posterior ha sido, en algunos casos, de profundización de los objetivos primarios de la liberación nacional y en otros de reversión hacia posiciones proimperialistas.

Desde el punto de vista económico, Estados Unidos tenía poco que perder y mucho que ganar en Asia. Los cambios le favorecen; se lucha por desplazar a otros poderes neocoloniales, penetrar nuevas esferas de acción en el campo económico, a veces directamente, otras utilizando al Japón.

Pero existen condiciones políticas especiales, sobre todo en la península indochina, que le dan características de capital importancia al Asia y juegan un papel importante en la estrategia militar global del imperialismo norteamericano. Este ejerce un cerco a China a través de Corea del Sur, Japón, Taiwan, Vietnam del Sur y Tailandia, por lo menos.

Esa doble situación: un interés estratégico tan importante como el cerco militar a la República Popular China y la ambición de sus capitales por penetrar esos grandes mercados que todavía no dominan, hacen que el Asia sea uno de los lugares más explosivos del mundo actual, a pesar de la aparente estabilidad fuera del área vietnamita.

Perteneciendo geográficamente a este continente, pero con sus propias contradicciones, el Oriente Medio está en plena ebullición, sin que se pueda prever hasta dónde llegará esa guerra fría entre Israel, respaldada por los imperialistas, y los países progresistas de la zona. Es otro de los volcanes amenazadores del mundo.

El Africa ofrece las características de ser un campo casi virgen para la invasión neocolonial. Se han producido cambios que, en alguna medida, obligaron a los poderes neocoloniales a ceder sus antiguas prerrogativas de carácter absoluto. Pero, cuando los procesos se llevan a cabo ininterrumpidamente, al colonialismo sucede, sin violencia, un neocolonialismo de iguales efectos en cuanto a la dominación económica se refiere. Estados Unidos no tenía colonias en esta región y ahora lucha por penetrar en los antiguos cotos cerrados de sus socios. Se puede asegurar que Africa constituye, en los planes estratégicos del imperialismo norteamericano, su reservorio a largo plazo; sus inversiones actuales sólo tienen importancia en la Unión Sudafricana y comienza su penetración en el Congo, Nigeria y otros países, donde se inicia una violenta competencia (con carácter pacífico hasta ahora) con otros poderes imperialistas.

No tiene todavía grandes intereses que defender salvo su pretendido derecho a intervenir en cada lugar del globo en que sus monopolios olfateen buenas ganancias o la existencia de grandes reservas de materias primas. Todos estos antecedentes hacen lícito el planteamiento interrogante sobre las posibilidades de liberación de los pueblos a corto o mediano plazo.

Si analizamos el Africa veremos que se lucha con alguna intensidad en las colonias portuguesas de Guinea, Mozambique y Angola, con particular éxito en la primera y con éxito variable en las dos restantes. Que todavía se asiste a la lucha entre los sucesores de Lumumba y los viejos cómplices de Tshombe en el Congo, lucha que, en el momento actual, parece inclinarse a favor de los últimos, los que han «pacificado» en su propio provecho una

gran parte del país, aunque la guerra se mantenga latente.

En Rhodesia el problema es diferente: el imperialismo británico utilizó todos los mecanismos a su alcance para entregar el poder a la minoría blanca que lo detenta actualmente. El conflicto, desde el punto de vista de Inglaterra, es absolutamente antioficial, sólo que esta potencia, con su habitual habilidad diplomática -también llamada hipocresía en buen romance- presenta una fachada de disgustos ante las medidas tomadas por el gobierno de Ian Smith, y es apoyada en su taimada actitud por algunos de los países del Commonwealth que la siguen, y atacada por una buena parte de los países del Africa Negra, sean o no dóciles vasallos económicos del imperialismo inglés.

En Rhodesia la situación puede tornarse sumamente explosiva si cristalizaran los esfuerzos de los patriotas negros para alzarse en armas y este movimiento fuera apoyado efectivamente por las naciones africanas vecinas. Pero por ahora todos los problemas se ventilan en organismos tan inicuos como la ONU, el Commonwealth o la OUA.

Sin embargo, la evolución política y social del Africa no hace prever una situación revolucionaria continental. Las luchas de liberación contra los portugueses deben terminar victoriosamente, pero Portugal no significa nada en la nómina imperialista. Las confrontaciones de importancia revolucionaria son las que ponen en jaque a todo el aparato imperialista, aunque no por eso dejemos de luchar por la liberación de las tres colonias portuguesas y por la profundización de sus revoluciones.

Cuando las masas negras de Sudáfrica o Rhodesia inicien su auténtica lucha revolucionaria, se habrá iniciado una nueva época en el Africa. O, cuando las masas empobrecidas de un país se lancen a rescatar su derecho a una vida digna, de las manos de las oligarquías gobernantes.

Hasta ahora se suceden los golpes cuartelarios en que un grupo de oficiales reemplaza a otro o a un gobernante que ya no sirva a sus intereses de casta y a los de las potencias que los manejan solapadamente, pero no hay convulsiones populares. En el Congo se dieron fugazmente estas características impulsadas por el recuerdo de Lumumba, pero han ido perdiendo fuerza en los últimos meses.

En Asia, como vimos, la situación es explosiva, y no son sólo Vietnam y Laos, donde se lucha, los puntos de fricción. También lo es Cambodia, donde en cualquier momento puede iniciarse la agresión directa norteamericana, Tailandia, Malasia y, por supuesto, Indonesia, donde no podemos pensar que se haya dicho la última palabra pese al aniquilamiento del Partido Comunista de ese país, al ocupar el poder los reaccionarios. Y, por supuesto, el Oriente Medio.

En América Latina se lucha con las armas en la mano en Guatemala, Colombia, Venezuela y Bolivia y despuntan ya los primeros brotes en Brasil. Hay otros focos de resistencia que aparecen y se extinguen. Pero casi todos los países de este continente están maduros para una lucha de tipo tal, que para resultar triunfante, no puede conformarse con menos que la instauración de un gobierno de corte socialista.

En este continente se habla prácticamente una lengua, salvo el caso excepcional del Brasil, con cuyo pueblo los de habla hispana pueden entenderse, dada la similitud de ambos idiomas. Hay una identidad tan grande entre las clases de estos países que logran una identificación de tipo «internacional americano», mucho más completa que en otros continentes. Lengua, costumbres, religión, amo común, los unen. El grado y las formas de explotación son similares en sus efectos para explotadores y explotados de una buena parte de los países de nuestra América. Y la rebelión está madurando aceleradamente en ella.

Podemos preguntarnos: esta rebelión, ¿cómo fructificará?; ¿de qué tipo será? Hemos sostenido desde hace tiempo, que dadas sus características similares, la lucha en América adquirirá, en su momento, dimensiones continentales. Será escenario de muchas grandes batallas dadas por la humanidad para su liberación.

En el marco de esa lucha de alcance continental, las que actualmente se sostienen en forma activa son sólo episodios, pero ya han dado los mártires que figurarán en la historia americana como entregando su cuota de sangre necesaria en esta última etapa de la lucha por la libertad plena del hombre. Allí figurarán los nombres del comandante Turcios Lima, del cura Camilo Torres, del comandante Fabricio Ojeda, de los comandantes Lobatón y Luis de la Puente Uceda, figuras principalísimas en los movimientos revolucionarios de Guatemala, Colombia, Venezuela y Perú.

Pero la movilización activa del pueblo crea sus nuevos dirigentes: César Montes y Yon Sosa levantan la bandera en Guatemala, Fabio Vázquez y Marulanda lo hacen en Colombia, Douglas Bravo en el occidente del país y Américo Martín en El Bachiller, dirigen sus respectivos frentes en Venezuela.

Nuevos brotes de guerra surgirán en estos y otros países americanos, como ya ha ocurrido en Bolivia, e irán creciendo, con todas las vicisitudes que entraña este peligroso oficio de revolucionario moderno. Muchos morirán víctimas de sus errores, otros caerán en el duro combate que se avecina; nuevos luchadores y nuevos dirigentes surgirán al calor de la lucha revolucionaria. El pueblo irá formando sus combatientes y sus conductores en el marco selectivo de la guerra misma, y los agentes yanquis de represión aumentarán. Hoy hay asesores en todos los países donde la lucha armada se mantiene y el ejército peruano realizó, al parecer, una exitosa batida contra los revolucionarios de ese país, también asesorado y entrenado por los yanquis. Pero si los focos de guerra se llevan con suficiente destreza política y militar, se harán prácticamente imbatibles y exigirán nuevos envíos de los yanquis. En el propio Perú, con tenacidad y firmeza, nuevas figuras aún no completamente conocidas, reorganizan la lucha guerrillera. Poco a poco, las armas obsoletas que bastan para la represión de pequeñas bandas armadas, irán convirtiéndose en armas modernas y los grupos de asesores en combatientes norteamericanos, hasta que, en un momento dado, se vean obligados a enviar cantidades crecientes de tropas regulares para asegurar la relativa estabilidad de un poder cuyo ejército nacional títere se desintegra ante los combates de las guerrillas. Es el camino de Vietnam; es el camino que deben seguir los pueblos; es el camino que seguirá América, con la característica especial de que los grupos en armas pudieran formar algo así como juntas de

Coordinación para hacer más difícil la tarea represiva del imperialismo yanqui y facilitar la propia causa.

América, continente olvidado por las últimas luchas políticas de liberación, que empieza a hacerse sentir a través de la Tricontinental en la voz de la vanguardia de sus pueblos, que es la Revolución cubana, tendrá una tarea de mucho mayor relieve: la de la creación del segundo o tercer Vietnam o del segundo y tercer Vietnam del mundo.

En definitiva, hay que tener en cuenta que el imperialismo es un sistema mundial, última etapa del capitalismo, y que hay que batirlo en una gran confrontación mundial. La finalidad estratégica de esa lucha debe ser la destrucción del imperialismo. La participación que nos toca a nosotros, los explotados y atrasados del mundo, es la de eliminar las bases de sustentación del imperialismo: nuestros pueblos oprimidos, de donde extraen capitales, materias primas, técnicos y obreros baratos y a donde exportan nuevos capitales -instrumentos de dominación-, armas y toda clase de artículos, sumiéndonos en una dependencia absoluta. El elemento fundamental de esa finalidad estratégica será, entonces, la liberación real de los pueblos; liberación que se producirá, a través de lucha armada, en la mayoría de los casos, y que tendrá, en América, casi indefectiblemente, la propiedad de convertirse en una revolución socialista.

Al enfocar la destrucción del imperialismo, hay que identificar a su cabeza, la que no es otra que los Estados Unidos de Norteamérica.

Debemos realizar una tarea de tipo general que tenga como finalidad táctica sacar al enemigo de su ambiente obligándolo a luchar en lugares donde sus hábitos de vida choquen con la realidad imperante. No se debe despreciar al adversario; el soldado norteamericano tiene capacidad técnica y está respaldado por medios de tal magnitud que lo hacen temible. Le falta esencialmente la motivación ideológica, que tienen en grado sumo sus más enconados rivales de hoy: los soldados vietnamitas. Solamente podremos triunfar sobre ese ejército en la medida en que logremos minar su moral. Y ésta se mina infligiéndole derrotas y ocasionándole sufrimientos repetidos.

Pero este pequeño esquema de victorias encierra dentro de sí sacrificios inmensos de los pueblos, sacrificios que debe exigirse desde hoy, a la luz del día, y que quizás sean menos dolorosos que los que debieron soportar si rehuyéramos constantemente el combate, para tratar de que otros sean los que nos saquen las castañas del fuego.

Claro que, el último país en liberarse, muy probablemente lo hará sin lucha armada, y los sufrimientos de una guerra larga y tan cruel como la que hacen los imperialistas, se le ahorrarán a ese pueblo. Pero tal vez sea imposible eludir esa lucha o sus efectos, en una contienda de carácter mundial y se sufra igual o más aún. No podemos predecir el futuro, pero jamás debemos ceder a la tentación claudicante de ser los abanderados de un pueblo que anhela su libertad, pero reniega de la lucha que ésta conlleva y la espera como un mendrugo de victoria.

Es absolutamente justo evitar todo sacrificio inútil. Por eso es tan importante el esclarecimiento de las posibilidades efectivas que tiene la América dependiente de liberarse en formas pacíficas. Para nosotros está

clara la solución de este interrogante; podrá ser o no el momento actual el indicado para iniciar la lucha, pero no podemos hacernos ninguna ilusión, ni tenemos derecho a ello de lograr la libertad sin combatir. Y los combates no serán meras luchas callejeras de piedras contra gases lacrimógenos, ni de huelgas generales pacíficas; ni será la lucha de un pueblo enfurecido que destruya en dos o tres días el andamiaje represivo de las oligarquías gobernantes; será una lucha larga, cruenta, donde su frente estará en los refugios guerrilleros, en las ciudades, en las casas de los combatientes -donde la represión irá buscando víctimas fáciles entre sus familiares- en la población campesina masacrada, en las aldeas o ciudades destruidas por el bombardeo enemigo.

Nos empujan a esa lucha; no hay más remedio que prepararla y decidirse a emprenderla.

Los comienzos no serán fáciles; serán sumamente difíciles. Toda la capacidad de represión, toda la capacidad de brutalidad y demagogia de las oligarquías se pondrá al servicio de su causa. Nuestra misión, en la primera hora, es sobrevivir, después actuará el ejemplo perenne de la guerrilla realizando la propaganda armada en la acepción vietnamita de la frase, vale decir, la propaganda de los tiros, de los combates que se ganan o se pierden, pero se dan, contra los enemigos.

La gran enseñanza de la invencibilidad de la guerrilla prendiendo en las masas de los desposeídos. La galvanización del espíritu nacional, la preparación para tareas más duras, para resistir represiones más violentas.

El odio como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal.

Hay que llevar la guerra hasta donde el enemigo la lleve: a su casa, a sus lugares de diversión; hacerla total. Hay que impedirle tener un minuto de tranquilidad, un minuto de sosiego fuera de sus cuarteles, y aun dentro de los mismos: atacarlo dondequiera que se encuentre; hacerlo sentir una fiera acosada por cada lugar que transite. Entonces su moral irá decayendo.

Se hará más bestial todavía, pero se notarán los signos del decaimiento que asoma.

Y que se desarrolle un verdadero internacionalismo proletario; con ejércitos proletarios internacionales, donde la bandera bajo la que se luche sea la causa sagrada de la redención de la humanidad, de tal modo que morir bajo las enseñas de Vietnam, de Venezuela, de Guatemala, de Laos, de Guinea, de Colombia, de Bolivia, de Brasil, para citar sólo los escenarios actuales de la lucha armada sea igualmente glorioso y apetecible para un americano, un asiático, un africano y, aun, un europeo.

Cada gota de sangre derramada en un territorio bajo cuya bandera no se ha nacido, es experiencia que recoge quien sobrevive para aplicarla luego en la lucha por la liberación de su lugar de origen. Y cada pueblo que se libere, es una fase de la batalla por la liberación del propio pueblo que se ha ganado.

Es la hora de atemperar nuestras discrepancias y ponerlo todo al servicio de la lucha.

Que agitan grandes controversias al mundo que lucha por la libertad, lo sabemos todos y no lo podemos esconder. Que han adquirido un carácter y una agudeza tales que luce sumamente difícil, si no imposible, el diálogo y la conciliación, también lo sabemos. Buscar métodos para iniciar un diálogo que los contendientes rehuyen es una tarea inútil. Pero el enemigo está allí, golpea todos los días y amenaza con nuevos golpes y esos golpes nos unirán, hoy, mañana o pasado. Quienes antes lo captan y se preparan a esa unión necesaria tendrán el reconocimiento de los pueblos.

Dadas las virulencias e intransigencias con que se defiende cada causa, nosotros, los desposeídos, no podemos tomar partido por una u otra forma de manifestar las discrepancias, aun cuando coincidamos a veces con algunos planteamientos de una u otra parte, o en mayor medida con los de una parte que con los de la otra. En el momento de la lucha, la forma en que se hacen visibles las actuales diferencias constituyen una debilidad; pero en el estado en que se encuentran, querer arreglarlas mediante palabras es una ilusión. La historia las irá borrando o dándoles su verdadera explicación.

En nuestro mundo en lucha, todo lo que sea discrepancia en torno a la táctica, método de acción para la consecución de objetivos limitados, debe analizarse con el respeto que merecen las apreciaciones ajenas. En cuanto al gran objetivo estratégico, la destrucción total del imperialismo por medio de la lucha, debemos ser intransigentes.

Sinteticemos así nuestras aspiraciones de victoria: destrucción del imperialismo mediante la eliminación de su baluarte más fuerte: el dominio imperialista de los Estados Unidos de Norteamérica. Tomar como función táctica la liberación gradual de los pueblos, uno a uno o por grupos, llevando al enemigo a una lucha difícil fuera de su terreno; liquidándole sus bases de sustentación, que son territorios dependientes.

Eso significa una guerra larga. Y, lo repetimos una vez más, una guerra cruel. Que nadie se engañe cuando la vaya a iniciar y que nadie vacile en iniciarla por temor a los resultados que pueda traer para su pueblo. Es casi la única esperanza de victoria.

No podemos eludir el llamado de la hora. Nos lo enseña Vietnam con su permanente lección de heroísmo, su trágica y cotidiana lección de lucha y de muerte para lograr la victoria final.

Allí, los soldados del imperialismo encuentran la incomodidad de quien, acostumbrado al nivel de vida que ostenta la nación norteamericana, tiene que enfrentarse con la tierra hostil; la inseguridad de quien no puede moverse sin sentir que pisa territorio enemigo; la muerte a los que avanzan más allá de sus reductos fortificados, la hostilidad permanente de toda la población. Todo eso va provocando la repercusión interior en los Estados Unidos; va haciendo surgir un factor atenuado por el imperialismo en pleno vigor, la lucha de clases aun dentro de su propio territorio.

¡Cómo podríamos mirar el futuro de luminoso y cercano, si dos, tres,

muchos Vietnam florecieran en la superficie del globo, con su cuota de muerte y sus tragedias inmensas, con su heroísmo cotidiano, con sus golpes repetidos al imperialismo, con la obligación que entraña para éste de dispersar sus fuerzas, bajo el embate del odio creciente de los pueblos del mundo!

Y si todos fuéramos capaces de unirnos, para que nuestros golpes fueran más sólidos y certeros, para que la ayuda de todo tipo a los pueblos en lucha fuera aún más efectiva, ¡qué grande sería el futuro, y qué cercano!

Si a nosotros, los que en un pequeño punto del mapa del mundo cumplimos el deber que preconizamos y ponemos a disposición de la lucha este poco que nos es permitido dar: nuestras vidas, nuestro sacrificio, nos toca alguno de estos días lanzar el último suspiro sobre cualquier tierra, ya nuestra, regada con nuestra sangre, sépase que hemos medido el alcance de nuestros actos y que no nos consideramos nada más que elementos en el gran ejército del proletariado, pero nos sentimos orgullosos de haber aprendido de la Revolución cubana y de su gran dirigente máximo la gran lección que emana de su actitud en esta parte del mundo: «qué importan los peligros o sacrificios de un hombre o de un pueblo, cuando está en juego el destino de la humanidad.»

Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del género humano: los Estados Unidos de Norteamérica. En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.

Mario Roberto Santucho (“Robi”)

Poder burgués y poder revolucionario

[Ediciones *EL COMBATIENTE*, 23 de agosto de 1974]

EL PODER DE LA BURGUESÍA

La clase obrera y el pueblo argentino han vivido los últimos años riquísimas experiencias políticas que entroncan en la historia de nuestra lucha de clases, y aclaran cristalinamente cuestiones vitales para los intereses nacionales y sociales de las masas trabajadoras argentinas. Reflexionar sobre estas experiencias, observar el comportamiento de las clases enfrentadas, comprender en profundidad las particularidades de nuestra revolución y extraer las conclusiones para guiar la acción correctamente, es una apremiante responsabilidad de los obreros conscientes, de los sectores progresistas y revolucionarios en general, de nuestras más amplias masas trabajadoras.

En el presente folleto intentaremos un sintético análisis de ciertos procesos centrales de nuestra reciente historia política, con el ánimo de contribuir a su comprensión, de aventar la espesa niebla del diversionismo ideológico esparcido por la burguesía y la pequeño-burguesía para ocultar esos aspectos fundamentales, para confundir al pueblo y desviar su lucha.

Después del período de estabilidad capitalista posibilitado por la situación económica internacional vigente durante la Segunda Guerra Mundial, período que finalizó aproximadamente en 1952, las clases dominantes argentinas, acosadas por la persistente y enérgica lucha popular, han utilizado reiteradamente, por turno, dos formas fundamentales de dominación burguesa: la república parlamentaria y el bonapartismo militar.

Es sabido que en la sociedad capitalista una minoría privilegiada de explotadores y burócratas ejerce su dominación de clase sobre la inmensa mayoría del pueblo. Es sabido que en el gobierno se turnan ciertos políticos y ciertos militares, ligados todos de una u otra manera a las grandes empresas, a la oligarquía terrateniente y al imperialismo y ellos mismos grandes empresarios y oligarcas proimperialistas; Frigerio, Alsogaray, Krieger Vasena, Salimei, Lanusse, Gelbard, son algunos entre otros muchos ejemplos. ¿Cómo hacen los burgueses para mantener el control político, es decir, la dictadura de la burguesía? ¿Cómo se las ingenian para impedir que las clases trabajadoras, que son mayoritarias, lleguen al gobierno?

Se sirven de dos sistemas principales, el parlamentarismo y el bonapartismo militar. Ambos sistemas utilizan combinadamente el engaño y la fuerza para mantener la hegemonía de la burguesía. Cuando uno de los sistemas se ha desgastado y las masas muestran de mil formas su activo descontento, los capitalistas, oligarcas e imperialistas recurren hábilmente al otro sistema.

El parlamentarismo es una forma enmascarada de dictadura burguesa. Se basa en la organización de partidos políticos y en el sufragio universal. Aparentemente todo el pueblo elige sus gobernantes. Pero en

realidad no es así, porque como todos sabemos las candidaturas son determinadas por el poder del dinero.

Como decía Lenin¹: *“Decidir una vez cada tantos años qué miembro de las clases dominantes han de reprimir y aplastar al pueblo a través del parlamento; tal es la verdadera esencia del parlamentarismo burgués”*². Este carácter fraudulento, engañoso, de toda elección y de todo parlamento no quita que la clase obrera deba ingeniarse para dar pasos de avance revolucionario en determinados procesos electorales, no quita que la clase obrera deba ingeniarse para intentar utilizar el parlamento con fines revolucionarios.

Una política revolucionaria debe saber utilizar todo tipo de armas, incluso aquellas que han sido creadas y son usadas con ventaja por la burguesía como el parlamentarismo, para avanzar en la propagandización de las ideas revolucionarias, para avanzar en la movilización de masas, para introducir la crisis, la división y la desorientación en las filas enemigas.

Pero un grave error sería creer que a través de elecciones es posible encontrar algún tipo de soluciones a los problemas de fondo de la clase obrera, del pueblo y de nuestra patria. La burguesía proimperialista argentina desgraciadamente ha conseguido varias veces despertar esperanzas en nuestro pueblo sobre la posibilidad de producir importantes cambios mediante un proceso electoral.

En los países capitalistas relativamente estables como EE.UU., Inglaterra, Alemania, etc., la burguesía mantiene su dominación por la vía parlamentaria. En cambio en países capitalistas de gran inestabilidad económico-social, como la Argentina actual, la burguesía debe recurrir constantemente a recambios.

El bonapartismo militar, la otra forma de dictadura burguesa, muy utilizada por los explotadores argentinos, consiste en asentar abiertamente el gobierno sobre las fuerzas armadas, a quienes se presenta como salvadoras de la nación, encargadas de poner orden, de mediar entre las distintas clases que han llegado a un enfrentamiento agudo; encargadas de imponer la conciliación entre las clases enfrentadas sin beneficiar particularmente a ninguna de ellas, de imponer el “justo medio” en los intereses contrapuestos.

El bonapartismo militar que ha surgido en nuestro país de golpes militares relativamente incruentos ha sido presentado con habilidad como intervenciones de las FF.AA., destinadas a terminar con la corrupción y la injusticia, destinadas a solucionar los problemas del pueblo y a sanear la vida económico-social de la nación.

El exitoso golpe militar del 4 de junio de 1943, coincidente con la coyuntura económica internacional extremadamente favorable, producto

¹ **Vladimir Ilich Úlianov** (Lenin) nació el 22 de abril de 1870 en la ciudad de Simbirsk. Fue el fundador del Partido Bolchevique ruso. Bajo su dirección este Partido se convirtió en la dirección de la vanguardia rusa y acaudilló al conjunto del proletariado y al pueblo en la gran Revolución de Octubre, que transformó a Rusia en el primer estado socialista del mundo.

Magistral conductor de la revolución rusa, es merecidamente considerado el líder del proletariado mundial, fue un ardiente internacionalista: la importancia que daba a esta cuestión, lo llevó a crear la Internacional Comunista luego de la bancarrota de la Segunda Internacional. Murió el 21 de enero de 1924.

² V.I. Lenin, “El Estado y la Revolución”. Obras completas, Tomo 24, página 56, Edit. Cartago.

de la Guerra Mundial, abrió un período de prosperidad y estabilidad capitalista que permitió importantes concesiones a las masas y sirvió magníficamente a la burguesía para infundir falsas esperanzas en los militares, para difundir entre las masas la teoría contrarrevolucionaria de la fusión pueblo-ejército como fórmula para la revolución nacional antiimperialista y popular. La realidad es que el bonapartismo militar ha sido el sistema más beneficioso para la burguesía y el imperialismo y más perjudicial a los intereses populares y de la nación.

Naturalmente, que entre estos dos sistemas no hay una muralla infranqueable, que ambas formas de dictadura capitalista se entrecruzan y se combinan y que a veces el paso de una a otra se ha dado en forma gradual.

La primera experiencia peronista nacida de un golpe de estado típicamente bonapartista, con la importante característica especial de apoyarse no sólo en las FF.AA., sino también en amplias masas obreras en proceso de sindicalización, pasó gradualmente a formas parlamentarias en el curso de la primera presidencia de Perón.

A partir de 1952, la crisis económico-social comenzó a manifestarse en forma aguda llevando al agotamiento el intento justicialista. La burguesía exigió mayores sacrificios de las masas, exigió al gobierno que ampliara los márgenes de explotación capitalista eliminando las concesiones de la época de bonanzas, y aunque el gobierno intentó satisfacer esas demandas un fuerte sector militar se impacientó, consideró débil e ineficiente al gobierno peronista, y protagonizó el golpe de estado de 1955.

La dictadura "Libertadora" encontró en las masas enorme resistencia armada y no armada, concretada en grandes huelgas obreras y en un incipiente y masivo accionar armado urbano. Resistencia muy difícil de vencer militarmente que llevó a la necesidad de dar paso nuevamente al parlamentarismo en 1957, previo acuerdo de la dictadura con los políticos burgueses que habrían de sucederle, para exterminar en conjunto la resistencia popular. Así subió Frondizi agitando mentirosamente un programa progresista que engañó a amplios sectores de masas, y que naturalmente no cumplió en lo más mínimo desde el gobierno.

Pero nuevamente la presión de las masas fue muy grande. Saliendo rápidamente de la confusión nuestro pueblo intensificó la lucha reivindicativa y política, enfrentó activamente los planes capitalistas de superexplotación, continuó el accionar armado y urbano y agregó una intentona rural, que fue derrotada al no llegar a constituir sólidas unidades, y desbarató el plan frondicista de estabilización política en las elecciones a gobernadores de marzo de 1962 imponiendo en Buenos Aires un gobernador obrero (Framini) que aunque no era revolucionario, resultaba inaceptable para la burguesía en esos momentos.

Nuevamente la burguesía se alarmó. Ante la crisis, consideró que el frondicismo era incapaz de contener a las masas, y se lanzó -con Guido- a un nuevo intento bonapartista completamente inconsistente por la ausencia de líderes y de organización en las fuerzas armadas. Esta debilidad de los militares los obligó a ceder nuevamente terreno al parlamentarismo y se concretaron las elecciones presidenciales de 1964 que llevaron al poder al radicalismo de Illía.

La continuidad e intensificación de la movilización política y reivindicativa de nuestro pueblo, particularmente de la clase obrera, quitó todo margen de maniobra a este gobierno populista, deseoso de hacer

algunas concesiones a las masas y dispuesto a dar tímidos pasos progresistas, pero sin herir e irritar a las clases dominantes, cuestión a todas luces irrealizable en las condiciones de profunda crisis económica en que se debatía el país. Ante exigencias de los militares Illía terminó lanzando la represión, sin conformarlos y sin lograr evitar un nuevo golpe bonapartista.

Esta vez los militares habían realizado previamente una profunda reorganización política de la FF.AA. que las consolidó como el principal partido político de la burguesía. Bajo el liderazgo de Onganía apoyado unánimemente por la burguesía, incluido el peronismo y la burocracia sindical, las FF.AA. contrarrevolucionarias presentaron un ambicioso plan "revolucionario" destinado a restituir el orden, aplastar las luchas obreras, garantizar grandes ganancias a las empresas monopolistas y avanzar así a una trascendente modernización de la estructura capitalista que lograra estabilidad y desarrollo.

LA DICTADURA DE ONGANÍA

El golpe militar de Onganía tuvo una particularidad que es muy importante señalar. Fue esencialmente un golpe preventivo, dirigido a cortar en su raíz el vigoroso surgimiento de nuevas fuerzas revolucionarias. Las luchas del proletariado argentino habían alcanzado un elevado nivel. Varios paros generales, miles de ocupaciones de fábricas, constantes manifestaciones callejeras y un nuevo intento guerrillero rural que, aunque fracasado rápidamente fue visto con gran simpatía por el pueblo. Temeroso ante el auge de la lucha de masas y los avances logrados en la conciencia y organización populares, el Partido Militar suprimió todas las libertades democráticas, dictó una bárbara ley anticomunista, lanzó violenta represión contra toda movilización obrera y popular ilegalizando sindicatos, encarcelando dirigentes y activistas, ordenando hacer fuego contra ciertas manifestaciones callejeras. Santiago Pampillón e Hilda Guerrero de Molina fueron los primeros mártires del pueblo caídos bajo las balas asesinas de la Dictadura. Aunque las masas reaccionaron inmediatamente y resistieron activamente las principales medidas antipopulares iniciales de la Dictadura, el enemigo logró victorias tácticas aplastando con métodos de guerra civil las principales huelgas de los primeros meses (estudiantes, azucareros, portuarios). Debido a ello, declinó la movilización de masas a lo largo de 1967 y 1968.

Pero este relativo paréntesis de la lucha popular fue llenado por profundos cambios en la mente y el corazón de nuestro pueblo. Ante la barbarie militar y el estado de indefensión popular, comenzó a cundir entre los argentinos el convencimiento de que a la violencia de los explotadores y opresores había que oponer la justa violencia popular. Este trascendental avance ideológico fue fecundado por la epopeya del Comandante Guevara, vivida como propia por amplios sectores de nuestro pueblo.

Abrumado por la opresión y la explotación y en proceso de despertar político e ideológico, el pueblo argentino acumuló odio a la Dictadura, decisión de luchar con nuevos métodos más contundentes. Todas estas energías contenidas estallaron a lo largo y a lo ancho del país, en una inmensa movilización de masas sin precedentes en nuestra patria, iniciada en Corrientes en mayo del '69 como respuesta al asesinato del

estudiante Cabral. Córdoba, Tucumán, Salta, Rosario, las principales ciudades del país, fueron conmovidas entre mayo y setiembre de 1969 por formidables movilizaciones antidictatoriales de las masas.

Fue el principio del fin del Onganiato. La Dictadura Militar quedó herida de muerte por las movilizaciones del '69. En junio de 1970 Onganía fue destituido y reemplazado por Levingston. La lucha popular se intensificó; surgió impetuosa la guerrilla urbana, y el virrey Levingston cayó del gobierno tan bruscamente como había ascendido.

A partir del Cordobazo, a partir de mayo de 1969, la lucha antidictatorial del pueblo argentino adquirió considerable fuerza y efectividad. La aparición de la guerrilla urbana en la lucha de clases argentina, como fuerza organizada y efectiva, capaz de golpear con dureza al régimen y sus personeros, dio una nueva tónica a la lucha popular. Comenzó a abrir una estrecha senda hacia el poder obrero y popular, a mostrar la posibilidad de encontrar un camino para escapar al enmarañado cerco construido por la burguesía con engaños y violencias, en el que las clases dominantes han mantenido encerrado a nuestro pueblo durante decenas de años. La llama de la guerra popular como estrategia para la toma del poder, como camino de la revolución nacional y social de los argentinos fue encendida en este período, y aunque débilmente, comenzó a arder ya sin interrupciones. Por primera vez una posibilidad auténtica de avanzar hacia la solución de los gravísimos problemas de nuestra patria y de nuestro pueblo, se presentó ante los ojos de los trabajadores argentinos. Ello llenó de entusiasmo y confianza a las masas y el auge de la lucha popular adquirió una profundidad y firmeza nunca vistas, ante el pánico de la burguesía.

Fue entonces que el partido militar decidió retirarse en orden del escenario político. Al borde de la desesperación los militares colocaron a su mejor hombre en la Presidencia. Lanusse estableció contactos inmediatamente con los políticos burgueses, en primer lugar con radicales y peronistas, y con su asesoramiento, a través de Mor Roig, planificó una hábil estrategia defensiva para retirarse convocando en abril de 1971 al Gran Acuerdo Nacional de la burguesía.

Decía nuestro Partido en abril de 1971:

“El golpe militar que destituyó a Levingston señala los últimos pasos de la Dictadura Militar. La aventura emprendida en 1966 por los militares llega a su término en medio de la más profunda crisis. En el transcurso de los casi cinco años que lleva, el gobierno militar ha sido incapaz de estabilizar la economía burguesa y sus medidas promonopolistas le han valido no sólo el odio de los trabajadores y el pueblo, sino también constantes roces con otros sectores de la burguesía. El estallido popular de Córdoba fue el golpe de gracia para la deteriorada imagen de la Dictadura.

La movilización obrera y popular del 15 de marzo tuvo como características especiales la inocultable simpatía demostrada por las masas hacia los movimientos armados, la existencia de direcciones clasistas en importantes gremios, el desprestigio de la burocracia y su evidente incapacidad para canalizar la protesta popular por caminos pacíficos. La creciente actividad de la vanguardia armada, que empalmó en ese proceso, donde las masas tomaron como suyos sus emblemas, fue otra característica, tal vez la más importante del segundo cordobazo. La posibilidad de la concreción en un futuro inmediato de un vuelco masivo del proletariado a la guerra revolucionaria, liderada por esa vanguardia forzaron a las FF.AA. a dar el golpe que liquidara la política de Levingston,

simple continuación de la de Onganía, para intentar una nueva salida. Este golpe de timón de la Dictadura Militar ahora materializada en la figura de Lanusse, es un retroceso de parte de la misma. Jaqueada por las explosivas protestas masivas de la clase obrera y el pueblo y por el desarrollo de la guerra revolucionaria, la Dictadura se repliega y comienza a hacer concesiones.

Con ello se abre un nuevo panorama en el proceso de las luchas populares”³.

“Conscientes de la gravedad de la crisis del capitalismo argentino, temerosos ante la enérgica reacción popular y el surgimiento de organizaciones guerrilleras íntimamente unidas a las masas, la camarilla militar gobernante recurrió al GAN, a una propuesta de acuerdo con los distintos partidos políticos burgueses y pequeño-burgueses, para asentar en esta base social amplia, su política contrarrevolucionaria de represión brutal a los brotes guerrilleros y a la vanguardia clasista, elementos principales de la guerra popular de larga duración iniciado en nuestra patria”. “La camarilla de Lanusse comprende que para que esa maniobra cuaje, necesita de la participación, del apoyo de todos los sectores con arraigo popular, principalmente el peronismo. De ahí los coqueteos con la Hora del Pueblo y el ofrecimiento a Perón de permitir su retorno, devolver el cadáver de Evita y otras concesiones con las que pretenden llegar a un acuerdo, incorporar al peronismo a su política contrarrevolucionaria”. “El Gral. Perón manifiesta que no se prestará a las maniobras dictatoriales, pero al mismo tiempo, en los hechos, con el apoyo abierto brindado al paladinismo y a Rucci, a la Hora del Pueblo y a la burocracia sindical traidora, entra en esa maniobra, favorece objetivamente los planes de la dictadura, contribuyendo a confundir a amplios sectores populares que, hartos de los militares, están dispuestos a aceptar un nuevo gobierno parlamentario burgués, el retorno a escena de los politiqueros que hace 5 años repudiara masivamente”⁴.

En definitiva el GAN, como se demostró posteriormente, fue una hábil maniobra de la burguesía para contener con el engaño el formidable avance revolucionario de nuestro pueblo, engaño que consistió en un nuevo retorno al régimen parlamentario, esta vez bajo el signo peronista, mediante un proceso electoral completamente controlado por las clases dominantes. El plan burgués fue una vez más tácticamente exitoso y logró despertar nuevas esperanzas en las masas hacia una salida parlamentaria. Pero ello no le reportó ventaja alguna, como veremos más adelante, por la persistencia e intensificación de la lucha popular en sus diversas manifestaciones.

Sin embargo, es necesario detenernos para analizar las causas de los repetidos éxitos de la burguesía en mantener su dominación de clase pasando del parlamentarismo al bonapartismo militar y viceversa, maniobra repetida reiteradamente.

Desde 1952 el capitalismo argentino vive una profunda crisis económico-social, sometido a la formidable presión de un pueblo combativo que no se resigna a la explotación y el sometimiento, que ha luchado denodadamente en los últimos 22 años. Sin embargo, la burguesía que no logra estabilizar el país en lo económico-social, ha

³ PRT. Resoluciones del CE de abril de 1971 publicadas en el libro del V Congreso pag. 161.

⁴ “Una definición contrarrevolucionaria” Editorial de “El Combatiente” del 29-2-72

tenido éxito hasta ahora en lo político, salvaguardando con hábiles maniobras el poder, resorte decisivo en la lucha de clases.

SIN OPCIÓN REVOLUCIONARIA DE PODER

La razón fundamental por la que pese a la enérgica lucha de nuestro pueblo, las clases dominantes no han visto peligrar su dominación política ha sido la ausencia hasta el presente de una opción revolucionaria de poder que ofreciera a las masas una salida política fuera de los marcos del sistema capitalista.

Hasta ahora la clase obrera y el pueblo argentino no han conseguido darse una fuerza política propia de carácter revolucionario. Por ello ha estado sometido constantemente a la influencia de los partidos políticos burgueses y no ha logrado identificar las distintas engañosas preparadas por la burguesía, cayendo en consecuencia en el error, dando su apoyo de buena fe a sus propios verdugos.

Naturalmente que la burguesía emplea todos sus poderosos medios materiales; la prensa, la radio y la TV; sus agentes en el campo popular; la intimidación y la persecución represivas, el soborno, etc., con el objeto de dividir las fuerzas populares, de impedir a toda costa cualquier avance en la construcción de organizaciones revolucionarias. Naturalmente que la burguesía emplea todos sus recursos en difundir entre las masas toda clase de ideas erróneas, de esperanzas en las soluciones y líderes burgueses tanto políticos como militares. Naturalmente que la burguesía emplea todas sus fuerzas en calumniar al socialismo, en mentir descaradamente para crear temor y desconfianza hacia el poder obrero revolucionario.

Otro factor que contribuye poderosamente a mantener oculta la necesidad de arrebatar el poder estatal de manos de la burguesía, es el rol de las corrientes reformistas y populistas como el Partido Comunista y Montoneros, por ejemplo, que desde el campo del pueblo y por tanto escuchados con interés por las masas, difunden también falsas esperanzas apoyando sin rubores a uno u otro dirigente de la burguesía pretendidamente "progresista", perdiéndose en el laberinto de la lucha interburguesa y desviando tras de sí a sectores de las masas, lejos del verdadero camino revolucionario, el camino de la lucha consecuente y constante por la toma del poder.

Debido a estos factores, a la debilidad de las fuerzas revolucionarias, al hábil trabajo contrarrevolucionario de la burguesía, y a las erróneas ideas sostenidas y practicadas por ciertas corrientes del campo popular, la burguesía ha podido maniobrar con tranquilidad en el campo político, durante los últimos 22 años de crisis económico-social, pasar sin mayores dificultades del parlamentarismo al bonapartismo y de vuelta del bonapartismo al parlamentarismo, confundir con estos movimientos al pueblo y mantener sólidamente el control de todos los resortes del Estado.

Comprender claramente esta cuestión, saber identificar las maniobras y trampas que la burguesía emplea para conservar el gobierno, grabarnos en nuestras mentes y grabar en la mente del pueblo que no hay solución a los problemas de las masas sin despojar del poder a los capitalistas, sin destruir su ejército y su aparato represivo, es la cuestión más vital en el estado actual del proceso revolucionario argentino.

La lucha de nuestro pueblo registra fundamentales avances en los últimos años. Consignas socialistas han sido inscriptas profusamente en distintos programas de lucha de las masas; el sindicalismo clasista recuperó numerosos sindicatos de manos de la burocracia sindical y está a punto de centralizar su actividad nacionalmente; las masas pobres del campo y la ciudad crean y desarrollan ligas campesinas y federaciones villeras; se han fundado y operan prácticamente en todo el país efectivas unidades guerrilleras urbanas y rurales con lo que se dio un paso fundamental en el armamento del proletariado y el pueblo, surgió un pujante movimiento socialista legal y semilegal de características revolucionarias; y finalmente la consolidación, desarrollo y maduración de nuestro Partido, el PRT, señala el camino para la solución del principal problema de toda revolución: la dirección proletaria-revolucionaria de la lucha popular en su conjunto.

Todos estos elementos anuncian que los argentinos estamos hoy día en condiciones de superar el déficit fundamental que hemos señalado, de dotarnos de una opción revolucionaria que nos permita arrancar a las masas de la influencia burguesa y encaminarnos con firmeza hacia la captura del poder, que nos permita dirigir con certeza nuestra lucha hacia la toma del poder hasta voltear a los políticos y militares capitalistas, destruirles su aparato de dominación (ejército, policía, parlamento, etc.), instaurar el poder obrero y popular socialista, y construir un nuevo sistema de gobierno, un nuevo estado, basado en la movilización y participación de todo el pueblo para aplastar definitivamente hasta la última resistencia del capitalismo y edificar el justo régimen socialista.

TERCER GOBIERNO PERONISTA

Triunfantes en las elecciones generales del 11 de marzo, Héctor Cámpora y Vicente Solano Lima, candidatos del FREJULI a Presidente y Vice Presidente, dirigieron sus primeros pasos políticos a contener las actividades revolucionarias y la lucha de masas en general sobre la base de vagas y rimbombantes promesas de cambios “revolucionarios”. Surgido de una campaña electoral pro socialista y pro guerrillera, el gobierno peronista de Cámpora se propuso iniciar su gestión con algunas concesiones secundarias a la izquierda peronista y una apertura internacional hacia los países socialistas que le diera un barniz “revolucionario”. Dentro de esas concesiones estaban comprendidas algunas leyes reclamadas prioritariamente por las masas, en primer lugar la amnistía a los combatientes y la derogación de la legislación represiva. Pero el propósito del gobierno peronista era otorgar una amnistía gradual, parcial y condicionada, que comenzara poniendo en libertad a los combatientes peronistas y condicionara la de los guerrilleros marxistas a la aceptación de la tregua por parte del ERP. La dirección burguesa y burocrática del peronismo, entusiasmada por los 6 millones de votos obtenidos confiaba irracionalmente en que nuestro pueblo sería engañado con facilidad y suspendería su lucha, seguiría la orientación formulada “del trabajo a la casa y de la casa al trabajo”. El mismo 25 de mayo las masas hicieron trizas todos esos planes lanzándose a la calle y obligando con el “devotazo” a la inmediata liberación de todos los combatientes.

Desde ese momento ya se vio que el triunfo táctico obtenido por la burguesía en el proceso electoral, tras una laboriosa preparación no

serviría para contener la lucha de masas, aislar a la guerrilla y a la vanguardia clasista, para destruirlas, y abrir así posibilidades de recuperación capitalista, objetivos inmediatos centrales de la burguesía argentina y el imperialismo yanqui.

A partir del 25 de mayo las masas ganaron la calle, obtuvieron nuevos triunfos contra la burocracia sindical, enfrentaron con energía a las patronales y se movilizaron para exigir distintas soluciones al gobierno que habían elegido con sinceras esperanzas. Este auge de masas favorecido por la libertad conquistada, abrió un ancho cauce para el desarrollo de las organizaciones progresistas y revolucionarias. Particularmente las organizaciones armadas peronistas FAR y Montoneros evidenciaron un impetuoso crecimiento en el estudiantado y en el movimiento villero, perfilándose como la corriente interna del peronismo de mayor influencia de masas, e iniciando actividades en el proletariado fabril.

La vacilación de las masas pequeño-burguesas y de su vanguardia en el período pre y post-electoral fue muy grande, impresionadas por la masiva propaganda de la burguesía, se inclinaron en general a aceptar el “progresismo y antiimperialismo” del gobierno y a considerar que sus esfuerzos de pacificación y “reconstrucción nacional” es decir de contención de la lucha de masas, serían coronados por el éxito.

En esta situación nuestro Partido adoptó frente al nuevo gobierno una firme línea principista, resistiendo con éxito las presiones burguesas y pequeño-burguesa. Gracias a esa categórica y clara posición, nuestra organización quedó a los ojos de las masas como consecuentemente revolucionaria, fiel defensora de los intereses proletarios y populares, libre de todo rasgo oportunista. Gracias a esa clara posición, que denunciaba sin ambages las intenciones contrarrevolucionarias del peronismo gobernante y anticipaba con acierto los rumbos antipopulares que seguiría el nuevo gobierno, nuestro Partido conquistó la confianza de amplios sectores de masas, aquellos a los que llegó nuestro pronunciamiento resumido en la declaración “RESPUESTA AL PRESIDENTE CÁMPORA” distribuida profusamente en las principales concentraciones obreras y populares. Nadando contra la corriente, el PRT y ERP crecieron con consistencia y homogeneidad centrando sus esfuerzos de construcción en el proletariado fabril.

En oposición al crecimiento de las fuerzas populares, el ala fascista del peronismo encabezada por López Rega comenzó a desarrollar intensa actividad con el Ministerio de Bienestar Social como centro operativo. Organizando rápidamente bandas parapoliciales, los fascistas prepararon un furibundo ataque a las fuerzas de izquierda que se concretó el 20 de junio en Ezeiza. El día del regreso de Perón las bandas fascistas, bajo la jefatura inmediata de Osinde, tendieron una impresionante emboscada a las columnas de la izquierda peronista que concurrían desprevenidas al recibimiento de su líder. Decenas de muertos y heridos fue el saldo de este criminal ataque, punto de partida de una ofensiva general del peronismo burocrático para desalojar a la izquierda de las posiciones conquistadas en el gobierno, en lo inmediato, e intentar la destrucción total de las organizaciones armadas peronistas FAR y Montoneros y corrientes afines.

El paso siguiente fue el desplazamiento de Cámpora, Righi, Puig, Vázquez, de todos los funcionarios sensibles a la presión de las masas, mediante el autogolpe contrarrevolucionario del 13 de julio. Si bien desde su asunción con Cámpora el gobierno peronista había mostrado una clara

orientación burguesa y proimperialista, materializada en el pacto social y otras medidas antipopulares, a partir del 13 de julio, con el interinato de Lastiri, tomó un franco cauce derechista.

El comienzo de un formidable despliegue de las fuerzas progresistas y revolucionarias de nuestro pueblo, amparado en la legalidad y democracia conquistadas, llenó de preocupación y temor al conjunto de la burguesía. La dirección burguesa y burocrática del peronismo, interpretando fielmente las inquietudes de su clase, decidió intervenir rápidamente con el auxilio y apoyo activo de toda la clase capitalista. El autogolpe del 13 de julio estuvo dirigido en consecuencia, a frenar el crecimiento de las fuerzas progresistas y revolucionarias, a impedir la acumulación de fuerzas en el campo popular.

Por eso podemos afirmar categóricamente que la brusca caída de Cámpora, quien no alcanzó a estar dos meses en el gobierno, marca la crisis del intento peronista de contener la lucha popular con una política centrada en el engaño.

Desde el mismo 25 de mayo se vio que nuestro pueblo no acataría tregua alguna y que por el contrario se lanzaría con renovados bríos a defender sus intereses con la movilización y el accionar armado. La conciencia de ese fracaso llevó al peronismo burgués a cambiar su táctica y plantearse enfrentar a las masas teniendo como eje la represión armada. Lastiri tomó las riendas del gobierno decidido a “hacer tronar el escarmiento”, con la esperanza de golpear duro y con eficacia. Colocó con ese fin al General Iñiguez a la cabeza de la Policía Federal, ubicó en las policías provinciales a ciertos personajes como García Rey en Tucumán, y ordenó golpear sin contemplaciones, policial y parapolicialmente, contra todas las fuerzas progresistas y revolucionarias.

Esta política de fuerza mostró también su impracticabilidad rápidamente. La lucha popular no sólo no cesó sino que se intensificó y los intentos represivos fueron frenados en seco. Tal es el caso de Tucumán donde el fascista García Rey que se atrevió a detener numerosos compañeros para atemorizar a las masas, en octubre de 1973, fue enfrentado exitosamente por la movilización popular que logró la libertad de todos los detenidos y obligó a la separación de García Rey. Esta reacción del pueblo tucumano llamó a la realidad al gobierno peronista y lo obligó a ser más respetuoso y cuidadoso.

De todas maneras la orientación represiva gubernamental se mantuvo desde entonces dando origen a distintas medidas, a la promulgación de una nueva legislación represiva más brutal aún que la de la dictadura militar, al encarcelamiento de gran cantidad de combatientes y activistas de los cuales más de un centenar sufren prisión en estos momentos en las cárceles de la burguesía; al apaleamiento y hasta el baleamiento de manifestaciones con el saldo de numerosos muertos y heridos.

Pero esta nueva política, lejos de contenerla, exacerbó la lucha de nuestro pueblo. Las manifestaciones continuaron, las huelgas continuaron, las operaciones guerrilleras continuaron. Todas las amenazas y medidas represivas que tomó el gobierno después de la nueva elección presidencial de los siete millones de votos, no lograron atemorizar al pueblo ni detener su lucha. Inútiles fueron los discursos amenazantes, inútiles las designaciones de torturadores y asesinos como Villar y Margaride, inútiles los gigantescos operativos policiales. Las fuerzas progresistas y revolucionarias se afirmaron, se consolidaron,

aceleraron su desarrollo y dieron efectivas y demoledoras respuestas en todas las formas de lucha.

No sólo en el terreno democrático el gobierno peronista tomó claramente una dirección antipopular. La política económica y social siguió desde el 25 de mayo una coherente línea proimperialista y promonopolista. La ley de inversiones extranjeras favorece al capital imperialista; la política de exportación favorece al capital imperialista; la política de carnes favorece a los grandes ganaderos, la proyectada ley del petróleo favorece a las compañías multinacionales. Pese a que la economía de nuestra patria está dominada por el capital extranjero este gobierno supuestamente "antiimperialista" no tomó ninguna medida para corregir esta situación.

La política internacional en cambio registra una notable apertura hacia el campo socialista y particularmente hacia la revolución cubana. Este hecho, positivo en sí, en cuanto constituye un retroceso del imperialismo yanqui y del capitalismo latinoamericano frente a la firmeza de Roca del primer estado socialista de nuestro continente, no es extraño ni opuesto a una política burguesa coherente, no se sale de los marcos de una política burguesa.

Durante más de 10 años, el imperialismo yanqui y sus socios menores, las burguesías latinoamericanas, aplicaron una feroz política de aislamiento a la revolución cubana. Total bloqueo comercial, ruptura de relaciones diplomáticas, fueron las armas empleadas por la contrarrevolución para aislar a Cuba de los demás pueblos latinoamericanos. Pero superando todas las dificultades el pueblo cubano, bajo la correcta dirección de su Partido y del Comandante Fidel Castro, contando con la insustituible ayuda del campo socialista, avanzó exitosamente en la consolidación de su revolución, en la edificación del socialismo, demostrando en los hechos que un pueblo unido y organizado, claro en sus objetivos revolucionarios, determinado a vencer las peores dificultades, es capaz de triunfar frente a agresiones, bloqueos y aislamientos.

Ante la consolidación definitiva de la revolución cubana, el imperialismo yanqui y las burguesías latinoamericanas tienden a cambiar de línea, a suspender el bloqueo y reanudar relaciones diplomáticas. En esa nueva línea general abre el camino la burguesía argentina. En cuanto a la actitud frente a la Unión Soviética, China, y demás países socialistas no difiere sustancialmente de la que aplicaron los gobiernos anteriores, incluida la dictadura militar.

En síntesis, la política internacional del gobierno es una política burguesa realista, de coexistencia pacífica, similar a la que vienen aplicando desde hace años la mayoría de los países capitalistas, que en cuanto favorece al desarrollo del comercio es también beneficiosa para los países socialistas. Es más, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que esa política coincide con la orientación general del imperialismo yanqui, que respecto a Cuba ya ha perdido las esperanzas de impedir la consolidación del socialismo en la heroica isla y tiende a conformarse con intentar neutralizar su influencia revolucionaria en el continente.

No cabe ninguna duda entonces que la política del gobierno peronista corresponde claramente a una estrategia contrarrevolucionaria, antipopular y antinacional tal como lo entiende nuestro pueblo que a partir de principio de este año, dirige ya con decisión su lucha contra la política gubernamental.

Este carácter reaccionario y represivo del gobierno peronista se ha acentuado a partir de la consolidación del ala fascista de López Rega. Sin diferenciarse en la política económica, coexistían en el gobierno dos alas que después de la muerte de Perón intentaron desplazarse mutuamente. Por un lado el ala fascista encabezada por López Rega que impulsa un proyecto político de basar la “reconstrucción nacional” en un estado policial.

López Rega, admirador confeso de Hitler, Mussolini y Franco, opina que la única forma de salvar al capitalismo argentino, es aplastando militarmente a las fuerzas revolucionarias y estableciendo un sistema masivo de control policial y represión que impida cualquier resurgimiento de luchas populares y actividades revolucionarias.

Por otro lado el ala Gelbard, prefería luchar contra las fuerzas revolucionarias con habilidad, intentando el aislamiento político de la guerrilla y el sindicalismo clasista y las demás fuerzas consecuentemente clasistas y revolucionarias. La línea Gelbard tendía a ampliar la base social del gobierno incorporando más activamente al radicalismo, al reformismo, particularmente al Partido Comunista e incluso a Montoneros, servirse de ellos para contener la lucha de masas y lograr la ansiada estabilidad política que haga posible serios intentos de recuperación capitalista.

Ambos proyectos son irrealizables a corto y mediano plazo. La lucha de clases argentina se agudiza día a día y se encamina a grandes choques de clase, a una situación revolucionaria. El proletariado y el pueblo han iniciado en 1969 un proceso de guerra revolucionaria en respuesta a la explotación y a la opresión burguesa y ese proceso no se detendrá a corto ni mediano plazo. El plan fascistoide de López Rega, que finalmente se impuso y se está aplicando, es irrealizable porque la fuerza del movimiento de masas no admite hoy día ninguna posibilidad de establecer con éxito un gobierno policial. El plan de Gelbard -quien capituló ante López Rega y abandonó a sus aliados- era también irrealizable porque gracias a las recientes experiencias y al peso adquirido por la vanguardia revolucionaria no hay posibilidades ahora que nuestro pueblo pueda ser engañado.

PROMESAS VERSUS REALIDADES

Al votar masivamente por el peronismo en las elecciones del 11 de marzo y del 23 de setiembre, el pueblo argentino votó por un programa progresista estructurado en torno a la consigna “Liberación o Dependencia”, caballito de batalla de la campaña electoral del FREJULI. Es así que nuestro pueblo esperaba que el gobierno peronista emprendiera un camino de soluciones antiimperialistas y revolucionarias y esperaba una actitud firme ante los odiados militares, de quienes se descontaba su oposición a cualquier medida progresista. Es así que desde el mismo 25 de mayo el pueblo argentino se moviliza enérgicamente contra los militares, por la liberación de los combatientes, contra las empresas y la burocracia sindical.

Todas las esperanzas de los argentinos fueron defraudadas progresivamente en corto tiempo. Las primeras definiciones y medidas gubernamentales mostraron que los imperialistas no serían tocados. Y a partir del 20 de junio fue evidente que el gobierno haría todo lo posible por destruir las fuerzas revolucionarias de nuestro pueblo.

No podría ser de otra manera ya que se trata de un gobierno burgués, dispuesto a defender incondicionalmente los intereses del conjunto de la burguesía.

Un gobierno que no sólo debe evitar cualquier daño al gran capital, en primer lugar al gran capital extranjero, sino que tiene como misión proporcionar condiciones para aumentar las ganancias capitalistas. Toda su verborragia “popular”, todas sus promesas “antiimperialistas” fueron y son en realidad cínicas mentiras para engañar a las masas.

Esta nueva experiencia nos enseña que no debemos esperar que los representantes de las clases explotadoras solucionen los problemas del pueblo. Naturalmente que como políticos prometerán cualquier cosa y disfrazarán sus verdaderas intenciones, incluso de palabra pueden pronunciarse contra el capitalismo y por el socialismo, pero serán siempre fieles a su clase, estarán controlados por ella y harán lo imposible para mantener y consolidar su predominio y sus ganancias. Aún en el supuesto que un determinado dirigente burgués, pongamos por ejemplo un alto dirigente peronista o radical, o un militar de alta graduación se convenciera sinceramente pasándose a la causa popular (lo que es muy pero muy difícil por no decir imposible), ese dirigente se vería imposibilitado de concretar ninguna solución porque inmediatamente sería enfrentado y desplazado por su propio partido, por los militares, por su propia clase.

Las soluciones a los problemas del pueblo y de la patria, que son soluciones profundamente revolucionarias sólo pueden provenir de un nuevo poder obrero y popular revolucionario, que gobierne sin ataduras, sin otro control que el de la masa del pueblo y sus organizaciones revolucionarias, que se apoye en la movilización popular y realice sin dilaciones los profundos cambios que la Argentina necesita.

REFORMISMO Y POPULISMO

La lucha por el poder obrero y popular, por el socialismo y la liberación nacional, es inseparable de la lucha contra el populismo y el reformismo, graves enfermedades políticas e ideológicas existentes en el seno del campo popular. El populismo es una concepción de origen burgués que desconoce en los hechos la diversidad de clases sociales; unifica la clase obrera, el campesinado pobre y mediano, la pequeña burguesía y la burguesía nacional media y grande bajo la denominación común de pueblo. Al no diferenciar con exactitud el rol y posibilidades de estas diversas clases, tiende constantemente a relacionarse, con prioridad, con la burguesía nacional y a alentar ilusorias esperanzas en sus líderes económicos, políticos y militares, incluso en aquellos como Gelbard, Carcagno o Anaya, íntimamente ligados a los imperialistas norteamericanos. La corriente popular más importantes gravemente infectada con la enfermedad populista, es Montoneros. Su heroica trayectoria de lucha antidictatorial se ha visto empañada por la confianza en el peronismo burgués y burocrático, que ha causado grave daño al desarrollo de las fuerzas progresistas y revolucionarias en nuestra patria.

Con el profundo y sincero aprecio que sentimos por esa organización cimentado por la sangre de nuestros héroes comunes que se entremezclara en Trelew, pensamos que es obligación de todo revolucionario dar con franqueza la lucha ideológica, reflexionar en conjunto sobre la experiencia de su apoyo a Perón y al peronismo

burgués y combatir las latentes expectativas en Carcagno, Gelbard u otros líderes de las clases enemigas. A partir de su inevitable ruptura con el peronismo burgués y burocrático que ha comenzado a concretarse definitivamente en las últimas semanas, Montoneros tiende y tenderá cada vez más a retomar lazos con las organizaciones progresistas y revolucionarias, entre ellas con nuestro Partido. Tiende y tenderá cada vez más a reintegrarse a su puesto de combate, a enfrentar con las armas en la mano, al gobierno y las fuerzas policiales y militares de la burguesía y el imperialismo. Pero ello no implica un cambio de fondo en la concepción populista. De ahí que al mismo tiempo que saludamos la nueva orientación Montonera, estamos convencidos de la necesidad imperiosa de combatir intensamente la enfermedad ideológica y política llamada populismo para exterminarla definitivamente del campo popular, principalmente de Montoneros, la más afectada por esa temible enfermedad burguesa.

Cuando a principios de 1973 la dirección de FAR caracterizó entusiasmada al Gral. Perón como líder revolucionario y calculó que el gobierno peronista, denominado por ellos gobierno popular, llevaría adelante una política consecuentemente antiimperialista y pro-socialista, nuestra organización planteó a estos compañeros:

“Estamos en presencia de un claro plan del enemigo consistente en el acuerdo entre la Dictadura Militar y los políticos burgueses, con el objeto de salvar al capitalismo, detener el proceso revolucionario en marcha. Para ello el conjunto de la burguesía pretende volver al régimen parlamentario y de esa manera ampliar considerablemente la base social de su dominación, reducida estrictamente a las FF.AA. durante el Onganiato, aislar a la vanguardia clasista y a la guerrilla, para intentar su aplastamiento militar. La ambición de la burguesía es detener y desviar a las fuerzas revolucionarias y progresistas en su avance, y llegar a una estabilización paralela del capitalismo argentino. Este plan es irrealizable a corto y mediano plazo porque la crisis económico-social, así como la potencia actual de las fuerzas revolucionarias progresistas, lo impedirán. Sin embargo, el plan enemigo pese a su elementalidad encierra ciertos peligros fundamentalmente el que motiva la presente carta, debido, pensamos a la juventud, debilidad política e inexperiencia de sectores de la vanguardia revolucionaria”.

“...el éxito fundamental que ha comenzado a lograr y que debemos enfrentar con todas nuestras fuerzas, es poner una cuña en las organizaciones armadas, comenzar a tener una influencia cierta en las organizaciones armadas peronistas y en sectores de la juventud peronista, dirigida a detener y desviar su accionar a partir de la consumación de la farsa electoral”.

“Analizando vuestra evolución como organización revolucionaria y basados en el conocimiento surgido de la actividad en común, pensamos que vuestra actitud tiene un significado profundo y que encierra serios peligros para el desarrollo futuro de las fuerzas revolucionarias en nuestro país. Pensamos que la negativa a firmar con nosotros es una concesión de Uds. a las presiones macartistas y derechistas del peronismo burgués, y que es una cara de la moneda que tiene como reverso vuestro apoyo incondicional y activo a los políticos burgueses del peronismo y del integracionismo a los Cámpora, Solano Lima, Silvestre Begnis, etc.”

“ Esto es motivo de honda preocupación para nosotros, no sólo por las trabas que coloca en el desarrollo político militar homogéneo de las

organizaciones armadas, los avances hacia la unidad, sino porque muestra a Uds. en una vacilación inexplicable, ante la posibilidad de suspender las operaciones militares a partir de la instauración del nuevo gobierno parlamentario que planea darse la burguesía”⁵.

Lamentablemente, estas sanas y justas observaciones no fueron escuchadas y la política de FAR-Montoneros se tiñó de apoyo al gobierno contrarrevolucionario y antipopular y de una línea general divisionista en el seno del pueblo, tendiente al irrealizable propósito de aislar a nuestra organización.

Si recordamos hoy esto es porque el enemigo presentará en el futuro una nueva engañifa, posiblemente de tipo peruanista, con Carcagno a la cabeza, por ejemplo, y levantando el programa del FREJULI o quizás otro mucho más radicalizado. Para eludir esa nueva trampa, para rechazar sin vacilación esa nueva patraña, ese nuevo canto del cisne, es imprescindible comprender el error cometido ante el GAN, rectificar esa línea proburguesa, erradicar la enfermedad del populismo.

El reformismo a su vez reniega en los hechos de la vía revolucionaria para la toma del poder, no tiene fe en la victoria de la revolución socialista, desconfía de la capacidad revolucionaria de las masas, y busca en consecuencia, avanzar en la obtención de ciertas mejoras por la llamada vía pacífica, consiguiendo progresivamente que tal o cual sector burgués que denominan “progresista”, acepte concesiones a las masas, el efectivo ejercicio de las libertades democráticas, algunas mejoras en el nivel de vida del pueblo, etc. Pero como enseña el marxismo-leninismo y la experiencia práctica, las libertades y las reivindicaciones hay que arrancárselas a la burguesía con enérgicas luchas.

El Partido Comunista, que es la organización popular más atacada por la enfermedad reformista, roído por ella, desde muchos años atrás, fue inconsecuente y timorato en el período de la lucha antidictatorial, y aunque no adoptó una actitud negativa en los primeros meses del gobierno peronista, abriéndose a un acercamiento con las fuerzas revolucionarias, a partir del 12 de junio, cayó en la capitulación total volcando todo su peso en apoyo del ala Gelbard del gobierno y dando la espalda simétricamente a las fuerzas revolucionarias y a la lucha popular en general. El pacifismo, el temor a la justa violencia revolucionaria, la desconfianza en la potencialidad y capacidad de la lucha de masas, la capitulación ante los líderes burgueses, el cretinismo parlamentario, son las formas de manifestación de la perniciosa enfermedad del reformismo que caracteriza en general la actividad del Partido Comunista, y la política de su dirección, que los lleva en determinados momentos a atacar a las fuerzas y actividades revolucionarias sumándose al coro contrarrevolucionario de la burguesía. En la ineludible lucha ideológica contra el cáncer del reformismo, que afecta al Partido Comunista, no debemos olvidar en ningún momento que todos nuestros esfuerzos deben estar orientados a acercar a estos compañeros a las filas revolucionarias, que se trata de una organización popular compuesta por excelentes compañeros, sinceros luchadores socialistas, que pueden y deben ser librados de la enfermedad reformista.

La elevación del nivel de conciencia de la vanguardia proletaria y una constante prédica clarificadora entre las más amplias masas armarán al proletariado y al pueblo política e ideológicamente para combatir y matar las enfermedades populistas y reformistas, erradicarlas definitivamente del campo popular, y curar a las organizaciones y

⁵ Carta a la FAR enviada en enero de 1973.

compañeros afectados por ellas recuperándolas íntegramente para la causa obrera y popular, la causa de la liberación nacional y el socialismo, la causa de la guerra popular revolucionaria.

SITUACIÓN REVOLUCIONARIA Y DOBLE PODER

Las tendencias de la lucha de clases argentina que se venían marcando cada vez más nítidamente apuntando hacia el fin del proyecto populista, y el comienzo de un período de grandes enfrentamientos de clase, han comenzado a cristalizar a partir del mes de julio de 1974. Perón, líder de masas, pese a su intransigente defensa de los intereses capitalistas conservaba aún alguna influencia sobre sectores de nuestro pueblo. Poseía autoridad, experiencia y habilidad para mantener a flote el desvencijado barco del sistema capitalista en el tormentoso mar de la lucha obrera y popular; y había logrado restablecer trabajosa y precariamente el equilibrio con la maniobra táctica del 12 de junio. Por eso es que su muerte colocó a la burguesía ante la necesidad de adoptar de inmediato definiciones políticas -que explotadores y opresores deseaban postergar aún por unos meses- con la consiguiente agudización de la crisis interburguesa.

Este fenómeno, un notable impulso del auge de las masas, y un fortalecimiento acelerado de las fuerzas revolucionarias, políticas y militares, se combinan para configurar el inicio de una etapa de grandes choques de clases, antesala de la apertura de una situación revolucionaria en nuestra Patria. En otras palabras, entramos en un período de grandes luchas a partir del cual comienza a plantearse en la Argentina la posibilidad del triunfo de la revolución nacional y social, la posibilidad de disputar victoriosamente el poder a la burguesía y al imperialismo.

Pero apertura de una situación revolucionaria, o lo que es lo mismo la existencia de condiciones que hacen posible el derrocamiento del capitalismo y el surgimiento del nuevo poder obrero y popular socialista, que liberará definitivamente a nuestra patria del yugo imperialista y traerá la felicidad a nuestro pueblo trabajador, no quiere decir que ello pueda concretarse de inmediato. Necesariamente se deberá atravesar un período de duras y profundas movilizaciones revolucionarias, de constantes combates armados y no armados, de incesantes avances de las fuerzas revolucionarias, de movilización y efectivo empleo de la mayor parte de los inmensos recursos y potencialidades de nuestro pueblo trabajador. Ese período -que debe contarse en años- será mayor o menor en dependencia de la decisión, firmeza, espíritu de sacrificio y habilidad táctica de la clase obrera y el pueblo, del grado de resistencia de las fuerzas contrarrevolucionarias, y fundamentalmente del temple, la fuerza y capacidad del Partido proletario dirigente de la lucha revolucionaria.

Prepararnos para resolver correctamente los difíciles problemas que han de plantearse en la situación revolucionaria que se aproxima, consiste en analizar objetivamente las características de nuestro país, la experiencia de nuestro pueblo, la dinámica de la lucha de masas, y en esforzarnos por conocer al máximo la experiencia internacional, es decir la forma en que otros pueblos encararon y resolvieron cuestiones similares a las que se nos presentarán.

Configurada una situación revolucionaria, de acuerdo a las enseñanzas marxistas-leninistas, comienza a plantearse en forma concreta, inmediata, el problema del poder, la posibilidad de que el proletariado y el pueblo derroquen a la burguesía proimperialista y establezcan un nuevo poder revolucionario obrero y popular. El momento en que la toma del poder puede ya materializarse es denominada por el marxismo-leninismo crisis revolucionaria, que es la culminación de la situación revolucionaria, el momento del estallido final, momento que debe ser cuidadosamente analizado por el Partido Proletario para lanzar la insurrección armada con las máximas posibilidades de triunfo. Pero entre el inicio de una situación revolucionaria y su culminación en crisis revolucionaria, media un período que puede ser más corto o más largo en dependencia de las características concretas del país. En la URSS la situación revolucionaria se inició en febrero de 1917 y la crisis revolucionaria se presentó en octubre del mismo año.

En España la situación revolucionaria se inició en mayo de 1931 y se prolongó durante 8 años en forma de guerra civil abierta hasta la derrota de las fuerzas revolucionarias. En Vietnam se abrió en noviembre de 1940 y culminó con la toma del poder en agosto de 1945. Los ritmos y plazos del desarrollo de la situación revolucionaria están determinados por distintos factores concretos que hacen al grado de descomposición de la burguesía y al poderío de las fuerzas del pueblo, ocupando un lugar destacado el papel del partido revolucionario.

En el curso de la situación revolucionaria nace y se desarrolla el poder dual, es decir que la disputa por el poder se manifiesta primero en el surgimiento de órganos y formas de poder revolucionario a nivel local y nacional, que coexisten en oposición con el poder burgués. Una forma típica de órganos de poder dual fueron los soviets o consejos obreros y populares que se organizaron durante la Revolución Rusa, consistentes en Asambleas permanentes de delegados obreros, soldados y otros sectores populares, que asumían responsabilidades gubernamentales, en general opuestos a las intenciones del gobierno burgués. De esta forma las fuerzas revolucionarias se van organizando y preparando para la insurrección armada, para la batalla final por el poder para establecer después del derrocamiento de la burguesía un nuevo poder obrero y popular.

Las experiencias de distintas revoluciones, principalmente en China y Vietnam, han ampliado el concepto de poder dual y de insurrección demostrando que una forma de desarrollo del doble poder puede darse con insurrecciones parciales, es decir con levantamientos armados locales que establezcan el poder revolucionario en una región o provincia, las denominadas zonas liberadas. De acuerdo a estas experiencias, el proceso de desarrollo del doble poder en una situación revolucionaria, inseparable del desarrollo de las fuerzas armadas populares, puede surgir como zonas de guerrilla o zonas en disputa para pasar después a bases de apoyo o zonas completamente liberadas y extenderse nacionalmente hasta el momento de la insurrección general.

El desarrollo del poder dual está en todos los casos íntimamente unido al desarrollo de las fuerzas militares del proletariado y el pueblo, porque no puede subsistir sin fuerza material que lo respalde, sin un ejército revolucionario capaz de rechazar el ataque de las fuerzas armadas contrarrevolucionarias.

Naturalmente que estas fundamentales orientaciones del marxismo-leninismo que iluminan con poderosa luz nuestro camino, no debe ser

tomado como un esquema simplista. Es simplemente un poderoso arsenal teórico resultado de decenas de años de experiencias, que debemos tener como punto de referencia para la formulación de nuestra línea, sin olvidar que cada revolución tiene sus particularidades y que el marxismo-leninismo cobra vida y utilidad cuando es aplicado creadoramente a la situación concreta de un proceso revolucionario determinado.

El poder dual puede desarrollarse en el presente en nuestra patria tanto en la ciudad como en el campo, siempre sobre la base de una fuerza militar capaz de respaldar la movilización revolucionaria, y merced al despliegue multilateral de todas las potencialidades de nuestro pueblo, lo que significa necesariamente la dirección del Partido marxista-leninista proletario.

Estamos frente a un enemigo relativamente fuerte, que cae en la impotencia ante la generalización de la movilización; un enemigo hábil, bien armado y entrenado; un enemigo relativamente disperso que adquiere fuerza cuando puede concentrarse; un enemigo brutal y sanguinario; un enemigo cuya fuerza principal, las FF.AA. contrarrevolucionarias, tiene el talón de Aquiles del servicio militar obligatorio, que hace posible un rápido y demoledor trabajo político en la masa de soldados; un enemigo políticamente débil, con serias disensiones internas y enmascarado aún en la "legalidad" parlamentaria.

Contamos con un poderoso y combativo movimiento de masas vertebrado por el proletariado industrial, extendido en todo el país, con experiencia de lucha; contamos con una amplísima vanguardia proletaria inclinada hacia la revolución, ávida de ideas socialistas y deseosa de contar con una sólida organización revolucionaria; contamos con un estudiantado combativo y un campesinado pobre dispuesto a luchar; contamos con fuerzas guerrilleras urbanas y rurales, aún pequeñas pero bien organizadas y relativamente fogueadas; contamos con numerosas y extensas organizaciones de masas que engloban a la mayor parte de los trabajadores del país; contamos finalmente con un aguerrido partido revolucionario que crece y se consolida diariamente, aunque aún está limitado por distintos déficits, fundamentalmente su debilidad numérica y su limitada vinculación con las masas proletarias y trabajadoras en general.

A partir del cordobazo y basándose en experiencias anteriores menores, nuestro pueblo tiende a insurreccionarse localmente, tiende a movilizarse aquí y allá, tomar sectores de ciudades y poblaciones, erigir barricadas y adueñarse momentáneamente de la situación rebasando las policías locales y provinciales.

Por eso podemos afirmar que en Argentina, en un período inicial, el doble poder ha de desarrollarse en forma desigual en distintos puntos del país, es decir que han de surgir localmente formas y órganos de poder obrero y popular, permanentes y transitorios, coexistiendo con el poder capitalista, enfrentándolo constantemente bajo el formidable impulso de la movilización de masas.

FORMAS DEL PODER LOCAL.

El problema práctico que nuestro pueblo debe resolver a partir de la nueva situación, es lograr paso a paso la acumulación de fuerzas necesarias para la lucha final por el poder estatal que debemos arrancar

de manos de la burguesía. Esa fundamental cuestión se resolverá en la situación revolucionaria que comenzamos a vivir, con el desarrollo del poder dual, tanto en su forma general de oponerse a ciertos planes del gobierno burgués e imponer las soluciones obreras y populares a determinadas situaciones en base a enérgicas movilizaciones de masas, llegando de esa manera a la constitución transitoria de órganos de poder a nivel general, como en su forma de poder local, manifestación principal del poder dual, en todo el próximo período, punto de partida sólido para una gigantesca acumulación de fuerzas revolucionarias.

La lucha popular es desigual. Se desarrolla parcialmente, en un lugar de una manera, en otro de otra, en un lugar en un momento en otro en otro momento. Necesitamos que todas esas luchas que se dan en distinto tiempo y lugar y con una fuerza y alcances diferentes, den siempre por resultado un aumento de la fuerza de todo el pueblo, que se vayan acumulando, hasta el momento que sea oportuno lanzar el ataque final, en todo el país y con todas las fuerzas disponibles, para llevar al triunfo la insurrección armada obrera y popular.

Pongamos un ejemplo. En una fábrica grande se inicia una lucha reivindicativa o antiburocrática, que enseguida choca no sólo con la empresa y la burocracia sindical, sino también con la policía, con el Ministerio de Trabajo, en una palabra con el gobierno burgués y sus fuerzas represivas. El sindicato o comisión interna que dirige la lucha, moviliza a todos los trabajadores, gana un primer conflicto y amplía su fuerza. Si esa lucha se mantiene ahí, inevitablemente tenderá a debilitarse porque como es aislada, el enemigo puede combatirla pacientemente. Después de un tiempo, en el curso del cual se dan nuevas movilizaciones, la "santa alianza" enemiga (empresa, burocracia, fuerzas represivas y gobierno), lanza su contraofensiva, y muchas veces, la vanguardia obrera, influida por el espontaneísmo, el populismo, el reformismo, o simplemente por falta de orientación política, es derrotada por no animarse a luchar, a veces, o por dar una batalla desesperada. En cambio actuando correctamente, en el caso que damos como ejemplo hipotético, el sindicato o Comisión Interna clasista, al hacer conciencia de la situación revolucionaria que vivimos, comprenderá que el eje de sus esfuerzos debe dirigirse a acumular fuerzas. De esa manera, ante el primer triunfo, se preocupará inmediatamente para tomar los demás problemas de la población, acercarse a las organizaciones villeras y barriales, a otros sindicatos y comisiones internas, y fundamentalmente participará y alentará a los activistas a participar en la construcción de las fuerzas revolucionarias, las células del PRT, las unidades del ERP, el Frente Antiimperialista.

Ello ha de llevar enseguida al surgimiento de formas de poder local, a encarar la solución soberana de los distintos problemas de las masas locales. Avanzar hacia el desarrollo del poder local primero enmascarado y después abierto como veremos enseguida es el paso que media entre la lucha parcial de masas y la insurrección general, paso que es necesario dar desde ahora en todos los lugares en que sea posible.

Constituir órganos abiertos de poder local no puede ser un hecho aislado ni espontáneo. El enemigo en cuanto tenga conocimiento de que en un barrio, en una localidad o una ciudad el pueblo se ha organizado por sí solo y comienza a resolver a su manera los problemas de la producción, de la salud, de la educación, de la seguridad pública, de la justicia, etc., lanzará con furor todas las fuerzas armadas de que pueda disponer con la salvaje intención de ahogar en sangre ese intento de

soberanía. Por ello el surgimiento del poder local debe ser resultado de un proceso general, nacional, donde aquí y allá, en el norte y en el sur, en el este y en el oeste, comiencen a constituirse organismos de poder popular comiencen las masas a tomar la responsabilidad de gobernar su zona. Esa multiplicidad y extensión del poder local dificultará grandemente las posibilidades represivas y hará viable que unidades guerrilleras locales de pequeña y mediana envergadura defiendan exitosamente el nuevo poder.

La movilización de las masas apunta en nuestro país en esa dirección. La actividad consciente de los revolucionarios hará posible que el proceso de surgimiento y desarrollo del poder local, punto de partida para disputar nacionalmente el poder a la burguesía proimperialista, evolucione armónicamente, exitosamente.

A partir de la lucha reivindicativa está hoy planteado en Argentina, en algunas provincias, en algunas ciudades, en algunas zonas fabriles y villeras, la formación de órganos embrionarios de poder popular. Pero, en general en lo inmediato no es conveniente dar un paso que atraerá rápidamente la represión contrarrevolucionaria. En esos casos puede avanzarse enmascarando hábilmente tras distintas fachadas el ejercicio del poder popular. En una villa, por ejemplo, bajo el enmascaramiento de la Asociación Vecinal, pueden organizarse distintas comisiones que encaren el problema de la salud, de la educación, de la seguridad, de la justicia, de la vivienda, etc., con una orientación revolucionaria, mediante la constante movilización de toda la villa, teniendo como objetivo central la construcción de sólidas fuerzas revolucionarias políticas y militares. En un pueblo de Ingenio Azucarero igual papel podría jugar el Sindicato. Pero esto sólo como pasos iniciales de los que habrá que pasar en el momento oportuno a la organización de una Asamblea o Consejo local que se constituya oficialmente como poder soberano de la población de la zona.

En el campo, donde la presencia directa del estado capitalista es relativamente débil, el desarrollo del poder local será más rápido y más efectivo, en cuanto estará en condiciones de brindar desde el comienzo sustanciales mejoras a las masas. Pero su enmascaramiento será más difícil y recibirá inicialmente los más feroces ataques del enemigo. Establecer órganos de poder local en el campo sólo será posible con el respaldo de unidades guerrilleras medianas capaces de rechazar exitosamente los ataques del Ejército Contrarrevolucionario.

UNIDAD Y MOVILIZACIÓN POPULAR: EL FRENTE ANTIIMPERIALISTA

No hay posibilidades de avanzar sólidamente en el desarrollo del poder local sin constantes avances en la unidad y movilización más amplia de las masas populares. Este es un problema crucial que será resuelto mediante una sabia combinación de avances en la movilización política de masas por abajo con una correcta política de acuerdos entre las distintas organizaciones obreras y populares⁶.

⁶ Remarcamos este doble carácter de la actividad política del Frente Antiimperialista: a) organización, movilización, penetración por la base; b) acuerdos por arriba de organización a organización. Estos dos aspectos están interrelacionados y deben ser armonizados sobre la base del primero que es el principal. Un trabajo revolucionario de Frente Antiimperialista que no eche raíces en las masas no tiene consistencia. Y si no contempla con flexibilidad los acuerdos por arriba retrasa su desarrollo y tiende a

La movilización patriótica y democrática de las más amplias masas del pueblo argentino tiene ya una importancia fundamental. Aprovechando todos los resquicios legales, la lucha democrática, patriótica, antiimperialista, constituye un segundo frente desde el que se hostigará al régimen capitalista-imperialista desplegando con energía la violencia política de todo el pueblo, impulsando la intervención de las más amplias masas en la lucha revolucionaria, garantizando la íntima vinculación de las fuerzas políticas y militares clandestinas con el conjunto del pueblo trabajador, fuente inagotable de recursos morales y materiales para las necesidades de la guerra popular. La unidad y movilización patriótica de todo el pueblo requiere la construcción de una herramienta política orgánica que la centralice, organice, impulse y oriente. Es el Ejército Político de las masas, el Frente Antiimperialista que es necesario organizar en el curso mismo de la movilización, como propulsor y resultado de la intensa actividad política, legal, semilegal y clandestina de las más amplias masas populares.

Este Frente Antiimperialista, a partir de experiencias como la del FAS, debe enraizar orgánicamente en las masas con su política patriótica y revolucionaria, contener en su seno la mas amplia gama de organizaciones representativas, partidos y corrientes políticas socialistas, peronistas, radicales, cristianos, etc., sindicatos y agrupaciones sindicales antiburocráticas, centros y federaciones estudiantiles, uniones, ligas y federaciones campesinas, asociaciones y federaciones villeras y barriales, federaciones de aborígenes, organizaciones juveniles y femeninas, comisiones de solidaridad con los presos, etc. etc.

No es ésta una tarea sin dificultades. Requiere partir de un amplio espíritu unitario, solidario y de servicio incondicional a la causa del pueblo. Pero la heterogeneidad social del Frente Antiimperialista producirá sin duda dificultades y luchas interiores que necesitan un tratamiento paciente y constructivo. Unidad frente al enemigo y lucha ideológica y política en el interior de la alianza, es una característica esencial del Frente Antiimperialista porque desde el momento que agrupa o tiende a agrupar al conjunto del pueblo, a la clase obrera, la pequeña burguesía urbana, el campesinado pobre y los pobres de la ciudad, y en ciertos períodos hasta sectores de la burguesía nacional media, contra el enemigo común, no puede evitarse una aguda lucha de clases en su seno. Pero esta lucha de clases tiene un carácter ideológico y político pacífico, que puede y debe resolverse sin la ruptura de la unidad; es una contradicción no antagónica en el seno del pueblo que puede y debe solucionarse mediante la crítica, la autocrítica y la educación revolucionaria. Sin embargo tiene una importancia capital, porque sólo la hegemonía del proletariado en la conducción del Frente Antiimperialista puede garantizar la persistencia de una correcta línea de movilización de masas y desarrollo del poder local en el marco de la victoriosa política de guerra revolucionaria.

Ese mismo Frente Antiimperialista que debemos construir a partir de la experiencia del FAS y otras organizaciones similares, es quien deberá motorizar la organización del poder local, tomando en sus manos, a partir del consenso popular, la organización de las masas de la zona y la construcción de los consejos o asambleas soberanas con delegados de los distintos sectores de la población. Para ello se requiere pericia, preparación, intercambio de experiencias y un trabajo revolucionario bien organizado que prevea las distintas cuestiones relacionadas, que forme

sectarizarse.

los cuadros necesarios, etc. etc. El Frente Antiimperialista debe reunir y organizar los inmensos recursos de las más amplias masas y colocarlos al servicio de la lucha revolucionaria por el poder, del desarrollo del poder local, hacia la preparación de la victoriosa insurrección general del pueblo argentino.

La unidad y movilización patriótica de nuestro pueblo se agigantará paralela al desarrollo de la lucha reivindicativa de las masas y de la creciente envergadura de las actividades revolucionarias clandestinas políticas y militares. El conjunto de estas luchas, que interrelacionadas constituyen la aplicación de una línea de guerra revolucionaria, permitirán poner de pie a centenares de miles de argentinos que apoyados por millones constituirán una poderosa fuerza revolucionaria capaz de derrotar a los capitalistas, a sus fuerzas armadas contrarrevolucionarias y despojarlos definitivamente del poder. Capaz de establecer un Gobierno Revolucionario Obrero y Popular, de destruir en sus cimientos el sistema de explotación y opresión burgués-imperialista, e iniciar la construcción de la Nueva Patria Socialista, abriendo así un largo período de libertad y felicidad para nuestro querido pueblo.

LA CONSTRUCCIÓN DEL EJERCITO DEL PUEBLO.

Después de más de tres años de combate urbano, nuestro pueblo ha iniciado la construcción de unidades guerrilleras urbanas y rurales estructuradas en una perspectiva de fuerzas regulares. A partir de esa experiencia y de los recursos acumulados, los argentinos estamos hoy en condiciones de avanzar con rapidez en la construcción de un poderoso ejército guerrillero.

En un primer período inmediato que posiblemente lleve varios años, debemos abocarnos a la organización de unidades locales pequeñas y medianas, a nivel de compañía, batallón y regimiento, íntimamente unidas al desarrollo del poder local, capaces de enfrentar triunfalmente, con el apoyo de la población, cualquier ataque de las fuerzas represivas. De esas unidades locales han de surgir en el futuro, las brigadas y divisiones del Ejército Revolucionario del Pueblo regular que respaldará la victoriosa insurrección general del pueblo argentino.

Como parte del ejercicio soberano del poder por el pueblo en determinadas zonas, se crearán milicias de autodefensa obreras y populares que al encargarse progresivamente por sí solas de garantizar efectivamente la defensa de su zona ante los embates represivos, harán posible que las compañías, batallones y regimientos guerrilleros se liberen de sus obligaciones locales y avancen en su transformación en brigadas y divisiones regulares, brazo de acero del pueblo revolucionario. La formación de las milicias de autodefensa, fuente asimismo de combatientes y cuadros militares para las fuerzas regulares, es un problema serio, delicado, que exige una política prudente, reflexiva, consistente. Los espontaneistas, con su irresponsabilidad y ligereza característica gustan plantear sin ton ni son ante cada movilización obrera y popular por pequeña y aislada que sea, la formación inmediata de milicias de autodefensa. Naturalmente que para ellos es sólo una palabra con la que pretenden colocarse a la izquierda de nuestro Partido en el terreno de la lucha armada y no existen riesgos de que lleguen a concretarlo. Pero sectores proletarios y populares de vanguardia, plenos de combatividad, pueden caer bajo la influencia de esta hermosa

consigna y llegar a la formación apresurada de tales milicias exponiéndose y exponiendo prematuramente a sectores de las masas a los feroces golpes de la represión con resultados contraproducentes. Las milicias de autodefensa son parte esencial en el armamento obrero y popular, constituyen sólidos pilares en la edificación de las fuerzas armadas revolucionarias, pero por su amplio carácter de masas sólo pueden surgir de una profunda y total movilización del pueblo en zonas de guerrilla o zonas liberadas.

En la construcción de las fuertes unidades guerrilleras del presente, esfuerzo que se nutrirá del generoso aporte de la clase obrera y el pueblo, tienen responsabilidad fundamental las actuales organizaciones y grupos armados, principalmente nuestro ERP que cuenta con mayor experiencia de combate. Unificar los esfuerzos de edificación guerrillera luchando contra la dispersión, el sectarismo y el individualismo es una tarea que tenemos por delante y que correctamente solucionada facilitará la formación de las unidades necesarias, al centralizar todos los recursos disponibles. Porque construir una fuerza militar como la que necesitamos, más aún en las condiciones de dominación capitalista y frente a un enemigo relativamente poderoso, es una tarea realizable pero difícil y compleja. Es una tarea perfectamente realizable como nos ha demostrado la experiencia al llegar ya a la constitución de compañías que con su logística (servicios) incluyen más de un centenar de combatientes y tienen mayor capacidad de combate que las unidades similares del ejército opresor, y como nos demuestra la gloriosa experiencia vietnamita en que en un país de 15 millones de habitantes frente a un ejército de ocupación de más de un millón de hombres, lograron liberar más del 90 por ciento del país, defender esas zonas liberadas con milicias de autodefensa y construir poderosas divisiones que aniquilaron -sin contar con aviación- a las mejores tropas norteamericanas obligando a retirarse derrotado al ejército contrarrevolucionario más poderoso de la tierra. Pero si bien es posible, requiere grandes sacrificios, enormes recursos y mucha destreza, requiere el aporte decidido de la clase obrera y el pueblo, la unificación de los esfuerzos revolucionarios, una correcta política de masas y una sabia línea militar de masas. En una palabra requiere la activa participación de amplios sectores de la clase obrera y el pueblo, el aporte de distintas corrientes populares y la firme dirección de un partido marxista-leninista de combate.

EL PARTIDO REVOLUCIONARIO DE LOS TRABAJADORES

“Si la guerra de liberación del pueblo vietnamita ha sido coronada por una gran victoria, ha sido gracias a los factores que acabamos de enumerar, pero ante todo porque fue organizada y dirigida por el Partido de la clase obrera: El Partido Comunista Indochino hoy convertido en Partido de los Trabajadores de Vietnam. Fue éste el que, a la luz del marxismo-leninismo, procedió a un análisis certero de la sociedad vietnamita y de la correlación de fuerzas entre el enemigo y nosotros, para definir las tareas fundamentales de la revolución nacional democrática popular y decidir el comienzo de la lucha armada y la línea general de la guerra de liberación: la resistencia prolongada, la libertad por el propio esfuerzo. Resolvió certeramente los diversos problemas planteados por la organización y la dirección de un Ejército Popular, de un poder popular, de un Frente Nacional Unido. Inspiró al pueblo y al ejército

un espíritu revolucionario consecuente e inculcó a toda la nación la voluntad de superar todas las dificultades, soportar todas las privaciones y llevar hasta el fin la larga y dura resistencia”⁷.

Los argentinos contamos también con el núcleo fundamental de un Partido similar, del partido proletario de combate que llevará al triunfo nuestra revolución antiimperialista y socialista. Es el PRT, forjado en nueve años de dura lucha clandestina, antidictatorial, antiimperialista y anticapitalista, que cuenta hoy día con sólida estructura nacional, varios miles de miembros activos, varios centenares de cuadros sólidos, tradición y experiencia de combate, correcta línea política estratégica y táctica, marcadas características y moral proletaria y una profunda determinación de vencer afrontando todos los sacrificios necesarios. Pero nuestro Partido encuentra aún grandes dificultades para cumplimentar eficazmente su misión revolucionaria. Ello se debe principalmente a insuficiencias en la penetración orgánica en el proletariado fabril, débil composición social que alcanza a sólo a un 30 por ciento de obreros fabriles, insuficiente habilidad profesional en la ejecución de las tareas revolucionarias y limitado número de miembros organizados. En el curso de las presentes y futuras luchas del proletariado y el pueblo, nuestro Partido sabrá conquistar la total confianza de la vanguardia obrera y popular, despertar y canalizar la decisión revolucionaria de los mejores hijos de nuestro pueblo para superar sus limitaciones actuales y responder cabalmente a sus responsabilidades, ejecutar con honor su papel de motor, centralizador y dirigente del conjunto de la lucha revolucionaria.

La construcción del PRT, tarea capital de todos los revolucionarios argentinos, principalmente de los obreros de las grandes fábricas, pasa por el desarrollo de las zonas y de los frentes fabriles. Formar células en las grandes fábricas, influir o dirigir la lucha reivindicativa del proletariado, llegar constantemente con hábil propaganda de Partido al conjunto de los obreros fabriles, incorporar y organizar en el Partido decenas de obreros en cada fábrica grande, es el punto de partida actual para el sano e impetuoso desarrollo necesario, para que el PRT esté en condiciones de jugar su rol dirigente y organizador. De las grandes fábricas saldrán el grueso de los principales cuadros y dirigentes de nuestro Partido, como han salido parcialmente hasta hoy.

Como se ve todo este esfuerzo no depende sólo de la constancia y voluntad de nuestros militantes; tienen también enorme responsabilidad los elementos de vanguardia del proletariado, cuya conciencia, fidelidad a la causa y firme determinación serán decisivos en la construcción del Partido que necesitamos. Porque el PRT padece de una gran escasez de cuadros, la disposición de los elementos de vanguardia a organizarse por su propia cuenta es vital para conseguir rápidos avances en la multiplicación de nuestras fuerzas revolucionarias. Cada obrero de vanguardia, cada revolucionario de origen no proletario, cada nuevo compañero que se ligue a nuestra organización, tiene la responsabilidad de aportar lo máximo de sí en su rápida integración y en la construcción de las células de su frente fabril o de su zona.

Con el cálido respaldo de nuestro pueblo y la decidida intervención de la vanguardia obrera y popular, el PRT aumentará sustancialmente sus fuerzas en el próximo período, y se pondrá en condiciones de dar solución en la práctica a los complejos problemas de nuestra revolución.

⁷ Gral. Giap “Guerra del Pueblo, Ejército del Pueblo”, pág. 49.

NUESTRA REVOLUCIÓN TRIUNFARA

En este breve folleto hemos visto como se sostiene la burguesía en el poder utilizando tanto el engaño como la represión, sirviéndose hoy del parlamentarismo, mañana del bonapartismo militar. Hemos visto como en la actualidad, fracasado el intento parlamentario peronista, la burguesía se apresta a intentar un nuevo engaño con un golpe o autogolpe militar de tinte peruanista. Hemos llegado a la conclusión de que debemos lograr a toda costa que nuestro pueblo no vuelva a caer en el engaño y en lugar de abrigar esperanzas en los militares sepa desde el principio que la lucha revolucionaria debe continuar e intensificarse.

Hemos visto más adelante, que estamos ante la apertura de una situación revolucionaria en la cual la lucha por el poder comienza a ser posible. Hemos visto finalmente que el camino para avanzar hacia la conquista del poder por medio de la insurrección armada general del pueblo argentino, pasa por el desarrollo del poder dual, por el poder local en las zonas de guerrillas y zonas liberadas, por la unidad y movilización de todo el pueblo, por la construcción de un Frente Antiimperialista de masas, un poderoso ejército guerrillero y un sólido Partido Marxista-Leninista de combate, el Partido Revolucionario de los Trabajadores.

Estas sencillas y fundamentales conclusiones que iluminan nuestra actividad futura; estas inmensas posibilidades y responsabilidades de la actual generación de revolucionarios argentinos, es una semilla que germinó regada por la generosa sangre de más de un centenar de héroes y mártires caídos en el combate, en la tortura o en el frío asesinato policial y militar. Ellos son la expresión máxima de combatividad y entrega revolucionarios de nuestro pueblo, del heroísmo del pueblo argentino, que ha logrado abrir ya un ancho y seguro camino para el triunfo de la revolución socialista y antiimperialista: el victorioso camino de la guerra popular revolucionaria.

Nos esperan arduas tareas y grandes sacrificios. Hemos de lanzarnos a afrontarlas plenos de determinación revolucionaria, de fe en la capacidad y decisión de nuestro pueblo, de confianza en el seguro triunfo de nuestra revolución. De hoy en más, menos que nunca, no habrá sacrificios vanos, esfuerzos desperdiciados, esperanzas frustradas. Sabemos por qué y cómo combatir, contamos con las herramientas básicas que necesitamos, sólo nos resta afilarlas y mejorarlas incesantemente, ser cada día más hábiles en su empleo, conseguir que nuevos y numerosos contingentes de militantes en todos los puntos del país, utilicen con vigor esas mismas herramientas revolucionarias.

Al igual que en la guerra de la primera independencia los revolucionarios argentinos no estamos solos. La responsabilidad de expulsar al imperialismo yanqui de América Latina y derribar el injusto sistema capitalista es compartida por todos los pueblos latinoamericanos y cuenta con el apoyo y la simpatía de todos los pueblos del mundo. Más no solamente por enfrentar al mismo enemigo estamos hermanados. Nuestro Partido ha llegado ya a la convergencia teórica y práctica, a la unidad, con el MLN Tupamaros de Uruguay, el MIR de Chile, el ELN de Bolivia, en la Junta de Coordinación Revolucionaria.

En la mayor parte de los países capitalistas latinoamericanos sometidos a la dominación del imperialismo yanqui, los pueblos mantienen una lucha enconada y han acumulado valiosas experiencias revolucionarias. Es cierto que se han sufrido dolorosas derrotas en la

mayoría de nuestros países. Pero esas mismas derrotas han sido fuente de profundas reflexiones, de fundamentales aprendizajes, y en el seno de las masas y de sus vanguardias maduran dinámicos elementos que anuncian la generalización de un poderoso auge de luchas revolucionarias en varios de nuestros países, favorecido por la profunda crisis de la economía capitalista latinoamericana.

Tal es el marco en que se libraré la lucha revolucionaria en nuestra patria, enriquecida y apoyada por el desarrollo paralelo de similares experiencias de nuestros hermanos latinoamericanos.

Como San Martín y Bolívar y como el Che, como revolucionarios latinoamericanos, los mejores hijos de nuestro pueblo sabrán hacer honor a nuestras hermosas tradiciones revolucionarias, transitando gloriosamente sin vacilaciones por el triunfal camino de la segunda y definitiva independencia de los pueblos latinoamericanos.

El único camino hasta el poder obrero y el socialismo

Carlos Ramírez [Mario Roberto Santucho]

Sergio Domecg [Oscar Demetrio Prada]

Juan Candela [Félix Helio Prieto]

[FRAGMENTO DEL DOCUMENTO DEL IV CONGRESO PRT DE ARGENTINA, 1968]

Capítulo I EL MARXISMO Y LA CUESTIÓN DEL PODER

A) ALGUNAS TESIS GENERALES SOBRE EL PROBLEMA DE PODER Y LUCHA ARMADA

Comencemos por el principio: ¿cuáles son los requisitos generales que todo marxista revolucionario debe exigir cuando se consideran los problemas de la estrategia de poder y de lucha armada?

1) En primer lugar debemos hacer un análisis de la situación económica capitalista mundial y de la lucha revolucionaria internacional, teniendo en cuenta que la revolución socialista es internacional por su contenido y nacional por su forma. Debemos pasar luego a efectuar un análisis de la situación económica y de la lucha revolucionaria en la región y el país, tomando en cuenta el desarrollo de las fuerzas productivas que nos permitirá tener un primer criterio para establecer las posibilidades de una “verdadera” revolución (si el capitalismo aún puede desarrollar o no las fuerzas productivas), la existencia o no de clases revolucionarias, la relación entre la superestructura política y la estructura social, el desarrollo desigual de la economía y las fuerzas revolucionarias país a país, región a región, etc; y las posibles combinaciones concretas de factores tanto económicos como políticos, etc.

Este análisis nos permite establecer: a) las posibilidades de desarrollo de la revolución y su ritmo desigual en las distintas regiones del mundo y en el país, b) cuál es la clase revolucionaria y sus posibles aliados, c) cuál es la combinación específica de tareas y consignas de la revolución en sus distintas etapas (tareas democráticas, socialistas, nacionalistas, etc.) para cada región y país.

2) En segundo lugar debemos hacer un análisis de la relación de fuerzas entre las clases. Debemos ver el grado de organización y cohesión de las fuerzas sociales contrarrevolucionarias, la complejidad y nivel de su Estado, el desarrollo de la técnica militar y el ejército, sus contradicciones internas, tanto en el orden nacional como internacional. Debemos ver también el grado de organización y fuerza de las clases revolucionarias, su experiencia y conciencia revolucionaria, si han logrado construir un sólido partido revolucionario, si han logrado desarrollar una fuerza militar y las características de esta fuerza (si es poderosa o débil, etc.). Este segundo aspecto, -respecto al cual en general hemos tenido una actitud superficial-, en combinación con el primero nos permitirá

establecer: a) la dinámica futura de la lucha revolucionaria (si será corta o prolongada, si será una guerra nacional o civil o una combinación de ambas, las características que adquirirá la lucha en cada período de acuerdo a las formas específicas de lucha de cada clase y a la relación de fuerzas existente). Es muy importante este análisis ya que de él dependen las tareas y la política que nos demos en cada etapa y nos permite establecer las características de ésta y su estrategia (defensiva u ofensiva, de lucha armada parcial o generalizada, etc.) teniendo en cuenta no sólo las necesidades de la etapa actual, sino la preparación de nuestras fuerzas para la que le sigue; b) las condiciones concretas para la victoria de la revolución que varían de país a país y difieren en cada época histórica.

Resumiendo: para establecer las bases de una estrategia de poder debemos considerar las condiciones que abarcan la situación económica, política y militar de conjunto: en el mundo, en el continente, en la región y en el país. Del estudio de la situación de conjunto podemos formarnos una idea clara de las etapas y fases de la guerra revolucionaria, de las tareas principales y secundarias en cada etapa, de su duración aproximada, de sus características políticas y militares y de la forma y condiciones en que se producirá la toma del poder por la revolución. Todo este conjunto es lo que denominamos estrategia de poder político y militar.

Sin una apreciación justa de la situación de conjunto, -estratégica-, y de las varias fases o etapas que la componen, el partido procederá a ciegas y no podrá dirigir a las masas a la victoria de la revolución. Permanecerá atado a la empiria de lo inmediato, en la convicción de que el éxito estratégico de la revolución es la mera suma aritmética de éxitos parciales tácticos; sin tener en cuenta el factor determinante del resultado de la guerra revolucionaria: la atención que se debe prestar al conjunto de la situación, incluyendo las diversas etapas. Por que la comprensión del conjunto nos facilita el manejo de las partes integrantes del todo, siendo la única posibilidad de no perderse en la visión meramente táctica de las etapas y caer en el aventurerismo o en el oportunismo.

Pasemos ahora al segundo punto de la cuestión: una vez establecida nuestra estrategia, nuestra visión del conjunto de la situación y de las distintas etapas y fases, parciales, se nos planteará el problema de las distintas formas de lucha y de la táctica militar, adecuadas a cada etapa y vinculadas con la estrategia.

Veamos también algunas tesis generales del marxismo para encarar estos problemas:

a) el marxismo revolucionario, a diferencia de todas las otras tendencias políticas, toma en consideración todas las formas de lucha de clases revolucionarias, sin desechar a ninguna. (Los sindicalistas toman solamente la huelga económica aún con la aplicación de "métodos contundentes", los reformistas la lucha legal y parlamentaria, los anarquistas -por lo menos en la época en que existían, el terrorismo, etc.). No las "inventa", las toma del curso general de la lucha revolucionaria "generalizando, organizando e infundiendo conciencia" (Lenin: "La guerra de guerrillas"); b) el marxismo exige que enfoquemos las formas de lucha de acuerdo a las condiciones históricas concretas de la etapa en que vive la revolución y de acuerdo a esas condiciones, determina cuales son las fundamentales y cuales las accesorias (por ej.; en un sentido general: en épocas de auge y estabilidad del régimen

burgués pueden considerarse como formas fundamentales el parlamentarismo y el sindicalismo; en épocas de crisis del régimen burgués, la lucha armada y la insurrección etc.), correspondiendo al partido revolucionario orientar y dirigir a las masas a las formas de lucha más convenientes de acuerdo a la estrategia general del poder y a las características de la etapa; c) el marxismo no se limita a las formas de lucha posibles y existentes en un momento dado, ya que reconoce la inevitable necesidad de formas nuevas de lucha al cambiar las condiciones históricas. Y tomando en cuenta el desarrollo desigual y combinado de la revolución, reconoce que en muchas ocasiones, las formas de lucha necesarias para enfrentar un nuevo período, son tomadas con cierto retraso por las masas debido al peso de inercia de la etapa anterior. La misión del revolucionario entonces, es tratar de difundir y organizar a las masas en las formas de lucha más adecuadas a cada etapa de la revolución.

Sin olvidar, ni por un instante, todos los aspectos mencionados, debemos señalar otro aspecto, que se supedita a la estrategia de poder y a las formas de lucha más convenientes para cada período y que tanto Lenin como Engels “se cansaron de repetir, esforzándose en llevarlo a la comprensión de los marxistas”: “La táctica militar depende del nivel de la técnica militar”. Lenin nos explica prácticamente la aplicación de este principio al señalar: “La técnica militar no es hoy la misma que a mediados del siglo XIX. Sería una necedad oponer la muchedumbre a la artillería y defender las barricadas a tiro de revolver” (todas estas citas son de “Enseñanzas de la insurrección de Moscú”). El partido entonces, también debe desempeñar un papel dirigente para desarrollar las modernas tácticas militares, derivadas del nivel de la técnica militar.

B) EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LA ESTRATEGIA DE PODER Y LUCHA ARMADA EN EL MARXISMO REVOLUCIONARIO

Enunciados ya los principios generales a tener en cuenta para encarar el estudio de la estrategia de poder y de lucha armada, intentemos hacer una reseña histórica que nos permita ver como resolvieron estos problemas, en las condiciones concretas de su tiempo y sus países, los grandes dirigentes y teóricos del marxismo revolucionario.

MARX Y ENGELS

Establecieron una estrategia para la toma del poder por la clase obrera, basada en las condiciones de desarrollo de las fuerzas productivas y de la técnica militar propia de la Europa del siglo pasado. Debemos distinguir dos períodos: sus concepciones hasta 1895 y a la concepción de Engels a partir de 1895. Hasta 1895, para Marx y Engels el problema consistía en que el proletariado, en una acción insurreccional, rápida y violenta, en la que arrastrara tras de sí a las capas intermedias de las grandes ciudades se adueñara de las calles mediante la lucha de barricadas. El fin que se perseguía mediante esta lucha, no era una “victoria como el combate entre dos ejércitos”, lo que sería, según Engels “una de las mayores rarezas” (del “Prologo a la Lucha de clases en Francia de 1848 a 1850”. Engels, 1895) sino hacer “flaquear a las tropas mediante factores morales, que en la lucha entre los ejércitos entre dos

países beligerantes no entran nunca en juego, o entran en un grado mucho menor. Si se consigue este objetivo, la tropa no responde, o los que la mandan pierden la cabeza; y la insurrección vence. Si no se consigue, incluso cuando las tropas sean inferiores en número, se impone la ventaja del mejor armamento y de la instrucción, de la unidad de la dirección, del empleo de las fuerzas con arreglo a un plan y de la disciplina”.

Ellos habían estructurado esta estrategia tomando en cuenta las siguientes consideraciones: 1) el carácter casi exclusivamente obrero y urbano de la revolución, 2) la agrupación de la totalidad de las capas intermedias en torno al proletariado y la juventud y pujanza del socialismo que era identificado con los más románticos ideales del liberalismo, 3) la debilidad de las fuerzas militares y el armamento de la burguesía. (En su época no existía el imperialismo).

Cuando en 1895, Engels hace el balance de las grandes revoluciones obreras habidas en el siglo, hace un replanteo de esta estrategia a la luz de los siguientes cambios producidos -desde que él y Marx la elaboraron hasta este momento-: 1) ya en 1849 “la burguesía se había colocado en todas partes al lado de los gobiernos”; además “una insurrección con la que simpaticen todas las capas del pueblo se da ya difícilmente; en la lucha de clases, probablemente ya nunca se agruparan la capas medias en torno al proletariado de un modo tan exclusivo que el partido de la reacción que se congrega en torno a la burguesía, constituya, en comparación con aquellas, una minoría insignificante. El “pueblo” aparecerá, pues, siempre dividido, con lo que faltará una formidable palanca, que en 1848 fue de una eficacia extrema”; por último “la barricada había perdido su encanto; el soldado ya no veía detrás de ella al pueblo, sino a rebeldes, a agitadores, a saqueadores, a partidarios del reparto, la hez de la sociedad”. 2) el crecimiento de los ejércitos y la preparación especial para la lucha contrarrevolucionaria. 3) el desarrollo de los ferrocarriles que otorgaban capacidad de grandes concentraciones militares en poco tiempo. 4) la aparición del fusil a repetición muy superior a las escopetas de caza, incluso “a las carabinas de lujo de las armerías” y el nuevo trazado de las calles, “largas, rectas y anchas, como de encargo para la eficacia de los nuevos cañones y fusiles”. La conclusión que saca Engels de su propio análisis es la siguiente: “La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de que se trata, porque dan su sangre y su vida”. “Por tanto, una futura lucha de calles sólo podrá vencer si la desventaja de la situación (se refiere a los puntos más arriba enumerados) se compensa por otros factores. Por eso se producirá con menos frecuencia en los comienzos de una gran revolución, que en el transcurso ulterior de ésta y deberá emprenderse con fuerzas más considerables y estas deberán, indudablemente (...), preferir el ataque abierto a la táctica pasiva de barricadas” (los subrayados son nuestros).

Consecuente con este análisis, Engels preconiza la importancia de que la social-democracia europea aproveche la posibilidad de crecimiento que le otorga la legalidad, “la utilización del sufragio universal”, ya que “los socialistas van dándose cada vez más cuenta de que no hay para ellos victoria duradera posible a menos que ganen de antemano a la gran masa del pueblo lo que aquí equivale a decir, los campesinos. El trabajo

lento de propaganda y la actuación parlamentaria se han reconocido también aquí (en Francia) como la tarea inmediata del partido”.

La dirección oportunista de la social-democracia alemana, aprovecho este trabajo de Engels, al que incluso publicó en forma fragmentaria y desfigurada, “escogiendo todo lo que podía servirle para defender una táctica de paz a ultranza y contraria a la violencia”, (carta de Engels a P. Lafargue, del 3 de abril de 1895). No decimos que el trabajo de Engels haya provocado la degeneración reformista de la social-democracia europea; esta degeneración se produjo por causas sociales, pero apoyándose entre otras cosas en él, la social-democracia alemana desarrolló toda su concepción parlamentaria y reformista.

LENIN

Contra el reformismo de la social-democracia, elaboró para las condiciones concretas de Rusia una nueva estrategia de poder, que si bien tomaba elementos de la concepción clásica, difería fundamentalmente de ésta en varios aspectos. Continúa la concepción clásica de poder al considerar que en condiciones concretas de Rusia, la toma de poder se produciría mediante una insurrección general, de carácter obrero y urbano, en la cual la clase obrera acaudillaría al campesino que se encontraba desarrollando su propia revolución agraria, y en forma similar a las grandes revoluciones europeas del siglo anterior, ganaría sectores amplios del ejército zarista y con las armas y soldados ganados a éste, instauraría el poder revolucionario.

Pero Lenin introduce varios elementos nuevos en la concepción de la insurrección:

1) La victoria de la Revolución no se producirá como consecuencia de una acción insurreccional rápida, sino que será el resultado de una guerra civil prolongada. Ante la apreciación de Kautsky: “la futura revolución...se parecerá menos a una insurrección por sorpresa contra el gobierno que una guerra civil prolongada”, Lenin responde: “En efecto, así sucedió ¡Así sucederá también en la futura revolución europea! (Lenin: Informe sobre la Revolución de 1905, 9-1-17). ¿Que característica tendría para Lenin esta guerra civil prolongada? En su trabajo “La guerra de guerrillas” escrito en 1906 lo explica del siguiente modo: “Las formas de lucha de la revolución rusa se distinguen por su gigantesca variedad, en comparación con de las revoluciones burguesas de Europa. Esto ya lo había previsto en parte Kautsky, cuando dijo en 1902, que la futura revolución (a lo que añadía: tal vez con excepción de Rusia) sería no tanto la lucha del pueblo contra el gobierno, como la lucha entre dos partes del pueblo. No cabe duda de que en Rusia nos encontramos con un desarrollo más extenso de esta segunda lucha que en las revoluciones burguesas occidentales...”. “Es completamente natural e inevitable que la insurrección revista las formas más altas y complicadas de una larga guerra civil extensiva a todo el país, es decir, de una lucha armada entre dos partes del pueblo. Esta guerra no podemos concebirla más que como una larga serie de grandes batallas separadas unas de otras por períodos de tiempo relativamente largos, y una gran cantidad de pequeños encuentros librados a lo largo de estos intervalos. Y siendo esto así, -como así es, indudablemente- la social-democracia debe indefectiblemente plantearse como tarea la creación de organizaciones capaces de dirigir en el mayor grado posible a las masas, tanto en las

grandes batallas como, dentro de lo posible, en los pequeños encuentros”.

Lenin consideraba que la insurrección triunfaría después de una guerra civil prolongada, porque sostenía que el proletariado partía de una situación de debilidad, frente a un poder estatal fuerte y poderosamente organizado. Que en el curso de la guerra civil prolongada el proletariado iría adquiriendo fuerza y experiencia, iría formando un partido fuerte, templado en la acción, clandestino y centralizado, y a la vez, un ejército revolucionario templado tanto en las “grandes batallas” de las épocas de auge revolucionario, como en la “gran cantidad de pequeños encuentros” (guerra de guerrillas) librados en los largos períodos de retroceso revolucionario.

Cuando el proletariado hubiera adquirido la suficiente experiencia, creado su partido fuerte y templado y su ejército revolucionario; cuando la burguesía se hubiera descompuesto suficientemente, principalmente su ejército y se hubiera enajenado el apoyo de las capas intermedias; recién entonces la insurrección triunfaría.

Para Lenin, entonces la revolución era una espiral ascendente, con ascensos revolucionarios, descensos provocados por los fracasos, pero en los cuales las clases revolucionarias conservaban un nivel superior de experiencia y organización que las colocaba en un escalón superior para el nuevo ascenso. Esta espiral sólo podía cortarse si la burguesía lo graba resolver los problemas de desarrollo de las fuerzas productivas.

2) Lenin, juntamente con Trotsky determinan las condiciones generales para el triunfo de la revolución en Rusia (extensibles en general, a la Europa de su tiempo). Estas eran las siguientes. Primera: “La incapacidad del régimen social existente para resolver los problemas fundamentales del desarrollo de un país (Trotsky. Historia de la Rev. Rusa. T. II). Segunda: La existencia de “una clase capaz de tomar las riendas de la nación para resolver los problemas planteados por la historia” (Idem). Esta clase, el proletariado, sería “capaz” de tomar las riendas de la nación cuando tuviera una “nueva consciencia política” (revolucionaria), hubiera creado un partido y un ejército revolucionario y organismos de poder dual. Tercera: “el descontento de las capas intermedias” y “su inclinación a sostener la iniciativa audazmente revolucionaria del proletariado” (Idem). Cuarta: “el partido revolucionario, como vanguardia sólidamente unida y templada de la clase” (Idem). Quinta: “la combinación del partido con los soviets o con otras organizaciones de masas que de un modo u otro los equivalgan” (Idem); y Sexta: la existencia de un ejército revolucionario ya que, “sin ese ejército la victoria de la insurrección es imposible” (Lenin: “La última palabra de la táctica Iskrista”).

3) Podemos decir que los elementos tácticos de fundamental importancia que Lenin agrega a la concepción clásica (tácticos porque son subordinados a la estrategia de guerra civil prolongada) son los siguientes: a) el ya conocido planteo de la necesidad de un fuerte partido centralizado, clandestino y dirigido por profesionales, b) que la lucha armada se libra en todas las etapas, tanto en las “grandes batallas”, como en las épocas de retroceso bajo la forma de “una gran cantidad de pequeños encuentros” (denominados por Lenin, guerra de guerrillas), c) la necesidad para la victoria de la revolución, de un ejército revolucionario, organizado a partir de la preparación militar del propio partido y la creación de destacamentos armados del proletariado (para lo cual el partido debía llevar una incasable tarea de propaganda, agitación

y organización), que irían haciendo su experiencia militar en múltiples “acciones guerrilleras”, en el “proceso difícil, complejo y largo de la guerra civil prolongada” y que en el alza insurreccional lograrían el armamento del proletariado y el paso a su bando de sectores del ejército reaccionario. Estos destacamentos actuarían bajo la orientación del partido y sus acciones tenderían no sólo a su desarrollo militar, sino al aseguramiento de la actividad partidaria mediante la eliminación física de sus enemigos y el apoyo financiero mediante las expropiaciones, d) el llamado a la insurrección general sólo debía hacerse cuando hallan “madurado las condiciones generales de la revolución”, cuando se “hallan revelado en formas definidas el estímulo y la disposición de las masas a la acción”, cuando “las circunstancias exteriores (objetivas) hayan desembocado en una crisis evidente” y cuando existiera “un ejército revolucionario fuerte y preparado”.

4) Desde el punto de vista estrictamente militar, Lenin hace un extraordinario aporte táctico. Vimos que Engels había demostrado la imposibilidad de defender posiciones militares, al menos en las primeras etapas de la revolución, cuando el ejército burgués aún no había entrado en una crisis total. Pero Engels no dio una solución militar a este problema. Lenin parte de la conclusión fundamental alcanzada por Engels: “La táctica militar depende del nivel de la técnica militar” y lo desarrolla así: “la técnica militar no es hoy que a mediados del siglo XIX. Sería una necedad oponer la muchedumbre a la artillería y defender las barricadas a tiro de revolver. Kautsky tenía razón al escribir que ya es hora, después de Moscú de revisar las conclusiones de Engels y que Moscú ha hecho surgir “una nueva táctica de barricadas”. Esta táctica era la de la guerra de guerrillas. La organización que dicha táctica imponía eran los destacamentos móviles y extraordinariamente pequeños: grupos de diez, de tres e incluso de dos hombres”. (Enseñanzas de la insurrección de Moscú 29-8-05). Como vemos Lenin es el descubridor y propulsor de la guerrilla urbana, reemplazando con ella la guerra de posiciones que había tratado de sostener hasta entonces el proletariado contra ejércitos superiores en armamento y organización.

Cuando se dan el cúmulo de condiciones y situaciones previstas por Lenin, la revolución triunfa. Posteriormente a ese triunfo se organiza el Ejército rojo y su columna vertebral pasa a ser constituida por el viejo ejército revolucionario (o Guardia Roja) construido por los bolcheviques en el curso de la revolución. La guerra civil y antiimperialista, se produce después de la toma del poder, para responder a la agresión combinada de sectores de la burguesía rusa y el imperialismo.

Toda la concepción estratégica y táctica del leninismo condujo a la clase obrera y al campesino ruso al triunfo, se reveló correcta en la práctica, último criterio de verdad para el marxismo, porque partía de una caracterización justa de la dinámica de la revolución y del nivel de la técnica militar de su época.

Lenin estableció con precisión cuál era la clase de vanguardia en la sociedad rusa: el proletariado industrial y cuál era su sector de vanguardia: el proletariado de Petrogrado, Riga y Varsovia; cuál su aliado fundamental: el campesino y cuál la forma de destruir el ejército de la burguesía: el trabajo político sobre su amplia base de soldados obreros y campesinos, combinados con enfrentamientos directos, con una “guerra de guerrillas” llevada a cabo por los destacamentos armados del

proletariado, en el curso de la cual se construyó el ejército revolucionario que fue la “fuerza material” que aseguró la victorias de la revolución.

Toda esta concepción se ajustaba como un guante a las condiciones de Rusia, país agrario de desarrollo capitalista, con un gobierno autocrático que arrojaba amplios sectores de las clases medias en brazos del proletariado, con un ejército desgastado en años de guerra inter-imperialistas, cuya base estaba constituida por soldados obreros y campesinos sedientos de “pan, paz y tierra” y en una época en que la revolución tenía que vérselas fundamentalmente con sus enemigos nacionales y con su ejército, cuyo armamento y técnica eran acordes con el desarrollo de las fuerzas productivas nacionales, ya que las contradicciones inter imperialistas impedían la existencia de un gendarme de la contra revolución mundial.

TROTSKYSMO

Nuestro movimiento surge luchando por mantener vivas las concepciones revolucionarias del marxismo-leninismo, en la etapa de degeneración del marxismo bajo la égida del stalinismo y de aplastamiento de la revolución europea.

Su programa para esta última, y para la lucha contra el fascismo fue esencialmente correcto; pero la liquidación física de sus mejores cuadros por la represión fascista y stalinista, debilitó hasta la agonía las posibilidades de vinculación del programa correcto con las masas: la organización revolucionaria.

Nuestro Programa de Transición es muy cauto en el desarrollo de los problemas estratégicos de poder, y los resuelve planteando que “es imposible prever cuáles serán las etapas concretas de la movilización revolucionaria de las masas” por un lado y desarrollando del modo más perfecto logrado hasta el presente por el marxismo, las tareas transitorias del proletariado, entre ellas la creación de destacamentos armados y milicias obreras, como embriones del futuro ejército proletario.

En donde se torna evidente la ausencia de una clara estrategia de poder de nuestro movimiento, es en los países atrasados; donde la revolución tiene un carácter agrario y antiimperialista. Nuestro Programa Transitorio resuelve el problema dando las consignas esencialmente correctas: revolución agraria, independencia nacional, asamblea nacional; pero yerra en la apreciación de cuáles son las formas de lucha adecuadas y las etapas futuras de la revolución. Es decir: subestima el papel del campesinado, ignora el papel de la guerra de guerrillas como método de construcción del ejército revolucionario en el campo, y no plantea el carácter de guerra revolucionaria civil y nacional -de carácter prolongado- que tendría la revolución en los países agrarios, coloniales o semicoloniales.

Lo que es fundamental es que nuestro movimiento reivindicó siempre la lucha armada, la necesidad de armar al proletariado y de crear nuevos organismos armados de la clase obrera; a diferencia de algunos de sus actuales epígonos que consideran ultraizquierdista todo intento de organizar y preparar nuevos organismos armados en el seno de la clase obrera con lo cual se colocan varios pasos atrás de la vieja concepción social-demócrata. Veamos pues cómo se plantea el armamento del proletariado y la creación de los organismos armados en el programa de transición: “los demócratas pequeñoburgueses -incluso los

socialdemócratas, los socialistas y los anarquistas- gritan más estentóreamente acerca de la lucha contra el fascismo cuanto más cobardemente capitulan ante el mismo. Las bandas fascistas sólo pueden ser contrarrestadas victoriosamente por los destacamentos de obreros armados que sientan tras de sí el apoyo de millones de trabajadores. La lucha contra el fascismo no se inicia en la redacción de una hoja liberal, sino en la fábrica y termina en la calle. Los elementos amarillos y los gendarmes privados en las fábricas son las células fundamentales del ejército del fascismo. **Los piquetes de huelga** son las células fundamentales del ejército del proletariado. Por allí es necesario empezar. Es preciso inscribir esta consigna en el programa del ala revolucionaria de los sindicatos”.

“En todas partes donde sea posible, empezando por las organizaciones juveniles, es preciso constituir prácticamente milicias de autodefensa, adiestrándolas en el manejo de armas”. “La nueva ola del movimiento de masas no sólo debe servir para aumentar el número de esas milicias, sino también para unificarlas por barrios, ciudades o regiones. Es preciso dar una expresión organizada al legítimo odio de los obreros en contra de los elementos rompehuelgas, las bandas de los pistoleros y fascistas. Es preciso lanzar la consigna de la milicia obrera, como única garantía seria de la inviolabilidad de las organizaciones, de las reuniones y de la prensa obreras”. “Sólo gracias a un trabajo sistemático, constante, incansable, valiente en la agitación y la propaganda, siempre en relación con la experiencia de la masa misma, pueden extirparse de su conciencia las tradiciones de docilidad y pasividad; educar destacamentos de heroicos combatientes, capaces de dar el ejemplo a todos los trabajadores; infligir una serie de derrotas tácticas a las bandas de la contrarrevolución; aumentar la confianza en sí mismos de los explotados; desacreditar el fascismo a los ojos de la pequeña burguesía y despejar el camino para la conquista del poder para el proletariado”. (los subrayados son nuestros).

Como vemos, si bien nuestro movimiento no tuvo una estrategia de poder clara y precisa; es un hecho irrefutable que el Programa de Transición plantea la exigencia, con fines de autodefensa y como embriones del futuro ejército del proletariado, de creación de los destacamentos armados del proletariado.

MAOÍSMO

Mao elabora su estrategia de poder a partir de una caracterización de la revolución china y de su vanguardia. Señala las siguientes características de su revolución: 1) China es “un vasto país semicolonial, desigualmente desarrollado en lo político y en lo económico y que ha pasado por una gran revolución”. 2) “La revolución agraria”. De estas dos características, Mao extrae la conclusión siguiente: luego de la derrota de la revolución obrera y urbana y de resultados de la cual surgió el Ejército Rojo, producto de una división del Ejército nacional revolucionario (Ejército del Kuomintang, partido de la burguesía antifeudal china); el partido y el ejército rojo, deben aprovechar el desarrollo desigual de China y la vastedad de su territorio, dedicándose a establecer “bases” revolucionarias en los territorios más alejados, sin vías de comunicación, más inaccesibles para los ejércitos reaccionarios. Desde estas “bases” organizar el poder revolucionario apoyándose en la revolución agraria y

desarrollar el ejército rojo hasta que este fuera lo suficientemente fuerte como para “cercar a las ciudades con las fuerzas del campo”. Según Mao esto era posible, porque “China ha pasado por una gran revolución (1925-27) que ha echado las bases del Ejército Rojo, del partido comunista chino que dirige al Ejército Rojo y de las masas que han participado en la revolución”. 3) La tercera característica es “el gran poderío del enemigo”. 4) La cuarta es que el ejército rojo es débil y pequeño. De estas dos características Mao sacaba la conclusión de Lenin: la revolución será una guerra prolongada. La forma concreta sería la de “contra campaña a las campañas de cerco y aniquilamiento del enemigo”. “Las contracampañas también tendrían las características de cercar y aniquilar a las fuerzas del enemigo”. (Las citas son de “Problemas estratégicos de la guerra de guerrillas”).

Así Mao toma los elementos fundamentales de la estrategia de poder leninista: lucha armada permanente dirigida por el partido, guerra civil prolongada y guerra de guerrillas. Y basado en consideraciones geográfico-sociales (existencia en China de regiones inaccesibles para el ejército reaccionario y carácter agrario de la revolución), y técnico-militares (imposibilidad de enfrentar un ejército fuerte, poderosamente armado, en las ciudades y en la guerra de posiciones), traslada el eje de estas concepciones, -la revolución obrera y urbana- a la revolución agraria y campesina.

Su concepción de la “guerra prolongada”, que en Lenin era una espiral ascendente, con alzas del proletariado urbano, retrocesos que lo colocan en un escalón superior para una nueva alza, puede representarse con una línea zigzagueante y quebrada, también ascendente. El Ejército Rojo iría creciendo cuantitativamente en “mil batallas tácticas”, libradas contra el enemigo, avanzaría en forma zigzagueante para ir directamente a su objetivo, su crecimiento se daría en forma relativamente independiente a la alzas y bajas del proletariado y el campesinado (aunque estas influyeran en su fortificación). Durante la primera etapa de la guerra civil revolucionaria, que se extiende de 1928 hasta 1936, año en que se produce la intervención del imperialismo japonés Mao da gran importancia a las luchas del proletariado urbano, aunque siempre, claro está, subordinadas a la estrategia de construcción del Ejército Rojo en la guerra civil prolongada, de guerrillas y campesinas; luego, al producirse la intervención del imperialismo japonés, Mao da menor importancia a las posibilidades de un levantamiento armado del proletariado urbano, -controlado y diezmado por la ocupación japonesa en las grandes ciudades- y las subordina a que el ejército campesino tenga suficiente fuerza como para cercar las ciudades.

Para Mao las condiciones generales de la victoria de la revolución, analizadas por Lenin y Trotsky para Rusia, varían fundamentalmente para China. Por empezar, la revolución china se encuentra en una situación distinta: 1) debe luchar contra un ejército imperialista de ocupación (el japonés), antes de que la revolución haya tomado el poder; 2) el ejército revolucionario tiene un carácter distinto de la Guardia Roja de Rusia, tanto en su aspecto organizativo técnico como en su forma de combatir (guerra de movimientos y guerrilla campesina) aunque también se apoyó en soviets obreros y campesinos; 4) las características de clase de la revolución son distintas.

De allí que Mao estime necesario otras condiciones para la expulsión del ejército japonés y el triunfo de la revolución, a saber: Primera: la creación de un frente único antijaponés en China. Segunda: la formación

de un frente único antijaponés internacional. Tercera: el ascenso del movimiento revolucionario del pueblo japonés y de los pueblos de las colonias japonesas. Cuarta: crecimiento de las bases revolucionarias y del ejército rojo hasta que sea posible de derrotar al ejército japonés y al ejército de la gran burguesía china y después, rodear a las ciudades con el ejército campesino y tomarlas, llamando a la insurrección. (Mao: “La guerra prolongada”).

Tanto Mao como los vietnamitas distinguen cuidadosamente como lo hiciera Lenin lucha armada de insurrección general. El PC vietnamita y el Viet Minh, por ejemplo, se opusieron durante los seis años que duró la guerra de guerrillas antijaponesa (1939-1945), a las tendencias que urgían a un llamado a la insurrección general del pueblo por considerarla una posición aventurera. Recién en Agosto de 1945, cuando se había desarrollado un poderoso ejército revolucionario después de 6 años de guerra, los japoneses se habían retirado y los ejércitos de Chiang amenazaban con pasar las fronteras en alianza con las débiles fuerzas expedicionarias del imperialismo francés; recién entonces, Ho Chi Min hace el llamado a la Insurrección general y insurrección triunfa.

VALORACIÓN DEL TROTSKYSMO Y MAOÍSMO

Aunque no contamos con el tiempo suficiente para la exposición ordenada y fundamentada que es necesaria y que desde ya prometemos, nos resulta imprescindible adelantar nuestra valoración del trotskysmo y el maoísmo -que es notoriamente a la sostenida por Trotsky y todo el trotskysmo, como así a la valoración de Mao- para hacer comprensible una cantidad de referencias contenidas en este trabajo.

Para nosotros desde la muerte de Lenin y posterior consolidación del stalinismo, no hubo una sola corriente que mantuvo viva las tradiciones y concepciones marxistas-leninistas, sino dos. No fue sólo Trotsky y el trotskysmo quien conservó y desarrolló el marxismo revolucionario frente a la degeneración stalinista, como tradicionalmente se ha afirmado en nuestro partido y en nuestra internacional. Similar rol jugó Mao Tsé Tung y el maoísmo. Con una particularidad; ninguno de los dos se elevó a una comprensión, aplicación y desarrollo del conjunto del leninismo, sino que cada uno lo hizo con respecto a una parte, en forma parcial, incompleta.

Trotsky y el trotskysmo, desarrollaron la teoría de la revolución permanente llegando a una comprensión más acabada de la complejidad y dinámica de los procesos sociales, entendiéndolos siempre como proceso de conjunto y analizándolos desde un punto de vista general.

No es casual que todo el trotskysmo, desde el punto de vista de una perspectiva general de la lucha de clases de conjunto, a nivel mundial y continental, ha llegado a importantes aciertos y conclusiones, ampliando de esa forma la visión de los revolucionarios.

Trotsky y el trotskysmo aportaron también al marxismo -creadoramente- su análisis de la burocracia soviética y a partir de él una ajustada teoría del carácter y rol de los aparatos burocráticos.

Mao y el maoísmo continuaron el leninismo en la teoría y la práctica de la toma del poder, que no es otra cosa que la aplicación del marxismo revolucionario a la situación de un determinado país en la perspectiva del poder obrero; el “análisis concreto de situaciones concretas” que Lenin definió como “el alma viva del marxismo”, la aplicación creadora de la teoría revolucionaria a la realidad concreta de una revolución

ampliamente estudiada, conocida y protagonizada. Como dice el propio Mao “la fusión de la verdad general del marxismo con la práctica concreta de la revolución china”.

Mao y el maoísmo continuaron y desarrollaron el marxismo-leninismo, creadoramente, con la teoría de la guerra revolucionaria popular, de la necesidad de un ejército revolucionario para derrotar al ejército contrarrevolucionario, de la construcción de ese ejército en el campo, en un proceso prolongado, donde las fuerzas revolucionarias parten de lo pequeño hacia lo grande, de lo débil hacia lo fuerte, mientras las fuerzas reaccionarias van de lo grande a lo pequeño, de lo fuerte a lo débil, y donde se produce el salto cualitativo de la insurrección general, cuando las fuerzas revolucionarias han pasado a ser más fuertes.

Ambos, el trotskismo y el maoísmo se ignoraron mutuamente. Es más, algunos trotskistas siguen considerando al maoísmo parte del stalinismo y en consecuencia como corriente contrarrevolucionaria; y el maoísmo a su vez, sigue considerando al trotskismo como una corriente provocadora agente del capitalismo y del imperialismo. Hoy, la tarea teórica principal de los marxistas revolucionarios, es fusionar los aportes del trotskismo y el maoísmo en una unidad superior que significará un retorno pleno al leninismo. El desarrollo de la revolución mundial lleva inevitablemente a ese logro, como lo indican los avances unilaterales del maoísmo hacia la asimilación del trotskismo (ruptura con la burocracia soviética, revolución cultural); los avances del trotskismo hacia una incorporación de los aportes maoístas (teoría de la guerra revolucionaria) y sobre todo los esfuerzos de la dirección cubana por llegar a esa unidad superior.

CASTRISMO

En los últimos tiempos, anda muy en boga en nuestro partido, la afirmación, -que tiene un fuerte tufito a demagogia u oportunismo- de “nuestro acuerdo estratégico con el castrismo”. Pero ocurre que aún no hemos precisado con claridad cuál es la “estrategia del castrismo”, más bien se ha hecho un lindo embrollo considerando aspectos tácticos como si fueran los fundamentales (nuestras “críticas” a la teoría del foco) y pretendiendo demostrar -sin el menor análisis serio y con una pedantería propia de intelectuales pequeño burgueses- que el “castrismo” era un “movimiento empírico” que se está “elevando” a nuestras concepciones.

En realidad, el castrismo, sin la claridad teórica y la pureza de “método” de los grandes marxistas revolucionarios del pasado -pero con muchísima más que nuestros teóricos- desde hace años ha venido desarrollando una clara estrategia mundial y continental para la lucha revolucionaria, que aún no ha sido discutida y asimilada seriamente por nuestro partido. En forma de breves tesis trataremos de resumir sus aspectos fundamentales estratégicos y tácticos.

1) Para el castrismo (no hacemos distinción alguna entre castrismo y guevarismo, por que la distinción es falsa), la revolución ha entrado en su “etapa final de lucha contra el imperialismo”. El castrismo parte de un análisis mundial de conjunto y responde con una estrategia mundial revolucionaria: “Hay que tener en cuenta que el imperialismo es un sistema mundial, última etapa del capitalismo y que hay que batirlo en una gran confrontación mundial. La finalidad estratégica de esa lucha

debe ser la destrucción del imperialismo” (Che Guevara: Mensaje a la Tricontinental).

Así, el castrismo parte del hecho verdaderamente nuevo que se produce en la posguerra: las contradicciones inter imperialistas se han tornado secundarias. Hoy, los revolucionarios no podemos contar ya con las guerras inter imperialistas como importante factor para la victoria de la revolución que tanto favoreciera a las revoluciones chinas, rusa y de Europa oriental. Por lo tanto se ha tornado muy difícil el triunfo de la revolución en un país por separado: hoy el imperialismo “hay que batirlo en una gran confrontación mundial”.

2) La táctica que responde a esta estrategia mundial es la creación de “dos, tres, muchos Vietnam”. Esta consigna es tan clara como el agua y sin embargo no ha sido aún asimilada medianamente.

¿Porqué el Che dice dos, tres, muchos Vietnam, y no dos, tres, muchas Cubas? Por que reconoce la excepcionalidad de la revolución cubana que no volverá a repetirse. Porque del análisis estratégico, de conjunto de la revolución mundial prevé la inevitable intervención del imperialismo antes de la toma del poder por la revolución; y la transformación de ésta en guerra prolongada antiimperialista, de una o varias naciones ocupadas por el ejercito yanqui: “si los focos de guerra se llevan con suficiente destreza política y militar, se harán prácticamente imbatibles y exigirán nuevos envíos de tropas de los yanquis. . . ” “Poco a poco, las armas obsoletas que bastan para la represión de pequeñas bandas armadas, irán convirtiéndose en armas modernas y los grupos de asesores en combatientes norteamericanos, hasta que, en un momento dado, se vean obligados a enviar cantidades crecientes de tropas regulares para asegurar la relativa estabilidad de un poder cuyo ejercito nacional títere se desintegra ante los combates de las guerrillas. Es el camino del Vietnam; es el camino que deben seguir los pueblos; es el camino que seguirá América, con la característica especial de que los grupos en armas pudieran formar algo así como juntas de coordinación para hacer más difícil la tarea represiva del imperialismo yanqui y facilitar la propia causa”. “América. . . tendrá una tarea de mucho mayor relieve: la de la creación del segundo o tercer Vietnam o del segundo y tercer Vietnam del mundo”. (Che ídem).

“Sinteticemos así nuestra aspiración de victoria: destrucción del imperialismo mediante la eliminación de su baluarte más fuerte: el dominio imperialista de los EE. UU. de Norteamérica. Tomar como función táctica la liberación gradual de los pueblos, uno por uno o por grupos, llevando al enemigo a una lucha difícil fuera de su terreno, liquidándole sus bases de sustentación, que son sus territorios dependientes”.

“Eso significa una guerra larga. Y, lo repetimos una vez más, una guerra cruel. Que nadie se engañe cuando la vaya a iniciar y que nadie vacile en iniciarla por temor a los resultados que pueda traer para su pueblo. Es casi la única esperanza de victoria”. (Che ídem).

En esta estrategia mundial de lucha revolucionaria, lo fundamental es la revolución socialista y antiimperialista en “los territorios dependientes”, siendo todavía secundario el papel que puedan jugar las masas de las metrópolis imperialistas que, aún no han producido movimientos revolucionarios de significación y que gozan de la relativa estabilidad interior de las metrópolis.

Pero de modo alguno el castrismo ignora el papel que en los próximos años pueden comenzar a jugar los pueblos de las metrópolis imperialistas, en especial Europa. “La tarea de liberación espera aún a

países de la vieja Europa suficientemente desarrollados para sentir las contradicciones del capitalismo, pero tan débiles que no pueden ya seguir el rumbo del imperialismo o iniciar su ruta. Allí las contradicciones alcanzarán en los próximos años carácter explosivo para sus problemas, y por ende la solución de los mismos, es diferente a la de nuestros pueblos dependientes y atrasados económicamente". (Che ídem).

El castrismo también ha comenzado a prestar atención al movimiento negro de los EE. UU., pero sin sobrestimar sus posibilidades, por que esas sobrestimaciones introduciría un elemento de confusión respecto a las características de la actual etapa de la revolución mundial, que es aún fundamentalmente socialista y antiimperialista en los países dependientes, y lo será por un largo período, a menos que se produzca una catástrofe en la economía capitalista, catástrofe que hoy no está a la vista, o un desarrollo abruptamente acelerado de la revolución colonial. Aún más cautelosa es la posición del castrismo hacia el movimiento pro-paz en EE. UU. Si bien lo alienta permanentemente, no sobrestima sus posibilidades revolucionarias porque introduciría, como toda sobreestimación, otro elemento de confusión en su concepción estratégica.

3) En relación con esta estrategia mundial, el castrismo distingue tres continentes, en los cuales la lucha revolucionaria es una parte táctica de ese todo que es la revolución mundial. Los continentes son Asia, África y América Latina. Para cada uno de ellos, el castrismo define a su vez, una estrategia continental de lucha revolucionaria, pero lo hace en especial para América Latina.

"El campo fundamental de explotación del imperialismo abarca los tres continentes atrasados, Asia, América y África. Cada país tiene características propias, pero los continentes en su conjunto, también las presentan.

América constituye un conjunto más o menos homogéneo y en la casi totalidad de sus territorios los capitales monopolistas norteamericanos mantienen una primacía absoluta". (Che ídem).

En primer lugar el castrismo determina el carácter de la revolución latinoamericana: socialista y antiimperialista.

En segundo lugar determina su carácter de clase: campesino, obrero y popular. "Las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo -si alguna vez la tuvieron- y sólo forman su furgón de cola". (Che ídem).

En tercer lugar determina el carácter continental de la lucha, pero señalando claramente que dentro de esa estrategia continental, debe partirse del desarrollo de las revoluciones nacionales y regionales que si bien son tácticas en relación con la estrategia, constituyen la forma adecuada de comenzar la lucha. Así, cada país y cada región del continente, si bien son partes tácticas del todo, que es la estrategia continental, requieren a su vez una estrategia específica regional y nacional, cuya determinación es propia también de los revolucionarios de cada país y región, aunque por supuesto, en el marco de una organización revolucionaria continental que es la Olas

Tener una estrategia continental, no significa para el castrismo que la lucha ya haya adquirido dimensiones continentales; eso se logrará cuando la lucha revolucionaria en los países y regiones se desarrolle suficientemente: "Hemos sostenido desde hace tiempo que, dadas sus características similares, la lucha en América, adquirirá en su momento,

dimensiones continentales. Será escenario de muchas grandes batallas dadas por la humanidad por su liberación”.

“En el marco de esa lucha de alcance continental, las que actualmente se sostienen en forma activa son sólo episodios” (Che ídem). Así responde el Che por anticipado a las febriscentes interpretaciones de quienes hoy, un poco tarde y bastantes confundidos, descubren que en América Latina se vive “una guerra civil continental”, “apocalíptica”, etc.; cuando en realidad lo que existen son procesos revolucionarios nacionales, que se inscriben en una estrategia revolucionaria continental, posible gracias a la existencia de una dirección revolucionaria continental.

4) La táctica del castrismo para la estrategia continental, es la misma que para su estrategia mundial: “la creación del segundo o tercer Vietnam o del segundo y tercer Vietnam del mundo”.

Esta, repetimos, es la tarea esencial de los revolucionarios en cada país y región. “Para la mayoría de los países del continente el problema de organizar, iniciar, desarrollar y culminar la lucha armada constituye hoy la tarea inmediata y fundamental del movimiento revolucionario”. (punto 7 del programa de la Olas). “A los pueblos de cada país y a sus vanguardias revolucionarias corresponderá la responsabilidad histórica de echar hacia adelante la revolución en cada uno de ellos”. (punto 9). Y, por fin, “la solidaridad más efectiva que pueden prestarse los movimientos revolucionarios entre sí, la constituye el desarrollo y la culminación de la propia lucha en el seno de cada país”. (punto 12).

La forma concreta, política y militar, que adquirirá esa táctica revolucionaria continental, es la de una guerra prolongada cuyo principal pilar está constituido por los ejércitos guerrilleros, que deben construirse respetando las condiciones particulares de cada país y región. (“el desarrollo y organización de la lucha dependen de la justa selección del escenario donde librarla y del medio organizativo más idóneo”. Declaración de la Olas).

Esta concepción se opone expresamente a las tendencias espontaneístas, que esperan un “reanimamiento espontáneo” de las clases revolucionarias y el triunfo de la insurrección en un período breve de tiempo.

El Che lo dice expresamente así: “Los combates no serán meras luchas callejeras de piedras contra gases lacrimógenos ni huelgas generales pacíficas; ni será la lucha de un pueblo enfurecido que destruye en dos o tres días el andamiaje represivo de las oligarquías gobernantes; será una lucha larga, cruenta, donde su frente estará en los refugios guerrilleros, en las ciudades, en las casas de los combatientes”.

Por otra parte, la dirección castrista ha avalado los siguientes párrafos de una carta del destacamento “Edgar Ibarra” al CC del PC Guatemalteco y al M-13 de Yon Sosa, donde se critica la concepción espontaneísta de la insurrección rápida del siguiente modo: “Toda esta posición, lleva, mediante una hábil maniobra, a quitarle el contenido revolucionario a la guerrilla; a negar su desarrollo hasta convertirse en el ejército del pueblo; a negar el papel del campesinado en la guerra revolucionaria de nuestros países; a negar la necesidad de la derrota militar del imperialismo y sus lacayos para arrebatarnos el poder; a negar el carácter de guerra prolongada de la lucha armada y presentar ilusoriamente la perspectiva insurreccional a corto plazo”.

Para el Castrismo, entonces, el método, la táctica fundamental de la lucha, es la construcción del ejército revolucionario, a partir de la

guerrilla. “La guerrilla como embrión de los ejércitos de liberación constituye el método más eficaz para iniciar y desarrollar la lucha revolucionaria en la mayoría de los países”. Pero sin desconocer otras formas de lucha armada, que si bien aún no están especificadas en su programa -quizás por que la realidad aún no nos indica cuáles son-, están implícitamente reconocidas al mencionarse la guerrilla campesina como una de las formas de lucha armada, aunque [no] la principal.

En sus últimas declaraciones y planteos, el castrismo menciona la guerrilla en un sentido más general, que el que le asignaba anteriormente. (Teoría del foco).

Deja así las puertas abiertas al surgimiento de otras formas de guerra de guerrillas, sin limitarse exclusivamente a la teoría del foco. La discusión alrededor de la teoría del foco, se torna entonces, cada día más secundaria, quedando librado a los revolucionarios de cada país y cada región establecer la forma más conveniente de iniciar la lucha armada y la guerra de guerrillas, siempre, claro está, que se dispongan a iniciarla.

5) Una cuestión que debe señalarse como parte integrante de la concepción revolucionaria del castrismo, es el planteo de la unidad político-militar de la dirección revolucionaria.

Esta, si bien no puede ubicarse como una cuestión integrante de la táctica o estrategia del castrismo, es una cuestión de principios muy importante y que también es bastante confundida por algunos “teóricos”.

No se refiere específicamente al viejo problema planteado por el leninismo-trotskyismo y luego por el Maoísmo, de la relación entre el partido y el ejército. Esa discusión, en las condiciones actuales de América Latina es tan inútil como la vieja discusión del huevo y la gallina. El castrismo se encontró, como dirección revolucionaria ante una realidad objetiva que se la imponía: en América Latina no existen partidos revolucionarios fuertes; crearlos es una tarea que exige, en la época del gendarme mundial del imperialismo, una estrategia política y militar desde el inicio mismo de toda actividad revolucionaria.

La tarea de construcción del partido y construcción de la fuerza militar para los verdaderos revolucionarios, van indisolublemente ligadas. Donde no existen partidos revolucionarios habrá que crearlos como fuerzas militares desde el comienzo. Donde existen y son débiles, habrá que desarrollarlos, pero transformándolos en fuerzas militares de inmediato, para que puedan responder a las exigencias que plantea una estrategia político-militar de poder en esta época.

Para responder a esta necesidad es que el castrismo plantea la unidad político militar de la dirección revolucionaria ya que, en nuestra época la política y el fusil, no pueden ir separados. Otra cosa distinta es determinar quienes combaten con las armas en la mano en el seno de una organización revolucionaria y quienes cumplen otro tipo de funciones. Aún los foquistas más ortodoxos tienen organizaciones donde una mitad combate, y la otra cumple otro tipo de tareas. Este es un problema que debe ser resuelto de acuerdo a la estrategia y la táctica de la lucha que se den los revolucionarios en las condiciones de su país.

Pero la unidad político militar de la dirección, es un principio general aplicable a todas las situaciones y no impone nada más que la exigencia de que la dirección del ejército y la del partido (suponiendo que existan ambos separados) sean una misma cosa. Quienes se oponen a esta concepción, lo hacen por que sostienen ideas reformistas sobre la construcción del partido revolucionario. Tal fue por ejemplo el planteo de la dirección del PC Venezolano, que con tanto entusiasmo apoya Moreno

en sus “tesis” publicadas en Estrategia Nº 1. Los resultados a que llevó esta concepción están a la vista y pertenecen al dominio de toda la vanguardia revolucionaria Latinoamericana.

6) Una última cuestión merece señalarse. Si bien el castrismo considera que el lugar y método fundamental de construcción del ejército revolucionario es el campo y la guerra de guerrillas, y que sin la existencia de ese ejército es imposible la victoria de la revolución; otorga mayor importancia que el maoísmo a la lucha urbana. En Cuba y en todos los países en donde influye en la dirección de la guerra revolucionaria (Guatemala y Venezuela por ejemplo), el castrismo desarrolló fuertes aparatos armados en las ciudades que combaten tanto como la guerrilla en el campo. En Cuba, además, el castrismo llamó en dos oportunidades al proletariado a la huelga insurreccional, la primera en abril de 1958 con la oposición de Fidel que consideraba prematuro el llamado (y la huelga resultó un fracaso), y la segunda en diciembre de 1958, cuando ya el ejército de Batista se tambaleaba y el ejército rebelde marchaba sobre La Habana (en esta oportunidad la huelga coadyuvó a la caída del régimen).

Tal es, en rasgos generales la estrategia y la táctica mundial, continental y regional del castrismo. De todos sus elementos, el menos importante, el que tiene carácter más táctico, es la teoría de la construcción del ejército a partir del foco. Esta teoría fue desarrollada por el castrismo a partir de su experiencia empírica como método más rápido y práctico de construir el ejército revolucionario. El partido ha perdido años polemizando contra las lagunas y deficiencias de esta teoría, tan secundarias en la concepción general, estratégica y táctica del castrismo.

Enredados en esta polémica mezquina, nosotros, los supergenios del marxismo revolucionario, nos hemos relamido con nuestros triunfos teóricos, ante ese “sectario” y “mecanicista”, “pequeño-burgués” de Guevara (adjetivos utilizados por el Sr. Moreno en sus trabajos de crítica al Guevarismo) pero hasta ahora no hemos indicado prácticamente cuál es el método para suplir esa teoría, cuál es la forma adecuada de iniciar la lucha armada y de comenzar la construcción del ejército revolucionario, que los verdaderos teóricos prácticos del marxismo revolucionario (Lenin, Trotsky, Fidel, Mao y el Che) supieron crear, hacer combatir y llevar al triunfo.

Y lo que es más grave, hemos mascullado con un bisbiseo confuso nuestro “acuerdo estratégico” con el castrismo, pero sin definir de un modo claro, preciso, tajante, nuestra posición ante las verdaderas concepciones estratégicas y tácticas del castrismo. Toda esa demagogia vergonzante debe terminar. Sólo tienen derecho a decir que tienen un “acuerdo estratégico” con el castrismo quienes comparten su estrategia y táctica de la revolución mundial y continental, resumidas en los 6 puntos anteriores, y demuestran con su praxis que lo hacen.

A los pueblos de América Latina

Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR)

El Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) de Uruguay, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Bolivia y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) de Argentina, firman la presente declaración para hacer conocer a los obreros, a los campesinos pobres, a los pobres de la ciudad, a los estudiantes e intelectuales, a los aborígenes, a los millones de trabajadores explotados de nuestra sufrida patria latinoamericana, su decisión de unirse en una junta de coordinación revolucionario.

Este importante paso es producto de una sentida necesidad, de la necesidad de cohesionar a nuestros pueblos en el terreno de la organización, de unificar las fuerzas revolucionarias frente al enemigo imperialista, de librar con mayor eficacia la lucha política e ideológica contra el nacionalismo burgués y el reformismo.

Este importante paso es la concreción de una de las principales ideas estratégicas del comandante Che Guevara, héroe, símbolo y precursor de la revolución socialista continental. Es también significativo paso que tiende a retomar la tradición fraternal de nuestros pueblos que supieron hermanarse y luchar como un solo hombre contra los opresores del siglo pasado, los coloniales españoles.

NUESTRA LUCHA ES ANTIIMPERIALISTA

Los pueblos del mundo viven la amenaza permanente del imperialismo más agresivo y rapaz que jamás hasta existido antes. Han presenciado, no con indiferencia, el genocidio organizado dirigido por el imperialismo yanqui contra el heroico pueblo vietnamita. En esta guerra desigual, cuyas llamas aún no se extinguen, se ha mostrado de cuerpo entero el carácter guerrillero y alevoso del imperialismo del norte. Pero, en esta guerra, una vez más y por contrapartida, se ha demostrado la debilidad de su sistema y aún todo su poderío militar frente a un pueblo dispuesto a luchar y decidido a ser libre a cualquier precio.

Los pueblos latinoamericanos, desde el siglo pasado hasta nuestros días, soportan el pesado yugo colonial o neocolonial de los imperialistas, ha sufrido consecutivamente intervenciones militares y guerras injustas ejecutadas o fomentadas, bien por el ejército norteamericano, bien por los monopolios supranacionales.

Y ahí está el despojo de México, la ocupación de Puerto Rico, la intervención de Santo Domingo, y está Playa Girón y muchos hechos bélicos que nuestra América no olvida y no perdonará jamás.

Y está la Shell, la Esso o la Standard Oil, la United Fruit, la I.T.T., los dineros de Mr. Rockefeller y Mr. Ford. Y está la CIA que con Papy Shelton, Mitrión, Siracusa, dejó huellas indelebles de la política avasalladora y prepotente de los EE UU contra el movimiento popular en Latinoamérica.

LATINOAMERICA MARCHA HACIA EL SOCIALISMO

El 1º de enero de 1959, con el triunfo de la revolución cubana, se inicia la marcha final de los pueblos latinoamericanos hacia el socialismo, hacia la verdadera independencia nacional, hacia la felicidad colectiva de los pueblos.

Es la justa y abierta rebelión de los explotados de América Latina contra un bárbaro sistema neocolonial capitalista impuesto desde fines de siglo pasado por el imperialismo yanqui y europeo, que con la fuerza, el engaño y la corrupción se adueñaron de nuestro continente. Las cobardes burguesías criollas y sus ejércitos, no supieron hacer honor al legado revolucionario liberacionista de la gloriosa lucha anticolonial de nuestro pueblo, que conducidos por héroes como Bolívar, San Martín, Artigas, y tantos otros, conquistaron la independencia, la igualdad y la libertad.

Las clases dirigentes, defendiendo mezquinos intereses de grupo, se unieron a los imperialistas, colaborando con ellos, facilitaron su penetración económica, entregando progresivamente el control de nuestra economía a la voracidad insaciable del capitalismo extranjero. La dominación económica engendró el control y la subordinación política y cultural. Así se fundó el sistema capitalista neocolonial que viene explotando, oprimiendo y deformando desde hace cien años a las clases trabajadoras de nuestro continente.

Desde principios del siglo la clase obrera comenzó a alzarse contra ese sistema, desplegando la entonces poco conocida bandera del socialismo, unida indisolublemente a la bandera de la independencia nacional, promoviendo el despertar de los campesinos, de los estudiantes, de todo lo sano y revolucionario de nuestro pueblo. El Anarquismo, el Socialismo y el Comunismo como movimientos organizados de la clase obrera vanguardizaron con energía y heroísmo la movilización de amplias masas, jalones imborrables de lucha revolucionaria. El legendario líder nicaragüense Augusto Cesar Sandino, obrero metalúrgico, dirigió en su pequeño país una de las más heroicas de esas batallas, cuando su ejército guerrillero tuvo en jaque y derrotó a las tropas intervencionistas norteamericanas en 1932. Fue en esa década del 30 cuando nuestros pueblos desarrollaron en todo el continente un formidable auge de masas que puso en jaque la denominación neocolonial homogeneizada por el imperialismo yanqui, enemigo número uno de todos los pueblos del mundo.

Pero esa formidable movilización revolucionaria de masas no fue coronada por la victoria. La activa intervención contrarrevolucionaria política y militar, directa e indirecta del imperialismo yanqui, unida a las deficiencias del anarquismo, de las corrientes socialistas y los Partidos Comunistas, fueron las causas de una derrota temporaria. La mayoría de los Partidos Comunistas, los más conscientes, consecuentes y organizados de ese período, cayeron en el reformismo. Algunos de ellos como el heroico y aguerrido Partido Comunista salvadoreño sufrieron crueles derrotas con decenas y miles de mártires. Por ello, el impetuoso auge de las masas se desvió de su camino revolucionario y cayó bajo la influencia y dirección del nacionalismo burgués, vía muerta de la revolución, recurso inteligente y demagógico, que encontraron las clases dirigentes para prolongar con el engaño la vigencia del sistema capitalista neocolonial.

A partir del formidable triunfo del pueblo cubano, que bajo la hábil y clarividente conducción de Fidel Castro y un grupo de dirigentes marxistas-leninistas logró derrotar al ejército batistiano y establecer en la isla de Cuba, en las mismas barbas del imperialismo, el Primer Estado Socialista Latinoamericana, los pueblos del continente vieron fortalecida su fe revolucionaria e iniciaron una nueva y profunda movilización de conjunto.

Con aciertos y errores nuestro pueblo y sus vanguardias se lanzaron con decisión a la lucha antiimperialista por el socialismo. La década del 60 vio sucederse en forma ininterrumpida grandes luchas populares, violentos combates guerrilleros, poderosas insurrecciones de masas. La guerra de Abril, insurrección general del pueblo dominicano, obligó a la intervención directa del imperialismo yanqui que debió enviar 30.000 soldados para sofocar con la masacre ese magnífico levantamiento.

La legendaria figura del comandante Ernesto Guevara personificó, simbolizó todo ese período de luchas y su muerte heroica así como su vida ejemplar y su clara concepción estratégica marxista-leninista, abre e ilumina el nuevo auge revolucionario de nuestros pueblos que crece día a día en poderío y consistencia, parte de las fábricas, de los pueblos, del campo y de las ciudades y se despliega incontenible por todo el continente.

Es el definitivo despertar de nuestros pueblos que pone en pie millones y millones de trabajadores y que se encamina inexorablemente hacia la segunda independencia, hasta la definitiva liberación nacional y social, hacia la definitiva eliminación del injusto sistema capitalista y el establecimiento del socialismo revolucionario.

LA LUCHA POR LA DIRECCION DEL MOVIMIENTO DE MASAS

Pero el camino revolucionario no es fácil ni sencillo. No solamente debemos enfrentar la bárbara fuerza económica y militar del imperialismo. Enemigos y peligros más sutiles acecha a cada momento a las fuerzas revolucionaria, a sus esfuerzos por librar con efectividad, victoriosamente, la lucha antiimperialista.

Hoy día, dada la particular situación del proceso revolucionario continental, debemos referirnos específicamente a dos corrientes de pensamiento y acción, que conspiran poderosamente contra los esfuerzos revolucionarios de los latinoamericanos. Ellos son un enemigo: el nacionalismo burgués y una concepción errónea del campo popular, el reformismo.

Ambos, a veces estrechamente unidos, intentan encaramarse en el auge revolucionario de nuestros pueblos; lograr su dirección e imponer sus concepciones erróneas e interesadas, que indefectiblemente terminarán por detener y castrar el impulso revolucionario. Por ello adquiere una dimensión estratégica la intransigente lucha ideológica y política que los revolucionarios debemos librar contra esas corrientes, imponernos a ellas, ganar así la dirección de las más amplias masas, para dotar a nuestros pueblos de una consecuente dirección revolucionaria que nos conduzca con constancia, inteligencia y efectividad hacia la victoria final.

El nacionalismo burgués es una corriente apadrinada por el imperialismo que se apoya en ella como variante demagógica para distraer y desviar la lucha de los pueblos cuando la violencia contrarrevolucionaria pierde eficacia. Su núcleo social está constituido por la burguesía pro-imperialista o un embrión de ella, que pretende enriquecerse sin medida, disputando con la oligarquía y la burguesía tradicional los favores del imperialismo mediante el truco de presentarse como bomberos del incendio revolucionario, con influencia popular y capacidad de negociación ante la movilización de las masas. En su política del engaño esgrimen un antiimperialismo verbal e intentan confundir a las masas con su tesis nacionalista preferida: la tercera posición. Pro en realidad no son antiimperialistas sino que se allanan incluso a nuevas y más sutiles formas de penetración económica extranjera.

El reformismo es en cambio una corriente que anida en el propio seno del pueblo trabajador, reflejando el temor al enfrentamiento de sectores pequeño burgueses y de la aristocracia obrera. Se caracteriza por rechazar cerradamente en los hechos la justa y necesaria violencia revolucionaria como método fundamental de lucha por el poder, abandonando así la concepción marxista de la lucha de clases. El reformismo difunde entre las masas nocivas ideas pacifistas y liberales, embellece a la burguesía nacional y a los ejércitos contrarrevolucionarios, con quienes constantemente buscan aliarse, exageran la importancia de la legalidad y el parlamentarismo. Uno de sus argumentos preferidos, de que es necesario evitar la violencia y relacionarse con la burguesía y los “militares patriotas” en busca de una vía pacífica que ahorre derramamientos de sangre a las masas en su camino hacia el socialismo, es rotunda y dolorosamente refutada por los hechos. Allí donde el reformismo impuso su política conciliadora y pacifista las clases enemigas y sus ejércitos ejecutaron las más grandes masacres contra el pueblo. La cercanía de la experiencia chilena con más de 20.000 hombres y mujeres trabajadores asesinados nos exime de mayores comentarios.

Frente al nacionalismo burgués, el reformismo y otras corrientes de menor importancia, en constante lucha ideológica y política con ellas, se alza el polo armado, el polo revolucionario que día a día se consolida en el seno de las masas, aumentando su influencia, mejorando su capacidad política y militar, convirtiéndose cada vez más en una opción real hacia la independencia colonial y el socialismo.

Precisamente para contribuir al fortalecimiento de ese polo revolucionario a escala continental, las cuatro organizaciones firmantes de esta declaración, hemos decidido constituir la presente Junta de Coordinación Revolucionaria en torno a la cual y a cada una de sus organizaciones nacionales, llamamos a organizarse y a combatir juntos, a toda la vanguardia revolucionaria obrera y popular de Latinoamérica. Esto significa naturalmente que las puertas de esta Junta de Coordinación están abiertas para las organizaciones revolucionarias en los distintos países latinoamericanos.

LA EXPERIENCIA DE NUESTRAS ORGANIZACIONES

El MLN Tupamaros, el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), en el curso de su lucha patriótica y revolucionaria, han ido comprendiendo la necesidad de unirse, han ido afirmando por propia experiencia su concepción internacionalista, comprendiendo que al enemigo

imperialista y capitalista que está unido y organizado debemos oponerle la más férrea y estrecha unidad de nuestros pueblos.

Vinculados por la similitud de nuestras luchas y nuestras líneas, las cuatro organizaciones hemos establecido primero vínculos fraternales, y en un proceso hemos pasado a un intercambio de experiencias, a la mutua colaboración cada vez más activa, hasta dar hoy este paso decisivo que acelera la coordinación y colaboración que sin ninguna duda redundará en una mayor efectividad práctica en la encarnizada lucha que nuestros pueblos libran contra el feroz enemigo común.

El mayor desarrollo de nuestras organizaciones, el fortalecimiento de su concepción y práctica internacionalistas, permitirá un mayor aprovechamiento de las potencialidades de nuestros pueblos hasta erigir una poderosa fuerza revolucionaria capaz de derrotar definitivamente a la reacción imperialista-capitalista, aniquilar a los ejércitos contrarrevolucionarios, expulsar al imperialismo yanqui y europeo del suelo latinoamericano, país por país, e iniciar la construcción del socialismo en cada uno de nuestros países, para llegar el día de mañana a la más completa unidad latinoamericana.

Lograr ese sagrado objetivo no será fácil, la crueldad y fuerza del imperialismo hará necesario, como lo vislumbrara el Comandante Guevara, desarrollar una cruenta y prolongada guerra revolucionaria que hará del continente latinoamericano el segundo o tercer Vietnam del mundo.

Más, siguiendo el glorioso ejemplo del heroico pueblo vietnamita, los trabajadores latinoamericanos sabremos combatir sin desmayos, con creciente eficacia, desplegando en toda su intensidad, las imbatibles energías de las masas y aplastar al imperialismo yanqui y sus agentes conquistando así nuestra felicidad y contribuyendo poderosamente a la destrucción definitiva del enemigo principal de la clase obrera internacional, del socialismo, de todos los pueblos del mundo.

NUESTRO PROGRAMA

Nos une la comprensión de que no hay otra estrategia viable en América Latina que la estrategia de guerra revolucionaria. Que esa guerra revolucionaria es un complejo proceso de lucha de masas, armado y no armado, pacífico y violento, donde todas las formas de lucha se desarrollan armónicamente convergiendo en torno al eje de la lucha armada. Que para el desarrollo victorioso de todo el proceso de guerra revolucionaria es necesario movilizar a todo el pueblo bajo la dirección del proletariado revolucionario. Que la dirección proletaria de la guerra se ejercita por un partido de combate marxista-leninista, de carácter proletario, capaz de centralizar y dirigir, uniendo en un solo, potente haz, todos los aspectos de la lucha popular, garantizando una dirección estratégica justa. Que bajo la dirección del Partido Proletario es necesario estructurar un poderoso ejército popular, núcleo de acero de las fuerzas revolucionarias, que desarrollándose de lo pequeño a lo grande, íntimamente unido a las masas y alimentado por ellas, se erija en impenetrable muro donde se estrellen todos los intentos militares de los reaccionarios, y esté en condiciones materiales de asegurar el aniquilamiento total de los ejércitos contrarrevolucionarios. Que es necesario construir asimismo un amplio frente obrero y popular de masas

que movilice a todo el pueblo progresista y revolucionario, a los distintos partidos populares, a los sindicatos y demás organizaciones similares, en una palabra a las más amplias masas cuya lucha corre paralela, convergiendo a cada momento y estratégicamente con el accionar militar del ejército popular y el accionar político clandestino del partido proletario.

La respuesta debe ser clara, y no otra que la lucha armada como el principal factor de polarización, agitación y, en fin, la derrota del enemigo, la única posibilidad de triunfo. Esto no quiere decir que no se utilicen todas las formas de organización y lucha posibles: la legal y la clandestina, la pacífica y violenta, económica y política, convergiendo todas ellas con mayor eficacia en la **lucha armada**, de acuerdo a las particularidades de cada región y país.

El carácter continental de la lucha está signado, en lo fundamental por la presencia de un enemigo común. El imperialismo norteamericano desarrolla una estrategia internacional para detener la Revolución Socialista en Latinoamérica. No es casual la imposición de regímenes fascistas en los países donde el movimiento de masas en ascenso amenaza la estabilidad del poder de las oligarquías. A la estrategia internacional del imperialismo corresponde la estrategia continental de los revolucionarios.

El camino por transitar en esta lucha no es corto. La burguesía internacional está dispuesta a impedir, por cualquier medio, la Revolución, así se planteara en un sólo país. Ella posee todos los medios oficiales y oficiosos, bélicos o de difusión, para utilizarlos contra el pueblo. Por eso nuestra guerra revolucionaria es de desgaste del enemigo en sus primeras fases, hasta formar un ejército popular que supere en fuerza a los del enemigo. Este proceso es paulatino, pero es, paradójicamente, la senda más corta y menos costosa para alcanzar los objetivos estratégicos de las clases postergadas.

PUEBLO LATINOAMERICANO A LAS ARMAS

Vivimos momentos decisivos de nuestra historia. En esa conciencia, el MLN Tupamaros, el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), llaman a los trabajadores explotados latinoamericanos, a la clase obrera, a los campesinos pobres, a los pobres de la ciudad, los estudiantes e intelectuales, los cristianos revolucionarios y a todos aquellos elementos provenientes de las clases explotadoras dispuestos a colaborar con la justa causa popular, a tomar con decisión las armas, a incorporarse activamente a la lucha revolucionaria antiimperialista y por el socialismo que ya se está librando en nuestro continente bajo la bandera y el ejemplo del Comandante Guevara.

J.C.R.

JUNTA DE COORDINACION REVOLUCIONARIA

VICTORIA O MUERTE ELN

PATRIA O MUERTE VENCEREMOS MIR

A VENCER O MORIR POR LA ARGENTINA ERP

LIBERTAD O MUERTE MLN TUPAMAROS

Publicado en la revista *Che Guevara* N° 1, de noviembre de 1974

Publicación de la Junta de Coordinación Revolucionaria

Carlos Rossi [Seudónimo]

La revolución permanente en América Latina

[edición original de 1972, Cuadernos Rojos]

Introducción

La revolución cubana ha polarizado el campo de la lucha de clases en América Latina y ha llevado los problemas planteados por la teoría de la revolución permanente al centro del debate político y estratégico dentro del movimiento obrero. Los recientes acontecimientos del continente, tales como el fracaso del régimen "nacionalista militar" boliviano del general Torres y el giro represivo y derechista del régimen "militar nacionalista" de Perú, confirman una vez más la urgente necesidad que tienen los marxistas revolucionarios de disipar todas las ilusiones "nacional-democráticas", de reventar sin el menor miramiento todas las pompas de jabón "populistas", de atravesar con resolución todas las cortinas de humo "patrióticas" difundidas entre las masas trabajadoras por los ingenuos, por los stalinistas (que no son, por cierto, ingenuos), por los reformistas pequeñoburgueses y por otros neomencheviques.

La actualidad de la estrategia de la revolución permanente en América latina no incumbe para nosotros a un dogma abstracto e intemporal, sino que surge de un concreto análisis histórico y socioeconómico, análisis que muestra:

- a) El papel nefasto de la ideología stalinista de la revolución por etapas, que ha colocado a generaciones enteras de militantes comunistas sinceros y dedicados a remolque de la burguesía en el camino del oportunismo y la defección;
- b) La incapacidad de las revoluciones democrático-burguesas en América latina para cumplir de una manera radical y duradera con sus tareas históricas: la liberación nacional y la solución del problema agrario;
- c) La realización práctica de la revolución permanente en Cuba, con la transformación de la revolución democrática en revolución socialista y con la fusión, al fuego de la lucha de clases, de las tareas antilatifundistas, antimperialistas y anticapitalistas;
- d) El carácter predominantemente capitalista de las formaciones socioeconómicas latinoamericanas y su estrecha vinculación con el capital imperialista, fundamento económico del carácter anticapitalista de la revolución en el continente;
- e) El papel de la alianza obrero-campesina (políticamente dirigida por el proletariado) como base social real de la revolución latinoamericana.

La teoría de la revolución permanente no es nueva en América latina: se la encuentra explícitamente formulada en los textos del Komintern leninista (1920), en los escritos de los fundadores del comunismo latinoamericano (Mariátegui, Mella) y en los documentos del movimiento trotskysta. Pero particularmente en el curso de la década de 1960, a la luz de la revolución

cubana y de los escritos del Che, una nueva generación militante va a encontrar en América latina las fuentes del marxismo revolucionario y va, asimismo, a entablar sus combates bajo la bandera de la revolución permanente.

Dedicamos estas páginas a la memoria de tres heroicos representantes de esa generación: Luis Eduardo Merlino (Brasil), Tomás Chambi (Bolivia) y Luis Enrique Pujáls (Argentina), militantes trotskistas, miembros de la IV Internacional, muertos en el combate por la revolución socialista latinoamericana y mundial.

París, 15 de mayo de 1972

1

Teoría y práctica stalinistas de la revolución por etapas en América latina

Los mencheviques son los verdaderos precursores de la teoría stalinista de la revolución por etapas. Sus ideólogos (Plejánov, Dan, Martynov y compañía) habían dado a luz antes de 1917, mediante la aplicación de una versión vulgarizada, empobrecida, mecanicista y economicista del marxismo, el siguiente esquema dogmático:

1) Rusia es un país "oriental", bárbaro, atrasado, feudal, precapitalista.

2) *Por tanto*, Rusia se halla madura para una revolución democrático-burguesa, para un "1789 ruso", que eche abajo al zarismo y permita el libre desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas y de la democracia parlamentaria.

3) *Por tanto*, la burguesía liberal, antiabsolutista y antifeudal habrá de dirigir esta revolución, con el apoyo del proletariado y del campesinado.

4) Ya en el poder, la burguesía desarrollará el capitalismo en Rusia, mientras que la socialdemocracia organizará, en la oposición, al proletariado. Hasta que un buen día, en un lejano porvenir, cuando Rusia se haya convertido en un país industrializado, moderno y maduro para el socialismo (como Alemania, como Francia o Inglaterra), el proletariado socialista llegará al poder.

Lenin nunca creyó, por el contrario, que la burguesía rusa pudiera desempeñar un papel revolucionario democrático consecuente. Es cierto que antes de 1917 proponía un carácter democrático-burgués para la futura Revolución Rusa, pero consideraba a ésta como la obra de una alianza obrero-campesina que instauraría el poder de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado. En abril de 1917, Lenin comprende (como ya lo había comprendido Trotsky en 1906) que únicamente la *dictadura del proletariado*, sostenida por el campesinado, puede llevar verdaderamente a cabo la revolución democrática y antifeudal, sin dejar de adoptar desde luego medidas de *transición Inicia el socialismo*. Por consiguiente, Lenin relega, en un artículo publicado el 13 de abril, la fórmula "dictadura democrática del proletariado y el campesinado" a los archivos del viejo bolchevismo.

A partir de 1924-25, Stalin comienza la revisión del leninismo y elabora, en primer término a propósito de China, la estrategia semi-menchevique de la "revolución por etapas": la primera etapa, democrático-burguesa (o "agraria y antiimperialista", o "nacional y antifeudal"), será la obra de un "bloque de cuatro clases": el proletariado, el campesinado, la pequeña burguesía y la burguesía nacional. (La segunda etapa, socialista, queda diferida más o menos para las calendas griegas). La expresión política de ese bloque en China fue la entrada del PC chino en el Kuomintang de Chiang Kai-Shek, supuesto partido de la burguesía nacionalista revolucionaria. Semejantes tesis, que Stalin va a imponerle al PC chino de 1925 a 1927 y que conducirán al catastrófico fracaso de Shangai en 1927 (matanza de los comunistas por Chiang Kai-Shek), eran desarrolladas con un entusiasmo

particularísimo por el ex-economista de 1902, ex-menchevique y nuevo aliado del stalinismo Martynov, convertido en vocero oficial del PC soviético en lo atinente a China. .. Además, la línea china de Stalin gozaba del apoyo tan cálido como explícito de los mencheviques: Dan, su dirigente exiliado, alababa en abril de 1927 la "sabiduría" de la política soviética en China, que, "según el buen método menchevique", insistía en el sentido de "no imponer prematuramente objetivos socialistas" a la revolución china. El órgano oficial de los mencheviques exiliados, *Mensajero Socialista*, escribía en su número del 9 de mayo con respecto a las tesis de Stalin: "Si se hace abstracción de las palabras que obligadamente recubren las tesis de un jefe comunista, no es posible objetar mayor cosa al aspecto esencial de la línea trazada. Tanto como sea posible, no hay que salir del Kuomintang, y hay que aferrarse hasta el último extremo a su ala izquierda". (1)

¡Imposible ser más claro!

La mayoría de los partidos comunistas de América latina se constituyeron durante la década de 1920. La calidad política de sus primeros dirigentes y la falta de interés del Komintern (2) por América latina así como su objetiva endebles durante aquella primera época, los pusieron relativamente al abrigo de las maniobras oportunistas de Stalin.

Sólo en el curso de la década de 1930 comienzan esos partidos a tener cierto peso político en sus respectivos países. Durante el "tercer período" (1928-1933), y siguiendo la línea sectaria del Komintern, organizan heroicas sublevaciones condenadas al fracaso: la revuelta de 1932 en El Salvador, los soviets de 1933 en Cuba y la insurrección militar de 1935 en Brasil (mezcla asombrosa de "estrategia moderada" del frente popular antifascista y táctica putschista del "tercer período").

Quiere decir, pues, que es sobre todo a partir de 1935 cuando la estrategia stalinista de la revolución por etapas va a florecer en América latina en toda su hermosura y su perfume turbio. Vamos a seguir el caso de dos partidos comunistas importantes y decididamente representativos; lo haremos en su triste itinerario menchevique-stalinista desde 1935 hasta la década de 1960: el PC cubano y el PC brasileño.

1) El viejo PC cubano

A partir de 1935, bajo la "esclarecida" dirección de Blas Roca (y tiempo después Aníbal Escalante), el PC cubano aplicará, con una obstinación, un empecinamiento y una persistencia dignos de mejor causa, la estrategia de la revolución por etapas y del bloque con la burguesía nacional. En un artículo del 4 de diciembre de 1936 publicado en *Bandera Roja*, órgano del PC cubano, Blas Roca apela a un discurso pronunciado por Stalin en 1925 en el que éste ponía en guardia contra la peligrosa desviación consistente en "subestimar la importancia de una alianza entre la clase obrera y la burguesía revolucionaria contra el imperialismo". Según Blas Roca, esta lección del genial padre de los pueblos era absolutamente actual para Cuba, donde "la burguesía nacional, en contradicción con el imperialismo que la sofoca, acumula energías revolucionarias que no debemos dejar perder" (3)

Durante tres años el PC cubano va a buscar en vano al burgués progresista de sus sueños. Los diferentes partidos y dirigentes burgueses de Cuba (Grau San Martín, etc.) rechazan los insistentes ofrecimientos de matrimonio

frentepopulista de Blas Roca. Cercada acorralada, angustiada de miedo a quedarse solterona, y ardiendo en deseos de dar con un compañero "nacional-democrático", la dirección del PC cubano va a terminar por agarrarse del primero que llegue. Al no haber podido hallar un verdadero, auténtico y real burgués progresista (tal cual se lo ve descrito en las obras completas de Stalin), la dirección stalinista se conformará en 1938 con lo que los alemanes llamaban durante la guerra un *ersatz*, es decir un sustituto de mala calidad que reemplaza al producto original, inhallable en el mercado. Y ese *ersatz* de burgués democrático se llamaba... ¡Fulgencio Batista!

¿Quién era en la década de 1930 Fulgencio Batista? "Batista, este traidor nacional al servicio del imperialismo [...] ha ahogado en fuego y sangre la huelga (general) de marzo, ha transformado la universidad en un cuartel, ha destruido los sindicatos obreros y hecho incendiar sus sedes [...] ha desencadenado un terror bárbaro mediante el asesinato de sus adversarios en las calles, ha puesto en la clandestinidad a todos los partidos antiimperialistas, y ahora querría aprovecharse de su victoria temporaria para liquidar por completo la revolución". Esta descripción severa, pero justa, fue formulada en un discurso pronunciado en el otoño de 1935 por. .. Blas Roca mismo, quien todavía en febrero de 1938 acusaba a Batista de "querer establecer un régimen fascista". Ahora bien, en *enero* de 1939 Blas Roca explicaba ante el III Congreso del PC cubano: "Proclamamos ante el pueblo la necesidad de adoptar una actitud positiva (*sic*) para con Batista y de apoyar con todas nuestras fuerzas sus acciones progresistas. Decimos sin ambages que la principal tarea del movimiento revolucionario (?) consiste, hoy por hoy, en la lucha por la unidad nacional en torno de un programa democrático" (4). Este pequeño giro de 180 grados no se efectúa sin causar cierto estropicio. Algunos militantes del partido, izquierdistas incorregibles, rechazaban tan turbio concubinato con Batista, el reaccionario pro-yanki y asesino del gran combatiente antiimperialista Antonio Guiteras. Pues bien: se los "acusó de "trotskysmo" y se los expulsó del partido por "saboteadores de la unidad del pueblo" (5). Así comenzaba un fructífero período de colaboración de clases, que en febrero de 1943 debía llevar al presidente del PC cubano, don Juan Marinello, al cargo de ministro sin cartera del gobierno de Batista, promoción presentada por Blas Roca como "el mayor de los triunfos" de la historia del partido (6). Agreguemos que el PSP nunca hizo la autocritica de su colaboración con Batista en 1939-1944, colaboración que aún en 1961 era justificada por Blas Roca! (7). A la colaboración política con Batista corresponde paralelamente una colaboración "social" entre los sindicatos y la burguesía cubana: las cosas no se hacen a medias. El 28 de junio de 1944 la dirección de la CTC (Confederación de los Trabajadores Cubanos, dirigida por los cuadros del PC) proclamaba: "La revolución adoptada por la Asociación Nacional de Industriales coincide fundamentalmente con la política defendida por la CTC (...) La CTC reafirma su decisión, anunciada en su IX consejo nacional, y llama a todos los obreros y empresarios y al gobierno a continuar la cooperación que existe actualmente, para impedir interrupciones en la producción y para respetar los niveles de salarios establecidos" (8).

El idilio PC-Batista concluye en 1944 con la derrota en las elecciones del candidato de Batista, Salagrida, sostenido por el PSP (Partido Socialista Popular, nuevo nombre del PC cubano). A proposición de Blas Roca, el PSP envía en 1944 una extraordinaria carta de adiós al general Fulgencio Batista

y Zaldívar: "Honorable presidente y estimado amigo", carta en la que es dable hallar estas perlas: "Desde 1940 nuestro Partido ha sido el sostén más leal y constante de vuestras medidas gubernamentales, el más enérgico promotor de vuestra plataforma inspirada por la democracia, la justicia social y la defensa de la prosperidad nacional [...] Mañana volveréis a ser ciudadano privado, como cada uno de nosotros. Estamos seguros de que ni vuestro partido político, ni las condiciones ni vuestro desvelo por el destino de nuestro país os permitirán permanecer apartado de las luchas civiles en los días turbios y decisivos que nos esperan" (9).

Ese período es evocado por Jacques Arnault, stalinista incorregible, y caracterizado con el siguiente eufemismo: "...la cooperación ciertamente benéfica (¿para quien?!), pero no suficientemente crítica para con Batista" (10).

El "burgués demócrata" Batista ha sido suplantado en el poder por el "demócrata burgués" Grau San Martín, y el PSP continúa imperturbable su política de bloque con la "burguesía progresista". En febrero de 1945 un asombroso almuerzo reúne en La Habana a la Asociación de Industriales (patronal), a miembros del gobierno y a los dirigentes de la CTC, con Lázaro Peña (del PSP) a la cabeza. Los discursos pronunciados en esa ocasión histórica fueron publicados por el PSP en un significativo folleto titulado *La colaboración entre los patronos y los obreros*. En la introducción. Blas Roca agradece a la asociación de los patronos el hecho de haber "reconocido el papel normalizador (*sic*), responsable y progresista", de la CTC, pero se queja de que otros sectores de la patronal tengan aún "un pensamiento fosilizado" y rechacen la colaboración con los sindicatos. Y para que no se lo pueda acusar de injusticia con los patronos se apresura a añadir: "También entre los trabajadores -dirigentes y dirigidos- encontramos un grupo con mentalidad fosilizada que ha hablado y oído hablar durante años y años contra la colaboración de clases y que ahora no logra comprender los cambios históricos que se llevan a cabo en el mundo, ni sabe apreciar las nuevas condiciones, y que se obstina en conservar los conceptos que ayer eran íntegramente correctos, pero que hoy no corresponden a la realidad" (11).

La colaboración de clases se anuda asimismo al nivel político: el PSP proclama, "con firmeza y decisión", su "apoyo militante a la gestión progresista y popular del presidente Grau" (12). Desgraciadamente, en 1948 comienza la guerra fría, y el ingrato presidente Grau se empuera en perseguir a los sindicatos comunistas y en reprimir el movimiento obrero, reduciendo a nada las tiernas esperanzas colaboracionistas de la dirección del PSP.

Así llegamos al segundo golpe de Estado militar de Batista, en 1952. Como tan bien lo había previsto Blas Roca ocho años antes, el general no pudo "permanecer apartado de las luchas civiles de los días turbios"... El PSP, aun cuando sin dejar de condenar el golpe por reaccionario y pro imperialista, no toma ninguna medida concreta para organizar la resistencia. Jacques Arnault, el "especialista" del PC francés para América latina, "explica" la razón de esa pasividad: "El gobierno formado por Batista ponía sumo cuidado en mantener al máximo las apariencias de legalidad. El partido comunista no se hallaba ilegalizado! Hoy (el periódico del PSP) continuaba apareciendo" (13). El 26 de julio de 1953 Fidel Castro y sus camaradas

atacan el cuartel del Moncada. Batista prohíbe el PSP, que nada había tenido que ver, el pobre. Muy por el contrario, en una "Carta a los militantes" del 30 de agosto de 1953, la Comisión Ejecutiva del PSP presentaba el asalto al Moncada como una tentativa "putschista, Aventurerita, desesperada, característica de una pequeña burguesía sin principios y comprometida con el gangsterismo" (14).

¿Qué propone el PSP como alternativa a la lucha armada preconizada por Fidel? Según Blas Roca: "El PSP, frente a todos los delirios y sueños putschistas y frente a la negatividad abstencionista, opone de una manera resuelta y consistente la lucha por elecciones generales" (15). En 1955, Blas Roca va incluso a proclamar que a fin de llegar a las elecciones, y por la "solución democrática de la crisis", el PSP "no excluye la posibilidad de algún acuerdo entre oposición y gobierno sobre los problemas políticos, pero destaca que las bases sobre las que puede hacerse el acuerdo deben ser limpias, honorables y realmente beneficiosas para la nación" (16). Un acuerdo "limpio y honorable" con Batista para organizar elecciones: tal, pues, la maravillosa estrategia "revolucionaria" que Blas Roca oponía a los "sueños y delirios" de los "putschistas aventureros" del Movimiento 26 de Julio...

Y no es todo. En agosto de 1956, mientras Fidel y el Che preparan en México el desembarco del Granma, el PSP se ocupa en un problema muy desigualmente importante: las relaciones económicas con la URSS. El gobierno soviético acaba de adquirir 620.000 toneladas de azúcar cubana a Batista. La revista PSP proclama orgullosamente: "No hay duda alguna de que estas compras de la URSS han salvado por el momento a nuestro país de una bancarrota segura". Bulganin le ha ofrecido a Batista fortalecer las relaciones comerciales, y el PSP se propone movilizar en una gran campaña a las "fuerzas democráticas, antiimperialistas y progresistas", a fin de "solicitar al gobierno que estudie seriamente el ofrecimiento de Bulganin" (17). Con el desencadenamiento de la lucha armada en diciembre de 1956, el PSP no cambia de línea. En el número de junio de 1957 de su revista, y mientras la guerrilla ruge en Sierra Maestra, el PSP sigue hablando de un eventual "arreglo sin guerra civil", de la posibilidad de un "cambio pacífico, incluyendo la situación (*sic*) del gobierno actual". La revista no hace *ninguna* mención de Fidel ni de la guerra revolucionaria en las sierras, pero en cambio publica un extenso artículo de Juan Marinello sobre "la lucha por la paz", que vuelve a destacar la capital importancia de la campaña por las relaciones comerciales con la URSS y las democracias populares y la ayuda preciosa que la Unión Soviética ha proporcionado a la economía de Cuba con la compra de azúcar (18).

Sólo en febrero de 1958 se decide el PSP a tomar en marcha el tren castrista, para lo cual envía a Carlos Rafael Rodríguez (el más "pro-Fidel" de sus dirigentes) a la Sierra, y les permite a otros militantes o cuadros unirse a la guerrilla, en la que, por lo demás, pelearon valientemente (uno de ellos. Armando Acosta, alcanzó incluso el grado de comandante). Hundida hasta el cuello en su estrategia reformista, legalista, "democrático-burguesa", la dirección del PSP no había comprendido hasta último momento la importancia capital del movimiento revolucionario dirigido por el Movimiento 26 de Julio. Peor: después de la victoria del 1º de enero de 1959, esa misma dirección va a esforzarse en "moderar" el ardor "izquierdista" de los dirigentes castristas. En un documento de enero de

1959 el PSP insistía, entre otras cosas, en la necesidad vital que tenía Cuba de mantener relaciones amistosas con los Estados Unidos. Todavía en agosto de 1960 el PSP se enfurecía ante la menor insinuación de que la revolución cubana atacara a la burguesía nacional o violara el derecho de propiedad privada. En un documento titulado Trotskismo: agentes del imperialismo, el PSP escribía por ese entonces: "Los provocadores trotskystas mienten cuando dicen que el pueblo cubano está expropiando los bienes de los imperialistas y de sus aliados nacionales. Eso es lo mismo que dicen todos los días la AP, la UPI y demás voceros imperialistas. Pero es falso. El gobierno revolucionario no ha expropiado compañías norteamericanas; solamente en los casos en que éstas han violado las leyes cubanas, como ha ocurrido con las compañías petroleras, se ha intervenido para mantener su producción e impedir el sabotaje económico de la revolución, la parálisis de las industrias"(19). En realidad, frente al sabotaje de la producción por la burguesía cubana que seguía el ejemplo de los trust norteamericanos el gobierno revolucionario comenzaba a intervenir también en las empresas de capital "nacional". En su informe a la VIII asamblea nacional del PSP (16-21 de agosto de 1960) Blas Roca previene contra tales tentaciones izquierdistas: en la etapa actual, "democrática y antimperialista, es necesario - dentro de los límites que es establezcan - garantizar los beneficios de las empresas privadas, su funcionamiento y su desarrollo [...]. Ha habido excesos, ha habido intervenciones abusivas que se habrían podido evitar [...]. No se debe intervenir por intervenir. La intervención debe tener un motivo serio [...]. Intervenir en una empresa o una fábrica sin que haya razón suficiente no nos ayuda, porque eso irrita y vuelve contra la revolución o contra las instituciones de la revolución a elementos que deben y pueden apoyarla, a elementos de la burguesía nacional que deben y pueden mantenerse del lado de la revolución en esta etapa, a elementos pequeños propietarios que pueden y deben marchar con la revolución" (20). ¡Una hermosa revolución socialista está pasando ante sus narices, y estos stalinistas empedernidos todavía quieren meterla en la camisa de fuerza de la "revolución por etapas", creyendo poder mantenerla sensatamente dentro del marco de la "primera etapa"! Todo ello condimentado con las habituales calumnias ponzoñosas contra los trotskistas, quienes, por su parte, tenían el atrevimiento de "insinuar" que la revolución cubana no respetara la propiedad privada y se encaminara hacia el socialismo.

Tal es, en resumen, la poco gloriosa historia del PSP de 1936 a 1960: a remolque de la burguesía en un presunto "frente unido nacional, democrático, antimperialista, antifascista", etc., etc., prácticamente fuera de foco de la verdadera revolución democrática dirigida por Fidel y sus camaradas, e incapaz de comprender la dinámica de la revolución permanente, que la transformó en revolución socialista en 1960.

2) El PC brasileño

Después del trágico fracaso de la sublevación de 1935, el PC brasileño comienza su larga marcha hacia la derecha. En 1937, cuando durante dos años el gobierno de Vargas ha encarcelado, torturado y dado muerte a miles y miles de militantes comunistas o simplemente progresistas, el PC brasileño decide formar "bloque con la burguesía nacional" y apoyar a José Américo, el candidato gubernamental a la presidencia. Esto provoca la feroz oposición de una amplia minoría de izquierda, hegemónica en el seno

del partido en Sao Paulo, minoría que quedará expulsada y que terminará por adherirse, en 1938, a la IV Internacional. He aquí la "autocrítica" de Luis Carlos Prestes a raíz de ese período, pero formulada diecisiete años después: "Cuando en 1937, frente a la evidencia de los errores izquierdistas y de las modificaciones en la situación, intentamos cambiar la orientación política del Partido, caímos en el extremo opuesto, en el oportunismo consistente en sustituir la hegemonía del proletariado por la hegemonía de la burguesía y en predicar que la burguesía brasileña era capaz de hacer su propia revolución democrática. [...] Esa falsa orientación facilitó el trabajo disgregador de elementos trotskistas" (21).

En realidad, el curso derechista y nacional-reformista consecuencia directa de la estrategia stalinista-menchevique de la revolución por etapas va a agravarse en 1945-48. En Unión nacional por la democracia y el progreso, un libro de 1945, Prestes escribía: "La única salida para la crisis económica y social que atravesamos es, sin duda, la realización progresiva y pacífica, dentro del orden y la ley, del programa de unión nacional. [...] Todos juntos, obreros y patronos progresistas, campesinos y propietarios de bienes raíces, demócratas, intelectuales y militares [...] Patronos y obreros deben resolver directamente, de una manera armoniosa, franca y leal, mediante comisiones mixtas en los locales de trabajo y por el acuerdo mutuo entre sindicatos de clase, las inevitables divergencias creadas por la vida misma. [...] Gracias a sus organizaciones sindicales la clase obrera podrá *ayudar al gobierno y los patronos* a dar con soluciones prácticas, rápidas y eficaces para los graves problemas económicos del día"(22). En otro folleto de la misma época, Prestes acusa a la "canalla trotskysta" de querer "dividir al pueblo, ponerle obstáculos al progreso de la democracia y enfrentar a los brasileños contra los brasileños"(23). Por lo demás, para impedir todo contagio "izquierdista", los estatutos del PC brasileño de 1945 contienen este asombroso artículo: "Ningún miembro del partido podrá tener relaciones personales, familiares o políticas con trotskistas".

En 1948, sin embargo, tal como en Cuba, la burguesía brasileña hará oídos sordos a las protestas de lealtad "nacional-unionista" del PC, y el partido será puesto fuera de la ley. Comienza entonces, de 1948 a 1953, bajo la égida de la guerra fría, un nuevo período izquierdista del PC brasileño, cuya expresión más radical será el *Manifiesto de agosto* (1950), más o menos inspirado por los textos "frentistas" de Mao Tse-Tung (y no, claro está, por la práctica *real* de la revolución china). Pero cabe destacar que ese giro táctico "de izquierda" se llevaba a cabo *dentro de la vieja estrategia de la revolución por etapas y del bloque de las cuatro clases*. Según el *Manifiesto de agosto*, es necesario constituir un Frente Democrático de Liberación Nacional que reúna a "*todos demócratas y patriotas*, por encima de todas las divergencias religiosas o filosóficas, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, obreros, campesinos, intelectuales pobres, pequeños funcionarios, *comerciantes e industriales*, soldados y marineros y oficiales de las fuerzas armadas"(24). En realidad, todas las oscilaciones, los zigzaguees, los virajes tácticos del PC brasileño de 1935 a nuestros días se efectúan dentro del marco *invariable, constante e inalterable* de la ideología stalinista de la "etapa nacional democrática". Este dogmatismo reformista al nivel de la estrategia irá a veces acompañado de errores tácticos monstruosos: en 1954, en vísperas de la caída de Vargas, el PC brasileño continúa presentando a este como el agente del imperialismo en Brasil, y procura oponerle un frente democrático... con la "verdadera" burguesía nacional.

¡Esto, en el momento mismo en que Vargas, abandonado por su propia clase, acosado por el imperialismo, amenazado por los militares e incapaz de movilizar las masas, se ve llevado al suicidio!

Inmediatamente después de la muerte de Vargas, el PC comienza (en el IV Congreso del partido, noviembre de 1954) un giro a la derecha que lo lleva ahora a sostener, de un modo más o menos incondicional, a los partidos burgueses que se dicen partidarios del viejo dirigente populista. En las elecciones de 1955, Juscelino Kubitschek, candidato del partido burgués conservador PSD, aliado del partido "laborista" PTB (fundados ambos por Getulio Vargas), será elegido con el apoyo del PC. Digno representante de la burguesía "nacional", Kubitschek abrirá de par en par las puertas de la economía brasileña a los capitales norteamericanos, que llegarán a invertirse en Brasil como nunca antes en la historia del país. Otro paso hacia el más chato oportunismo nacional-reformista se alcanzará con la *Declaración política* del PC de marzo de 1958. Según este documento, "en las actuales condiciones de nuestro país, el desarrollo capitalista corresponde a los intereses del proletariado y de todo el pueblo. Por consiguiente, la revolución en Brasil no es aún socialista, sino antiimperialista y antifeudal, nacional y democrática [...]. En estas condiciones, la contradicción entre *la nación en desarrollo* y el imperialismo norteamericano y sus agentes internos ha pasado a ser la contradicción principal de la sociedad brasileña" (25). Si se reemplaza "Brasil" por "Rusia" e "imperialismo" por "zarismo", Plejánov habría podido por cierto firmar esta frase. El documento de 1958 propone, pues, la formación de un frente nacionalista y democrático monumentalmente "amplio", que comprenda no sólo a los clientes habituales (proletariado, campesinado, pequeña burguesía y burguesía nacional), sino también a "los sectores de latifundistas que tienen contradicciones con el imperialismo norteamericano" y a "los grupos de la burguesía vinculados a los monopolios imperialistas rivales de los monopolios de los Estados Unidos". (26)...La finalidad del frente parecería ser la constitución de un gobierno nacionalista y democrático, y el principal medio para alcanzarlo sería "la *presión pacífica* de las masas populares y de todas las corrientes nacionalistas, dentro y fuera del Parlamento, para reforzar y ampliar el sector nacionalista del actual gobierno" (27). Toda amenaza de golpe de Estado reaccionario será vencida "por la resistencia de las masas populares, unidas a los sectores nacionalistas del Parlamento, de las fuerzas armadas y del gobierno". Y como en última instancia se confía en los "sectores nacionalistas de las fuerzas armadas", la Declaración de 1958 no dice ciertamente ni jota sobre el armamento del pueblo.

Esta línea será confirmada por el V Congreso del partido, celebrado en 1960, que con su imperturbable beatitud proclama: "En las actuales condiciones de Brasil y del mundo, existe la posibilidad real de alcanzar la finalidad de la revolución antiimperialista y antifeudal por un camino pacífico" (28). Tres años y un par de meses después, el golpe de Estado militar de abril de 1964, sostenido prácticamente por toda la jerarquía militar ("nacionalistas" y pro-norteamericanos, todos unidos contra el "peligro rojo") y explícitamente bendecido por las asociaciones patronales de la burguesía industrial y mercantil, daba un cruel mentís a los pobres sueños "pacifistas" y "burgués-democráticos" del PC brasileño. Desarmadas por treinta años de engaño nacional-reformista, las masas populares no pudieron resistir el golpe de Estado, que instaló en el poder a una banda

monstruosa de generales asesinos y verdugos al servicio del capitalismo y de los monopolios norteamericanos. La responsabilidad principal de ese terrible fracaso incumbe al PC brasileño, hasta entonces fuerza hegemónica en el seno del movimiento obrero del Brasil, o mejor dicho incumbe al stalinismo, que había reducido toda una generación de militantes comunistas (entre los cuales había muchos combatientes tan decentes como dedicados) a la impotencia y al encenegamiento en los pantanos inmundos del oportunismo.

Esta vez era demasiado. Un número muy alto de militantes, si no la mayoría de ellos, y hasta varios dirigentes del PC Carlos Marighella, Joaquín Cámara Ferreira, Mario Alves, Apolonio de Carvalho, Jacob Gorender, etc. , iban a sacar las lecciones de los acontecimientos de 1964: abandonaron el partido y constituyeron grupos de la nueva vanguardia revolucionaria. En el viejo PC reformista no quedan más que los incondicionales del stalinismo y del brezhnevismo, con Luis Carlos Prestes a la cabeza. Y éstos, como los Borbones franceses después de 1789, no habían aprendido ni olvidado nada: continuaron repitiendo sin el menor cansancio, como tarabillas budistas, las mismas viejas fórmulas neomencheviques, como si nada hubiese pasado. En una "autocrítica" de mayo de 1965, el CC del PC brasileño denuncia como responsables del fracaso del partido a las tendencias... "sectarias e izquierdistas", que al parecer prevalecieron en su política en el curso de los años 1962-64 y que "alejaron del frente único a importantes sectores de la burguesía nacional". . . Puesto que se trata de ir un poquito más hacia la derecha, el PC intenta formar, en el curso de los años 1966-68, un "Frente Amplio" con viejos y depuestos políticos, entre ellos Carlos Lacerda, uno de los principales jefes civiles del golpe de Estado de 1964. En lugar de preparar la resistencia armada, el PC se entrega a enjuagues electoraleros y les hace la corte a algunos "generales patriotas", destacando en la prensa partidaria que la derrota de la dictadura provendrá más probablemente de las "contradicciones en el seno de las propias clases dominantes, inclusive los putschistas" que de una acción de las grandes masas populares (29).

Resulta difícil, imposible acaso, prever con exactitud los caminos que tomará la revolución en Brasil. Sólo un hecho puede preverse con certeza casi matemática: *la revolución no estará dirigida por el PC brasileño.*

Para terminar, dos palabras sobre la organización maoísta "ortodoxa". El Partido Comunista de Brasil (nacido en 1962 de una escisión ocurrida en el Partido Comunista brasileño) constituye la versión "izquierdista" de la estrategia staliniana. Sin dejar de criticar el "revisionismo" del PC brasileño, pro-soviético, y predicando "la guerra del pueblo", el PC de Brasil no hace en realidad otra cosa que regresar a la política de 1950-53 llevada por el Partido: contra la mala burguesía en el poder, vendida al imperialismo, constituir un frente democrático... con la "verdadera" y buena burguesía nacional y patriótica. Los documentos del PC de Brasil insisten, de ahí, en "la unidad de los patriotas y demócratas" para llevar adelante una revolución "nacional y democrática, agraria y antiimperialista". Entre las fuerzas "patriotas" se encuentra, por supuesto, la burguesía nacional brasileña, "llamada a desempeñar un papel de cierta importancia en la lucha contra el imperialismo yanqui y por la reforma agraria" y que "forma parte integrante del frente unido democrático y antiimperialista" (30). Y esto dos años después del golpe de Estado militar de 1964...

Añadamos, para ser equitativos, que el PC de Brasil se distingue del PC brasileño, pro-soviético, por lo menos en dos puntos importantes: 1) El reconocimiento de la vía armada como el único camino posible, reconocimiento que hasta ahora ha seguido siendo platónico, ya que el PC de Brasil no se ha comprometido hasta ahora, a no ser verbalmente, con la lucha armada; 2) La hegemonía del proletariado en el frente unido democrático y antimperialista, proclamada en principio, pero por desgracia poco menos que ahogada en la ideología "populista" del partido maoísta brasileño.

El fracaso de las revoluciones burguesas en América latina

América latina ha conocido, de 1910 a nuestros días, un gran número de revoluciones o "semirrevoluciones" de tipo burgués-democrático. Algunos de estos movimientos han producido cambios importantes y duraderos; otros han fracasado por completo, pero todos ellos tienen un elemento común: la incapacidad para resolver verdadera y radicalmente las dos tareas principales de la revolución democrática, esto es, el problema agrario (la miseria de los campesinos) y el problema nacional (la dominación imperialista).

Estos movimientos pueden clasificarse en dos categorías principales:

1) Las revoluciones "por abajo", producto de una inmensa "ola de fondo", de una sublevación de grandes masas campesinas y obreras, o sólo obreras, que mediante la violencia armada hace trizas al viejo Listado oligárquico e impone transformaciones radicales, transformaciones que habrán de ser poco a poco "roídas", "institucionalizadas", "recuperadas", o bien lisa y llanamente anuladas por el reformismo burgués. Ejemplos: la revolución mexicana y la revolución boliviana. 2) Las semirrevoluciones "por arriba": conjuntos de medidas de tipo populista, democrático o nacionalista, emprendidas "en frío" por un gobierno bonapartista que suele apoyarse (no siempre) en el movimiento obrero organizado para arrancarle concesiones al imperialismo. Generalmente, estos regímenes han sido establecidos por los militares y derrocados... por los militares. Ejemplos: Vargas y Goulart en Brasil, Perón en Argentina, Arbenz en Guatemala, Velasco Alvarado en Perú.

Evidentemente, la anterior distinción es, como toda clasificación, sumamente esquemática; encontramos diferentes combinaciones de las dos formas: la revolución "por abajo" puede repuntar "por arriba" (Cárdenas en México), y las semirrevoluciones "por arriba" pueden conocer profundas movilizaciones de masas "en la base" (Perón en Argentina).

No se trata, claro está, de hacer la historia de tales movimientos, sino de establecer, a bulto, sus grandes líneas, *el balance político y social*.

1) Las revoluciones "por abajo"

a) México

Desde su comienzo en 1910-11 la revolución mexicana había tenido un doble carácter. En la base, el gigantesco movimiento de los campesinos armados bajo la dirección de Villa y Zapata, que aplastaba a su paso a la vieja oligarquía agraria del régimen de Porfirio Díaz y realizaba ahí mismo la revolución agraria. En la cima, políticos burgueses moderados (Madero) o conservadores (Carranza) intentaban controlar e "institucionalizar" la revolución, sobre todo mediante la promulgación de la Constitución (democrática avanzada) de 1917. El asesinato de Zapata en 1919 y el de Pancho Villa (por los norteamericanos) en 1923 señalan el fin de la primera etapa y el principio de la consolidación: el gobierno reformista del general Obregón comienza a aplicar, a partir de 1920, la reforma agraria

"constitucional", y el gobierno de Plutarco Elías Calle quiebra, en 1926, el poder feudal de la Iglesia mexicana.

Un nuevo paso adelante será dado por Lázaro Cárdenas (presidente de 1934 a 1940). Cárdenas va a profundizar la reforma agraria y, apoyándose en la poderosa Central de los trabajadores mexicanos, expropiará los trusts anglo-norteamericanos del petróleo. El régimen de Cárdenas será el punto culminante alcanzado por la revolución mexicana, cuya declinación, cuyo aburguesamiento conservador y cuya degradación política se desarrollaron progresivamente desde entonces, hasta llegar a la miserable matanza de Tlateloco, en 1968, que revela a los ojos de todo el mundo el carácter reaccionario, antidemocrático y antipopular del régimen del supuesto "Partido Revolucionario Institucionalizado", horrible caricatura de democracia burguesa.

¿Cuál es en 1971 el balance de sesenta años de revolución mexicana? Sin duda, se llevó a cabo una importante reforma agraria bajo la presión de las masas campesinas sublevadas. Pero poco a poco se creó un nuevo sistema latifundista por la acumulación de tierras y la formación de corporaciones agrícolas capitalistas. En algunas regiones del norte de México (California del sur, Nayarit, Sonora), el 0,5 por ciento de los propietarios posee más del 50 por ciento de las tierras productivas. Las formas de explotación semif feudales han sido remplazadas por formas capitalistas más "modernas", pero las condiciones de vida de los trabajadores agrícolas no han cambiado mayor cosa. Hasta los pequeños propietarios y los miembros de las cooperativas (*ejidos*) son explotados por el crédito usurario y por el control del mercado por parte de las empresas capitalistas comerciales. Agreguemos a ello los altos porcentajes de la mortalidad general, de la mortalidad infantil, del analfabetismo, de la desnutrición (superiores a los de Chile y Argentina y a veces hasta los de Perú y Colombia), los bajos niveles de renta *per cápita* (inferiores a los de Chile y Argentina) y la enorme desigualdad en la distribución de la renta nacional (uno por ciento de la población recibe el 66 por ciento de la renta, y los otros 99 por ciento sólo el 34 por ciento). Es, pues, evidente que México no ha salido del subdesarrollo, al menos no más que muchos otros países latinoamericanos, y que el principal beneficiario de la "revolución institucionalizada" ha sido una nueva burguesía de ávidos aprovechadores, estrechamente asociados al aparato del Estado (31).

Es cierto que México (gracias, entre otras cosas, a las condiciones creadas por la reforma agraria) ha conocido un considerable desarrollo industrial. Pero este, obtenido en íntima asociación con el capital norteamericano, no hace más que agravar la dependencia económica de México con respecto a Estados Unidos y las deformaciones económicas que se derivan de ello. Se trata, pues, para emplear la feliz expresión de André Gunder Frank, de un "desarrollo del subdesarrollo" bajo la dominación del imperialismo: la extracción y la industria de la mayoría de los metales no ferrosos están ubicadas bajo el control de la American Smelting and Refining Co.; la Westinghouse Electric domina la fabricación de aparatos eléctricos; la General Motors y la Ford, la industria del automóvil; la Panamerican Airways, la navegación aérea; la American Tobacco, la industria del cigarrillo, etc. (32).

En conclusión, la revolución mexicana destruyó el viejo listado oligárquico de Porfirio Díaz., y lo sustituyó por un Estado moderno basado en una constitución "democrática"; introdujo, también, importantes transformaciones en las relaciones de producción tanto en la ciudad como en el campo. Pero a decir verdad no cumplió las tareas principales de una revolución democrática nacional. No liberó a las masas campesinas de la miseria y la explotación, y sobre todo no liberó a la economía mexicana de la dominación imperialista.

b) Bolivia

La revolución boliviana de 1952 tiene un carácter verdaderamente "ejemplar", a la vez por el grado de profundización que conoció en sus comienzos como por el grado de degeneración que alcanzó posteriormente.

El 9 de abril de 1952, un golpe de Estado preparado por oficiales vinculados al MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario, partido nacionalista burgués y pequeñoburgués de Bolivia) fue deshecho a medias por las tropas gubernamentales de la dictadura militar oligárquica. El jefe militar del levantamiento, general Seleme, abandona discretamente el campo de batalla y corre a refugiarse a la embajada de Chile. Siles Suazo el principal dirigente civil del MNR, le propone la régimen una "solución de conciliación", pero los militares en el poder exigen la rendición incondicional, En ese momento entra en escena un tercero e inesperado personaje: las masas populares de La Paz y los mineros del estaño, que transforman lo que era en una conspiración palaciega semiaborlada en una de las más impresionantes insurrecciones obreras de la historia de América latina. Durante tres días el pueblo de La Paz, y sobre todo los mineros de Milluni y Oruro, van a arrojar, armados de fusiles tomados al enemigo y de cartuchos de dinamita (de los que se emplean en las minas), contra el ejército regular, que será finalmente aplastado, aún cuando no sin antes haber cañoneado los barrios obreros de La Paz, causando 1.500 muertos en las filas populares. El MNR llega así al poder, sostenido (¿o quizá prisionero?) por las milicias obreras, que sustituyen al disuelto ejército y exigen la nacionalización inmediata de las minas pertenecientes a los tres grandes "barones del estaño": Patino, Hoschshild y Aramayo, odiados explotadores de los obreros bolivianos. Después de muchas vacilaciones, Paz Estensoro (MNR), sometido a la presión de los mineros en armas e incapaz de hacerles frente, proclama en octubre de 1952 la expropiación (con indemnización) de los monopolios mineros. Entretanto, en el campo los sindicatos campesinos, generalmente bajo la influencia del POR trotskista (Partido Obrero Revolucionario, sección boliviana de la IV Internacional), comienzan a expropiar por su cuenta los latifundios y a ocupar las tierras. Paz Estensoro se ve obligado a avalar y legalizar esta situación de facto mediante la ley de Reforma Agraria de agosto de 1953. Tal cual lo destaca el norteamericano R. W. Patch: "Esta ley fue impuesta por un hecho cumplido: la única solución alternativa era una desastrosa guerra civil". La ley boliviana de Reforma Agraria abolía el latifundio y decretaba la distribución de las tierras entre los campesinos (con ciertas excepciones, como las "grandes empresas ganaderas", para las cuales se admitían superficies que llegaban hasta las 50.000 hectáreas), con lo que se desembocaba en una generalización de los minifundios.

Sin embargo, en ese mismo momento comienza la declinación de la revolución boliviana. En julio de 1953, Paz Estensoro adopta medidas para restablecer el ejército profesional y vuelve a abrir el Colegio Militar. Era el primer paso dentro de una "larga marcha airas", que iba a efectuarse con la benéfica ayuda del imperialismo norteamericano. Después de la visita de Milton Eisenhower, hermano del presidente de los Estados Unidos (verano de 1953), el gobierno de USA va a financiar generosamente al tesoro boliviano, recibiendo en cambio no menos generosas concesiones petroleras, con las que se beneficiaron la Tennessee Gas Co., la Monsanto Chemical Co., la Murphy Oil Corporation y la Union Oil and Gas of Louisiana. En 1955, Paz Estensoro suscribe el Código del Petróleo, popularmente conocido como "Código Davenport", según el nombre de su verdadero autor, un abogado de los trust petroleros norteamericanos.

Paz Estensoro es remplazado en 1956 por un nuevo presidente del MNR, Siles Suazo, quien va a desviar aún más la corriente a la derecha. Para resolver los problemas financieros del gobierno, Siles apela a un especialista norteamericano del Fondo Monetario Internacional, George Jackson Eder. Es el famoso "plan Eder" de "estabilización monetaria", que impone en Bolivia, gracias a la mediación del gobierno del MNR, la tradicional política económica del FMI: congelación de salarios, liberación del intercambio, apertura al capital foráneo, etc. Paralelamente, Siles, siempre con la ayuda "desinteresada" de USA, continúa reforzando y consolidando las fuerzas armadas regulares.

En 1960, Paz Estensoro vuelve al poder, pero esta vez con la intención bien firme de no repetir sus "pecados de juventud", de los años 1952-53: "En el curso de nuestra segunda presidencia hemos corregido las desviaciones anarco-sindicalistas que habíamos cometido en la primera bajo la presión de las circunstancias (...) La revolución boliviana se ha institucionalizado con arreglo al precedente de la revolución mexicana" (33). Las "circunstancias" que hacían presión en 1952-53 eran, por supuesto, los mineros y campesinos en armas.

Uno de los primeros acontecimientos de la segunda presidencia de Paz Estensoro fue, a principios de 1961, el ofrecimiento soviético de construir en Bolivia una refinería de estaño, acompañada de un préstamo de 150 millones de dólares. El departamento de Estado declaró oficialmente que "una fundición de estaño sería antieconómica e indeseable para Bolivia", con lo que el gobierno del Movimiento Nacionalista (?) Revolucionario (??), obediente a la Voz del Amo, rechazará la proposición de la URSS. Y después de tan vergonzosa capitulación, Paz Estensoro vegetará en el poder, despreciado por los obreros y carente de base popular, hasta su caída, muy poco gloriosa, en 1964, bajo un golpe de Estado del mismo ejército regular que el MNR había prolijamente reconstituido y mantenido desde 1953.

La primera preocupación de la junta militar de Barrientos-Ovando será el desarme de las últimas milicias obreras y la represión de los sindicatos de mineros. En mayo de 1965, la mina de Milluni, base de los revolucionarios de 1952, será bombardeada por la aviación y ocupada por el ejército después de sangrientas batallas. La represión se abate asimismo sobre las zonas mineras de Oruro, Sucre y Potosí, al igual que sobre los barrios obreros de La Paz. Se parece al escenario del 9 de abril de 1952, pero al revés... Un grupo de dirigentes sindicales, desterrados en Argentina,

declaraba el 16 de junio de 1965: "En Bolivia hemos retrocedido treinta años con respecto a las conquistas obreras. Ahora estamos en peores condiciones que cuando gobernaba la Rosca (la oligarquía de los barones mineros)" (34).

En peores condiciones que treinta años atrás: tal el balance trágico de la revolución "democrático-burguesa" en Bolivia. La locomotora, detenida a mitad de camino por los cuidados del reformismo burgués, había regresado al pie de la montaña.

Para recompensar el celo de los pretorianos bolivianos, el gobierno estadounidense abrirá con amplitud aún mayor los cordones de su bolsa: durante 1966 tan sólo, el régimen militar boliviano va a recibir préstamos por 14.5 millones de dólares del BIRD; 10,9 millones de la AID y 18 millones del EMI. En cambio, ya en tren de dar, la rica mina Mathilde será cedida a la United States Steel Corporation y a la Philips Brothers, el petróleo de Santa Cruz a la Gulf Oil, amplias extensiones de tierra se concederán a la Gracc Co., etc. (35).

Así pues, en 1967, quince años después de comenzada la revolución, Bolivia se parece, en el momento en que el Che lanza la guerrilla, a cualquier otra república latinoamericana, económicamente colonizada por el imperialismo y aplastada bajo la bota de los militares, cuyos lazos más que íntimos con el Pentágono y la CIA son visibles a simple vista.

Sin embargo, no se puede hablar de restauración lisa y llana: al menos para una clase de la sociedad boliviana la revolución de 1952-53 representó ganancias irreversibles, esto es, para el campesinado. Una amplia capa de campesinos bolivianos llegó a la propiedad de la tierra y se liberó de la explotación semifeudal de los grandes terratenientes. Pero este cambio, que es importante, no ha significado en modo alguno una verdadera liberación de los campesinos de la miseria, del analfabetismo, de la desnutrición, de las enfermedades endémicas, etc. El sistema de los minifundios instaurado por la reforma agraria es económicamente retrógrado e incapaz de asegurar un verdadero auge de las fuerzas productivas en el campo. No resulta asombroso, de ahí, que el actual nivel de vida de las masas campesinas de Bolivia sea descrito por el clero de ese país como "infrahumano" comparado por el periodista francés Marcel Niedergang con el de los "más pobres campesinos de la Europa de la Edad Media". Si añadimos a ello la progresiva reconstitución de las grandes propiedades extranjeras y nacionales, así como la explotación de los pequeños campesinos por la usura, se hace evidente que el problema agrario está lejos de haber sido resuelto en Bolivia, cualesquiera que puedan ser, por lo demás, las ilusiones ideológicas creadas por la pequeña propiedad en el seno de una gran parte del campesinado (ilusiones que explican, entre otras razones, el fracaso de la guerrilla del Che).

El fracaso del reformismo militar de Torres y el triunfo de los fascistas bolivianos de Banzer & Company, sostenidos por la CIA, los gorilas brasileños y... el MNR, muestran, una vez más, la imposibilidad de una "tercera vía" nacionalista burguesa en Bolivia.

2) Las semirrevoluciones "por arriba"

a) Brasil 1930-1964

En 1930 un levantamiento militar lleva al poder al Getulio Vargas, a la cabeza de una coalición en extremo heterogénea de sectores de la oligarquía agraria (Estados del norte y el sur opuestos a los latifundistas de Sao Paulo), nuevas capas de la burguesía urbana y sectores descontentos de las clases medias (los tenientes). El régimen de Vargas, que permanecerá en el poder hasta 1945, constituye por una parte una redistribución del poder político dentro de las clases dominantes (en beneficio de la burguesía industrial en desarrollo) y por la otra una relación bonapartista con las masas populares urbanas, que se beneficiarán con ciertas leyes sociales y se verán encuadradas dentro de una estructura sindical paraestatal. La dictadura de Vargas cae en 1945 bajo un golpe de Estado militar, pero el viejo caudillo populista es elegido presidente en 1950 y retoma su tradicional política de conciliación y báscula entre la derecha y la izquierda. Por una parte firma el acuerdo militar Brasil-USA, que integra el ejército brasileño dentro del sistema militar del Pentágono, y por la otra designa ministro de Trabajo a João Goulart, quien juega la carta del "sindicalismo peronista" y de la alianza con los comunistas; ante las protestas de la derecha, destituye a Goulart, y éste se ve obligado a exiliarse en Uruguay. Este jueguito típicamente bonapartista terminará por enajenarse las simpatías tanto de los sectores burgueses más reaccionarios y pro-imperialistas (Carlos Lacerda) como del movimiento obrero organizado (el PC y los sindicatos bajo su dirección), finalmente, en agosto de 1954 abandonado por su propia clase, intimado por los militares a renunciar a la presidencia y sin poder ni desear recurrir al pueblo. Vargas se suicida de un balazo en el corazón.

La herencia de Vargas será recogida por su discípulo João Goulart, quien llega a la presidencia en 1961. Su política económica será en un primer momento bien "ortodoxa" y conservadora: su plan trienal fue condenado por antipopular, hasta por el PC brasileño. Pero progresivamente Goulart efectúa un giro a la izquierda, que desemboca, en marzo de 1964, en la proclamación de varias "reformas de estructuras": nacionalización de las refinerías de petróleo, expropiación de tierras a la vera de grandes carreteras, etc. La burguesía brasileña, en todas sus capas y fracciones, se espanta, no tanto por los discursos ni actos de Goulart, cuanto por lo que éste *tolera*: la agitación y la creciente movilización de los sindicatos obreros, de las uniones estudiantiles, de las ligas campesinas, de los partidos y grupos de izquierda y, más grave aún, de las asociaciones de soldados, marinos y suboficiales del ejército. En momentos en que la "subversión" amenaza con alcanzar el sanctasanctórum del Estado burgués, el aparato militar de represión la alta jerarquía del ejército, sostenida por la aplastante mayoría del personal político burgués (Serrado, Parlamento, gobernadores de Estado, partidos políticos, etc.), por la jerarquía eclesiástica y por las asociaciones patronales de la industria, el comercio y la agricultura (algunos empresarios industriales Paulo Ayres Filho, João Baptista Figueiredo, etc.- llegaron incluso a participar en la preparación del golpe), y claro está que con la bendición del imperialismo estadounidense a través de Lincoln Gordon, embajador norteamericano en Brasil, desencadena un golpe de Estado contra Goulart y toma el poder. Contra la amenaza popular, contra el movimiento obrero y campesino, la Santa Alianza de las clases explotadoras, de los industriales "modernistas" y de los latifundistas "semi-feudales", de los burgueses "nacionales" y de los monopolios imperialistas movilizó su brazo armado los militares para "restablecer el orden" e instaurar el régimen más reaccionario, el más pro-

yanki, el más antipopular, el más odiado, el más represivo, el más criminal y el más infame de toda la historia de Brasil.

Moraleja de la historia: los regímenes de Vargas y Goulart no llevaron realmente a cabo una revolución democrática burguesa. *Prácticamente no tocaron la estructura agraria de Brasil*, y las medidas nacionalistas que adoptaron (Petrobrás, ley de Goulart sobre repatriación de beneficios, etc.) eran en extremo limitadas y no ponían en tela de juicio la relación de dependencia de Brasil respecto del imperialismo. Sin embargo, ni aun estas reformas por arriba fueron toleradas por la burguesía brasileña, que en tres oportunidades (1945, 1954 y 1964) abandonó a su jefe "progresista" para asociarse a los golpes de Estado militares inspirados por el imperialismo norteamericano.

b) Argentina 1943-1955

¿Cuál fue la naturaleza del régimen peronista? Un *Estado bonapartista sui generis*, balanceándose entre el ejército y los sindicatos, la burguesía urbana y el proletariado industrial, presuntamente por encima de las clases, pero en último análisis al servicio del capitalismo, y el conjunto coronado al nivel superestructural por una "ideología populista confusa (el "justicialismo") y por un mito carismático (Perón-Evita) profundamente arraigado en las masas. Como todo régimen bonapartista, el régimen de Perón exhibía un rostro de Jano ambiguo. Para el lado de afuera, para las masas obreras, para los *descamisados* se presenta como el enemigo jurado del imperialismo anglo-norteamericano, del Jockey Club, de la Sociedad Rural y del gran capital, como un caudillo cuya única finalidad es la de "favorecer la felicidad del pueblo y la grandeza de la nación mediante la justicia social, la independencia económica y la soberanía política" (Carta Orgánica del Partido Peronista). Para el lado de adentro, para la burguesía, explicaba en un discurso maravillosamente cínico pronunciado en la Cámara de Comercio de Buenos Aires el 25 de agosto de 1944: "Señores capitalistas, no teman a mi sindicalismo; nunca como hoy estará el capitalismo tan seguro [...]. Las masas obreras que no están organizadas son peligrosas, porque no están integradas. La experiencia moderna demuestra que las masas obreras organizadas son por cierto las que mejor se pueden dirigir y conducir (...) Se ha dicho que soy enemigo de los capitalistas, pero si ustedes observan bien no hallarán un defensor más resuelto que yo, porque yo sé que la defensa de los intereses de los hombres de negocios, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del Estado [...] Si deseo organizar estatalmente a los trabajadores es para que el Estado los dirija y les muestre el camino" (36). Este discurso, que por su deslumbrante transparencia merece figurar a la cabeza de cualquier antología sobre el bonapartismo burgués, muestra el papel que Perón entendía atribuir al movimiento obrero dentro de la compleja mecánica de su política de conciliación de clases.

Designado ministro de Trabajo en el régimen militar (más o menos pro-nazi) instituido en 1943, derrocado por los militares en 1945, repuesto en su cargo por una gigantesca movilización obrera el 17 de octubre de 1945, elegido presidente en 1946 y reelegido por una aplastante mayoría en 1952. Perón será finalmente depuesto por los militares en 1955. ¿Cuál es el balance de los diez años de régimen "justicialista" en Argentina? ¿En qué medida se ha cumplido una "revolución burguesa por arriba"?

Con respecto a los problemas agrarios, el balance es más bien magro. Es cierto que la vieja oligarquía rural de los ganaderos fue políticamente neutralizada y que una parte de sus sobreganancias se la apropió el Estado gracias al IAPI, monopolio estatal del comercio exterior (sobre todo, trigo y carne). En cambio, *Perón no tocó la estructura agraria* y dejó absolutamente intactos el monopolio de la tierra y la gran propiedad raíz.

Con respecto al imperialismo anglo-norteamericano, digamos que se llevó a efecto cierto número de nacionalizaciones (con indemnización). Las compañías inglesas de ferrocarriles fueron adquiridas (150 millones de libras esterlinas), así como los sistemas de teléfonos pertenecientes al trust norteamericano Bell (100 millones de dólares). Sin embargo, Perón no emprendió absolutamente nada en los tres sectores claves en manos de los monopolios extranjeros: el petróleo, los frigoríficos y la electricidad. Peor aún, en los últimos años de su régimen hará importantes concesiones a la Standard Oil, concediéndole una inmensa región de la Patagonia con privilegios equivalentes a la extra-territorialidad.

En 1955, ante el golpe de Estado militar apoyado por la Iglesia las clases dominantes y las capas medias. Perón preferirá ponerse a salvo antes que recurrir a los sindicatos y armar a los obreros. Fue el fin de la conciliación de clases: el movimiento obrero va a radicalizarse cada vez más, mientras que la burguesía argentina elegirá el desarrollo industrial asociado al imperialismo norteamericano.

c) Guatemala 1944-54

La semirrevolución de Guatemala se distingue de los otros movimientos del mismo género en América latina por el papel importante que desempeñaron en ella el partido comunista (Partido Guatemalteco del Trabajo: PGT) y las organizaciones de masas dirigidas por él: la Confederación General de Trabajadores de Guatemala y la Confederación Nacional Campesina. En 1944, un levantamiento popular apoyado por un ala del ejército derroca a la dictadura oligárquica militar y lleva al poder, mediante elecciones, al escritor y dirigente antimperialista (moderado) Juan José Arévalo. El proceso revolucionario se inicia en 1951, con la elección del coronel Jacobo Arbenz, uno de los jefes de la insurrección de 1944. Apoyándose en el PGT y en los sindicatos obreros y campesinos (parcialmente asociados al aparato estatal), Arbenz va a emprender una reforma agraria que tiene desde un primer momento carácter antimperialista, porque el principal latifundista de Guatemala es la todopoderosa United Fruit Company, propietaria de enormes superficies de tierras, del 95 por ciento de la red ferroviaria, de los principales puertos del país, de la mayoría de la flota comercial, etc. Por ley del 17 de junio de 1952, el gobierno de Arbenz expropia las tierras no cultivadas de algunos latifundistas, entre ellas 83.029 hectáreas de la United Fruit (sobre un total de 188.339 que poseía). Además se les distribuye a los campesinos tierras de propiedad nacional (antigua propiedad alemana expropiada durante la segunda guerra mundial). En total, unos 110.000 campesinos recibirán títulos de propiedad.

En un artículo de marzo de 1954, la revista *Cuarta Internacional* destacaba: "Un gobierno como el de Arbenz es eminentemente transitorio, dado que representa un factor de equilibrio social inestable: o bien es derrocado por el imperialismo y los feudales burgueses idogoristas, o bien cede su lugar a un gobierno obrero-campesino [...]. Entretanto, nuestro deber es defender al

gobierno de Arbenz con las armas en la mano contra todo ataque de la contrarrevolución pro-yanqui. Esto no quiere decir, naturalmente, que debamos darle el menor apoyo *político*, que debamos ocultar sus limitaciones y su carácter efímero, o que sembremos ilusiones respecto de su capacidad para dirigir la lucha antiimperialista [...]. La única garantía efectiva contra las insurrecciones reaccionarias es *la democratización del ejército y el hecho de armar al pueblo [...] Hay que armar a los obreros y a los trabajadores del campo, organizándolos en milicias bajo la exclusiva dirección de los sindicatos*" (37).

En cambio el PGT califica por esa misma época a toda tentativa de armar a los trabajadores de "maniobras de la reacción interna, que pretende oponer el frente obrero-campesino a las fuerzas armadas", y reafirma su confianza en los "jefes y oficiales de mentalidad progresista del ejército" (38).

Los acontecimientos no tardaron en mostrar quién tenía razón. El 18 de junio de 1954, el reaccionario coronel Castillo Armas, a la cabeza de un pequeño ejército de 1.000 mercenarios, reclutados, adiestrados y pagados por la United Fruit, con la ayuda de la CIA y la bendición de John Foster Dulles, invadió Guatemala, El ejército gubernamental resiste blandamente durante unos diez días. El PGT no toma la menor iniciativa. A los obreros, campesinos y estudiantes que pedían armas el gobierno de Arbenz les respondía que el ejército era leal y que dominaba la situación. En efecto, la dominaba demasiado bien: el jefe de estado mayor, coronel Carlos Enrique Díaz, mantiene negociaciones secretas con los invasores gracias a la mediación benevolente de John Peurifoy, embajador de los Estados Unidos. Frente a la traición de "sus" militares, Arbenz, incapaz de movilizar las masas y armar al pueblo, prefiere renunciar. El 28 de junio, la junta militar presidida por el coronel Díaz pone fuera de la ley al PGT, y pocos días después elige al coronel Castillo Armas como presidente de Guatemala. Así, con pocos gastos y gracias a la comprensión entre camaradas de armas, el orden quedó restablecido, y la United Fruit, nuevamente en posesión de sus tierras, pudo volver a sus fructíferas actividades económicas.

La moraleja de la historia de esta semirrevolución burguesa hecha abortar por los militares fue extraída por un joven médico argentino que se encontraba entonces en Guatemala: Ernesto Guevara: "¿Qué lealtad puede esperarse de los que siempre han sido instrumentos de la dominación de las clases reaccionarias y de los monopolios imperialistas, de una casta que sólo existe gracias a las armas que posee y que no piensa más que en mantener sus prerrogativas?" (39).

d) Perú 1968

El régimen militar peruano, cronológicamente la última de las semirrevoluciones burguesas "por arriba", es actualmente el nuevo centro de agrupamiento político de las diferentes corrientes nacional-reformistas en América latina. Hasta algunas fuerzas revolucionarias (como el gobierno cubano) han sólidamente dejado de arrastrarse por las ilusiones difundidas por los militares populistas de Perú. La clarificación del papel y del verdadero sentido del régimen peruano exige, por consiguiente, un análisis un poco más detallado que el de las experiencias de Vargas, Perón y Arbenz, cuyo fracaso ya pertenece a la historia de América latina.

Grosso modo se podría definir el régimen peruano como un *bonapartismo populista-militar*. Marx definía el bonapartismo como un régimen en el que el ejército —en apariencia "por encima de las clases"- gobierna mediante la eliminación del personal político tradicional de la burguesía y sus instituciones (parlamento, partidos, etc.) de la escena política; un poder con un alto grado de autonomía con respecto a las clases dominantes, pero que actúa, en último análisis, al servicio de los intereses fundamentales de la burguesía; un poder, en fin, que procura, con medidas reformistas y demagógicas, hallar cierta base popular (generalmente campesina o pequeño burguesa). Todas estas características pueden encontrarse en la junta peruana, cuya política bonapartista presenta los siguientes rasgos:

- a) cumplimiento de reformas burguesas progresistas, sobre todo en el campo, por arriba, de forma burocrática y autoritaria, dentro del "orden";
- b) demagogia populista, reformista y nacionalista, acompañada de represión de todo movimiento popular autónomo, no gubernamental;
- c) desarrollo real del capitalismo de Estado y de la industrialización en general, bajo control del Estado;
- d) mejoramiento de la situación relativa de la burguesía local, sin poner en tela de juicio su relación de dependencia respecto del capital imperialista;
- e) reforma agraria tendiente a eliminar la oligarquía rural en sus sectores decadentes y a forzar a los sectores modernos a convertirse en burguesía industrial.

Se podría, pues, sacar la conclusión, como hace el sociólogo peruano Julio Coller, de que los dos ejes del populismo militar en Perú son: 1) la modernización del sistema capitalista, y 2) la neutralización de la movilización popular.

Desde el punto de vista político, el régimen militar ha significado por una parte la eliminación de la vieja oligarquía rural del bloque detentador del poder, y la instauración, como fracción hegemónica, de la burguesía industrial y financiera, y por otra parte, ya en la escena política, es la eliminación del viejo personal político burgués, la marginación de los viejos partidos reformistas (APRA, Acción Popular, etc.) y el auge del ejército como categoría *detentadora* del aparato estatal.

Como todo régimen bonapartista, el gobierno militar peruano sirve, en último análisis, a la burguesía y disfruta, por tanto, del sostén de la Sociedad Nacional de la Industria. La burguesía industrial y financiera no se opone en modo alguno a las reformas emprendidas por los militares. En un documento del 3 de agosto de 1969, la Sociedad Nacional de la Industria del Perú declaraba: "Las reformas necesarias constituyen el marco propicio para el refuerzo de la empresa privada, que tornará más fecundos su desarrollo y su capacidad creadora".

Orígenes de la junta militar. Los militares que se hallan actualmente en el poder en Perú pertenecen a una generación que se formó en el Centro de Altos Estudios Militares, fundado en 1958, y en el que enseñaban no sólo militares, sino también economistas burgueses "desarrollistas" del tipo de la CEPAL. La ideología que se formó en esa escuela es una combinación *sui*

generis de las preocupaciones típicas de los militares (la "seguridad nacional", el peligro comunista, etc.) con las de los economistas reformistas: el desarrollo económico es la mejor garantía contra la subversión. Es el tema desarrollado en una serie de artículos de la *Revista Militar del Perú* en la década del 60, artículos cuyo contenido fue resumido del siguiente modo por un sociólogo norteamericano: "La nueva ideología militar propone el mejoramiento de las condiciones sociales y económicas a fin de que las quejas que pudieran servir de base a los grupos revolucionarios para obtener apoyo sean eliminadas" (40).

En 1962 estos militares llegan por primera vez al poder. La razón inmediata del golpe de Estado es la de impedir que el presidente electo, Raúl Haya de la Torre, asuma el poder. Pese al hecho de que Haya de la Torre y su partido, el APRA, eran de mucho tiempo atrás "moderados" y "respetables" desde el punto de vista del imperialismo y la oligarquía, los militares, por su parte, no le perdonaban al APRA el haber organizado en su época "roja", esto es, en 1932, una sublevación de campesinos y soldados contra el ejército. Ocurrida en la ciudad de Trujillo, la sublevación causó algunas muertes entre los oficiales superiores, lo cual arrastró sangrientas represalias del ejército: seis mil rehenes fueron ejecutados con ametralladora después de haberles hecho cavar sus propias tumbas. Desde entonces hay una deuda de sangre y un odio implacable entre el ejército y el APRA, deuda que fue una de las causas del golpe de Estado militar de 1962.

El primer régimen militar, de 1962 a 1963, se distingue por la feroz represión del movimiento campesino de la región de Cuzco dirigido por Hugo Blanco. Millares de campesinos son detenidos, y sus sindicatos son destruidos y puestos fuera de la ley. Una vez despejado el terreno, los militares organizan elecciones, que dan la victoria a su protegido, el arquitecto reformista Balaúnde Terry, perteneciente al partido Acción Popular, "social-cristiano".

Apenas dos años después reaparece el "fantasma rojo", y el ejército entra de nuevo en acción: las guerrillas del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria, dirigido por de la Puente, Lobatón y Gadea) y del ELN (Ejército de Liberación Nacional, dirigido por Héctor Béjar) surgen en varios sitios: valle de la Convención, Junín, etc. El presidente cristiano-reformista titubea en emprender la represión. El estado mayor del ejército le presenta un ultimátum en el que se exige la suspensión de las garantías constitucionales y la entrega de plenos poderes al ejército para efectuar la represión. El presidente cede, y las "fuerzas especiales" antiguerrilleras del ejército, provistas de cuadros por "consejeros" de los Estados Unidos, logran, después de algunos meses de lucha y después, asimismo, de haber bombardeado con napalm las aldeas campesinas, aislar y finalmente dar muerte a los guerrilleros. ¿Qué generales comandaron esa operación de *counter-insurgency*? He aquí lo que declara el general Montagne, primer ministro del actual (41) gobierno militar: "No hay que olvidar que el general Velasco en persona, juntamente con el general Maldonado, ministro de gobierno, se halla en el origen de la liquidación de las guerrillas en nuestra patria" (42). Y añadamos que el general Velasco Alvarado era el representante peruano ante la junta interamericana de defensa (organismo que coordina los ejércitos latinoamericanos con el Pentágono).

La experiencia de los sindicatos campesinos de 1962 y la de las guerrillas de 1965 (que en cierta medida habían logrado implantarse en el campesinado) fortalecieron entre los militares las conclusiones que éstos habían sacado de sus estudios en el Centro de Altos Estudios Militares: la "seguridad nacional" exige algunas reformas si se les quiere mover el piso a los revolucionarios; únicamente el desarrollo puede salvar a Perú de la "subversión". Asistimos así, entre ellos, a una especie de fusión ideológica entre la problemática económico-social del "desarrollismo" y la problemática político-militar de la *counter-insurgency*. La quiebra y la impotencia del endeble reformismo civil de Belaúnde Terry y por fin el escándalo de los acuerdos petroleros con la IPC los convencieron de la necesidad de asumir directamente los cargos del poder.

Los militares y el imperialismo. Desde el punto de vista económico, Perú es prácticamente una semicolonias de Estados Unidos. Toda la producción minera esencial del país, la más importante red de ferrocarriles, las mayores industrias urbanas, las principales empresas de la pesca y de producción de harina de pescado, el sistema financiero, el comercio de exportación de los productos agrícolas, las industrias de montaje de vehículos, los servicios públicos más importantes, como la energía eléctrica y las telecomunicaciones: todos están bajo el control directo o indirecto de monopolios internacionales, sobre todo norteamericanos. Y con relación a este cuadro de dependencia económica casi total respecto de la metrópoli imperialista hay que medir las tristes medidas "nacionalistas" adoptadas por Velasco Alvarado.

La más importante y sensacional de ellas ha sido la expropiación de las instalaciones petroleras de la IPC (International Petroleum Company). Alvarado ha insistido sin descanso en el hecho de que se trataba de un caso excepcional. Efectivamente, al revés de las demás compañías, que pagan *royalties* al Estado peruano por sus concesiones petroleras (la propiedad del petróleo pertenece, por ley, al Estado), la IPC pretendía poseer en cabal propiedad los pozos de Brea y Pariñas y se negaba a pagarle derechos al Estado. La "nacionalización" de esos pozos fue llevada a cabo, no por Velasco, sino por el gobierno de Belaúnde Terry, y ello dentro del marco de un acuerdo escandaloso: la IPC "cedía" los pozos al Estado en cambio de la abolición de su deuda (centenares de millones de dólares en carácter de derechos e impuestos que se había negado a pagar). Además, seguía siendo propietaria de la refinería de Talara, y, según una cláusula secreta del acuerdo, el petróleo continuaría siendo refinado y vendido por la IPC... Contra este acuerdo, convertido en verdadero escándalo público, se levantó el ejército, y en octubre de 1968 expropió la refinería de Talara.

Hay, pues, que reducir el asunto a sus justas proporciones: expropiación de la refinería de *una* compañía petrolera que se hallaba en conflicto con el Estado peruano y que se negaba a pagar sus deudas. Al mismo tiempo que se efectuaba esta expropiación, el gobierno *firmaba acuerdos con otras tres compañías*: Texaco, Belco Petroleum (la Belco produce actualmente el 39 por ciento del petróleo peruano) y Gulf Oil. Parece, por otra parte, que la propia IPC ha sido secretamente indemnizada en unos diecisiete millones de dólares. De todos modos, el general Alvarado insistió repetidas veces, en su mensaje sobre la expropiación de Talara, en el carácter excepcional de la medida: "Somos un pueblo generoso que siempre ha dado y continuará dando las garantías de la ley a los inversores extranjeros que hayan venido,

que vengan o que vendrán a vivir y trabajar honradamente en nuestra tierra. El caso de la IPC es el caso de una compañía que ha violado nuestras leyes y que trata de malquistar a dos gobiernos amigos [...] *Su caso es único, es singular*. Por consiguiente, el gobierno revolucionario proclama ante el mundo que ninguna otra compañía extranjera tiene razones para tener la menor preocupación" (43).

Dentro del marco de la ley de Reforma Agraria, algunas compañías norteamericanas han sido expropiadas (como la Grace Co.). Pero parece que el gobierno militar ha tenido sumo cuidado en exceptuar, en la medida de lo posible, a las empresas agrícolas norteamericanas. Según un periodista que ahora apoya al régimen militar (Ismael Frías), "con respecto a consideraciones de táctica internacional, la nueva ley ha respetado por el momento ciertas plantaciones industriales pertenecientes a los norteamericanos" (44). Y por otra parte el sistema de indemnización previsto por la ley de Reforma Agraria favorece sobremanera a las empresas modernas capaces de movilizar un capital líquido, categoría a la que pertenecen, evidentemente, las compañías norteamericanas.

Falta, pues, en punto a medidas "nacionalistas", la expulsión de la misión militar estadounidense —que no ha impedido que decenas de oficiales peruanos continúen adiestrándose en USA y Panamá y sobre todo la proclamación de las "200 millas" como límite de las aguas territoriales, lo que ha provocado conflictos con los barcos de pesca californianos, acostumbrados como estaban a pescar lo que quisieran en aguas peruanas. A este respecto conviene destacar dos hechos significativos: 1) los regímenes militares de Brasil y Argentina, que no son en modo alguno sospechosos de veleidades antiimperialistas, también han fijado el límite de sus aguas territoriales en 200 millas; 2) la industria de la pesca peruana es extranjera en más o menos el 40 por ciento, sobre todo norteamericana. El conflicto de las 200 millas es, pues, en gran medida, un conflicto entre las compañías de pesca norteamericanas con base en Perú y sus competidoras de California.

Frente a tales medidas "nacionalistas", débiles y ambiguas, el régimen militar ha hecho enormes concesiones sobre la principal riqueza de Perú: el cobre. Un acuerdo suscrito con la Southern Perú Copper concede a este monopolio norteamericano la explotación de los yacimientos de Cuajone, que se cuentan entre los más ricos del mundo. Este acuerdo fue el resultado de una lucha interna de la junta, que terminó con la victoria del ala más proimperialista, dirigida por el ministro de Finanzas, general Francisco Morales Bermúdez. Analizando el acontecimiento, el periodista norteamericano James Petras escribe en *Monthly Review* (febrero de 1970): "El nuevo acuerdo [con la Southern Peni Copper] es el signo de un definitivo acercamiento al gobierno norteamericano y marca el fin de la fase nacionalista de la Junta [...] El acercamiento político a USA y la firma del acuerdo sobre el cobre proporcionan la garantía para el resto de la comunidad internacional inversora de que el Perú es, pese a todo, seguro para la explotación capitalista [. ..] La junta militar ha escogido claramente la vía del desarrollo mediante la subordinación a la inversión extranjera". Agreguemos que sería completamente falso creer que esta concesión "hace juego" con la expropiación de la refinería de la IPC: no hay proporción alguna entre ambas, pues el petróleo representa, dentro de las exportaciones peruanas, 10,9 millones de dólares, y el cobre 234 millones.

La relación entre estas dos cifras ilustra a maravilla el peso respectivo del "nacionalismo" y el del "cesionismo" del gobierno de Velasco Alvarado.

Por otra parte, y sin dejar de multiplicar las pomposas declamaciones sobre "los destinos superiores de la patria", "la dignidad nacional", "la soberanía y la independencia de Perú", etc., los militares en el poder insisten en todas sus declaraciones en su "buena voluntad" para con el capital extranjero y en el interés que éste tiene en invertir en Perú. Por ejemplo, en un discurso pronunciado el 28 de julio de 1969, Velasco Alvarado destacaba: "El desarrollo de América latina necesita del capital extranjero. Pero este capital no viene aquí por razones filantrópicas. Viene por interés. Se trata, pues, de un interés mutuo, que debe normalizarse de manera clara y justa en beneficio de ambas partes. El capital extranjero debe actuar, por tanto, dentro del marco legal de nuestros países, bajo reglas que garanticen la justa participación de nuestros países en la riqueza que éstos y sus hombres producen". En el fondo, lo que Alvarado pide es una más "justa participación" de la burguesía peruana en la riqueza "que nuestros hombres producen", es decir, una mejor distribución de la plusvalía entre el imperialismo y sus socios locales, dentro del marco de la dependencia económica tradicional de Perú. No se trata en modo alguno de volver a cuestionar el principio de la explotación imperialista, como lo proclama Velasco Alvarado el 20 de marzo de 1970: "En las nuevas condiciones creadas por el cambio revolucionario, los inversores y los hombres de negocios modernos tienen todas las garantías y todos los alicientes a que legítimamente pueden aspirar. Y un gran número de hombres de negocios, a los que el gobierno apoya y estimula, así lo comprenden".

¿Cuál fue la reacción del imperialismo con respecto a las medidas falsamente antiimperialistas de la junta peruana? Fue, en realidad, una reacción extremadamente moderada. No hay ninguna sanción económica, y la célebre "enmienda Hickenlooper" (sanciones contra gobiernos que expropien empresas norteamericanas sin indemnizarlas) no ha sido aplicada. Dos meses después de la expropiación de la IPC, el gobierno militar peruano envía a Estados Unidos al señor Fernando Berckmeyer, conocido representante de los sectores industriales más pro-imperialistas, para que obtenga créditos del Fondo Monetario Internacional. Este se los concedió. En agosto de 1969 el banco interamericano proporciona al gobierno peruano un préstamo de 80 millones de dólares. La Reforma Agraria merece las loas de Washington, por hallarse completamente dentro de la línea de la Alianza para el Progreso. Rockefeller escribía a su vez en su informe al presidente Nixon: "Un nuevo tipo de hombre militar está entrando en escena y pasa a ser con frecuencia una forma mayor para transformaciones sociales constructivas en las repúblicas americanas. Motivados por una creciente impaciencia respecto de la corrupción, de la ineficacia y del estancamiento político, los nuevos militares están preparados para adaptar su tradición autoritaria a los fines del progreso económico y social". Según *Newsweek* (5-1-1970), estas palabras se refieren precisamente a los regímenes militares populistas como el peruano. Charles Meyer, subsecretario de Estado para los asuntos interamericanos, declaraba por último el 13 de enero de 1970: "Los nuevos gobiernos militares de América latina están compuestos por oficiales patriotas y nacionalistas convencidos de que pueden promover el progreso de sus países, y no hay en ello ningún mal". Es verdad que ha habido cierta tensión entre Estados Unidos y el régimen de Velasco Alvarado a raíz de la

IPC y de las 200 millas, pero con posterioridad al acuerdo de Cuajone ha vuelto el buen viejo tiempo. Marcel Niedergang relata la "grandísima satisfacción" de los medios de negocios norteamericanos de Lima a raíz del acuerdo: "Ahora esperamos nos ha dicho el director de uno de los principales grupos norteamericanos en Lima— que Cuajone acelere el ritmo de las inversiones extranjeras en la industria. Hacía un año que era el marasmo. Ahora todo va a cambiar. Las inversiones indirectas deberían alcanzar dentro de poco la suma de mil millones de dólares". (45)

¿Cómo explicar esta moderación de parte de Nixon, quien no pasa por ser especialmente tierno cuando se trata de defender los intereses vitales del imperialismo yanqui? Parécenos que hay que tomar en consideración varios factores

1) El miedo de repetir el error cometido en Cuba al estimular con represalias una dinámica antiimperialista, dinámica que en el caso de Perú terminaría por desbordar por la izquierda al gobierno militar.

2) El carácter sólidamente anticomunista de la junta y el hecho, de que el poder permanezca en las manos del ejército y de que todo movimiento popular "peligroso" es reprimido.

3) El carácter de las medidas adoptadas por el régimen militar, que no afectan al grueso de las inversiones norteamericanas en Perú ni ponen en tela de juicio el principio sacrosanto de la inversión yanqui; medidas, pues, que no cuestionan para nada el sistema de dominación imperialista.

4) El interés que demuestran los sectores más modernistas y "desarrollistas" del imperialismo por la "experiencia peruana". "En sus relaciones con los Estados Unidos la junta intenta asimismo apoyarse en los grupos norteamericanos que tienen interés en reinvertir aquí mismo en negocios rentables muy diversificados y, llegado el caso, en forma de participación en empresas nacionales (corporaciones multinacionales) contra los grupos más antiguos, que continúan explotando una mina o un producto y que son tan visibles como la nariz en medio de la cara. No es imposible que el régimen peruano esté precisamente promoviendo las reformas indispensables para que este tipo de inversiones, que suponen un mercado interior más elástico, se hagan rentables" (46). Esta hipótesis ha sido igualmente adoptada por Georges Fournial, especialista del PC francés para los problemas de América latina, quien ha sostenido en una mesa redonda efectuada en la Ciudad Universitaria de París que el régimen peruano goza del sostén de los "sectores no belicistas" del imperialismo. Murphy, directivo de la CERRO de Pasco Copper Corporation, defiende esta causa el 12 de setiembre de 1970 en *Business Week*: "Tenemos que encontrar una nueva política económica en los países donde la hostilidad se vuelve grande para con las formas tradicionales de inversiones extranjeras. Debemos deslindar un terreno común que les permita a los capitales llegar sin dejar de acordar un derecho de control a nuestros huéspedes".

La reforma agraria. Si el "antiimperialismo" de la junta peruana es, en gran medida, una maniobra demagógica, es decir, si es, en último análisis, ficticio, en cambio su reformismo agrario es bien real. Los diferentes grupos marxistas peruanos están en general de acuerdo en calificar la reforma agraria del gobierno militar como una reforma capitalista avanzada. Es avanzada porque establece límites severos a la propiedad rural (máximo de

.200 hectáreas irrigadas sobre la costa, y de 165 en la sierra) y porque evalúa la indemnización sobre la base de las declaraciones de impuesto sobre la propiedad rural. Es burguesa porque está basada en el principio de la indemnización de los latifundistas y del pago de la tierra por los campesinos, y sobre todo por el contexto político-social en el que se inserta: realizada dentro del marco del Estado burgués, con la finalidad de reforzar y desarrollar el capitalismo industrial.

¿Cuáles son los efectos económicos de la reforma agraria? Los considerandos de la ley proclaman que "la reforma agraria debe contribuir decisivamente a la formación de un vasto mercado y suministrar el capital necesario para una rápida industrialización del país". El primer aspecto (ampliación del mercado interno) es conocido y común a todos los proyectos de reforma agraria; el segundo (capitales para la industria) es relativamente nuevo. ¿De qué se trata? Según el artículo 1810 de la ley, los bonos de la deuda agraria, en principio pagaderos entre veinte y treinta años con un interés del 4 al 6 por ciento —bonos que deben indemnizar las tierras expropiadas por la reforma agraria—, pueden aceptarse al 100 por ciento de su valor por el banco estatal cuando sirven para financiar hasta el 50 por ciento del valor de una empresa industrial, a la que el propietario de los bonos aporta en capital el otro 50 por ciento del valor. En otros términos, los grandes monopolios agrícolas o agroindustriales, capaces de movilizar grandes sumas de capital, podrán ser' inmediata y totalmente indemnizados por el Estado, con la condición de que inviertan masivamente en la industria. No obstante, la oligarquía rural decadente y en declinación estará obligada a contentarse con bonos de la deuda agraria. He aquí el comentario completamente pertinente de Niedergang a este respecto: "El objetivo implícito de la reforma, que consiste en transferir una parte del capital de la oligarquía terrateniente a la industrialización del país, ordena asimismo a los dirigentes no forzar nada ni quebrantar la producción. Ahí mismo se descubre que esta preocupación es respetada y que algunos grandes propietarios peruanos o extranjeros no han acogido la reforma con excesiva consternación. Hasta parece evidente que las mayores empresas tienen las mayores posibilidades -debido al juego de los créditos, de la indemnización y de los préstamos de reconvertir sus beneficios en las empresas industriales" (47).

Por otra parte, ¿cuál es la finalidad política de la reforma agraria y del "desarrollismo" de la junta? A raíz de una reciente visita a Argentina, el general Montagne, primer ministro del gobierno peruano, explicó a sus colegas los generales argentinos que la reforma agraria era en Perú un bastión contra el comunismo. Los militares peruanos no hacen más que aplicar la lección que aprendieron en el Centro de Altos Estudios Militares y en su praxis contrarrevolucionaria de 1962 a 1965: las reformas y el desarrollo son la mejor garantía de la "seguridad nacional" contra el peligro de la subversión. Es el *leitmotiv* de varios discursos del ministro de Relaciones Exteriores de la junta, general Mercado Jarrín, autor, por lo demás, de un ensayo que lleva el título extremadamente sugestivo de *La política y la estrategia en la guerra contrasubversiva en América latina*. Pide además Mercado Jarrín para esa tarea la ayuda económica del imperialismo norteamericano, explicando qué se trata, en último análisis, de la seguridad del sistema imperialista mismo: "Si no se cierra la brecha profunda que separa siempre más a la América latina del mundo industrializado, la seguridad y la estabilidad propias de los sistemas

reinantes en este mundo no podrán ser ya garantizadas indefinidamente, porque el desarrollo y la seguridad están estrechamente vinculados en el universo interdependiente de la época actual" (48). Y: "Los Estados industrializados deben aceptar el hecho de que hoy por hoy la miseria es, no importa en qué rincón del mundo, una amenaza para su modo de vida, y que por consiguiente sus responsabilidades económicas y sociales no pueden limitarse a las fronteras nacionales" (49).

Sin dejar de reconocer el carácter relativamente avanzado de la reforma agraria peruana, no hay que olvidar algunas limitaciones de la ley y sobre todo de su aplicación:

1) La ley admite "excepciones" para ciertas empresas agrícolas modernas. Por ejemplo, según el artículo 29°, haciendas ganaderas pueden alcanzar hasta seis mil hectáreas de pasturas si llenan ciertas condiciones: rotación racional de las pasturas, salarios superiores en un 10 por ciento al mínimo, etc.

2) No se ve dónde encontrará el gobierno los fondos para indemnizar a los propietarios, proporcionar créditos a los pequeños campesinos y a las cooperativas, etc. A menos que los Estados Unidos escuchen las sugerencias del general Mercado Jarrín y financien la reforma agraria.

3) La reforma ha sido aplicada con mayor intensidad en las plantaciones de caña de azúcar, que son un sector más bien decadente y en las que se encuentra un alto número de empresas en quiebra. Para éstas, la reforma equivale a una socialización de las pérdidas. Niedergang transcribe las siguientes palabras de nuevo administrador de Cayalti, una enorme plantación azucarera expropiada: "Cayalti tiene pesadas deudas [...]. Habría que reducir el personal, hacer una selección, eliminar el personal improductivo, es decir, comenzar por medidas impopulares y duras". Y al final de su artículo sobre Cayalti agrega Niedergang: "La reforma, por espectacular que sea en las plantaciones de caña de azúcar, ha exceptuado, por lo menos hasta ahora, a los 'algodoneros', otro sector oligárquico del litoral norte, y progresa con discreta lentitud en la sierra" (50).

La "neutralización" del movimiento popular es el otro rostro de la política de modernización capitalista de la junta. Varios movimientos de campesinos, obreros y estudiantes han sido brutalmente reprimidos por el poder.

En conclusión, la semirrevolución de los militares peruanos, sin dejar de ser en algunos aspectos más radical que la de los regímenes bonapartistas de Brasil, Argentina y Guatemala, ha conservado un carácter profundamente autoritario y jerárquico y no ha permitido (al igual que los movimientos de Perón, Arbenz y Goulart) una verdadera movilización de las masas. Por la realización extensiva de la reforma agraria, se parece más bien a la experiencia mexicana o boliviana, menos, por supuesto, el movimiento revolucionario campesino.

3) Conclusiones

Si durante algunos períodos el Estado bonapartista puede adquirir un alto grado de autonomía con respecto a la burguesía y buscar un apoyo en las masas populares para oponerse al imperialismo y la oligarquía (Lázaro Cárdenas, Arbenz, Perón, etc. Cf. los análisis de Trotsky sobre el México de

1938), no por ello deja de tratarse en todos los casos de un fenómeno transitorio, destinado a ser, a corto o mediano plazo, derrocado (Guatemala 1954, Argentina 1955, Brasil 1964) por las bandas armadas del Capital, o "recuperado" por el sistema (México después de 1940).

En su conjunto, la historia de las revoluciones o semirrevoluciones burguesas en América latina es la de la incapacidad orgánica de la burguesía latinoamericana para llevar a cabo las tareas tradicionales de la revolución democrática de una manera duradera, radical y definitiva.

Teoría y práctica de la revolución permanente en América latina

1) Los principios

Esbozada por Marx en algunos escritos, sobre todo en la *Circular de marzo de 1950 de la Liga de los Comunistas*, la teoría de la revolución permanente fue desarrollada por Trotsky a partir de 1905, antes que nada en su folleto *Balance y perspectivas* (1906), cuyas tesis centrales son:

1) Por la fuerza del desarrollo desigual y combinado, la Rusia zarista poseía, sin dejar de ser un país atrasado y semifeudal, fábricas modernas con dimensiones y un grado de concentración equivalentes a los de los más adelantados países capitalistas. Como es industria rusa era en gran parte de capital extranjero, el peso social y político del proletariado ruso, concentrado y organizado en las grandes ciudades, era superior al de la débil burguesía liberal rusa, aplastada por la preponderancia económica del Estado absolutista, por una parte (despotismo asiático), y el imperialismo, por la otra.

2) En 1789 la burguesía democrática francesa dirigió la lucha contra el absolutismo feudal, arrastrando tras de sí a la masa de los descamisados, informe e incoherente. En 1848, en Alemania, la burguesía tuvo miedo de una sublevación popular; fue menos confiada y se sintió menos segura de su homóloga francesa. La revolución se hundió porque ninguna clase se hallaba en condiciones de dirigirla. La burguesía *ya no era* lo bastante revolucionaria, y el proletariado *todavía no era* lo bastante fuerte ni estaba suficientemente organizado para ponerse al frente del movimiento. En la revolución rusa de 1905 la rueda había dado una vuelta completa. La burguesía era a la vez demasiado débil y temerosa ante el proletariado para luchar con decisión contra el zarismo. En cambio el proletariado ruso, mucho más poderoso que el proletariado alemán de 1848, había asimilado las últimas enseñanzas del socialismo europeo y aparecía como la vanguardia electiva de la revolución contra el absolutismo.

3) Por consiguiente, la próxima revolución rusa desembocaría en la toma del poder por el proletariado, sostenido por el campesinado. Contra los mencheviques, que explicaban que la atrasada Rusia no había madurado para una revolución proletaria, Trotsky respondía: "En un país económicamente atrasado, el proletariado puede tomar el poder con mayor rapidez que en los países adelantados [...]. Imaginar que la dictadura del proletariado depende automáticamente del desarrollo técnico y de los recursos de un país es un prejuicio del materialismo economicista simplificado hasta lo absurdo. Este punto de vista no tiene nada en común con el marxismo" (51).

4) Una vez en el poder, el proletariado, apoyado por el campesinado, no podrá acantonarse dentro de marco de la revolución democrático-burguesa: por una parte, porque la dominación política del proletariado es incompatible con su esclavitud económica; por la otra, porque la realización de las tareas democráticas se encadena necesariamente con la realización de las tareas socialistas. El proletariado abolirá, por tanto, el régimen

feudal, y además estará obligado a atacar los fundamentos mismos del capitalismo, con lo que tomará, así, medidas de carácter socialista.

La revolución permanente es el transcrecimiento de la revolución democrática en revolución socialista.

Lo esencial de estas tesis fue retomado por Lenin en abril de 1917 y constituyó la trama misma de la estrategia bolchevique en la Revolución de octubre.

En 1929 Trotsky escribía su folleto titulado *La revolución permanente*, que, a partir del balance de la revolución rusa de 1917 y del fracaso de la revolución china de 1927, formulaba una crítica de la teoría stalinista de la revolución por etapas y esbozaba los principios generales de la revolución permanente para todos los países coloniales y semicoloniales:

1) Una lucha de liberación democrático-nacional, dirigida por la burguesía, no producirá más que resultados muy parciales, que no corresponden a los intereses fundamentales de las masas trabajadoras y que rápidamente desembocan en la represión contra los obreros y los campesinos (como en China en 1927). Bajo la presión de las masas, la burguesía nacional puede dar algunos pasos "a la izquierda" pero sólo para reprimir en seguida al pueblo con mayor saña.

2) El proletariado aliado al campesinado deberá hacer trizas la dominación de los feudales y de los imperialistas. Tanto el problema agrario como el problema nacional asignan al campesinado, que constituye la enorme mayoría de la población de los países atrasados, un papel primordial y el campesinado, las tareas de la revolución democrática no pueden resolverse. Pero la alianza de estas dos clases no se realizará al margen de una lucha implacable contra la influencia de la burguesía liberal nacional.

Sin embargo, sea cual fuere su importancia revolucionaria (y es enorme), el campesinado no puede desempeñar un papel independiente y menos aún un papel dirigente. El campesino sigue, o al obrero, o al burgués.

3) En las condiciones de la era imperialista, la verdadera solución de las tareas democráticas y de liberación nacional en los países con desarrollo burgués retrasado, y de modo especial para los países coloniales y semicoloniales, sólo puede efectuarse gracias a una *dicta-dura del proletariado sostenida por las masas campesinas*.

4) La dictadura del proletariado que ha tomado el poder como forma dirigente de la revolución democrática se ve inevitable y rápidamente ante tareas que habrán de forzarla a realizar profundas incursiones en el derecho de propiedad burgués. La revolución democrática se transforma directamente, en el curso de su desarrollo, en revolución socialista y se convierte, así, en *revolución permanente*. No hay, por tanto, valor ninguno en la distinción tan pedante como congelada que han establecido los stalinistas entre países "maduros" y países "no maduros" para la revolución socialista. Y por lo demás la revolución, haya tenido comienzo en uno o en varios países, sólo podrá ser completada en escala universal.

2) Los antecedentes latinoamericanos

La Internacional Comunista había formulado con toda claridad en la época de Lenin una estrategia de revolución permanente para América latina. Un documento redactado por el Comité Ejecutivo de la IC (del que Lenin formaba parte) en setiembre de 1920 y titulado *La revolución americana* analiza en los siguientes términos la revolución mexicana, "ejemplo típico y trágico" para las masas latinoamericanas: "Los campesinos sojuzgados se sublevan y hacen una revolución. El fruto de su victoria les es robado por explotadores capitalistas, aventureros políticos y aspaventeros 'socialistas'...". Y ésta es la conclusión que extraía el Komintern leninista: "Los campesinos oprimidos y traicionados deben ser despertados para la acción y la organización revolucionarias. Se les debe inculcar la verdad de que no pueden liberarse por sí solos, en su condición de campesinos, y *que deben unirse al proletariado para la lucha común contra el capitalismo*. El Partido Comunista debe acercarse a los campesinos. No debe hacerlo con fórmulas y teorías abstractas, sino con un programa práctico apto para despertar a los campesinos para *la lucha contra el terrateniente y contra el capitalista*. La unión entre los campesinos pobres y el proletariado es absolutamente indispensable; *únicamente la revolución proletaria puede liberar a los campesinos*, echando el poder del capital. Únicamente la revolución agraria puede impedir que la revolución proletaria sea aplastada por la contrarrevolución" (52).

Hay en las anteriores líneas más sabiduría revolucionaria que en centenares y miles de páginas embadurnadas por los Luis Carlos Prestes y demás Blas Roca. Son páginas que muestran que:

- a) la estrategia de revolución permanente no implica en modo alguno (como pretende la falsificación stalinista) una "subestimación del campesinado";
- b) la unión obrero-campesina es la base social de la revolución en América Latina;
- c) el enemigo por vencer es a un tiempo el terrateniente y el capitalista.

Formados en la escuela del leninismo, los primeros marxistas latinoamericanos, los "grandes antepasados" del movimiento comunista en el continente, formularon tesis cuya orientación general era la de la revolución permanente.

José Carlos Mariátegui, el primero y uno de los mayores pensadores marxistas de América latina, fundador del Partido Comunista peruano, escribía en un documento fechado en junio de 1929 (*Carta colectiva del grupo de Lima*): "Contra la América del norte, capitalista, plutocrática e imperialista, sólo se puede oponer eficazmente una América latina, o ibérica, socialista. La época de la libre competencia en la economía capitalista ha terminado en todos los campos y bajo todos sus aspectos. Estamos en la época de los monopolios, es decir, de los imperios. Los países latinoamericanos han llegado con retraso a la competición capitalista [...]. El destino de estos países dentro del orden capitalista es el de simples colonias [...]. La revolución latinoamericana no será ni más ni menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será pura y simplemente la revolución socialista. A esta palabra agregad, según los casos, los adjetivos que deseáis: 'antimperialista'. 'agraria', 'nacionalista revolucionaria'. El socialismo supone, precede y engloba a todos ellos" (53). La similitud con

las concepciones de Trotsky es evidente, y por lo demás ha sido subrayada por los especialistas en la obra de Mariátegui (54).

Por otra parte, Julio Antonio Mella, fundador del PC cubano, asesinado en 1929 por los agentes del dictador Machado, escribía en 1928 un folleto contra el APRA, el partido nacionalista burgués de Haya de la Torre que había sido considerado durante cierto período como el "Kuomintang latinoamericano" con el que había que aliarse. En su folleto, Mella asentaba las siguientes líneas, que no han perdido absolutamente nada de su actualidad: "Un buen país burgués con un gobierno estable: tal lo que los Estados Unidos quieren de cada nación de América, un régimen en el que las burguesías nacionales sean los accionistas menores de las grandes empresas [...]. Para hablar concretamente, la liberación nacional absoluta sólo será obtenida por el proletariado, y ello por medio de la revolución obrera"(55). Con la degeneración stalinista-menchevique de los PC latinoamericanos sobrevenida después de 1935, la bandera de la revolución permanente sólo será sostenida en el continente americano, durante largos años, por la oposición de izquierda y poco después por la Cuarta Internacional.

Trotsky mismo escribió relativamente poco sobre América latina. Uno de sus textos más interesantes al respecto es un artículo de 1934 (citado en el Manifiesto de mayo de 1940 de la PV Internacional), que lanza la célebre consigna de los Estados Unidos Socialistas de América latina:

"La América del sur y la central no pueden librarse del retraso y de la servidumbre más que por la unión de todos sus Estados en una poderosa federación. Esta tarea histórica grandiosa no será realizada por la atrasada burguesía sudamericana, agencia enteramente prostituida del imperialismo extranjero sino por el joven proletariado de la América del sur, destinado a ser el dirigente de las masas oprimidas. En consecuencia, la consigna en la lucha contra la violencia y las intrigas del capitalismo mundial y contra la obra sangrienta de las pandillas compradoras indígenas es: "Por los Estados Unidos soviéticos de la América del sur y central"(56).

Treinta años antes de la carta del Che Guevara a la Tricontinental, el fundador de la Cuarta Internacional había subrayado ya el carácter continental de la revolución en América latina y su naturaleza socialista, y atribuido al proletariado latinoamericano la gigantesca tarea unificadora esbozada por Bolívar, que las oligarquías locales habían hecho fracasar.

En ese mismo año de 1934 en una reunión de exiliados políticos bolivianos, se fundaba en Córdoba, el POR, Partido Obrero Revolucionario de Bolivia, que iba a convertirse en la organización trotskista más importante de América latina.

En noviembre de 1946, se reunió en Pulacayo, Bolivia, un congreso de la Federación sindical de los mineros bolivianos, donde se aprobó un programa revolucionario inspirado por el POR, uno de los más notables documentos políticos del movimiento obrero latinoamericano: las *Tesis de Pulacayo*. La idea central de ese texto lo constituye precisamente la perspectiva estratégica de la revolución permanente: "La revolución proletaria en Bolivia no significa la exclusión de otras capas explotadas de la población, sino la alianza revolucionaria del proletariado con el campesinado, los artesanos y otros sectores de la pequeña burguesía. La dictadura del proletariado es la

expresión estatal de esta alianza. La consigna de revolución y dictadura del proletariado subraya el hecho de que la clase trabajadora será el nuevo dirigente de esa transformación y de ese Estado. Por el contrario, plantear que por su naturaleza la revolución democrática burguesa debe ser llevada a cabo por los sectores "progresistas" de la burguesía, y que el estado futuro será un gobierno de unidad y de concordia nacionales, sólo expresa la firme intención de estrangular al movimiento revolucionario en los cuadros de la democracia burguesa. Una vez en el poder, los trabajadores no podrán detenerlo indefinidamente en los marcos democrático-burgueses y estarán obligados, día tras día, a asestar golpes cada vez mayores al régimen de la propiedad privada, de suerte tal que la revolución tomará un carácter de permanente (57).

El 9 de abril de 1952, el POR participa en el gran levantamiento del proletariado boliviano que ataca con dinamita al viejo Estado oligárquico. A iniciativa de los militantes del POR, el 7 de abril de 1952 se crea la COB (Central obrera boliviana), que al cabo de algunas semanas se presenta como un verdadero órgano de "doble poder". El primer programa de la COB, redactado a fines de 1952 por el cantarada Hugo González Moscoso del POR proclamaba: "El proletariado boliviano es el más joven de América latina, pero también el más combativo y el más avanzado políticamente. Su elevada conciencia de clase ha superado el nivel de la lucha puramente económica, reformista y conciliadora. Su objetivo es la transformación completa de la sociedad bajo su dirección revolucionaria, en tanto que guía de toda la nación. Las tareas que históricamente corresponden a la burguesía serán realizadas por el proletariado"(58). Sin embargo, el POR es demasiado débil para poder asumir de manera efectiva la dirección del movimiento de masas y no puede impedir que el MNR tome el poder y engañe a los trabajadores con su demagogia "de izquierda". De 1952 a 1955, el POR va a luchar para profundizar la revolución en las ciudades, las minas y el campo, mientras que el MNR, con el apoyo del PIR (Partido de la izquierda revolucionaria; el partido stalinista de Bolivia) que participa en el gobierno, intenta y logra poner un dique, estabilizar, canalizar e "institucionalizar" el proceso revolucionario, antes de traicionarlo completamente. He aquí el testimonio a este respecto de un observador "no desinteresado": el informe de la Confederación interamericana de defensa del continente, organización para la guerra fría dirigida por el almirante brasilero anticomunista Penna Botto(59): "La revolución en Bolivia, infectada (*sic*) sobre todo por el sector trotskista, se ha profundizado según los métodos clásicos del marxismo y ha avanzado con gran velocidad [...]. El comunismo stalinista ha constituido un factor moderador [...]. Urquidi Morales, stalinista ferviente, no ha podido, desgraciadamente, impedir más que en parte que la reforma agraria signifique un desorden aún mayor y una ruina aún más grave para la agricultura boliviana (60)". Es necesario leer también el análisis del autor norteamericano R. W. Patch: "Los campesinos se habían organizado y, lejos de asociarse con el gobierno, se aliaron con el POR, partido de extrema izquierda (...). La reforma agraria era ya una realidad, antes de que fuera una ley. Los campesinos se dividían la tierra por propia iniciativa y expulsaban a los latifundistas de las propiedades." (61) Es cierto que el POR ha cometido muchos errores tácticos durante este período, especialmente en la décima conferencia de 1953, cuando se aprobó la línea de "presión sobre el gobierno del MNR". Esta desviación oportunista fue corregida en 1954-55, gracias al encarrilamiento del partido

por la fracción proletaria internacionalista dirigida por el camarada González Moscoso.

La debilidad organizativa del POR —cuya influencia política superaba en mucho su capacidad efectiva de encuadramiento— ha permitido a la demagogia ultraradical del MNR (ayudada por los stalinistas) neutralizar las masas y hacer abortar la revolución boliviana, impidiendo su desarrollo ininterrumpido hacia el socialismo.

Sin embargo, vencida en Bolivia la revolución proletaria -ese viejo topo que abre sus caminos subterráneos en todos los continentes iba a reaparecer, menos de diez años más tarde, y esta vez para triunfar, en Cuba en 1959-60.

3) La revolución permanente en Cuba

En un análisis de la revolución rusa redactado en 1918, Rosa Luxemburgo escribía: "el *equilibrio* no puede mantenerse en ninguna revolución; una ley natural exige una decisión rápida: o bien la locomotora puede subir la pendiente de la historia hasta su punto más alto, o bien arrastrada por su propio peso, retrocede rodando hasta el fondo de aquélla, llevando al abismo, sin esperanzas de salvación, a los que con sus débiles fuerzas hubieran querido detenerla a medio camino" (62).

Esta frase resume, de manera notable, la diferencia fundamental entre las revoluciones de México, de Bolivia y de Guatemala, retenidas a mitad de camino para retornar "al fondo de la pendiente", y la revolución cubana que por su avance hacia el socialismo ha "subido la pendiente de la historia".

La primera etapa de la realización de la revolución permanente ha sido la destrucción total, completa y sistemática del aparato represivo: el ejército y la policía del régimen de Batista fueron disueltos (los torturadores implicados en crímenes de guerra fueron ejecutados) y reemplazados por el Ejército Rebelde y, más tarde, por las milicias obreras y campesinas. Además, el aparato de Estado fue considerablemente depurado; el parlamento, las autoridades provinciales y locales disueltas. Sólo el aparato jurídico fue conservado, por el momento.

Esas medidas, y en especial la disolución de las bandas armadas del Estado capitalista (gracias a la victoria de la guerrilla y de la huelga general de enero de 1959) han sido la condición *primera, fundamental e indispensable* de todo el desarrollo ulterior de la revolución cubana' y de su rápida radicalización; radicalización que, por otra parte, fue prevista por el Che, quien desde *abril de 1959*, en una entrevista a un periodista chino hablaba de un "*desarrollo ininterrumpido de la revolución*" y de la necesidad de abolir "el sistema social" existente y sus "fundamentos económicos" (63).

La segunda etapa fue la reforma agraria (mayo de 1959) que tuvo también de inmediato consecuencias antiimperialistas, ya que el 40 % de las tierras a expropiar pertenecían a trusts norteamericanos, entre los cuales el tristemente célebre "Mama Yuni" (United Fruit Corporation), eminencia gris de todas las "repúblicas bananeras" de América central.

Ahora bien, desde el momento que los intereses de los terratenientes y del imperialismo se quedaron afectados, los representantes de la burguesía

reformista, que hasta entonces habían aceptado colaborar con Fidel, se rebelaron contra él, obstruyeron por todos los medios la ley de reforma agraria y lanzaron gritos histéricos contra el "peligro comunista". La dimisión del presidente Urrutia, y la huida a los Estados Unidos en julio de 1959 del mayor Díaz Lanz, un derechista del Movimiento del 26 de julio, lo subrayaron. En Cuba el campo de fuerzas sociales comenzaba rápidamente a polarizarse: frente al bloque revolucionario de intelectuales "jacobinos", de campesinos y trabajadores, la Santa Alianza de los propietarios agrarios, los burgueses y el imperialismo.

He aquí el análisis efectuado por la IV Internacional con respecto a la revolución cubana en septiembre de 1959, en momentos en que por todas partes proliferaban las chacharas sobre la "ausencia de ideología de la revolución castrista" y su contradicción con los "viejos esquemas marxistas", etc.:

"La revolución democrática burguesa cubana, por impregnada que esté de color local, no deja de obedecer a las leyes de la revolución permanente de nuestra época. (...) Comenzada necesariamente como revolución democrática burguesa, tanto del punto de vista de su dirección como de las tareas inmediatas a realizar -independencia con relación al imperialismo, reforma agraria— ella se ha visto rápidamente envuelta en las contradicciones propias de toda verdadera revolución en nuestra época. Para que esas tareas democráticas burguesas puedan hallar una solución radical, es preciso luchar resueltamente contra el imperialismo y las fuerzas reaccionarias indígenas, incluso la burguesía, apoyándose ampliamente en la movilización y la organización revolucionaria de las masas campesinas y proletarias. Esto obliga a la revolución a ir más allá del marco burgués y a desarrollarse, de algún modo, orgánicamente como revolución proletaria y socialista" (64).

Inútil añadir que el desarrollo orgánico de la revolución cubana hacia el socialismo en junio-octubre de 1960, iba a confirmar de manera brillante y muy rápidamente esta previsión. El punto de partida de ese proceso fue la negativa de las compañías Texaco, Esso y Shell de refinar el petróleo soviético, importado a cambio de azúcar cubana según el acuerdo comercial soviético-cubano del 17 de junio de 1960, a un mes apenas del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre los dos países. La respuesta no se hizo esperar: el 29 y 30 de junio, el gobierno cubano embargaba las instalaciones de los trusts petroleros.

El mismo día la Cámara de Representantes de los Estados Unidos votaba la ley de reducción de la cuota de azúcar de Cuba, y cinco días más tarde, quedaba suspendida toda la importación de azúcar cubana. Y otra vez la respuesta de los revolucionarios fue inmediata: el 6 de julio, una ley otorgaba al gobierno cubano "plenos poderes para proceder a la nacionalización de las empresas y de los bienes de propiedad de las personas físicas o morales de los Estados Unidos". Algunos días después, la URSS ofrece su apoyo militar a Cuba y se dispone a adquirir el azúcar cubano rechazado por los norteamericanos. Finalmente, el 6 de agosto un decreto proclama *la expropiación de los principales monopolios norteamericanos* en Cuba: teléfonos, electricidad, petróleo, centrales azucareras, industrias, etc. (...) al tiempo que Fidel anuncia, en la tarde del

mismo día, en un discurso al Congreso latinoamericano de la juventud, la constitución de *milicias obreras y campesinas*.

¿Cómo ha reaccionado la burguesía "nacional" cubana ante esas medidas antiimperialistas radicales? Con el pánico, la emigración a Miami, la exportación de capitales, el sabotaje económico, la parálisis de los negocios. Frente al espectro aterrador de la revolución, la burguesía cubana ha ido a refugiarse bajo el ala protectora del imperialismo norteamericano.

Ante ese desafío, los revolucionarios cubanos no tenían más que una alternativa: golpear o capitular. En octubre de 1960, el régimen de Fidel y de Guevara golpea al capital nacional y franquea, así, el último paso hacia el socialismo: el 14 las principales empresas comerciales e industriales cubanas son nacionalizadas, lo mismo que prácticamente todos los bancos nacionales y extranjeros; tres días más tarde, la ley de reforma urbana proclama el derecho de los locatarios a la propiedad de sus hogares y expropia los trusts inmobiliarios.

El Che Guevara subraya con razón la estrecha ligazón entre todas las medidas del poder revolucionario, de la reforma agraria a la expropiación de los capitalistas, medidas cuyo "encadenamiento lógico nos condujo desde la primera a la última, en un proceso progresivo y necesario" (65).

Las tentativas de los contrarrevolucionarios cubanos de Miami y del imperialismo de los Estados Unidos (el "liberal" Kennedy...) de aplicar a Cuba, enferma de fiebre revolucionaria, la "terapéutica guatemalteca", en abril de 1961, fracasará miserablemente. En la bahía de Cochinos, las milicias obreras aplastan en sesenta y dos horas al llamado "Ejército de Liberación" *made in US*. Con las armas en las manos, el proletariado confirmaba así, su papel de primera fuerza revolucionaria del país. Pocos días después, el 1º de mayo de 1961, Fidel proclamaría "oficialmente" el carácter socialista de la revolución cubana ante una multitud inmensa de milicianos, trabajadores, estudiantes, obreros y campesinos que llevaban banderas rojas y banderolas con la inscripción: *¡Viva nuestra revolución socialista!*

No es un azar el que la revolución socialista cubana haya sido conducida no por el viejo partido stalinista de la isla, sino por una nueva dirección revolucionaria que, libre de la pesada hipoteca ideológica del stalinismo-menchevismo, se ha atrevido a atacar las bases mismas del capitalismo, para descubrir, empíricamente, el camino del triunfo, el camino de la revolución permanente.

Tampoco es por azar si la burguesía cubana, sus hombres de negocios, sus cuadros superiores, sus jueces y políticos corrompidos, frente al alza del movimiento popular en 1959, frente a la amenaza de los trabajadores y campesinos armados, se han aliado con la oligarquía rural y con el imperialismo, pasándose literalmente con "armas y bagajes" al bando de la contrarrevolución. Uno ve así, en el seno del frente de emigrados de Miami que ha preparado la invasión de playa Girón, la asociación de antiguos esbirros del régimen de Batista con burgueses "liberales" (Miró Cardona) y con ex-miembros del ala derecha del 26 de julio (Manuel Ray), todo bajo la protección activa del imperialismo norteamericano.

La revolución cubana ha trastrocado completamente la relación de fuerzas en América latina y terminado con la hegemonía político-ideológica del reformismo en el continente. Durante la década del 60, la IV Internacional ya no estará más aislada en su lucha por la revolución permanente en América latina: un gran número de grupos y de nuevas corrientes, inspiradas por el ejemplo cubano, levantarán también la bandera roja de la revolución socialista continental.

El primero en hacerlo fue el mismo Che Guevara. Desde 1963, en su ensayo, *Guerra de guerrilla: un método*, el Che había insistido en que, en América latina "cuando las vanguardias armadas de los pueblos tomen el poder, tendrán que liquidar en sus países a un mismo tiempo, el imperialismo y los explotadores locales. Ellas tendrán que cristalizar la primera etapa de la revolución socialista; podrán comenzar a construir el socialismo" (66). Pero el escrito del Che que en este terreno ha tenido mayor resonancia, el que ha alimentado la reflexión de toda una nueva generación revolucionaria en América latina (y en otros lugares) ha sido la célebre *Carta a la Tricontinental* de 1967, en la que Guevara declara categóricamente: "La liberación real de los pueblos [...] tomará ineludiblemente en América, la característica de una revolución socialista [...]. Las burguesías nacionales ya no son capaces, en absoluto, de oponerse al imperialismo -si es que alguna vez lo han sido- y forman ahora su retaguardia. *No hay otro camino a seguir: o revolución socialista o caricatura de revolución*" (67)

En el curso de los años 60, bajo la influencia de la experiencia cubana, de los textos del Che y también, con frecuencia, de las tesis del movimiento trotskista, como de sus propias experiencias en la lucha, muchas organizaciones de vanguardia se van a pronunciar por una estrategia de revolución permanente: el M1R de Chile, Vanguardia Revolucionaria en Perú, el POC (Partido obrero comunista), la VAR-Palmares y el MR-8 de Brasil, Douglas Bravo y las FALN de Venezuela, Yon Sosa y las FAR de Guatemala, el Frente sandinista de Nicaragua, los Tupamaros en Uruguay, etc. No es de extrañar, por lo tanto, que esa estrategia haya sido aprobada por el congreso de las OLAS, en agosto de 1967, la que en su resolución general afirmó: "El contenido esencial de la revolución en América latina reside en su confrontación con el imperialismo y las oligarquías agrarias y burguesas. En consecuencia, el carácter de la revolución lo da la lucha por la independencia nacional, por la emancipación de la presión de las oligarquías y por su total desarrollo económico y social por el camino del socialismo".

Así, después de más de treinta años de monopolio ideológico del mito stalinista de la "etapa democrático-burguesa", la vanguardia revolucionaria de América latina comenzaba a encontrar, al fin, el camino del leninismo.

Por su reconocimiento explícito y riguroso del carácter *continental* de la revolución latinoamericana, contra el nacionalismo estrecho de los patriotas burgueses y de los nacional-reformistas, el congreso de la OLAS ha representado también un paso importante; ha subrayado la comunidad histórica de los pueblos latinoamericanos en el pasado, su unidad presente en la lucha contra el enemigo imperialista y su porvenir común en el seno de una América latina liberada de la explotación y la opresión.

Los revolucionarios latinoamericanos adherían así a las tesis de Trotsky sobre América latina de 1934: la revolución socialista no puede encerrarse

en los límites de un solo país; ella tiende a traspasar las fronteras nacionales para extenderse a todo el continente, hasta llegar al establecimiento de la Federación de los Estados socialistas de América latina.

La revolución permanente en América latina hoy en día

1) Los fundamentos económicos de la revolución permanente en América latina.

La base teórica que permitió a Trotsky en 1905 analizar la Rusia zarista, la ley del desarrollo desigual y combinado, es también la única que permite explicar la naturaleza de las formaciones económico-sociales de América latina. Sin embargo, a diferencia de las de Rusia, esas formaciones no han tenido un pasado feudal propiamente dicho; se han constituido ya en el interior del sistema capitalista (mercantilismo) mundial. La historia de América latina comienza directamente con el absolutismo (siglo XVI) y el capitalismo comercial, aunque en ciertos sectores se han formado relaciones sociales precapitalistas (esclavitud, servidumbre). Pero aun esas relaciones sociales se han insertado en un sistema productivo fundamentalmente capitalista, ligado al mercado mundial, que exportaba minerales (oro, plata, cobre, etc.) y productos agrícolas (azúcar, café, carne) hacia las metrópolis coloniales. El siglo XX ve desarrollar en el continente una industria que del punto de vista económico, financiero y tecnológico llega a ser cada vez más dependiente de los centros motores del progreso capitalista, las metrópolis imperialistas.

El resultado de ese proceso de desarrollo desigual y combinado es la constitución de formaciones sociales caracterizadas por una amalgama de formas arcaicas y modernas, precapitalistas atrasadas y burguesas monopólicas, agrarias "tradicionales" y capitalistas avanzadas, técnicamente antediluvianas y de tecnología ultramoderna. Empero, no se trata de ningún modo de un pretendido "dualismo" como lo afirma cierta escuela de pensamiento, representada por sociólogos" burgueses y economistas pseudo-marxistas. Las sociedades latinoamericanas constituyen, cada una, un conjunto global y coherente en el que domina el capitalismo. Como lo subraya Marx: "En todas las formas de la sociedad, es una producción determinada y las relaciones que ella engendra, la que asigna a todas las otras producciones y a sus relaciones, su rango e importancia. Es como un alumbrado general que absorbe a todos los colores, y cuyas particularidades específicas son modificadas por aquél" (68). En las formaciones sociales de América latina, es el capitalismo, en tanto que modo de producción dominante, el que "modifica las tonalidades específicas" de las relaciones precapitalistas, el que las integra a su lógica, las recompone a su manera, las absorbe y "desnaturaliza"; el que las hace funcionar en su marco estructural, de acuerdo a sus necesidades e intereses. La hegemonía capitalista impregna la estructura de la formación social y subordina al mecanismo de la ganancia el conjunto del sistema productivo. Esto era válido para la esclavitud hasta el siglo XIX y sigue siendo válido para toda una serie de relaciones de tipo precapitalista que persisten en el campo latinoamericano: trabajo gratuito para el terrateniente, renta en especie, poder señorial del latifundista sobre "sus" campesinos, huasipungo, coloniaje, peonato cambio, etc.

Para los ideólogos dualistas (como J. Lambert, autor del libro "Les Deux Brésils"), hay en los países latinoamericanos dos sectores socioeconómicos distintos: el sector moderno capitalista en vías de desarrollo, y el sector

feudal, arcaico, subdesarrollado, cortado o aislado de la expansión capitalista y del mercado. Ahora bien, como lo han demostrado inagistralmente André Gunder Frank, el subdesarrollo no es el producto de un pretendido "aislamiento", sino precisamente el de la inserción en el sistema capitalista mundial:

"Para tomar un ejemplo, el subdesarrollo del noreste brasilero, que es hoy día una de las regiones más pobres del globo (...) no es debido al "aislamiento", la "cultura arcaica" y el "régimen feudal", que Lambert y muchos otros, de los cuales por desgracia, demasiados titulados marxistas, consideran la causa. Al contrario, el subdesarrollo del noreste brasilero debe relacionarse con la contradicción dialéctica interna fundamental del sistema mercantilista (luego capitalista) unitario y único, contradicción que ha provocado (...) la depresión de la economía azucarera brasileña en el siglo XVII, el sacrificio en el siglo XVIII de la esclavitud a los intereses textiles británicos, el desplazamiento de la metrópolis brasileña hacia la región del sur productora de café, que hoy día despliega nuevos métodos para extraer el capital del nordeste en provecho de las metrópolis mundiales y de la brasilera" (69).

En realidad, la teoría dualista del "sector feudal", considerado como el obstáculo para el desarrollo económico capitalista, sirve de fundamento ideológico a los economistas burgueses para una estrategia política reformista de "modernización" de la agricultura y de "desarrollismo" industrial, o de revolución democrática "antifeudal" para los "marxistas". Ahora bien, la unidad estructural de las formaciones sociales latinoamericanas, y su dominación por el modo de producción capitalista; la desigualdad del desarrollo según las regiones, ramas y sectores de la economía en función de las necesidades de las metrópolis; la combinación compleja y contradictoria entre las formas modernas y las formas precapitalistas en la agricultura, en el interior de un marco fundamentalmente capitalista, comportan algunas consecuencias sociales y políticas decisivas:

1) La "revolución antifeudal" es un mito, puesto que no hay "sector económico feudal" y el obstáculo al desarrollo es el mismo capitalismo, que "desarrolla el subdesarrollo", según la feliz expresión de Gunder Frank. Es el capitalismo mismo el responsable de las desigualdades regionales, del monocultivo, de la miseria y de la ignorancia de las masas campesinas, de los métodos brutales de explotación de los trabajadores agrícolas, del endeudamiento de los "minifundistas". En consecuencia, sólo una revolución anticapitalista puede resolver de manera efectiva el problema agrario y liberar a los campesinos de su pobreza y del subdesarrollo.

2) La burguesía industrial y la oligarquía rural están ligadas por una relación de cooperación antagónica que corresponde a la estructura misma de la formación social y a su interés común en el mantenimiento del sistema capitalista. En cada país, el bloque en el poder refleja la relación de fuerzas y el grado de unidad contradictorio entre las dos clases. La hegemonía de la fracción monopolista industrial llega a ser, cada vez más, la tendencia dominante. Esta hegemonía puede asumir a veces una forma bonapartista-populista, y aún reformista-agraria; sin embargo, en vez de llevar una lucha a muerte contra la oligarquía rural, la fracción monopolista industrial se limita a cambiar la dirección de la acumulación del capital en un sentido

más favorable al desarrollo industrial. Es importante estudiar a fin de observar el reflejo a nivel ideológico de esta cooperación, los resultados de las investigaciones efectuadas por el sociólogo brasileño Fernando Henrique Cardoso. El 88 % de los grandes empresarios industriales en Brasil y la Argentina, piensan que no hay una contradicción de fondo entre los sectores rurales y el sector industrial (70).

3) El campesinado tiende, cada vez más, a convertirse en una masa con carácter proletario o semiproletario, lo que tiene evidentes implicaciones políticas,

a) Facilita considerablemente la alianza obrera-campesina.

b) Ofrece un terreno favorable para la transformación de la revolución democrática en el campo. Por ejemplo: Cuba 1959-63, con relación a las dificultades que se conocieron en Rusia (1917-1933) en donde la agricultura tenía efectivamente, antes de 1917, un carácter precapitalista.

La demostración por Gunder Frank, Luis Vítale (Chile), Caio Prado Junior (Brasil) y otros, del carácter fundamentalmente capitalista de la agricultura latinoamericana, no hace más que volver todavía más aleatoria una pretendida etapa revolucionaria democrático-burguesa "antifeudal", la que, por otra parte, ni siquiera ha tenido lugar en un país de estructura agraria semifeudal como Rusia, donde el proletariado, aliado al campesinado, ha sido el único capaz de romper las relaciones precapitalistas y de inmediato y en un proceso ininterrumpido, las mismas relaciones capitalistas. En ese sentido las tesis de Gunder Frank y de los marxistas latinoamericanos deben ser consideradas como un argumento adicional a favor de una estrategia de revolución permanente, como la prueba de que la fusión entre las tareas democráticas burguesas y las tareas socialistas, en lo que respecta a la cuestión agraria, es todavía mayor en América latina que en Rusia o China.

En el sector industrial, la cooperación antagónica en un marco de creciente dependencia económica, caracteriza las relaciones entre la burguesía "nacional" y el imperialismo. Después del fracaso económico y político de las diversas tentativas de desarrollo nacional "autónomo" (Vargas, Perón, Goulart, etc.), la burguesía nacional latinoamericana (especialmente la de los grandes países semiindustrializados del continente: Argentina, Brasil, México) ha elegido el camino de la cooperación con el capital imperialista. Esa elección no implica, en absoluto, la ausencia de conflictos, obstáculos, dificultades, choques, antagonismo, captura de barcos de pesca, discursos nacionalistas y a veces aún de algunas expropiaciones (con indemnización); sin embargo, esas contradicciones se sitúan en el interior del marco fundamental e inquebrantable de una integración económica con el capital imperialista mundial. Esta integración puede asumir las formas más diversas y más complejas, de las cuales una de las más en voga actualmente es la asociación en una misma empresa del capital imperialista privado (multinacional), el capital industrial "nacional", del capital bancario internacional y del capital estatal "nacional".

Un ejemplo característico: el gran combinado de la industria frigorífica levantado en la Argentina, Uruguay, Brasil y Paraguay bajo el patrocinio de la AID (Asociación para el desarrollo internacional), banca controlada por los Estados Unidos con la participación de capitales "nacionales" de esos

países, así como de la ADELA, compañía multinacional privada, en la que se hallan asociados el grupo Rockefeller, el Chase Manhattan Bank, el Deutsche Bank, el trust Svift de Chicago, etc. (71).

Ese proceso no es específico de América latina, sino que corresponde a una tendencia general hacia la concentración e internacionalización del sistema capitalista mundial bajo la hegemonía de los grandes monopolios imperialistas multinacionales que dominan las economías capitalistas subdesarrolladas y "periféricas" por su superioridad técnica y financiera.

En el cuadro de esta asociación entre el capitalismo "nacional" y los centros imperialistas, el capital público, estatal, de los países latinoamericanos desempeña un papel cada vez más importante. Es preciso, a ese respecto disipar las ilusiones expandidas por el nacional-reformismo sobre las virtudes "nacionalistas" "progresistas" y hasta "antiimperialistas" del capitalismo de estado y de las empresas públicas en América latina. El verdadero papel de las inversiones públicas es el de proveer la infraestructura para el libre desarrollo de las empresas privadas nacionales y sobre todo imperialistas. He aquí algunos pasajes reveladores de un documento extraordinariamente cínico, recientemente publicado por el consulado brasilero en Nueva York:

"La falta de capital es uno de los principales problemas de todos los países en vía de desarrollo. Falta sobre todo en los sectores de base -la infraestructura económica o preparación del terreno- en los cuales el capital foráneo o el doméstico no quieren o no puede asumir los riesgos y la larga espera de la rentabilidad.

"Pero si el terreno no está preparado, si no existen disponibles el combustible, el acero, los transportes y las principales bases de la producción, el capital privado no invertirá en los sectores secundarios y la economía del país quedará estancada.

"Es por eso que el gobierno brasilero ha asumido el papel de gran empresario en esos sectores de base [...].

"El propósito del gobierno en esa actividad es siempre la de posibilitar que el capital privado, una vez establecida esa base, desarrolle con provecho sus empresas y construya de ese modo la economía global del país [...].

"Así el gobierno de Brasil se ha convertido en uno de los principales empresarios. Y lo ha hecho sólo con el fin premeditado de hacer posible que la empresa privada ocupe su lugar en los sectores donde en la etapa actual puede hacerlo.

"Por ejemplo, luego de que la industria automotriz logró su despegue, la Compañía nacional del acero, vendió su participación del 40 % en Simca do Brasil a la Chrysler. El 82 % del gobierno en la Fábrica Nacional de Motores ha sido vendido a Alfa Romeo. El 32 % de las acciones en las Acerías Usiminas fue vendido a inversores japoneses. Decenas de empresas similares, fundadas con capital gubernamental, son ahora privadas"(72).

Hemos citado de manera extensa ese texto oficial del régimen militar brasilero, porque confiesa sin el menor pudor las prácticas que los otros gobiernos latinoamericanos tratan cuidadosamente de camuflar bajo el

ruido y la humareda de incontables discursos patrióticos y de declaraciones nacionalistas.

En realidad, la imagen de una burguesía nacional independiente, antiimperialista, hasta nacionalista-revolucionaria, que utiliza el Estado como instrumento de expropiación masiva y de lucha radical contra los trusts norteamericanos, aparece ahora en América latina como un mito tan poco realista como la visita de Papá Noel. La asociación íntima y fraternal entre el capital estatal y los monopolios extranjeros es, hoy en día, lo general en América latina, incluso en el Perú de los militares "nacionalistas", hasta "revolucionarios"; según recientes noticias, la Occidental Petroleum ha firmado un contrato por treinta y cinco años para la explotación del petróleo peruano del Amazonas, contrato que significa una asociación a medias con la empresa estatal Petroperu. Resultado de este acuerdo: asalto general al "oro negro" peruano. La Tenneco, la Union, la Pan Occan y la Shell Oil están ya en tren de negociar con Petroperu (73).

La asociación económica, financiera y tecnológica (sin hablar de la política y militar) entre la burguesía llamada nacional y los grandes monopolios multinacionales; el lazo indisoluble que une en América latina el capitalismo al imperialismo, así como la incapacidad de esa burguesía para llevar una lucha consecuente contra el dominio imperialista, tales son los fundamentos socio-económicos de la fusión entre las tareas antiimperialistas y socialistas, entre la liberación nacional y la abolición del capitalismo, en un proceso de revolución permanente.

2) La base social de la revolución socialista: la alianza obrera-campesina.

La única fuerza capaz de hacer la revolución latinoamericana y de impulsarla a su transformación en socialista es la alianza de los trabajadores de las ciudades y del campo, asociados con los estudiantes, los intelectuales, las capas medias radicalizadas y el subproletariado de los sin trabajo.

En la mayor parte de los países del continente, el campesinado constituye todavía la mayoría de la población. Brutalmente explotados por los latifundistas nacionales o por las empresas extranjeras, esclavizados por las deudas, engañados por reformas agrarias ficticias, aplastados por la miseria, las enfermedades endémicas, la desocupación, el analfabetismo y la represión policial; sometidos a menudo a la opresión nacional (indios del Perú, de Guatemala, de Bolivia, etc.), los campesinos son, sin duda alguna, los "condenados de la tierra" del continente latinoamericano. Ellos pueden ser considerados, como lo prueban los ejemplos mejicano, boliviano y cubano, como una inmensa fuerza potencialmente revolucionaria, e incluso en muchos países como la principal fuerza revolucionaria. Esto es cierto con respecto al proletariado agrícola y también a los medieros, y hasta a los pequeños campesinos pobres que por otra parte han constituido en Cuba, Guatemala y Nicaragua la primera base social de la guerrilla y, en Brasil, la mayor parte de los miembros de las ligas campesinas. Sin embargo esta enorme fuerza dispersa, amorfa e inorgánica, necesita de una dirección que no puede llegarle nada más que del reformismo burgués o del partido proletario. En el primer caso, como sucedió en México y en Bolivia, la revolución será desviada hacia un mísero callejón sin salida capitalista; en el segundo, como el Cuba, el paso hacia el socialismo será posible.

La dirección proletaria del movimiento campesino no debe entenderse, necesariamente, en un sentido sociológico inmediato, sino sobre todo en el sentido de dirección político-ideológica, dirección de una vanguardia organizada que representa los intereses históricos del proletariado y se guía por su ideología, el marxismo leninismo (cualquiera que sea, por otra parte, su composición social en un momento dado).

El proletariado latinoamericano es una fuerza cuyo peso político y social supera en mucho su cantidad numérica. No sólo en la Argentina y Uruguay, donde constituye la aplastante mayoría de la población activa, sino también en Chile, Brasil, México, República Dominicana, Bolivia, la clase obrera y las masas urbanas han desempeñado, en el curso de los últimos diez años, un papel revolucionario cada vez más importante. La realidad ha desmentido de manera radical las teorías neo-fanonistas acerca de la "aristocracia obrera" en América latina y sobre el carácter "naturalmente" reformista del proletariado del continente. No sólo el nivel de vida de las masas obreras no ha aumentado, sino que en muchos países (Uruguay, Brasil, Argentina), el deterioro de los salarios reales se ha acentuado en los últimos años, a veces en proporciones dramáticas (por ejemplo, en Brasil el salario mínimo real ha caído de un índice 100 en 1963, a un índice 56 a fin de 1969). Por otra parte, el extraordinario levantamiento urbano de Santo Domingo en 1965 y, posteriormente, la rebelión obrera en Córdoba en 1969 (convertida, bajo el nombre de *Cordobazo*, en el nuevo espectro que turba el sueño de los gorilas latinoamericanos) son suficientes para demostrar el vacío teórico de las ideologías que, partiendo de una interpretación falsa y abusiva de la experiencia cubana, querrían negar todo papel revolucionario al proletariado de América latina.

Es preciso añadir, sin embargo, que también en las grandes urbes latinoamericanas existe una gran masa de subproletarios calificados de "marginados", semidesocupados, desocupados, desclasados, lumpen, etc., que en razón de su débil desarrollo, de su gran concentración y, últimamente, de su alto nivel tecnológico, importado de las metrópolis imperialistas sin que esto sea contradictorio sino fruto del desarrollo desigual y combinado-, la industria no puede, absorber, ¿Esa vasta masa "plebeya" origen rural, inestable y explosiva, que se concentra alrededor de los grandes centros urbanos del continente (*barriadas* en Lima, *callampas* en Santiago, *ranchitas* en Caracas, *villas miseria* en Buenos Aires, *tugurios* en Bogotá, *favelas* en Río de Janeiro), puede tanto servir de masa de maniobra a los demagogos burgueses populistas (Pérez Jiménez en Venezuela, Rojas Pinilla en Colombia) como de "base roja" a los movimientos revolucionarios (FLN en Venezuela, en 1963; MIR en Chile, en 1970, etcétera). Esto depende, entre otras cosas, de una actitud justa de la vanguardia hacia esos "marginados". "La intervención política debe fijarse como objetivo el acercamiento de ese subproletariado de la clase Obrera, y no la defensa exclusiva de los intereses de esta última; ese es un error que se ha cometido. El desprecio en que a veces se tiene a tal "lumpen-proletariado" no puede más que corromper a los trabajadores más favorecidos, en detrimento del papel histórico que se les quiere hacer desempeñar. Muchos militantes han tenido ocasión de constatar, el potencial revolucionario de los habitantes, de las barriadas" (74). Eso no significa, como quisieran ciertos "innovadores", que sea necesario transformar a los subproletarios en la vanguardia de la revolución en reemplazo del proletariado.

Una última fuerza urbana, cuya importancia decisiva es preciso no subestimar, la constituyen los estudiantes. Por diversas razones (desocupación intelectual, radicalización mundial de la juventud, crisis de los valores y de la ideología burguesa, cambio de la composición social de la población escolarizada), el movimiento estudiantil tiende rápidamente a convertirse en una fuerza antiimperialista consecuente, y aún anticapitalista, cualquiera que sea su punto de partida. Por consiguiente, conviene considerarlo no sólo como una reserva de cuadros para las organizaciones revolucionarias, sino como "una verdadera fuerza política y social, susceptible de estimular y profundizar, por su intervención, las crisis revolucionarias" (75).

Dicho esto, y sin subestimar en ningún modo el papel de los estudiantes, el de ciertas categorías de pequeño-burgueses (en Brasil y Uruguay, por ejemplo, todo un sector de clases medias "modernas": intelectuales, profesores, cuadros de ingenieros, arquitectos, economistas, planificadores, etcétera, ha apoyado activamente la guerrilla urbana durante los años 1968 a 1970) y el de los subproletarios "marginados", no hay duda que la revolución no tendrá lugar más que por la movilización de los trabajadores de la ciudad y del campo; la alianza obrera-campesina sigue siendo hoy día el eje social estratégico de la revolución permanente en América latina.

¿Cuál es la base objetiva de esta alianza? Algunos discípulos latinoamericanos de A. Emmanuel, como Carlos Romeo, pretenden que en los países del Tercer Mundo en general y en América latina en particular "la industria nacional explota a la agricultura nacional. Los capitalistas y los obreros urbanos del mundo subdesarrollado se aprovechan de los precios baratos de productos procedentes de la agricultura y las minas". En consecuencia, según él, la explotación del proletariado del Tercer Mundo por los capitalistas se halla "mitigada por la participación en la explotación conjunta" de los campesinos! Con ese tipo de argumento fantástico, se podría también acusar a los campesinos, miserables y explotados, de participar en la renta territorial que los terratenientes arrancan a los capitalistas. En realidad, tanto los campesinos como los trabajadores son explotados, bajo formas y grados diferentes, por la oligarquía burguesa-latifundista asociada al imperialismo, y no se pueden librar de ese enemigo *común* más que uniendo sus esfuerzos. El interés del proletariado es abolir la renta territorial, lo que permitiría *a la vez* bajar los precios de los productos agrícolas y aumentar el nivel de vida de los campesinos. Además, el proletariado -minoría en la mayor de los países del continente sabe que "sin el coro de los campesinos el solo de la revolución proletaria corre el riesgo de transformarse en el canto del Cisne" (Marx). En cuanto al campesinado, su interés consiste *en* sostener la revolución proletaria socialista, porque:

a) en los países donde la alianza entre la burguesía industrial, la oligarquía agraria y los monopolios imperialistas impide toda reforma agraria (Brasil, Colombia, Guatemala, Nicaragua, Santo Domingo, etcétera) sólo la revolución proletaria puede liquidar el duro dominio de la gran propiedad-territorial y del imperialismo, y liberar a las masas campesinas.

b) en los países donde han tenido lugar las reformas agrarias burguesas (Bolivia, México), sólo una revolución proletaria puede librar a los campesinos de los nuevos terratenientes burgueses, de los usureros, de las

grandes empresas capitalistas comerciales, y mediante una reorganización socialista de la agricultura, abolir la miseria, la desocupación, las enfermedades endémicas y el analfabetismo.

Pero si la alianza obrera-campesina corresponde a los intereses objetivos de las dos clases, ella no se realiza espontáneamente. En la historia de las revoluciones latinoamericanas hay frecuentes y desastrosas faltas de coincidencias en el ascenso político de ambas clases: en el momento en que los obreros se sublevan, el campesinado se mantiene apático o es aún empleado como masa de maniobra por la reacción (Bolivia, 1965-70), o viceversa (México, 1915-1919). La coordinación, la combinación, la unión concreta y la dirección común del movimiento revolucionario de los campesinos y obreros constituyen, por lo tanto, una tarea política conciente que debe ser asumida por *el partido proletario de vanguardia*.

¿Cuál es el peso específico de la clase obrera y del campesinado en ese frente común? Ese problema ha dado lugar a querellas interminables (acompañadas de múltiples escisiones) en el seno de la izquierda revolucionaria latinoamericana. Parece sin embargo que poco a poco tiende a lograrse cierto consenso sobre el hecho de que en algunos países es, evidentemente, el proletariado urbano la principal base social de la revolución (Argentina, Uruguay, Chile), mientras que en otros (Colombia, Guatemala, Nicaragua), la fuerza revolucionaria más importante es el campesinado (al menos por todo un período del proceso revolucionario) aún cuando la *dirección* de la lucha debe asumir, también en estos países, un carácter proletario por su programa e ideología. El problema resulta más complejo en los lugares (Brasil, México, Venezuela, Perú, Bolivia) donde el predominio agrario o urbano no es tan evidente, y donde resulta difícil prever de antemano qué sector desempeñará el papel de fuerza principal; es decir, países donde en consecuencia la vanguardia tiene que repartirse *simultáneamente* entre las ciudades y el campo. En los casos en que haya transcrecimiento de una revolución democrática en socialista, es posible que el papel del campesinado sea el determinante en el primer período y el del proletariado en el segundo (ejemplo: Cuba 1957-59, y 1960-61).

3) Revolución permanente y lucha armada

En América latina, la lucha armada es la única vía posible para su liberación. Esto no es un axioma dogmático, ni una obsesión romántica por las armas, sino la consecuencia lógica del carácter socialista de la revolución. En efecto: si la revolución sólo fuera "nacionalista" y democrática burguesa, ella podría contar (teóricamente) con el apoyo de algunos partidos burgueses "progresistas" mayoritarios en el terreno electoral, así como con una parte del aparato del estado, y sobre todo del ejército. La tesis de las "vías pacíficas" de los partidos stalinistas es por eso totalmente coherente con su premisa estratégica: la revolución por etapas. Y no tiene nada de sorprendente que algunos de esos partidos (Guatemala, Venezuela), después de haber utilizado durante un cierto período la lucha armada como táctica (medio de presión sobre la burguesía) hayan terminado siempre por abandonar la guerrilla para volver a su tradicional juego electoral.

Dado que la revolución es socialista, y su base social la alianza obrera-campesina, ella debe necesariamente, inevitablemente, quebrar el aparato capitalista y disolver las bandas armadas del capital, esos cuerpos especiales encargados de la represión (policía, ejército). No está excluido que este enfrentamiento tenga lugar después de una victoria electoral de las fuerzas populares (¿Chile?), que comience con una división en el seno del ejército (República Dominicana, 1965), o que no tenga desde sus comienzos un carácter socialista explícito (Cuba, 1957-59). Sin embargo, esos fenómenos serán más bien excepcionales: la regla en la mayor parte de los países del continente, será la *guerra revolucionaria prolongada*, basada a un mismo tiempo sobre la guerrilla campesina y las luchas obreras en las grandes ciudades bajo la dirección de un partido proletario revolucionario. Esta guerra será llevada a cabo al comienzo contra la policía y el ejército "nacionales" y enseguida, muy probablemente, contra la intervención armada del imperialismo que, como en Santo Domingo, correrá en ayuda del régimen burgués amenazado en América latina. Sea como fuere, la profundización de la revolución, su desarrollo permanente, su transcrecimiento en revolución socialista, tiene como primera y fundamental condición la destrucción del aparato represivo burgués. En tanto que este permanezca intacto, el movimiento popular terminará por ser abatido o bien "obligado a reacomodarse" bajo la amenaza de la espada de Damocles de los militares, hundiéndose así en las arenas movedizas de un reformismo impotente.

Pues bien, ese aparato represivo, que representa los intereses históricos de las clases dominantes, no ha sido jamás eliminado sin oponer una desesperada resistencia. En consecuencia, al ejército de la burguesía es preciso oponer el ejército de los trabajadores, en el que se integrarán los soldados, suboficiales y oficiales del ejército regular que se pasen al bando de la revolución (como Turcios Lima y el capitán Lamarca). Es por tal razón que las organizaciones de vanguardia que han asimilado la estrategia de la revolución permanente son las defensoras más intransigentes de la "vía armada" en toda América latina, y las más insensibles a los cantos de sirena de los "militares progresistas" y de otros patriotas profesionales. El caso de Chile presentado abusivamente, como modelo de la "vía pacífica por los reformistas de todo pelaje (quienes prevaliéndose, precisamente, de esa experiencia han vuelto últimamente a recobrar fuerzas en América latina) no invalida de ningún modo esa premisa. Los partidos obreros y pequeño-burgueses tienen allí *el gobierno*, pero no *el poder*. El poder económico, la gran prensa, el aparato represivo del Estado (ejército, policía), el aparato judicial y la burocracia, siguen estando en manos de la burguesía y sólo podrán serles arrancados por medio de un *enfrentamiento violento*. De ello están plenamente concientes los sectores revolucionarios de la izquierda chilena, los que se preparan activamente para esa prueba de fuerza, "absolutamente inevitable si es que el gobierno de Allende intenta *realmente* aplicar su programa sobre el "comienzo de la construcción del socialismo en Chile". En Chile, como por lo demás en cualquier otro lugar, *la alternativa es: capitulación reformista o revolución armada*. El tercer camino: pacífico, parlamentario e idílico no existe más que en los sueños despiertos de los socialdemócratas y stalinistas (76).

4) La IV Internacional y la revolución latinoamericana

Durante los doce últimos años, desde la revolución cubana, América latina ha conocido un extraordinario desarrollo de luchas de masas obreras, campesinas y estudiantiles, de movimientos de guerrillas rurales y urbanas, y de insurrecciones populares. Durante todo ese período, la IV Internacional no ha sido "un comentarista de la lucha de clases": a pesar de las persecuciones policiales, las calumnias stalinistas, las escisiones y las defecciones, las principales secciones latinoamericanas de la Internacional han estado a la vanguardia de la lucha revolucionaria de sus países como *combatientes*:

en Perú, un dirigente del FIR (Frente de izquierda revolucionaria) trotskista, Hugo Blanco, ha lanzado uno de los más grandes movimientos de masas campesinas en la historia reciente del continente al organizar en el valle de la Convención, en 1961-63 la potente Federación de los sindicatos campesinos de Cuzco, que ocuparon las tierras de grandes terratenientes y se defendieron contra la policía con una milicia de campesinos armados. Además, el FIR ha sido la primera organización latinoamericana que en la década del 60 utilizó el método de expropiación revolucionaria de los bancos. En 1962, un comando dirigido por los militantes trotskistas Daniel Pereyra y José Martorell recuperó varios millones de soles en el Banco de Crédito de Miraflores.

—en Bolivia, el POR, sección boliviana de la IV Internacional, fue el único partido político que apoyó incondicionalmente la guerrilla del Che en 1967, y que enseguida colaboró estrechamente con Inti Peredo en la lucha contra el régimen de Barrientos (1968-69). En 1971, el POR, que no puso confianza alguna en los militares "nacionalistas", estuvo en la vanguardia de la resistencia armada contra el golpe de estado; un miembro del comité central del partido, Tomas Chambi, murió en el campo de batalla."

—en Argentina, el PRT (Partido revolucionario de los trabajadores, trotskista) ha tenido un papel de primera importancia, y desde 1970, por intermedio de su organización armada, el ERP (Ejército revolucionario del pueblo) lleva a cabo un gran número de acciones armadas: ocupación de fábricas, ataques a comisarías y cuarteles, expropiaciones de bancos, ejecuciones de generales verdugos, etc.

Superado el equívoco posadista (77), la IV Internacional puede jugar ahora un papel decisivo como catalizador político en el seno de la izquierda revolucionaria del continente. Para esto tendrá que aliarse con el ala más consecuente de la corriente de la OLAS, aquélla que mientras continúa incondicionalmente solidaria de Cuba revolucionaria, mantiene plena independencia con respecto a la política de ese país (Perú, etc.). Deberá también llevar una lucha ideológica intransigente, no sólo contra el reformismo stalinista tradicional, sino igualmente contra la versión maoísta de la "revolución por etapas", al mismo tiempo que una discusión fraternal con las corrientes revolucionarias no-stalinistas que, en razón de una concepción empírica-militarista de la revolución, se niegan a definirse claramente por un programa socialista. Sin embargo, la IV Internacional llegará a ser un polo para los revolucionarios de América latina no sólo por las posiciones políticas e ideológicas que adopte, sino en la medida en que sus secciones continúen mostrando, en la práctica, su rigor y su

combatividad, en la vanguardia de la guerra revolucionaria por la liberación de los pueblos latinoamericanos.

Conclusión: Diez tesis sobre la revolución permanente en América latina

I. La teoría stalinista de la revolución por etapa es una vuelta al menchevismo; su aplicación ciega y obstinada por los PC de América latina desde 1935 a nuestros días, ha tenido como consecuencia sólo una política de seguidismo detrás de la burguesía, de capitulación oportunista y de traición objetiva a los intereses históricos del proletariado. Esta estrategia nacional-reformista, y el rechazo de los PC a conducir una política proletaria independiente, es uno de los factores responsables de muchas derrotas obreras: Guatemala 1954, Brasil, 1964, etc.

II. El modo de producción dominante en América latina, aún en el campo, es capitalista, estrechamente asociado a los monopolios imperialistas. Hablar de una revolución "antifeudal" y/o "nacionalista" (burguesa), significa estar en contradicción con la misma naturaleza de las relaciones de producción del continente. En América latina una verdadera revolución tendrá un carácter a la vez agrario, antiimperialista y anticapitalista.

III. Las revoluciones o semirrevoluciones burguesas en América latina, tanto las que han sido impulsadas por un potente movimiento popular, como las que han sido llevadas a cabo "desde arriba" han degenerado, o simplemente han abortado, y han sido incapaces de cambiar de manera radical la miserable condición del campesinado y, sobre todo, de librar a sus países de la dominación imperialista.

IV. Esta incapacidad de la burguesía latinoamericana de cumplir sus tareas históricas y desempeñar un papel revolucionario consecuente se debe a múltiples factores:

-llegada con retardo a la escena histórica, es ya conservadora antes de haber podido ser revolucionaria; está amenazada por el proletariado antes de poder oponerse al imperialismo.

-por sus innumerables lazos económicos, financieros, políticos y militares con el imperialismo (y frecuentemente con la oligarquía agraria) no puede ponerse a la cabeza de un movimiento nacional-democrático verdaderamente revolucionario (cualesquiera sean, por otra parte, sus contradicciones con esos sectores por el reparto de la plusvalía);

-después de la polarización del campo de la lucha de clases que siguió a la revolución cubana, la burguesía llamada nacional tiende cada vez más a buscar su salvación en la asociación económica con el imperialismo norteamericano y bajo su protección militar.

V. Las fuerzas sociales capaces de llevar a cabo las tareas tradicionales de la revolución democrática (el problema agrario y la liberación nacional) son: el proletariado, el campesinado, los estudiantes, los intelectuales, las capas pequeño-burguesas radicalizadas y las masas urbanas conocidas por "marginados", bajo la dirección de un partido revolucionario proletario (por

su programa y su ideología). En esa revolución, las masas campesinas tendrán, en la mayor parte de esos países, un papel decisivo, con la condición que se constituya la alianza de los trabajadores de la ciudad y el campo bajo dirección proletaria y en un combate político encarnizado contra la influencia de la burguesía en el seno del campesinado y de las masas urbanas.

VI. Sea cual fuere su forma inicial y las fases transitorias de su desarrollo, un poder revolucionario capaz de llevar a cabo las tareas democráticas deberá convertirse, al fin y al cabo, en un Estado de tipo obrero, sostenido por la inmensa mayoría de las masas, trabajadoras urbanas y rurales.

VII. Teniendo en cuenta los lazos económicos-políticos entre la burguesía local y el imperialismo, las tareas de liberación nacional sólo pueden realizarse en combinación con las propiamente socialistas. A través de un proceso de *revolución permanente*, la revolución democrática verdadera se transforma necesariamente en revolución socialista, como lo muestra el ejemplo cubano de 1959 a 1961. En tal sentido, todos los países del continente están "maduros" para una revolución socialista, y toda tentativa de negarlo en nombre del "nivel de las fuerzas productivas", es pura y simplemente una vuelta al economismo menchevique. "No hay otro camino a seguir: o revolución socialista o caricatura de revolución".

VIII. El carácter, en último análisis, socialista de la revolución latinoamericana, determina la necesidad e inevitabilidad de un enfrentamiento armado que destruya el aparato represivo del Estado burgués, enfrentamiento que en la mayoría de los países tomará la forma de una guerra revolucionaria prolongada.

IX. Por su propia dinámica, la revolución latinoamericana tiene un carácter continental. Nacida en un país (Cuba), tiende a pasar las barreras nacionales y a unir en un mismo combate contra las clases dominantes y el imperialismo (asociados en la OEA, la junta interamericana de defensa, etc.), a todos los pueblos de América latina. El ejemplo de Santo Domingo muestra el carácter continental de la contra-revolución. La tarea de la vanguardia es, por consiguiente, la de coordinar los diferentes frentes de la lucha revolucionaria en la guerra común, cuyo objetivo final es la liberación del continente y el establecimiento de la Federación de los Estados socialistas de América latina.

X. La probabilidad de una intervención imperialista contra la revolución en América latina (como en Santo Domingo en 1965 o bajo forma de guerra imperialista prolongada) pone también a la orden del día la coordinación entre los revolucionarios latinoamericanos y los revolucionarios de América del norte y de los demás países imperialistas. El ejemplo vietnamita muestra la importancia de la lucha contra la guerra imperialista en el seno mismo de la fortaleza norteamericana, la lucha por la desmoralización del ejército imperialista y por el retiro de las fuerzas intervencionistas. La IV Internacional podrá contribuir de manera decisiva a la realización de esta tarea de solidaridad revolucionaria.

La teoría de la revolución permanente no es nueva en América latina: se la encuentra explícitamente formulada en los textos del

Komintern leninista (1920), en los escritos de los fundadores del comunismo latinoamericano (Mariátegui, Mella) y en los documentos del movimiento trotskysta. Pero particularmente en el curso de la década de 1960, a la luz de la revolución cubana y de los escritos del Che, una nueva generación militante va a encontrar en América latina las fuentes del marxismo revolucionario y va, asimismo, a entablar sus combates bajo la bandera de la revolución permanente.

Dedicamos estas páginas a la memoria de tres heroicos representantes de esa generación: Luis Eduardo Merlino (Brasil), Tomás Chambi (Bolivia) y Luis Enrique Pujals (Argentina), militantes trotskystas, miembros de la IV Internacional, muertos en el combate por la revolución socialista latinoamericana y mundial.

1 Citado por León Trotsky: "La Révolution chinoise et les théses de Stalin" en: P. Broué, *La Question chinoise dans l'Internationale communiste*. E.D.I., págs. 147 y 182.

2 Internacional comunista.

3 Saverio Tutino, *L'Octobre cubain*, Cahiers libres, F. Maspero.

4 K.S. Karol, *Les Guérilleros au pouvoir*. ed. Laffont, pp. 87 y 91, y L. Aguilar, *Marxism in Latin America*, p. 32.

5 K.S. Karol, *ob. cit.*, p. 90.

6 Blas Roca, *Por qué y para qué participan los comunistas en el gabinete* Ed. Sociales, La Habana, marzo de 1943, p. 3.

7 Cf. Blas Roca, *Los fundamentos del socialismo en Cuba*, Ed. Populares. 1961, pp. 195-200.

8 En R.J. Alexander, *Communism in Latin America*, Rutgers University Press, 1957. pp. 290-291.

9 En: L. Aguilar, *ob. cit.*, pp. 137-138

10 Cf. J. Arnault, *Cuba et le marxisme*, Ed. Sociales, p. 94.

11 Blas Roca y Lázaro Peña, *La Colaboración entre obreros y patronos*. Ed. Sociales, La Habana, 1945, p. 8.

12 Resolución de la III Asamblea Nacional, enero de 1946, en: Blas Roca, *¡Al combate!* ED. del PSP., 1946, p. 66.

13 Cf. J. Arnault, *Cuba et le marxisme*, p. 48.

14 En: K.S. Karol, *ob. cit.*, p. 142.

15 Blas Roca, "Ante las elecciones". *Fundamentos*, N° 140, agosto de 1954, p. 224.

16 Blas Roca, "El camino mambí de hoy", *Fundamentos*, mayo de 1955. p. 429.

17 R. Villa, "Las ofertas comerciales de la URSS y las necesidades económicas cubanas", *Fundamentos*, agosto de 1956, pp. 26 y 28.

18 *Fundamentos*, N° 149, diciembre de 1956 –junio de 1957, pp. 3 y 38.

19 Cf. Karol, *ob. cit.*, p. 158, y Silvio Frondizi, *La revolución cubana*. Montevideo, 1960, p. 151.

20 Blas Roca, *Balance de la labor del Partido...*, La Habana, 1960, pp. 87 y 88.

21 L.C. Prestes, "Informe", IV Congreso do PC do Brasil, *Problemas*, N° 64, diciembre de 1954, p. 91.

22 L.C. Prestes, *Unido Nacional para a Democracia e o Progresso*. Edições Horizonte, Río de Janeiro, 1945. pp. 15. 21 y 25. El subrayado es nuestro.

- 23 L.C. Prestes, *Os comunistas na luta pela democracia*. ED. Horizonte, Río de Janeiro, pp., 10 y 12.
- 24 L.C. Prestes, *Manifiesto de agosto de 1950*, p. 20. El subrayado es nuestro.
- 25 *Declaração sobre a política do Partido Comunista do Brasil*, Río, marzo de 1958, pp. 14 y 15. El subrayado es nuestro.
- 26 *Ibid.*, p. 16.
- 27 *Ibid.*, p. 25.
- 28 *Resolução política da convenção nacional dos comunistas*. Cadernos de Novos Rumos, Río, 1961, tesis N° 22.
- 29 Cf. L.C. Prestes en *Voz Operária*, setiembre de 1966.
- 30 Resolución política de la VI Conferencia Nacional del PC de Brasil (m I.), *Pekin Information*. 19-XII-1966. pp. 32 y 35.
- 31 Todos estos datos son señalados por el moderado sociólogo mexicano Pablo González Casanova, en "México: the dynamics of an agrarian and "semica-pitalist" revolution", *Latin America, Reform or Revolution* (a Reader), Fawcett Publications Inc., 1968, Nueva York. pp. 468 y 469.
- 32 J.L. Schmidt, "L'imperialisme nord-américain en Amérique latine", en *Recherches Internationales*, N° 132, 1962, p. 100.
- 33 Declaración de Paz Estensoro de 1964, en: Liborio Justo. Bolivia, revolución derrotada. Rojas Araujo, ed. Cochabamba, 1967, pp. 189 y 198.
- 34 Liborio Justo, ob. cit., p. 206.
- 35 Cf. M. Niedergang. *Les Vingt Amériques latines*. Seuil. 1969 pp, 80 y 81.
- 36 "Le peronismo", en *Partisans*. N° 26-27, p. 63.
- 37 I. Frías, "La revolución guatemalteca", en *Cuarta Internacional*, marzo-mayo de 1954, pp. 52-54.
- 38 Manuel Pinto Usaga, Guatemala, apuntes sobre el movimiento obrero, México, 1954, p. 156. 39 Che Guevara, *Textos militares*, p. 156.
- 40 L. Worth, *Civil-Military Relations in Argentina, Chile and Perú*, Berkeley (California), 1966. p. 53.
- 41 La redacción de este trabajo data de 1972. (N. del T.) 42 *Revista Quatrième Pouvoir*, 10-1-1969.
- 43 6 de febrero de 1969. El subrayado es nuestro.
- 44 En *Oiga*. Lima, 1° de agosto de 1969.
- 45 *Le Monde*, 23 de febrero de 1970.
- 46 Alain Joxe, "Portée et limites du modèle péruvien", *Politique aujourd'hui*, N° 11, 1969, p. 64.
- 47 *Le Monde diplomatique*, abril de 1970.
- 48 Discurso ante la CE.PAL.
- 49 Discurso ante la ONU, septiembre de 1969.
- 50 *Le Monde diplomatique*, abril de 1970.
- 51 Trotsky, *Results and Prospects*, New Park. Londres, p. 198.
- 52 Citado por Ernest Mandel en "Révolution coloniale et bourgeoisie nationale, les staliniens d'Amérique latine sur la trace des menchéviks", *Quatrième Internationale*, octubre de 1959, pp. 47-48. El subrayado es nuestro.
- 53 J.C. Mariátegui, *El proletariado y su organización*, Grijalbo, México. 1970, pp. 119-120.
- 54 Cf. R París, "Introduction á Mariátegui", en *Sept essais sur la réalité péruvienne*, Ed. Maspero. 55 Mella, "¿Qué es el APRA?", en *Ensayos revolucionarios*, Ed. Popular de Cuba y del Caribe, La Habana, 1960, pp. 23-24.
- 56 *Writings of León Trotsky, 1939-40*, Merit, p. 40.

- 57 En Liborio Justo, *Bolivia, la revolución derrotada*, Rojas Araujo. Ed. Cochabamba, Bolivia, 1967, p. 134.
- 58 En Liborio Justo, p. 156.
- 59 *Informe sobre la situación interna en Bolivia, 1957.*
- 60 En Liborio Justo, p. 176.
- 61 R.W. Patch, "Bolivia: diez años de revolución nacional", en *Cuadernos*, París, set 1962.
- 62 Rosa Luxemburgo, *La Révolution Russe*, Spartacus, París 1945, pp.15-16.
- 63 Che Guevara, *Selected Works*, M.I.T. Press, 1969, p. 372.
- 64 Editorial: Oú va la révolution cubaine", en *Quatrième Internationale*, set-oct. 1959, pp. 29-32.
- 65 Che Guevara. *Textes militaires* Maspero p. 119.
- 66 Che Guevara, *Textes militaires*, p. 163.
- 67 Che Guevara, *Textes Politiques*, pp. 208, 303.
- 68 Marx, Introduction a la critique de l'économie politique. ed. Sociales París, 1957, p. 170.
- 69 A.G. Frank, *Le développement du sous-développement* Maspero París, 1970, pp. 205-206.
- 70 Cf. Cardoso. *Politique el développement dans les sovietes dépendantes* Ed. Anthropos, París, 1971. p. 182.
- 71 E. Mandel "Imperialismo y burguesía nacional en América latina", en *Cuarta Internacional*, N° 1, Buenos Aires, Julio de 1973.
- 72 "Government lays groundwork", en *Brazilian Bulletin*, published by Brazilian Government Trade Bureau, New York, vol. 26, N° 526, marzo 1971, p.7.
- 73 *Newsweek*, 18 octubre, 1971.
- 74 Jeanette Habel, "L'Amérique latine et la lutte de classes", *Partisans*, N° 37, juin 1967, p. 76.
- 75 Resolución sobre América latina, IX Congreso mundial de la IV Internacional, abril de 1969.
- 76 Este trabajo fue escrito en 1972 (*N. del T.*).
- 77 El posadismo que en 1961 se inició como una secta desprendida de la IV Internacional, ha degenerado rápidamente para transformarse en los últimos años en un fenómeno relacionado con la patología política. Por desgracia, durante mucho tiempo ha creado gran confusión al reivindicarse falsamente del trotkismo. Para medir el grado de descomposición política a que ha llegado ese grupúsculo. en vías de desaparición, basta con recordar que no sólo ha sostenido al régimen de Alvarado en Perú y de Ovando en Bolivia. sino que recientemente ha descubierto en el seno del régimen militar *brasileño* una "corriente nacionalista que se eleva constantemente en su intervención e impone al gobierno medidas sociales (¿?), populares (¿?), de nacionalización (i!)". Cf. *communiqué desm posadisles brésiliens*, du 15-11-1970, en *Lutte Communiste*, N° 1852, 11-12-1970. p 3.

Los combates de Mariátegui

(Capítulo del libro *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano* que se puede bajar gratis de nuestro sitio web: amauta.lahaine.org)

Néstor Kohan

El pensamiento de José Carlos Mariátegui (1894-1930) constituye el vértice más alto en la larga marcha histórica del marxismo latinoamericano. Su obra ha sido parangonada con la de Antonio Gramsci o la de Walter Benjamín. Contra cualquier sobresalto previsible de un lector poco informado frente a semejante comparación, debemos apresurarnos a aclarar que ninguna de estas dos analogías es exagerada. Como sucede igualmente con Gramsci y con Benjamín, el carácter abierto del marxismo de Mariátegui le permitió contrastarlo productivamente con lo más alto de la cultura contemporánea de su época, posibilitando de este modo incorporar a su corpus teórico lo más avanzado de aquellos "radicales" años 20.

La bibliografía sobre Mariátegui es descomunal. En los últimos años se ha experimentado incluso cierto *revival* de su obra que no deja de hacerle finalmente justicia, si tomamos en cuenta que durante décadas fue silenciado por el stalinismo, corriente hegemónica en nuestro continente desde mediados de los años 30 hasta por lo menos 1960 y que en el Perú tuvo a su frente durante los 30 al stalinista Eudocio Ravines, oscuro personaje que después de hartarse de luchar contra la herencia mariateguiana -calumnias incluídas- se convirtió en un furioso anticomunista.

En este pequeño ensayo intentaremos entonces recortar de su trayectoria político-intelectual determinados ítems políticos, apuntando a reconstruir los presupuestos filosóficos que operaron como telón de fondo en sus combates ideológicos.

Más allá de los conocidos avatares de su propio itinerario biográfico, de su "edad de piedra" -como él denominó a su período juvenil-, de su viaje a Europa (1919-1923) y de su reinserción en el Perú de los años 20, Mariátegui inicia un viraje que excederá de lejos la mera experiencia personal. La curva de variación de su itinerario individual repercutirá ampliamente en el marxismo continental en su conjunto.

Comencemos entonces señalando que ese viraje radical encuentra al amauta peruano rompiendo políticamente amarras con la socialdemocracia y el populismo, polemizando con el incipiente stalinismo y cuestionando duramente el maridaje filosófico de socialismo y positivismo. Si se pretenden rastrear las líneas fundamentales de ese viraje, indefectiblemente debe focalizarse la mirada en el denso espacio de confrontación donde se cruzan la política y la filosofía. Intentaremos, entonces, comenzar por sus polémicas y discusiones políticas para luego remontarnos a sus condiciones de posibilidad teóricas. Nuestra mirada, como ya aclaramos en el prólogo de este libro, no pretende ser meramente descriptiva. No nos interesa diseccionar a Mariátegui despojándolo de aquella dimensión -la política- que él probablemente más amara en el ejercicio de su actividad teórica.

Múltiples son los puntos cronológicos que condensan la experiencia vital de Mariátegui, antes y después de su viaje a Europa. De todos ellos tomamos como centro nodal el bienio 1928-1929, la etapa de su madurez, pues allí se realiza la consumación polémica de las líneas de reflexión que Mariátegui venía pacientemente desarrollando aun antes de ir a Italia.

En ese breve lapso dos polémicas paradigmáticas encuentran al amauta como protagonista e inspirador: por un lado -coincidiendo con Mella-, la que lo separa definitivamente del APRA y de su principal dirigente, Haya de la Torre, y por el otro, aquella que en el seno del comunismo latinoamericano lo diferencia de la línea oficial de la III Internacional expresada por Victorio Codovilla. Ambas disputas manifiestan en el orden político la maduración y explicitación de diversas perspectivas teóricas que Mariátegui venía investigando y experimentando, y que pasarán a partir de esa época a formar definitivamente parte de su original configuración ideológica.

CRÍTICA DE LA SOCIALDEMOCRACIA Y EL REFORMISMO

No debemos pasar por alto el hecho de que para poder llegar a deslindar un territorio propio tanto frente a la corriente de Haya de la Torre como a la de Codovilla, Mariátegui debió previamente deslindar posiciones en torno de la tradición reformista socialdemócrata. Tarea que realizó principalmente tomando como paradigma el "partido guía" de la II Internacional, esto es, el alemán.² No es casual que haya elegido aquella organización como eje de sus críticas. En América latina, los primeros difusores del marxismo estaban fuertemente ligados a ella, tanto política como ideológicamente.³

² Véase principalmente su análisis del proceso revolucionario alemán de comienzos de 1919 y el papel que en él jugó la fracción reformista socialdemócrata, en la conferencia sobre "La revolución alemana" (20 de julio de 1923) dictada a su regreso de Europa, recopilada en José Carlos Mariátegui, *Textos básicos* (Lima, FCE, 1991, pp. 281-292) y J.C. Mariátegui, *Obra política* (México, Era, 1984, pp. 72-82). En esta conferencia Mariátegui enjuicia duramente al ala reformista de la socialdemocracia alemana (encarnada fundamentalmente por Ebert, Scheidemann y Noske) y reivindica sin ambigüedades el espartaquismo comunista de Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht, Clara Zetkin y Franz Mehring. Rompe, de esta manera, los estrechos vasos comunicantes que unían a los primeros difusores marxistas de nuestro continente -de una generación mayor a la suya- con la socialdemocracia alemana.

³ Germán Ave Lallemand -fundador de la Asociación Vorwärts de alemanes socialistas en Buenos Aires- y Pablo Zierold, en México, fueron dos de los principales precursores en la difusión del pensamiento de Carlos Marx en tierras latinoamericanas, a fines del siglo XIX [tal vez habría que agregar en este rubro a Augusto Kühn). Ambos inmigrantes -Lallemand y Zierold- mantuvieron un estrecho contacto con los socialdemócratas alemanes, y en especial con Karl Kautsky. Hasta tal punto que los dos fueron corresponsales locales de la revista alemana *Die Neue Zeit* (Lallemand lo fue entre 1894 y 1909). Por su parte, el autor (quizá ayudado por Kühn) de la primera traducción latinoamericana a partir de la cual se pudo leer *El capital* en castellano, Juan B. Justo -fundador del socialismo argentino-, mantenía también estrechas relaciones con el partido alemán. Véase José Aricó, "Marxismo latinoamericano", en N. Bobbio, N. Matteucci y G. Pasquino, *Diccionario de política* (México, Siglo Veintiuno, 1995, p. 956), y *La hipótesis de Justo*, p. 41.

En la crítica de esta última corriente, el peruano defenderá un conjunto de tesis, entre las que sobresalen: a) la inviabilidad objetiva del camino socialdemócrata debido a la transformación del capitalismo de libre competencia en monopolista e imperialista; b) la exterioridad de esta corriente con relación a Indoamérica -quizá la tesis principal-, y c) el abrupto corte que se produce entre la reforma y la revolución después de la experiencia de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), fenómeno que origina dos concepciones del mundo y de la vida diametralmente opuestas. En el terreno teórico, esta operación de deslinde con relación al reformismo se asienta en su crítica del evolucionismo histórico pacifista prebélico, en su reivindicación principista del romanticismo revolucionario, del voluntarismo y del activismo combatiente, heroico y militante y, por último, en su cuestionamiento al racionalismo positivista, socialdemócrata y liberal ⁴ -tan caro a nuestro Juan B. Justo-, que más adelante analizaremos.

¿EUROPEÍSMO? POLÉMICA CON HAYA DE LA TORRE

Una vez que separó radicalmente las aguas en torno de la vía socialdemócrata-a su regreso del viaje a Europa (1919-1923)-, Mariátegui se dedicó a militar sin pausa en la corriente antiimperialista latinoamericana que vertiginosamente se había expandido al calor de las luchas obreras y de la Reforma Universitaria (él también fue un militante de la "hermandad de Ariel", aunque en su madurez cuestionara las exageraciones de la "nueva

sensibilidad y la "nueva generación"). Desde esta trinchera, compartió posiciones en la Universidad Popular González Prada y en la revista *Claridad* -que, como su homóloga argentina, también toma su nombre de ¡Clarté!- con el otro gran intelectual peruano: Haya de la Torre. Juntos difundieron la prédica antiimperialista hasta que las divergencias políticas y teóricas entre ambos tornaron imposible continuar por la misma senda.

¿Cómo explicarse esta primera unidad entre Mariátegui y Haya de la Torre? La respuesta que se proponga para resolver ese interrogante será un parteaguas para entender todo el marxismo latinoamericano. Como ya hemos adelantado en nuestro libro sobre Deodoro Roca -quien dicho sea de paso constituye probablemente en los años 20 y 30 la figura cultural e ideológicamente más afín a Mariátegui con la que contamos los argentinos-, la actitud de los marxistas frente a la intelectualidad proveniente del antiimperialismo culturalista siguió dos caminos diversos. Las corrientes más sectarias, pretendidamente "ortodoxas", condenaron en bloque esa constelación cultural por "idealista", "pequeñoburguesa" e incluso "contrarrevolucionaria",⁵ impidiendo realizar sobre sus filas la hegemonía socialista o radicalizar su constelación ideológica,⁶ mientras que los sectores

⁴ Véase "Dos concepciones de la vida" (9 de enero de 1925), en *Textos básicos*, pp. 5-8, y *En defensa del marxismo* (en J.C. Mariátegui, *Obras*, tomo I, pp. 121-203). Esta "defensa del marxismo" que emprende Mariátegui en este texto -uno de los más bellos que escribiera- no tiene ningún punto de contacto con la defensa de la "ortodoxia marxista" que Kautsky había pretendido desarrollar frente al "revisionismo" de Bernstein, en los tiempos de la II Internacional.

⁵ Véase nuestro *Deodoro Roca, el hereje*, pp. 64-65.

⁶ Cuestionando esta concepción sectaria, stalinista *avant la lettre*, señalaba Aricó (Prólogo a *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*): "Separadlas así las ideas en «malas» y «buenas», todo el complejo dialéctico de interpenetración de las ideas marxistas con las tradiciones

más abiertos -y, si se quiere, "heréticos" como es el caso de Deodoro Roca en la Argentina o Mella en Cuba, según ya vimos-intentaron conjugar el marxismo con el latinoamericanismo surgido a partir de la Reforma. Mariátegui, en el Perú. se enroló en esta última variante, lo cual explica sus esfuerzos iniciales -más tarde abortados- por caminar junto a Haya de la Torre.

Haya de la Torre pretendía hegemonizar en sentido inverso el APRA, transformando repentinamente su organización frentista en un partido, al tiempo que propiciaba para nuestro continente una revolución de tipo democrático-burgués (tomando como modelo tanto a la china como a la mexicana). Según él, la historia mundial seguía un decurso histórico evolutivo. No se podían saltar etapas (ésta será, curiosamente, una nota en común entre Haya de la Torre y Codovilla, a pesar de todas sus discrepancias, y constituirá la gran diferencia entre el populismo peruano y el populismo ruso del siglo XIX, pues en este último caso el eje de la ideología populista giraba precisamente alrededor de la posibilidad -avalada entusiastamente por el último Marx- de "saltar" la etapa capitalista en el tránsito al socialismo).

Como el imperialismo era en América latina no la "última fase del capitalismo" -según afirmaba Lenin- sino "la primera", según Haya de la Torre no se podía plantear una revolución socialista anticapitalista, dada la estructura social atrasada del continente. La matriz ideológica de fondo que -manejaba Haya en estas formulaciones -a pesar de que a partir de 1935 intentará elaborar su "teoría del espacio-tiempo histórico"- partía de una homología evolutiva con Europa. Si bien aceptaba (como años después formulará la teoría de la dependencia) que entre el centro y la periferia capitalista existía innegablemente una asimetría, pensaba que la periferia -es decir, Indoamérica- podía llegar a seguir una evolución histórico-económica análoga a la de Europa. De allí que en *El antiimperialismo y el APRA* (redactado en 1928 aunque publicado en 1936, muerto ya Mariátegui) planteara que no se podía "destruir al capitalismo" cuando éste aún no se había desarrollado plenamente. Ésa era la fundamentación teórica de su oposición a la revolución socialista propugnada por Mariátegui.

Frente a aquella maniobra de transformación del APRA en partido, Mariátegui decide defender públicamente el carácter del APRA como frente. Mientras tanto, no deja de reivindicar e insistir en la necesidad de autoorganización de los trabajadores en un partido propio, de clase. Aunque para Mariátegui no se trataba de ir en busca de un sujeto ya constituido "objetivamente" -como prescribía la "ortodoxia" soviética asentada en un materialismo economicista- sino que la tarea de la organización revolucionaria consistía en construir políticamente un sujeto social para la revolución. De allí que Mariátegui no se conformara con las estadísticas y los censos a la hora de "medir" el grado de desarrollo del proletariado urbano peruano -de por sí escaso-. Si no se atiende detenidamente esa construcción específicamente política que él pretendía pilotear para conformar una organización clasista de los trabajadores no se podrá comprender su permanente insistencia en el componente indígena y campesino que, junto con el proletariado urbano, debía formar parte del (nuevo) partido de clase.

revolucionarias del radicalismo político del movimiento social peruano, que era el terreno común que homogeneizaba a la intelligentsia emergente del sacudimiento de la Reforma Universitaria, se desvanece y es sustituido por un estrecho canon interpretativo basado en ideas que se excluyen mutuamente" (el subrayado me pertenece).

En este combate por la dirección del movimiento. Haya de la Torre acusó reiteradas veces de "europeísmo" a la propuesta mariateguiana -una acusación recurrente en el discurso de las corrientes nacional-populistas siempre dirigida contra las izquierdas más radicalizadas "por no comprender la necesidad de apoyar a las burguesías latinoamericanas"-. Tal acusación partía, en su caso particular, de una singular constelación teórica que pretendía amalgamar eclécticamente la teoría de la relatividad de Einstein (aplicada a la historia), el nacionalismo chino del Kuomintang y su propia interpretación de la historia del Perú.

En la crítica mariateguiana encontramos determinados presupuestos que ya estaban presentes en su perspectiva ideológica, sobre todo en las páginas de *Amauta*, y que recién a partir de mayo de 1928, con la ruptura del APRA, se expresan políticamente.⁷ Entre estos últimos se destaca la dificultosa y problemática síntesis dialéctica que el amauta se propuso realizar en su práctica política y en su discurso teórico entre la instancia particular (la formación social del Perú) y la universal (el socialismo marxista como movimiento emancipador de una clase social mundial). En esta síntesis. Mariátegui entendía que no se podía ni se debía abandonar ninguno de los polos contradictorios, bajo riesgo de caer en el exotismo y el folclorismo (sólo lo particular) o en el cosmopolitismo (sólo lo universal).⁸

La tradición europea que aparentemente rechazaba Haya de la Torre -sólo "aparentemente", pues en realidad había colaborado de un modo estrecho con la III Internacional hasta pocos meses antes, cuando rompió con ésta en el Congreso Antiimperialista de Bruselas de febrero de 1927- era para Mariátegui una de las dos mediaciones insoslayables de su intento por enraizar nacional y continentalmente el socialismo internacional de origen y factura europea. No obstante, en lo que atañe a la relación partido-clase (uno de los ejes de la polémica con Haya de la Torre) no dejaba de señalar la diferencia entre los partidos revolucionarios europeos y las necesidades propias y específicas del Perú. Según su perspectiva, en los países europeos sólo la clase obrera industrial tiene posibilidades de desarrollar el socialismo, mientras que en América latina los partidos revolucionarios no pueden darse el lujo de prescindir del campesinado y, dentro de éste, particularmente de los trabajadores indígenas.⁹ Diferencia fundamental que

⁷ Las conclusiones sociológicas e históricas que Mariátegui venía extrayendo de sus exhaustivas investigaciones y que conformarán la mayor parte del contenido de los célebres *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* tienen su corolario político en "Aniversario y balance" (editorial de *Amauta*, II, 17, Lima, septiembre de 1928), texto fundacional que marca definitivamente su ruptura con Haya de la Torre y que adelanta su divergencia con la corriente de Codovilla.

⁸ El peruano identifica tempranamente el problema y brega por solucionarlo en el campo político mediante esta síntesis a fines de los años 20. Es probable que en el campo del arte la propuesta latinoamericana que más se acerca a un parangón con la síntesis mariateguiana haya sido la de los muralistas mexicanos y en particular la realizada por Diego Rivera, quien también pudo amalgamar -como el director de *Amauta*- el pasado y el futuro, la tradición y la vanguardia, la continuidad y la ruptura, destacando al mismo tiempo la dimensión indígena.

⁹ "Y como es sabido", dice Mariátegui en "La revolución alemana" (1923), refiriéndose a Alemania, "el proletariado agrícola no tiene la suficiente saturación socialista, la suficiente educación clasista para servir de base al régimen socialista. *El instrumento de la revolución socialista será siempre*

ilustra el carácter de la síntesis diferenciada que el amauta hacía entre lo particular y lo universal, entre América y Europa, entre lo nacional y lo internacional. Como parte de esa cadena de síntesis debe entenderse su propuesta de entroncar la tradición socialista europea con la tradición comunista incaica.

¿POPULISMO? POLÉMICA CON VICTORIO CODOVILLA

En el mismo 1928 cuando Mariátegui rompe con Haya de la Torre (mayo) y funda el Partido Socialista Peruano (16 de septiembre), se desarrolla el VI Congreso de la Internacional Comunista en Moscú. Paradójicamente, a pesar de que en este congreso por primera vez comienzan a estudiarse seriamente los problemas de América latina (aun cuando hubo dos documentos previos de la Internacional Comunista sobre América)¹⁰ e incluso asisten una cantidad importante de delegados de este continente,¹¹ al mismo tiempo allí comienzan a subrayarse y resaltarse los "residuos precapitalistas y feudales" en el análisis de los países latinoamericanos. Coincidiendo con esta caracterización, Victorio Codovilla (1894-1970) y Rodolfo Ghioldi (1897-1985) -en la dirección del Partido Comunista argentino durante su VIII Congreso (1928)- tipifican a la Argentina como país "semicolonial" y deducen de ese diagnóstico que el tipo de revolución necesaria en nuestro territorio debería ser "democrático-burguesa" bajo la forma de "revolución agraria antiimperialista".¹² Un año después, en 1929, como miembro de la dirección del Secretariado Latinoamericano de la Internacional Comunista, Codovilla logra imponer ese mismo criterio (apoyado por el bujarinista Jules Humbert-Droz) para el resto de los partidos latinoamericanos, enfrentando en aquella oportunidad las tesis de los peruanos, elaboradas por José Carlos Mariátegui y leídas por sus delegados Julio Portocarrero y Hugo Pesce.

En esa ocasión, los enviados peruanos de Mariátegui sostuvieron que las burguesías denominadas "nacionales" no podían formar parte del frente antiimperialista y, además, que el tipo de revolución necesaria en América latina era directamente socialista¹³ y no "democrático-burguesa".¹⁴

el proletariado industrial, el proletariado de las ciudades". Compárese esta afirmación con las conclusiones presentes en *Siete ensayos...* y en *Amauta* y se tendrá un claro panorama de la diferencia histórica que Mariátegui advertía entre el movimiento revolucionario europeo y el latinoamericano.

¹⁰ Véase "Sobre la revolución en América" (1921) y "A los obreros y campesinos de América del sur" (1923); recopilados en M. Löwy, *El marxismo en América latina*, pp. 73-81.

¹¹ Véase Manuel Caballero, *La Internacional Comunista y la Revolución Latinoamericana*, Caracas, Nueva Sociedad, 1987, cap. 4, "El descubrimiento de América", pp. 107-119.

¹² Véase Victorio Codovilla, *Nuestro camino desemboca en la victoria* (Escritos y discursos seleccionados con motivo de su sesenta aniversario), Buenos Aires, Fundamentos, 1954, pp. 204-205.

¹³ Véase J.C. Mariátegui, "Punto de vista antiimperialista" (1929), en *Textos básicos*, pp. 203-209.

¹⁴ Sobre la postura de Codovilla en relación con el debate con las tesis mariateguianas, véase AA.W. *El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista latinoamericana* (Buenos Aires, La Correspondencia Sudamerica, 1929), pp. 333-336. En esa ocasión también fueron ácidamente polémicas con el mariateguismo las posiciones

Esta disímil caracterización que Codovilla y Mariátegui realizan sobre las formaciones sociales de América latina y el tipo de revolución necesaria esconde y encierra implícitamente una contraposición teórica entre dos maneras diversas de entender el marxismo. Si el ítalo-argentino adhiere explícitamente al DIAMAT soviético y a la visión lineal de la historia que de éste se deriva, por su parte el peruano hará un explícito cuestionamiento de aquella corriente, principalmente en lo que atañe al "materialismo" y al determinismo que los soviéticos -y con ellos Codovilla- atribuían al pensamiento de Marx.

Esta impugnación teórica, que luego analizaremos, le permitirá a Mariátegui superar los obstáculos que la visión "oficial" por ese entonces interponía a los marxistas latinoamericanos, impidiéndoles entender creadoramente (para poder transformar) las realidades de este continente. Obstáculos que se asentaban fundamentalmente en una presupuesta filosofía de la historia universal -materialista y determinista- que prescribía teóricamente para todos los países del mundo *el paso necesario e ineluctable por rígidas etapas* de desarrollo social, cuya sucesión predeterminada se había extraído a priori de lo que se consideraba como "modelo clásico", es decir, Inglaterra.

Coherente con ese cuestionamiento, en su polémica con la corriente de Codovilla de 1929 Mariátegui se opuso terminantemente a separar en "etapas" el antiimperialismo del socialismo, la lucha por la liberación nacional de la revolución socialista. Treinta años más tarde, la misma polémica se repetirá en ocasión de las transformaciones sociales producidas por la Revolución Cubana. En esa ocasión, los discípulos de Codovilla tampoco podían admitir que se "quemaran etapas" en el desarrollo social. Cuba no podía marchar al socialismo. Teóricamente era imposible. Algo así como una herejía. El esquema de interpretación marxista se había convertido y solidificado en un dogma, centrado fundamentalmente en el desarrollo lineal de las fuerzas productivas. La posición de Mariátegui fue retomada en ese momento por el Che Guevara.¹⁵

del argentino Paulino González Alberdi (en AA.W., *El movimiento revolucionario...* pp. 327-328 y 337-338). Véase asimismo Victorio Codovilla, "La penetración de las ideas del marxismo leninismo en América latina" (en *Revista Internacional*, VII, 8 [72], agosto de 1964). Véase también el comentario que sobre el mismo debate hace P. González Alberdi, "A cuarenta años de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana" (en *Revista Internacional*, XII, 6 [126], junio de 1969, pp. 78-83 y su folleto "La primera Conferencia Comunista Latinoamericana" (1 al 12 de junio de 1929), sobre todo la sección referida a "Los puntos de vista equivocados" (donde analiza y critica la propuesta de Mariátegui, defendiendo la de Codovilla), Buenos Aires, Centro de Estudios, 1978.

¹⁵ En su discusión de 1963-1964 con Charles Bettelheim y los antiguos adherentes al PSP en torno de la ley del valor y las categorías mercantiles en la transición al socialismo. el Che cuestionó la ideología mecanicista y productivista presupuesta en los partidarios del cálculo económico -que propugnaban un socialismo con mercado-. Esta disputa de orden teórico tuvo su correlato político en la polémica sobre el carácter de la revolución que los pueblos latinoamericanos luchaban por concretar. En apretada síntesis, Guevara ("Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental, en *Obras*, La Habana, Casa de las Américas, 1970, tomo II, p. 589), resumió su perspectiva (que prolongaba puntualmente el análisis mariateguiano) diciendo: "Por otra parte las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo -si alguna vez la

EL DEBATE POR LA FILOSOFÍA DEL MARXISMO

Las discusiones políticas de Mariátegui tenían un inequívoco telón de fondo. Se tratara del relativismo histórico de Haya de la Torre o del materialismo mecanicista de Codovilla, la disputa teórica era por la filosofía del marxismo. Siempre atento por encontrar la raíz terrenal de estas ideas, en cada uno de sus trabajos aflora su particular lectura del mismo. No cabe duda de que cuando intenta dar cuenta de la realidad peruana estudiando sus problemas económicos, históricos, literarios, religiosos, indígenas, educativos y de organización regional, pugna por ubicarse, ante cada uno de ellos, desde un ángulo marxista abierto y creador.

En 1928, tras la muerte de Lenin, se desarrolla el VI Congreso de la II Internacional. En él, Bujarin proclama como filosofía oficial el "materialismo dialéctico" (DIAMAT),¹⁶ en un horizonte estrechamente cercano al positivismo -que motivará a su vez una ácida crítica de Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel* y también de Lukács e I.I. Rubin-. Es el mismo año en el que Mariátegui publica los *Siete ensayos...*, donde intenta investigar la formación social peruana utilizando el método marxista, pero sin limitarse a repetir o a glosar el catecismo oficial de la "ortodoxia".

Entre aquellos célebres estudios sobresale el que realizó sobre el problema indígena. Resaltando la estrecha relación que esta cuestión -aún no resuelta en nuestra época, como lo demuestra la insurrección indígena de Chiapas- tenía con el problema de la tierra, Mariátegui investiga un objeto de estudio inexistente en el supuesto "modelo clásico" de Europa occidental que se pretendió extraer de *El capital*. Ese nuevo objeto teórico es la comunidad indígena de origen incaico, denominada "ayllu".

Al investigar las vicisitudes históricas de esta última, Mariátegui analiza cada una de las etapas económicas e históricas de su país¹⁷ y llega a ubicar

tuvieron- y sólo forman su furgón de cola. *No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución*". Compárese esta propuesta política del Che con la siguiente proposición de Mariátegui: "La revolución, latino-americana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. *Será simple y puramente, la revolución socialista*. A esta palabra agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: «antiimperialista», «agrarista», «nacionalista-revolucionaria». El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos": "Aniversario y balance" (editorial), en *Amauta*, II, 17, Lima, septiembre de 1928.

¹⁶ Véase Nicolai Bujarin. "Informe sobre el programa de la Internacional Comunista" (en VI Congreso de la Internacional Comunista. *Informes y discusiones*, México. Pasado y Presente-Siglo Veintiuno, 1978), segunda parte, p. 147. Hemos intentado en *Marx en su (Tercer) mundo* reconstruir la genealogía histórica de esta filosofía defendida por Bujarin.

¹⁷ Quizá una de sus principales equivocaciones en esta investigación haya sido la confusión entre servidumbre y feudalismo; de allí que Mariátegui sostuviera la tesis que interpretaba como "trasplante feudal" a la Conquista de América. Véase Luis Vitale, "José Carlos Mariátegui" (en *Historia general de América latina*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1984), tomo V, p. 387. A pesar de incurrir en este error, tuvo la suficiente lucidez como para no extraer nunca como conclusión la necesidad de realizar una revolución democrática, agraria y burguesa, previa a la revolución socialista. Tampoco extrajo ninguna inferencia acerca del papel supuestamente "progresista" de las burguesías latinoamericanas. sino que por el contrario siempre se encargó de

al Perú fuera de la órbita occidental, al mismo tiempo que lo caracteriza como una formación social más cercana en realidad a Oriente.¹⁸ Una vez que cuestiona la supuesta progresividad de las leyes de la república posterior a la colonia española -diferenciándose de toda la historiografía liberal-, desagrega y evalúa teóricamente el conjunto de posibilidades de basar la transformación del Perú y su transición a una futura organización socialista en el comunismo incaico, con su organización del trabajo cooperativo de la tierra y su comuna agraria. Análogamente a la posición esgrimida por Marx en 1881, *Mariátegui cuestiona de este modo la supuesta fatalidad histórica que prescribiría la necesaria destrucción de la comunidad agrícola*. Al mismo tiempo, caracteriza a esta última como "un organismo viviente" que puede positivamente llegar a desarrollarse "a pesar del medio hostil".

Este tratamiento mariateguiano del problema agrario indígena presupone una original impugnación de base teórica a esa supuesta razón lógica esgrimida a partir de *una filosofía universal transhistórica*, según la cual absolutamente todos los pueblos y naciones del planeta deberían pasar mediante un *progreso lineal, inexorable y necesario* por aquellos mismos estadios del capitalismo occidental europeo. En este caso particular, por la destrucción predeterminada de la comuna indígena y su posterior traspaso a una apropiación privada de la tierra, como expresión de obligatoria correspondencia con la llamada "acumulación primitiva del capital", tal como se dio históricamente en Gran Bretaña y la expusiera Marx en el capítulo xxiv del tomo I de *El capital*.¹⁹ Podemos advertir cómo, en un nivel de mayor abstracción propio de la investigación, Mariátegui está asumiendo aquí idéntica posición a la que sostuvo en su polémica política con Victorio Codovilla del año siguiente.

Dicho en otros términos, al ubicar al Perú fuera del Occidente europeo sopesar la posibilidad de construir una sociedad socialista sin pasar por

enfaticar que la revolución pendiente en nuestro continente debía ser una sola y tener carácter netamente socialista. Toda su práctica política estuvo dirigida hacia ese objetivo.

¹⁸ "El Perú se encontraba a una enorme distancia de Europa. Los barcos europeos, para arribar a sus puertos, debían aventurarse en un viaje larguísimo. *Por su posición geográfica, el Perú resultaba más vecino y más cercano al Oriente*"; J. C. Mariátegui. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (Lima, Biblioteca Amauta, 1986), en *Obras completas*, Vol. II, p. 19.

¹⁹ En su correspondencia con Vera Zasulich de 1881 sobre la comuna rural rusa. Marx cuestiona explícitamente los intentos por extraer de *El capital* una filosofía de la historia universal -asentada en una supuesta "fatalidad histórica"- que se derivaría de su teoría. Ésta no fue la única vez que puso en tela de juicio esta metafísica universal "marxista" que se intentaba construir sobre su teoría. En 1877 publicó en Rusia un pequeño artículo donde explícitamente pone siglos de distancia entre su concepción materialista de la historia y aquella pretendida teoría general de filosofía de la historia. Ambas impugnaciones a la metafísica y a la filosofía universal de la historia hechas por el último Marx están en correspondencia con su crítica a esta disciplina, realizada en *La ideología alemana*. En esta obra inicial también se rechazaban las "recetas" o los "patrones" a los que luego habría que aderezarles las épocas históricas. Lamentablemente, la misma teoría de Marx, a pesar de estos múltiples rechazos, fue convertida en una nueva "receta". Véase nuestro *Marx en su (Tercer) mundo*.

todos "los sacrificios", "las horcas caudinas", "las peripecias espantosas" (como las denominaba Marx) y las rígidas etapas por las que han transitado las formaciones sociales europeas, implícitamente Mariátegui está poniendo en cuestión aquella particular interpretación del marxismo que homologó la teoría de la historia de Marx con una filosofía fatalista suprahistórica, universal y necesaria, netamente deudora del evolucionismo moderno y progresista del positivismo. Evolucionismo de factura positivista que, amparándose en la pretendida objetividad absoluta de las leyes históricas, prescribía para toda la historia humana un ascenso lineal e irreversible a partir del paso necesario de todos los países -incluidos aquellos que escapaban a la órbita occidental y que pertenecían a la periferia del sistema, como los latinoamericanos en general, y en particular Perú- por las relaciones sociales europeas occidentales, especialmente aquellas que correspondían a la etapa del capitalismo industrial.

En ese cuestionamiento Mariátegui reflexiona desde una nueva cronología histórica²⁰ en la cual América latina tiene su propia lógica interna, y por lo tanto *en su planteo quedan abiertas las posibilidades para desarrollos histórico-sociales no lineales* y transformaciones económicas y políticas no supeditadas inmediatamente a las rígidas etapas que se le atribuyeron al desarrollo económico europeo "clásico".²¹ Con un aparato crítico infinitamente débil e incluso sin haber podido leerlos *Grundrisse* ni contar con el concepto de "modo de producción asiático", Mariátegui estaba impugnando por su cuenta y con los pocos medios de que disponía el rígido esquema histórico evolucionista, que por esa época era considerado la

²⁰ Partiendo del horizonte abierto por esta nueva cronología histórica y contradiciendo el esquema evolucionista rígido de la sucesión de los modos de producción "en escalera" -primitivo-esclavista-feudal-capitalista-socialista- que había establecido Stalin, es posible comprender la interpretación mariáteguiana del periodo posterior a la Conquista de América. en el cual "los españoles, sobre las ruinas y los residuos de una economía socialista, echaron las bases de una economía feudal"; *Siete ensayos...* p. 14.

²¹ La posibilidad de fundar a partir del marxismo la legitimidad teórica de desarrollos histórico-sociales no lineales es planteada en nuestro continente por Mariátegui ya a fines de los años 20. Recién con la publicación posterior de los *Grundrisse*, particularmente de las "Formas que preceden a la producción capitalista", donde Marx utiliza el concepto de modo de producción asiático" -completamente ausente en *El origen de la familia, la Propiedad privada y el Estado* de Engels, quien lo descartó por haber adoptado la periodización del antropólogo Lewis Morgan- pudo repensarse desde el punto de vista marxista la sucesión histórica de la humanidad de un modo no lineal. La categoría de "modo de producción asiático" permitiría estudiar el desarrollo histórico de formaciones sociales no europeas, distintas del "modelo clásico", sin forzarlas ni violentarlas para que entren en un esquema ahistórico a priori. Maurice Godelier ("El concepto de formación económico y social: el ejemplo de los incas", en W. Espinoza Serrano, *Los modos de producción en el imperio de los incas*, Lima, Amaru, 1985, y *El modo de producción asiático*, Córdoba, Eudecor, 1966) se valió de esta categoría -treinta años después de Mariátegui. que no llegó a conocerla- en el estudio específico del Perú, sobre todo con relación a los incas. A Godelier se le cuestionó posteriormente (Ernest Mandel, Alberto Pla, Luis Vítale, entre otros) haber ampliado demasiado la categoría. Sin embargo, hay que destacar la originalidad de Mariátegui que llegó a conclusiones similares sin haber conocido los *Grundrisse*.

versión "ortodoxa" del marxismo. En ese sentido, tanto la Revolución Cubana, en el orden político, como las investigaciones históricas en torno de la utilidad y el alcance de aquella categoría, en el orden teórico, demostrarían años más tarde que los estudios del peruano y su cuestionamiento al "etapismo" evolucionista y a la visión unilineal de la historia estaban bien encaminados y eran básicamente correctos.

El rechazo mariáteguiano a la metafísica materialista de la cual está inficionada este fatalismo evolucionista se encuentra en estrecha correspondencia con la particular concepción filosófica del amauta peruano.

En su pensamiento filosófico, moldeado en el caldeado ambiente intelectual de la Italia de la primera posguerra donde vivió desde 1919 hasta 1923, se pueden encontrar, junto a la lectura de Marx y de Lenin, fuentes que no provienen directamente del tronco marxista. Entre éstas sobresalen aquellas que se acercan más bien al activismo voluntarista antipositivista del tipo de Georges Sorel (a quien Mariátegui otorga la misma estatura histórica que a Marx y a Lenin, mientras que lo considera el mejor discípulo de este último) y de Piero Gobetti, así como también a las vertientes vitalistas de Henri Bergson y Friedrich Nietzsche, o a la neohegeliana de Benedetto Croce,²² aquel con quien discutirá largamente Antonio Gramsci.

Estas matrices teóricas no tradicionales para un intelectual latinoamericano con vocación y voluntad de marxismo le permiten esquivar las orientaciones principales en las que se dividió la II Internacional. Tanto la canonización positivista del marxismo "ortodoxo" y determinista de Kautsky, el monismo de Plejanov -quien fuera guía filosófico nada menos que de Lenin, por lo pronto hasta 1914, cuando este último se encuentra con la *Lógica* de Hegel y rompe definitivamente con el materialismo vulgar y el monismo plejanoviano-, como el kantismo del "revisionismo" bernsteiniano y el socialismo ético de Henri de Man. Frente a todas estas variantes de la II Internacional presentes directa o indirectamente en los primeros ensayos marxistas del continente, encontramos en Mariátegui la particular configuración de un marxismo revolucionario netamente activista, heroico, muchas veces voluntarista, crítico del racionalismo y de la ideología del progreso²³ e incluso también romántico. Su bolchevismo fue dionisiaco.

En su pensamiento, cada palabra del marxismo pone el acento en la convicción heroica y creadora del hombre y de la vida revolucionaria, al tiempo que cada uno de sus actos tiene carácter de fe y voluntad. El marxismo es entonces lucha, combate, guerra. No es teoría de la evolución lineal y automática de la sociedad. Tampoco es una teoría del consenso "democrático", del acuerdo parlamentario o del progresismo bienpensante e ilustrado. Triste destino el de Mariátegui si se lo pretende usar para legitimar la adaptación al sistema. Triste, pero no exclusivo. Recordemos cómo Gramsci fue también utilizado, en ese mismo sentido, sin ningún tipo de contemplaciones ni escrúpulos.

²² Excepto Georges Sorel, todos los demás (Karl Marx, Friedrich Nietzsche, William James, Henri Bergson y Benedetto Croce) constituyen unidades del programa de Filosofía General dictado por Deodoro Roca en la Universidad Nacional de Córdoba durante 1920.

²³ "La filosofía evolucionista, historicista, racionalista, unía en los tiempos prebélicos, por encima de las fronteras políticas y sociales, a las dos clases antagónicas. El bienestar material, la potencia física de las urbes, habían engendrado *un respeto supersticioso por la idea del Progreso*"; J.C. Mariátegui, "La emoción de nuestro tiempo: dos concepciones de la vida", en *Obras*, tomo I, p. 407.

Aunque el peruano sostiene explícitamente que el marxismo sintetiza el determinismo con su carácter voluntarista, a decir verdad, en su filosofía el voluntarismo termina preponderando siempre sobre aquél. Incluso llega al extremo de calificar al determinismo como un sentimiento "mediocre y pasivo".²⁴

Su cuestionamiento al determinismo fatalista y a la ideología del progreso se inscribe en *una perspectiva crítica global* del "materialismo dialéctico" que lo emparenta notablemente a la de Antonio Gramsci.²⁵ Ambos se niegan a asimilar la concepción de la historia de Marx con la metafísica materialista cuyo eje vertebrador sería el problema ontológico

-engelsiano- de la prioridad de la existencia del ser por sobre el pensamiento o la conciencia.

En la lectura mariáteguiana la obra teórica de Marx no es un sistema filosófico más que se agregaría a la historia de esa disciplina sino que constituye fundamentalmente un método de interpretación de la realidad histórico-social.

LA CENTRALIDAD DEL MÉTODO

Acentuar de este modo el "método de interpretación histórica" por sobre la metafísica materialista le permitió a Mariátegui realizar, al menos, tres operaciones teóricas.

La primera consistió en entender el marxismo como un instrumento de análisis productivo y no como una teoría apriorística meramente prescriptiva de un modelo universal, que supuestamente debería "aplicarse" -como hasta el momento se había hecho- subsidiariamente en América latina.

La segunda, quizá la más importante, le permitió distanciarse del paradigma político que se basaba únicamente en el *Manifiesto comunista*. Este paradigma estaba atravesado no tangencialmente por cierto tono europeísta. En él, "la civilización" se encontraba circunscripta exclusivamente a Inglaterra, Francia y Alemania. Quizá también incluyera a

²⁴ Interpretando el legado central y más profundo de Lenin, sostiene: "*El marxismo*, donde se ha mostrado revolucionario -vale decir, donde ha sido marxismo- *no ha obedecido nunca a un determinismo pasivo y rígido*"; J.C. Mariátegui, *En defensa del marxismo*, en *Obras*, tomo I, pp. 157-159.

²⁵ "Marx, en primer lugar, no se propuso nunca la elaboración de un sistema filosófico!...] El materialismo histórico no es, precisamente, el materialismo metafísica o filosófico, ni es una filosofía de la historia, dejada atrás por el progreso científico. Marx no tenía por qué crear más que un método de interpretación histórica de la sociedad actual"; ob. cit., pp. 138-139. Esta idea, central para entender la novedad de su obra con relación al mundo intelectual "ortodoxo" en el cual vivió, la reitera tanto en una crítica a Max Eastman como en Siete ensayos... En la primera sostiene: "No advierte tampoco Max Eastman que, sin la teoría del materialismo histórico, el socialismo no habría abandonado el punto muerto del materialismo filosófico"; En defensa.... p. 201, y en el segundo: "El socialismo conforme a las conclusiones del materialismo histórico -que no conviene confundir con el materialismo filosófico- considera las formas eclesíásticas y doctrinas religiosas peculiares e inherentes al régimen económico-social que las sostiene y produce": Siete ensayos.... p. 192. En todos estos casos, al igual que Gramsci, Mariátegui rescata el método de interpretación histórica y critica el supuesto materialismo ontológico atribuido a Marx. (Los subrayados me pertenecen.)

Estados Unidos. Inequívocamente se ubicaba en ese escenario el epicentro de la revolución mundial. El resto de Europa y lo que hoy se denominaría la periferia o el Tercer Mundo (Asia, África y América latina) eran recluidos por el Marx de esta época, anterior a la década de 1850, en "la barbarie" y el atraso. Sólo el proletariado y la ciudad -espacio social de la modernidad por excelencia-eran concebidos como revolucionarios, de allí que se haya leído el *Manifiesto* como una proclama típicamente "modernista". El mundo rural -y con éste el campesinado, incluido el de las comunas agrícolas- era calificado sin ambigüedades bajo el rótulo de "idiotismo".

Tiene razón Fernández Retamar cuando diferencia el uso sarmientino y el marxiano del par categorial "civilización-barbarie". Mientras el autor de Facundo lo utilizaría para reivindicar un solo tipo de comunidad (civilización) oponiéndola a las otras (barbarie), en Marx, y luego en Engels, tiene el sentido técnico que les da Morgan, en tanto distintos estadios evolutivos de desarrollo social. Aun admitiendo tal distinción entre Sarmiento y Marx, no puede soslayarse que antes de 1850 este último inclina el mundo rural y las sociedades no europeas en la "barbarie" y el "idiotismo".

Éste y no otro fue "el modelo" que se impuso e hicieron suyos las distintas corrientes políticas de la izquierda tradicional en el siglo xx, desconociendo sistemáticamente el cambio de paradigma y la ruptura epistemológica que Marx iniciara a partir de sus escritos periodísticos de mediados de 1850 (donde analiza sociedades precapitalistas y no europeas como la India, China, Birmania, etc., y coloniales o atrasadas dentro de la misma Europa, como Irlanda y España). A partir de estos escritos, y desde 1864 en adelante (con la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores), Marx desplaza su mirada del centro del sistema capitalista mundial -Europa-hacia su periferia colonial. Para Marx la principal categoría dialéctica, la más concreta (por encerrar las múltiples determinaciones) era sin duda el mercado mundial. Al estudiar el comercio exterior de Inglaterra, se vio en la necesidad de estudiar el otro polo de ese comercio exterior, que como parte del mercado mundial era un elemento insoslayable para poder investigar la producción y reproducción del sistema capitalista en su conjunto. Desde que se produjo esta ampliación de su mirada, abandonó las categorías de "civilización" y "barbarie" y comenzó a estudiar afanosamente aquellas sociedades no occidentales ni europeas. Dentro de éstas, le llamó poderosamente la atención el mundo rural -aquel que antes había calificado apresuradamente de "idiotismo"- y el campesinado. El punto más alto de esta reflexión, que pasa por los *Grundrisse* pero que no se detiene allí, se encuentra en sus estudios sobre la comuna rural rusa.

A contramano de aquel primer paradigma, predominante y "oficial" en el marxismo de nuestro continente (que obviaba la posterior ampliación de la mirada de Marx), Mariátegui se dio cuenta de que, para entender lo que sucedía en la formación social peruana y en el resto de los países latinoamericanos, las categorías "civilización" y "barbarie" eran completamente inadecuadas. En todo caso, si llega a utilizarlas lo hace en otro sentido, resignificándolas, admitiendo en último término que existen y existieron una variedad y pluralidad de civilizaciones sin barbarie. Junto a Europa, los incas constituyen otra civilización, que no es "barbarie" por ser una raza inferior no europea ni blanca (Sarmiento) ni tampoco por no labrar los metales y por domesticar animales y cultivar plantas (Engels y Morgan).

Desde esta otra perspectiva, el autor de *Siete ensayos...*, aun habiendo conocido de manera directa en Europa el poder revolucionario del proletariado, sus partidos y sindicatos, revaloriza junto a éste la capacidad

revolucionaria del mundo rural y del campesinado, sobre todo indígena (mayoritario en el Perú).

Las analogías entre la obra de Mariátegui y la del último Marx no quedan entonces de ninguna manera reducidas ni circunscriptas al común rechazo de la filosofía de la historia universal y de la ideología del progreso lineal sino que se extienden también a aquel tipo de entidad social que llamó poderosamente la atención de ambos pensadores: la comunidad agraria, rusa en el caso de Marx e indígena peruana en el de Mariátegui. Estos dos objetos de estudios sumamente similares son analizados como casos puntuales de países agrarios que se encuentran en la periferia del Occidente capitalista. Sobre las similitudes entre ambas formaciones sociales, predominantemente agrícolas, el peruano había llamado reiteradas veces la atención,²⁶ al tiempo que sugería rastrear en aquel paralelismo pues intuía que en esa dirección se encontraría la clave para entender la tendencia principal del desarrollo y de la solución histórica de la cuestión agraria, tan importante en Rusia como en el Perú.

Lo que resulta realmente sorprendente es que Mariátegui no llegó nunca a conocer y ni siquiera a tener noticias de la existencia de aquellos escritos del último Marx que marcarían su cambio de paradigma. Los borradores, las cartas y los apuntes manuscritos en los que éste analizaba la cuestión agraria en Rusia y particularmente el porvenir de su comuna rural fueron publicados recién a partir de 1926, en revistas de especialistas científicos prácticamente inaccesibles al público en general.

La tercera operación teórica sustentada en su revalorización del método histórico por sobre la metafísica materialista le permitió a Mariátegui analizar el avance y la expansión colonial e imperial del capital occidental sobre el resto del mundo desde una óptica centrada en las fuerzas sociales internas de la región oprimida.²⁷ Rechazaba así la versión marxista "oficial" que muchas veces entendió al imperialismo prácticamente como una "astucia de la razón universal" o como expresión necesaria e ineluctable del avance de las fuerzas productivas (por ejemplo, desde esta particular versión se condenaba moralmente la guerra que Gran Bretaña había desarrollado en el siglo XIX contra el Paraguay, a través de Argentina, Uruguay y Brasil, pero se la justificaba teóricamente amparándose en el avance [¿?] de las fuerzas productivas).

Estas tres operaciones teóricas en su conjunto (marxismo como método de análisis y no como esquema apriorístico, ruptura con el paradigma del *Manifiesto* y estudio del imperialismo desde la fuerza social oprimida) contribuyeron, a su vez, a la superación de los rígidos moldes ideológicos que las clases dominantes habían impuesto -y siguen imponiendo- en los tradicionales debates latinoamericanos.

Al investigar los lincaamientos culturales, sociales y políticos propios del continente desde una perspectiva autónoma, socialista, Mariátegui intentó descentrar el estrecho marco de las antinomias tradicionales en las que por lo general se enfrentaban y se enfrentan dos fuerzas sociales dominantes,

²⁶ Véase J.C. Mariátegui, *Siete ensayos...*, pp. 48, 64, 66, 86, 90 y 93.

²⁷ En coincidencia -sin haberla jamás leído- con la evaluación negativa que Marx realizara en 1881 acerca del accionar capitalista inglés en la India [donde evidentemente revisa sus primeros análisis al respecto), sostiene Mariátegui (*Siete ensayos...* p. 55) con relación al colonialismo español: "La destrucción de esta economía [indígena] -y por ende la cultura que se nutría de su savia- es una de las responsabilidades menos discutibles del coloniaje, no por haber constituido la destrucción de las formas autóctonas sino por *no haber traído consigo su sustitución, por formas superiores*".

dos alianzas de clases burguesas u oligárquicas: liberalismo-conservadurismo, federalismo-centralismo, positivismo-espiritualismo, catolicismo-laicismo, anglofilia-hispanofilia, etcétera.

Crítico de ambos polos de las antinomias, la perspectiva autónoma y socialista que desarrolló Mariátegui en estos estudios en función de un nuevo bloque histórico constituye para nosotros una sólida invitación a abandonar el clásico seguidismo político y cultural del cual siempre permaneció cautiva la izquierda: tanto frente al populismo nacionalista como frente al liberalismo demoprogresista.

Che Guevara lector de *El Capital*

(Diálogo con Orlando Borrego Díaz,
compañero y colaborador del Che en el Ministerio de
Industrias)

Sobre el Che Guevara se han escrito muchas biografías. Muchísimas. La mayoría de ellas tocan de oído y se sustentan en testimonios de terceros. En versiones o en reconstrucciones posteriores (algunas honestas y fidedignas, otras claramente tergiversadoras de los hechos históricos y abiertamente opuestas a la revolución) cuya fuente son... otras reconstrucciones previas. Relatos sobre relatos, en una multiplicación infinita de espejos donde el Che Guevara se desdibuja en tanto material de disputa, de tironeo, de abierta manipulación mediática. No importa tanto qué hizo, qué escribió, qué pensó ni qué proyecto tenía realmente el Che sino más bien cómo se lo puede utilizar hoy para otros fines. Ese tipo de ejercicio está más cerca de la propaganda ideológica del sistema y de la construcción hegemónica de una cultura de la resignación que de la rigurosa investigación histórica.

De este modo se ha construido la leyenda negra de un Che Guevara salvaje, frío ejecutor, déspota, hombre de acero, fusilador sanguinario y cruzado del medioevo. En suma... un ángel exterminador. Todas estas caracterizaciones pertenecen al ex funcionario de la administración Menem, Mario Pacho O'Donnell, quien recientemente le ha dedicado a su figura una biografía mercantil, tramposamente titulada *Che, la vida por un mundo mejor* [Buenos Aires, Sudamericana, 2003]. En ese best seller comercial, O'Donnell se queja de la influencia de Guevara sobre la izquierda marxista continental, a la que habría conducido "hacia la violencia terrorista".

En ese mismo registro de sentido, a Guevara se le llegó a atribuir un "fundamentalismo terrorista", comparándolo sin ningún escrúpulo ni reparo, con Bin Laden, como hizo el ensayista –supuestamente "progresista"...- José Pablo Feinmann en el artículo "El Che y las Torres Gemelas" [*Página 12*, Buenos Aires, 8 de octubre de 2002]. Antes de ese artículo, el mismo Feinmann lo había caracterizado como un "implacable jacobino", "un extremista", "un Superman con kryptonita en los pulmones", "un Jesucristo superstar" y hasta "un Principito de la izquierda", en su triste ensayo *La sangre derramada* [Buenos Aires, Ariel-Planeta, 1998]. En aquel texto, Feinmann remataba su visión "progresista" del Che –que también se expresó en una promocionada obra de teatro- preguntándose, sin rubor en el rostro: "¿Quién puede no pensar que Ernesto Guevara es **uno de los grandes responsables** [sic] **de las masacres de nuestro continente?**".

La lista de exabruptos, manipulaciones, tergiversaciones, frivolidades, superficialidades y desconocimientos históricos podría complementarse con miles de ejemplos similares. De biógrafos argentinos o también de otras latitudes, entre los que se destaca el inefable funcionario estatal mexicano Jorge Castañeda.

Muchos de ellos, no sólo intentan manipular la figura del Che para oponerlo artificialmente a Fidel, para atribuir su asesinato en Bolivia a una supuesta "inclinación al suicidio" o para explicar su internacionalismo militante a partir de oscuras e insondables enfermedades psicológicas. Al

mismo tiempo, el coro de todos estos apologistas menosprecia al unísono, con voz monocorde, la propia formación teórica del revolucionario argentino. A regañadientes, llegan a conceder que “leyó mucho” pero, invariablemente, dejan flotando la idea de que el Che Guevara era un simple diletante y un marxista improvisado, lo cual explicaría –siempre según la opinión de estos biógrafos bienpensantes- sus “fracasos políticos y económicos”.

No casualmente, en todas las biografías -incluyendo en este rubro hasta aquellas que simpatizan con el biografiado, más honestas que las de O'Donnell, Feinmann o Castañeda- apenas se dedican unos poquitos renglones a mencionar los estudios teóricos del Che. Llama poderosamente la atención que biografías de casi 1.000 páginas (tan gordas como la guía de teléfonos) despachen la polémica teórica sobre la ley del valor y las categorías mercantiles en la transición al socialismo en menos de media página, mientras invierten no más de dos renglones en mencionar –si es que llegan a mencionarlos...- los seminarios de estudio a los que el Che les dedicó años de su vida militante.

En el fondo, ese tipo de tratamiento reposa en un axioma implícito: el Che fue el Che...a pesar de sus ideas, a pesar de su concepción del mundo y a pesar de su ideología política.

Orlando Borrego Díaz no supo del Che Guevara a partir de lo que sobre él dijeron las agencias de noticias norteamericanas, los expedientes de la CIA recientemente desclasificados o los ensayos de algún escritor europeo que se dignó a escribir sobre América Latina para lavar culpas de conciencia. Tampoco se puso a escribir sobre el revolucionario argentino porque una editorial comercial le ofreciera una abultada suma de billetes para confeccionar, en un par de meses y a todo galope, un best seller biográfico, de venta rápida en supermercados y shoppings. Un texto simple, de degustación efímera, para leer en la playa o en la cola de la peluquería.

Orlando Borrego (quien nació en Holguín, Cuba, en 1936) lo conoció al Che de primera mano. Fue su compañero de lucha y militancia, su principal colaborador y su amigo personal durante muchos años. En épocas insurreccionales, perteneció al Ejército Rebelde y combatió en la Columna 8 “Ciro Redondo” que dirigía el mismo Che. Más tarde, en tiempos de las célebres polémicas económicas y políticas sobre el desarrollo estratégico de la revolución cubana, fue su principal asistente en el Ministerio de Industrias y su compañero de estudios teóricos.

No casualmente, cuando el Che se fue de Cuba, le dejó a Borrego como regalo sus tres tomos de *El Capital* (con sus subrayados y sus notas manuscritas), con la siguiente dedicatoria: “*Borrego: Esta es la fuente, aquí aprendimos todos juntos, a tropezones, buscando lo que todavía es una intuición apenas. Hoy que marchó a cumplir mi deber y mi anhelo y quedas cumpliendo tu deber, contra tu anhelo, te dejo constancia de mi amistad que pocas veces se expresó en palabras. Gracias por tu firmeza y tu lealtad. Que nada te separe de la ruta. Un abrazo. Che. Habana/1965*”.

Borrego ha sido el impulsor y animador de la compilación más completa hasta hoy existente sobre la obra, los escritos, las cartas y los discursos del Che, que él –con la colaboración de Enrique Oltusky- realizó desde el Ministerio del Azúcar, cuando Guevara todavía estaba vivo (preparando su participación internacionalista en otras tierras del mundo).

Borrego acaba de publicar en Argentina dos libros fundamentales: *Che Guevara, el camino del fuego* [2001] y *Che, recuerdos en ráfaga* [2003]. Ambos han sido editados por la editorial Hombre Nuevo.

En el primero de los libros, Borrego nos introduce al laboratorio mental del Che, en los tiempos tempranos de la transición socialista. De la mano del autor vamos conociendo, palmo a palmo, cada una de las tareas que la joven revolución cubana y su principal dirigente, Fidel, le encomendaron al Che Guevara: el papel de la nacionalización de las grandes empresas capitalistas, los desafíos de industrializar en forma acelerada un país subdesarrollado y tradicionalmente atado a los monopolios norteamericanos, la batalla por el trabajo voluntario y los incentivos morales y la difícil tarea de continuar en forma permanente e ininterrumpida una revolución que se inicia. Ya no sólo con el fusil al hombro, sino también desde el naciente Ministerio de Industrias. En *El camino del fuego* Borrego nos va explicando las posiciones del Che en el debate teórico en el que fraternalmente polemizaron los partidarios del Cálculo Económico (CE) con los del Sistema Presupuestario de Financiamiento (SPF).

Los primeros, encabezados por Carlos Rafael Rodríguez, Alberto Mora, Marcelo Fernández Font y Charles Bettelheim, propiciaban y defendían un proyecto político de socialismo mercantil, con empresas gestionadas en forma descentralizada y con autarquía financiera, compitiendo e intercambiando con dinero sus respectivas mercancías en el mercado. En cada una de las empresas predominaba el estímulo material. La planificación, sostenían los seguidores del Cálculo Económico, operaba a través del valor y el mercado. Ese era el camino principal elegido y promovido en aquellos años por los soviéticos.

Los segundos, encabezados por el Che Guevara, y acompañados por Luis Álvarez Rom y Ernest Mandel, entre otros, cuestionaban el matrimonio de socialismo y mercado. Defendían un proyecto político donde planificación y mercado son términos antagónicos. El Che pensaba que la planificación era mucho más que un mero recurso técnico para gestionar la economía. Era la vía para ampliar el radio de racionalidad humana, disminuyendo progresivamente las cuotas de fetichismo en las que se sustentaba la creencia en una “autonomía de las leyes económicas”. Los partidarios del Sistema Presupuestario propiciaban la unificación bancaria de todas las unidades productivas, con un presupuesto único y centralizado, entendidas todas ellas como partes de una gran empresa socialista (integrada por cada una de las unidades productivas particulares). Entre fábrica y fábrica de una misma empresa consolidada no había compraventa mediada por el dinero y el mercado, sino intercambio a través de un registro de cuenta bancaria. Los productos pasaban de una unidad productiva a otra sin ser mercancía. El Che y sus partidarios, promovían e impulsaban el trabajo voluntario y los incentivos morales como herramientas privilegiadas –aunque no únicas– para elevar la conciencia socialista de los trabajadores.

En *El camino del fuego* Borrego, con gran pedagogía y múltiples ejemplos cotidianos, va mostrando al lector la complejidad de todo el planteo del Che. No sólo teórico sino también práctico. La frutilla de este primer libro está dada por su último capítulo, aquel donde Borrego intercala y comenta un texto fundamental hasta ahora inédito del Che: los cuadernos elaborados en Praga. En ellos Guevara, al año siguiente de la polémica económica de 1963 y 1964 (entre fines de 1965 y comienzos de 1966), somete a dura crítica el *Manual de Economía Política* oficial en la Unión Soviética. Allí llega a la explosiva y “herética” conclusión –más de dos décadas antes de Mijail Gorvachov– que la URSS está regresando al capitalismo... [Véase nuestro ensayo, incluido en la primera parte de este volumen: “Sobre la crítica de la economía política”].

En *Recuerdos en ráfaga*, el segundo texto de Borrego, el autor nos pinta un fresco donde emerge en el primer plano el Che cotidiano, su relación con los amigos, con los compañeros de militancia y de estudio, con los colaboradores del Ministerio de Industrias, con los trabajadores y con todas las personas que lo rodearon, lo quisieron y lo siguen queriendo. Borrego incursiona en muchísimos aspectos de la vida íntima de Guevara. No en lo que atañe a la vida sexual –destacada por O'Donnell en forma completamente pacata, y al mismo tiempo tratada con frivolidad y ligereza, para vender más y obtener más dinero con su apurada biografía- sino la intimidad de la vida cotidiana. Aquella faceta de su vida donde el lector encuentra a un Che humano, demasiado humano. Un Guevara que se muestra tal cual es, como uno más de nosotros. Una persona que ama a su pueblo y a todos los pueblos del mundo, que se esfuerza por luchar y por mejorar, que quiere a los animales y los malcría, que hace bromas y jodas con sus compañeros de trabajo, que extraña el asado e incursiona en la ironía argentina, que se ríe y mucho con sus amigos, que se gana el respeto de sus pares y el amor de su pueblo poniendo el cuerpo propio en aquello que predica: una moral comunista.

En este segundo libro, Borrego nos acerca un Guevara que baja del cuadrito y del póster en la pared para sentarse al lado nuestro y hablarnos cara a cara, interpeándonos de frente, pero no desde una pose fría de almidón, impostada y artificial, allá, lejos de todos nosotros, sino desde la vida cotidiana. Esa vida que él supo exprimirla hasta borrar las tonalidades grises con que suele teñirla la rutina burguesa del capitalismo.

Después de transitar ambos libros, no se llega a una única conclusión. Cada lector y cada lectora extraerán las suyas. Pero, más allá de los matices y los múltiples ángulos de lectura, es casi seguro que quien los lea, querrá al Che todavía más que ahora. Ernesto Guevara se vuelve más entrañable de lo que ya era.

El siguiente diálogo con Orlando Borrego –testigo directo de todo este asunto- **trata de profundizar en aquel aspecto del Che Guevara tantas veces silenciado, soslayado, desconocido u “olvidado” por las numerosas biografías: los estudios del Che.** El Che como un intelectual revolucionario. Sus lecturas sistemáticas, sus seminarios semanales, sus reuniones bimestrales, su preparación cultural como dirigente político y su proceso de formación teórica. El Che intentando diariamente superarse a sí mismo a través del esfuerzo, no sólo físico sino también de aprendizaje. En suma: **el Che que llegó a ser quien fue precisamente por las concepciones, las ideas y los valores que amó y por la voluntad que puso en llevarlos a la práctica, poniendo en juego, incluso, hasta su propia vida.**

Néstor Kohan: ¿Cuándo comenzó en Cuba el círculo de estudios sobre *El Capital* de Carlos Marx, a cargo del profesor Anastasio Mansilla?

Orlando Borrego Díaz: En 1961, cuando recién se creó el Ministerio de Industrias. Ya se había terminado el primer seminario sobre *El Capital* en el Consejo de Ministros, reunido probablemente ya a fines de 1960. Anastasio Mansilla no fue a Cuba para el seminario del Ministerio de Industrias. Éste fue un segundo seminario. Mansilla fue a Cuba para un seminario previo con un grupo de compañeros del Consejo de Ministros, donde estaba Fidel, el Che, Regino Botti –el de la Junta Central de Planificación- y tres o cuatro ministros más. Los más interesados en ese tema.

N.K.: ¿Carlos Rafael Rodríguez también estaba en ese primer seminario?

O.B.D.: Sí, Carlos Rafael también estaba.

N.K.: ¿Blas Roca?

O.B.D.: No, Blas Roca no estaba. Blas Roca estaba metido en problemas de su partido, el Partido Socialista Popular, pero no estaba en este seminario sobre *El Capital*.

N.K.: ¿Cuánto duró el primer seminario, el del Consejo de Ministros?

O.B.D.: Duró corto tiempo. Había muchas interrupciones...imagínate...el Consejo de Ministros...Fidel permanentemente movilizado y todo eso.

N.K.: ¿Mansilla fue a dar clases a Cuba sobre *El Capital* por su propia cuenta o alguien le pidió?

O.B.D.: Lo que sucedió fue que Cuba le pidió al partido soviético que enviara a alguien, a un profesor, para hacer un seminario sobre economía política.

N.K.: ¿Por qué ellos, los soviéticos, seleccionaron a Anastasio Mansilla?

O.B.D.: Porque Mansilla estaba como profesor de *El Capital* en la Universidad de Lomonosov, en la Unión Soviética. Y además, Mansilla tenía la particularidad que hablaba perfectamente el español, porque había nacido en España y sus padres lo enviaron como a muchos niños españoles de la República a la Unión Soviética por miedo a que los franquistas los mataran. Entonces Mansilla dirigió el primer seminario del Consejo de Ministros, donde además estaba Fidel como alumno. Y también el Che. Los dos, Fidel Castro y el Che Guevara, fueron sus alumnos más "difíciles". Él mismo, Mansilla, me lo contó. Fidel y el Che estudiaban duro, estudiaban mucho...Fidel, el Che y Carlos Rafael Rodríguez ya tenían formación marxista. Botti, el de Economía, otro de los miembros de ese primer seminario, había estudiado en Harvard, en Estados Unidos. Pero bueno... supongo que también tenía sus nociones sobre *El Capital*. Tú sabes que *El Capital* se daba en las universidades norteamericanas y en Cuba también, pero era sólo "un bailecito", es decir, algunos pequeños pasajes, pero nada más. No se leía a fondo.

N.K.: ¿Qué edición de *El Capital* utilizaban para estudiar?

O.B.D.: La edición de Fondo de Cultura Económica.

N.K.: ¿La traducción de Wenceslao Roces?

O.B.D.: Esa misma.

N.K.: En el año 1965 Mansilla publica en Cuba un trabajo sobre la teoría marxista de la acumulación en *El Capital* de Marx [Anastasio Mansilla: *Comentarios a la sección séptima del Tomo I de El Capital*. La Habana, Publicaciones Económicas, octubre de 1965]. ¿Cómo fue la anécdota donde Fidel discute con Mansilla sobre este tema de la acumulación?

O.B.D.: Yo no estuve presente en esa discusión. Pero me lo contó personalmente el mismo Mansilla cuando estuve en Moscú a fines de los años '70 haciendo un doctorado en economía. Allí volví a ver a Mansilla y volví a estudiar con él *El Capital*. Yo quería que Mansilla me explique el sistema de contradicciones en *El Capital*. Era una pregunta que seguro me iban a hacer en el examen para ingresar al doctorado. Eran cuatro exámenes: filosofía, *El Capital*, la especialidad que tú fueras a estudiar en economía y el idioma. En el examen sobre *El Capital* Mansilla me ayudó a estudiar, tremendamente. Entonces, en esas noches frías de Moscú, él me contó algunas anécdotas del primer seminario sobre *El Capital*, cuando el Che y Fidel fueron sus alumnos.

Resulta que cuando están estudiando en el primer seminario sobre *El Capital*, el del Consejo de Ministros, al terminar una de las clases, Fidel, con mucho respeto, le dice a Mansilla: “profesor Mansilla, hay un error en *El Capital*”. No era un error de Marx, sino de la traducción al español. Era un error en la traducción de una de las fórmulas de la reproducción ampliada, del segundo tomo de *El Capital*. Y entonces Mansilla le responde: “No, comandante. Usted está equivocado. Yo llevo muchos años estudiando *El Capital*, soy profesor en la materia y le puedo asegurar que no hay ningún error en este pasaje”. Entonces Fidel se va. Luego vuelve e insiste. Y Mansilla le vuelve a decir que no, que no hay un error. Entonces, a la tercera vez Fidel vuelve y le dice: “Mire profesor, éste es un pedido personal. Como usted no quiere convencerse que hay un error, cuando usted vaya para su casa, lo revisa, o si quiere aquí mismo” -esto estaba sucediendo en el palacio presidencial- “usted se puede quedar en un despacho, se concentra y lo puede revisar”. Entonces Mansilla se va a su casa y encuentra después de varias horas que sí, que había un error. Cuando vuelven al próximo encuentro le dice a Fidel: “Comandante, vea, sí, tiene usted razón: aquí hay un problema en la traducción al español de esta edición”. Entonces Mansilla me cuenta que Fidel, como alumno suyo, estaba de lo más satisfecho. Por eso Mansilla me decía que Fidel era un “alumno difícil”, cuestionador.

N.K.: ¿Cómo se decidió hacer el seminario sobre *El Capital* en el Ministerio de Industrias?

O.B.D.: Bueno, cuando termina el seminario en el Consejo de Ministros, el Che le pide a Mansilla si él puede volver a dar el seminario en el Ministerio de Industrias con el equipo que el Che quería que estudiara. Y Mansilla le responde que por él, encantado de la vida. Pero que había venido a Cuba sólo por una temporada de seis meses. Entonces el Che arregló con los soviéticos que Mansilla pasara más tiempo en Cuba. Fueron dos años más.

N.K.: ¿En el intermedio Mansilla volvió a Moscú?

O.B.D.: Sí, volvió a Moscú y luego regresó a Cuba a vivir con su familia. Entonces se le ubicó una casa y ya Mansilla organizó el seminario nuestro, para el Ministerio de Industrias.

N.K.: ¿Quiénes participaron de este segundo seminario sobre *El Capital*?

O.B.D.: Estaban el Che, Enrique Oltusky (que trabajaba con nosotros en el Ministerio), Francisco García Valls (que era del partido comunista, después fue ministro de Finanzas en Cuba, embajador en el CAME), Mario Zorrilla

(otro viceministro), Juan Manuel Castiñeira (otro viceministro), Luis Álvarez Rom y yo.

N.K.: ¿Luis Álvarez Rom luego participa del debate de 1963 y 1964 sobre la ley del valor?

O.B.D.: Sí, exacto. Luis Álvarez Rom había sido el director de Contabilidad y Finanzas de nuestro ministerio, había tenido una consultoría sobre contabilidad en Cuba y era un hombre que dominaba muy bien la parte económica práctica pero no tenía conocimientos de *El Capital*, aunque había leído algunas cosas. Álvarez Rom fue uno de los más dedicados a apoyar al Che en el Sistema Presupuestario de Financiamiento. De tal manera que ya cuando el Sistema Presupuestario de Financiamiento toma auge se decide nombrarlo ministro de Hacienda. Entonces se llamaba Hacienda y no Finanzas, como se le denomina ahora. Álvarez Rom ayuda a armar la parte práctica del Sistema Presupuestario. Fue un hombre que ayudó al Che identificado mucho con él. Y entonces se puso a estudiar intensamente *El Capital*, lo cual ayudó mucho.

N.K.: ¿Cuánto tiempo duró este segundo seminario sobre *El Capital*, el del Ministerio de Industrias?

O.B.D.: Aproximadamente un año.

N.K.: ¿Qué leyeron de *El Capital*?

O.B.D.: Todo *El Capital*, lo leímos completo.

N.K.: ¿Cada cuánto tiempo se reunían?

O.B.D.: Era un día por semana. Nos reuníamos los jueves a eso de las ocho y media o nueve de la noche y duraba toda la noche. Muchas veces amanecimos estudiando en la madrugada.

N.K.: ¿Cuál era el método de estudio con el que discutían *El Capital*?

O.B.D.: ¿Tú no conociste a Mansilla? ¿No estudiaste con él?

N.K.: No, no lo conocí.

O.B.D.: Mira, Mansilla tenía un buen método de estudio. El método que utilizábamos era de Mansilla. Él nos daba un capítulo por vez...

N.K.: ¿Cada jueves estudiaban un capítulo de *El Capital*?

O.B.D.: No siempre. Porque el capítulo sobre la teoría del valor, el capítulo primero del tomo uno de *El Capital* lo abordamos durante varias semanas. La idea de Mansilla era que si dominábamos el primer capítulo y luego llegábamos a lo de la plusvalía, de allí para adelante...acumulación y reproducción ampliada, entendíamos todo. Mansilla hizo mucho pero muchísimo énfasis en la teoría del valor. Con muchísimo rigor. Por ejemplo, Mansilla nos daba "De un capítulo hasta aquí...". Y eso se distribuía entre nosotros. El método de Mansilla consistía en que nos asignaba un capítulo a cada uno. Entonces ese capítulo había que estudiarlo durante toda la

semana y en la próxima se empezaba a discutir. Tenías que hacer una exposición del capítulo y discutirlo entre todos.

N.K.: ¿Ustedes se distribuían los capítulos a estudiar?

O.B.D.: Sí, al Che le tocaba una semana, a mí me tocaba otra, y así de corrido. Por supuesto que el más destacado de todo ese ejercicio era el Che. Porque él tenía más preparación que todos nosotros. Nosotros, prácticamente, recién empezábamos a estudiar economía política. No teníamos idea. Yo era contador. Yo había leído cosas muy simples, muy de manual, como un texto de Blas Roca o un manualcito de economía política de un tal P.Nikitin, que nos llegaba de la Unión Soviética. Eran muy pobres... ¡Así empezamos!

Entonces ese era el método de Mansilla. Tenía mucho rigor. Exigía mucho. Tanto en la exposición que traíamos preparada y estructurada como en la discusión. En eso el Che también nos enseñó mucho. Él tenía una lapicera con varios colores. El Che siempre traía el libro marcado con cada color, según la importancia del tema que se tratara y después también traía notas. Todo muy riguroso. Y empezamos a intentar imitar al Che en la profundidad del estudio, tal como él hacía.

N.K.: ¿Cómo eran las discusiones de ese seminario?

O.B.D.: Bueno, fíjate, no era un tipo de discusiones como las clásicas de la enseñanza convencional y eso también sucedía por la falta de formación que había. La dinámica consistía en discutir, por ejemplo, cuota de ganancia. O también discutir qué es una mercancía. Entonces primero había que entender la cuestión teórica. Pero la discusión siempre iba hacia lo práctico. ¿Cómo aplicar ese conocimiento a Cuba? El nuestro era un sistema distinto, no iba a tener el sistema de mercado, entonces había que pensar muy bien si se aplicaba y cómo este tipo de categorías. Eso nos desgastaba mucho. Los participantes querían sacar recetas prácticas de toda la discusión. Y sacar recetas prácticas de *El Capital* no es nada fácil. Porque Marx no nos dijo cómo se iba a hacer el socialismo. Cuando le preguntaron a Marx, él respondió: "No, yo no soy cocinero para elaborar recetas para el futuro". Él dijo y demostró científicamente cómo destruir el capitalismo o cómo se desarrolló el capitalismo hasta pasar al socialismo a través de todo un sistema de contradicciones del capital. Entonces eso provocaba entre nosotros largas discusiones para que la gente entendiera la teoría y ver cómo se aplicaba en la práctica.

N.K.: ¿Además de economía, Mansilla sabía de filosofía? ¿Tenía otra formación que complementara lo de economía?

O.B.D.: Sí, sabía de filosofía. No digo que fuera un filósofo, pero sabía. Era un hombre que estudiaba mucho. Y tenía otra cosa muy importante. Tenía una actualidad muy grande de datos sobre el fenómeno del capitalismo mundial. Muchos datos. Estadísticas. Entonces cuando analizábamos, por ejemplo, el crecimiento, él tenía los datos precisos de Estados Unidos, Inglaterra, Francia, etc. Tenía mucha información. Eso ayudaba mucho. Y además tenía todo el bagaje de la Unión Soviética, cómo había sido, cuando empezó Lenin, el "desaguizado" aquel que no se entendía bien...hasta llegar a la NEP [Nueva Política Económica, impulsada por Lenin a partir de 1921] y todo eso lo tenía muy sabido y estudiado. Mansilla era realmente un gran

profesor. Fíjate qué profesor era que cuando terminó en Cuba y triunfaron los angolanos en su lucha de liberación en África, Mansilla se fue de profesor del presidente de Angola y de los cuatro o cinco principales generales angolanos. Él fue profesor de ellos, también. En ese grupo de estudios de Angola, el presidente de Angola hacía de auxiliar de Mansilla en las clases que éste dictaba. Lo ayudaba a borrar la pizarra. Siempre lo recuerdo como un tipo muy humilde.

N.K.: ¿Qué relación tenían ustedes con Mansilla? ¿Cómo era el trato cotidiano?

O.B.D.: En el círculo nuestro lo respetábamos mucho. Todo el mundo, todos nosotros nos dirigíamos a él como “Mansilla”. Enrique Oltusky discutía con él, se peleaba mucho, le decía cosas, la discusión se ponía muy brava [con mucho enojo]. Entonces el Che lo atajaba a Oltusky, lo pateaba por debajo de la mesa para frenar las peleas.

N.K.: ¿Cómo fue aquella anécdota donde el Che y Oltusky se pelean con Mansilla sobre Nikita Krushev y los soviéticos?

O.B.D.: La discusión surge porque ya el Che consideraba que se estaban produciendo errores en la Unión Soviética. Sobre todo en la introducción de las teorías capitalistas dentro del sistema socialista. El Che pensaba que eso iba a minar el sistema por dentro. El Che insistía en eso, en sus críticas a los soviéticos y Mansilla los defendía. Mansilla trataba de defender siempre a ultranza a “su querida Unión Soviética”. ¡En eso era ciego!. ¡Que no le toquen a la Unión Soviética!. Nosotros siempre atribuíamos esa actitud a que Mansilla era apenas un niño de nueve años cuando se fue de España. Sus papás, como muchos otros padres españoles, lo mandaron para la Unión Soviética pensando que los fascistas los iban a matar durante la guerra civil. Entonces, a todos esos muchachos, Stalin los alojó en lugares seguros. Estaban en dificultades económicas muy fuertes. Les otorgó cierta cuota alimentaria superior, escuelas.... Realmente los trató extraordinariamente. Se fueron desarrollando. Algunos de estos muchachos se hicieron economistas, otros ingenieros,...

N.K.: Entonces Mansilla mantuvo esa fidelidad a la Unión Soviética...

O.B.D.: ¡Una fidelidad a ultranza!. Y si le criticaban a Nikita Krushev, mantenía un respeto total...

N.K.: ¿Y si le criticaban a Stalin?

O.B.D.: Reconocía “algunos errores” de Stalin, pero no era tampoco, para nada, inconsecuente con su línea de respeto... A León Trotsky sí lo criticaba mucho.

N.K.: ¿Cómo fue entonces la discusión del Che y Oltusky con Mansilla?

O.B.D.: El Che estaba discutiendo muy fuerte con Mansilla. Haciéndole muchas críticas a los soviéticos y al papel que estaba jugando Nikita Krushev. Por eso Mansilla decía que el Che, como Fidel, también era un “alumno difícil”. El Che le discutía mucho. En eso la discusión iba subiendo de tono. Enrique Oltusky quería intervenir. El Che lo pateaba por debajo de

la mesa para que aquello no pasara a mayores. Oltusky no aguantó más y le dijo a Mansilla: “¡No joda más, Mansilla!” y a continuación le dijo que lo de Krushev era algo pusilánime, muy miedoso, con un insulto que solemos utilizar los cubanos...Entonces Mansilla, muy bravo [enojado] le contestó: “Altusky”, porque nunca llegó a llamarlo Oltusky, “yo no jodo machos” y entonces hizo toda una defensa de la URSS y de Krushev. Cuando terminó la clase, el Che lo reprendió a Oltusky por haber largado ese exabrupto. Oltusky no le hizo caso y volvió a reafirmar el insulto hacia Krushev. Finalmente, todo terminó a las risas entre el Che y Oltusky cuando el Che cerró la discusión fraternal con una broma.

N.K.: Si Mansilla tenía una fuerte formación sobre la historia soviética, cuando discutían sobre la NEP [Nueva Política Económica] y las polémicas bolcheviques de los años '20 sobre la acumulación socialista, ¿alguna vez se refería a Eugenio Preobrazhensky y a su obra *La nueva economía* [1926]?

O.B.D.: Sí, después nos estudiamos la obra de Preobrazhensky completa.

N.K.: ¿La estudiaron junto con Mansilla o solamente entre ustedes?

O.B.D.: La estudiamos entre nosotros. Mansilla hablaba de Preobrazhensky con bastante rechazo. Él sugería que Preobrazhensky era un “revisionista”. A Preobrazhensky lo empezamos a conocer por vía Mansilla, pero muy ligeramente. Mansilla no llevó textos de Preobrazhensky. Se refería a él sin textos. Después nos conseguimos los libros de Preobrazhensky y lo estudiamos directamente.

N.K.: ¿El Che leyó a Preobrazhensky? Porque sus planteos se parecen bastante...¿no?

O.B.D.: Bueno, Preobrazhensky planteaba cosas parecidas, en algunos aspectos. Que se construyera un sistema donde no se incluyeran los elementos de mercado. También la idea de que en una primera etapa había que centralizar mucho, porque en aquel inmenso país con pocas comunicaciones había que centralizar. Preobrazhensky insistía mucho con esa tesis. Claro, no era ni mucho menos el planteo del Che. Pero tienen muchas cosas similares.

N.K.: Incluso Preobrazhensky también fue un crítico de la NEP, al igual que el Che...

O.B.D.: ¡Preobrazhensky fue un crítico fuerte de la NEP!. Hasta que “lo volaron”...lo mataron...porque ya allí, el que se enfrentaba a Stalin, Stalin lo mataba...Esas fueron de las cosas negras de Stalin.

N.K.: ¿Entonces el Che llegó a leer *La nueva economía* de Preobrazhensky?

O.B.D.: Sí, sí, sí. La leyó, y todo eso, como un auxilio...Como también estudió a Trotsky, se lo leyó completo. El Che y todo un grupo de nosotros.

N.K.: ¿Qué libros de Trotsky leyó?

O.B.D.: Bueno, las cosas originales de Trotsky y después empezaron a salir los tres tomos de Isaac Deutscher: *El profeta armado*, *El profeta desarmado*

y *El profeta desterrado*. Se los leyó al detalle. El Che leyó incluso hasta de los últimos libros de Trotsky, aquel libro que no terminó él sino su mujer en México.

N.K.: Esos tomos están en la biblioteca personal del Che en La Habana.

O.B.D.: Sí, sí, al Che algunos lo acusaban de trotskista. Pero en Cuba a Trotsky se lo consideraba como uno de los dirigentes principales...después de Lenin, Trotsky. Así lo consideraba la gente culta. Por ejemplo Raúl Roa, que era una persona culta.

N.K.: ¿A Ernest Mandel lo leían?

O.B.D.: ¡Mucho! Además Mandel fue a nuestro país y estuvo con nosotros un tiempo en Cuba.

N.K.: ¿Mandel formó parte de estos seminarios sobre *El Capital*?

O.B.D.: No, no formó parte. Pero Mandel fue con sus libros, se hizo amigo del Che, se hizo amigo mío, entonces hacíamos conversaciones largas...

N.K.: ¿Ustedes hablaban con él en español?

O.B.D.: Sí, él hablaba español. Mandel era un hombre muy bien formado, académicamente. No era ningún tonto. ¿Tú llegaste a conocer personalmente a Mandel?

N.K.: Solamente llegué a escucharlo cuando vino a Buenos Aires a principios de los años '90 a dar una serie de conferencias. Ya estaba muy viejito. No podía siquiera caminar sin que lo ayudaran.

O.B.D.: Nosotros lo conocimos muy bien. Mandel era polémico, pero con mucho tacto. El Che hizo buena relación con Mandel. Lo que pasa es que el Che evoluciona y va entendiendo todo lo de Trotsky. Él pensaba que Trotsky había ido "apagándose" hacia el final de su vida, porque llega un momento en que su odio hacia Stalin...que tiene sus razones, ¿no?...en parte lo van transformando en un enemigo de la Unión Soviética. No de Stalin, sino de la Unión Soviética. Hacia el final de su vida lo había de algún modo cegado su odio personal contra Stalin, que era justificado, por cierto. Pero estaba como "loco". Es que le habían tomado a su hijo preso...y otras tragedias por el estilo, lo que lo condujeron a un odio visceral y personal que de alguna manera lo cegaba. En la historia de la revolución rusa, de la revolución bolchevique, él había sido casi un protegido de Lenin, tenía una historia muy valiente, estuvo preso, se escapó de la prisión, isubvirtió a los soldados que lo tenían preso! ¡Fíjate tú qué personalidad! Y luego de escaparse, logra llegar y empieza la batalla por armar los soviets...El verdadero tipo de acción que armó los soviets en San Petersburgo fue él. Lenin entra ya con eso organizado.

N.K.: Vos dijiste que Mandel llevó sus libros a Cuba. ¿Cuáles? ¿El *Tratado de economía marxista*?

O.B.D.: Ese mismo. Lo leímos todo, completo. Lo leímos con sus matices. Mandel le tiraba mucho a Lenin.

N.K.: ¿En qué sentido decís que “le tiraba”?

O.B.D.: Lo digo en el sentido en que Mandel no estaba tan de acuerdo con Lenin, se apoyaba más en Trotsky. Por otra parte, Mandel criticaba mucho la NEP, por eso en ese punto había un acercamiento entre lo que decía Mandel y lo que decía el Che.

N.K.: ¿En qué año estuvo Mandel en Cuba?

O.B.D.: En 1963-1964.

N.K.: ¿También estaba Charles Bettelheim?

O.B.D.: En esa etapa de la polémica también estaba Bettelheim.

N.K.: ¿El Che tuvo relación personal con Bettelheim?

O.B.D.: Sí, tuvieron relación personal. Se escribían...Pero la polémica con Bettelheim fue muy “elegante”, digamos. Fue una polémica “fina”. El Che le mandaba cartas. Le decía: “Profesor: en esto no estamos de acuerdo con usted”. En el nivel académico Bettelheim era refinado, menos polémico, y defendía siempre la idea del cálculo económico. Insistía con la idea de que lo del Che era puro idealismo...que la vía que planteaba el Che acerca del desarrollo de las fuerzas productivas con la conciencia..., que eso no caminaba. ¡Había que llegar, a través del desarrollo de las fuerzas productivas, a alcanzar un alto nivel de vida y cuando el hombre estuviera satisfecho con todas sus necesidades, entonces adquiriría... ¡la conciencia! [risas].

N.K.: ¿Bettelheim era militante del Partido Comunista Francés?

O.B.D.: Sí, del PC francés.

N.K.: ¿Bettelheim además estuvo en Rusia?

O.B.D.: Sí, también estuvo en Rusia.

N.K.: Bettelheim había estado allá, en la Unión Soviética, en 1936 para estudiar los problemas de la economía. ¿Participó en la planificación soviética?

O.B.D.: Eso no lo sé o por lo menos no lo recuerdo.

N.K.: En algunos escritos pedagógicos de Mansilla [*Apuntes para el estudio de «El Capital» de Carlos Marx*. Mimeo], cuando él desarrolla la teoría del valor y explica los primeros capítulos de *El Capital*, habla críticamente de “algunos filósofos franceses”. Mansilla les cuestiona su negación a aceptar que el capítulo primero de *El Capital* hable de la historia y no sólo de la lógica. Es decir que estos “filósofos franceses”, que a él no le gustaban, plantean el valor como una abstracción lógica. En esa argumentación Mansilla sostiene que lo mercantil “existía antes que el capitalismo y perdura incluso durante un período después que el capitalismo es derrotado

por la revolución, en la sociedad socialista”. ¿A quién se refería Mansilla cuando criticaba a estos “filósofos franceses”? ¿A Louis Althusser?

O.B.D.: Sí, sí, seguro que esa referencia es sobre Althusser, aunque no se lo nombre. El tema de Althusser salía mucho en las discusiones con el Che.

N.K.: ¿Qué opinaba el Che Guevara sobre Althusser?

O.B.D.: Él opinaba que Althusser estaba completamente “fuera de foco”. En aquella época nos leímos los textos de Althusser, como también nos leímos los textos de Herbert Marcuse.

N.K.: ¿El Che había leído a Marcuse?

O.B.D.: Sí, lo leyó y después yo, dentro de mi círculo de lecturas, organicé el estudio de Marcuse y ahí se armó una bronca del carajo [risas]. Ya existía en esa época la revista *Pensamiento Crítico*. Entonces leímos *El hombre unidimensional* completo. Entre los dos, entre Marcuse y Althusser, yo prefería a Althusser.

N.K.: El Che tenía un ejemplar de *Pour Marx* [traducido al español por Marta Harnecker con el título *La revolución teórica de Marx*] y en el capítulo sobre “Marxismo y humanismo” el Che le había escrito en los márgenes anotaciones críticas a Althusser. ¿Ustedes leyeron y discutieron a Althusser en el seminario con Mansilla?

O.B.D.: No, sólo de costado, porque el seminario con Mansilla estaba centrado exclusivamente en *El Capital* de Marx. Se traían algunos otros autores, pero el debate y el estudio estaban centrados en *El Capital*. Mansilla por ahí traía a colación el *Anti-Dühring* de Federico Engels, también. El Che leyó a Althusser pero no creó que haya habido alguna reunión centrada en discutir los textos de Althusser. Uno de los temas, sí, giraba en torno a un acuerdo sobre la polémica acerca de la validez del Marx joven y el Marx maduro, ya formado. El Che nos decía que había que ir al Marx joven, por ahí había que empezar. En el Marx joven, con ideas frescas, con más carga de filosofía que de economía...

N.K.: Cuando el Che defiende la necesidad de dar cuenta, junto con la construcción de la base material, de “los hechos de conciencia”, él retoma los *Manuscritos de 1844* de Carlos Marx...

O.B.D.: Exactamente. Por ahí iba la cosa, un texto que Althusser criticaba.

N.K.: ¿En qué momento se puso a estudiar los *Manuscritos de 1844* de Marx?

O.B.D.: No tengo la fecha precisa. Debe haber sido entre 1962 y 1964. Porque después de haber manejado y dominado todo *El Capital*, el Che se puso a profundizar con otras cosas. Ahí el Che tomó también *El Estado y la revolución* de Lenin y lo estudió –lo estudiamos– en detalle. Ya no en el seminario, sino solos. El nos dio *El Estado y la revolución* y nos dijo: “Estudiéense esto”.

N.K.: Cuando Regis Debray recién llegó a La Habana y se vinculó con el Che, él venía también con el prestigio de ser alumno de Althusser en la Escuela Normal Superior de París. Más allá de las discusiones políticas, ¿Debray discutió sobre Althusser con el Che?

O.B.D.: No, para nada. ¿Vínculos con el Che? Ninguno. Sí tuvo vínculos, personales, con Fidel. Lo que sucede es que cuando se prepara la guerrilla para Bolivia, Fidel quería que Debray fuera, a título de periodista, y pudiera introducirse hasta donde estaba el Che. Y Debray tenía un interés en quedarse con el Che, combatiendo, eso es cierto. De esto yo conozco bastante porque cuando Debray ya era conocido en Cuba y él se marchaba para Bolivia, él me llama una noche. Vivía muy cerca de mi suegro. Debray quería conocerme y hablar conmigo sobre todas estas discusiones: sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento, sobre el pensamiento económico y todo esto. Entonces llegué a la casa de Debray. Me acuerdo que me recibió descalzo. Debray era de una autosuficiencia increíble, realmente increíble. Estuvimos hablando desde las ocho de la noche hasta la una de la mañana. Todo en un tono muy amistoso. Él iba caminando, siempre descalzo, de aquí para allá. Pero hablaba desde una pose...se sentía como un dios...realmente una actitud muy “pesada”. Por eso yo pensé que el encontronazo entre Debray y el Che en Bolivia, para mí, al menos es lo que yo pienso, tiene mucho que ver con la prepotencia de Debray. Debray se consideraba largamente superior al Che Guevara. En conocimiento, en esto y en lo otro... Era muy joven, no tenía ninguna humildad. No llegó a Bolivia para ayudar sino para polemizar como... “Danton”, su sobrenombre en Bolivia. Era demasiado autosuficiente. Desde aquella noche que lo conocí en su casa, yo siempre pensé que iba a chocar con el Che. Era fatal su falta de humildad. En eso tengo que admitir, más allá de las críticas políticas o ideológicas que se pudieran hacer, que los científicos soviéticos que conocí eran tipos mucho más humildes, no tan engreídos. Andaban por la calle con su maletín, te invitaban vodka y una especie de salchichón. Había que convencerlos que primero estudiáramos y después tomáramos vodka [risas]. Yo no podía estudiar si tomaba vodka. En serio, siempre tenían un tono más humilde, no tan autosuficiente. Pero bueno, no creo entonces que Debray y el Che hubieran hablado o discutido sobre Louis Althusser.

N.K.: Además del seminario semanal con Mansilla sobre *El Capital*, ¿en qué ámbito discutían estas cuestiones con el Che?

O.B.D.: Básicamente en las reuniones bimestrales del Ministerio de Industrias. Se planteaba un tema de estudio y discusión. Cualquiera podía ser. Por ejemplo el tema de los estímulos morales asociado a la experiencia soviética. ¿Quién desarrolla el tema para la próxima reunión? Fulano. El Che empleaba el mismo método que Mansilla. ¡Claro! ¡El papel protagónico era siempre de él! [risas]. Él repartía los capítulos. Algunos se los llevaban bien estudiados, otros no. Bueno, eso se explicaba porque teníamos muchísimo trabajo, intenso trabajo y no teníamos tiempo. Los que no estudiaban hacían el ridículo por no haber estudiado a fondo. El Che les platicaba y entonces volvían después a plantearlo. Pero sí, en esa etapa de la revolución discutíamos mucho. En las reuniones bimestrales del Ministerio de Industrias discutimos también el problema de los estímulos, eso fue fundamental.

N.K.: ¿Cómo se decidió publicar la revista *Nuestra Industria*?

O.B.D.: Por iniciativa propia del Che. Como la polémica ya estaba fuerte, el Che crea *Nuestra Industria Económica* para tener, dentro del Ministerio, un órgano para poder escribir. Y allí invita a escribir a todos.

N.K.: ¿La revista nace a partir de la polémica?

O.B.D.: La polémica es la que genera la necesidad. Nacen dos revistas. La primera fue *Nuestra Industria Económica*, donde escribía el Che, Álvarez Rom, ...mío no salió nada porque yo no tenía capacidad para escribir. Y empezó a escribir mucha gente. Por ejemplo, el argentino Néstor Lavergne, quien estaba totalmente en contra del Sistema Presupuestario. Pero el Che abre *Nuestra Industria Económica* para que sea un órgano donde publicaran los favorables a sus posiciones y también los contrarios, aquellos que defendían el cálculo económico. Así empieza a crecer *Nuestra Industria Económica* y después el Che promueve *Nuestra Industria Tecnológica*. En ésta última la polémica no era tanto económica sino más bien entre los técnicos. Los del azúcar, los del petróleo, unos y otros, etc. En esta segunda revista también se divulgaba mucho el trabajo voluntario en la fábrica.

N.K.: Hace un tiempo, el sociólogo cubano Aurelio Alonso nos contó que a mediados de los '60, cuando Fidel estaba en la Plaza en la Universidad de La Habana hablando con los estudiantes, Ricardo Jorge Machado le hace algunas preguntas. Y entonces Fidel le contesta, tienen delante de todo el mundo un intercambio de preguntas y respuestas, y en algún momento Fidel le dice: "¿Así que tú eres uno de los profesores de marxismo que anda diciendo que yo no conozco *El Capital* y que los dirigentes cubanos no conocen *El Capital* y que no dominan el marxismo...?". Y entonces Ricardo Machado le responde que no era así, que seguramente le habían informado mal. Que ellos, los jóvenes vinculados al Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, de ninguna manera estaban pensando de ese modo ni andaban diciendo eso...y a partir de ese intercambio verbal Fidel los fue a visitar varias veces al Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana y trabó una relación muy buena con todos estos jóvenes...

O.B.D.: Sí, sí, sí, puede ser. En ese momento Fidel iba mucho para la plaza Cadena de la Universidad. Se ponía a discutir mucho con los estudiantes y los jóvenes, en forma muy "fresca", muy divertida. Cuando la revista *Pensamiento Crítico* se organiza con gente de la Universidad y del Departamento de Filosofía, yo organicé simultáneamente en el Ministerio del Azúcar un círculo intenso de estudios sobre economía política donde también estaban Fernando Martínez y Aurelio Alonso, que eran parte de aquella revista. Participaba además Alberto Mora, quien también había intervenido en las polémicas del año 1963 y 1964 y había discutido con el Che. Estuvimos unos seis meses estudiando. Entonces una noche del año 1965 -ya el Che se había ido de Cuba-, hablando con Fidel, yo le comenté que estábamos haciendo un círculo de estudios sobre economía política. Y Fidel me dijo: "¡Oye! ¡Qué interesante! Quiero irme una noche para allá". Entonces se nos apareció una noche y se pasó discutiendo hasta la madrugada, sentado arriba de una mesa. Realmente fue muy sabroso.

N.K.: ¿Qué discutían con Fidel? ¿Sobre *El Capital*?

O.B.D.: No, sobre cosas filosóficas y sobre América Latina, pero esa vez, en rigor, no discutimos sobre *El Capital*.

N.K.: Además de los clásicos marxistas o *El Capital*, ¿qué otros libros leían y estudiaban junto al Che Guevara?

O.B.D.: Bueno, un poco “obligados” por el Che nosotros también nos leímos el libro de Edward Bellamy: *El año 2000*, escrito en la segunda mitad del siglo XIX. Bellamy [1850-1898] era un pensador socialista utópico norteamericano. Su libro, una utopía novelada, es una cosa increíble. El tema del libro es el socialismo en los Estados Unidos, empezando por la ciudad de Boston. Su personaje central cae en un sueño y empieza a imaginarse la sociedad socialista en EEUU. ¡Es increíble! Seguramente Bellamy ya conocía a Marx. Se habría leído lo que publicaba Marx en los diarios norteamericanos, quizás los artículos del *New York Daily Tribune*. Al imaginarse la sociedad socialista, se la imagina sin dinero... ¡Igual que en el Sistema Presupuestario de Financiamiento, donde en el seno de las empresas estatales queda suprimido el dinero!... también plantea que se usaría una tarjeta para pagar... ¡Exactamente una tarjeta de crédito! La tarjeta de crédito surge en 1948. Con la tarjeta de crédito se hacían transferencias sin utilizar el dinero. Entonces Bellamy se imagina una gran diligencia donde iban los ricos, los millonarios, y los que arrastraban esa gran diligencia eran los pobres, los miserables. Bellamy se imagina cómo se podría socializar la economía. Y allí va al tema de la tecnología, y al sistema de distribución justo en sus aspectos prácticos... ¡Era asombroso, un tipo realmente visionario! Entonces Bellamy se imagina un sistema de tiendas donde no existe el sistema del pago, tampoco hay pago en salario, en dinero... algo análogo al sistema de los kibutz israelíes –un sistema realmente interesante..., quedan muy pocos kibutz hoy en día, pero es muy interesante analizar los kibutz-. ¡Una idea visionaria, realmente!.

N.K.: Entonces el Che, además de estudiar el pensamiento científico y la teoría crítica de Carlos Marx también recupera núcleos del pensamiento utópico, de los grandes utopistas socialistas, del socialismo utópico...

O.B.D.: ¿Qué sucede? Que cuando el Che lee a Bellamy encuentra núcleos, encuentra cosas, que –¡para gran sorpresa suya!- coinciden con elementos del Sistema Presupuestario de Financiamiento. Él se sorprende al leer estas ideas en aquella novela. Fíjate que Bellamy también se imagina que en un sistema de distribución en el cual no circula dinero, desde las casas, desde las viviendas particulares, uno se podía comunicar con las tiendas. Había un sistema de comunicación, ¡qué no era el teléfono! Era un sistema de comunicación donde tú llamabas, te comunicabas con la tienda mediante una pantallita donde apretabas unas teclas, y entonces hacías el pedido... Bellamy decía que te enviaban los productos mediante un sistema neumático. No tenía que venir ningún mensajero a traerte el producto a tu casa, como existen hoy los sistemas de envíos a domicilio.

N.K.: ¿Qué reacción tiene el Che al conocer el libro utópico de Bellamy?

O.B.D.: ¡Se apasiona! Tanto se apasiona que hay una fotografía en la plaza de la Revolución de La Habana, en aquellos días en que estaba leyendo a Bellamy, donde la plaza está llenándose de gente y el Che está leyendo el libro de Bellamy.

N.K.: ¿En qué año lo leyó el Che?

O.B.D.: Creo que fue en el año 1962. ¡Me obligó a que lo leyera! Me dijo: “¡Léete esto! ¡Fíjate qué interesante! ¡Cómo coincide con lo que planteamos nosotros!”. Me lo dijo con una pasión tremenda. El Che encontraba coincidencias con el tema del dinero aritmético. En el planteo del Che, en el Sistema Presupuestario de Financiamiento, se elimina el pago entre empresas del sector estatal. Se hacían transferencias bancarias de una cuenta a otra, pero no se realizaba un intercambio de mercancías, una compraventa mediada por el mercado y el dinero. Esto sucedía dentro del sector estatal. Cuando el producto pasaba a otro sector, al mercado, ahí sí había intercambio mercantil, dinero, etc.

N.K.: ¿El Che había leído a Charles Fourier?

O.B.D.: Sí, seguro. Lo había leído.

N.K.: ¿El Che y su equipo del Ministerio de Industrias leían a Oskar Lange?

O.B.D.: ¡Sí! ¡Mucho! A Oskar Lange, tiempo después, yo lo conocí personalmente. Pude conocer a las tres grandes “vacas sagradas” de la ciencia y la economía política de Polonia: Lange, Kalecki y Bobrowski.

N.K.: ¿El Che los estudiaba?

O.B.D.: Sí, por supuesto. El Che estudiaba los instrumentos de la econometría de Lange para aplicar a nuestra economía socialista. Se podían utilizar esos instrumentos... ¡pero sin el cálculo económico! Esa era la lectura que el Che hacía de la obra de Oskar Lange.

N.K.: ¿Cuándo los conociste vos?

O.B.D.: Fíjate qué cosa más curiosa. En el primer viaje que hice a la Unión Soviética, fui con la primera delegación cubana. El Che me envía para yo vaya viendo el tema de las empresas y todo eso. Allí tuvimos encuentros con académicos y también encuentros comerciales. Cuando llegamos a Polonia, que era el segundo país de la gira, nos recibió Wladyslaw Gomulka, el secretario del partido comunista. Estaba en medio de un congreso del partido. En la entrevista con Gomulka se produce una polémica. Nuñez Jiménez iba de jefe de la delegación, yo iba de segundo y había tres o cuatro compañeros más. Gomulka era un obrero, un luchador, con toda una trayectoria de lucha... ¡por supuesto que era antisoviético hasta el límite. Gomulka era muy ignorante. Entonces en la entrevista con nosotros nos critica que hayamos mantenido la base norteamericana de Guantánamo. ¡Imagínate! El canciller polaco, que era un hombre muy reconocido en Naciones Unidas, que hablaba muchísimos idiomas y que era cultísimo, le explicó delante nuestro a Gomulka toda la historia de la base naval de Guantánamo. Sabía la historia como un cubano. Entonces Gomulka, después de escuchar la historia, se cayó la boca. Luego, al segundo día, el canciller propone que yo me entreviste con las tres “vacas sagradas” de la economía política en Polonia. Él creía que yo sabía de economía... ¡En esa época! ¡Imagínate! Me invitaron a la casa de Bobrowski, también estaban Lange y Kalecki. Lange era el más joven. Bobrowski era un tipo alto, parecía obrero, pero era un intelectual. Kalecki era un tipo flaco, fumaba como un burro, iba cortando los cigarrillos en dos para fumar menos. Hice amistad

con los tres viejos. Por entonces yo no tenía idea de la grandeza de esos tipos. Después los leí y tomé conciencia de quienes eran realmente y lo que significaban para el conocimiento social. En econometría Lange era el más adelantado en el socialismo. En planificación ese lugar lo tenía Kalecki.

N.K.: ¿No los invitaron a Cuba, como a Bettelheim o a Mandel?

O.B.D.: Al profesor Kalecki lo invitamos a visitar Cuba para que diera un seminario a nuestro ministerio de economía, que en aquella época se llamaba Junta Central de Planificación. Kalecki estuvo unos meses en Cuba y nos ayudó mucho. ¡Hay que leer a Kalecki! Sus libros empiezan a utilizarse como libros de texto en economía, sobre todo el tema de la reproducción.

N.K.: ¿Con el Che llegaron a estudiar a Isaak Illich Rubin y sus *Ensayos sobre la teoría marxista del valor* [1928]? Porque sus análisis respectivos de la teoría del valor se asemejan mucho.

O.B.D.: No, por lo menos yo no me acuerdo.

N.K.: ¿Y Baran y Sweezy?

O.B.D.: Sí, en esa época el Che se los leía. A Paul Baran y a Paul Sweezy también los estudiamos bastante, junto con él.

N.K.: Cuando el Che Guevara está en Praga, a fines de 1965 y comienzos de 1966, te envía a vos sus apuntes críticos del *Manual de economía política de la Unión Soviética*. Allí realiza una crítica muy profunda y demoledora de las concepciones oficiales en la URSS, llegando incluso a vaticinar su derrumbe y su regreso al capitalismo. ¿Había leído el Che las notas que Mao redactó en los '60 [Mao Tse Tung: *Notas de lectura sobre el Manual de Economía Política de la Unión Soviética*. En Mao Tse Tung: *Escritos inéditos*. Buenos Aires, Ediciones Mundo Nuevo, 1975] criticando ese mismo manual?

O.B.D.: No creo que el Che haya alcanzado a leer esas notas de Mao. ¡Y, discutiendo *El Capital*, no le pusieras a Mansilla cerca a Mao...! porque...

N.K.: Aunque el Che discrepa completamente con el etapismo de Mao, sin embargo en otros aspectos sus críticas al manual de economía soviético se acercan...

O.B.D.: Bueno, el Che se había leído todo lo de los chinos que se hubiera reproducido en español. La barrera idiomática era una barrera tremenda. Lo que nosotros teníamos acceso de China era muy escaso. Lo que nos llegaba era un boletín que se llamaba Xinhua, de la oficina de información y prensa internacional de ellos. Allí salían síntesis interesantes. Todas las mañanas la embajada china nos enviaba eso. Lo leíamos siempre. Cuando los chinos entran en crisis con los soviéticos, empezaron a "atacar" con mayor bibliografía. Entonces enviaban Xinhua bien "llenito", un boletín bien gordo. Se distribuía en el Ministerio para el Che, para mí y, creo, que para dos viceministros más. Los otros tomaron miedo por la bronca de los chinos con los soviéticos. No lo recibieron más. Yo seguí recibéndolo. Cuando en Cuba se forma nuestro primer partido, que se llamaba las ORI [Organizaciones Revolucionarias Integradas, donde se agrupaban diversas corrientes

políticas revolucionarias unificadas bajo el liderazgo de Fidel: el 26 de julio, el PSP y el Directorio], se produce la discusión de mi militancia. Entonces a tres comunistas ortodoxos –del grupo de Blas Roca- [del PSP] les tocó formar el trío para analizar mi militancia. Uno de ellos parecía Torquemada. En el Ministerio de Industrias había compañeros de varias corrientes políticas. Del Movimiento 26 de julio, del Partido Socialista Popular, trotskistas, de varios grupos. Una de ellas era una militante del grupo de Aníbal Escalante, la microfracción de Escalante [ultraortodoxa y prosoviética, célebre por su sectarismo], que veía que yo todas las mañanas recibía y leía el boletín de prensa de los chinos. Yo supongo que ella fue la que le informó a esta gente lo que yo leía. Entonces cuando empezó la discusión de mi militancia –que duró como tres horas- me atacaron duramente porque yo era un indisciplinado, ya que seguía estudiando a los chinos y leyendo a Xinhua. Me estaban “traqueteando” duro. Yo seguía insistiendo con que iba a seguir leyendo eso y todo lo que quisiera. Y justo cuando ya estaba a punto de no poder ser admitido como militante, entra a la habitación el Che. De pura casualidad.

N.K.: ¿Qué posición asumió el Che?

O.B.D.: El Che les pregunta: “¿Qué discuten?”. Ellos le contestan: “La militancia del compañero Borrego”. Entonces el Che pregunta: “Bueno, y ¿qué pasa?”. Entonces ellos empiezan a hablar de todos mis méritos... Y el Che vuelve a preguntar. Y ellos le dicen que a pesar de los méritos hay un problema grave de indisciplina porque el compañero Borrego todos los días lee el boletín de Xinhua. Entonces el Che se dio vuelta hacia estos tipos y les dice: “¡Supongo que ustedes lo están felicitando al compañero Borrego! ¿no? ¡Supongo que no lo estarán criticando por eso!”. Imagínate las caras de estos tipos. Se quedaron paralizados. Finalmente gané mi militancia.

N.K.: Esa actitud del Che es una de sus grandes enseñanzas...

O.B.D.: Por supuesto. El Che nos enseñó y les enseña a las nuevas generaciones que hay que leer y estudiar a todos. Él, con mucho esfuerzo y perseverancia, estudió mucho y leyó durante toda su vida. Hay que apropiarse de todo el conocimiento social que existe. Hay que estudiar *El Capital*. Hay que leer a Fidel Castro y al Che Guevara, a Lenin, a Trotsky, a Stalin, a Mao. Hay que leer y estudiar a todos. ¡A todos! Hay que leer, inclusive, a nuestros enemigos: lo que publican los norteamericanos. Al enemigo imperialista no puedes criticarlo si no lo conoces. ¿Cómo se puede ser un verdadero revolucionario, un verdadero marxista, si no lees todo lo que se produce? Para ser un buen militante hay que hacer un esfuerzo diario. Hay que prepararse y hay que estudiar rigurosamente todos los días. ¡Hay que formarse! Esa es una más de las tantas enseñanzas que nos dejó con su ejemplo de vida nuestro querido Che.

¿Foquismo?

(A propósito de Mario Roberto Santucho y el pensamiento político de la tradición guevarista)

Néstor Kohan

“Sería un contrasentido subordinar el punto de vista político al militar, ya que la política engendra la guerra; ella es la inteligencia y la guerra no es más que su instrumento, y no a la inversa...

La subordinación del punto de vista militar al político, es la única posibilidad que queda”.

[La política ha dado nacimiento a la guerra]

Extractos y anotaciones de Lenin [1915]

a **De la guerra** de Carl von Clausewitz

“Toda lucha política tiene siempre un sustrato militar”

Antonio Gramsci: **Cuaderno de la cárcel N°1** [1929-1930]

Ni «dementes» ni «irracionales»

Hay compañeros que, aunque ya no están, siguen presentes. Recordarlos no es sólo hacer memoria. Es, también, una manera de marcar una continuidad histórica. Recuperar sus luchas resulta imprescindible para no permitir que nos fracturen y nos quiebren en nuestra subjetividad. Para que cada nueva generación no tenga que comenzar de cero, desconcertada, arrodillada y mirando sumisamente el suelo, sino de pie y apoyada en las experiencias y los hombros de las generaciones que nos precedieron.

Con la clase de hoy, queremos expresar nuestro emocionado homenaje a Mario Roberto Santucho (1936-1976), cuando se cumplen 26 años de su asesinato²⁸.

²⁸ El lunes 19 de julio de 1976, en tiempos de la sangrienta dictadura del general Videla, una patrulla del Ejército argentino al mando del capitán Juan Carlos Leonetti irrumpe en el departamento del barrio de Villa Martelli [Capital Federal] donde se encuentra escondida parte de la dirección de la insurgencia argentina: Mario Roberto Santucho, Liliana Delfino (compañera de Santucho), Ana María Lanzillotto (compañera de Domingo Menna, embarazada de ocho meses), Benito Urteaga y su hijo José, de dos años. Ante la súbita irrupción del Ejército, Santucho se defiende disparando y logra ultimar a Leonetti. A pesar de eso, los dirigentes guevaristas argentinos son capturados y asesinados (hasta el momento no se conoce qué sucedió con los cuerpos, aunque se presume que los cadáveres fueron enterrados clandestinamente en el cuartel militar de Campo de Mayo [provincia de Buenos Aires], donde funcionaba uno de los campos de concentración de la dictadura). Las dos mujeres son secuestradas, trasladadas a ese campo de concentración, torturadas y asesinadas. Esa misma noche Santucho iba a viajar hacia La Habana. El hijo de Urteaga fue entregado a la familia paterna. Jamás se supo el destino del bebé que esperaba Ana Lanzillotto.

Trataremos de reconstruir las fuentes ideológicas que marcaron sus lecturas teóricas y su pensamiento político, relacionando ambos con el pensamiento del Che Guevara.

Intentamos hacer este análisis para no quedarnos en un mito. Porque así como la derecha intenta convertir a nuestros mejores compañeros en mitos –como pretendieron hacerlo con el Che-, con Santucho sucede algo análogo. Aunque seguramente no del mismo modo que con el Che, porque nadie usaría remeras con la cara de Robi [sobrenombre de Santucho]... ya que Santucho sigue siendo un personaje “endemoniado” para la sociedad oficial argentina. Pero, a su modo, la derecha ha construido el mito de Santucho..., el “tira-tiros”..., el “tira-bombas”... Entonces a veces los sectores populares, para contrarrestar y responder a esa visión macartista y oficial, terminan aceptando y reivindicando esa misma imagen de Santucho, aunque invertida, sin atender al conjunto de su obra, su pensamiento político y su personalidad.

Para la cultura oficial argentina, durante décadas, el sólo hecho de mencionar o escribir el nombre de Santucho constituyó un “pecado” imperdonable. En los labios del poder Santucho fue el sinónimo de todo aquello que, en tiempos del general Videla, se pretendió aniquilar y, durante las dos décadas siguientes, extirpar de la memoria popular.

En los relatos ensayísticos y periodísticos, posteriores a la dictadura militar, su corriente política fue estigmatizada como un demonio y satanizada hasta el hastío. Aunque esa demonización de la izquierda revolucionaria apuntaba contra el conjunto de la generación de los '60 y '70, los ideólogos del poder se ensañaron con la figura de Santucho. Se lo convirtió en un fantasma monstruoso y maldito.

Sometiendo a discusión esos relatos apologéticos y oficiales, no podemos analizar su pensamiento sin antes dejar bien en claro que esa generación, la generación de Robi Santucho y sus compañeros y compañeras, no se lanzó a la insurgencia y a la lucha armada ni arriesgó su vida porque le surgió repentinamente un “delirio mesiánico” –como nos dice hoy toda la derecha-, ni tampoco porque era “foquista” –como nos sugiere alguna parte de la izquierda-, sino porque había realizado un meditado análisis previo de la historia social del continente y de sus condiciones políticas. La lucha político-militar de la corriente de Santucho no fue “irracional”, ni “demencial”, ni respondía a un deseo de “adrenalina”. No eran “jóvenes dementes y aventureros”, ansiosos por vivir peripecias extrañas o extravagantes. Existía en ellos y ellas **un tipo de análisis específicamente político**, sustentado en una elaborada reflexión sociológica e historiográfica sobre las contradicciones del capitalismo argentino y la impotencia histórica de sus clases sociales dirigentes y dominantes para emancipar el país.

A contramano de lo que sugieren los relatos del poder y los politicólogos adscriptos a la teoría socialdemócrata de “la transición a la democracia” (que satanizaron a la insurgencia guevarista responsabilizándola, incluso, por el golpe de 1976), en la tradición marxista **la lucha político-militar, en la que Santucho entregó su vida, ha sido siempre prolongación de un pensamiento político y de una lucha política**, y no al revés. Robi lo tenía muy presente.

Luego de años y años de propaganda burguesa, que intentó demonizar a estos revolucionarios, remarcar ese tipo de **pensamiento específicamente político** resulta hoy impostergable.

Esta es la razón por la que, en las líneas que siguen, nos interesa analizar las categorías políticas que estructuraron la visión social del mundo

de Robi y cómo éstas fueron transformándose a lo largo del tiempo... Porque nadie nace marxista, ni socialista, ni comunista, ni revolucionario, sino que se va construyendo como tal. Por eso nos interesa discutir la conformación del pensamiento real de Santucho.

Antes de abordar directamente nuestro tema, conviene realizar una mínima aclaración. La relación de Santucho con el guevarismo en general, y con Ernesto Guevara en particular, no es una relación directa, en el sentido que Santucho nunca conoció personalmente al Che.

Nosotros ponemos el énfasis en una **relación política** y en la continuidad de una **línea ideológica**, no en la cuestión biográfica de si conversó o tomó café con el Che. Porque en el mismo sentido, Lenin no lo vio nunca a Marx. Gramsci tampoco. Jamás se sentaron a tomar cerveza con Marx, ni con Engels. Fidel Castro nunca compartió una velada con José Martí.

Sin embargo, pocos pondrían en discusión que entre ellos existe una estrecha ligazón. En el caso de la relación de Santucho con el Che sucede lo mismo. A nivel biográfico quizás nunca se cruzaron pero hay una trayectoria político-ideológica marcadamente común...

Un hijo del marxismo latinoamericano

Una de las hipótesis de trabajo que se podrían plantear es que **Santucho forma parte sustancial y central del marxismo latinoamericano**. Es parte de su historia, de una historia que no nace en los años '60 sino que es muy anterior. Eso se nota en la primera formación ideológica de Robi.

Entre los muchos hermanos de la familia Santucho, uno de ellos, Amílcar, era del Partido Comunista (PCA) argentino. Otro, que tuvo mucha más influencia sobre Roberto, Francisco René, era indigenista, "aprista", seguidor del APRA [Alianza Popular Revolucionaria Americana, organización política peruana surgida en la década de 1920 que sigue existiendo en la actualidad].

Francisco René dirigía una librería en la provincia de Santiago del Estero y publicaba una revista llamada *Dimensión*. En sus comienzos, este hermano de Robi estaba muy influido por la ideología de Víctor Raúl Haya de La Torre [1895-1979].

Según los parámetros de esta cosmovisión inicial, compartida por Mario Roberto y Francisco René, que luego entra en crisis a partir del cruce con la organización Palabra Obrera, nuestro continente es denominado "Indoamérica" y no Latinoamérica. En una aclaración al pie, que figura en un texto de 1959 titulado *Integración de América Latina*, Francisco René señala que: "**Preferimos *indoamericano* a latinoamericano o hispanoamericano, por las mismas razones aducidas por los apristas peruanos generalizadores del término. Creemos como ellos que así se define mejor una peculiaridad que hoy se da en el hemisferio**"²⁹.

De este modo, el primer guía intelectual de Mario Roberto Santucho sigue casi al pie de la letra a los discípulos de Haya de La Torre. Su razonamiento es el siguiente: el componente fundamental de este continente es indígena, por lo tanto vamos a referirnos siempre a Indoamérica. De ahí que la primera organización política en la que participan estos hermanos (Francisco René y Mario Roberto) se llame Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP). Francisco René es el hermano que más influencia tiene sobre Roberto.

²⁹ Cfr. Francisco René Santucho: *Integración de América Latina*. Santiago del Estero, Cuadernos Dimensión, 1959.

Esta tradición de pensamiento indoamericanista también está presente en otros revolucionarios latinoamericanos de aquella época. A la hora de explicarse la propia historia de nuestra América, como la llamaba José Martí, el indoamericanismo se planteó principalmente, en el ámbito historiográfico.

Tratando de ver qué herramientas empleaban a nivel historiográfico para explicarse la historia de Indoamérica, encontramos que, además de los textos de Haya de La Torre, también utilizaban los libros de Juan José Hernández Arregui [1912-1974], un escritor nacionalista del interior de nuestro país. Un hombre muy erudito.

Hernández Arregui tenía una hipótesis muy fuerte: era muy crítico de la ciudad de Buenos Aires. Sostenía que la capital de la Argentina, era una “ciudad-puerto de espaldas al país y de cara a Europa”. En cambio, el interior era explotado, pues... era Indoamérica. Buenos Aires pertenece a Europa. Aunque, a diferencia de Haya de la Torre, Hernández Arregui era muy hispanista. Por oposición a la historiografía liberal, que era más anglófila, él defendía mucho la herencia española en nuestra historia (esa era una diferencia importante con los indoamericanistas...).

En los orígenes del FRIP encontramos esta idea de que Buenos Aires está de espaldas al país. No se dice que es “una ciudad burguesa” pero se tiende a pensar de este modo... Y también nos encontramos con la idea que la vanguardia revolucionaria de la clase trabajadora se encuentra en el noroeste Argentino.

En esos primeros documentos del FRIP de inicios de los '60 y en esa primera formación ideológica también se utilizaban categorías de Silvio Frondizi [1907-1974], un sociólogo e historiador que, al igual que el anterior, era crítico del tipo de desarrollo del capitalismo argentino. Pero a diferencia de Hernández Arregui, Silvio Frondizi no era peronista ni nacionalista. Cuestionaba muy duramente la supuesta “progresividad” de la burguesía nacional y en consecuencia del peronismo.

A los ojos de estos jóvenes con inquietudes revolucionarias y contestatarias, Silvio Frondizi³⁰ no sólo aportaba sus análisis sociológicos. También les proporcionaba una pista importante para descifrar la revolución cubana, a la cual Frondizi adhería en forma entusiasta ya que la había conocido de primera mano.

Las tratativas para que Silvio Frondizi pudiera viajar a Cuba estuvieron a cargo de Ricardo Napurí (militante de origen peruano, radicado en Argentina, del grupo Movimiento de Izquierda Revolucionaria-MIR Praxis, liderado por Silvio Frondizi). En Buenos Aires, Napurí venía formando parte del Comité de apoyo al Movimiento 26 de julio que se gestó en 1956. Cuando triunfa la revolución, viaja inmediatamente a La Habana (8 de enero de 1959), junto a la madre del Che, y a numerosos residentes cubanos en la Argentina. Según el testimonio posterior de Napurí, en esos meses Guevara plantea que se necesitan intelectuales para discutir con el movimiento estudiantil cubano. Napurí sugiere el nombre de Silvio Frondizi. Éste viaja a La Habana invitado por el Che y tiene con él varias entrevistas, tras las

³⁰ Conviene no confundir a Silvio Frondizi, marxista revolucionario, con su hermano Arturo Frondizi, presidente argentino (1958-1962) y hombre de derecha, proimperialista, defensor de los capitales norteamericanos en la Argentina, que culminó su carrera política defendiendo a los sectores más reaccionarios de las Fuerzas Armadas. Tampoco con su otro hermano, el académico Risieri Frondizi, rector de la Universidad de Buenos Aires y célebre filósofo –especializado en la teoría axiológica de los valores-, que no tuvo una gran participación política como sus otros dos hermanos.

cuales Guevara le sugiere que permanezca en Cuba trabajando en la esfera de la cultura y la ideología. Silvio Frondizi decide volver para Argentina pero ofrece su colaboración proponiendo una editorial, vinculada a la revolución cubana, con sede en Montevideo. A su regreso, redacta y publica en Uruguay *La revolución cubana. Su significación histórica* (diciembre de 1960). En este texto, Silvio Frondizi propone una interpretación del proceso revolucionario cubano sumamente diferente al que luego consagrarán los partidos comunistas latinoamericanos, vinculados a la Unión Soviética.

Su libro se abre planteando que *“La revolución cubana ha destruido definitivamente el esquema reformista y, más concretamente, el esquema reaccionario del determinismo, casi fatalismo geopolítico [...]”*. Se cierra sosteniendo la misma idea: *“La revolución cubana tiene como significación histórica fundamental, la de haber roto definitivamente «con el esquema reformista, y en particular con el estúpido determinismo, casi fatalismo geopolítico»”*. Al mismo tiempo, en este balance inicial de la revolución, Frondizi formula uno de los primeros diagnósticos (antes que Fidel declarara públicamente el carácter socialista de la revolución) del proceso cubano en términos de revolución ininterrumpida y permanente: *“Empezó, como ya lo dijimos, con caracteres pequeño-burgueses de frente nacional, sin discriminaciones de ninguna clase; su meta fue al comienzo el derrocamiento de la dictadura de Batista. Bien pronto se transformó en una lucha antimperialista, con un frente más restringido, para concluir en una acción en profundidad en contra de determinados sectores de la burguesía nacional; es decir empieza a colocarse en los umbrales del socialismo”*³¹. En ese mismo libro, Frondizi vaticina que, en el orden interno, se plantea una disyuntiva: la revolución cubana se industrializa o se detiene (abriéndose, entonces, el peligro para su burocratización). De igual manera, propone que el mejor modo de frenar la ofensiva imperialista consiste en internacionalizar la revolución cubana. Todo este tipo de observaciones y sugerencias giran en torno a la polémica del autor frente a las posiciones de los partidos comunistas tradicionales, a los que califica de “reformistas” y “etapistas” y, por eso mismo, opositores a la internacionalización de la revolución cubana.

El balance de Frondizi no era ingenuo ni improvisado. Se asentaba en un extenso estudio previo sobre las condiciones del capitalismo latinoamericano, en tiempos de integración mundial imperialista, bajo la hegemonía del imperialismo norteamericano. Esa investigación previa la había publicado pocos años antes en *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica* (en dos tomos, Tomo I: 1955 y Tomo II: 1956). Allí formulaba la hipótesis del agotamiento histórico del intento de las burguesías nacionales latinoamericanas por desarrollar un “capitalismo autónomo”. Como ejemplo puntual, en este texto Frondizi analiza el fenómeno peronista, ensayo frustrado de realizar –bajo una forma política bonapartista- la revolución democrático-burguesa en Argentina. De allí, Silvio Frondizi infería que el carácter de la revolución argentina y latinoamericana no podía ser otro que el de una revolución antimperialista y socialista (como fases de un mismo proceso ininterrumpido). Es por ello que, cuando viaja a Cuba, se encuentra con la confirmación del diagnóstico que él mismo había vaticinado y propuesto pocos años antes. Probablemente,

³¹ Cfr. Silvio Frondizi: *La revolución cubana. Su significación histórica*. Montevideo, Editorial Ciencias Políticas, 1960. Los párrafos citados en pp.16 y 149. El testimonio de Ricardo Napurí sobre el viaje de Frondizi a La Habana, en entrevista a Napurí realizada y publicada por *Herramienta* N°4, Buenos Aires, 1997.

ésta sea una de las razones principales por las que Frondizi defiende con tanto ahínco la revolución cubana en su libro de 1960.

Habría que esforzarse demasiado para no detectar y no reconocer la presencia de todo este cúmulo de lecturas en el pensamiento político maduro de Robi Santucho y en el modo como él y sus compañeros visualizaban la estrategia continental de la revolución cubana, de la que se sentían vitalmente parte.

El pensamiento de Santucho nunca se detuvo. Iba indagando y reexaminando sus ideas permanentemente. Aquella juvenil constelación ideológica, en gran medida impregnada por el nacionalismo cultural, experimentará, al paso del tiempo, un cambio notable.

La sombra de León Trotsky

En el invierno de 1963 se forma un acuerdo de frente único entre Palabra Obrera (organización trotskista, acaudillada por Nahuel Moreno [seudónimo de Hugo Miguel Bressano [1924-1987]]) y el FRIP (representado por cinco de sus miembros). Poco tiempo después, el FRIP se unifica con Palabra Obrera. Esta agrupación pertenecía a la Cuarta Internacional. Así nace como organización el PRT [Partido Revolucionario de los Trabajadores]. La Cuarta Internacional tenía en aquella época como principal dirigente y teórico a Ernest Mandel, el célebre economista belga que había participado en la polémica cubana de 1963-64, apoyando las posiciones del Che. En aquellos momentos, Moreno estaba unido con Mandel, después rompen entre sí en una dura polémica.

Entonces, a la hora de explicarse cómo ha sido nuestro continente, cómo ha sido la Argentina, cómo ha funcionado el capitalismo en nuestra sociedad, también se produce un cambio en los escritos y en la ideología de Santucho. Aparece la presencia de otro historiador, que había sido un militante orgánico de Palabra Obrera vinculado a Moreno: Milcíades Peña [1933-1965].

Cuando produjo su obra historiográfica, Peña era muy joven (se suicidó cuando tenía tan sólo 32 años). La mayor parte de sus trabajos –que en su conjunto conformaban una *Historia del pueblo argentino*– fue publicada póstumamente. Su producción resulta muy distinta de la historiografía tradicional. Tanto de la corriente liberal burguesa (Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López) como también de la historiografía oficial del Partido Comunista (Leonardo Paso), del peronismo de izquierda (Rodolfo Puiggrós [1906-1980]) y de la izquierda nacional (Abelardo Ramos [1921-1991]). En los escritos teóricos de Peña, la revolución cubana jugaba un papel importante. Operaba como una corroboración empírica, pues le resultaba útil para cuestionar aquel etapismo historiográfico que se esforzaba por inventar en sus relatos del pasado una supuesta América Latina colonial –bajo dominio español y portugués– de tipo “feudal” para, de este modo, rechazar en el futuro la pertinencia de la revolución socialista. En este sentido, Peña señalaba: “*Baste decir que la conocida teoría sobre el carácter «feudal» de la colonización sirvió durante largo tiempo a los moscovitas criollos como telón de fondo para afirmar que la Argentina «muestra aún hoy en su estructura rasgos inconfundiblemente «feudales»*” [Puiggrós, *Colonia*, 23] y para enrollar la madeja de una fantasmagórica revolución «antifeudal» que abriría el camino a una supuesta «etapa»

capitalista. Atados a sus dogmas y compromisos políticos y frenados por su propia incapacidad, los teóricos comunistas posteriores a Puiggrós usan su definición de la colonia como sociedad feudal sólo para oponerse al socialismo en la Argentina de hoy, puesto que significaría «proponernos hoy tareas históricas inexistentes» [Paso, Colonia, 9] [...]”. Resulta más que sugerente prestar atención al cierre que Peña utiliza para toda esta impugnación. Allí remata sosteniendo que: **“¡Y esto fue escrito cuatro años después de la revolución cubana!”**³².

Si bien se formó políticamente al lado de Nahuel Moreno, Peña rompe con la organización morenista entre 1958 y 1959. En su posterior distanciamiento ideológico con la táctica del “entrismo” en el peronismo, propugnada por Moreno, la revolución cubana jugará un lugar central. Puede corroborarse la profundidad de esa ruptura en sus *“16 tesis sobre Cuba”*³³. **A los ojos de Peña, la revolución cubana había hecho pedazos el dogma stalinista de la revolución por etapas junto con la doctrina de que ciertos países –especialmente los latinoamericanos- estaban “inmaduros” para el socialismo.** Al mismo tiempo, Peña concluía que las enseñanzas de la revolución cubana exigían dar una batalla ideológica por la conciencia socialista de los trabajadores argentinos, dada la impotencia política de la denominada “burguesía nacional” para emancipar a los pueblos latinoamericanos. De allí Peña deducía la inviabilidad tanto del “entrismo” (línea política de Moreno) como del seguidismo al peronismo (línea política de Puiggrós). No se podía identificar de manera mecánica y ahistórica al castrismo y al guevarismo con... el peronismo.

A partir de las tesis historiográficas de Milcíades Peña y apoyándose en los análisis sociológicos de Silvio Frondizi, Santucho comienza a plantear que la “burguesía nacional” argentina no puede encabezar los cambios necesarios para emancipar nuestro país.

Ese tipo de caracterización se basaba en la teoría del desarrollo desigual de Lenin y en la teoría del desarrollo desigual y combinado de Trotsky. Pero, cuando hacía referencia a la “seudoindustrialización” de nuestro país, Santucho le agregaba un matiz específico referido a la Argentina. ¿De dónde adopta esa visión tan crítica de los industriales argentinos? Nuevamente, de las tesis sociológicas de Silvio Frondizi y de las historiográficas de Milcíades Peña.

Ya en tiempos del FRIP (antes del cruce con Moreno), combinando la teoría del imperialismo de Lenin con la visión de Frondizi y Peña, las tesis políticas del grupo liderado por los hermanos Francisco René y Mario Roberto Santucho sostenían que *“La República Argentina es un país semicolonial pseudoindustrializado”*. Esta era justamente la opinión de Frondizi y Peña.

En el capítulo “Expansión industrial, imperialismo y burguesía nacional”, de su libro *La realidad argentina*, Silvio Frondizi afirma que: “[...] lo que caracteriza al imperialismo actual es la exportación de capitales para la industrialización o mejor dicho pseudoindustrialización de los países

³² Cfr. Milcíades Peña: *Antes de mayo. Formas sociales del transplante español al nuevo mundo*. Buenos Aires, Fichas, 1973.p.45. La primera versión de este texto data probablemente de la segunda mitad de la década del '50. Aunque nunca llegó a preparar sus textos de *Historia del pueblo argentino* para su edición definitiva (pues se suicidó en diciembre de 1965), Peña volvió sobre aquellos manuscritos durante los '60. La referencia a la revolución cubana pertenece a este período.

³³ Cfr. José Golán [seudónimo de Milcíades Peña]: *“16 tesis sobre Cuba”*. En *Revista de Liberación* N°3, 1964.

atrasados". Lo fundamenta del siguiente modo: "Mientras la industria ligera necesitaba mercados para la producción de artículos de consumo, la industria pesada necesita también mercados, pero para su producción de herramientas. Estos mercados reemplazan a los de artículos de consumo". A contramano del esquema etapista de la izquierda tradicional que cuestionaba al imperialismo y a los propietarios terratenientes locales, para defender una supuesta progresividad de los propietarios industriales, de este análisis Frondizi deduce la "unidad, no identidad, entre imperialismo y burguesía nacional y entre burguesía nacional y terrateniente".

Al publicar en 1956 *La realidad argentina*, Silvio Frondizi aclaraba: "En la redacción de este capítulo ["Expansión industrial, imperialismo y burguesía nacional"] hemos recibido valiosa ayuda de Milcíades Peña, que prepara un volumen sobre el problema".

Fue precisamente Peña quien más desarrolló la teoría de "la pseudoindustrialización argentina". Si bien venía trabajando en esa hipótesis desde la década del '50, en un artículo de su revista *Fichas* de 1964 aclara que: "Denominamos al fenómeno pseudoindustrialización, parodia o caricatura de industrialización [...] Por sobre todo, se realiza sin modificar sustancialmente la estructura social del país, y los desplazamientos a que da lugar dejan en pie las antiguas relaciones de propiedad y entre las clases. La pseudoindustrialización no subvierte la vieja estructura sino que se inserta en ella"³⁴. Entre las características de la pseudoindustrialización, Peña incluye: (a) No aumenta la composición técnica del capital social, sólo la mano de obra, (b) No se desarrollan las industrias básicas que producen medios de producción, ni las fuentes de energía ni los transportes, (c) No aumenta la productividad del trabajo, (d) El incremento de la producción de artículos de consumo sobrepasa el incremento de la producción de medios de producción y (e) La agricultura permanece estancada y no se tecnifica. De estas características, Peña infiere que tanto los propietarios burgueses terratenientes como los industriales argentinos, comparten con el capital financiero el mismo interés en la perpetuación del atraso del país. Estos sectores sólo permiten el transplante o el injerto de islotes industriales en unas cuantas fábricas, manteniendo y reproduciendo la estructura social de conjunto atrasada y subordinada al imperialismo.

Robi Santucho supo deducir de este tipo de análisis historiográfico y sociológico una consecuencia política inequívoca: era inviable luchar en Argentina por la "liberación nacional" o por una "revolución democrático-burguesa, agraria y antimperialista", apoyándose en un "frente nacional", liderado políticamente por la burguesía local y su brazo armado, las Fuerzas Armadas. En otros términos: sólo se podía llegar a alcanzar la liberación nacional de la Argentina y su independencia frente al imperialismo si se lucha al mismo tiempo por la revolución socialista, cuestionando el orden burgués y sus aparatos de dominación y coerción. Al igual que José Carlos Mariátegui [1894-1930], Julio Antonio Mella [1903-1929] y el Che Guevara, Santucho piensa que antimperialismo y socialismo deben marchar unidos como dos facetas de una misma lucha, no como etapas separadas en el tiempo.

³⁴ Cfr. Víctor Testa [seudónimo de Milcíades Peña]: "Industrialización, pseudoindustrialización y desarrollo combinado". En *Fichas de investigación económica y social*, Año I, N°1, abril de 1964. p.33-44. Este artículo fue recopilado póstumamente en Milcíades Peña: *Industrialización y clases sociales en la Argentina*. Bs.As., Hyspamérica, 1986. p.65 y ss.

Aunque para esa época Silvio Frondizi se había convertido en un intelectual independiente³⁵ y Milcíades Peña ya había roto amarras con el grupo morenista, el acercamiento con Moreno le permitió a Santucho incursionar y estudiar atentamente toda esta literatura política de la nueva izquierda y empaparse de los debates políticos que la acompañaban.

¿Qué diferencia había entre los escritos de Roberto Santucho y los de Milcíades Peña? Principalmente que este último – Peña – mantenía un planteo totalmente impregnado por el antiperonismo, ya que proponía la tesis de que “Perón era un agente inglés”.

El PRT adopta cierto tipo de explicaciones de Peña, pero no acepta completamente esa visión, ya que en un folleto del PRT *-El peronismo, ayer y hoy* [Ediciones *El Combatiente*, agosto de 1971]- se plantea que se incorpora la tesis de Peña, pero sin caer... “en el gorilismo de izquierda”.

La herencia de San Martín

En los escritos del PRT también emerge la presencia de otra historiografía. Esto sí llama poderosamente la atención. Es la historiografía liberal de Bartolomé Mitre. ¿Por qué llama la atención? Pues porque la óptica de Mitre constituye la versión oficial de la historia argentina, la que todavía hoy se enseña en las escuelas. Pero ¿qué adoptaban los militantes guevaristas de esta historiografía tradicional?

Algo que, paradójicamente, resulta muy interesante: cómo estos historiadores burgueses reaccionarios (principalmente Mitre, aunque también deberíamos agregar a Vicente Fidel López, en el siglo XIX y Ricardo Levene en la primera mitad del siglo XX) describen la campaña del Ejército de San Martín. Fundamentalmente, cómo describen... la guerra de guerrillas. Ese relato resulta hasta muy entusiasmante. Cuando ellos hablan del Ejército de los Andes, cuando San Martín envía a organizar una guerra de guerrillas en la retaguardia española en el Perú, era muy “atractivo” para esta izquierda revolucionaria que se planteaba continuar la lucha inicial de San Martín y Bolívar..., y sobre todo el papel jugado en la lucha guerrillera contra los colonialistas españoles por Martín Miguel de Güemes, Juana Azurduy y otros revolucionarios nuestros de principios del siglo XIX. Seguramente estos historiadores burgueses, de tradición liberal, todavía en el siglo XIX se podían dar el lujo de alabar aquellas campañas militares independentistas, porque la tarea por delante que esta burguesía tenía entonces – segunda mitad del siglo XIX - era legitimar la construcción de un Estado-nación y construir los relatos fundantes de un origen heroico. Luego, en el siglo XX, sobre todo en su segunda mitad, ante la emergencia de una izquierda revolucionaria que se planteaba en primera instancia la lucha por el poder, ya no podían darse ese lujo...

³⁵ El viejo Silvio Frondizi, cuyos escritos sociológicos tuvieron tanta influencia en el pensamiento político de Santucho y sus compañeros, termina durante su vejez (primera mitad de los años '70) militando, codo a codo, junto a los jóvenes guevaristas. Aún en la época más sangrienta y represiva de la Argentina. Por eso no sólo dirige *Nuevo Hombre*, el periódico del Frente Antimperialista por el Socialismo (FAS), vinculado al PRT, sino que también defiende como abogado a los presos políticos y a los guerrilleros. Todo eso le vale el odio sanguinario de la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), organización terrorista paramilitar de extrema derecha que lo secuestra y lo asesina por la espalda en 1974 acusándolo de “comunista y bolchevique, fundador del ERP e infiltrador de ideas comunistas en nuestra juventud”.

Pero Santucho y los guevaristas argentinos supieron leer bien, leer entre líneas, en esa historiografía burguesa, en esa historiografía tradicional y reaccionaria y encontrar los relatos de aquel primer Ejército continental de San Martín y sus compañeros.

Según recuerda Pombo [Harry Villegas Tamayo], combatiente cubano que luchó junto al Che en Cuba, en el Congo y en Bolivia, Guevara también le daba para leer a sus compañeros, a sus combatientes internacionalistas de Bolivia, los relatos de las guerras independentistas sobre Juana Azurduy y sus guerrilleros. También en esta opción historiográfica, Santucho fue un guevarista consecuente.

Lenin y América Latina

Otra fuente ideológica de la que se nutrió Santucho fue Lenin. Como era obvio, habiendo cortado amarras definitivamente con Haya de La Torre, Santucho empieza a ensayar una lectura mucho más leninista, más “clásica”, si se quiere, sobre el papel de América Latina. La crítica explícita contra Haya de la Torre ya la formula Francisco René Santucho en su trabajo “*Lucha de los pueblos indoamericanos*”³⁶. Allí se plantea que los aciertos iniciales del APRA: “*se ven traicionados ahora por la debilidad de su propio líder que ha entrado en compromisos con regímenes reformistas cómplices del imperialismo*”. A partir de esa ruptura con el populismo aprista, se abre en el horizonte ideológico de Robi la posibilidad de apropiarse de la tradición teórico-política de Lenin.

Lenin escribió en 1916 *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, una obra hoy considerada clásica en la materia. Allí escribe sobre nosotros, sobre la Argentina. Dice textualmente: “*No sólo existen los dos grupos fundamentales de países – los que poseen colonias y las colonias --, sino también, es característico de la época, las formas variadas de **países dependientes** que, desde un punto de vista formal, son políticamente independientes, pero que en realidad se hallan envueltos en las redes de la dependencia financiera y diplomática. A una de estas formas de dependencia, la semicolonias, ya nos hemos referido. Un ejemplo de otra forma lo proporciona **la Argentina** [...] No es difícil imaginar qué sólidos vínculos establece el capital financiero – y su fiel «amiga», la diplomacia – de Inglaterra con la burguesía argentina, con los círculos que controlan toda la vida económica y política de ese país*”.

¿En qué se basaba Lenin para proporcionar semejante descripción y explicación de la Argentina? Pues una de sus tesis principales sostenía que el desarrollo del capitalismo mundial nunca es chato, ni plano, ni liso, ni homogéneo. Los países y sociedades capitalistas no están en el mismo rango ni son equiparables entre sí; como hoy sostiene erróneamente Toni Negri, por ejemplo, cuando en su *Imperio* plantea que entre Estados Unidos y Brasil, la India e Inglaterra... “*sólo hay diferencias de grado*”. Por el contrario, Lenin tenía la hipótesis de que el capitalismo a nivel mundial se expandía en forma asimétrica, según un desarrollo desigual que generaba países y sociedades metropolitanas y dependientes, cuyas diferencias no sólo son de grado –es decir: cuantitativas, mayor o menor cantidad de capitalismo y desarrollo— sino que son diferencias cualitativas.

Santucho adopta esta tesis de Lenin, y plantea que el desarrollo interno del capitalismo argentino también es notoriamente desigual y

³⁶ Cfr. Francisco René Santucho: “*Lucha de los pueblos indoamericanos*”. En *Norte Argentino*, 1963.

origina zonas metropolitanas y zonas periféricas y/o dependientes. O sea que no es lo mismo el desarrollo del capitalismo en la Mesopotamia que en el Noroeste. Así, por ejemplo, en el folleto *“El proletariado rural detonante de la revolución argentina”*³⁷ se sostiene que: *“El imperialismo, al introducirse como factor estructural en el desarrollo de la economía argentina promoviendo la pseudoindustrialización, ha acentuado los desniveles regionales, al desarrollar unilateralmente la zona portuaria en detrimento del Interior”*.

Obviamente, este tipo de caracterización se basaba en la teoría del desarrollo desigual de Lenin.

Así como Lenin defendía la tesis de que la explosión iba a surgir en “el eslabón más débil de la cadena imperialista”, Santucho planteaba, por analogía, que en la revolución argentina el factor detonante era el proletariado azucarero. En su análisis, el capitalismo del noroeste era, de alguna manera, “el eslabón más débil” dentro del capitalismo argentino.

Y también, junto a las categorías clásicas de Lenin, en el PRT se adoptaron en determinado momento categorías de León Trotsky quien, en su *Historia de la Revolución Rusa*, plantea una hipótesis que denomina “ley del desarrollo desigual y combinado”. ¿En qué consiste? Pues en que nunca existen países y sociedades capitalistas absolutamente homogéneas, compactas, con un solo modo de producción. En realidad hay relaciones sociales de distintos modos de producción, que están combinadas entre sí. Algunas predominan sobre otras, pero están combinadas. Puntualmente, Trotsky sostiene que: *“Azotados por el látigo de las necesidades materiales, los países atrasados vense obligados a avanzar a saltos. De esta ley universal del desarrollo desigual de la cultura se deriva otra que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos de ley del desarrollo desigual y combinado, aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino y a la confusión de distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernas”*. Trotsky la denomina “ley” pero en realidad –pensamos nosotros– habría que denominarla teoría del desarrollo desigual y combinado, ya que conjuga diversas hipótesis sobre el desarrollo histórico.

Entonces,– una vez superado el atractivo del APRA y el indigenismo, a los que habría que agregar la influencia inicial de la Reforma Universitaria y de varios intelectuales que realizan conferencias en la librería de Santiago del Estero, dirigida por Francisco René – en el pensamiento político de la dirección del PRT en general, y de Mario Roberto Santucho en particular, se conjugan las categorías sociológicas de Silvio Frondizi, las historiográficas de Milcíades Peña, la teoría del marxismo revolucionario clásico de Lenin y Trotsky y, por supuesto, la enorme influencia de la revolución cubana y la revolución vietnamita.

A todas estas influencias las tamizó, en el caso del PRT argentino, el guevarismo y el castrismo, así como también el pensamiento político de Ho Chi Minh y Giap.

La ruptura con Nahuel Moreno

Para poder amalgamar y tratar de fusionar lecturas tan diversas (desde las enseñanzas de Lenin y Trotsky en Rusia hasta las de Fidel y el

³⁷ Tesis políticas del FRIP, editadas en 1964 en el periódico *Norte Argentino*. La mayoría de los textos del PRT citados han sido consultados de la excelente antología realizada por Daniel De Santis: *A vencer o morir. PRT-ERP Documentos*. Bs.As., EUDEBA, 1998 (tomo I) y 2000 (Tomo II).

Che en Cuba, pasando por la de Mao en China, Ho Chi Minh y Giap en Vietnam), Santucho tuvo que romper amarras con su principal socio en la fundación del PRT: Nahuel Moreno. Éste condensaba un arco iris ideológico, habitual en la izquierda tradicional: la trágica conjunción de retórica presuntuosa e inflamada, pretendida ortodoxia doctrinaria y reformismo práctico y mundano.

En el caso de Moreno, ese cóctel estaba condimentado por un oportunismo extremo que lo llevó a reivindicarse desde “peronista” (en su época de entrismo en el peronismo) hasta exactamente lo opuesto: profundamente antiperonista. Todo en solución de continuidad, sin que mediara, jamás, entre un extremo y otro, la más mínima autocrítica o explicación a sus militantes de semejantes zigzagueos y bandazos. Lo que legitimaba y daba “coherencia” a semejante oscilación permanente, era una concepción política estratégica sustentada en: (a) la absolutización de la lucha sindical (aquella que Lenin impugnaba por su economicismo), (b) la obsesión por no quedar al margen de ninguna participación electoral – incluso cuando ésta estuviera deslegitimada ante las masas populares— y, a largo plazo, (c) la perspectiva del espontaneísmo insurreccionalista.

La ruptura entre Santucho y Moreno se produce en febrero de 1968, en vísperas del IV Congreso del PRT. Formalmente, responde a la inasistencia de Moreno al IV Congreso del partido, al ser consciente de que sus posiciones políticas habían quedado en minoría frente a las de Santucho, tanto en las regionales de la organización como en su comité central. Pero, en realidad, la razón de fondo que explica esa ausencia se origina en la negativa de Moreno a llevar a la práctica el discurso que prometía iniciar la lucha armada en la Argentina.

A partir de ese quiebre, Moreno comienza a editar el periódico *La Verdad*, que le otorga el nombre a la nueva organización denominada PRT-*La Verdad*; mientras Santucho edita *El Combatiente*. El pensamiento mayoritario dentro de la organización (desde la fusión FRIP-Palabra Obrera de 1965), afín a las posiciones de Santucho, se expresa en el IV Congreso del PRT-*El Combatiente*.

Uno de los documentos teóricos capitales, no sólo de la historia “interna” del PRT sino también del conjunto del guevarismo en la Argentina, donde se encuentra la particular síntesis e interpretación de los clásicos del marxismo ensayada por esta corriente, es *El único camino hacia el poder obrero y el socialismo* [marzo de 1968], conocido entre los militantes como “el librito rojo” por el color de sus tapas y, probablemente, por una analogía con el famoso texto de Mao Tse Tung.

Todo es ilusión, menos el poder

Este trabajo, eje de aquel IV Congreso posterior a la ruptura con Moreno, tiene como autores a tres miembros de la organización, entre los cuales se encuentra Santucho. Resulta más que plausible que la mayoría de sus ideas principales pertenezcan a Robi.

El primer capítulo, titulado “El marxismo y la cuestión del poder”, ubica en el centro de la discusión aquella cuestión que estuvo ausente en las distintas corrientes de la izquierda tradicional argentina, por lo menos desde los levantamientos anarquistas –sangrientamente reprimidos— de principios de siglo. Junto a la cuestión del poder, allí se analiza el problema de la estrategia revolucionaria en los clásicos del marxismo.

La reflexión se abre con una toma de posición metodológica. En el análisis del país y su sociedad se debe partir de la categoría dialéctica más omnicomprendensiva: la situación del capitalismo mundial y la lucha revolucionaria internacional para, a partir de allí, avanzar hacia el estudio de la relación de fuerzas entre las clases sociales, tanto a nivel nacional como internacional. Ésa era la recomendación de Marx en sus borradores de *El Capital* (los *Grundrisse*), cuando afirma que la categoría dialéctica más concreta (porque encierra en su seno la mayor cantidad de determinaciones) es el mercado mundial. (Aunque en la exposición lógico dialéctica de Marx esta categoría resulta el punto de llegada, en toda investigación sobre el capitalismo debería constituir el punto de partida, ya que el capitalismo conforma un sistema mundial).

No otra era la posición de Antonio Gramsci, cuando en el N°13 de sus *Cuadernos de la cárcel* proponía –siguiendo puntualmente a Lenin— estudiar el análisis de las situaciones políticas y las relaciones de fuerzas sociales, partiendo de la situación internacional.

Ese mismo problema metodológico reaparecerá posteriormente, en la discusión de 1970-1971 entre el PRT y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). La posición de las FAR, defendida por Carlos Olmedo [1944-1971], quien seguía al pie de la letra la teoría nacionalista de las “causas internas” de Rodolfo Puiggrós (éste la había desarrollado en la Introducción de 1965 a su célebre *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*), reclamaba comenzar el análisis por la Argentina para luego remontarse hacia lo internacional. La posición del PRT, que prolongaba el análisis del Che en su “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, proponía una mirada global sobre el conflicto con el imperialismo. La lucha nacional, país por país, era parte de una batalla mayor, de carácter antimperialista e internacional. De este modo, el PRT le respondía a Olmedo –cabe aclarar que Santucho mantenía por Olmedo un gran aprecio personal, según le confiesa en una carta enviada desde la cárcel a su primera compañera Ana Villarreal— que el marxismo no es sólo un instrumento metodológico, sino también una ideología política y una concepción del mundo. En tanto método, ideología política y concepción del mundo, tiene como meta la revolución mundial y, por ello, debe analizar el capitalismo como un sistema a una escala que supere la estrechez reduccionista del discurso nacional-populista.

Después de sentar posición metodológica, el documento sobre el marxismo y la cuestión del poder del IV Congreso pasa a discutir el problema de la estrategia político-militar, núcleo de fuego de la izquierda revolucionaria.

Para hacerlo, recorre la herencia de los clásicos. Comienza por Marx y sus escritos sobre la lucha de clases en la Europa urbana del siglo XIX. Principalmente, sobre las barricadas de París, tanto en 1848 como en 1871. La estrategia de Marx apostaba a una acción insurreccional de la clase obrera, rápida y violenta, en las grandes ciudades, teniendo como meta el derrocamiento del Estado.

Luego, se analiza la Introducción de Engels de 1895 a *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Introducción que ha sido considerada, habitualmente, como “el testamento político” de Engels. En ese texto, el compañero de Marx dejaba sentado que la barricada urbana y la lucha de calles habían perdido efectividad frente a los avances de la técnica militar y las reformas urbanísticas (el trazado de las grandes avenidas, por ejemplo, por donde podía desplazarse rápidamente el ejército).

La socialdemocracia internacional censuró ese documento de Engels. En 1895, G.Liebknicht publicó en el periódico *Vorwärts* [Adelante], órgano central del Partido Socialdemócrata alemán, varios fragmentos entrecortados donde Engels aparecía, según el autor del documento le confesó a Paul Lafargue en una carta, “como un pacífico adorador de la legalidad a toda costa”. A pesar de la censura del partido alemán y de la posterior queja de Engels, los principales ideólogos de la socialdemocracia adoptaron este texto como caballito de batalla para insistir con el parlamentarismo. Engels señalaba, acertadamente, el problema que se abría para el movimiento obrero. Pero no aportaba una solución. Casi inmediatamente después de escribirlo (y de quejarse por la censura de la que fue víctima) Engels se muere, dejando sin respuesta estratégica al movimiento obrero mundial.

A contramano de la socialdemocracia alemana y de todo el reformismo que tenía a esta última como faro y luz, en Italia Antonio Gramsci utilizó ese mismo texto de Engels para pensar la revolución pasiva en Europa Occidental. El gran cerebro italiano, partiendo del “testamento” de Engels, intenta desentrañar las modernizaciones “desde arriba”, desarrolladas en Alemania por Bismarck y en Francia por Luis Bonaparte. En estas “revoluciones desde arriba”, impulsadas por el Estado burgués, que cambia algo para que nada cambie, neutralizando de este modo la rebelión popular y apropiándose de los reclamos y reivindicaciones “de abajo”, Gramsci visualiza un problema extremadamente difícil de resolver. Para poder enfrentar eficazmente y derrotar estas “revoluciones pasivas”, en sus *Cuadernos de la cárcel* Gramsci propone cambiar la estrategia revolucionaria de la clase obrera: pasar de la revolución permanente y la guerra de maniobra a la guerra de posiciones. Esto para las sociedades capitalistas de Europa occidental. ¿Y en las capitalistas periféricas, que forman parte del Tercer Mundo? ¿Y en las capitalistas coloniales, semicoloniales y dependientes? ¿Y en las de América Latina? Aunque en sus *Cuadernos de la cárcel* realiza algunas breves observaciones sobre la estrategia política de la guerra de guerrillas en sociedades agrarias y atrasadas (tomando como ejemplo a los combatientes irregulares balcánicos o los grupos irlandeses, etc), Gramsci deja abierto el problema e irresueltos sus interrogantes.

Santucho y sus compañeros parten de este problema central que atraviesa el núcleo político de la teoría revolucionaria. Al igual que Gramsci, comienzan por el desafío que Engels les deja pendiente a los revolucionarios del siglo XX. De igual modo que el italiano, no se resignan a dar por sepultado el fin de las revoluciones, para abrazar alegremente el Parlamento. Pero, como Santucho forma parte del marxismo latinoamericano, y el terreno social en el que se mueve su corriente guevarista es el Tercer Mundo, se esfuerza por resolver la incógnita del viejo Engels desde un ángulo distinto al predominante en Europa Occidental.

Por eso Santucho y sus compañeros fijan su atención en una serie de textos de Lenin, habitualmente desatendidos, soslayados, u “olvidados” por las distintas corrientes de la izquierda tradicional. El principal de todos es “La guerra de guerrillas”³⁸.

³⁸ “La guerra de guerrillas” fue escrito por Lenin después de la insurrección rusa de 1905. Fue publicado por primera vez en *Proletari* N°5, el 13/X/1906. En Argentina, este texto curiosamente “olvidado” por los apresurados impugnadores del supuesto “foquismo”, vio la luz –es probable que por primera vez– en 1945. Véase la antología *La lucha de guerrillas a la luz de los clásicos del marxismo-leninismo*. Bs.As., Lautaro, septiembre de 1945.

En estos textos “malditos”, Lenin afirma que: “La cuestión de las operaciones de guerrillas interesa vivamente a nuestro Partido y a la masa obrera. [...] La lucha de guerrillas es una forma inevitable de lucha en un momento en que el movimiento de masas ha llegado ya realmente a la insurrección y en que se producen intervalos más o menos considerables entre «grandes batallas» de la guerra civil. [...] Es completamente natural e inevitable que la insurrección tome las formas más elevadas y complejas de una guerra civil prolongada, abarcando a todo el país, es decir, de una lucha armada entre dos partes del pueblo”. Más adelante, agrega: “La socialdemocracia [Lenin utiliza en esos años –1906— el término “socialdemocracia” para referirse al partido revolucionario. Nota de N.K.] debe, en la época en que la lucha de clases se exagera hasta el punto de convertirse en guerra civil, proponerse no solamente tomar parte **en esta guerra civil** [subrayado de Lenin], sino también desempeñar la función dirigente. La socialdemocracia debe educar y preparar a sus organizaciones de suerte que obren como una **parte beligerante** [subrayado de Lenin], no dejando pasar ninguna ocasión de asestar un golpe a las fuerzas del adversario”. En el mismo registro, sostiene que: “El marxista se coloca en el terreno de la lucha de clases y no en el de la paz social. En ciertas épocas de crisis económicas y políticas agudas, la lucha de clases, al desenvolverse, se transforma en guerra civil abierta, es decir en lucha armada entre dos partes del pueblo. En tales períodos, el marxista está **obligado** [subrayado de Lenin] a colocarse en el terreno de la guerra civil. Toda condenación moral de ésta es completamente inadmisibile desde el punto de vista del marxismo. En una época de guerra civil, el ideal del Partido del proletariado es el **Partido de combate** [subrayado y mayúscula de Lenin]”.

Después de recorrer estos pasajes (que constituyen apenas una pequeña parte de su reflexión sobre este tema), a un lector desprejuiciado le surgen los siguientes interrogantes: ¿acaso será Lenin un ingenuo apologista del “foquismo”...? ¿Quizás un guevarista *avant la lettre*...?

Todos estos papeles y trabajos políticos de Lenin abundan en idénticas reflexiones. Son duros, contundentes, taxativos. No dan pie para la ambigüedad. No utilizan el marxismo como un recetario decorativo, sino

pp.71-86. Esta edición del Partido Comunista argentino, seguramente respondía a la euforia que vivió esta corriente ante la victoria soviética (guerrillas incluidas...) sobre los nazis. Sin embargo, a pesar de haberlo publicado, nunca se tomó como eje de lo que se consideraba oficialmente como sinónimo de “leninismo”. Más tarde, esta misma corriente traduce del ruso y publica las *Obras Completas* de Lenin. Con el tomo N°11 de estas últimas (volumen que incluye los textos sobre la guerra de guerrillas, posteriormente analizados por Santucho) sucede algo singular. Con esos materiales, los editores del comunismo argentino toman la decisión de publicar, al mismo tiempo, dos libros distintos. Por un lado, publican el mencionado tomo N°11, como parte de las *Obras Completas*, con el mismo formato y la misma tapa (fondo naranja, con la fotografía de Lenin en gris) que el resto de la colección. Por otro lado editan, al mismo tiempo, en un volumen separado: Lenin: *Las enseñanzas de la insurrección y la guerra de guerrillas*. Bs.As., Ediciones Estudio, 1960 [Se trata de la reproducción exacta del tomo N°11 de las *Obras Completas*, impreso el mismo día y en la misma imprenta, pero editado al mismo tiempo con otro título y otro sello editorial]. Exceptuando algunos pocos trabajos económicos suyos sobre el imperialismo, esta operación editorial no se volvió a repetir nunca en Argentina con ningún otro escrito de Lenin.

como un instrumento de análisis para intervenir en la lucha de clases, desarrollar la guerra civil y, en ella, encaminar a los sectores populares hacia la victoria.

¿Qué conclusión extrajeron Santucho y sus compañeros de estos trabajos políticos de Lenin? Ellos destacaron que es el máximo dirigente bolchevique quien le encuentra resolución al problema abierto y planteado por el último Engels. En la lectura e interpretación de Santucho, la respuesta de Lenin saca al movimiento revolucionario del callejón sin salida donde lo había puesto la socialdemocracia. En su óptica, Lenin tiene la virtud de haber descubierto las vías para una nueva estrategia política. Ésta permitiría superar los obstáculos y dificultades, presentados a toda insurrección urbana rápida, por los avances de las nuevas tecnologías militares empleadas por las fuerzas represivas de la burguesía y sus nuevas reformas urbanísticas. Esa nueva estrategia política, descubierta por Lenin a partir de las enseñanzas de la insurrección de 1905, consiste en: la guerra civil prolongada, la lucha entre dos partes del pueblo, la construcción de un partido y un ejército revolucionarios, templados ambos en las grandes batallas y los pequeños encuentros.

“El marxismo y la cuestión del poder” resume su atenta y detallada lectura sobre estos materiales teóricos del máximo dirigente bolchevique, del siguiente modo: *“Lenin es el descubridor y el propulsor de la guerrilla urbana”*.

A continuación, el documento base del IV Congreso hace un balance y un beneficio de inventario de los aportes de León Trotsky y Mao Tse Tung a la teoría revolucionaria.

Aunque le reprochan a Trotsky *“la ausencia de una clara estrategia de poder”* para los países atrasados, *“agrarios, coloniales y semicoloniales”*, destacan aquellos pasajes del *Programa de transición* donde Trotsky reclama y promueve *“el armamento del proletariado”*.

En cuanto a Mao, resaltan su concepción de la *“lucha armada permanente dirigida por el partido, la guerra civil prolongada y guerra de guerrillas”*.

De igual manera, evalúan que *“tanto Mao como los vietnamitas distinguen cuidadosamente, como lo hiciera Lenin, lucha armada de insurrección general”*.

En conjunto, Santucho y sus compañeros tratan de romper la dicotomía y el enfrentamiento habitual de trotskistas y maoístas. Por eso, advierten que *“para nosotros, desde la muerte de Lenin y posterior consolidación del stalinismo, no hubo una sola corriente que mantuvo vivas las tradiciones y concepciones marxistas-leninistas, sino dos. No fue sólo Trotsky y el trotskismo quien conservó y desarrolló el marxismo revolucionario frente a la degeneración stalinista. [...] Similar rol jugó Mao Tse Tung y el maoísmo”*.

El balance concluye planteando, heréticamente, que: *“Hoy, la tarea teórica principal de los marxistas revolucionarios, es fusionar los aportes del trotskismo y el maoísmo en una unidad superior que significará un retorno pleno al leninismo”*.

En la última parte de esta recorrida histórica por los clásicos, el documento del PRT se centra en el núcleo duro de su identidad política latinoamericana: el castrismo-guevarismo. En esta cuestión, Santucho aclara, presuroso, que *“no hacemos distinción alguna entre castrismo y guevarismo, porque la distinción es falsa”*.

Polemizando, una vez más, con Moreno, Santucho intenta sintetizar la estrategia de la revolución cubana. Ésta no consistía, como pensaba el

morenismo, en una visión empírica hecha sobre la marcha, sino en una perspectiva de alcance mundial. Para Santucho, esa estrategia mundial está resumida en el “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental” del Che. Lo fundamental de dicha estrategia residiría en “*la revolución socialista y antimperialista en los territorios dependientes*”. Una perspectiva que, en aquellos años, emanaba de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad, reunida en La Habana en 1967). Santucho aprovecha esta elucidación para recalcar que “*el castrismo otorga mayor importancia que el maoísmo a la lucha urbana*”. A eso se agregaría – siempre desde su interpretación del castrismo- la necesidad de desarrollar una revolución continental a partir de revoluciones nacionales y regionales, mediante la guerra prolongada. Finalmente, destaca que allí donde no existan fuertes partidos revolucionarios habrá que crearlos como fuerzas militares desde el comienzo, ligando todo el tiempo la lucha política y la lucha político-militar.

Después de haber comenzado con el punto de vista metodológico y de haber ido analizando las experiencias del pasado, desmenuzando el itinerario de la estrategia de poder en Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Mao, Ho Chi Minh, Fidel y el Che Guevara, Santucho y sus compañeros del PRT se abocan al debate específico sobre la estrategia de poder en la Argentina. Ésa era, centralmente, la finalidad de este largo recorrido: el análisis concreto de la realidad concreta.

Su estrategia política de poder caracteriza a nuestro país como una sociedad capitalista semicolonial y dependiente. A partir de este diagnóstico sociológico y económico, infiere que la revolución pendiente debe ser socialista y antimperialista, al mismo tiempo, entendiendo ambas como tareas y fases de un proceso permanente e ininterrumpido. El documento concluye analizando las bases sociales en los que se apoyaba la estrategia de guerra revolucionaria prolongada: primero civil, al estar determinada por el enfrentamiento entre dos partes del propio pueblo argentino, y luego nacional-antimperialista, ante la previsible invasión norteamericana.

Apenas un año después del IV Congreso, se producen el Cordobazo, el Rosariazo y otros “azos”. El pueblo argentino se pone de pie contra la dictadura del general Onganía. El PRT acompaña y promueve ese proceso, realizando su V Congreso en 1970, donde se funda y nace el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo). Entre un congreso y otro (el IV y el V), en el partido termina por consolidarse la corriente liderada por Santucho (denominada “tendencia leninista”), por sobre otras dos: la “tendencia proletaria” (morenista) y la “tendencia comunista” (neo-morenista), ambas, con mayores afinidades y empatías con la estrategia espontaneísta, insurreccionalista y, en última instancia, sindicalista de Nahuel Moreno.

La política y la guerra

Leído todo este proceso político desde una óptica actual, desde nuestros días, y desde la remanida polémica sobre el supuesto “foquismo” de la izquierda revolucionaria guevarista, resulta sugerente prestarle atención al documento teórico de la fundación del ERP. Las posiciones políticas de este documento se nutren de toda la tradición clásica del marxismo, que a su vez provienen de Clausewitz y Maquiavelo.

Porque, a principios del siglo XVI, el teórico florentino Nicolás Maquiavelo sostenía en *El príncipe* y en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* que para unificar Italia como una nación moderna,

había que derrotar el predominio de Roma – El Vaticano – y también había que terminar con la proliferación de bandas armadas locales, los célebres *condottieri* [combatientes mercenarios]. Maquiavelo propone la formación de una fuerza militar republicana completamente subordinada al príncipe, es decir, al poder político. **¡Es la política, según Maquiavelo, la que manda sobre lo militar y no al revés!**. Más tarde, a inicios del siglo XIX, el teórico prusiano Karl von Clausewitz vuelve a prolongar aquel pensamiento defendiendo que “*la guerra es la continuación de la política por otros medios*” (en su libro *De la guerra*). A inicios del siglo XX, más precisamente en su exilio suizo durante la primera guerra mundial (entre 1915 y 1916) Lenin, mientras estudia la *Ciencia de la Lógica* de Hegel, lee y anota detenidamente *De la guerra* de K.v.Clausewitz.

El principal líder de la revolución rusa no es el único marxista en este sentido. Antonio Gramsci, en sus *Cuadernos de la cárcel*, más precisamente a inicios de la década de 1930, redacta el ya mencionado “*Análisis de situación y relaciones de fuerza*”. Allí sostiene que la lucha político-militar y la guerra constituyen un momento superior de las relaciones de fuerzas políticas, que enfrentan en una situación revolucionaria a las clases y fuerzas sociales.

Exactamente lo mismo podría plantearse del pensamiento de Mao Tse Tung, León Trotsky, Ho Chi Minh, Vo Nguyen Giap y, desde luego, Fidel y el Che.

Por lo tanto, en toda esta extendida tradición de pensamiento político, que se remonta a la herencia republicana de Maquiavelo y, a través de la reflexión de Clausewitz, es adoptada por los clásicos del marxismo, **la lucha político-militar es la prolongación de la política, ¡no al revés!**.

De manera análoga podría recorrerse el extenso itinerario del pensamiento político y militar de nuestras guerras de independencia y liberación latinoamericanas. Desde San Martín, Bolívar y Artigas hasta José Martí, Emiliano Zapata, Augusto César Sandino y Farabundo Martí.

Pues bien, en los documentos de la fundación del ERP también aparece en primer plano **un análisis político** de donde se deduce la necesidad de **la lucha político-militar y no al revés...**

Después de años y años de propaganda burguesa y del intento de demonización de todo este pensamiento político, resulta imperioso volver a insistir en esta problemática.

Para poder desmontar la estrategia de descalificación de esa generación (a la que se le puso un cartelito que decía más o menos así: “Demonios subversivos” o también “Demonios terroristas”), tenemos que volver a pensar, detenidamente, estas cuestiones.

Por ello resulta interesante centrar la atención en una parte de esos documentos históricos de fundación del ERP. Porque los que no vivimos aquella época nos sorprendemos cuando encontramos allí algo completamente inesperado... **En esos documentos políticos aparece una crítica muy fuerte y explícita contra el foquismo...** y contra Régis Debray.

La crítica a Debray y al foquismo

¿Quién es Régis Debray? Debray era un joven estudiante francés, discípulo del filósofo Louis Althusser, que vino a Latinoamérica y después escribió un artículo muy largo, en la famosa revista *Les Temps Modernes* de Jean Paul Sartre: “El Castrismo: la larga marcha de América Latina”. Este

artículo les gustó mucho a los cubanos. Lo invitaron a Cuba, y ahí, en la isla, escribe después un texto que pretende ser algo así como la “síntesis teórica” de la revolución cubana. En realidad era una versión manualizada, codificada y simplificada hasta el extremo. Un texto que hoy en día se utiliza para criticar a la revolución cubana y para denostar todo lo que esté asociado al Che Guevara.

El texto de Debray se titula: *¿Revolución en la Revolución?*. Allí realiza una versión totalmente parcial y unilateral de la revolución cubana. Sostiene, entre otras cosas, que en Cuba no hubo casi lucha urbana, que solamente hubo lucha rural, que la ciudad era burguesa mientras que la montaña era proletaria y que, por lo tanto, la revolución surge de un foco, de un pequeño núcleo aislado. Así, de este modo, Debray hace la canonización y la codificación de la revolución cubana en una receta muy esquemática que se conoce como “la teoría del foco”. Esta versión de Debray de la revolución cubana es muy utilizada hoy en día para ridiculizar y fustigar la teoría política del guevarismo...aún cuando el mismo Debray ya no tiene nada que ver con esta tradición, pues pasó a las filas de la socialdemocracia – en el mejor de los casos y siendo indulgentes con él... -.

Es cierto que la temática del “foco” está presente en los escritos del Che pero de una manera muy diferente a la receta simplificada que construye Debray. Nosotros creemos que en el Che los términos “foco” y “catalizador” –con los que el Che hace referencia a la lucha político-militar de la guerrilla–, tienen un origen metafórico proveniente de la medicina (la profesión original del Che). El “foco” remite al...foco infeccioso que se expande en un cuerpo humano. El “catalizador”, en la química, es el nombre de un cuerpo capaz de motivar un cambio, la transformación catalítica.

Pero, más allá de su origen metafórico, está muy claro que en el pensamiento político de Guevara la concepción de la guerrilla está siempre vinculada a la lucha de masas. Concretamente, el Che sostiene que: *“Es importante destacar que la lucha guerrillera es una lucha de masas, es una **lucha del pueblo** [...] Su gran fuerza radica en la masa de la población”*³⁹. Más tarde, el Che vuelve a insistir con este planteo cuando reitera: *“La guerra de guerrillas es una guerra del pueblo, es **una lucha de masas**”*⁴⁰.

Pero Guevara no se detiene allí. Comentando el libro del célebre estratega vietnamita Giap, *Guerra del pueblo, ejército del pueblo*, el Che destaca una y otra vez un elemento fundamental para la victoria del pueblo vietnamita: *“las grandes experiencias **del partido en la dirección de la lucha armada y la organización de las fuerzas armadas revolucionarias** [...] Nos narra también el compañero Vo Nguyen Giap, **la estrecha relación que existe entre el partido y el ejército**, cómo, en esta lucha, **el ejército no es sino una parte del partido dirigente de la lucha**”*.

De este modo, a diferencia de Debray, el Che le otorga un lugar central a la lucha política, de la cual la lucha armada no es sino su prolongación sobre otro terreno. Allí, siempre comentando a Giap, Guevara vuelve a insistir, casi con obsesividad, en que: *“La lucha de masas fue utilizada durante todo el transcurso de la guerra por el partido vietnamita. Fue utilizada, en primer lugar, porque **la guerra de guerrillas no es sino***

³⁹ Cfr. Ernesto Che Guevara: *La guerra de guerrillas* (1960). En E. Guevara. *Obras*. Obra citada.

⁴⁰ Cfr. Ernesto Che Guevara: “La guerra de guerrillas: un método”, artículo publicado en *Cuba Socialista*, septiembre de 1963.

una expresión de la lucha de masas y no se puede pensar en ella cuando está aislada de su medio natural, que es el pueblo".

¿De qué modo Debray pudo eludir este tipo de razonamientos centrales y determinantes del pensamiento político del Che? Pues construyendo **un relato de la revolución cubana donde desaparecen, como por arte de magia, las tradiciones políticas previas y toda la lucha política anterior de Fidel Castro y sus compañeros.**

Si se vuelven a leer los textos "foquistas" de Debray treinta años después, el lector no encontrará, inexplicablemente, ninguna referencia a la historia política cubana anterior ni a la lucha política previa, que derivan en el inicio de la lucha armada contra Batista. Pareciera que para Debray, observador europeo proveniente del PC francés, recién llegado a América latina –en aquella época fascinado con Cuba y las guerrillas, luego con la socialdemocracia y hoy vaya uno a saber con qué– la invasión del Granma y el Ejército Rebelde nacen *ex nihilo*, no como fruto de la radicalización política de un sector juvenil proveniente del nacionalismo radical y antimperialista latinoamericano y de la propia historia política cubana.

Además, cuando Debray pretende esquematizar y teorizar la lucha revolucionaria cubana defendiendo a rajatabla la tesis de "la inexistencia del partido" tiene en mente y está pensando en la ausencia, dentro de la primera dirección guerrillera, del viejo Partido Socialista Popular (el antiguo PC cubano, símil del PC francés en el que se formó Debray). Un lector actual de los escritos de Debray no puede dejar de preguntarse: ¿pero acaso el Movimiento 26 de julio –quien dirigía la lucha armada– no constituía un partido? ¿Acaso Fidel Castro y los asaltantes del Moncada no provenían de la lucha política?

Para Debray las advertencias del Che sobre las luchas de masas y la relevancia de la organización política eran sólo... detalles insignificantes. No les dio ninguna importancia. Por eso construyó una visión caricaturesca de la lucha armada que, lamentable y trágicamente, fue posteriormente atribuida –post mortem– al Che...

Según recuerda el ya mencionado Pombo [Harry Villegas Tamayo] al Che Guevara no le gustó *¿Revolución en la Revolución?* de Debray. Lo leyó cuando estaba en Bolivia (pues se publicó en 1967) y le hizo comentarios críticos a su autor.

Aún cuando nunca sepamos qué le criticó puntualmente Guevara al intelectual francés, ya en aquella época dos militantes cubanos salieron públicamente a criticar la caricatura "foquista" de Debray⁴¹. Estos dos compañeros cubanos le critican abiertamente a Debray -ino ahora, en el siglo XXI, sino en 1968!- el haber simplificado la revolución cubana, el haberla convertido en una simple teoría del "foco" y el no haber visto en ella que junto a la guerrilla, en las ciudades luchaba la juventud, el movimiento obrero, el movimiento estudiantil, etc. En suma, le cuestionaban -en particular- el total desconocimiento de la lucha urbana y -en general- la total subestimación de la lucha política, base de sustentación de toda lucha político militar. Esta es la principal crítica a la teoría del "foco" realizada en aquella época por los propios cubanos.

Por supuesto que, en la derecha, nadie se toma el trabajo de reconstruir todas esas críticas. Simplemente, se "entierra" y se sepulta, rápidamente, a los revolucionarios por ser "foquistas"...

⁴¹ Simón Torres y Julio Aronde (posiblemente dos seudónimos de colaboradores del comandante Manuel Piñeiro Losada, alias "Barbarroja"): "Debray y la experiencia cubana". En *Monthly Review* N° 55, año V, octubre de 1968. pp.1-21.

En el nacimiento del ERP en la Argentina, encontramos una crítica muy inteligente y muy sugerente a Régis Debray y al “foquismo”, a la errónea subordinación de la lucha política a la lucha militar. Esta crítica de Santucho pasó desapercibida. Todavía hoy, se le atribuyen “foquismo” y/o “militarismo”. Como si la decisión de desarrollar en Argentina una lucha político-militar y una confrontación radical contra la dictadura militar, hubiese sido en la mente de Santucho y sus compañeros un delirio irracional y mesiánico y una subestimación del análisis específicamente político.

Tanto al Che Guevara como a Santucho siempre se los acusó de lo mismo: “bienintencionados, idealistas y abnegados” pero... “foquistas” y “militaristas”. Sin embargo, en la propia fundación del ERP se hace una crítica muy dura al foquismo y se genera una crítica inteligente al militarismo. Porque una de las tesis centrales de Régis Debray consiste en que no hace falta formar una organización política, un partido revolucionario. Solamente -plantea Debray-, hay que instalar un foco guerrillero... No hace falta, previamente, la lucha política ni la lucha ideológica, sino tan sólo la lucha militar... Eso es el foquismo, eso es el militarismo.

En 1970, cuando se funda el Ejército Revolucionario del Pueblo⁴², vuelve a plantearse que el eje prioritario debe ser siempre construir una organización política y, desde ahí, plantearse la lucha político-militar. **Pero el eje debe ser la política.** No puede haber confrontación político-militar ni lucha político-militar si no es a partir de un análisis específicamente **político**. Esta es la tradición de los clásicos del marxismo que se remonta a Clausewitz y, todavía más atrás, a los escritos de Nicolás Maquiavelo.

En los documentos de aquella fundación, defendiéndose de la acusación de “foquismo” que le habían dirigido los “neomorenistas” dentro del PRT, Santucho plantea lo siguiente: *“En cuanto a lo de la determinación de foquismo por el tamaño de la unidad con que se empieza a combatir, es francamente ridículo. **La cuestión del foquismo o guerra revolucionaria es un problema de política, no de número de combatientes. Si se pretende iniciar la lucha basada únicamente en la geografía, se evita el contacto con la población y se pretende enfrentar al enemigo con sólo la fuerza militar con que se cuenta; si se ignoran las necesidades del Partido Revolucionario, estamos en presencia de una desviación foquista. Si en cambio se comprende claramente que **la fuerza fundamental de la guerrilla es el apoyo de la población** y la geografía sólo un auxiliar; si se permanece **lo más ligado posible a las masas**; si se cuenta con una política de masas correcta; si se orienta la actividad militar con un punto de vista de masas; si se comprende que lo principal es el Partido, se garantiza su dirección de la guerrilla y se trabaja firmemente por construirlo y desarrollarlo, estamos en presencia de una línea leninista de guerra revolucionaria”.***

Desde este ángulo, Santucho le critica a Debray la supuesta primacía que el francés atribuye al “factor geográfico”⁴³. Pensar que de la geografía

⁴² “Resoluciones del V Congreso del PRT. Fundación del ERP” (29 y 30 de julio de 1970).

⁴³ En cuanto al tema del foquismo, cinco años más tarde, en julio de 1975, durante la reunión del Comité Central ampliado del PRT –que, como evocación, se denominó “Vietnam liberado”— Santucho continuaba polemizando, obsesivamente, contra él. En esa oportunidad, lo calificaba como movimiento *“inmaduro, alejado del leninismo. Los esfuerzos [del foquismo] se realizan en la lucha armada, **aislada del movimiento general de las masas**”.* En Argentina, esos eran precisamente los tiempos

se deduce una estrategia política...constituye un enorme error. En realidad no es así..., ni fue así la revolución cubana, ni ninguna revolución latinoamericana. La geografía no determina la lucha política. Cuando se encuentra escrita esta afirmación no sucede nada, pero en política ese tipo de errores cuesta la vida de mucha gente, de muchos compañeros valiosos, de muchos revolucionarios.

Las elecciones y la disputa por la herencia teórica de Lenin

Desde su nacimiento de 1970 en adelante, a pesar de la represión feroz que eliminó muchos de sus cuadros y militantes, el PRT-ERP creció en forma vertiginosa. Paralelamente, se produjo el “viborazo” [levantamiento popular en Córdoba, en 1971, contra la dictadura militar], lo cual dio mayor impulso a la radicalización del conjunto de la izquierda argentina. Un año después, ocurrió la masacre de Trelew [asesinato de casi veinte guerrilleros desarmados que, al no haber podido escapar desde el penal de Rawson a Chile, fueron recapturados y fusilados a sangre fría].

A fines de ese año, en 1972, la dictadura de Lanusse (uno de sus generales más lúcidos) intenta frenar el creciente avance de las fuerzas populares, las organizaciones armadas de la izquierda revolucionaria y del peronismo combativo, mediante la convocatoria a elecciones⁴⁴.

El PRT decide abstenerse, ya que ve obstaculizada la posibilidad de participar en las elecciones, llevando a Agustín Tosco, líder indiscutido del Cordobazo (y amigo personal de Santucho), como candidato independiente de la clase trabajadora y los sectores populares combativos.

Esa compleja decisión política no fue precipitada. Constituyó el punto de llegada de una extendida serie de razonamientos y pronunciamientos, todos ellos sustentados en un previo análisis político. Análisis que fue realizado mucho antes de que se conozcan las memorias, donde Lanusse reconocería, en forma explícita y sin ambigüedades, sus verdaderas intenciones. A contramano de otros sectores de la izquierda argentina, el PRT ponía en duda el proceso electoral. En su óptica, éste no garantizaría la libre expresión popular, sino que frenaría, dividiría y neutralizaría al movimiento revolucionario, aislándolo de las masas para poder aplastarlo (como finalmente ocurrió).

Ese análisis político lo encontramos, por ejemplo, en las resoluciones del comité ejecutivo de la organización, de abril de 1971. Antes de los anuncios oficiales de la dictadura, allí se sostiene que: *“Es indudable, por algunos hechos concretos, como la rehabilitación de los partidos políticos, el nombramiento de Mor Roig [político de origen radical], las declaraciones de los políticos que los han entrevistado por invitación del gobierno, que **se prepara una farsa electoral**. La dictadura, consciente de su desprestigio y expresando su temor ante el avance de la guerra revolucionaria, se ve*

de las grandes huelgas de las coordinadoras clasistas de masas.

⁴⁴ Haciendo un balance retrospectivo sobre aquel llamado a elecciones (que diversas fracciones burguesas, como era de esperar a su ideología, confundieron con el regreso a un modo de vida “normal” de la política argentina), el mismo Lanusse reconoció que esa maniobra era parte de una estrategia contra los revolucionarios (“la subversión”, en su lenguaje fascista). Recordaba Lanusse: *“Debíamos, además, ser coherentes con nuestro razonamiento. Queríamos restaurar la democracia, **quitar todo argumento a la subversión**”*. Véase General Agustín A.Lanusse: *Mi testimonio*. Bs.As., Laserre editores, 1977. p.231.

obligada a pactar con los políticos que hasta ayer repudiaba, a intentar junto con ellos la **salida de las elecciones, para poner un freno a las movilizaciones de las masas** y aislar de éstas a la vanguardia armada”.

Más tarde, en las resoluciones del comité central del PRT, de diciembre de 1972, se afirma que: “Si la táctica votada por el Comité Central logra concretarse, **nuestra intervención electoral podrá ser muy amplia, si ello no es así lo más probable es que debemos ir al boicot**, aunque con pocas perspectivas. De todas maneras en todos estos meses, hasta la farsa electoral y más allá de ella, **debemos intensificar el trabajo legal con la línea de los C. de Base, ampliar de esa manera nuestra relación con las masas**, combinar este trabajo con la propaganda armada, obtener centenares y miles de contactos, colaboradores, simpatizantes, amigos, principalmente en las barriadas pobres de las ciudades, zonas suburbanas y el campo”. En esta formulación queda sumamente claro que el PRT, al mismo tiempo que cuestionaba el proceso electoral pactado entre la cúpula militar y la gran burguesía argentina, se proponía desarrollar un trabajo político de masas, incluso en el terreno legal (a pesar de ser una organización política guerrillera). Además, allí se reconoce, abiertamente, que el camino del boicot no gozará de grandes perspectivas.

En cuanto a la caracterización de las elecciones, en la carta enviada a las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR, con quienes ya se había polemizado en 1970-71), el PRT plantea que: “**el conjunto de la burguesía pretende volver al régimen parlamentario** y de esa manera **ampliar considerablemente la base social de su dominación**, reducida estrictamente a las FFAA durante el ongiato, aislar a la vanguardia clasista y a la guerrilla, para intentar su aplastamiento militar. La ambición de la burguesía es **detener y desviar** a las fuerzas revolucionarias y progresistas en su avance, y llegar a una estabilización paralela del capitalismo argentino”⁴⁵.

En marzo de 1973, el mes de las elecciones que le dieron amplia victoria al FREJULI (un frente político apoyado tanto por grupos guerrilleros peronistas como por sectores de la gran burguesía empresarial, pasando por un amplio espectro político intermedio, que incluía desde el desarrollismo de Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio hasta un vicepresidente del Partido Conservador), el PRT realiza el siguiente análisis: “Los puntos de vista del Comité Central sobre las elecciones ya han sido explicitados en los últimos editoriales de «El Combatiente». Recibidos los informes de las regionales sobre el estado de ánimo de las masas y las perspectivas electorales, se analizó la posición que debía adoptar el Partido en esta ocasión **balanceándose entre el voto en blanco y la abstención**. Al evaluarse la posición votoblanquista, se vio que no es consistente, en cuanto no hay sectores amplios de las masas que se orienten en esa posición, por lo que no logra constituirse en una opción clara para instrumentar el repudio a la farsa electoral al propio tiempo que como no ofrece envergadura, masividad, resulta sumamente peligroso en cuanto puede dar la falsa impresión de que las fuerzas revolucionarias y anti-acuerdistas son muy minoritarias y que amplios sectores prefieren el parlamentarismo. **Estas condiciones llevaron al Comité Central a decidir la abstención**, como posición del Partido, complementada con el lanzamiento por el ERP de un volante denunciando la farsa electoral y que

⁴⁵ Véase PRT: “Carta a las FAR”. En Boletín Interno N° 36, 24 de enero de 1973. (Agradecemos a Daniel De Santis que nos haya facilitado éste y otros documentos internos de la organización).

puede ser colocado en el sobre como voto. El Comité Central hace la salvedad y **reconoce que la posición de abstención adoptada no es la más correcta, si no la opción a que la organización se vio obligada por el déficit en el trabajo legal** que impidió se lograra la activa línea intervencionista que hubiera sido más eficiente para dificultar las maniobras del enemigo y lograr el máximo aprovechamiento de los resquicios legales. [...] El Comité Central reivindica finalmente la posición adoptada como marxista-leninista, en cuanto se adecua a la situación concreta, pues si bien las enseñanzas bolcheviques indican que ante un proceso electoral sólo caben las tácticas de boicot activo o participación, ello debe entenderse como las herramientas tácticas a esgrimir para convertir la elección burguesa en un pilar más de una estrategia de poder revolucionaria. Más, cuando no se han logrado como en este caso tales herramientas, lo que hace imposible una táctica correcta que se compagine con la estrategia de poder, es legítima la adopción de una línea abstencionista y propagandista como la nuestra, aferrada a las concepciones estratégicas y **reconocedora de los déficits y errores tácticos cometidos**. Intervenir siempre y por principio en toda elección para “no perder el voto” o “apoyar el mal menor”, son puntos de vista oportunistas, ajenos al marxismo-leninismo [...]”⁴⁶.

En estas reflexiones se condensa la conciencia que los dirigentes del PRT tenían de las serias limitaciones que implicaba el punto de vista abstencionista. Se lo reconocía abiertamente como una necesidad, no como una virtud. Se atribuía tal posición a un gesto de debilidad y no de fortaleza. Se lo explicaba por las dificultades y los errores de la corriente en el trabajo legal. Pero, al mismo tiempo, se sostenía dicha posición frente al morenismo, que se inclinaba por “intervenir siempre en toda elección”, sea del tipo que sea; también frente a la perspectiva del PC que apostaba a “no perder el voto” y participar, cueste lo que cueste, buscando la quimera de una alianza con algún sector “progresista” de la burguesía. Esa doble disputa también llevaba al PRT a cuestionar a las organizaciones armadas peronistas, por dejarse institucionalizar tras el liderazgo burgués de un militar como Perón.

Muchos consideraron que esa decisión abstencionista equivalía a “quedarse sin política”. Desde la izquierda tradicional (tanto del viejo Partido Comunista como desde el trotskismo morenista y otros grupos similares), se le replicó a Santucho que Lenin, en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, combatía el abstencionismo de izquierda. Sin embargo, para rechazar esas impugnaciones doctrinarias – que, inevitablemente, se hacían en nombre de la “ortodoxia del marxismo”— el máximo dirigente del PRT apelaba a otros escritos teóricos del líder bolchevique, habitualmente raleados de lo que se consideraba como sinónimo de “leninismo”.

Del mismo tomo N° 11 de las *Obras Completas*, de donde había extraído en 1968 los escritos de Lenin sobre la guerra de guerrillas, Santucho destacó dos reflexiones críticas acerca de las elecciones y la inconveniencia de la participación, cuando aquellas están completamente maniatadas o pergeñadas para neutralizar a los revolucionarios. En ambas (realizadas al año siguiente de la insurrección de 1905, y en medio de un proceso electoral, convocado por la dictadura zarista para legitimarse),

⁴⁶ Véase *El Combatiente* N° 76, segunda quincena de marzo de 1973: Resoluciones del Comité Central del Partido Revolucionario de los Trabajadores. Particularmente: “Sobre las elecciones”.

Lenin polemizaba con su ex maestro Jorge Plejanov y con los mencheviques. Argumentaba porqué los revolucionarios no debían participar en el aparato institucional parlamentario⁴⁷.

Junto a la apelación a los textos políticos de Lenin (que, a pesar de ser clásicos, habían entrado en el “olvido”, incluyendo en esa desmemoria a los que se autodefinían como leninistas), Santucho también se apoyaba en determinados análisis económicos. Para fundamentar sus evaluaciones críticas sobre el proceso electoral en ciernes y su rechazo a encolumnarse bajo el liderazgo del general Perón –como harían, por ejemplo, Montoneros, las FAR o incluso un desprendimiento del PRT-ERP, denominado “ERP 22 de agosto”— Robi recurría a estudios sobre la vida económica, bajo la dictadura de Onganía-Lanusse. De todos los trabajos que manejaba, merece destacarse la investigación *Crisis de una burguesía dependiente. Balance económico de la Revolución argentina 1966-1971* de Carlos Ramil Cepeda.

Este autor, además de estudiar los ciclos de crisis y recuperación del capitalismo dependiente en Argentina y de analizar el proceso de estancamiento productivo y ascenso inflacionario de la economía bajo la dictadura, termina su trabajo realizando un análisis político. Lo que más le atrajo a Santucho del libro fue la incapacidad que Ramil Cepeda encontraba en las distintas fracciones de la burguesía argentina para terminar con la dependencia. Junto a ello, el máximo dirigente guevarista veía confirmado su análisis político cuando, en el libro, leía las razones de “*la impotencia del nacionalismo burgués*”, ya sea reformista o radical, para encabezar un proceso de cambios duraderos y sustanciales, con vistas a “*la toma del poder*” y a “*la liquidación de la dependencia y del capitalismo, simultáneamente*”⁴⁸.

De modo que, se comparta o no la justeza de aquella posición adoptada ante la coyuntura electoral de 1973, no puede dejarse de reconocer que la decisión de la abstención respondía a un meditado análisis político de la dirección guevarista, enfocado tanto a partir de la situación local y nacional, como a la luz de los escritos clásicos del marxismo en la materia.

⁴⁷ Véase Lenin: “El triunfo de los kadetes [burguesía liberal rusa] y las tareas del partido obrero” [6/IV/1906] y “La Socialdemocracia y los acuerdos electorales” [octubre de 1906]. Ambos editados como libro unitario: Bs.As., La Rosa Blindada, noviembre de 1973.

⁴⁸ Véase Carlos Ramil Cepeda [seudónimo]: *Crisis de una burguesía dependiente. Balance económico de la Revolución argentina 1966-1971*. Bs.As., La Rosa Blindada, agosto de 1972. El autor, en su primera juventud proveniente del Partido Comunista argentino y, luego, con crecientes simpatías hacia las posiciones prochinas, trabajó durante la década del '60 en Cuba, como asesor en el área del Ministerio de Industrias (allí mantuvo opiniones divergentes a las promovidas por el Che Guevara). De regreso a la Argentina, luego de publicar *Crisis de una burguesía dependiente*, es convocado por Santucho para discutir las tesis del libro. En ese encuentro, según su testimonio posterior, le planteó a Santucho fuertes críticas sobre las posiciones políticas del PRT. A pesar de ello, el dirigente guevarista encontraba en dicho texto la confirmación de muchos de sus análisis, sobre los dilemas irresueltos, a largo plazo, del capitalismo argentino y sus clases dominantes.

¿Cómo domina la clase dominante?

Entre los numerosos trabajos teóricos que esta corriente guevarista produce en los años '70 merecen citarse otros dos. Uno se titula *Poder burgués, poder revolucionario*⁴⁹, redactado por Santucho. El otro es "A los pueblos de América Latina"⁵⁰, un documento colectivo firmado por el PRT-ERP en Argentina, los Tupamaros en Uruguay, el MIR chileno y el ELN boliviano.

¿Que observamos en estos documentos a nivel teórico? Nuevamente, aún a riesgo de repetir..., nos encontramos con un **análisis centralmente político**. A partir de ahí se plantea la lucha revolucionaria continental..., ino eran "tira-tiros" irracionales ni "locos aventureros"! En ellos, se sugiere un conjunto de hipótesis sobre cómo funciona el sistema de dominación política de las clases opresoras en América Latina. Se analiza también qué sucede en el seno del campo popular, focalizando la mirada, sobre todo, en **la conciencia política** de las clases subalternas y explotadas.

El análisis político condensado en *Poder burgués, poder revolucionario* se estructura a partir de una metáfora espacial que dibuja lo que pasa "arriba" y lo que sucede, mientras tanto, "abajo". La reflexión de Santucho gira alrededor de un análisis político del arriba y del abajo o, en otros términos, de las clases dominantes y las clases subalternas.

Para estudiar las clases dominantes, en los escritos de Santucho aparece la categoría de "bonapartismo". Esta es una tesis suya muy fuerte. Según él, **la historia argentina se mueve con un movimiento pendular entre dos formas políticas de dominación burguesa**: la república parlamentaria o el bonapartismo militar.

No casualmente, diez años antes que Santucho, en *Guerra de guerrillas: un método* (1963), el Che Guevara había planteado que: "*Hoy por hoy, se ve en América un estado de equilibrio inestable entre la dictadura oligárquica y la presión popular. La denominamos con la palabra oligárquica pretendiendo definir la alianza reaccionaria entre las burguesías de cada país y sus clases de terratenientes [...] Hay que violentar el equilibrio dictadura oligárquica-presión popular*".

Cabe aclarar que cuando el Che emplea la expresión "*dictadura oligárquica*", como él mismo afirma, no está pensando en una dictadura de los terratenientes y propietarios agrarios tradicionales a la que habría que oponer una lucha "democrática" o un "frente nacional" modernizador, incluyendo dentro del mismo no sólo a los obreros, campesinos y capas medias empobrecidas, sino también a la denominada "burguesía nacional". De ningún modo. El Che es bien claro. Lo que existe en América Latina es una alianza objetiva entre los terratenientes "tradicionales" y las burguesías "modernizadoras". La alternativa no pasa entonces por oponer artificialmente tradición versus modernidad, terratenientes versus burguesía industrial, oligarquía versus frente nacional. Su planteo es muy claro: "*No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución*".

⁴⁹ Ediciones *El Combatiente*, 23 de agosto de 1974.

⁵⁰ Publicado en *Che Guevara* N°1, Revista de la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), noviembre de 1974.

En el pensamiento político del Che, la república parlamentaria, aunque fruto arrancado a las dictaduras militares como resultado de la lucha y la presión popular, sigue siendo una forma de dominación burguesa.

El Che atribuye tanta importancia al análisis del equilibrio inestable entre ambos polos pendulares (la dictadura oligárquica, basada en la alianza de terratenientes y burgueses “nacionales”, por un lado, y la presión popular, por el otro) como Santucho al estudio de las dos formas políticas alternativas de dominación de la burguesía argentina.

Ni Guevara ni Santucho plantean como alternativa ni como consigna: “democracia o dictadura”. La alternativa consiste en continuar bajo dominación burguesa en sus diferentes formas o la revolución socialista. Por ello, en *Guerra de guerrillas: un método*, el Che alertaba que: “*No debemos admitir que la palabra democracia, utilizada en forma apologética para representar la dictadura de las clases explotadoras, pierda su profundidad de concepto y adquiera el de ciertas libertades más o menos óptimas dadas al ciudadano. **Luchar solamente por conseguir la restauración de cierta legalidad burguesa sin plantearse, en cambio, el problema del poder revolucionario, es luchar por retornar a cierto orden dictatorial preestablecido por las clases sociales dominantes: es, en todo caso, luchar por el establecimiento de unos grilletos que tengan en su punta una bola menos pesada para el presidiario.***”

Intentando ser consecuente con este tipo de planteos radicales, cuando Santucho se propone explicar las **diversas formas políticas de dominación** que, en forma pendular, emplea la clase dominante argentina, su formulación específica es: o república parlamentaria (que no equivale a democracia..., como aclara el Che) o bonapartismo militar.

¿En dónde se inspiró Santucho para formular esta hipótesis? Obviamente su inspiración inmediata es el Che Guevara. Ahora bien, su formulación más general, la extrae de un libro de Carlos Marx. Éste escribió, entre diciembre de 1851 y marzo de 1852, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.

Allí Marx propone una hipótesis política: en Francia, luego de la derrota de la revolución de 1848, un dictador encabeza un golpe de Estado y permanece dos décadas al frente del gobierno francés. Este dictador era un personaje secundario, rodeado de lúmpenes, que gracias al liderazgo del Ejército se convierte en determinado momento de Francia en una especie de “árbitro” de los conflictos sociales. Una especie de “juez equidistante”, que viene a solucionar y a moderar los conflictos. Entonces, como este personaje – que Marx detestaba – se llamaba Luis Bonaparte (sobrino de Napoleón) la tradición marxista, empezando por Marx y de ahí en adelante, convirtió en categoría teórica ese análisis político y lo transformó en el concepto de “bonapartismo”.

En su análisis de Luis Bonaparte y de la situación francesa de aquel período, Marx plantea elementos fundamentales de su teoría política. Allí sugiere que la lucha de clases nunca se produce entre clases homogéneas, como por momentos sugiere *El Manifiesto del Partido Comunista* (1848). En realidad, en una formación social concreta, las clases se fraccionan en la lucha, se realizan alianzas entre ellas y se establecen formas de representación política cambiantes según la coyuntura.

Por otra parte, en *El 18 Brumario* Marx plantea que la mejor forma de dominación política de la burguesía, la más eficaz, es “la república parlamentaria”. Para Marx república parlamentaria no es sinónimo de democracia, como sugiere la filosofía política del liberalismo. La república parlamentaria no garantiza “la libertad” sino que constituye una **forma de**

dominación. A diferencia de la monarquía o de la dictadura militar (donde un solo sector de la burguesía domina) en la república parlamentaria es el conjunto de la burguesía el que ejerce su dominio a través del Estado y sus instituciones “representativas”. Según Marx, la república parlamentaria licúa los intereses particulares de las distintas fracciones de la burguesía, alcanzando una especie de “promedio” de todos los intereses de la clase dominante en su conjunto y, de este modo, logra una **dominación política general**, esto es: anónima, impersonal y burocrática.

En *El 18 Brumario* Marx también agrega que, cuando la situación política “se desborda” por la indisciplina y la rebelión popular, la vieja maquinaria republicana (con sus partidos, su Parlamento, sus jueces, su prensa “independiente”; en suma: con todas sus instituciones) ya no alcanza para mantener la dominación. En esos momentos de crisis aguda, los viejos partidos políticos de la burguesía ya no representan a esa clase social. Quedan como “flotando en el aire” y girando en el vacío. Entonces, emerge otro tipo de liderazgo político para representar a la clase dominante: la burguesía deja de estar representada por los liberales, los constitucionalistas o los republicanos y pasa a estar representada por el Ejército y las Fuerzas Armadas que, de este modo, se constituyen en “El Partido del Orden”. El Ejército, entonces, aparece en la arena política como si...fuera a equilibrar la situación catastrófica, pero en realidad...viene a garantizar la reproducción de la **dominación política** de la burguesía.

Mario Roberto Santucho se apropia lúcidamente de este análisis político de Marx y trata de utilizarlo para comprender la compleja historia política de nuestro país y también la situación argentina de los años '70.

Conviene destacar el modo cómo Santucho analiza a las Fuerzas Armadas, ese gran protagonista de nuestra historia política. ¿Cómo visualiza Robi a las Fuerzas Armadas? Pues sostiene que son un Partido Militar. Esto resulta sumamente importante. En ningún momento Santucho sostiene que son simplemente un grupo de “bandoleros adictos a las balas” o mercenarios sin ideología. De ninguna manera. En la óptica del PRT, las Fuerzas Armadas son... un partido político. Un partido que viene a reemplazar al clásico -por definición- partido político burgués. Esta es una hipótesis sociológica e historiográfica sumamente importante para comprender la óptica política de Santucho.

Roberto Santucho se hace cargo de esa hipótesis y plantea que, en Argentina, las Fuerzas Armadas vienen a reemplazar ese partido burgués ausente, porque el partido burgués en Argentina no puede dar cuenta de la situación política. Entonces, Robi -que inicialmente está pensando en el papel jugado por la dictadura militar del general Onganía [dictador que lidera el golpe de Estado de 1966] - prolonga el alcance de esa hipótesis y también analiza al peronismo como “bonapartismo”.

Peronismo y bonapartismo

Hay que reflexionar detenidamente sobre esta diferencia: sostener que el peronismo es una subespecie de bonapartismo es algo muy diferente a lo que planteaba, por ejemplo, Victorio Codovilla [líder histórico del Partido Comunista Argentino desde 1928 hasta su muerte en 1970]. Codovilla, en un folleto famoso del año 1946 titulado “Batir al Nazi-Peronismo”, sostenía que: “el peronismo es fascismo”.

Robi Santucho tiene una visión un poco distinta, mucho más matizada. Por eso no cae en ese “gorilismo de izquierda”. Pero... tampoco

acepta las posiciones de Rodolfo Puiggrós [historiador comunista que, en la segunda mitad de los años '40, se hace peronista y, durante los '60 y '70, se convierte en uno de los principales intelectuales de la izquierda peronista], de Abelardo Ramos [uno de los principales intelectuales -de origen trotskista- que adhieren al peronismo, constituyendo la corriente política e historiográfica autobautizada como "izquierda nacional"], o de otros. ¿Qué decían Puiggrós, Ramos, Hernández Arregui y otros ensayistas peronistas? Pues que "el peronismo es «LA Revolución» (con mayúsculas) en la Argentina".

Según el análisis de Santucho...el peronismo no es ni revolución, ni nazismo, sino... bonapartismo. Es decir: está liderado por una figura militar fuerte, que aparece como "árbitro" entre las clases sociales y viene a "poner orden"...aunque, siempre en última instancia, termina poniendo orden...para el mismo lado. Para la derecha, para la burguesía, para el statu quo.

Antonio Gramsci, para explicar los mismos fenómenos de crisis económica y política (englobados bajo el concepto de crisis orgánica), pensando en situaciones donde las clases sociales se separan de sus viejos partidos políticos y la burguesía comienza a ser representada por el Partido Militar, utiliza una categoría emparentada con la de "bonapartismo". Gramsci emplea el concepto de "cesarismo".

En Marx, la categoría de "bonapartismo" siempre tiene un contenido negativo. Para Gramsci, en cambio, puede haber un "cesarismo" progresivo o regresivo, según contribuya a hacer avanzar, o no, a los sectores populares en las relaciones de fuerzas. A diferencia de Marx, León Trotsky, en su exilio mexicano de fines de los años '30, utiliza en el mismo horizonte de Antonio Gramsci esta visión donde puede haber un "bonapartismo progresivo" o "regresivo", según contribuya, o no, a la lucha de clases. Explícitamente, Trotsky utiliza la categoría de "bonapartismo progresivo" para referirse al gobierno populista de Lázaro Cárdenas, ya que, a pesar de ser un gobierno burgués, para enfrentar al imperialismo y nacionalizar el petróleo mexicano, Cárdenas se apoya en los sectores populares y en la clase obrera mexicana. Abelardo Ramos apela a este análisis de Trotsky para caracterizar como "bonapartismo" al peronismo, en un sentido positivo y apologetico; mientras que Silvio Frondizi -mucho más afín al análisis de Marx- emplea el término en su significado negativo, para cuestionar el carácter supuestamente "progresista" de la burguesía nacional argentina y del peronismo.

Mario Roberto Santucho utiliza la categoría de "bonapartismo" en la misma perspectiva de Silvio Frondizi, con un fuerte contenido crítico, y recurriendo a un tipo de análisis político que bebe directamente en las fuentes de *El 18 Brumario*. Pero no sólo lo emplea para explicar la aparición del peronismo histórico -el del primer peronismo de la década del '40- sino también para describir la emergencia recurrente de los militares argentinos a lo largo de toda nuestra historia como el "Partido del Orden", en tanto Partido Militar. Es decir, en tanto auténtico partido político orgánico de la burguesía argentina.

Todo esto, en cuanto al análisis de Santucho sobre qué sucede con el bloque político y social de "los de arriba", de las clases dominantes y sus formas de dominación...

El desafío de la unidad de «los de abajo»

Ahora bien, ¿qué ocurre con “los de abajo”? Al observar el capitalismo argentino “desde abajo”, desde sus clases explotadas, Robi recorre la historia de los trabajadores y plantea los orígenes del movimiento obrero clasista en nuestro país. Identifica tres corrientes: (a) el anarquismo, que inicialmente fue la más importante, (b) el socialismo y (c) el comunismo. **Santucho y el PRT se hacen cargo de la tradición comunista.** Se sienten parte constitutiva de una continuidad. Es decir, que Robi reivindica al comunismo hasta un determinado período de la historia. A partir de ahí, el comunismo pierde la hegemonía sobre el movimiento obrero local, desdibuja su política revolucionaria, diluye su clasismo y aparece en el seno de las clases subalternas, el peronismo.

Entonces, a partir de ese análisis retrospectivo, Santucho sostiene cuáles serían los dos principales desafíos presentes y futuros del movimiento popular:

- a) Por un lado, **el populismo.** Santucho también lo denomina “nacionalismo burgués”, ideología que consiste en confundir a toda la Nación como si fuera parte del pueblo, incorporar a la burguesía nacional como parte del pueblo, pensando, erróneamente, que el enemigo está solo fuera del país. El principal exponente del populismo, dentro del campo popular y progresista, era en su opinión de los años ‘70, la corriente de Montoneros.
- b) Por otro lado, **el reformismo.** Esta ideología y esta práctica política consiste en plantearse reformas progresistas, incluso muy profundas y avanzadas, sin cuestionar a fondo y sin plantearse como tarea central el problema del poder y del régimen de dominación política. Robi lo encuentra y lo identifica principalmente en el Partido Comunista.

En su opinión, el debate ideológico del guevarismo del PRT debería apuntar, cuestionando el populismo y el reformismo, a acercar a peronistas revolucionarios y a comunistas hacia una perspectiva de unidad y acción común, antimperialista y por el socialismo.

Este tipo de análisis no queda reducido a una radiografía fija de la sociedad argentina. No es una tesis académica, sino la base de sustentación de la actividad militante de una corriente política.

Luego de las rupturas, primero con la corriente de Nahuel Moreno, a continuación con las tendencias “neo-morenistas”, más tarde con la IV Internacional y finalmente, con las corrientes más afines al camporismo, Santucho intenta profundizar su perspectiva política guevarista.

En su “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, el Che Guevara había reclamado: *“Es el camino de Vietnam, es el camino que deben seguir los pueblos, es el camino que seguirá América, con la característica especial de que los grupos en armas pudieran formar algo así como **Juntas de Coordinación** para hacer más difícil la tarea represiva del imperialismo yanqui y facilitar la propia causa”*. Siguiendo puntualmente ese consejo político del Che, a fines de 1973 el PRT-ERP de la Argentina, el MIR de Chile, el ELN de Bolivia y el MLN-Tupamaros de Uruguay comienzan a trabajar en una organización común que los agrupe. A comienzos de 1974, lanzan públicamente la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), nucleamiento guevarista internacionalista del Cono sur latinoamericano que se propone luchar por la revolución continental.

Ya desde su nacimiento, nos encontramos con el planteo político según el cual estas cuatro organizaciones sostienen que *“nos une la comprensión de que no hay otra estrategia viable en América latina que la estrategia de la guerra revolucionaria. Que esa guerra revolucionaria es **un completo proceso de luchas de masas**, armado y no armado, pacífico y*

violento, donde todas las formas de lucha se desarrollan armónicamente convergiendo en torno al eje de la lucha armada”.

En el primer documento conjunto que publican, las cuatro organizaciones trazan una breve y apretada síntesis histórica de las luchas populares y del marxismo en América Latina⁵¹. En ella señalan que el comunismo, el socialismo y el anarquismo de las primeras décadas del siglo XX, junto con las luchas antimperialistas, como la de Sandino en Nicaragua y la insurrección del Partido Comunista de El Salvador de 1932, conformaron *“un formidable **auge de masas** que puso en jaque la dominación neocolonial homogeneizada por el imperialismo yanqui, enemigo número uno de todos los pueblos del mundo”.*

Durante las décadas siguientes, según este relato, en la mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos terminó predominando el reformismo mientras las burguesías nacionales apelaban ideológicamente al nacionalismo burgués, para estabilizar el sistema neutralizando el descontento de las masas. A lo largo de todo ese período, los sectores populares perdieron fuerza e iniciativa en la lucha de clases continental, hasta que, **a partir de la revolución cubana**, *“los pueblos del continente vieron fortalecida su fe revolucionaria e iniciaron una nueva y profunda movilización de conjunto”.*

En este tipo de lectura de la historia de América Latina, el peronismo es analizado críticamente. Las razones de ese cuestionamiento residen en la combinación peronista de antimperialismo verbal (en alguna medida, heredero del APRA), de la famosa “tercera posición” (ni capitalismo ni socialismo) y del *“truco de presentarse como bomberos del incendio revolucionario”* (una obvia alusión al papel asumido por el general Perón, a su regreso del exilio español, en tanto freno de la insurgencia y de la radicalización masiva de la juventud argentina). En semejante evaluación se deja escuchar el eco del pensamiento político que Santucho venía promoviendo al interior de la izquierda de nuestro país.

La convergencia de estas cuatro organizaciones hermanas de Chile, Bolivia, Uruguay y Argentina expresa, hasta qué punto, el ejemplo de la revolución cubana penetra en el corazón de la juventud de América Latina.

De todas las corrientes políticas argentinas que vibraron con ese ejemplo continental, la nueva izquierda guevarista, liderada por Mario Roberto Santucho, representa uno de los intentos más radicales y profundos por actualizar la tradición latinoamericana del marxismo revolucionario, representado en los años '20 por Mariátegui y Mella y en los '60 por el Che Guevara.

A casi tres décadas de la muerte de Santucho y cuando muchos de sus compañeros y compañeras se encuentran desaparecidos, poner fin a su demonización resulta impostergable.

Debemos vencer el miedo que nos han inculcado desde la infancia. Para comenzar a dialogar y a recuperar la herencia de aquellos que nos precedieron, debemos intentar conocer y estudiar seriamente esta tradición de pensamiento político. Ése es el único camino para que las nuevas luchas no tengan que crecer de cero, desnudas y huérfanas. Para que empecemos a preguntarnos, de una buena vez, de dónde venimos, quiénes somos y, sobre todo, porque es lo que más interesa, hacia dónde queremos ir.

⁵¹ Cfr. “A los pueblos de América Latina”. Publicado en *Che Guevara* N°1, Revista de la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), noviembre de 1974.

Marx en su (Tercer) Mundo

Néstor Kohan

No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América ni calco ni copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI
Ideología y política

Rara vez en la historia un pensamiento filosófico involucró y trastocó de manera semejante las aspiraciones, las esperanzas, la cultura, los valores y los proyectos de vida de tantas personas. Solo paragonable con las grandes religiones como el cristianismo, el judaísmo o el islamismo, la acelerada trayectoria de expansión y socialización cultural que atravesó el marxismo en los dos últimos siglos se vuelve aún más excepcional.

En sus heroicas batallas por la independencia nacional, la emancipación de clase y las múltiples dimensiones de la liberación humana contra diversas dominaciones (racista, sexista, generacional, etc.) cientos de miles, tal vez millones, han llegado hasta el límite de poner en juego su vida, apropiándose en sus luchas y utilizando como propia, a partir de una "traducción" creadora, la concepción del mundo de Marx y sus continuadores.

América Latina y el resto del Tercer Mundo han sido sin duda uno de los principales ejes territoriales donde ese fenómeno de expansión, socialización y universalización cultural, inédito en la historia, tuvo lugar. De manera directa o tangencial, las revoluciones triunfantes (socialistas como las de Cuba o Vietnam, anticolonialistas como las africanas) y también las derrotadas (como la argentina, al menos por ahora) fueron inspiradas en fuentes ligadas a esta constelación ideológica.

Tan solo por ese hecho irrecusable —haciendo abstracción de cualquier otra motivación de índole libresca— vale la pena enfrentar el bombardeo propagandístico al que permanentemente nos someten y (re)examinar el lugar que las sociedades y pueblos latinoamericanos y del Tercer Mundo ocuparon en el pensamiento del fundador de esta filosofía.

En ese (re)examen intentamos comprender la concepción social de Marx como una teoría de la historia que implica y presupone necesariamente una historia de la teoría. Hasta cuando redactó su máxima exposición lógica, *El capital*, la acompañó con la historia crítica de las teorías que lo precedieron. Deshistorizar el marxismo apunta entonces, lisa y llanamente, a destruirlo. Partiendo de ese presupuesto, nos vemos indefectiblemente obligados a

enfrentar la dificultad y asumir el desafío que conlleva cualquier tipo de historicismo: dar cuenta de la historicidad de la propia teoría.⁵²

Si aceptamos provisionalmente que la producción teórica de Marx es también, como cualquier otro producto científico, cultural y filosófico de la humanidad, expresión de sus circunstancias y contradicciones históricas, es posible entonces interrogarse por el grado y la cualidad de la deuda pendiente que la teoría marxiana tiene con el mundo moderno, burgués, europeo y occidental que la vio nacer o, análogamente, por su capacidad productiva para dar cuenta de sociedades y culturas no típicamente occidentales, capitalistas ni europeas.

Este problema no es meramente aleatorio ni tangencial a la teoría misma sino definitivamente crucial para intentar comprender el pensamiento de Marx y la utilización que de él se hizo en este siglo. Pues, aunque resulte paradójico, la explosiva y avasallante expansión que experimentaron sus ideas en el (nuestro) Tercer Mundo estuvo mediada por *un enfoque que lo colonizaba de antemano*, reduciéndolo y subordinándolo a un paradigma marcadamente occidentalista y eurocéntrico.

De lo que se trata entonces es de averiguar si realmente el pensamiento marxiano consiste o no en una *metafísica materialista*, basada a su vez en una *ideología del progreso lineal* e irreversible centrada en el avance todopoderoso de las fuerzas productivas. Si acaso esto fuese cierto, entonces se podría deducir en forma inmediata —como históricamente lo hicieron tanto la II Internacional como el DIAMAT y el HISMAT soviéticos y la cultura política que los acompañó— que el método marxiano constituye en *realidad un esquema general y una filosofía de la historia universal*, de cronología unilineal y eurocéntrica. Esquema general cuya matriz estaría delimitada por "el modelo clásico" de las sociedades europeas occidentales —con Inglaterra a la cabeza— y que prescribiría lógicamente a partir de ellas al menos dos conclusiones: 1) el paso lineal, necesario e ineluctable de todas las zonas "atrasadas" (del Tercer Mundo), por las rígidas etapas y los predeterminados estadios de evolución de la sociedad occidental, y 2) la centralidad absoluta del proletariado europeo occidental como sujeto y eje de la revolución mundial.

Debemos, entonces, comenzar a desanudar los hilos ideológicos y culturales a partir de los cuales se ha ido tejiendo sobre y desde ese Marx sesgado —"materialista dialéctico", moderno e ilustrado— esta sospechosa filosofía de la historia universal. Sustento legitimador del desprecio teórico hacia los problemas específicos del mundo periférico que tan nefastas consecuencias ha tenido para el movimiento revolucionario del Tercer Mundo y, particularmente, para el de nuestra sojuzgada y combativa América Latina. *En definitiva, se trata de apropiarnos creadoramente del socialismo y del marxismo con una actitud y una voluntad no colonizadas*. El carácter y la resolución de las luchas del futuro dependen en gran medida de esa decisión.

Muchas preguntas están candentes: ¿asume Marx en sus escritos esa perspectiva europeísta que voluntaria o involuntariamente se le atribuyó? Y

52 "Si la filosofía de la praxis afirma teóricamente que toda 'verdad' creída eterna y absoluta ha tenido **orígenes** prácticos y ha representado un valor 'provisional', (historicidad de toda concepción del mundo y de la vida), es muy difícil hacer comprender 'prácticamente', que semejante interpretación es válida también para la misma filosofía de la praxis, sin hacer tambalear aquellas convicciones que son necesarias para la acción. Esta es, por lo demás, una dificultad que se vuelve a presentar para cada filosofía historicista." (A. Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, t. IV, p. 334.)

si acaso en algún momento la asume, ¿la conserva a lo largo de toda su trayectoria como investigador?, ¿su esquema categorial en torno al mundo periférico y de la cuestión nacional experimenta alguna transformación o permanece incólume a lo largo de toda su vida? Finalmente, si es que sufre transformaciones, ¿qué carácter asumen estas y en qué nivel del discurso (político, epistemológico—científico, filosófico, etc.) pueden incluirse?

Una de las grandes preocupaciones vitales que ya desde su juventud tensó la cuerda reflexiva de Marx fue descubrir una metodología que le permitiera comprender la estructura contemporánea de la sociedad capitalista al mismo tiempo que su génesis histórica. Tal método lo encontró en la dialéctica. Su particular atención a la cuestión metodológica no respondía a motivaciones especulativas. Marx necesitaba imperiosamente un método para empezar a estudiar las raíces históricas más profundas del régimen capitalista, caracterizado en su perspectiva como el tipo de organización social responsable de la explotación y dominación de millones de personas. Ya en 1846, cuando tenía apenas veintiocho años, Marx había rechazado los arrogantes intentos que pretendían explicar toda la historia de la humanidad desde un esquema-receta de matriz filosófica universal.⁵³ Erróneamente se interpretó en clave positivista este inicial rechazo a "la filosofía independiente" acerca de la historia, confundiendo con un completo abandono y una impugnación absoluta de toda actividad filosófica, en lugar de circunscribirlo estrictamente a la crítica de la filosofía de la historia universal. Si se lee atentamente aquel fragmento, se puede advertir que Marx sigue allí reivindicando la pertinencia teórica de una "exposición de la acción práctica", lo que no es más que otra expresión para referirse a lo que en otros lugares de la misma época denominó "filosofía de la praxis".

El paradigma del *Manifiesto*

Si bien es verdad que desde su juventud Marx se opuso a interpretar todo el desarrollo de la humanidad desde los preconceptos apriorísticos de una filosofía universal de la historia, al año siguiente, en el *Manifiesto comunista*, realiza algunas aseveraciones que lo acercan peligrosamente a esa misma filosofía universal previamente criticada, sobre todo cuando se refiere al rumbo del desarrollo histórico. Por ejemplo, dice Marx:

Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía *arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta las más bárbaras* [...] Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha

⁵³ Decía en aquel año: "Allí donde termina el pensamiento especulativo, en la vida real, comienza la ciencia real y positiva, la *exposición de la acción práctica*, del proceso práctico de desarrollo de los hombres. Terminan allí las frases sobre la conciencia y pasa a ocupar su sitio el saber real. La filosofía independiente pierde, con la exposición de la realidad, el medio en que puede existir. En lugar de ella puede aparecer, a lo sumo, un compendio de los resultados más generales, abstraído de la consideración del desarrollo histórico de los hombres. Estas abstracciones de por sí, separadas de la historia real, carecen de todo valor. Solo pueden servir para facilitar el ordenamiento del material histórico, para indicar la sucesión en serie de sus diferentes estratos. Pero no ofrecen en modo alguno, como la filosofía, *una receta o un patrón con arreglo al cual puedan aderezarse las épocas históricas.*" (C. Marx y F. Engels, "La ideología alemana", *Obras escogidas*, t. I, p. 20.)

*subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente a Occidente.*⁵⁴

En el mismo tono sostiene tres años más tarde: "El oro californiano se vierte a raudales sobre América y la costa asiática del Pacífico y arrastra a los *reacios pueblos bárbaros* al comercio mundial, a *la civilización* [...]"⁵⁵

La innegable y contundente presencia de esos fragmentos nos hablan de una tensión interna en su pensamiento y en su discurso teórico acerca de la historia. Inequívocamente, allí ubica en Occidente lo que denomina "la corriente de la civilización" de la historia mundial, de manera hartamente análoga a la utilizada por los defensores de una filosofía de la historia universal que, en última instancia, terminaba legitimando la preeminencia económica, política y militar occidental sobre todos los demás pueblos y comunidades. La "deducción—aplicación" del DIAMAT y el HISMAT tenía efectos políticos muy precisos.

Es necesario observar que en ese peligroso acercamiento a la filosofía de la historia universal Marx emplea ciertos términos cuya carga semántica es ideológicamente inexcusable: se refiere a la "civilización" occidental y a la "barbarie" de los pueblos no occidentales. A su vez, entre los países occidentales, la "civilización" es —según este temprano punto de vista— circunscrita solamente a Inglaterra, Francia y Alemania, a lo sumo extensible a Estados Unidos. No solo la periferia precapitalista sino también la Europa colonial (por ejemplo, Irlanda) o atrasada (como España, Portugal e Italia) quedan en ese momento llamativamente excluidas de la "civilización".

El uso categorial de la dicotomía "civilización-barbarie", la firme creencia en el carácter progresivo de la expansión mundial inaugurada por la moderna burguesía occidental y la explícita descalificación del mundo rural —al cual no se duda en atribuirle cierto "idiotismo"—,⁵⁶ constituyen una sólida matriz de pensamiento cuyos hilos teóricos estarán invariablemente presentes en el *Manifiesto*.

No obstante reconocer el marco general en el cual se inscriben, debe delimitarse el alcance preciso que tienen los conceptos de "civilización" y de "barbarie" en Marx. Para él, la utilización de aquella dicotomía no remite a la simple reivindicación de la propia comunidad frente al rechazo y descalificación de todas las demás —clásica y milenaria ideología etnocéntrica a la que el Occidente moderno y capitalista le agregó en el siglo XVIII el racismo— sino que es utilizada en un sentido técnico antropológico, haciendo referencia a un estadio evolutivo del desarrollo histórico. Es en este último sentido en el que Marx y Engels coincidirán en su juventud con Charles Fourier y, posteriormente, con el antropólogo norteamericano Lewis Morgan en el uso de tales categorías (aunque Fourier identifica "civilización" con sociedad burguesa, mientras que para Morgan el concepto tiene un status científico mucho más complejo y diversificado).⁵⁷

⁵⁴ Cfr. C. Marx y F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, p. 38

⁵⁵ C. Marx, "Revue. Mai bis oktober", en Pedro Scaron, comp. y trad., *Carlos Marx y Federico Engels. Materiales para la historia de América Latina*, p. 192.

⁵⁶ "La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, sustrayendo una gran parte de la población al *idiotismo de la vida rural*." (C. Marx y F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, p. 38.)

El desarrollo ascendente de la sociedad burguesa, violatorio de los viejos lazos sociales premodernos y precapitalistas, creador al mismo tiempo de una sociedad, un mercado y una historia por primera vez mundiales,⁵⁸ es caracterizado por el Marx de fines de la década de 1840 como una clara muestra de *progreso*. En ese marco puede entenderse la célebre, provocativa y polémica afirmación del *Manifiesto* según la cual "los obreros no tienen patria", aunque a continuación Marx matizara la idea sosteniendo que "no se les puede arrebatar lo que no poseen. Mas, cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, *elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía es nacional*, aunque de ninguna manera en sentido burgués".⁵⁹

Según su visión de estos años, con núcleos fuertes deudores de la modernidad, el impulso burgués provoca el surgimiento de un nuevo tipo de sociedad sin valores trascendentes donde dejan de tener vigencia y se esfuman en el aire todos los viejos hábitos y modos de vida que presuponían un encantamiento del mundo, dando lugar al predominio cruel, despiadado y absoluto del valor de cambio y del dinero. Lo hemos visto. La desacralización, el desencantamiento y el nihilismo axiológico son caracterizados por Marx como contradictorios aunque positivos. Las luces de la razón y la posibilidad de comprender racionalmente la explotación abren la posibilidad del surgimiento de la conciencia de clase. Dice nuevamente en el *Manifiesto*:

La burguesía ha desgarrado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto [...] La burguesía ha desgarrado el velo de emocionante sentimentalismo que encubría las relaciones familiares, y las redujo a simples relaciones de dinero. La burguesía ha revelado que la brutal manifestación de fuerza en la Edad Media, tan admirada por la reacción, tenía su complemento natural en la más relajada holgazanería [...] Todo lo estamental y estancado se esfuma: todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados

57 Cfr. Roberto Fernández Retamar, *Algunos usos de civilización y barbarie*. En este estudio, Fernández Retamar contrapone el uso marxiano de la dicotomía con el sarmientino —cuya herencia *sui generis* deposita justificadamente en Sepúlveda y en el racista francés Ginés de Gobineau, aun cuando nuestros José Ingenieros y Aníbal Ponce la hicieran inexplicablemente suya en algunos de sus escritos.

58 En un artículo tres años posterior al *Manifiesto del Partido Comunista* pero perteneciente a la misma matriz teórica, refiriéndose al afán mundializador de la burguesía moderna europea, Marx escribe: "Realmente se puede decir que *el mundo comienza a ser redondo* desde que existe la necesidad de estos viajes oceánicos universales de vapores". (C. Marx, "Revue Mai bis oktober", *ob. cit.*, p. 196.) Más allá de esta innegable marca eurocéntrica, el diagnóstico con el que Marx y Engels anticipan en este escrito la globalización y la unificación del mundo constituye hoy uno de los aspectos más candentes y actuales, a siglo y medio de su publicación.

59 Cfr. C. Marx y F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, p. 57. Michael Löwy sostiene que en esta época Marx y Engels ponían en cuestión "las patrias" porque su ideal, acorde con su humanismo universalista, era "el cosmopolitismo", que en su léxico era análogo a "internacionalismo". Agrega que "cosmopolitismo" en el sentido que los dos pensadores le daban en 1848, remitía a *cosmo* (mundo) y a *polis* (ciudad política), es decir, a una ciudad política mundial que aboliera los conflictos y odios entre naciones y pueblos. También argumenta que a partir del fracaso de la revolución europea de 1848, Marx y Engels moderaron ese ideal optimista: "Parece que después de la Revolución de 1848, durante la cual *la cuestión nacional apareció a Marx y a Engels en toda su virulencia y complejidad*, los dos autores del *Manifiesto comunista* han abandonado la problemática cosmopolita de sus escritos de juventud, conservando ante todo del internacionalismo su dimensión política presente". [M. Löwy, "Marx y Engels cosmopolitas: el futuro de las naciones en el comunismo (1845_1848)" en *Críticas de la economía política*, no. 22-23, p. 181.]

a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.⁶⁰

Marx encontraba en el centro de gravedad de la sociedad capitalista — incluso en el interior de su "célula básica", la mercancía— un carácter social esencialmente contradictorio. Allí puede ubicarse su amarga protesta antimoderna y su condena dionisiaca al predominio salvaje de la cantidad (contra el arte, el tiempo libre, la emancipación humana, todo impulso vital, etc.), pliegue inexplicablemente soslayado por sus críticos.

Aun así, no puede desconocerse u obviar la matriz modernista que todavía en 1848 premoldea sus afirmaciones la mayor parte de las veces. Recordemos que en esa obra celebra como algo históricamente positivo la emergencia de "la gran industria moderna", desarrollada por el incesante ímpetu de universalización de "la burguesía moderna", clase social que — siempre según Marx— no duda en utilizar como herramienta de su proyecto revolucionario, mundializador y expansionista al "Estado moderno".⁶¹

Este particular horizonte en el que se inscribe su contradictorio modo de entender la historia se prolongará en Marx hasta avanzada la década de 1850. En esos años, la episteme modernista y eurocéntrica que aún impregnaba gran parte de sus escritos políticos lo condujo a un dilema desgarrador, cuya herida abierta constituye probablemente la esencia de todo pensamiento trágico: condenó duramente en términos morales los escandalosos y salvajes avances imperialistas en las zonas no occidentales, pero los justificó en el orden teórico. Eran deleznable y aborrecible, pero trágicamente inevitables. El caso más notable fue, como es conocido, la evaluación positiva que realizara de la acción del colonialismo inglés en la India, a inicios de la década de 1850, cuando llegó a sostener que "Inglaterra fue el instrumento inconsciente de la historia" al disolver las formas arcaicas y preindustriales indias. Culmina su artículo recordando a Goethe cuando decía: "¿Quién lamenta los estragos si los frutos son placeres?"⁶² Al mismo tiempo apoyaba la introducción del ferrocarril británico en el país asiático, pues, según su diagnóstico, este se convertiría "en un verdadero precursor de la industria moderna".⁶³

De alguna manera, Marx tenía en ese momento, como presupuesto no expreso pero omnipresente, la creencia de que esos trastocamientos del orden social interno indio eran algo así como el preludio de una repetición mecánica, ahora en el espacio de la periferia del sistema mundial, de los mismos estadios de desarrollo industrial por los cuales había pasado Inglaterra y los países capitalistas más desarrollados.

Igualmente habría que incluir en este rubro de meditaciones su triste e injustificado artículo sobre Simón Bolívar. En ese rechazo de Marx, además del "antibonapartismo" —que señaló oportunamente Aricó—, desempeñó también un papel predominante la apabullante importancia marxiana del papel desempeñado por "las tropas extranjeras" —como también alertó

60 Cfr. C. Marx y F. Engels, ob. cit., pp. 35-36. La frase famosa sobre "lo estamental y estancado" Marx la tomó prestada de Shakespeare (*Hamlet*, acto I, escena II).

61 *Ibidem*, pp. 33-35. Partiendo de esta constatación —aunque quizá exagerando demasiado los términos— el sociólogo Göran Therborn, siguiendo aquí a Marshall Berman, ha llamado al Manifiesto comunista "el manifiesto modernista". (Cfr. G. Therborn, *Peripetias de la modernidad*, p. 23.)

62 Cfr. C. Marx, "La dominación británica en la India" [25 de junio de 1853], en C. Marx y F. Engels, *Sobre el colonialismo*, pp. 35-42.

63 Cfr. C. Marx, "Futuros resultados de la dominación británica en la India", [22 de julio de 1853], *ibidem*, p. 81.

Pedro Scaron—, principalmente británicas (muchas veces simples mercenarios) en la causa independentista bolivariana. Si la elaboración del concepto de "modo de producción asiático" (junio de 1853) marca entonces el inicio de la transición y el punto de arranque del viraje marxiano, el artículo sobre Bolívar (enero de 1858) constituye probablemente la última prolongación del paradigma moderno y progresista del *Manifiesto*.

Esta convicción general era en esas décadas entusiastamente compartida por Engels, quien desde la misma perspectiva "progresista" festejaba el impetuoso avance del imperialismo yanqui en América Latina:

En América hemos presenciado *la conquista de México la que nos ha complacido*. Constituye un *progreso*, también, que un país ocupado hasta el presente exclusivamente de sí mismo, desgarrado por perpetuas guerras civiles e impedido de todo desarrollo, un país que en el mejor de los casos estaba a punto de caer en el vasallaje industrial de Inglaterra, que un país semejante *sea lanzado por la violencia al movimiento histórico*. Es en interés de su propio desarrollo que México estará en el futuro bajo la tutela de los Estados Unidos.⁶⁴

En el mismo sentido se preguntaba sin pudor Engels, un año más tarde: "¿O acaso es una desgracia que la magnífica California haya sido arrancada a los perezosos mexicanos, que no sabían qué hacer con ella?".⁶⁵ Afirmaciones impactantes, si las hay.

Un nuevo paradigma

A partir de ese momento, el bullicioso, movedizo e inquieto pensamiento de Marx —en Engels la cuestión es mucho más compleja— recibirá una seria, completa y rigurosa revisión. En nuestra opinión, esa revisión alcanza la profundidad de un viraje y de un auténtico cambio de paradigma. Cuando nos referimos al "viraje", enmarcamos en él un conjunto de problemáticas, núcleos categoriales y focos de interés que, en su diversa y compleja articulación, provocan un duro impacto en todo el *corpus* teórico marxiano, modificando completamente determinados ítems y profundizando en una solución de continuidad, algunos otros. Como la obra de Lenin en 1914, también la de Marx tuvo discontinuidades y rupturas. Este diverso y heterogéneo entramado de perspectivas de análisis puede, a su vez, ser desagregado analíticamente en tres niveles que asumen en la obra de Marx temporalidades y ritmos de elaboración netamente diferenciales: 1) un nivel filosófico; 2) un nivel científico —principalmente en este caso historiográfico y antropológico—; y 3) un nivel político.

En cuanto al primer nivel, incluimos dentro de él tanto aquellos registros que ya estaban presentes desde el comienzo mismo de la producción teórica marxiana, como algunos otros que recién se van a ir agregando a partir del viraje. Nos referimos entre los primeros a la temprana adopción del método dialéctico, a la entusiasta aspiración fáustica a la totalidad y la

64 Cfr. F. Engels, "Die Bewegungen von 1847" [23 de enero de 1848]. Pedro Scaron, comp. y trad., *Carlos Marx y Federico Engels. Materiales para la historia de América Latina*, p. 183.

65 Cfr. F. Engels, "Der demokratische pavslawismus" [15 de febrero de 1849]. *ibídem*, p. 189.

acción, a la juvenil crítica del apriorismo logicista especulativo de la filosofía de la historia, a la crítica del materialismo objetivista, predeterminista y pasivo —el núcleo esencial de las *Tesis* de 1845 y de toda su filosofía de la praxis—, y, por último, a la constante postulación de una conexión inmanente en el seno de la unidad sujeto—objeto (de una legalidad objetiva que es producto y resultado de la praxis histórica y a su vez constituye y atraviesa con sus relaciones sociales las subjetividades). Entre los segundos, a la creciente complejización y revisión del concepto de "progreso", al rechazo explícito del carácter supuestamente sistemático atribuido al marxismo y, por último, al abandono de la noción hegeliana de "pueblos sin historia".

En relación con el segundo nivel, hacemos referencia a diversas torsiones y pliegues que se producen a partir del viraje. Estamos pensando principalmente en la modificación del esquema teórico de desarrollo y evolución de las sociedades, en la complejización de la noción de "desarrollo histórico" en sus grandes líneas directrices, en la reubicación y el descentramiento de la dicotomía categorial "barbarie-civilización", en la adopción historiográfica de la hipótesis de trabajo del "modo de producción asiático" y del "sistema arcaico" para explicar las sociedades precapitalistas no modernas ni europeas, en el creciente interés económico y etnológico tanto por la comuna rural campesina como por la sociedad denominada "primitiva" y, finalmente, en la atenta reflexión y seguimiento de la teoría de la evolución en las ciencias biológicas y en las sociales.

Finalmente, en el tercer nivel ubicamos procesos específicos contemporáneos y posteriores al viraje: el "descubrimiento" y el impacto del problema nacional y colonial, el nuevo estudio sobre el papel del campesinado como virtual subjetividad revolucionaria en el mundo rural periférico, la creciente atención dirigida hacia las potencialidades revolucionarias de Rusia y los efectos eventuales que podrían llegar a provocar las rebeliones de las colonias británicas sobre su propia metrópoli, así como también las diversas influencias políticas que tuvo la fundación de la I Internacional de los trabajadores en el abandono del incipiente eurocentrismo juvenil.

¿Escritos puramente circunstanciales?

La mayoría de los trabajos en los que Marx comenzó a ocuparse del mundo no moderno ni europeo y de sus sociedades y pueblos "atrasados", así como también de la interdependencia existente entre estas regiones y las metrópolis imperialistas, fueron artículos periodísticos, borradores de estudio, manuscritos inéditos y correspondencia. Todos ellos, materiales de los niveles 2) y 3), es decir, de carácter científico-epistemológico y político. De ahí que usualmente se los haya subestimado en la vulgata dogmática por su carácter asistemático, "externo" y circunstancial, si los comparamos con ese voluminoso, imponente —aunque inacabado— edificio de construcción lógica que constituye *El capital*.

Si quisiéramos explicar el carácter de la relación que sobre la periferia colonial y las sociedades "atrasadas" todos estos materiales tienen con la teoría y la filosofía de Marx y la razón por la cual persistentemente se ha negado toda vinculación entre ambos, tendríamos que investigar el nuevo

tipo de racionalidad que estos presuponen y que Marx se ve obligado a construir para poder dar cuenta del mundo periférico, colonial, nacional y dependiente. La tradición hermenéutica y política que se negó siquiera a considerar aquellos artículos periodísticos y políticos como algo más que un medio fortuito al que Marx se vio compelido a recurrir para ganarse la vida, en definitiva nunca logró encontrar el nexo existente entre el desarrollo de la teoría, el tipo de racionalidad presupuesta y el desarrollo de la historia en la cual se movió y de la cual quiso dar cuenta el creador de la teoría.

Esta sesgada hermenéutica pasó elegantemente por alto la dirección metodológica central que guió a Marx hacia la búsqueda de una explicación, trágicamente inacabada, de aquella categoría —*el mercado mundial*— que adquiriría el *status dialéctico más concreto por englobar en su seno las múltiples determinaciones de un mundo que encerraba ahora en su propio interior, por primera vez en la historia, tanto a la metrópoli capitalista más desarrollada como a la periferia no europea ni moderna, "atrasada" y precapitalista*. Es decir, el capitalismo en tanto sistema mundial.

Colonialismo, nación, periferia y desarrollo histórico

No obstante —y a despecho de esta paradójica, prolongada y terca legitimación "progresista" que se pretendió hacer del temprano eurocentrismo de Marx—, a partir de fines de la década del 50 y sobre todo en las del 60 y 70 del siglo XIX, en su trayectoria teórica y científica se produce una fuerte discontinuidad que atañe a su comprensión de los problemas específicos originados en la relación del capital europeo occidental con los pueblos y países de la periferia colonial o dependiente. Es decir, con lo que provisoriamente hemos denominado (nuestro) Tercer Mundo. Discontinuidad que, sin demasiado riesgo, podríamos caracterizar como un verdadero cambio de paradigma, si lo comparamos con el *Manifiesto comunista* o con los trabajos periodísticos más típicamente modernistas y europeístas.

No son pocos los países y las regiones periféricas que, aun no perteneciendo a la Europa occidental, moderna, capitalista y desarrollada, se introducen en ese momento en el discurso teórico de Marx como un nuevo invitado inesperado, como un inquietante, apasionante y seductor objeto de estudio. Irrumpen entonces en su producción teórica: India, China, Birmania, Rusia, Persia, islas Jónicas, América Latina, África e incluso las "atrasadas" Irlanda y España, en el interior de Europa. En medio de ese bosque de interrogantes, dos casos resultan paradigmáticos. Hacia afuera de Europa: Rusia, en relación con el problema del porvenir de la comuna rural y el debate con los populistas rusos; hacia adentro: Irlanda, en función de su vínculo con Inglaterra como expresión del nexo colonia-metrópoli. He ahí la conexión entre dos índices diferenciados de problemas que, sin embargo, terminan por converger: el problema nacional-colonial y el de la multiplicidad plurilineal de vías alternativas (no necesariamente sucesivas) para el desarrollo histórico. Ambos tendían a cuestionar una visión de la historia mundial en clave de filosofía eurocéntrica, porque en los dos casos Marx insistía en la posibilidad y viabilidad histórica de transformaciones y desarrollos no subordinados al capitalismo europeo—moderno—occidental—metropolitano.

Las principales fuentes donde se introduce ese desordenado huracán de nuevos intereses teóricos son muy variadas, fragmentarias y asistemáticas; abarcan tanto los primeros borradores de *El capital* conocidos hoy como los *Grundrisse* (principalmente los extensos fragmentos referidos a las "Formas que preceden a la producción capitalista"); el capítulo 24 del primer libro de *El capital* ("La acumulación originaria", donde analiza la conquista de América y también de la India); la sección sexta (que incluye los capítulos 37-47 del libro III) referida a la renta del suelo (en la que implícitamente entra en juego el campesinado y donde Marx se metió hasta las orejas en la "cuestión Rusia", estudiando idioma ruso y llegando al extremo obsesivo de no publicar ese libro en vida); sus voluminosos escritos periodísticos en el *New York Daily Tribune*, así como en la *Enciclopedia Americana* (*The New American Cyclopedias*), su correspondencia y también sus *Apuntes etnológicos* del período 1880-1882.

El eje que articula esta multiplicidad de materiales tan heterogénea es el descentramiento de la mirada en relación con el tipo de sociedades históricas —particularmente Inglaterra, en lo económico, y Francia, en lo político— que Marx utilizó como modelos analíticos "típicos" y referentes empíricos más acabados, dado su mayor grado de concreción y plenitud del modo de producción capitalista.

Ese ángulo disruptivo, que remueve completamente el anterior lastre eurocéntrico y modernista, mantiene, sin embargo, una tensión en el interior del pensamiento de Marx en lo que atañe a los tres niveles analíticos que nosotros hemos diferenciado. Esta tensión moviliza al autor de *El capital* a ampliar su perspectiva científica, incorporando *nuevos focos de interés y análisis que no hacen sino prolongar su juvenil filosofía de la praxis*. Prolongación que se extiende hasta un punto de inflexión donde se ve nuevamente obligado a criticar explícitamente la filosofía universal de la historia como disciplina autónoma e "independiente" (en 1877, en su "Carta a la redacción de *Anales de la patria*" y luego en su intercambio epistolar con Vera Zasulich en 1881, véase apéndice III), de manera harto similar a como lo había hecho tres décadas antes, en *La ideología alemana*. La obligada revisión crítica fue motivada por la insuficiente capacidad de esta disciplina (la filosofía logicista universal de la historia) para incorporar al plano epistemológico de la teoría historiográfica los nuevos focos de interés que en sus últimos treinta años de vida comienzan a inquietarlo y a impulsarlo a realizar inesperados estudios e investigaciones. Probablemente el acuñamiento en 1853 de la categoría "modo de producción asiático"⁶⁶ haya iniciado la transición de un viraje que se precipitará acelerada y definitivamente desde mediados de la década de 1860 en adelante. Viraje que comienza en el nivel epistemológico de la historiografía y que no se detendrá hasta conquistar todas las otras dimensiones de la producción teórica de Marx.

⁶⁶ Dando cuenta del vínculo que tuvo el nacimiento de esta hipótesis de trabajo historiográfico en Marx con *el tratamiento teórico del colonialismo inglés en la India*, recuerda Maurice Godelier: "La noción fue elaborada a partir de una reflexión sobre documentos británicos que describían las comunidades aldeanas y los estados de la sociedad india del siglo XIX. A esta información se agregaron los relatos de los viajeros al Cercano Oriente y al Asia Central". (M. Godelier, "La noción de 'modo de producción asiático' y los esquemas marxistas de evolución de las sociedades", en C. Marx, F. Engels y M. Godelier, *El modo de producción asiático*, p. XV.) Las cartas donde la ausencia de propiedad privada de la tierra en la India —uno de los varios ejes del modo de producción asiático— llama por primera vez la atención de Marx, son las que le envía a Engels el 2 y el 14 de junio de 1853. (Cfr. C. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, pp. 60-65.)

Ese es el Marx imprescindible para "traducir" y utilizar en nuestra actual América Latina, a inicios del siglo XXI. No el seco, gris e inoperante de los manuales, sino aquel apasionado político e investigador —sí, al mismo tiempo— que tiene la suficiente lucidez como para volver sobre sus pisadas y reconfigurar su teoría de la historia. La mirada sagaz, que lo familiarizara con la metodología de indagación de Sherlock Holmes, lo llevó también a extender sus sospechas sobre las incrustaciones que el "clima de época" había inoculado en su misma teoría. No pretendió escapar a su tiempo, tarea por demás imposible, si la hay. Pero intentó sí estar a la altura de las perspectivas futuras que se avecinaban. Un ejemplo a imitar.

La búsqueda frenética, afanosa y apasionada (sí, apasionada, pues nunca se puede hacer ciencia dejando a un lado la ideología política y la pasión... y esto Marx lo sabía muy bien) de los sujetos sociales que potencialmente pudieran ejercer una actividad crítico—negativa—transformadora del capitalismo no la abandonó nunca. Desde su temprana juventud había encontrado en la actividad periodística la trinchera de la crítica y la denuncia contra la injusticia de un orden basado en el egoísmo de la propiedad privada. *La Gaceta Renana* fue el medio del que se valió en ese juvenil descubrimiento de las luchas sociales. Poco tiempo después, en 1843, el joven filósofo se topa con la lucha proletaria y encuentra allí el sujeto de la revolución. Pero ese encuentro teórico estaba mediado más por una actitud ética que por una argumentación sociológica o científica.

Ya desde 1846 el tipo de elaboración discursiva que construirá para fundamentar por qué la máxima negatividad histórica se encuentra en el sujeto proletariado y no en "los pobres e indigentes" en general, adquirirá una solidez mucho más decantada y sedimentada. Durante dos décadas, hasta la redacción de *El capital*, Marx analizará las luchas del proletariado europeo por su emancipación —su gran laboratorio del período es sin duda la ola insurreccional de 1848— y depositará allí la mayor parte de sus esperanzas revolucionarias. En la vulgata posterior este Marx será el canonizado. Sin embargo, a partir de la fundación de la I Internacional (1864), por un impulso netamente político que influirá de manera contundente sobre sus elaboraciones e interrogantes teóricas, *Marx amplía el radio del sujeto potencialmente anticapitalista*.

Queda claro que si atendemos a aquella densa masa de categorías, problemáticos y novedosos estudios que emergen en su madurez impulsándolo a ampliar el radio del sujeto y a repensar sus antiguas preguntas formulándose otras nuevas, *ya no solo desde la filosofía de la praxis* —como en su juventud— *sino ahora también en el plano historiográfico, etnológico y político*, se diluye rápidamente la sólida y ya tradicional dicotomía construida por Althusser entre un joven Marx "humanista" y un viejo Marx "científico". Desde una línea de lectura alternativa, postulamos que no es la cuestión de la esencia humana y su alienación el eje simplificador que dividiría las aguas en su itinerario biográfico sino que, por el contrario, la reconfiguración de la teoría marxiana estaría situada en el espeso y complejo entramado de nuevas interrogantes filosóficas, científicas y políticas ligadas al problema nacional colonial y al del desarrollo histórico de la periferia, con las que Marx debe progresivamente ir enfrentándose a partir del viraje. Como parte de esa reconfiguración general de la teoría marxiana y de una crítica cada vez más

radical de la modernidad capitalista⁶⁷ debe entenderse "El fetichismo de la mercancía y su secreto", ese enigmático fragmento del primer capítulo de *El capital* donde Marx revisa en forma terminante la relación entre modernidad capitalista occidental y sociedades precapitalistas y arcaicas, tal como lo había planteado en el *Manifiesto*. Su más importante conclusión es que la modernidad no viene a liberar sino a perfeccionar la opresión y los velos ideológicos. Su humanismo filosófico en esos párrafos de 1867 es claramente deudor no solo de los *Manuscritos de 1844* sino también del cambio de paradigma que en el terreno historiográfico sobre la periferia y la cuestión nacional-colonial ha producido el último Marx. Lamentablemente, esta última influencia pasó en las décadas del 60 y el 70 del siglo XX totalmente inadvertida, incluso para los antialthusserianos y los defensores del marxismo humanista. Se discutía —también aquí, en América Latina— si el científico o el humanista..., pero en ningún momento se hacía hincapié en el lugar que el problema nacional y colonial tenía en ese debate. Se reflexionaba en América Latina pero no desde América Latina.

Nuevamente, lógica e historia

Si quisiéramos, entonces, abordar y explicar de una vez por todas el carácter de la relación que estos escritos históricos sobre la periferia nacional-colonial tienen con la teoría de *El capital* y la razón por la cual sistemáticamente se ha negado toda vinculación entre ambos, tendríamos que volver otra vez sobre el tipo de nexo que articula en esta obra *la lógica y la historia*.

En *El capital* el modo de exposición oscila permanentemente entre el nivel propio del desarrollo lógico dialéctico de las categorías y el correspondiente a la concreta y sensible realidad histórica, aunque la exposición lógica no coincida unívocamente con la cronología histórica real. A su vez, la referencia a la factualidad histórica aparece expresada con un doble carácter: en primer lugar, como ejemplos históricos puntuales que ilustran el desarrollo lógico expuesto previamente y, en segundo lugar, como hechos históricos no deducibles lógicamente (como, por ejemplo, el proceso de la acumulación originaria). Al respecto, la principal equivocación en que incurrió la metafísica materialista y la ideología del progreso lineal propias del marxismo dogmático y eurocéntrico fue la de la trágica indistinción y confusión entre el nivel lógico categorial y aquel otro correspondiente a la referencialidad histórica. De tal grosero modo se desconoció la especificidad de esta última esfera y se extrajo de *El capital* una deducción lógica general⁶⁸ que como filosofía de la historia universal fue

67 Resulta repleta de sugerencias la observación que hace el historiador Eric Hobsbawm —relacionando ciencia y valor, tan fríamente divorciados por el marxismo positivista— cuando, al tratar de explicar el creciente interés de Marx hacia las sociedades comunales "arcaicas" en forma paralela a la progresiva crítica de la modernidad capitalista que hace este, sostiene: "Es interesante que —un tanto inesperadamente— sus puntos de vista se inclinaran hacia los de los *narodniks* [populistas rusos] [...] De todos modos nos puede llevar a la segunda razón del creciente interés de Marx hacia el comunismo primitivo: su odio y desprecio cada vez mayores hacia la sociedad capitalista". (Eric Hobsbawm, "Introducción", en C. Marx, *Formaciones económicas precapitalistas*, p. 36.)

68 Sobre esta pretendida deducción general sostiene Zeleny: "Hemos visto que Marx vincula su método 1) a la materia investigada, 2) al estadio de desarrollo de la ciencia de que se trate, esto es, de la investigación científica del material dado, y 3) al estadio

violentemente impuesta sobre la historia real. Imposición que llegó al punto de intentar deducir de las categorías de *El capital*, los pasos necesarios y "en escalera" que debían irreversiblemente sucederse en las formaciones sociales de la periferia que todavía no habían pasado por los estadios históricos y las relaciones sociales expresadas en las categorías marxianas.

Si *El capital* quedó inacabado —y, obviamente, una de las razones es el carácter desproporcionado de su plan originario en relación con la duración temporal de una vida humana— es porque su objeto de estudio, la sociedad capitalista, se estaba expandiendo violentamente ante los ojos del autor e incorporando brusca y súbitamente a su circuito mercantil devenido mundial *amplias zonas del planeta*⁶⁹ que a su vez reincidían sobre las metrópolis capitalistas imperiales y que, por lo tanto, *debían ser también estudiadas desde la teoría del capital*. Un ejemplo puntual que ilustra este *feedback* del mundo colonial sobre aquel país que eligió para estudiar en *El capital* (que llamó poderosamente la atención de Marx, atención que se profundizará notablemente a partir del viraje) es el siguiente:

Ahora bien, una vez que Inglaterra provocó la revolución de China, surge la interrogante de *cómo repercutirá con el tiempo esa revolución en Inglaterra*, y a través de esta en Europa. Este problema no es de difícil solución [...] Resultará un curioso espectáculo el de que *China envíe desórdenes en el mundo occidental*, al tiempo que las potencias occidentales, por medio de barcos de guerra ingleses, franceses y norteamericanos, transportan "el orden" a Shanghai, Nankín y la boca del Gran Canal.⁷⁰

Desde esta perspectiva se torna inteligible "la obsesión" que Engels reprochaba a Marx por su estudio —incluso en idioma original— de los problemas agrícolas de la comuna rural de la "atrasada" y periférica Rusia, que motivara la postergación indefinida de la publicación de los libros II y III de *El capital*, donde justamente iba a exponer su teoría de la renta del suelo.

¿Un marxismo progresista?

E

evolutivo del objeto estudiado mismo. Ya de ello *se desprende que no es correcto utilizar el análisis genético_estructural aplicado en El capital como esquema para el análisis científico de cualquier objeto*" (J. Zeleny, *La estructura lógica de El capital de Marx*, p. 225.) Esta conclusión, rica en sugerencias, es plenamente válida para nuestro tema. La *m*entablemente el filósofo checo se circunscribe *ú*nicamente a la problemática lógico_epistémica, sin extender las consecuencias históricas y políticas que de ella se infieren para el problema nacional_colonial y el de la multiplicidad de los desarrollos históricos.

69 Señala Mandel: "Todos esos estudios eran en el fondo subproductos de un análisis constante y minucioso del *comercio exterior de la Gran Bretaña* [subrayado de Mandel] y de la coyuntura económica en este país. Los mercados orientales estaban desempeñando un papel cada vez más grande de salida para los productos de la industria británica. La expansión de las exportaciones británicas provocó trastornos profundos en la sociedad oriental [...] Apasionados de las revoluciones, *lo mismo de las occidentales que de las orientales*, Marx y Engels se pusieron a estudiar la estructura de las sociedades así trastomadas. *De tal manera, formularon la Hipótesis de trabajo de un "modo de producción asiático"*. (E. Mandel, *La formación del pensamiento económico de Marx*, p. 135.)

70 Cfr. C. Marx: "La revolución en China y en Europa" [14 de junio de 1853], en C. Marx y F. Engels, *Sobre el colonialismo*, pp. 23-26.

En el examen político e historiográfico, con profunda incidencia en lo filosófico, el concepto de "progreso" desempeña un papel central. Antes del viraje, como vimos, Marx lanza sus diatribas contra el colonialismo inglés en el orden ético, pero lo justifica en función del "progreso" histórico, supuestamente expandido por el capital del Occidente europeo.⁷¹ Luego del viraje, en cambio, su planteo se radicaliza notablemente, al punto de cuestionar, no solo desde un marco de referencia ético y moral, sino también desde el punto de vista histórico y económico la supuesta progresividad del imperialismo y la expansión europea. El marco de referencia para *medir el progreso* se desplazará en el último Marx hacia los efectos que el accionar imperial tiene en las fuerzas internas del país sojuzgado. Al respecto, en 1875 sostiene sobre Polonia: "En la medida en que *un pueblo vital es aplastado por un conquistador externo*, utiliza obligatoriamente todas sus fuerzas, todos sus esfuerzos, toda su energía contra el enemigo exterior; su vida interna queda *paralizada y se vuelve incapaz de luchar por su emancipación social*".⁷² Nace ahí el criterio histórico antimperialista, vigente hasta en la actualidad. ¡Cuántos "marxistas" siguen avalando la nueva violencia imperial en nombre del "imparable desarrollo de las fuerzas productivas"!⁷³

71 Con la intención de explicar esos rudos fragmentos, S. Bloom señala: "El camino del *progreso* era temible de contemplar. Marx compartía el sentimiento de Engels de que «*la historia* era como *la más temible de todas las diosas* y llevaba su carro triunfal sobre montañas de cadáveres no solo en la guerra sino también en el desarrollo económico 'pacífico'». Aunque reconocía más adelante que esta hipóstasis de "la historia" y de su motor "progresista" no se mantuvo igual en todos sus escritos: "La confianza de Marx en que la expansión del gobierno europeo redundaría en beneficio del mundo *era mucho más firme en la década del 40 y en los primeros años de la del 50* que en años subsiguientes [...] En 1881 lo condenó incondicionalmente y previó 'graves complicaciones', en la India". (Salomón Bloom, *El mundo de las naciones. El problema nacional en Marx*, p. 62.)

72 C. Marx, "Für Polem", citado en José Aricó, *Marx y América Latina*, p. 93. Ya que mencionamos a José Aricó, conviene recordar que su libro *Marx y América Latina* es sin ninguna duda la investigación más erudita, exhaustiva y sugerente sobre el viraje de Marx, producida en Argentina y en toda América Latina, aun cuando Aricó se limitara al orden político del pensamiento marxiano sin evaluar a fondo —tarea que con diversa fortuna hemos intentado realizar en este libro— los presupuestos específicamente lógicos, epistemológicos y filosóficos que le facilitaron a Marx realizar el cambio de paradigma.

En las principales conclusiones de su libro, Aricó se valió explícita y ampliamente de las investigaciones de Georges Haupt, Claudie Weil, Renato Levrero, Hal Draper y Roman Rosdolsky. En cambio, no mencionó a Ernst Mandel (de quien tomó prestada la idea según la cual Marx comenzó a ocuparse de la periferia del mercado mundial estudiando el comercio exterior de Gran Bretaña (Cfr. E. Mandel, *La formación del pensamiento económico de Marx*, p. 135) ni tampoco... a Jorge Abelardo Ramos (en nuestro libro *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano* hemos intentado explicar las justificadas razones que volvieron a Ramos un autor "no citable" para nuestra izquierda). Ramos ya había aventurado más de una década antes que Aricó el origen hegeliano del prejuicio de Marx hacia Bolívar y América Latina, la tesis central del libro de Aricó: "Estos *infortunados juicios de Marx sobre Bolívar* —nos dice Ramos— estaban sin duda influidos por la tradición antiespañola prevaleciente en Inglaterra, donde vivía Marx, y por el común desprecio europeo hacia el Nuevo Mundo, *cuyos orígenes* se remontaban a los filósofos de la Ilustración y a *las observaciones olímpicas de Hegel en su Filosofía de la historia universal*". Agregaba también: "Como en los *tiempos de Hegel*, los pensadores de Europa, Marx entre ellos, consideraban a la América Latina como un hecho geográfico que no se había transmutado todavía en actividad histórica". (Cfr. J. A. Ramos, "Bolivarismo y marxismo" [1968], *Marxismo de India*, pp. 207 y 216.)

Aun así, la actividad de editor y prologuista de Aricó —más allá de su poco feliz apoyo político al alfonsinismo— así como su reflexión teórica sobre Marx y Mariátegui alcanzaron una profundidad realmente admirable, cuyos filones críticos merecen seguir siendo largamente (re)pensados en el futuro por las nuevas generaciones de investigadores revolucionarios.

73 Un ejemplo sumamente significativo, en esta dirección, es el libro citado y comentado hasta el cansancio, *Imperio*, de Antonio Negri y Michael Hardt. En Argentina, el ensayista Juan José Sebreli había intentado justificar —en nombre de Marx y del "desarrollo de las fuerzas productivas"!—, algunos de los proyectos neoliberales del ex presidente Carlos Menem (como, por ejemplo, la privatización de los teléfonos...).

Desde esta óptica diametralmente opuesta a la de la ideología del progreso, presupuesta en sus artículos publicados tres décadas antes en el periódico *New York Daily Tribune*, volverá nuevamente a analizar el problema de la dominación británica en la India, en manuscritos redactados en 1881 en los que sostiene:

No tomaré en cuenta este razonamiento sino en tanto [atañe a Europa] se apoya en las experiencias europeas. *En cuanto a las Indias orientales*, por ejemplo, todo el mundo, salvo sir H. Maine y otros del mismo jaez, sabe que allí la supresión de la propiedad común de la tierra no era más que un acto de vandalismo inglés, que *empuja al pueblo indígena no hacia adelante sino hacia atrás*.⁷⁴

No solamente el accionar del capital imperial es ahora caracterizado como cruel e inhumano sino que además es también visualizado como pernicioso para el desarrollo económico y social interno del país sometido. Y esta conclusión implica todo un replanteamiento de la visión anterior en cuanto al papel de las fuerzas productivas, pues obviamente al Marx defensor del ferrocarril británico en la India no se le escapaba en ningún momento la fiereza y animalidad de los métodos ingleses pero, a pesar de ello, mantenía esperanzas en el *accionar progresista* per se *de las nuevas fuerzas productivas que el imperialismo desarrollaría*, mientras que en su madurez su análisis ya no se centra exclusiva y limitadamente en la noción de fuerzas productivas —tan cara al materialismo metafísico de los manuales de HISMAT y DIAMAT— ni homologa más en forma inmediata "progreso" con "fuerzas productivas" sino que incluye esta última noción en un análisis más global y, sobre todo, multilineal del desarrollo histórico. Si no nos hacemos cargo de esa matriz disruptiva de pensamiento, nunca podremos entender a fondo rebeliones del tipo de la zapatista indígena de Chiapas, en una de las zonas más atrasadas y con menor desarrollo de las fuerzas productivas de México y América Latina.

El porvenir histórico de la sociedad rusa no es un tema meramente accidental en el viraje y en la obra de Marx, quien llegó incluso a estudiar el ruso para poder leer en su idioma original las estadísticas y censos que provenían de aquel país y que sus amigos de San Petersburgo le mandaban. Pero en su tratamiento del problema ruso, un caso especial, le llamó poderosamente la atención: el de la comuna rural.

Interrogado mediante una carta por la revolucionaria Vera Zasulich acerca de la supuesta "fatalidad histórica" de la disolución de la comunidad agraria, que supuestamente se derivaba de la teoría histórica de *El capital*, Marx desarrolla un estudio "curiosamente" soslayado durante largos años por los estudiosos del marxismo. Se trataba, en definitiva, de poner a prueba su teoría frente a una realidad periférica y específica en extremo diferente de la del Occidente moderno capitalista europeo. Se han conservado los borradores de la carta donde Marx da vueltas y giros sobre el tema sin decidirse a contestarle a Vera Zasulich, hasta que finalmente se decide y le manda apenas una página (de las más de treinta que tenía su borrador) donde, para escándalo de la vulgata, cuestiona explícitamente la supuesta "fatalidad histórica" universal que se derivaría de su análisis:

74 C. Marx, "Manuscritos de la carta a Vera Zasulich", en C. Marx y F. Engels, *Escritos sobre Rusia. El porvenir de la comuna rural rusa*, t. II, p. 52. Exactamente este mismo punto de partida ordenó toda la reflexión mariateguiana de los años 20 sobre la cuestión indígena en América Latina. (Cfr. Eugene Walker Gogol, *Mariátegui y Marx: la transformación social en los países en vías de desarrollo*.)

Analizando la génesis de la producción capitalista digo: en el fondo del sistema capitalista está, pues, la separación radical entre productor y medios de producción [...] La base de toda esta evolución es la expropiación de los campesinos. Todavía no se ha realizado de una manera radical más que en Inglaterra [...] Pero todos los demás países de Europa occidental van por el mismo camino (El capital, edición francesa, p. 316). La 'fatalidad histórica' de este movimiento está, pues, expresamente restringida a los países de Europa Occidental.⁷⁵

Esta última no fue la única vez, habiéndose producido ya el viraje de los 60, en que puso en tela de juicio la ideología del progreso lineal que comenzaba a ser construida sobre su teoría. En 1877, el mismo año del *Anti-Dühring* y cuatro años antes del intercambio con la Zasulich, Marx publicó un pequeño artículo, también en Rusia, donde explícitamente ponía siglos de distancia entre su teoría de la historia y aquella metafísica universal que, como filosofía logicista de la historia, luego se constituiría en el canon pretendidamente "clásico" de deducción—aplicación a las sociedades del mundo periférico. Refiriéndose a un crítico ruso que intentó "adivinar" lo que Marx pensaba acerca del mundo no europeo, este sostuvo: "A todo trance quiere convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en Europa occidental en una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren". Reafirmando su rechazo a esta metafísica concluye su carta diciendo:

He aquí, pues, dos clases de acontecimientos que, aun presentando palmaria analogía, se desarrollan en *diferentes medios históricos* y conducen, por tanto, a resultados palmariamente distintos. Estudiando cada uno de estos procesos históricos por separado y comparándolos luego entre sí, encontraremos fácilmente la clave para explicar estos fenómenos, resultado que jamás lograríamos, en cambio, con *la clave universal de una teoría general de filosofía de la historia*, cuya mayor ventaja reside precisamente en el hecho de ser *una teoría suprahistórica*.⁷⁶

Colonialismo y etnología

En la misma época en la que redactaba el manuscrito de su carta a Vera Zasulich, a pesar de sufrir una notable disminución en su capacidad laboral —como recuerda Riazanov—, Marx seguía recopilando materiales, anotando y tomando apuntes sobre las comunidades "primitivas" y "arcaicas" y sobre

⁷⁵ "Carta de C. Marx a Vera Zasulich" [8 de marzo de 1881], en C. Marx y F. Engels, *Escritos sobre Rusia*, t. II, p. 60 (véase apéndice III). (En este fragmento todos los subrayados son de Marx.) Resulta realmente poco probable que el obsesivo y detallista Marx —que nunca tuvo miedo de enfrentarse y romper lanzas con los intelectuales y políticos más diversos, a la hora de desalentar esperanzas sin justificación— haya escrito en esta carta una opinión opuesta a la propia, como sugiere Eduard Bernstein, retomado en forma ambivalente por David Riazanov y contundentemente por Salomón Bloom, quien sostiene que lo hizo porque "no deseaba desalentar a los revolucionarios rusos declarando la muerte de una institución a la que muchos de ellos tenían adhesión y condenando a su país a un sistema cuyo enjuiciamiento los había atraído hacia la bandera del socialismo". (S. Bloom, *El mundo de las naciones*, p. 169.) Para la opinión de Bernstein, retomada por Riazanov, véase David Riazanov, "Vera Zasulich y Karl Marx", en C. Marx y F. Engels, *Escritos sobre Rusia*, t. II, p. 24.

⁷⁶ C. Marx, "Carta a la redacción de *Anales de la Patria*" [fines de 1877], en C. Marx y F. Engels, *ob. cit.*, pp. 64 y 65 (véase apéndice II).

las zonas periféricas y coloniales del capitalismo mundial. No lo hacía para "complacer" a ningún partidario político —como sugiere Bernstein, intentando minimizar la "herejía" teórica de la respuesta a Zasluch—, sino por su propio interés y para su propia investigación. Al extremo que esos materiales permanecieron inéditos. Como parte de esa tarea, se ubican todos los últimos libros de antropología y etnología que tenía al alcance y que pacientemente anotaba en cuadernos, como era su rutina de investigación desde la década del 40 en Francia y del 50 en el Museo Británico, durante su exilio londinense.

¿Cuáles eran los temas que lo obsesionaban en esos apuntes etnológicos y antropológicos para uso propio sin ningún "compromiso" político de por medio?: "Los extractos parten del estudio de *la sociedad primitiva*, que conduce a la historia de la evolución de la humanidad y —a juzgar por el orden de sucesión— prosigue con los problemas del *colonialismo* y del progreso técnico en *la agricultura*". De nuevo nos encontramos aquí con el huracán de problemas y temáticas que se introducen sin permiso en el universo ideológico del último Marx: las sociedades no capitalistas ni modernas, "arcaicas" o "primitivas", el mundo colonial, la agricultura —lo que equivale a decir: el mundo campesino— y el desarrollo histórico. En ese proceso de reformulación de sus antiguas preguntas filosóficas, Marx vuelve al punto de partida, pero lo hace desde una nueva perspectiva: "La antropología en Marx pasó de ser en los escritos primeros una antropología filosófica —en la que la orientación empírico—etnológica tenía una importancia reducida— a una etnología empírica, a la vez revolucionaria y evolucionista, en la que el elemento antropológico filosófico tenía poco peso".⁷⁷ Debemos tomar esta apreciación de Krader con precaución: Marx no abandona nunca la filosofía, sí la filosofía de la historia —ya desde la época de *La ideología alemana*— y ahora la antropología filosófica, pero el nuevo tratamiento historiográfico y en este caso etnológico y antropológico posterior al viraje, lo obliga a revisar sus anteriores convicciones filosóficas asentadas en la idea del progreso. De ahí que no se puede afirmar —como siempre están tentados a hacer los positivistas— que haya abandonado toda filosofía. En todo caso lo que el Marx posterior al viraje hace es rearticular en su *corpus* teórico la relación entre su filosofía de la praxis, su concepción historiográfica del desarrollo histórico multilíneal y su abordaje político del problema nacional-colonial. Los tres elementos —filosofía historiografía y política— están en danza, no abandona ninguno, solo se modifica el orden y la vinculación entre ellos.

Recuperar hoy en día la posibilidad de una nueva articulación entre filosofía, desarrollo teórico y científico, y militancia política constituye una apuesta doble, si la comparamos con la época de Marx. Graves escisiones se han producido entre el desarrollo del marxismo académico y el de la práctica política. Escisiones que no provienen del derrumbe del Muro sino que son muy anteriores, y que tampoco quedan reducidas exclusivamente —como afirma por allí el historiador británico Perry Anderson— al marxismo occidental europeo. También en Argentina y el resto de América Latina se ha producido un divorcio entre teoría y praxis, academia y política, "cientificidad" y compromiso revolucionario. Reconstruir paciente y rigurosamente el modo en que Marx intentó denodadamente hasta el final

⁷⁷ Cfr. Lawrence Krader, "Introducción", *Los apuntes etnológicos de Karl Marx [1880_1883]*, pp. 2 y 3. En esta esclarecedora introducción Krader agrega: "De acuerdo con esta concepción, el desarrollo de la especie humana no se distingue de cualquier otra. Las especies no son estáticas, sino que se hallan sometidas al cambio en virtud de sus propias fuerzas immanentes. En cualquier caso el resultado puede tomar una o muchas formas, *la evolución puede ser unilíneal o multilíneal*". (Ibídem, p. 7.)

de su vida romper el hielo que separa ambos universos, puede ser un acicate más que oportuno en momentos como los que estamos viviendo. Hay que volver a unir lo que el capital —a sangre y fuego— separó. Armas de la crítica y crítica de las armas.

El viraje y la filosofía de la praxis

En esa modificación de los distintos "continentes" y disciplinas con los que operó, Marx reexamina sus propios vínculos, deudas y cuentas pendientes con Hegel, Morgan, Darwin, la escuela histórica del derecho, Maurer y Kowalewski. El gran tema de fondo en su diálogo interno con todos ellos gira alrededor del desarrollo histórico, de la linealidad —desarrollo sucesivo en escalera, con un centro fijo en la Europa moderna y capitalista— o de la pluralidad de líneas alternativas —desarrollo policéntrico, desigual y combinado. En ese particular nudo de encrucijadas teóricas, la cuestión política nacional-colonial y el estudio económico de la periferia del mercado mundial capitalista se entrecruzan con el análisis etnológico de las sociedades "primitivas", el abordaje historiográfico del modo de producción asiático y el sistema "arcaico", *reformulando y contestando en un nuevo nivel las preguntas claves* de la concepción materialista de la historia y la filosofía de la praxis: ¿qué es la historia?, ¿un proceso necesario y natural conforme a leyes predeterminadas?, ¿el devenir de una norma teleológica?, ¿un proceso contingente resultado y producto de la praxis?, ¿puede existir una objetividad de lo social —en este caso, el mercado mundial— al margen de la praxis de las subjetividades —aquí, las sociedades y pueblos colonialmente sometidos?

Analizando los diversos sentidos de la historia para Marx, Fleischer resalta la transformación que se produce en los escritos marxianos a partir de las *Tesis sobre Feuerbach*:

Si Marx podía anteriormente referirse a una «función de la historia» y a una filosofía que se pusiera "al servicio de la historia", *ahora ataca decididamente esa hipóstasis de la historia*: "La historia nada hace, carece toda riqueza anormal", la historia "no combate combate alguno". Es más bien el hombre, el hombre real, vivo, el que hace todo ello, el que posee y lucha: *no es la historia la que utiliza al hombre como un medio, para alcanzar sus fines* —como si fuera una persona separada—, sino que ella no es sino la actividad de los hombres que persiguen sus propios fines [...] ⁷⁸

Ese demoledor bombardeo a la hipóstasis metafísica de la historia que Marx dirige en 1845 desde la filosofía de la praxis, se profundizará aún más a partir del viraje de los años 60, expandiéndose hacia nuevos territorios, abarcando ahora no solo la filosofía sino también la historiografía, la antropología, la etnología y, sobre todo, el análisis político del problema nacional, de la periferia y del colonialismo. La política sigue desempeñando allí un lugar central.

⁷⁸ Cfr. Helmut Fleischer, *Marxismo e historia*, p. 19.

Desde entonces, en su reflexión no solo no hay "Historia" que marche por sí misma como una persona, tampoco hay "Progreso" de la humanidad al margen de la suerte de los pueblos coloniales y oprimidos. Se evapora a partir de allí cualquier posible justificación "marxista" del colonialismo y del imperialismo en aras del desarrollo de "las fuerzas productivas". Aquí Marx no estaba saltando sobre su tiempo, pero sí estaba poniéndose de algún modo a tiro de los nuevos problemas que el siglo XX deparó a los revolucionarios. Particularmente a nosotros, los del Tercer Mundo.

Cuando Marx logra percibir y hacer observable: 1) que no existe una lógica histórica universal al margen de la lucha de clases; 2) que no corresponde a un sujeto autocentrado y privilegiado —el proletariado europeo, urbano y moderno— la responsabilidad de conducir el motor de la historia universal, sino que ese sujeto está en realidad conformado también por las luchas de liberación nacional y social de los pueblos periféricos sometidos; y 3) que el sistema mundial de dominación capitalista solamente puede reproducirse a condición de mantener la explotación y la opresión tanto en el capitalismo central como en su periferia, es que puede entonces terminar de completar las líneas directrices de aquel inicial programa de investigación esbozado y adelantado en 1845.

Esos son algunos de los nexos teóricos que vinculan de un modo inmanente el viraje con *El capital*, con las *Tesis sobre Feuerbach* e incluso con los *Manuscritos de 1844*. Desde que comienza el viraje, hasta sus últimos años de vida se le abre a Marx un nuevo universo de interrogantes, muchas de los cuales no llegó a desarrollar. De ahí que su pensamiento haya quedado en plena ebullición, inacabado y abierto a nuestra reflexión, mal que les pese a los que quisieron encontrar en él un sistema cerrado con todas las preguntas "permitidas" y todas las respuestas contestadas; no un sistema crítico sino uno legitimador, no un impulso a la acción sino una justificación del inmovilismo y la resignación.

La tensión desgarradora en Engels

Ocurrido el fracaso de la revolución europea y no obstante habiendo roto Marx en forma definitiva y explícita desde los 60 hasta su muerte, con el parámetro optimista y eurocéntrico correspondiente a 1848 (al punto de que en sus análisis sobre la comuna rural rusa y su posible tránsito al socialismo ni siquiera menciona al proletariado occidental sino que *hace depender todo el tiempo dicho tránsito de las condiciones internas* de Rusia), el último Engels seguirá fiel al esquema del *Manifiesto* de 1848. A pesar de las advertencias de Eric Hobsbawm, según las cuales "debemos cuidarnos de la tendencia moderna a contrastar a Marx y Engels, generalmente en desventaja de este último"⁷⁹, o las de Manuel Sacristán, para quien "las perjudiciales consecuencias que ello ha tenido [el dogmatismo] para el marxismo son menos imputables a Engels que a las vicisitudes del movimiento obrero y de la construcción del socialismo en la URSS"⁸⁰, no puede hoy desde América Latina eludirse la comparación si evaluamos el

⁷⁹ Cfr. E. Hobsbawm. "Introducción", en C. Marx, *Formaciones económicas precapitalistas*, p. 38.

⁸⁰ M. Sacristán, "La tarea de Engels en el *Anti-Dühring*", en F. Engels, *Anti-Dühring*, pp. XXVII-XXVIII.

notable viraje epistemológico de Marx y su ausencia en Engels. Sobre todo si damos cuenta, siguiendo a Sacristán, de las nefastas consecuencias que esto tuvo para las generaciones posteriores, pues la vulgata priorizó siempre en su sistematización dogmática los trabajos de Engels por sobre los de Marx. Para nosotros, el problema nacional-colonial aquí sí es "la piedra de toque" de la dialéctica histórica y de sus consecuencias políticas.

Por ejemplo, sostiene Engels en 1875 —dos años antes de escribir el *Anti-Dühring* y seis antes de la correspondencia de Marx con Zasulich:

Está claro que la propiedad comunal en Rusia se halla ya muy lejos de la época de su prosperidad y, por cuanto vemos, marcha hacia la descomposición. Sin embargo, no se puede negar la posibilidad de elevar esta forma social a otra superior [...] *Pero ello únicamente podría ocurrir si en la Europa occidental estallase*, antes de que esta propiedad comunal se descompusiera por entero, *una revolución proletaria victoriosa* que ofreciese al campesino ruso las condiciones necesarias para este paso [...] ⁸¹

Casi dos décadas después, y a pesar de que Marx había fijado ya explícitamente su posición crítica hacia la pretendida filosofía de la historia universal de la que se derivaba la centralidad del proletariado europeo, Engels volvía a escribir sobre la posible revolución en Rusia: "Ya solo eso prueba que la iniciativa de semejante transformación de la comunidad rusa *únicamente puede partir del proletariado industrial de Occidente, y no de la comunidad misma*".⁸² Un año antes, en una carta a Danielson, explicitaba aún más este *énfasis eurocéntrico puesto en el "exterior"*, es decir, en *Europa occidental*, y no en la sociedad misma diciendo:

Suscribo sin reservas la carta de nuestro autor [Marx al periódico *Anales de la Patria*, 1877] sobre Zhukovski. Pero para él tanto como para mí, la primera condición que se necesitaba para realizar esto era el *impulso desde el exterior*, el cambio del sistema económico en *Europa occidental*, la destrucción del sistema capitalista en sus países de origen [subrayado de Engels].⁸³

Todavía en 1882 —cuando ya Marx había demolido completamente su anterior justificación eurocéntrica del colonialismo— sostiene Engels que "en rigor, y originariamente todos nosotros pasamos a tomarles tales *simpatías a todas las 'nacionalidades oprimidas'* en la medida en que recién atravesábamos por *el liberalismo y el radicalismo y yo sé cuánto tiempo y estudio me costó desprenderme de ellas, y esto a fondo*".⁸⁴

81 Cfr. F. Engels, "Sobre el problema social en Rusia", en C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, t. II, p. 367.

82 Cfr. F. Engels, "Epílogo para el trabajo 'Sobre el problema social en Rusia'", *Ibidem* p. 374. Ambos artículos —el de 1875 y el 1894— fueron traducidos al ruso por Vera Zasulich.

83 Cfr. "Carta de F. Engels a N. Danielson" [24 de febrero de 1893], en J. Aricó, *Carlos Marx, Nikolai F. Danielson y Federico Engels, Correspondencia 1868-1895*, p. 299.

84 "Carta de F. Engels a E. Bernstein" [22 de febrero de 1882], en Roman Rosdolsky, *Friedrich Engels y el problema de los pueblos "sin historia"*, p. 132. En este inteligente trabajo Rosdolsky demuestra hasta el cansancio que el origen último de esta concepción engelsiana, según la cual los checos, eslovacos, eslovenos, vascos, croatas, serbios, ucranianos, rumanos, austriacos y húngaros eran "pueblos sin historia propia" porque no habían podido crear en el pasado un sistema estatal vigoroso ___ y por lo tanto carecían de viabilidad para obtener su autonomía nacional en el futuro ___, no solo no pertenece a la concepción materialista de la historia sino que además se encuentra en contradicción con ella. Cabe agregar que para Hegel —el verdadero autor de la doctrina— los pueblos latinoamericanos tampoco tenían historia. Incluso Rosdolsky arriesga que el concepto engelsiano de "viabilidad histórica" (solo atribuible a los "portadores del Progreso") se correspondía con el criterio legitimista de la escuela histórica del derecho: "lo que fue, por ignominioso que haya sido, legítima lo que será".

Podemos entonces advertir cómo el último Engels seguía divorciando el materialismo histórico, en tanto teoría de la objetividad científica, de las "simpatías por las nacionalidades oprimidas", es decir, de su interrelación con las subjetividades. La ciencia y la historia marchaban al margen de los pueblos, algo que hoy ya no podemos aceptar. Aún pervivía en él aquel sentido trágico que desgarraba al joven Marx... las "cochinadas inglesas" del colonialismo británico seguían para él siendo reprobables pero al mismo tiempo inevitables. La condena ética asociada a la justificación histórica del colonialismo —propia del Marx de 1853— seguía aún firme en el Engels de 1882. Solo así se explica que hasta el fin de sus días el compañero de Marx depositara sus últimas esperanzas de emancipación universal en el proletariado "culto" de la Europa occidental y que se mantuviera sospechosamente atado al criterio del "progreso" centrado en las "fuerzas productivas" a la hora de evaluar la posibilidad o viabilidad histórica de un pueblo o de una nación oprimida o sojuzgada. El viraje radical emprendido por el último Marx no había trastocado suficientemente el modo anterior de formularse las grandes preguntas de la concepción materialista de la historia por parte de su gran compañero y camarada.

Creemos que la razón más precisa que puede dar cuenta de semejante distancia entre ambos pensadores en sus análisis de la periferia del mercado mundial y del problema nacional y colonial, se ubica en el trasfondo filosófico que los diferenció. Para explicarse por qué Engels no logra romper, a pesar de sus notables esfuerzos (como el de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* sustentado en L. Morgan, donde desaparece el concepto de "modo de producción asiático"), con el paradigma modernista y eurocéntrico es necesario no aislar ni disociar el horizonte político de la perspectiva filosófica que marcó sus últimos trabajos.

La negativa evaluación del último Engels acerca del mundo periférico no occidental y sus potenciales perspectivas de transformación interna —siempre sujetas, según él, a Europa occidental— tiene su anclaje en su particular modo de entender la filosofía del marxismo. ¿O acaso su construcción ontológica —ausente en Marx— desplegada en el *Anti-Dühring* no planteaba que las *leyes necesarias* del "materialismo dialéctico" regían ante todo para la naturaleza y *por derivación y aplicación secundaria* para la historia? ¿O acaso no entendía Engels que la dialéctica histórica —que regía el desarrollo de la sociedad humana— no era más que un subcaso especial de la dialéctica objetiva natural, donde evidentemente el sujeto no cuenta? ¿No se infería de allí que la evolución *necesaria* —ascendente y progresiva, en escalera— de las etapas históricas respondía a una lógica más amplia, la del universo material? No solo había allí implícitamente filosofía logicista de la historia universal. Había incluso algo aún más pernicioso, una filosofía de la naturaleza universal. No iba a ser precisamente esa cosmovisión la que ayudara al pobre Engels a romper con el esquema determinista y unilineal del desarrollo histórico... que Marx había comenzado a demoler pacientemente.

Al igual que Rosdolsky, Bloom también sitúa en Hegel el origen de esta doctrina, pero se la atribuye a Marx solo hacia mediados de 1850: "Puesto que tanto para Marx como para Hegel, historia significa en un sentido más profundo desarrollo, puede decirse que la India y, desde luego, otros países de similares situación (sic) 'no tienen historia en modo alguno, o por lo menos una historia conocida'." (Cfr. S. Bloom. *El mundo de las naciones*, p. 59.)

Y sin embargo Engels...

A pesar de esos innegables límites teóricos, es sin duda un mérito propio de Engels el haber vislumbrado, ya en 1875, que a partir de la abolición de la servidumbre "en Rusia se aproximaba una revolución" (aunque en su opinión esta dependiera en última instancia del eje europeo occidental). Tampoco esa notoria distancia con Marx alcanza a empañar que su entrañable amigo y compañero haya sido el primero de los dos en visualizar —en aquel "genial esbozo", como lo llamara Marx— el lugar fundamental de la economía política entre las ciencias sociales actuales, incentivando a su compinche de luchas políticas y exilios varios a escribir nada menos que los *Manuscritos de 1844*. Y para contrabalancear la crítica en lo que atañe a la cuestión nacional y colonial —hoy ineludible e impostergable, aunque nos pese— tampoco debemos olvidar el papel precursor de Engels en problemáticas como el feminismo y la liberación femenina, la visualización de una corriente cristiana revolucionaria (la de Tomás Munzer) precursora de la teología de la liberación —lectura central para nosotros, latinoamericanos—; el análisis del urbanismo en relación con la acumulación del capital (*La situación de la clase obrera en Inglaterra*, la vivienda, etc.); el análisis mucho más pormenorizado y minucioso del problema militar si lo comparamos con el de Marx; su condena al reformismo, a pesar de la censura con que la dirección de la II Internacional se ensañó con algunos de sus últimos folletos; etc. Una personalidad descollante que, sin alcanzar el brillo de Marx y a pesar de sus errores en la problemática que venimos analizando, no deja por eso de seguir proporcionando sugerentes filones críticos y revolucionarios para la investigación social y filosófica contemporánea y para la práctica política. Como si todo ello no bastara, nunca serán suficientes los libros que se escriban para describir la estatura moral y la ética política revolucionaria que caracterizó la amistad y la colaboración de Engels con Marx. No solo porque jamás hubo entre los dos competencia personal alguna —Engels nunca se cansó de reconocer el mayor talento de Marx, mientras este le respondía que "yo siempre he ido un paso atrás de ti"— sino, además, porque Engels colaboró hasta límites increíbles con el sustento de la familia Marx. Sea escribiendo artículos que firmaba y cobraba Marx o incluso en situaciones extremas y límites, como cuando murió la compañera de Engels... mientras Marx le pedía dinero para poder alimentar a su carenciada familia. Ese tipo de entrega y silenciosa colaboración solo fue posible por la meta que los unió: la defensa incondicional de los oprimidos y la lucha revolucionaria por el comunismo.

La nueva racionalidad histórica

Intentemos finalmente captar *la nueva racionalidad global* que articula las múltiples transformaciones provocadas por el viraje, representándolas unificadamente de un solo vistazo. La profunda revisión interna del paradigma político juvenil implicó entonces en Marx: 1) una crítica de toda filosofía logicista universal de la historia, de toda receta y canon apriorista suprahistórico; 2) la prescripción de basar todos los análisis historiográficos y antropológicos en investigaciones empíricas; 3) el rechazo al

evolucionismo unilineal y la adopción de una concepción historiográfica multilínea o pluricéntrica; 4) la apertura hacia el protagonismo compartido de múltiples subjetividades en la lucha de clases mundial (fundamentalmente, al lado del proletariado metropolitano, el campesinado de las comunas rurales y los pueblos sometidos y colonizados); 5) la posibilidad de que la práctica de estos nuevos sujetos colectivos periféricos sobredeterminara la propia lucha interna dentro de la nación opresora; 6) el abandono de la categoría hegeliana de "pueblos con o sin historia"; 7) la condena del colonialismo y el expansionismo capitalista ya no solo en términos de indignación ética sino principalmente en términos de racionalidad histórica; 8) la complejización de la noción filosófica de "progreso", resignificándola no desde las "fuerzas productivas" sino desde la perspectiva autónoma de los pueblos y sectores sociales agredidos y oprimidos; 9) el cuestionamiento radical de la dicotomía moderna: Oriente-campo-barbarie *versus* Occidente-ciudad-civilización, admitiendo la pluralidad y coexistencia de múltiples civilizaciones; 10) la visualización de la asimetría que rige el nexo clase-nación en los países capitalistas "maduros" y desarrollados y en los periféricos y "atrasados"; y 11) la crítica de todo determinismo histórico y de la concepción del desarrollo etapista "en escalera", permitiéndole elaborar de este modo una visión del desarrollo capitalista mucho más flexible, dando cuenta al mismo tiempo de la combinación de relaciones sociales desiguales, tanto dentro de cada formación social capitalista como a escala mundial.

Las consecuencias teóricas que se deducen de la adopción de esta nueva racionalidad histórica remiten al problema del corte o la continuidad en la reflexión teórica marxiana. El descentramiento de la mirada, la apertura de los problemas de índole teórica y la transformación conceptual que el viraje iniciado por Marx provoca en su *corpus* teórico implican: 1) una paulatina ruptura en el nivel político con la visión eurocéntrica (en el mejor de los casos, humanista-universalista-cosmopolita) que suscribía en su juventud, al mismo tiempo que 2) una profundización y radicalización del tipo de racionalidad filosófica propuesta por Marx a partir de las *Tesis sobre Feuerbach*, en lo que atañe a la mutua interdependencia de la objetividad y la subjetividad, de la lógica histórica que rige el devenir de la realidad y de la praxis perteneciente a la subjetividad que la constituye. Un doble movimiento que a un tiempo apunta a la ruptura y a la radicalización política en una misma línea de continuidad filosófica. O, para decirlo con otras palabras, una quiebra política en función de una profundización teórica. Política y teoría se tornan aquí una pareja inseparable, unida con múltiples niveles diferenciados pero siempre interconectados. No hay en ningún momento —de ahí vienen las tensiones y "crisis" internas en vida del propio Marx— ni investigación pura ni política empirista.

La complejización de su análisis del problema nacional—colonial implica una nueva ruptura teórica y política que en definitiva le permite a Marx estar a la altura del programa epistemológico y filosófico que audazmente había aventurado en su juventud. La plena asunción de la filosofía y la epistemología de la praxis que él mismo había fundado lo condujo, en medio de un tenso y angustiante cruce con la realidad política de su época (atravesada por guerras, colonialismo, revoluciones y restauraciones, incipiente organización de los revolucionarios, etc.), a reexaminar su propia visión histórica y el tipo de racionalidad que la fundamentaba. Marx llegó a superar —esta es nuestra conclusión— la tensión de sus escritos juveniles entre su concepción historicista y praxiológica del decurso histórico y la

fuerte tonalidad europeísta que aun sobre su protesta antimoderna la obstaculizaba y ocluía en sus fueros más íntimos. Una tensión que en cambio quedó dramáticamente irresuelta en los escritos engelsianos.

Hoy en día, cuando las nuevas "ortodoxias" globalizadas y eurocéntricas han pasado a manos de los moderados, los timoratos, los ilustrados bienpensantes, los pragmáticos "realistas" y, sobre todo, los mediocres, cuando las industrias culturales hegemónicas nos recomiendan clausurar la revolución, archivar los sueños y encarpetar con doble tapa las pasiones, Marx tiene mucho que decirnos. Mucho más incluso que en su propia época.

El marxismo latinoamericano —no el marxismo importado y divulgado en América Latina— debe entonces reapropiarse de su obra. Sus categorías no están perimidas, siguen siendo subversivas del "orden" existente (el inflexible odio que aún genera en los poderosos del planeta constituye una clara expresión de ello). Violentemos todos los obstáculos epistemológicos, culturales y políticos que aún hoy nos siguen impidiendo acceder a ese núcleo metodológico crítico, fáustico y dionisiaco, disruptivo y creador. No nos acerquemos desde afuera, desde una relación externa, como observadores neutrales, fríos e imparciales, de una teoría más entre tantas. Tomemos partido: Marx es nuestro. Si hasta el día de hoy nos lo habían expropiado, proscrito, mutilado, despolitizado y momificado, recuperémoslo de una vez y conquistémoslo para que el marxismo pueda estar a la altura de las nuevas tareas con que nos desafiará la revolución mundial en el siglo XXI.

Cuando llegue ese momento, a pesar de todas las tragedias, todas las penas, todos los olvidos, todas las traiciones, nos enfrentaremos a nuestros enemigos de siempre (y a los nuevos que pudieran surgir). No es seguro que esta vez los expropiados podrán vencer el terror y expropiar a los expropiadores. Pero lo que sí es seguro es que habrá nuevas batallas. Con la obligada carga de pesimismo que nos impone la memoria de nuestros muertos, nuestros torturados, nuestros desaparecidos, pero con el irrenunciable optimismo de la voluntad, allí nos encontraremos.

José Aricó, «Pasado y Presente» y los gramscianos argentinos

Néstor Kohan

Antonio Gramsci [1891-1937], uno de los principales pensadores políticos a nivel mundial, marcó a fuego a importantes sectores de la cultura del sur de América. Sus libros se conocieron antes en Argentina que en Inglaterra, Francia, Alemania o EEUU. Un número no pequeño de debates, polémicas y emprendimientos editoriales estuvo impregnado por su reflexión teórica. Sus enseñanzas continúan hoy en día inspirando a nuevas generaciones.

Abordando esa persistente influencia, el investigador argentino (radicado en Brasil) Raúl Burgos acaba de publicar su tesis doctoral **Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente** [Buenos Aires, Siglo XXI, noviembre de 2004]. Mientras analiza algunos avatares de la cultura socialista y las disputas por la herencia de Gramsci en Argentina, el libro se centra en la figura de José María “Pancho” Aricó [1931-1991] y su grupo intelectual, del que también forma parte Juan Carlos Portantiero. Burgos rastrea el itinerario de los (auto)denominados “gramscianos argentinos”, tal el nombre con que el grupo de *Pasado y Presente* su bautizó en la pluma de Aricó.

Dificultades historiográficas

La investigación de Raúl Burgos constituye un proyecto demasiado amplio y ambicioso para un solo libro. No obstante, aporta abundantes datos, entrevistas e información valiosa sobre dicha experiencia. Su hipótesis de fondo —una de las más discutibles— presupone una continuidad ininterrumpida de *Pasado y Presente* a lo largo de cuatro décadas. La homogeneidad en el grupo estaría dada por el vínculo entre cultura y política, pero las opciones ideológicas que separan el nacimiento y el final son demasiado disímiles.

Para poder defender esa hipótesis, la reconstrucción de Burgos termina excesivamente apegada a la historiografía oficial que los protagonistas construyeron a posteriori sobre sí mismos. Adoptando ese punto de vista como criterio casi excluyente, Burgos toma abierto partido por las justificaciones tardías de Aricó y Portantiero. Por ejemplo, en la segunda mitad del texto, cada vez que se hace referencia a las posiciones radicalizadas aparecen invariablemente comillas: izquierda “revolucionaria”. Pero la ironía y las comillas desaparecen cuando se escribe: izquierda democrática.

Aricó, un intelectual militante, autodidacta y sin título

A diferencia de los que se aferran a los títulos y membretes académicos y no pueden balbucear ni siquiera dos ideas propias, Aricó, máximo inspirador del grupo en cuestión, nunca terminó una carrera universitaria. Fue un apasionado militante. Un autodidacta brillante. Un lector voraz. Un cerebro en acción. Quizás por esa forma juvenil de vincular la teoría con la pasión política contrariando las normas que regían el campo intelectual es que

logró ir construyendo un pensamiento propio. Incluso de viejo, habiendo cambiado totalmente sus opciones políticas radicales, seguía entusiasmándose cuando los jóvenes militantes se le acercaban para consultarlo por temas del socialismo. Nos consta.

Agosti, la tragedia del maestro

La primera difusión argentina y latinoamericana de Gramsci comienza con Héctor Pablo Agosti [1911-1984] quien edita las cartas del italiano en 1950 y los **Cuadernos de la cárcel** entre 1958 y 1962, mucho antes que en las principales capitales del mundo. Con su **Echeverría** [1951] Agosti inicia la recepción productiva de Gramsci. Distante del revisionismo histórico, rosista-peronista, y del liberalismo antiperonista, *Echeverría* no glosa al italiano ni es un manual introductorio. Allí Agosti utiliza sus categorías para comprender la cultura nacional del siglo XIX y “la impotencia política de la burguesía argentina”, en el XX. Concluye que “se agotó el papel histórico de la burguesía argentina”, pues “esta clase nace desvalida de impulsos desde antes de emprender la marcha”.

Interlocutor de Henri Lefebvre, con quien se carteaba, Agosti fue el “padrino” intelectual del joven Portantiero. Aricó, que vivía en Córdoba, se vinculó con él poco después. Ambos fueron alentados por Agosti, director de *Cuadernos de Cultura*, donde los dos jóvenes comenzaron a escribir. En esa mítica revista comunista, en 1957, Aricó arremetió duramente contra Rodolfo Mondolfo. En 1960 Portantiero hizo lo mismo escribiendo contra la nueva izquierda.

Pero los jóvenes discípulos se hartaron del stalinismo. Buscaron nuevos rumbos. Así nació —todavía dentro del PCA— *Pasado y Presente*, lo que motivó la expulsión de todo el grupo. El maestro, en cambio, se quedó a mitad de camino. No se animó a enfrentar a Victorio Codovilla y a Rodolfo Ghioldi, los principales dirigentes del PC. En ese gesto Agosti sacrificó lo más sugerente de su brillante reflexión.

Nace *Pasado y Presente*

Rompiendo con todas las normas y violentando las jerarquías establecidas, Aricó, Portantiero, Oscar del Barco, Héctor Schmucler y otros jóvenes brillantes fundan una revista que hará época. Frente a la cristalización dogmática y sectaria y los peores prejuicios antintelectualistas, promovieron la libertad de discusión y una aproximación abierta al marxismo heterodoxo, permitiendo que éste dialogara con lo más avanzado de la cultura de la época. Gramsci era el guía, mediado por la influencia de la revolución cubana, el Che Guevara y la ruptura chino-soviética. De fondo, el refinado marxismo italiano ejercía su seducción.

Al abrirse a través de Gramsci a la galaxia de la nueva izquierda *Pasado y Presente* marcó un derrotero para la radicalización de varios núcleos intelectuales que pasaron de la moderación del PCA a la experiencia de la lucha armada.

Del partido comunista a la guerrilla

Uno de los aspectos menos conocidos de la trayectoria de Aricó y su grupo es su pasaje por las posiciones del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), dirigido en la provincia norteña de Salta por el periodista argentino Jorge Ricardo Masetti. El EGP respondía a la dirección política del Che Guevara, quien planeaba regresar a la Argentina. Burgos aporta datos valiosísimos sobre este vínculo orgánico entre *Pasado y Presente* y el EGP. Aunque no figura en el libro, algunos de sus antiguos compañeros recuerdan que Aricó marchó a entrevistarse personalmente con Masetti. Casi se ahoga al cruzar un río de corriente rápida. Se quedó atado a un árbol y el agua le llegó hasta el pecho.

Tras la derrota del EGP y la muerte de Masetti, *Pasado y Presente* realiza un viraje teórico. Comienza a enfatizar la autonomía obrera retomando el consejismo por sobre la guerra revolucionaria. Pero ese viraje no fue mediado por una explicación sobre el cambio de orientación. Ya en esa oportunidad emerge al primer plano una constante de este colectivo intelectual.

La falta de autocrítica

Aunque en líneas generales sigue al pie de la letra la interpretación oficial del grupo de Aricó, en un pasaje puntual Burgos toma una distancia importante. Cuestiona la ausencia de autocrítica en los intelectuales de *Pasado y Presente*. Señala el tránsito del cuarto editorial, donde se apoya la insurgencia del EGP, al predominio posterior de una línea obrerista clásica. El lector puede pensar que fue un error circunstancial. Sin embargo, refiriéndose más adelante al apoyo a Raúl Alfonsín de los '80, Burgos llega a idéntica constatación. Allí describe las mutaciones y virajes políticos del grupo caracterizados por un modo "autocomplaciente que consiste en criticar posiciones asumidas como si no hubiesen sido propias, sin mencionar la responsabilidad por las mismas y sus consecuencias". La falta de autocrítica tras cada mutación, el ir saltando de posición en posición (siguiendo la onda de momento), sin la necesaria explicación intermedia, no quedó limitada al cuarto editorial de *Pasado y Presente*. Fue un modus operandi de mayor alcance.

La Rosa Blindada, prima hermana de Pasado y Presente

En la tesis doctoral de Burgos resulta notoria la ausencia de la otra gran revista emblemática de los '60, paralela a *Pasado y Presente* (también expulsada del PC). Se trata de *La Rosa Blindada*, dirigida por José Luis Mangieri, que no es mencionada ni una sola vez en las 430 páginas del texto. Cabe recordar que *La Rosa Blindada* editó en Argentina no sólo libros de Antonio Gramsci sino también textos sobre su obra. Además, Pancho Aricó colaboró estrechamente con Mangieri y llegó a preparar volúmenes enteros de esa editorial y otros sellos por él dirigidos (por ejemplo ediciones Del Siglo). Todo esto Burgos, centrado en Aricó, ni lo menciona. Sin embargo, sin *La Rosa Blindada*, no se puede comprender a fondo el contexto de *Pasado y Presente*.

Esta omisión inexplicable —la principal de toda la investigación— se complementa con otros silencios, como las investigaciones del CICSO (Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales) cuyos libros y cuadernos utilizaban a Gramsci desde un ángulo sociológico distinto al de Portantiero y

Aricó. Tampoco aparecen en la bibliografía textos producidos en Argentina donde se estudia a Gramsci, a *Pasado y Presente* o a la obra de Aricó desde una perspectiva distinta a la versión historiográfica oficial del Club de Cultura Socialista.

A la búsqueda de un sujeto

En su primera época *Pasado y Presente* publica nueve números. El último en septiembre de 1965. Con la crisis de la revista se consolida la decisión de no formar una agrupación política propia (como intentó hacer Portantiero, recién expulsado del PC, con Vanguardia Revolucionaria-VR). Se abre entonces la búsqueda desenfrenada de su propio perfil, a mitad de camino entre la política y la cultura. El grupo termina de perfilarse como proveedor de ideología, portador de ideas sin sujeto, consejero a la distancia y, en definitiva, corriente organizada de opinión. Quizás gran parte de los sinsabores, equívocos y amarguras que este segmento intelectual fue padeciendo en sus sucesivas —heteróclitas y hasta encontradas— apuestas políticas tengan que ver con ese deambular en busca de un escurridizo sujeto político. Alguien que escuchara sus consejos ideológicos y les permitiera mantener autonomía cultural. Aunque esos disgustos fueron muchos, sin duda el mayor de todos se debió a los tropezones del gobierno de Alfonsín que ellos fielmente acompañaron.

Las editoriales de Aricó

El cierre de la revista en 1965 y el aplastamiento que la dictadura del general Juan Carlos Onganía le impuso a la cultura no alcanzaron para aplacar la voluntad de José Aricó. Así fundó primero EUDECOR (Editorial Universitaria de Córdoba) y luego GARFIO (nombre irónico sobre las ediciones piratas e ilegales que se hacían).

De allí en más, a partir de marzo de 1968, nacen los legendarios Cuadernos de Pasado y Presente. Sin duda el aporte más importante y perdurable. Se publicaron en total 98 títulos marxistas, todos heterodoxos y radicales. Gracias a esa labor se formaron varias generaciones de militantes y académicos de América y España (donde se difundían clandestinamente). En los principales países de América latina nunca faltan intelectuales que recuerden cuánto pudieron estudiar gracias a estos memorables y míticos cuadernos.

Más tarde, nace la editorial Signos y luego Siglo XXI Argentina. En esta última aparecerá una impecable edición crítica de ***El Capital*** de Marx que supera las ediciones en muchos otros idiomas. Aricó lo publicó en nueve volúmenes (ocho más un noveno con el capítulo sexto inédito). También por este sello, Aricó dirigió la Biblioteca del pensamiento socialista, con los clásicos más importantes de la izquierda a nivel mundial.

La patria socialista

Uno de los tramos mejor logrados del libro de Burgos está centrado en el debate entre Cátedras nacionales (peronistas) y Cátedras marxistas a comienzos de los '70. En ese marco de radicalización de la intelectualidad, Aricó y Portantiero se vinculan con Montoneros y las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias).

Con el triunfo del presidente peronista Cámpora en 1973, regresa fugazmente la revista *Pasado y Presente*. Lo hace apoyando teóricamente al obrerismo consejista (del joven Gramsci) y políticamente a Montoneros.

Paradójicamente, aunque en 1973 ellos defendían la centralidad social de la fábrica, no eran los Montoneros –de origen mayoritariamente estudiantil— quienes hegemonizaban la lucha sindical antiburocrática sino principalmente las corrientes clasistas de izquierda (desde Agustín Tosco y René Salamanca hasta los sindicatos clasistas SITRAC-SITRAM).

Genocidio y exilio

Y vino la represión, el peor golpe de Estado de la historia argentina y el brutal genocidio de nuestro pueblo. El grupo de Aricó se exilia en México en mayo de 1976. Allí se incorporan a la universidad y a la editorial Siglo XXI. Todavía mantenían posiciones de izquierda radical (véase al final de esta nota apéndice con un texto de Aricó correspondiente al año 1977).

Durante el exilio, Aricó aprovecha para investigar. Produce dos excelentes estudios: una extensa introducción a **Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano** (junio de 1978) y **Marx y América Latina** (marzo de 1980).

Ambas relecturas seguían inspirándose en la heterodoxia del marxismo. Recuperando a Mariátegui, el principal marxista de América Latina anterior a Ernesto Guevara, Aricó profundiza su crítica al positivismo. Lee al peruano trazando un paralelo con Gramsci. Su rescate resulta de lectura obligatoria. En el caso de Marx, indaga sobre los obstáculos que le impidieron comprender mejor a Simón Bolívar y a la historia latinoamericana, a pesar de haber roto con el europeísmo. Este texto también es imprescindible.

Eurocomunismo y socialdemocracia

Por esos años, la izquierda en México recibe el impacto de la izquierda moderada europea (principalmente del eurocomunismo de Italia, Francia y España pero también de la socialdemocracia), en crisis por sus frustraciones electorales.

En el grupo de Aricó y Portantiero comienza a ganar terreno el rechazo de toda opción radical. Moderación creciente acompañada por el distanciamiento de la otrora admirada Cuba.

Aunque Burgos se permite algunas pocas observaciones críticas, su investigación se mimetiza con su objeto de estudio y termina siendo condescendiente con este viraje político. Tratando de rechazar las impugnaciones que Pablo González Casanova, Atilio Borón, James Petras, Agustín Cueva y otros destacados científicos sociales realizaron frente a esa impactante mutación política, Burgos intenta amalgamar procesos sumamente distintos.

Por ejemplo, asimila la reevaluación sobre Marx y Mariátegui con la conversión socialdemócrata. Como si de esos libros de Aricó —originales en el plano analítico— se dedujera... el apoyo entusiasta a Felipe González o Raúl Alfonsín.

Las Malvinas y la dictadura militar

La reflexión teórica de alto vuelto sobre Marx, Mariátegui y el socialismo latinoamericano no tuvo equivalencia cuando se trataba de cuestiones políticas más mundanas.

Así lo corroboró León Rozitchner en su libro **Las Malvinas: de la guerra "sucias" a la guerra "limpia"** (Caracas, 1982) donde crítica sin piedad el fervor con que el grupo de Aricó y Portantiero apoyó desde México la guerra

de Malvinas. Años más tarde, en la revista *Punto de vista* (N°28, 1986), Emilio de Ipola, uno de los miembros del grupo de Aricó, reconoció que la crítica de Rozitchner era justa.

Rozitchner permite observar lo que ya había sucedido en *Pasado y Presente* ante la derrota del EGP, el apoyo a Montoneros y otras mutaciones similares: la falta de autocrítica. Rozitchner afirmó: “Un intelectual tendría que dar cuenta de sus tránsitos y sus desvíos, para que comprendamos sus nuevas propuestas. Si lo explicara, ayudaría a comprender un poco mejor en qué estamos, y podría ayudarnos también a comprender nuestras propias dificultades en el pasado, como quizás comprender también las suyas”. Aunque Burgos termina cediendo a la historia oficial del grupo, no deja de reconocer la justeza de esa crítica.

Alfonsín, la obediencia debida y el punto final

Burgos trata de defender la nueva moderación política del grupo postulando un supuesto descubrimiento teórico: la “cuestión democrática”. Se abre entonces el interrogante: ¿es posible conjugar democracia y socialismo?

La izquierda radical cree que sí, pero con la condición de no sacrificar el socialismo en el altar de los capitalismo periféricos. En sociedades como la Argentina, luego de la retirada ordenada de los dictadores derrotados en Malvinas, las instituciones políticas emergieron completamente subordinadas a la lógica neoliberal. El acuerdo entre los viejos partidos tradicionales y los militares fue su garantía.

Desconociendo esas debilidades estructurales de nuestra democracia, el grupo de *Pasado y Presente* (transformado al regreso del exilio en Club de Cultura Socialista) construyó diversos relatos legitimantes. Postuló un supuesto “pacto democrático” (basado en el puro consenso y en un pretendido “contrato”) cuando en realidad lo que existió en los países del cono sur latinoamericano fue una imposición de fuerza que instaló el modelo neoliberal a sangre y fuego. La supervivencia de ese modelo no ha sido producto de ningún “contrato”. Gran parte de las falencias estructurales de nuestro régimen institucional —repudiadas en el popular “que se vayan todos”— son hijas no deseadas de esa gestación forzada.

Pero el Club de Cultura miró para otro lado. Se empeñó en apoyar aún más al gobierno de Alfonsín, formando parte del “grupo Esmeralda”, junto con otros consejeros presidenciales. Y en esa actitud se jugaron a fondo avalando incluso las leyes de obediencia debida y punto final que garantizaron la impunidad para los crímenes militares. Coherentemente, algunos miembros del Club terminaron decretando, a espaldas de lo mejor que produjeron en su juventud, el supuesto “declive” de Antonio Gramsci...

Beneficio de inventario y nuevos desafíos

Catorce años después de la muerte de Aricó, se torna necesario hacer un balance. El libro de Burgos puede ayudar, aunque quizás sea demasiado apologético.

La distancia transcurrida permite un beneficio de inventario con aquel Aricó de la vejez que archivó la rebeldía juvenil y la originalidad gramsciana en aras de la “governabilidad” y los fantasmagóricos “pactos institucionales”.

Aunque ese Aricó sea hoy olvidable, existen enseñanzas de su juventud que siguen palpitando: su actitud mental, su modo de ubicarse en el mundo de la política, la cultura y el campo intelectual.

Aprendiendo del joven Aricó, que reflexionó contra las normas y jerarquías instituidas, las nuevas generaciones tienen el desafío de pensar a contramano de la sociedad oficial. Estudiar, como aquellos jóvenes brillantes de *Pasado y Presente* y *La Rosa Blindada*, no para tener un título o curriculum ni publicar para ganar plata, sino para cambiar el mundo. Dejar de estar pendientes de la palmadita en la espalda de los que tienen prestigio y carné social. No esperar el permiso de las Academias, los grandes monopolios de la comunicación o las fundaciones para vincularse orgánicamente con las clases explotadas y subalternas y sus nuevas experiencias de rebeldía. Principalmente con las vertientes radicales del movimiento piquetero, el sindicalismo crítico de la burocracia sindical o las fábricas recuperadas por los trabajadores. Allí está el rumbo para las nuevas camadas de gramscianos y gramscianas de nuestros días, críticos tanto del progresismo liberal como del nacional-populismo.

Aunque eso genere incomodidad, disgusto, desprecio, sorna, ironía o hasta indiferencia en los apellidos consagrados del mundillo intelectual. Estamos seguros que el joven Pancho Aricó compartiría esta opinión y se entusiasmaría como un loco ante los desafíos que nuestra sociedad presenta a las nuevas generaciones que se inspiran en Antonio Gramsci.

[Este trabajo fue publicado, en una versión resumida y editada, por el diario argentino *Clarín* en su revista de cultura "Ñ" Nro.71, el 5 de febrero de 2005. páginas 10 y 11. Fue escrito a propósito de la aparición de **Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente**, tesis doctoral de Raúl Burgos (Buenos Aires, Siglo XXI, noviembre de 2004)].

Apéndice

Un texto "olvidado" de José Aricó sobre Ernesto Che Guevara

Los siguientes fragmentos constituyen un texto sumamente expresivo de Aricó e injustamente olvidado por la historiografía oficial del Club de Cultura Socialista (a pesar de lo exhaustivo del libro **Los gramscianos argentinos** de Raúl Burgos allí ni siquiera se lo menciona).

En él aparece nuevamente el paralelo entre los dos grandes amores de juventud de Aricó: el Che Guevara (a quien conoció personalmente en La Habana) y Antonio Gramsci. Está fechado en México, el 8 de octubre de 1977 y sirvió como prólogo a una antología de Guevara realizada por el gramsciano argentino.

"Queremos reivindicar la figura de un dirigente revolucionario, poseedor de una experiencia no por breve menos rica, de un conocimiento de la teoría no por heterodoxa menos profunda, de una ética no por utópica menos realizable. Queremos mostrar que en su etapa de revolucionario «constructivo» de la nueva sociedad, Guevara supo partir de una concepción clara de lo que se debía y podía lograr y de un conocimiento adecuado de los medios a los que era preciso apelar para conquistarlo. Es posible que sea aún prematuro pensar en la reconstrucción científica y no apologética del pensamiento de Guevara, y que resulte inevitable la etapa presente de exaltación de su ejemplo, de su intransigencia revolucionaria, de sus esperanzas en un hombre nuevo. Es demasiado profundo el sacudimiento que provocó su presencia en la conciencia de los latinoamericanos y de todos los oprimidos del mundo como para que pueda abrirse paso con facilidad el juicio ponderado y justo de la validez de su acción y de su pensamiento. Pero debemos reconocer que ésta sigue siendo

una deuda que todos tenemos con él y con la revolución latinoamericana. Porque no se trata simplemente de ajustar cuentas con un pasado, de arribar a un juicio histórico que nos permita explicar, sin mentirnos a nosotros mismos, el sentido de todo lo que ocurrió. El Che murió defendiendo la causa de los explotados y de los oprimidos de este continente y del mundo entero, sacrificó su vida en la realización de un proyecto de nueva sociedad que aún debe ser conquistado. Comprender su pensamiento y acción es también analizar los problemas que hace aflorar la revolución aquí y en el mundo, reconocer las dificultades que debe sortear el socialismo para ser real y no formal. En un momento de crisis y de perplejidades, el rescate del Che representa una toma de partido que divide tajantemente las aguas, que define claramente los campos. Adoptar el partido del Che significa reafirmarse en la convicción de que el socialismo y el hombre nuevo siguen siendo objetivos realizables, por los que vale la pena la lucha y el sacrificio. Cuando se quiere identificar al socialismo con la barbarie y se descrece de la capacidad de los hombres de liberarse de las lacras del capitalismo para alcanzar una sociedad sin clases, igualitaria y libre, el pensamiento del Che se revela como el antídoto de la decepción, como esa sabia conjunción de pesimismo de la conciencia y de optimismo de la voluntad que reivindicaba Gramsci como lema de todo revolucionario cabal.

Frente a la socialdemocratización que amenaza disgregar la esperanza socialista en el mundo y empantanarla en una **realpolitik** devoradora, el ejemplo del guerrillero heroico, del «compañero ministro», del internacionalista sin prejuicios ni chovinismos, del comunista integral, seguirá siendo por muchos años un patrimonio a defender”.

La gobernabilidad del capitalismo periférico y los desafíos de la izquierda revolucionaria

Néstor Kohan

(Cátedra Che Guevara – Colectivo Amauta)

Crisis orgánica y revolución pasiva: el enemigo toma la iniciativa

Desde Marx y Engels hasta Lenin, Trotsky y Mao, desde Mariátegui, Mella, Recabarren y Ponce hasta el Che Guevara y Fidel, gran parte de las reflexiones de los marxistas sobre la lucha de clases han girado en torno a la necesidad de asumir la iniciativa política por parte de los trabajadores y el pueblo.

Pero ¿qué sucede cuando la iniciativa la toman nuestros enemigos? ¿Qué hacer cuando los segmentos más lúcidos de la burguesía intentan resolver la crisis orgánica de hegemonía, legitimidad política y gobernabilidad apelando a discursos y simbología “progresistas”, poniéndose a la cabeza de los cambios para desarmar, dividir, neutralizar y finalmente cooptar o demonizar a los sectores populares más intransigentes y radicales?

Para pensar esos momentos difíciles, tan llenos de matices, Gramsci elaboró una categoría: la “revolución pasiva”. La tomó prestada de historiadores italianos, pero le otorgó otro significado.

La revolución pasiva es para Gramsci una “revolución-restauración”, o sea una transformación desde arriba por la cual los poderosos modifican lentamente las relaciones de fuerza para neutralizar a sus enemigos de abajo.

Mediante la revolución pasiva los segmentos políticamente más lúcidos de la clase dominante y dirigente intentan meterse “en el bolsillo” (la expresión es de Gramsci) a sus adversarios y opositores políticos incorporando parte de sus reclamos, pero despojados de toda radicalidad y todo peligro revolucionario. Las demandas populares se resignifican y terminan trituradas en la maquinaria de la dominación.

¿Cómo enfrentar esa iniciativa? ¿De qué manera podemos descentrar esa estrategia burguesa?

Resulta relativamente fácil identificar a nuestros enemigos cuando ellos adoptan un programa político de choque o represión a cara descubierta. Pero el asunto se complica notablemente cuando los sectores de poder intentan neutralizar al campo popular apelando discursivamente a una simbología “progresista”. En esos momentos, navegar en el

tormentoso océano de la lucha de clases se vuelve más complejo y delicado...

Dentro de ese conglomerado de olas y mareas políticas que se entrecruzan, no todo aparece tan nítidamente diferenciado ni delimitado como pudiera suponerse. En la actual coyuntura política latinoamericana verificamos, por ejemplo, una notable diferencia entre Cuba, Venezuela y posiblemente Bolivia (en este caso particular no tanto por las moderadas posiciones políticas de su presidente sino más que todo por los poderosos movimientos sociales que tiene por detrás), por un lado; con Chile, Argentina, Brasil y Uruguay, por el otro.

Si Cuba y Venezuela encabezan la rebeldía contra el imperio, el segundo bloque de naciones —ubicado en el cono sur de nuestra América— expresa más bien cierto aggiornamento del modelo neoliberal. En este sentido, aunque cada sociedad particular tiene sus propios desafíos, existen problemáticas generales que bien valdría la pena repensar, eludiendo los cantos de sirena embriagadores —por ahora hegemónicos— que hoy pretenden reactualizar las viejas ilusiones reformistas que padecimos hace tres décadas atrás y que tanta sangre, tragedia y dolor nos costaron. En el caso de Argentina, Chile, Brasil y Uruguay ya no se trata hoy en día del añejo y deshilachado “tránsito pacífico” al socialismo sino, incluso, de una propuesta muchísimo más modesta: la reforma del capitalismo neoliberal en aras de un supuesto “capitalismo nacional” (en la jerga de Kirchner) o “capitalismo a la uruguaya” (para Uruguay) y así de seguido. Hasta el tímido socialismo del “tránsito pacífico” se diluye y el horizonte se estrecha con los vanos intentos por endulzar al capitalismo y volverlo menos cruel y salvaje...

En esta situación compleja, en el cono sur latinoamericano asistimos a un difícil desafío: pensar desde el marxismo revolucionario no en la inminencia del asalto al poder o de ofensiva abierta de los sectores populares, sino en aquellos momentos del proceso de la lucha de clases donde el enemigo pretende mantener y perpetuar el neoliberalismo de manera sutil y encubierta. No lo pretende hacer de cualquier manera. Paradójicamente, las clases dominantes intentan resolver su crisis orgánica, garantizar la gobernabilidad y mantener sus jugosos negocios enarbolando nuestras propias banderas (oportunamente resignificadas). Resulta más sencillo enfrentar y golpear a un enemigo frontal que intenta aplastarnos enarbolando banderas neoliberales y fascistas (el caso emblemático de Pinochet en Chile y Videla o Menem en Argentina es arquetípico). Pero deviene extremadamente complejo responder políticamente cuando el neoliberalismo se disfraza de “progre”, continúa beneficiando al gran capital en nombre de “la democracia”, los “derechos humanos”, la “sociedad civil”, el “respeto por la diversidad”, etc., etc., etc.

Estos procesos y mecanismos de dominación política utilizados en la actualidad por las clases dominantes del cono sur latinoamericano y sus amos imperiales se asientan en una prolongada y extensa tradición previa.

No han surgido por arte de magia. Sólo constituyen un “enigma irresoluble” si, como tantas veces nos sugirió el posmodernismo, hacemos abstracción de nuestra historia nacional y continental.

La revolución pasiva en la historia de América latina

Durante el siglo XIX, a lo largo de la conformación histórica de los estados-naciones latinoamericanos, se entabló una singular relación entre Estado y sociedad civil. A diferencia de algunos esquemas mecánicos y simplistas, supuestamente “marxistas”⁸⁵, en América latina la relación entre sociedad civil y Estado ha sido en gran medida diferente al proceso de las sociedades europeas⁸⁶.

Entre nosotros, en no pocas oportunidades, el Estado no fue un producto posterior que venía a reforzar una realidad previamente constituida sobre sus propias bases sino que, por el contrario, contribuyó de manera activa a conformar sociedad civil. No puede explicarse, por ejemplo, la inserción subordinada y dependiente de las formaciones sociales latinoamericanas en el mercado mundial durante el siglo XIX si se desconoce la mediación estatal. No puede comprenderse el proceso genocida de los pueblos originarios de nuestra América, el robo, la expropiación de sus tierras y la incorporación de la producción agrícola o minera al mercado mundial si se prescinde del accionar estatal. No puede entenderse la conformación de las grandes unidades productivas, como las plantaciones, las minas, las haciendas, que combinaban la explotación forzada de fuerza de trabajo con una producción de valores de cambio destinados a ser intercambiados y vendidos en el mercado mundial capitalista, si se deja de lado el rol activo jugado por el Estado. Ese protagonismo central no tuvo lugar únicamente en la llamada acumulación originaria del capital latinoamericano. Posteriormente, cuando el capitalismo y el mercado ya funcionaban en América Latina sin andadores ni muletas, el Estado siguió jugando un rol decisivo.

Entre las muchas instituciones que conforman el entramado estatal hubo una institución en particular que ocupó este rol central: el Ejército (entendido en sentido amplio, como sinónimo de Fuerzas Armadas)⁸⁷. Junto

⁸⁵ Estos esquemas simplistas fueron extraídos principalmente de: (a) los estudios de orden filosófico de la década de 1840, críticos de la *Filosofía de derecho* de Hegel, donde Marx le reprochaba a su maestro subordinar la sociedad civil al Estado; y de (b) los análisis sociológicos de la década de 1850 donde Marx analizó la sociedad francesa y el fenómeno político bonapartista.

⁸⁶ Véase el inteligente estudio de Carlos Nelson Coutinho sobre Gramsci en América Latina y particularmente sobre la revolución pasiva en Brasil “As categorías de Gramsci e a realidade brasileira”. En C.N.Coutinho: *Gramsci. Um estudo sobre seu pensamento político*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1999. También pueden consultarse con provecho los trabajos de Florestan Fernandes sobre la revolución burguesa, recopilados por Octavio Ianni: *Florestan Fernandes: sociología crítica e militante*. São Paulo, Expressão Popular, 2004. Juan Carlos Portantiero había adelantado algunas inteligentes reflexiones en este sentido en su archicitado ensayo “Los usos de Gramsci” [1975] (Buenos Aires, Grijalbo, 1999), pero a diferencia de los dos autores anteriores, Portantiero terminó convirtiendo a Gramsci en un comodín socialdemócrata bastardeado hasta límites inimaginables.

⁸⁷ Véase nuestro trabajo “Los verdugos latinoamericanos: las Fuerzas Armadas de la contrainsurgencia a la globalización”, ensayo incorporado en

con la represión feroz de numerosos sujetos sociales —pueblos indígenas y negros, gauchos, llaneros, etc— reacios a incorporarse como mansa y domesticada fuerza de trabajo, los ejércitos latinoamericanos también ocuparon, gerenciaron y realizaron tareas estrictamente económicas.

Ese rol privilegiado y muchas veces preponderante en América Latina no sólo fue central a lo largo de todo el siglo XIX. En el siglo XX el bonapartismo militar⁸⁸ ocupó el rol activo que no jugaron ni podían jugar las débiles, impotentes y raquíticas burguesías autóctonas latinoamericanas (injustamente denominadas “burguesías nacionales” por sus apologistas). Ante la ausencia de proyectos sólidos, pujantes y auténticamente nacionales, las burguesías latinoamericanas perdieron su escasa y delgada autonomía, si es que alguna vez la tuvieron⁸⁹, y terminaron jugando el rol sumiso de socias menores y subsidiarias de los grandes capitales. Sólo podían disfrutar del solcito del mercado interno y del mercado mundial a condición de acomodarse con la cabeza gacha y el sombrero entre las manos en los lugares secundarios y los espacios semivacíos que les dejaban los capitales multinacionales. Es por eso que gran parte de las industrializaciones latinoamericanas del siglo XX fueron en realidad seudoindustrializaciones, ya que no modificaron la estructura previa heredada por las burguesías agrarias del siglo XIX⁹⁰.

Hoy en día resulta a todas luces errónea y fuera de foco la falsa imagen y la ilusoria dicotomía —construida artificialmente desde relatos encubridores y apologistas— que enfrentaría a “burguesías nacionales, democráticas, industrialistas, antiimperialistas y modernizadoras” versus “oligarquías terratenientes, tradicionalistas, autoritarias y vendepatrias”. Nuestra historia real, repleta de golpes de estado, masacres y genocidios planificados, ha seguido un derrotero notablemente diverso al que postulaban los cómodos “esquemas clásicos” y los complacientes “tipos ideales” contruidos a imagen y semejanza de las principales formaciones sociales europeas. La historia latinoamericana desobedeció a la lógica

nuestro: *Pensar a contramano. Las armas de la crítica y la crítica de las armas*. Buenos Aires, Editorial Nuestra América, 2006.

⁸⁸ Adoptamos esta categoría de Mario Roberto Santucho: *Poder burgués, poder revolucionario* [1974]. En Daniel De Santis [compilador]: *A vencer o morir. PRT-ERP Documentos*. Bs.As., EUDEBA, 1998 (tomo I) y 2000 (Tomo II).

⁸⁹ Véase el testamento político del Che, cuando afirma: “Por otra parte las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo -**si alguna vez la tuvieron**- y sólo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución”. “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental” (ediciones varias).

⁹⁰ Véase el capítulo “Expansión industrial, imperialismo y burguesía nacional” del libro de Silvio Frondizi: *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica* (en dos tomos, Tomo I: 1955 y Tomo II: 1956); Víctor Testa [seudónimo de Milcíades Peña]: “Industrialización, seudoindustrialización y desarrollo combinado”. En *Fichas de investigación económica y social*, Año I, N°1, abril de 1964. p.33-44. Este artículo fue recopilado póstumamente en Milcíades Peña: *Industrialización y clases sociales en la Argentina*. Bs.As., Hyspamérica, 1986. p.65 y ss.; y finalmente nuestro ensayo: “¿Foquismo?: A propósito de Mario Roberto Santucho y el pensamiento político de la tradición guevarista”. En *Ernesto Che Guevara: El sujeto y el poder*. Buenos Aires, Nuestra América, 2005.

europaea; la lucha de clases empírica no se dejó atrapar por el esquema ideal; el desarrollo desigual, articulado y combinado de múltiples dominaciones sociales desoyó los consejos políticos etapistas que aconsejaban apoyar a una u otra fracción burguesa (“burguesía democrática” la llamó el reformismo stalinista, “burguesía nacional” la denominó el populismo) contra el supuesto enemigo oligárquico. En América Latina las burguesías nacieron oligárquicas y las oligarquías fueron aburguesándose mientras se modernizaban. Las modernizaciones no vinieron desde abajo sino desde arriba. No fueron democráticas ni plebeyas, sino oligárquicas y autoritarias. No fueron producto de “revoluciones burguesas antifeudales” —como rezaban ciertos manuales— sino de revoluciones-restauradoras, revoluciones pasivas encabezadas e impulsadas por las oligarquías aburguesadas.

Fueron las propias oligarquías, a través del aparato de Estado y en particular de las fuerzas armadas, las que emprendieron —a sangre, tortura y fuego— el camino de modernizar su inserción siempre subordinada en el mercado mundial capitalista⁹¹. El liberalismo latinoamericano no fue, como en la Francia de los siglos XVII y XVIII, progresista sino autoritario y represivo. En nuestras patrias despanzurradas a golpes de bayoneta y destrozadas a picana y palazos, jamás existió modernización económica sin represión política.

Las burguesías locales fueron históricamente débiles para independizar nuestras naciones del imperialismo pero al mismo tiempo fueron lo suficientemente fuertes como para neutralizar e impedir los procesos de lucha social radical de las clases populares.

Las sangrientas dictaduras latinoamericanas —cuyas consecuencias nefastas seguimos padeciendo hasta nuestro presente— que asolaron

⁹¹ Tratando de pensar la conformación social de la dominación burguesa en Argentina y América Latina de una manera diferente (tanto frente al reformismo stalinista como frente al populismo nacionalista), el viejo dirigente comunista Ernesto Giudici —quien en 1973 propuso la herética unidad del comunismo con las organizaciones político-militares PRT-ERP y Montoneros— arriesgó una hipótesis más que sugerente. Siempre decía que hay que pensar la historia latinoamericana a partir de su propia cronología histórica, sin violentarla para que entre en el lecho de Procusto de cronologías diversas. Hecha esta salvedad, Giudici consideraba pertinente una analogía con las formaciones sociales europeas; ya no con Francia —modelo de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*— ni con Inglaterra— arquetipo empírico que está en la base de *El Capital*—, sino con el prusianismo alemán. La formación histórica del capitalismo en Argentina, por ejemplo, se asemejaba mucho más a la atrasada Prusia que a las modernas Francia o Inglaterra. Como en Prusia, la burguesía argentina vivía haciendo pactos y compromisos con los propietarios terratenientes, utilizando al ejército como fuerza social privilegiada en política y reprimiendo toda vida cultural autónoma. La hipótesis analógica del “prusianismo” cumplía en los razonamientos de Giudici un rol mucho más abarcador que el “camino prusiano en la agricultura” del que hablaba Lenin, por contraposición a la modernización de la agricultura capitalista de los farmers norteamericanos. Véase “Herejes y ortodoxos en el comunismo argentino”, en nuestro *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Buenos Aires, Biblos, 2000 [hay reedición cubana ampliada, 2006].

nuestro continente durante las décadas de los años '70 y '80 no fueron, en consecuencia, un rayo inesperado en el cielo claro de un mediodía de verano. No constituyeron una “anomalía”, una excepción a la regla, el interregno entre dos momentos de normalidad y paz. Fueron más bien la regla de nuestros capitalismo periféricos, dependientes y subordinados a la lógica del sistema capitalista mundial.

Nuevos tiempos de luchas y nuevas formas de dominación durante la “transición a la democracia”

Agotadas las antiguas formas políticas dictatoriales mediante las cuales el gran capital —internacional y local— ejerció su dominación y logró remodelar las sociedades latinoamericanas inaugurando a escala mundial el neoliberalismo⁹² nuestros países asistieron a lo que se denominó, de modo igualmente apologético e injustificado, “transiciones a la democracia”.

Ya llevamos casi veinte años, aproximadamente, de “transición”. ¿No será hora de hacer un balance crítico? ¿Podemos hoy seguir repitiendo alegremente que las formas republicanas y parlamentarias de ejercer la dominación social son “transiciones a la democracia”? ¿Hasta cuando vamos a continuar tragando sin masticar esos relatos académicos nacidos al calor de las becas de la socialdemocracia alemana y los subsidios de las fundaciones norteamericanas?

En nuestra opinión, y sin ánimo de catequizar ni evangelizar a nadie, la puesta en funcionamiento de formas y rituales parlamentarios dista largamente de parecerse aunque sea mínimamente a una democracia auténtica. Resulta casi ocioso insistir con algo obvio: en nuestros países latinoamericanos hoy siguen dominando los mismos sectores sociales de antaño, los de gruesos billetes y abultadas cuentas bancarias. Ha mutado la imagen, ha cambiado la puesta en escena, se ha transformado el discurso, pero no se ha modificado el sistema económico, social y político de dominación. Incluso se ha perfeccionado⁹³.

⁹² Es bien conocido el análisis del historiador británico Perry Anderson (a quien nadie puede acusar de provincianismo intelectual o de chauvinismo latinoamericanista), quien sostiene que el primer experimento neoliberal a **nivel mundial** ha sido, precisamente, el de Chile. Incluso varios años antes que los de Margaret Thatcher o Ronald Reagan. No por periféricas ni dependientes las burguesías latinoamericanas han quedado en un segundo plano en la escena de la dominación social. Incluso en algunos momentos se han adelantado a sus socias mayores, y han inaugurado —con el puño sangriento de Pinochet en lo político y de la mano para nada “invisible” de Milton Friedman en lo económico—, un nuevo modelo de acumulación de capital de alcance mundial: el neoliberalismo.

⁹³ Recordemos que para Marx la república burguesa parlamentaria —que él nunca homologaba con “democracia”— constituía la forma más eficaz de dominación política. Marx la consideraba superior a las dictaduras militares o a la monarquía porque en la república parlamentaria la dominación se vuelve anónima, impersonal y termina licuando los intereses segmentarios de los diversos grupos y fracciones del capital, instaurando un promedio de la dominación general de la clase capitalista, mientras que en la dictadura y en la monarquía es siempre un sector burgués particular el que detenta el mando, volviendo más frágil, visible y vulnerable el ejercicio del poder político.

Estas nuevas formas de dominación política —principalmente parlamentarias— nacieron producto de la lucha de clases. En nuestra opinión no fueron un regalo gracioso de su gran majestad, el mercado y el capital (como sostiene cierta hipótesis que termina presuponiendo, inconscientemente, la pasividad total del pueblo), pero lamentablemente tampoco fueron únicamente fruto de la conquista popular y del “avance democrático de la sociedad civil” que lentamente se va empoderando de los mecanismos de decisión política marchando hacia un porvenir luminoso (como presuponen ciertas corrientes que terminan cediendo al fetichismo parlamentario). En realidad, los regímenes políticos postdictadura, en Argentina, en Chile, en Brasil, en Uruguay y en el resto del cono sur latinoamericano, fueron producto de una compleja y desigual combinación de las luchas populares y de masas —en cuya estela alcanza su cenit la pueblada argentina de diciembre de 2001— con la respuesta táctica del imperialismo que necesitaba sacrificar momentáneamente algún peón militar de la época neolítica para reacomodar los hilos de la red de dominación, cambiando algo para que nada cambie.

Con discurso “progre” o sin él, la misión estratégica que el capital transnacional y sus socias más estrechas, las burguesías locales, le asignaron a los gobiernos “progresistas” de la región —desde el Frente Amplio uruguayo, el PT de Lula en Brasil y el PJ del argentino Kirchner hasta la concertación de Bachelet en Chile— consiste en lograr el retorno a la “normalidad” del capitalismo latinoamericano. Se trata de resolver la crisis orgánica reconstruyendo el consenso y la credibilidad de las instituciones burguesas para garantizar EL ORDEN. Es decir: la continuidad del capitalismo. Lo que está en juego es la crisis de la hegemonía burguesa en la región, amenazada por las rebeliones y puebladas —como la de Argentina o Bolivia— y su eventual recuperación.

Desde nuestra perspectiva, y a pesar de las esperanzas populares, la manipulación de las banderas sociales, el bastardeo de los símbolos de izquierda y la resignificación de las identidades progresistas tienen actualmente como finalidad frenar la rebeldía y encauzar institucionalmente la indisciplina social. Mediante este mecanismo de aggiornamento supuestamente “progre” las burguesías del cono sur latinoamericano intentan recomponer su hegemonía política. Se pretende volver a legitimar las instituciones del sistema capitalista, fuertemente devaluadas y desprestigiadas por una crisis de representación política que hacía años no vivía nuestro continente. Los equipos políticos de las clases dominantes locales y el imperialismo se esfuerzan de este modo, sumamente sutil e inteligente, en continuar aislando a la revolución cubana (a la que se saluda, pero... como algo exótico y caribeño), conjurar el ejemplo insolente de la Venezuela bolivariana (a la que se sonríe pero... siempre desde lejos), seguir demonizando a la insurgencia colombiana y congelar de raíz el proceso abierto en Bolivia.

Los desafíos de la izquierda latinoamericana antiimperialista y anticapitalista frente a su propia historia

¿Cómo enfrentar entonces ese aggiornamento de las formas políticas de dominación, ese intento gatopardista por cambiar algo para que el ORDEN siga igual y nada cambie de fondo?

Descartada la visión ingenua de un optimismo eufórico que postula en el terreno de las consignas agitativas un peligroso y falso triunfalismo — calificando como “avance revolucionario” a los gobiernos de Tabaré Vázquez, Kirchner o Bachelet—, debemos hacer el esfuerzo por comprender nuestros desafíos políticos a partir de nuestra propia historia y nuestras propias necesidades⁹⁴. Así lo hizo Fidel cuando encabezó la revolución cubana, así lo hace Chávez en Venezuela. Así lo hicieron los sandinistas, los salvadoreños y los tupamaros en sus épocas fundacionales (cuando eran radicales y estaban contra el sistema), así lo hacen las FARC y el ELN en Colombia, al igual que los zapatistas en Chiapas. En el cono sur latinoamericano se nos impone encontrar nuestra propia perspectiva

⁹⁴ En ese sentido sería conveniente no confundir las necesidades diplomáticas coyunturales de determinados Estados —a los que defendemos de la agresividad imperialista y con los cuales nos solidarizamos activamente—, con las necesidades políticas del movimiento popular en nuestros países del cono sur latinoamericano. Aunque luchamos por los mismos fines antiimperialistas y socialistas, no siempre lo que le conviene a los Estados amigos es lo que le conviene a los movimientos sociales y populares de nuestros países.

Reflexionemos sobre un ejemplo histórico concreto: la Revolución Cubana sufre un embargo criminal de EEUU desde su mismo desafío al coloso del norte. Prácticamente todos los Estados del continente, siguiendo la presión yanqui, rompieron relaciones con Cuba a inicios de los '60. Uno de los pocos que no lo hizo fue México. Durante décadas, en México gobernaba el PRI, partido burgués, corrupto y autoritario si los hay (surgido del congelamiento de la revolución mexicana). El PRI mantenía “hacia afuera” una política de no confrontación con Cuba, lo cual resulta muy útil diplomáticamente para frenar a EEUU. En lo interno reprimía al movimiento obrero, compraba dirigentes, dividía las organizaciones populares, masacraba estudiantes, hacía desaparecer indígenas, etc. A fines de los '60 en México surgen organizaciones guerrilleras que son masacradas. Años más tarde, surge el EZLN contra el PRI. ¿Cuba rompe amarras contra el Estado mexicano? No, no lo puede hacer. Necesita mantener relaciones diplomáticas con el Estado mexicano para eludir el bloqueo yanqui, lo cual resulta plenamente comprensible. ¿Entonces? ¿Qué debe hacer el movimiento popular en México? ¿Apelar a la autoridad moral de Cuba para apoyar al PRI? La respuesta negativa es más que obvia (no obstante existieron corrientes que así lo hicieron durante años. La vertiente de Lombardo Toledano —de nefasta memoria— apoyaba al PRI con retórica de “izquierda”, apoyaba las represiones del gobierno como “progresistas”, incluida la masacre de Tlatelolco, etc, etc). Sobre estas dificultades objetivas que el internacionalismo militante no puede desconocer, véase nuestro diálogo-entrevista (realizado junto con el compañero Luciano Álzaga) al presidente de la Asamblea Popular de la república de Cuba Ricardo Alarcón. En <http://www.lahaine.org/index.php?p=14057> y <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=30096>

estratégica y nuestro rumbo político a partir de nuestra propia historia. ¡Debemos estudiar y tomar en serio a la historia!

Eso implica estar alertas frente a cualquier manipulación oportunista. Es cierto que todo relato histórico presupone construir genealogías en el pasado para defender y legitimar políticas hacia el futuro. Pero todo tiene un límite. No se puede ir al pasado, “meter mano”, poner y sacar a gusto y *piacere* según las oportunidades del caso...

Por ejemplo, en la Argentina, no se puede poner en las banderas y en los carteles las imágenes de Santucho y del Che Guevara y luego, como por arte de magia, borrar esos símbolos para reemplazarlos por la foto de Juan Domingo Perón. Y luego, si cambian las alianzas políticas del momento, archivar rápidamente a Perón y volver a poner a Santucho o a quien convenga en esa ocasión. Siempre con la misma sonrisa cínica. ¡Como si todo fuera lo mismo! Eso es poco serio. Eso es hacer manipulación vulgar de la historia en función del presente inmediato. Así no se construye una identidad política de masas que logre aglutinar a la juventud rebelde y a la clase trabajadora combativa en función de un proyecto de emancipación radical. Los cubanos designan a esas maniobras como vulgar “politiquería”. Lenin las denominaba “oportunismo”. En cada uno de los países de nuestra América hay un término para hacer referencia a lo mismo.

La historia debe ser nuestra fuente genuina de inspiración, no un cómodo salvoconducto oportunista.

Formación política, hegemonía

socialista e internacionalismo

No sólo debemos inspirarnos en la historia. En la actual fase de la correlación de clases —signada por la acumulación de fuerzas— necesitamos generalizar la formación política de la militancia de base. No sólo de los cuadros dirigentes sino de toda la militancia popular. Se torna imperioso combatir el clientelismo y la práctica de los “punteros” (negociantes de la política mediante las prebendas del poder), solidificando y sedimentando una fuerte cultura política en la base militante, que apunte a la hegemonía socialista sobre todo el movimiento popular. No habrá transformación social radical al margen del movimiento de masas. Nos parecen ilusorias y fantasmagóricas las ensoñaciones posmodernas y posestructuralistas que nos invitan irresponsablemente a “cambiar el mundo sin tomar el poder”. No se pueden lograr cambios de fondo sin confrontar con las instituciones centrales del aparato de Estado. Debemos apuntar a conformar, estratégicamente y a largo plazo —estamos pensando en términos de varios años y no de dos meses— organizaciones guevaristas de combate.

¿Por qué organizaciones? Porque el culto ciego a la espontaneidad de las masas constituye un espejismo muy simpático pero ineficaz. Todo el

movimiento popular que sucedió a la explosión del 19 y 20 de diciembre de 2001 en Argentina diluyó su energía y terminó siendo fagocitado por la ausencia de organización y de continuidad en el tiempo (organización popular no equivale a sumatoria de sellos partidarios que tienen como meta máxima la participación en cada contienda electoral).

¿Por qué guevaristas? Porque en nuestra historia latinoamericana el guevarismo constituye la expresión del pensamiento más radical de Marx y Lenin y de todo el acervo revolucionario mundial, descifrado a partir de nuestra propia realidad y nuestros propios pueblos. El guevarismo se apropia de lo mejor que produjeron los bolcheviques, los chinos, los vietnamitas, las luchas anticolonialistas del África, la juventud estudiantil y trabajadora europea, el movimiento negro norteamericano y todas las rebeldías palpitadas en varios continentes. El guevarismo no es calco ni es copia, constituye una apropiación de la propia historia del marxismo latinoamericano, cuyo fundador es, sin ninguna duda, José Carlos Mariátegui. Guevara no es una remera. Su búsqueda política, teórica, filosófica constituye una permanente invitación a repensar el marxismo radical desde América Latina y el Tercer Mundo. No se lo puede reducir a tres consignas y dos frases hechas. Aun tenemos pendiente un estudio colectivo serio y una apropiación crítica del pensamiento marxista del Che entre nuestra militancia⁹⁵.

¿Por qué de combate? Porque tarde o temprano nos toparemos con la fuerza bestial del aparato de Estado y su ejercicio permanente de fuerza material. Así nos lo enseña toda nuestra historia. Insistimos: ¡hay que tomarse en serio la historia! Pretender eludir esa confrontación puede resultar muy simpático para ganar una beca o seducir al público lector en un gran monopolio de la (in)comunicación. Pero la historia de nuestra América nos demuestra, con una carga de dramatismo tremenda, que no habrá revoluciones de verdad sin el combate antiimperialista y anticapitalista. Debemos prepararnos a largo plazo para esa confrontación. No es una tarea de dos días sino de varios años. Debemos dar la batalla ideológica para legitimar en el seno de nuestro pueblo la violencia plebeya, popular, obrera y anticapitalista; la justa violencia de abajo frente a la injusta violencia de arriba.

Pero al identificar el combate como un camino estratégico debemos aprender de los errores del pasado, eludiendo la tentación militarista. Las nuevas organizaciones guevaristas deberán estar estrechamente vinculadas a los movimientos sociales. No se puede hablar “desde afuera” al movimiento de masas. Las organizaciones que encabecen la lucha y marquen un camino estratégico, más allá del día a día, deberán ser al mismo tiempo “causa y efecto” de los movimientos de masas. No sólo hablar y enseñar sino también escuchar y aprender. ¡Y escuchar atentamente y con el oído bien abierto! La verdad de la revolución socialista no es propiedad de ningún sello, se construirá en el diálogo colectivo entre

⁹⁵ Apuntando en esa dirección y hacia esa tradición política, hemos querido contribuir con un pequeñísimo granito de arena a través de nuestro *Ernesto Che Guevara: El sujeto y el poder* y con diversas experiencias de formación política en varias cátedras Che Guevara, dentro y fuera de la universidad, tanto en movimientos de derechos humanos, en el movimiento estudiantil como en escuelas del movimiento piquetero.

las organizaciones radicales y los movimientos sociales. Las vanguardias —perdón por utilizar este término tan desprestigiado en los centros académicos del sistema— que deberemos construir serán vanguardias de masas, no de elite.

Si durante la lucha ideológica de los '90 —en los tiempos del auge neoliberal— nos vimos obligados a batallar en la defensa de Marx, remando contra la corriente hegemónica, en la década que se abre en el 2000, Marx solo ya no alcanza. Ahora debemos ir por más, dar un paso más e instalar en la agenda de nuestra juventud a Lenin y al Che (y a todas y todos sus continuadores). Reinstalar al Che entre nuestra militancia implica recuperar la mística revolucionaria de lucha extrainstitucional que nutrió a la generación latinoamericana de los '60 y los '70.

Tenemos pendiente pensar y ejercer la política más allá de las instituciones, sin ceder al falso “horizontalismo” —cuyos partidarios gritan “*ique no dirija nadie!*” porque en realidad quieren dirigir ellos— ni quedar entrapados en el reformismo y el chantaje institucional. Nada mejor entonces que combinar el espíritu de ofensiva de Guevara con la inteligencia y lucidez de Gramsci para comprender y enfrentar el gatopardismo. Saber salir de la política de secta, asumir la ofensiva ideológica y al mismo tiempo ser lo suficientemente lúcidos como para enfrentar el transformismo político de las clases dominantes que enarbolan banderas “progresistas” para dominarnos mejor.

Como San Martín, Artigas, Bolívar, Sucre, Manuel Rodríguez, Juana Azurduy y José Martí, como Guevara, Fidel, Santucho, Sendic, Miguel Enríquez, Inti Peredo, Carlos Fonseca y Marighella, debemos unir nuestros esfuerzos y voluntades colectivas a largo plazo en una perspectiva internacionalista y continental. En la época de la globalización imperialista no es viable ni posible ni realista ni deseable un “capitalismo nacional”.

No podemos seguir permitiendo que la militancia abnegada — presente en diversas experiencias reformistas del cono sur— se transforme en “base de maniobra” o elemento de presión y negociación para el aggiornamento de las burguesías latinoamericanas. Los sueños, las esperanzas, los sufrimientos, los sacrificios y toda la energía rebelde de nuestros pueblos latinoamericanos no pueden seguir siendo expropiados. Nos merecemos mucho más que un miserable “capitalismo con rostro humano” y una mugrienta modernización de la dominación.

Las Fuerzas Armadas latinoamericanas: sumisión, ferocidad y genocidio

Néstor Kohan

Dedicamos este ensayo al nefasto recuerdo del general Julio Argentino Roca (1843-1914), exterminador y genocida de nuestros pueblos originarios. Precursor del general Videla y maestro de sus secuaces. En total coherencia con su sangrienta “acción civilizadora” y su “conquista del desierto” al servicio de la acumulación originaria del capital, hoy su imagen rinde tributo a su único Dios: un billete de dinero. Que sus crímenes del siglo XIX, y los de sus discípulos del XX, jamás se borren de la memoria popular.

Un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal
Ernesto Che Guevara

El protagonismo militar o “de eso no se habla”

La historia latinoamericana no es más que la historia de la lucha de sus clases. Esta lucha comienza aun antes de constituirse, con sus fronteras actuales, los respectivos Estados-naciones del subcontinente. El genocidio implementado contra los pueblos originarios durante la Colonia y la esclavitud masiva de pueblos provenientes de África, desplazados por la fuerza del látigo, es quizás el primer indicador de una extensa y variada confrontación social que se prolongará inevitablemente durante los siglos posteriores hasta nuestros días.

Ninguno de estos procesos es ajeno o independiente a la conformación del capitalismo como sistema mundial en expansión. Por el contrario, forman parte de la acumulación originaria del capital. No casualmente, en *El Capital*, Marx señalaba que: “*El descubrimiento de las comarcas de oro y plata en América, el exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborígen, la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la transformación de África en un coto reservado para la caza comercial de pieles-negras [esclavos negros], caracterizan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos constituyen factores fundamentales de la acumulación originaria*”⁹⁶.

Asentado el capitalismo sobre sus propias bases en los siglos posteriores —subordinando las más heterogéneas relaciones sociales a la lógica del mercado mundial—, cada Estado-nación de nuestro continente asistirá a futuras matanzas y represiones sistemáticas.

⁹⁶ Cfr. Karl Marx: *El Capital*. México, Siglo XXI, 1986. Tomo I, Vol. III, p.939.

Junto con la omnipresente intervención de las tropas norteamericanas en nuestra América⁹⁷, las represiones contra los pueblos latinoamericanos⁹⁸ han tenido **un ejecutor y un verdugo local** siempre repetido: las Fuerzas Armadas. Cada uno de los incontables golpes de Estado —ese recurso privilegiado de las clases dominantes locales, estrechamente asociadas al imperialismo— contó con el protagonismo indiscutido de los militares.

Presencia avasalladora que aparece ya desde los orígenes mismos de los Estados-naciones latinoamericanos. Aunque toda generalización puede resultar apresurada, y a pesar de que muchos “modelos” o tipos ideales contruidos a partir de una sociedad empírica singular carecen de rango universal —ésta es, precisamente, una de las matrices epistemológicas habituales en toda ideología eurocéntrica—, creemos que el papel de los militares de América Latina desde los orígenes mismos de la construcción del Estado-nación durante el siglo XIX se encuentra en última instancia mucho más próximo al “modelo” prusiano—bismarkiano de unidad nacional que al de la revolución francesa. En la mayoría de nuestros países, no fue el ímpetu de la sociedad civil el que modernizó la sociedad desde abajo hasta culminar alcanzando —mediante una revolución política— la esfera estatal y el aparato de Estado. Por el contrario, **fue este aparato de Estado — principalmente oligárquico y militar— el que jugó un rol central** en las guerras de independencia a comienzos del siglo XIX y el que lentamente, **mediante una serie de revoluciones pasivas**, fue transformando y **modernizando desde arriba** a la sociedad civil. Ese proceso de larga duración, en el cual la institución militar jugó un rol preponderante, fue posible durante todo el siglo XIX y comienzos del XX, por la alianza entre diversos sectores sociales de las clases dominantes locales: fundamentalmente los propietarios agrarios terratenientes y los incipientes propietarios industriales y comerciantes urbanos.

A diferencia del “modelo” económico de la revolución industrial inglesa (que Marx analiza en *El Capital*) o del “modelo” político de la Francia revolucionaria (donde la modernización intentó oponerse al tradicionalismo, según *El Manifiesto Comunista* y otros textos clásicos), **en la mayoría de los países latinoamericanos los propietarios agrarios tradicionales fueron modernizando paulatinamente sus propiedades agrícolas sin realizar una reforma agraria ni modificar la estructura social**, mientras los propietarios burgueses de las nacientes industrias y comercios

⁹⁷ Por razones de espacio y, además, de objeto de estudio —pues aquí nos proponemos destacar en primer plano el rol de las Fuerzas Armadas latinoamericanas en la reproducción de la dominación— **en este ensayo hacemos un recorte metodológico y dejamos ex profeso de lado el análisis de las invasiones norteamericanas** en nuestro continente (parte insustituible, aunque no única, de su hegemonía continental). Para una reconstrucción histórica de las mismas: cfr. Gregorio Selser: *Los marines. Intervenciones militares en América Latina*. Bs.As., Cuaderno de Crisis N°9, 1974 y Luis Vitale: *150 años de agresiones yanquis en Latinoamérica*. Santiago de Chile, CEPLA-CELA, 1991. En una reciente publicación, Luis Suárez Salazar ha intentado vincular ambos procesos: la represión interna con la intervención norteamericana. Cfr. L. Suárez Salazar: *Madre América. Un siglo de violencia y dolor [1898-1998]*. La Habana, Ciencias Sociales, 2003.

⁹⁸ Aclaramos que en todo este ensayo, cuando utilizamos la expresión “pueblos latinoamericanos” lo hacemos por economía de lenguaje para referirnos a los pueblos latinoamericanos, indoamericanos y afroamericanos, al mismo tiempo.

locales, se vincularon a ellos como socios menores, **sin romper en ninguno de los casos la dependencia, el subdesarrollo capitalista ni la subordinación al imperialismo**⁹⁹.

Durante casi todo el siglo XIX y el primer tercio del XX, las Fuerzas Armadas fueron el brazo armado ejecutor de esa alianza de clases.

La teoría socialdemócrata de “la transición a la democracia” pretendió a lo largo de toda la década de 1980-1990 eludir esa presencia inocultable en toda nuestra historia¹⁰⁰, proponiendo complejas y refinadas elucubraciones de ingeniería institucional sobre “el nuevo contrato social”, la “fundación de nuevas Repúblicas” *ex nihilo* y otros motivos ideológicos y ficciones jurídicas semejantes... siempre sobre la base del silencio total en cuanto a las Fuerzas Armadas. Haciendo completa abstracción —no como recurso metodológico sino como procedimiento de encubrimiento ideológico— de las relaciones de poder y de hegemonía entre las clases sociales, se pretendía presentar a los nuevos regímenes republicanos, formalmente electoral-parlamentarios (aunque escasamente democráticos), y a los procesos jurídicos a ellos asociados, como si fueran el demiurgo absoluto de la realidad. Como si no mantuvieran ninguna deuda o hipoteca con la historia reciente de luchas, resistencias, matanzas, genocidios y, finalmente, derrotas populares.

Esa elusión y ese ocultamiento al interior del campo de las ciencias sociales no era caprichosa ni gratuita. Después de las derrotas de los proyectos políticos revolucionarios y del aplastamiento feroz de la insurgencia armada durante los '70 y '80, la “cuestión militar” se transformó en el gran secreto a voces de la familia latinoamericana. Como en los mejores análisis de Freud, “lo no dicho”, lo reprimido y desplazado, aunque oculto bajo la superficie, seguía operando por detrás. “De eso no se habla” podría haber sido la consigna unificadora de la teoría política oficial en las Academias de aquel período que, con su escandaloso silenciamiento en este rubro, fueron cómplices y contribuyeron al disciplinamiento del pensamiento crítico y a la marginación de las corrientes políticamente radicales¹⁰¹.

⁹⁹ Por supuesto que no todos los casos siguen este parámetro general. La revolución de independencia de Haití a comienzos del siglo XIX —de la que actualmente se conmemoran dos siglos— fue mucho más radical que el resto y llegó a combinar la independencia nacional con la emancipación de la esclavitud. Tampoco se ajusta exactamente a esta descripción la revolución mexicana de comienzos del siglo XX que, a pesar de su interrupción y su pronta burocratización, llegó a cristalizar determinadas relaciones de fuerzas que trastocaron la estructura agraria. Lo mismo vale para la revolución boliviana de 1952. Sin embargo, estos pocos ejemplos de revoluciones, aunque no son los únicos, constituyen más bien una excepción que una regularidad en el continente.

¹⁰⁰ Para una crítica de esta perspectiva ideológica cfr. Atilio Borón: *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*. Bs.As., EUDEBA-CBC, 1997. Particularmente el capítulo VII: “La transición hacia la democracia en América Latina: problemas y perspectivas”. pp.229-270 y *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Bs.As., Fondo de Cultura Económica, 2000. Principalmente el capítulo 5: “Los dilemas de la modernización y los sujetos de la democracia”. pp.135-148.

¹⁰¹ Como señalan Ceceña y Sader: “*Esta timidez para desarrollar un pensamiento crítico desde perspectivas epistemológicas, e incluso civilizatorias, distintas a la del pensamiento dominante, lleva a abordar temas fundamentales y donde lo esencial termina estando ausente (las relaciones de poder y las formas y contenidos de la hegemonía), como*

Pero el hecho de escamotear o evitar nombrar a “la cuestión militar” — ya sea por temor, por cooptación o por manipulación—, no significa que ésta no exista y que no opere. No se puede entonces pensar el presente ni la realidad política, social, económica y hasta cultural de América Latina sin dar cuenta de sus Fuerzas Armadas, institución privilegiada de nuestra historia en la cual se cristalizan determinadas relaciones de poder entre las clases sociales.

Haciendo hoy un balance crítico y un impostergable beneficio de inventario con las falsas e ilusorias promesas que el aggiornamiento de la dominación de las clases dominantes vernáculas desparramó en los '80 y primeros '90, se nos impone abordar esa cuenta pendiente, cuya amenaza sigue suspendida como la espada de Damocles sobre la cabeza de cualquier proceso de transformación social radical en el continente.

Tortura y contrainsurgencia

Nuestra elección temática no es arbitraria¹⁰². Un hecho inesperado conmovió recientemente [enero de 2004] la vida política argentina y latinoamericana. Cuando muchos voceros del poder habían “olvidado” —o pretendían olvidar— a esta institución central en nuestra historia, organismos de derechos humanos entregaron al gobierno nacional argentino (y éste, a su vez, dio a conocer públicamente a la prensa mundial) 16 fotografías espeluznantes tomadas en una sede del Ejército argentino en la zona rural de Quebrada de la Cancha, provincia de Córdoba, durante 1986, bajo un gobierno constitucional. Esas fotografías fueron difundidas luego, tanto por las Madres de Plaza de Mayo, como por otros organismos de derechos humanos.

¿Qué mostraban las fotografías? Imágenes de tortura en los testículos de un hombre maniatado y apresado por varios soldados, un campo de concentración rodeado de alambre de púa, perros y diversos militares custodiando prisioneros tendidos en el piso o enterrados en el suelo y algunas otras imágenes, siempre con el mismo tema: la tortura.

Los actuales jefes militares de Argentina declararon que las fotografías retrataban un curso de comandos (en guerra contrainsurgente). Ese curso de comandos se denomina, según los mismos militares, “Resistencia como prisionero de guerra, evasión y escape”. Los prisioneros son encapuchados y golpeados siguiendo un método que incluye garrotes de caucho. En las fotos también se observa el uso de picana eléctrica. A los prisioneros se los encierra desnudos en un estrecho pozo que los mantiene forzosamente sepultados. Ahí permanecen inmóviles por tres días hasta que pierden la noción del tiempo. Sólo salen para ser interrogados. Cuando el actual presidente argentino reunió a su ministro de Defensa, al jefe de Estado

*ocurre en los análisis sobre democracia; estado, poder y formas de gobierno; relaciones internacionales; nación, territorio y fronteras; entre otros”. Cfr. Ana Esther Ceceña y Emir Sader: “Hegemonías y emancipaciones. Desafíos al pensamiento libertario”. En Ceceña y Sader [compiladores]: *La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial*. Bs.As., CLACSO, 2002. pp.10.*

¹⁰² El lector de este trabajo debe tener presente que el mismo fue terminado durante el año 2004, pocos días antes de que se difundieran por todo el mundo las espeluznantes imágenes de tortura a prisioneros iraquíes por parte del Ejército y la inteligencia norteamericanos. De allí que no se haga mención de ese hecho. De todas maneras, la tortura de EEUU en Irak no hace más que confirmar los antecedentes aquí registrados.

Mayor del Ejército, general Roberto Bendini, y a representantes de organismos de derechos humanos, el jefe militar mostró un libro de Isidoro Ruiz Moreno, profesor de la Escuela Superior de Guerra argentina, titulado *Comandos en Acción*. En dicho libro, se plantea que los prisioneros —comandos militares— tienen que estar varios días recluidos, castigados, vigilados y sepultados, “escuchando constantemente **música popular centroamericana o proclamas marxistas y subversivas**, que un altoparlante propala sin cesar”¹⁰³. Obviamente, la referencia a “la música popular centroamericana” y a las “proclamas marxistas” remiten a que el Ejército mantiene todavía como hipótesis de conflicto la represión de las fuerzas revolucionarias latinoamericanas. Durante esos entrenamientos, el Ejército Argentino —aún bajo gobiernos constitucionales— siguió enseñando a torturar a sus efectivos y a los de la Armada, la Fuerza Aérea, la Prefectura Naval, la Policía Federal y la Gendarmería Nacional.

Ante el escándalo provocado, diversas fuentes militares —desde los cuadros “liberales” hasta los “nacionalistas”, desde los mandos actuales hasta los retirados— se esforzaron por aclarar que ese tipo de entrenamiento en la tortura era algo... “normal” para cualquier ejército del mundo.

Por si esto no alcanzara, el general Martín Balza, ex jefe del Ejército bajo la presidencia de Carlos Menem, actual embajador en Colombia del gobierno de Néstor Kirchner, sostuvo que esos entrenamientos habían sido desarrollados entre 1960 y 1991 (antes de que él asumiera la jefatura, para así eludir las responsabilidades jurídicas).

Independientemente de las opiniones encontradas que provocaron y de las intenciones del gobierno argentino al publicarlas, lo cierto es que la difusión de las fotografías del curso de guerra contrainsurgente reinstala, objetivamente, un debate que permaneció durante demasiado tiempo inconcluso, cuyo abordaje y replanteo se torna absolutamente impostergable para el presente y el futuro del campo popular y las fuerzas revolucionarias argentinas y latinoamericanas.

En el mismo horizonte de problemas que envuelve el debate sobre las fotografías de la tortura, hace apenas unos meses (agosto de 2003), se conocieron las declaraciones de antiguos jefes militares argentinos a la TV francesa, donde reconocían que la tortura como metodología había sido inculcada en las Fuerzas Armadas locales, por las Fuerzas Armadas de Francia, a partir del ejemplo de Argelia¹⁰⁴.

A pesar del escándalo político que también acompañó aquellas declaraciones, la información de la influencia francesa sobre la represión latinoamericana no es nueva. Haciendo una reconstrucción histórica, un grupo de militares “constitucionalistas” —hoy críticos de la dictadura— señalan:

¹⁰³ Cfr. Horacio Verbitsky: “Hasta 1990 El Ejército enseñó a torturar”. En *Página 12*, 16/1/2004.

¹⁰⁴ Testimonio recogido en el documental televisivo “Escuadrones de la muerte. La escuela francesa” de la periodista francesa Marie-Monique Robin. Cfr. Los artículos de Horacio Verbitsky: “«Usted no puede fusilar 7.000 personas». [El general] Díaz Bessone admite miles de torturados y ejecutados en la clandestinidad”. En *Página 12*, Buenos Aires, 31/8/2003. p.2-3; “[General] Bignone: La iglesia convalidó las torturas”, en *Página 12*, 1/9/2003 y “Torturas y desapariciones según [el ministro del interior de la dictadura, general Alvano] Harguindeguy”, en *Página 12*, 2/9/2003. Cabe aclarar que uno de estos jefes, es autor de uno de los más completos libelos escritos por los militares contra la insurgencia y las luchas del pueblo argentino. Cfr. General Ramón Genaro Díaz Bessone: *Guerra revolucionaria en la Argentina*. Bs.As., Círculo Militar, 1988.

*“Alrededor de 1955 surgió un aliado inesperado para los hombres del Pentágono. Por influencia de un coronel argentino que había realizado cursos en Francia, fue traída también al país **una misión gala. A través de ella penetró en nuestro ejército la «doctrina de la guerra contrarrevolucionaria»**, que realizó enormes aportes ideológicos, estratégicos y tácticos, sobre el empleo de las fuerzas militares en la represión del comunismo”*¹⁰⁵.

Esa explicación histórica coincide con la del general Bignone —el último presidente de la dictadura militar argentina de 1976-1983—, quien afirma: *“La teoría de la guerra revolucionaria empezó a ser conocida en el Ejército al promediar los años 50. La manera de oponerse a ella fue encarada **a partir del modelo francés**, que íbamos conociendo por publicaciones y a través de los oficiales que cursaban estudios en institutos galos. Uno de los primeros que por aquellos años planteó más seriamente el tema fue el entonces coronel, después general, Carlos Jorge Rosas”*¹⁰⁶.

Por ejemplo, ese “modelo francés” fue el que inspiró puntualmente al general Acdel Vilas, a cargo del operativo contrainsurgente en Tucumán (Argentina), bochornosamente bautizado “Independencia”, antes de que se hiciera cargo del mismo el general genocida Antonio Domingo Bussi. Este operativo desarrollado, principalmente, contra el frente guerrillero rural del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), durante 1975-1976, es decir bajo un gobierno constitucional y “republicano”, dejó como saldo aproximadamente 150 desaparecidos. Durante el período 1976-1983, bajo mandato del general Bussi y en épocas de dictadura militar, esa cifra de desaparecidos alcanza hasta más de 580 (ambas cifras no incluyen muertos ni torturados que sobrevivieron o fueron liberados, sino tan sólo personas desaparecidas), solamente en esa pequeña provincia argentina... donde se creó el primer campo de concentración del país...

*“Mientras volaba —recuerda posteriormente el general Vilas— acercándome, cada vez más, al que sería por espacio de casi un año mi trinchera de combate, repensaba las palabras que un especialista Coronel Roger Trinquier del glorioso ejército francés en Argelia escribió en su libro — que lo fue de cabecera durante mi andadura tucumana— que era «Subversión y revolución»: [subrayado en el original. A continuación, el general Vilas cita un largo fragmento del estratega francés en contrainsurgencia, y más adelante agrega] Desde antiguo venía prestando atención a los trabajos editados en Francia por los oficiales de la OAS y del ejército francés que luchó en Indochina y en Argelia [...] En base a esos clásicos y al análisis de la situación argentina, comencé a impartir órdenes tratando, siempre, de preparar a mis subordinados”*¹⁰⁷.

¹⁰⁵ Cfr. Coronel (r) H.P. Ballester; Coronel (r) C.M.Gazcón; Coronel (r) J.L. García y Coronel (r) A.B. Rattenbach: *Fuerzas Armadas Argentinas. El cambio necesario*. Buenos Aires, Galerna, 1987. p.48.

¹⁰⁶ Cfr. General Reynaldo Bignone: *Memoria y testimonio*. Bs.As., Planeta. 1992.p.40.

¹⁰⁷ Cfr. General Acdel Edgardo Vilas: *Diario de campaña. Tucumán: De enero a diciembre 1975*. S/editorial [mimeo, reproducido de una fotocopia del original], s/fecha. pp.6 y pp.14. Según el periodista Paoletti, este diario fue redactado en 1977 y nunca fue publicado porque lo prohibió el propio Comando en Jefe del Ejército argentino. Cfr. Alipio Paoletti: *Como los nazis*,

Coincidiendo con la confesión de Vilas, el general Osiris G. Villegas —uno de los primeros y quizás el más riguroso de todos los teóricos argentinos de la guerra contrainsurgente— reconoce que la “Doctrina de Seguridad Nacional” (DSN) que inspiró a los ejércitos latinoamericanos en la lucha contrarrevolucionaria, a pesar de su denominación, no es de origen nacional: “Cabe acotar —señala Villegas— que la susodicha doctrina y metodología operacional, inserta en nuestros reglamentos militares, **no es inventativa** [sic] **o producto genuino de los estados mayores argentinos, sino adaptación** de la doctrina, métodos y procedimientos puestos en práctica por los ejércitos occidentales que tuvieron que enfrentar el conflicto bélico subversivo, **especialmente Francia**. Incluso revistaron en nuestra Escuela Superior de Guerra, durante varios años, jefes franceses veteranos de la guerra de Indochina y de Argelia -como asesores militares sobre la materia—”

108

Más recientemente, tanto el último presidente de la dictadura militar 1976-1983, general Benito Bignone, como el ministro del interior del general Videla, el general Alvano Harguindeguy, volvieron a reconocer públicamente las enseñanzas francesas en el genocidio argentino. Según Bignone: “[la represión militar argentina] Fue una copia [de la francesa]. Inteligencia, cuadriculación del territorio dividido por zonas. La diferencia es que Argelia era una colonia y lo nuestro [Argentina] fue dentro del país. Era una diferencia de fondo pero no de forma en la aplicación de la doctrina. Los [instructores] franceses dictaban conferencias y evacuaban consultas. Para algo estaban acá [en Argentina]. No cobraban el sueldo de gusto”. Según el mismo Bignone, el general Carlos Jorge Rosas fue quien importó la doctrina francesa al haber cursado la Escuela de Guerra en Francia a mediados de la década de 1950. “Él [el general Rosas] trajo la inquietud de que toda la preparación de la guerra clásica no servía, porque la guerra moderna, la guerra revolucionaria, era totalmente diferente. Fue subdirector de la Escuela de Guerra y subjefe del Estado Mayor y el gestor de que tuviéramos una asesoría francesa”¹⁰⁹. Para el general Harguindeguy: “La enseñanza de la misión militar francesa que luego del derrocamiento de Juan Domingo Perón [1955] transmitió a los militares argentinos la experiencia adquirida en Indochina y Argelia «nos sirvió para librar una guerra». Según Harguindeguy, los instructores franceses «nos enseñaron la división del territorio nacional en zonas de operaciones, los métodos de interrogación, el tratamiento de prisioneros de guerra, la subordinación policial al Ejército»”¹¹⁰.

Uno de aquellos teóricos franceses, luego ministro de defensa de ese país, además de sistematizar la experiencia de Indochina y Argelia,

como en Vietnam. Bs.As., Contrapunto, 1987.pp.16-17. [Existe una reedición posterior de este excelente trabajo de Paoletti realizada por las Madres de Plaza de Mayo. Puede buscarse información en el sitio: www.madres.org]. Sobre las desapariciones en Tucumán y el papel del general Bussi en la represión de la insurgencia guevarista y en el sojuzgamiento de todo el pueblo tucumano, cfr. Hernán López Echagüe: *El enigma del general Bussi: De la Operación Independencia a la operación retorno*. Bs.As., Sudamericana, 1991.

¹⁰⁸ Cfr. General Osiris Villegas: *Temas para leer y meditar*. Bs.As., Theoría, 1993. pp.98. Cfr. también pp.128 y 269.

¹⁰⁹ Cfr. Testimonio del general Benito Bignone, recogido por la periodista francesa Marie-Monique Robin en el mencionado documental.

¹¹⁰ Cfr. Horacio Verbitsky: “Torturas y desapariciones según [el ministro del interior de la dictadura, general Alvano] Harguindeguy”, en *Página 12*, 2/9/2003.

ampliaba su estudio de los conflictos sociales a Irán y Túnez y también a Grecia, país éste último cuya “guerra revolucionaria”, según su opinión, inicia la ruptura entre los EEUU y la URSS posterior a 1945 y origina la emergencia mundial de este nuevo tipo de guerra ¹¹¹.

Si el origen doctrinario de la tortura como elemento de la guerra contrainsurgente proviene, en el cono sur latinoamericano, de las escuelas e instructores militares franceses, resulta insoslayable que esos procedimientos fueron luego perfeccionados por los cursos de los militares (y policías, como fuerza auxiliar) latinoamericanos en las escuelas del Comando Sur del Ejército estadounidense —con asiento en Panamá— y en el propio territorio norteamericano. Ellos fueron los que retomaron la tradición francesa y la llevaron a su cenit, aplicando durante décadas la tortura a varias generaciones de militantes políticos, sindicalistas, estudiantes, sacerdotes comprometidos y revolucionarios latinoamericanos.

En las escuelas norteamericanas del Canal de Panamá estudiaron, entre 1950 y 1975, 2.766 militares argentinos¹¹². Tomando en cuenta también, además de la Escuela de las Américas, otras de Estados Unidos —como Fort Bragg (Carolina del Norte), Fort Gordon (Georgia) y más de 140 instalaciones en territorio estadounidense—, el número asciende, para la misma época, a 3.676. Hasta el golpe de Estado de 1976, se habían graduado en la Escuela del Ejército de las Américas (US Army School of the Americas -USARSA), ubicada en Fort Gulick, zona del canal, 600 militares argentinos. De éstos últimos, 58 militares tenían como plan de estudios, en el período 1970-1975, determinados cursos escogidos: en ellos se graduaron once en “operaciones de contrainsurgencia”, siete en “contrainsurgencia urbana”, trece en “operaciones en el monte”, cinco como “oficial sin mando en inteligencia militar” y seis en “interrogatorio militar”.

Contradiendo la ingenua imagen del “exceso” ocasional en la tortura cometido por algún represor perverso y psicológicamente desequilibrado, en este último curso, según el testimonio directo de un militar chileno apellidado González, ex-alumno boina negra del curso E-16 de Suboficial de Inteligencia Militar, los militares latinoamericanos eran torturados por sus propios instructores y a su vez se torturaban entre ellos, para poder luego ejecutar mejor ese mismo “procedimiento de interrogatorio” a su enemigo, es decir, a nuestros pueblos¹¹³. Evidentemente, el hábito de torturarse entre los mismos participantes de los cursos en contrainsurgencia —que retratan las famosas fotografías, recientemente difundidas por el actual gobierno argentino— no nació en el cono sur...

En el período 1961-1972 —durante el auge de la influencia política de la revolución cubana en nuestro continente—, el aparato de Estado de la Argentina también entrenó en EEUU, con cargo al Programa de Seguridad

¹¹¹ Cfr. Claude Del Mas: *La guerra revolucionaria*. Bs.As., Huemul, 1973 (primera edición 1963).pp.9 y 43-68.

¹¹² Actualmente, en el año 2004, la temible Escuela de las Américas continúa abierta en Estados Unidos, tras haber sido cerrada en Panamá en 1983, en acatamiento de los Tratados Torrijos-Carter de los '70. En EEUU existe una importante corriente de opinión (donde participan numerosos pacifistas y religiosos) que protesta periódicamente reclamando su clausura definitiva.

¹¹³ Cfr. Eduardo L.Duhalde: *El Estado terrorista argentino*. Bs.As., Vergara, 1983.p.38-39. (Reedición: *El Estado terrorista argentino. Quince años después, una mirada crítica*. Bs. As, EUDEBA, 1999).

Pública de la OID (Oficina Internacional de Desarrollo) a ochenta y cuatro oficiales de policía, capaces a su vez, de retransmitir su aprendizaje. Los cursos incluían simpáticas materias... como “Electricidad básica”, “Introducción a bombas y explosivos”, “Artefactos incendiarios” y “Armas asesinas”.

Los militares locales no recibieron enseñanzas en tortura de sus maestros norteamericanos únicamente en escuelas estadounidenses. También estuvieron en Vietnam. En 1968, una misión militar argentina, al mando del general Mariano De Nevaes (jefe de la Caballería y hermano del obispo Jaime De Nevaes, luego vinculado a la teología de la liberación), que en ese momento tenía a su cargo la estratégica provincia de Tucumán, visitó Saigón. Según las declaraciones oficiales del ministro de defensa de aquella dictadura, comandada por el general Juan Carlos Onganía, su objetivo en Vietnam era “*estudiar la lucha contra las guerrillas y la táctica para la represión de motines*”¹¹⁴. Recordemos que la práctica de arrojar prisioneros vivos desde los aviones, tan practicada en Argentina por las Fuerzas Armadas en el río de la Plata, en Vietnam era utilizada por los norteamericanos contra el Vietcong bajo la denominación de “Operativo Phoenix”.

Habiendo recibido instrucción francesa y norteamericana, las Fuerzas Armadas argentinas, con un grado de autonomía operativa interamericana nada despreciable exportaron, durante fines de los '70 y comienzos de los '80, la contrarrevolución a Centroamérica. Principalmente **destinada a sofocar la revolución salvadoreña y guatemalteca, pero, sobre todo, a la sandinista**. Los cursos de contrainsurgencia y el adiestramiento en tortura, que ellos habían adoptado de Francia y EEUU, a su vez lo trasladaron y reprodujeron en Honduras, donde militares argentinos fueron los primeros entrenadores de la contra nicaragüense. Según estimaciones del período, los asesores militares argentinos en contrainsurgencia con asiento en Honduras llegaban aproximadamente a cincuenta¹¹⁵. Tenían como finalidad participar junto con militares norteamericanos, en impartir instrucción en métodos anti-guerrilleros al ejército y la policía hondureños, y también colaborar en el entrenamiento de los grupos contras nicaragüenses que hostilizaban al gobierno sandinista de Nicaragua¹¹⁶.

Corroborando esa exportación de la contrainsurgencia, en una nota del *New York Times*, reproducida en México por el *Excelsior*¹¹⁷, se informa que la participación estadounidense en las actividades clandestinas contra

¹¹⁴ Cfr. Rogelio García Lupo: *Mercenarios y monopolios en la Argentina*. Bs.As., Ómnibus, 1985. pp.30-31.

¹¹⁵ Cfr. Revista *Humor* N° 118, Buenos Aires, 21/12/1983.

¹¹⁶ Se pueden encontrar los nombres de los principales asesores militares argentinos con asiento en Honduras en la compilación de documentos y artículos titulada “Honduras: la CIA y los militares argentinos responsables de la represión”:

<http://www.derechos.org/nizkor/honduras/doc/cia1.html>

Curiosamente, o mejor dicho, no tan curiosamente, uno de esos asesores en terrorismo contrarrevolucionario regresa a la Argentina —no por patriotismo, sino por conflictos de mafiosos con la CIA— y en su país de origen asume la jefatura de inteligencia militar a través del decreto N° 457 del 8/1/1984 ... ien pleno régimen constitucional! ... Ese decreto lo firmó el presidente Raúl Alfonsín, el “gran demócrata” argentino...

¹¹⁷ Escrita por Leslie H. Gelb, fechada en Washington el 8 de abril de 1983.

el gobierno sandinista de Nicaragua aumenta considerablemente en 1982, cuando Argentina deja de entrenar y ayudar a la contra, luego de que la administración Reagan respalda a Gran Bretaña en la guerra de las islas Malvinas. En esta nota, se dice que hasta los primeros meses de 1982, las Fuerzas Armadas de Argentina han sido las principales encargadas de financiar y entrenar a la contra nicaragüense, incluso superando por momentos a la ayuda estadounidense. Sea correcta o no esta última estimación, lo que resulta innegable es que la presencia de las Fuerzas Armadas argentinas jugó un papel de primer rango al interior de la guerra civil centroamericana¹¹⁸.

Esos datos han sido corroborados por el testimonio del capitán argentino Francés García en un video, exhibido el 30/11/1982 en la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP), de México. El militar no era un desertor. Había sido capturado en la capital costarricense en un operativo de la inteligencia sandinista. En su testimonio reconocía: “*Soy el ciudadano argentino Héctor Francés García y he realizado en Costa Rica tareas de inteligencia y asesoramiento tendientes al derrocamiento del régimen revolucionario de Nicaragua. Hace dos años ingresé al Batallón de Inteligencia 601, y en una escuela de la provincia de Buenos Aires [Argentina] preparada a tal efecto recibí instrucción en materias tales como reunión y análisis de información, seguimiento y contraseguimiento, técnicas de interrogatorio y contrainterrogatorio, fotografía, escritura con medios especiales y apertura y cierre de correspondencia*”. Además, había operado como agente secreto en Panamá, El Salvador, Guatemala y Honduras. En este último país, reveló, **existía un estado mayor argentino** que se relacionaba con un estado mayor hondureño. Argentinos y hondureños dirigían, con orientaciones de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), un estado mayor de la contra nicaragüense. Estados Unidos aportaba los dólares y los principales equipos de guerra; **Argentina suministraba los instructores, ya fogueados en la contrainsurgencia y en la desaparición de personas**, Honduras proporcionaba el territorio para entrenamiento de los contras y las bases de ataque a Nicaragua.

Según admitió el general Leopoldo Fortunato Galtieri en una entrevista¹¹⁹, existía la posibilidad de que tropas argentinas participaran, además de en Nicaragua, en la guerra civil de El Salvador. La misión argentina en América Central apuntaba a derrocar al gobierno sandinista y frenar el supuesto flujo de armas a los revolucionarios que combatían en El Salvador. Cabe destacar que los militares argentinos permanecieron en Honduras hasta los primeros meses de 1984, cuando el presidente Raúl Alfonsín llevaba más de un año en el gobierno constitucional. Recién se retiraron de allí, cuando la CIA los descartó¹²⁰.

¹¹⁸ Cfr. Ariel C. Armony: *La Argentina, los Estados Unidos y la cruzada anticomunista en América Central, 1977-1984*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

¹¹⁹ Entrevista realizada en Nueva York y publicada en Buenos Aires por la revista *Siete Días* el 19/8/1981.

¹²⁰ Cfr. Roberto Bardini: “Los militares de EEUU y Argentina en América Central... y Malvinas”. Publicado por el boletín electrónico de [ARGENPRESS.info](http://www.elcorreo.eu.org/esp/article.php3?id_article=1138). Cfr. la nota completa en el sitio: http://www.elcorreo.eu.org/esp/article.php3?id_article=1138; Ana Baron: “Un ex jefe de la CIA revela secretos del general Galtieri. La guerra sucia en

Evidentemente, los cursos “comando” realizados por el Ejército argentino, que recién ahora muestran las fotografías exhibidas por el actual gobierno argentino, conformaron una metodología regular, planificada, estudiada, aplicada en el propio territorio y exportada a otros países de América Latina¹²¹. Aunque los militares acusaban a los revolucionarios —principalmente a los de orientación guevarista o políticamente solidarios con la revolución cubana— de desconocer las tradiciones nacionales en aras de “exportar la revolución”, en realidad, quienes exportaban —la contrarrevolución— eran ellos.

La llamada «guerra contra la subversión»

Una década antes del escándalo de las fotografías del curso en contrainsurgencia, algo similar había ocurrido con las truculentas confesiones del capitán de corbeta (r) y miembro de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA), Francisco Scilingo, encargado —como muchos de sus cómplices— de arrojar prisioneros vivos al río de la Plata.

Aquellas declaraciones del marino no aportaron absolutamente ningún dato o información nuevos, aunque confirmaron —por primera vez de boca de uno de sus ejecutores directos, y esto fue lo novedoso de aquella instancia¹²² — algunos de los perversos y sistemáticos métodos utilizados por las Fuerzas Armadas en su “lucha contra la subversión”.

Dejando a un lado los múltiples análisis psicológicos que se podrían ensayar sobre sus notorias ambigüedades, el capitán Scilingo —hoy encarcelado en España— había sido claro y terminante en un punto. Sostuvo sin eufemismos que: “*Recibíamos órdenes extremas, pero **coherentes en función de una guerra** que se estaba librando, tanto las de detener al enemigo como las de eliminarlo*”, a lo que más adelante agregaba —

Centroamérica”. En *Clarín*, 24/9/1997, pp.32-34.

¹²¹ En 1998, mucho tiempo después de aquel asesoramiento a la contra nicaragüense de los primeros ‘80, **nos volvemos a encontrar con instructores militares argentinos en los conflictos centroamericanos**. Por ejemplo, Javier Elorriaga, coordinador del Frente Zapatista (FZLN), señalaba que el Ejército mexicano, **itodavía en 1998!, estaba recibiendo asesoramiento militar argentino** (además del ya clásico apoyo estadounidense, chileno e israelí). Cfr. Entrevista a Javier Elorriaga, realizada por Pedro Ortiz para ACOPI (Agencia Cooperativa de Prensa Independiente). En: <http://www.ainfos.ca/98/may/ainfos00268.html> ¿Seguirá recibiendo asesoramiento hoy en día?

¹²² En realidad, el primer antecedente de un reconocimiento oficial de los métodos empleados en Argentina en la “lucha contra la «subversión»” fueron las declaraciones del contraalmirante (r) Horacio Mayorga —quien en 1972 había sido el jefe de la base naval de Trelew donde se fusilaron a sangre fría a 16 guerrilleros desarmados, en lo que hoy se conoce como “la masacre de Trelew”—. Este último, en 1985, negó que en la ESMA se les hubieran cortado los dedos con una sierra a los secuestrados, diciendo: “*iMentira! Lo único que teníamos en la ESMA era picana*”. Cfr. Horacio Verbitsky: *El vuelo*. Bs.As., Planeta, 1995. pp.21. El segundo antecedente, a fines de 1994, fueron las declaraciones en el Senado argentino de los capitanes de fragata —entonces en actividad— Juan Carlos Rolón y Antonio Pernías.

especificando de qué tipo de guerra se trataba según la versión militar—: “Porque si se emplearon tantos **métodos no convencionales** era porque la guerra no era convencional”¹²³.

Obviamente Scilingo no es el autor original de semejante interpretación, cuyos mentores ideológicos provenían de Francia y Estados Unidos. Sin embargo, pone en el primer plano del debate la cuestión —aun hoy sin cerrar— de la caracterización de ese particular período de la historia latinoamericana, cuyas consecuencias todavía seguimos padeciendo.

La convicción de que en Argentina había que aplicar elementos de la guerra contrainsurgente era una creencia común, compartida por diversos cuadros militares, eclesiásticos y financieros. Por ejemplo, según reconoce el capitán-ingeniero Álvaro Alsogaray, ministro de economía de varias dictaduras e ideólogo temprano del neoliberalismo: “En 1962, con motivo de la posibilidad de reequipar el Ejército, discutimos el tema con mi hermano, el general Julio Alsogaray, a la sazón, subsecretario de Guerra. Mi opinión era que en ese reequipamiento debíamos asignarle una alta prioridad a las armas y equipos destinados a la **guerra antisubversiva**, en particular a la que podría desarrollarse en las grandes ciudades”¹²⁴.

No sólo los financistas como Alsogaray pensaban eso. Tanto aquellas fracciones y tendencias de las Fuerzas Armadas, genéricamente identificadas con el mote de “liberales”, así como también las autodenominadas “nacionalistas”, coinciden en caracterizar aquel período como un “guerra contra la subversión”¹²⁵.

Por ejemplo el general Lanusse, último presidente de la dictadura argentina iniciada en 1966 y uno de los exponentes más lúcidos e ilustrados dentro de la fracción liberal del Ejército, sostiene en sus memorias que: “El secuestro del general Aramburu [realizado por Montoneros en 1970] fue parte de una ofensiva del **enemigo** para dividirnos y esclavizarnos. La diabólica

¹²³ Cfr. Horacio Verbitsky: *El vuelo*. pp.28 y 53.

¹²⁴ Cfr. Álvaro Alsogaray: *Experiencias de 50 años de política y economía argentina*. Bs.As., Planeta, 1993. pp.117. Cabe aclarar que Álvaro Alsogaray pertenece a una de las familias más ricas de Argentina, vinculada al poder de todos los golpes de Estado y con estrechos vínculos en el poder financiero de EEUU. De esta familia salieron cuadros como el general Julio Alsogaray —comandante en jefe del Ejército que expulsa al presidente Arturo Illia de la casa de gobierno en el golpe de 1966—; el mismo capitán-ingeniero Álvaro Alsogaray y su hija, María Julia Alsogaray —emblema de la corrupción bajo el gobierno de Carlos Saúl Menem (1989-1999) y uno de los personajes más odiados de la Argentina—. Cfr. Rogelio García Lupo: “Los Alsogaray: biografía de una dinastía militar”. En García Lupo: *Mercenarios y monopolios en la Argentina*. Obra citada. pp.97-113. Aunque, para ser justos, hasta en el seno de esa familia tan nefasta existieron compañeros. Por ejemplo, Juan Carlos Alsogaray (hijo del general, sobrino del capitán y primo de María Julia), quien cayó combatiendo en la selva de Tucumán el 23/2/1976 como militante de la organización guerrillera Montoneros. Cfr. Miguel Bonasso: “«El general Bussi es un carnicero y un mentiroso», según el hijo del general Julio Alsogaray”. En *Página 12*, 27/10/1996. p.18.

¹²⁵ Para un análisis de las distintas corrientes políticas dentro del Ejército, Cfr. Rosendo Fraga: *Ejército: del escarnio al poder*. Bs.As, Planeta, 1988. Debe tomarse en cuenta que el conocido sociólogo Fraga es un hombre estrechamente vinculado a las Fuerzas Armadas y goza, entre sus cuadros, de grandes simpatías.

alianza de las fuerzas totalitarias demostró, desde ese momento, que **estaban en guerra** contra nuestra libertad y contra nuestro propósito de vivir en el clima creador de la democracia”¹²⁶. En su interpretación, al igual que otros países de América Latina, Argentina ingresa entonces en un período de guerra en el año 1970. Esta guerra marcará, desde su óptica, todos los sucesos políticos hasta el momento en que escribe sus memorias —1977, plena dictadura del general Videla—. Incluso admitirá explícitamente que el llamado a elecciones de 1973 no buscaba la democratización del país sino que tenía como principal finalidad “quitar todo argumento a la subversión”. Si bien ubica el comienzo de la guerra en 1970, no debemos olvidar que ya en 1969 este mismo general había sostenido en el día del Ejército que: “La guerra ha cambiado de forma [...] ya que la existencia palpable de fronteras ideológicas internas coloca al **enemigo** también **dentro de las naciones** mismas”¹²⁷.

Dentro de la misma corriente militar “liberal”, el brigadier Crespo, jefe del Estado Mayor General de la Fuerza Aérea durante el gobierno del presidente Raúl Alfonsín (1983-1989), aun reafirmando su “fe republicana”, dejaba en claro una década después que: “La mentalidad que hace que las Fuerzas Armadas estén más para gobernar que para ser Fuerzas Armadas empieza allá por el año ‘30 y proviene de una situación política. Son ciertas clases sociales las que empujan a las Fuerzas Armadas a los golpes de Estado, insisten y a veces los militares pecan por ingenuos. Con el correr del tiempo eso llevó al Proceso de Reorganización Nacional (PRN). Fue una bola de nieve que creció y creció. Lo que no hay que negar es **la necesidad de lucha contra la subversión** para sacar al país del caos”¹²⁸.

Por su parte, el sector “nacionalista” de las Fuerzas Armadas compartirá con los liberales la misma interpretación de la “lucha contra la subversión”. Todos sus exponentes, más allá de rivalidades fraccionales y disputas mafiosas circunstanciales, sostendrán sistemáticamente y en bloque que en la Argentina existió “una guerra contra **la subversión marxista** y el **terrorismo**”. Por ejemplo, se preguntaba el teniente coronel Aldo Rico —luego devenido político del Partido Justicialista (PJ)— en un documento previo al intento de golpe de Estado de 1987, elevado a su comandante de brigada: “La **amnistía** [para los que violaron derechos humanos] es **ignominiosa de por sí. ¿Por qué amnistía si peleamos una guerra justa y necesaria?**”, posición que luego reafirmará en público durante el cuartelazo militar de ese mismo año, cuando reclamaba “la solución política que corresponde a un hecho político como es **la guerra contra la subversión**”¹²⁹.

¹²⁶ Cfr. Alejandro A. Lanusse: *Mi testimonio*. Bs.As., Laserre ed., 1977. pp.116.

¹²⁷ Citado por Julio Viaggio: *La doctrina de la «seguridad nacional»*. En Viaggio, Barcesat, Losada y Zamorano: *Inseguridad y desnacionalización. La «doctrina» de la seguridad nacional*. Bs.As., Ed. Derechos del hombre, 1985. pp.73.

¹²⁸ Cfr. Entrevista al brigadier Crespo. En *El Periodista* N 71, enero de 1986. pp.3.

¹²⁹ Cfr. Horacio Verbitsky: *Medio siglo de proclamas militares*. Bs.As., Editora 12, 1988. pp.162 y 167. También pueden consultarse sobre la ideología del sector nacionalista de Rico y su caracterización del período: Horacio Verbitsky: “La proclama”. En *El Periodista* N 137, abril de 1987. pp.11; Luis Sicilia: “Los mesías de la «guerra santa»”. En *El Periodista* N 139, mayo de 1987. pp.4; Luis Sicilia y Carlos Abalo: “Salen a la luz los nacionales”. En *El Periodista* N 148, julio de 1987. pp.6-7; y Benjamín Venegas: “La historia según Rico”. En *El Periodista* N 181, marzo de 1988. pp.4.

Sólo un pequeño sector marginal del Ejército argentino, nacional-populista pero constitucionalista, agrupado en 1984 (al año siguiente del retiro ordenado de los militares y de la asunción del presidente Alfonsín) en el Centro de Militares por la Democracia (CEMIDA), sostendrá una caracterización distinta de las corrientes principales y hegemónicas. Desde su óptica, si bien dejan en claro que en la Argentina hubo “dos «terrorismos»” (político y estatal), al mismo tiempo plantean que no hubo “combate”, sino que en realidad se implementó una “represión”¹³⁰, lo que equivalía a negar el carácter de guerra al conflicto social interno.

En el juicio a las juntas militares argentinas por sus crímenes y violaciones a los derechos humanos, realizado durante 1985, toda la defensa jurídica y política de los comandantes de las Fuerzas Armadas estuvo centrada en demostrar que en la Argentina el conflicto social alcanzó niveles de “guerra”, con las consiguientes inferencias que pueden deducirse de ello en lo que atañe a métodos de lucha¹³¹. La razón jurídica se asentaba principalmente en los decretos de 1975 dictados por la presidenta constitucional peronista Isabel Perón e Italo Luder (N 261 del 5 de febrero y directiva N 1 del Consejo Nacional de Defensa del 15 de octubre de ese mismo año) que disponían textualmente “el aniquilamiento de la subversión”.

Durante los últimos años, si bien el sector nacionalista del Ejército argentino —cada vez más marginal— mantiene la caracterización de la supuesta “guerra contra la subversión y el terrorismo”, ha intentado aggiornarse apelando a una retórica nacional-populista que mezcla la reivindicación del peronismo como “movimiento nacional” con el coqueteo —puramente verbal y únicamente discursivo— de una defensa difusa del chavismo e incluso de Fidel Castro. Uno de los máximos exponentes ideológicos de este segmento militar es el ex asesor e instructor en comandos de guerra contrainsurgente en las escuelas de Panamá, el Teniente coronel Mohamed Alí Seineldín, quien estuvo casi una década preso, durante el gobierno del presidente Menem, a quien inicialmente había apoyado. Las declaraciones tragicómicas de supuesto “apoyo” a Fidel Castro —en oportunidad de la visita del líder cubano a la Argentina— por parte de este militar de extrema derecha, persiguen encontrar bases de apoyo civiles en algún sector desprevenido o despistado de la izquierda local y, fundamentalmente, de la burocracia sindical peronista, siempre nostálgica de los “militares nacionales”. Coqueteos y piruetas discursivas al margen, **el actual nacionalismo militar**, aunque intenta despegarse de la herencia

¹³⁰ Cfr. Coronel (r) H.P. Ballester et alt.: *Obra citada* pp.36 y 38-40. Sobre las diversas propuestas que mantenía, durante los primeros años postdictadura, este sector militar populista, pueden también consultarse: María Seoane: “Entrevista con la plana mayor del CEMIDA”. En *El Periodista* N 25, marzo de 1985, pp.6-7; General Ernesto López: “El ejército argentino y el sentimiento nacional y popular”. En *El Periodista* N 38, junio de 1985, pp.48 y “Normas para militares retirados”. En *El Periodista* N 72, enero de 1986, pp.7. Según su propia ubicación histórica y política en el seno de las Fuerzas Armadas argentinas, este sector rechazaba tanto la doctrina de los generales Osiris Villegas y Juan Carlos Ongaña de 1964 —«Doctrina de Seguridad Nacional» de completa sujeción a Washington—, como la doctrina del general Eric Carcagno de 1973 —Fuerzas Armadas, entendidas como vanguardia de los procesos de liberación, algo similar al pensamiento actual del presidente de Venezuela Hugo Chávez—.

¹³¹ Cfr. Rodolfo Mattarolo: “Los alegatos de la muerte”. En *El Periodista* N 59, octubre de 1985, pp.7.

económica del golpe de Estado de 1976 (acusándolo de “liberal” [¿?]), **mantiene intacta la necesidad de haber aniquilado, incluso físicamente, a “la subversión”**. Aunque el mono se vista de seda, mono queda.

En el otro extremo del arco ideológico, ubicado a la cabeza de la vertiente liberal, se encuentra el ya mencionado general Martín Balza, jefe del Ejército durante la presidencia de Carlos Menen y actual embajador en Colombia de Néstor Kirchner.

Como Seineldín, también Balza busca su *aggiornamento* y su despegue de los viejos y desprestigiados militares de 1976. Pero en lugar de ceder a la prédica nacional-populista y a los coqueteos seudo “antiimperialistas” al estilo del ex instructor contrainsurgente Seineldín, Balza ha preferido asumir una pose “autocrítica” frente a la dictadura militar del general Videla. Por eso realizó una crítica absolutamente formal —en la cual continuó responsabilizando a “la subversión” por haber iniciado la lucha... y siguió, a pesar de todo, defendiendo al ejército...— a lo actuado por las Fuerzas Armadas durante la dictadura de 1976 (la autocrítica la formuló el 25 de abril de 1995)¹³².

No obstante la puesta en escena “autocrítica” —realizada, sugestivamente, por televisión...— que tanto le ha valido para promocionar políticamente su figura personal, al punto de conseguir una embajada en la administración actual, cuando tres periodistas del diario *Clarín* lo entrevistaron preguntándole por los datos de la “represión ilegal”, el jefe militar les respondió sin dubitaciones: “No hablo de represión ilegal. Hablo de todo lo actuado **en la lucha contra la subversión**”¹³³. Mucho ruido, pocas nueces.

Mientras estamos escribiendo estas líneas, el actual jefe de la Marina acaba de expresar una “autocrítica”, esta vez referida al papel de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA) durante la represión. Al igual que en su época hizo Balza para el caso del Ejército, el jefe de la Marina argentina, almirante Jorge Godoy, ha pronunciado un “arrepentimiento” institucional llamando a la ESMA “*símbolo de barbarie e irracionalidad*”. Sin embargo, en su discurso “autocrítico” vuelve a defender —según sus palabras exactas— “*el rol fundacional y esencial que en la Nación desempeña esta casi bicentenario Fuerza [la Armada]*”. Tan sólo cuatro días después, el jefe de la Fuerza Aeronáutica imita a su par de la Marina, pero alertando: “*Si [en la dictadura] hubo errores y horrores... fue de ambos bandos*”.

A pesar de la diversidad de estrategias discursivas elegidas por la corriente del teniente coronel Seineldín y por la del general Balza, lo cierto es que en ambos casos nos encontramos con **el intento por reconstruir consenso para los militares** tratando de recrear el vínculo entre las Fuerzas Armadas y el pueblo. Un vínculo que se rompió históricamente, no por la maldad innata de “tres o cuatro generales alocados, alcohólicos y autoritarios” —como acostumbra a describir cierto periodismo superficial— sino por el papel estructural de ejército de ocupación, al servicio directo del imperialismo

¹³² Cfr. Los periódicos *Clarín* y *Página 12* del 26/4/1995. Asimismo, puede encontrarse una versión exageradamente celebratoria de la posición de Balza en los artículos del periodista Horacio Verbitsky: “Adiós a la Doctrina de la Seguridad Nacional. De Aramburu a Balza”. En *Página 12*, 4/6/1995. p. 6-7. y “La Conferencia de Ejércitos americanos y la doctrina Balza”. En *Página 12*, 12/9/1995. p. 10-11. Verbitsky vuelve a repetir ese mismo tono celebratorio ante la reciente “autocrítica” de la Marina frente a la ESMA...

¹³³ Cfr. Oscar Cardoso, María Seoane y Alberto Amato: “Las confesiones de un general” [Entrevista al jefe del Ejército argentino —entonces en funciones— Martín Balza]. En *Clarín*, 5/4/1998. pp.4.

y sus principales socios locales, asumido por esta institución a lo largo de la historia.

¿La historia como método o la “metafísica del alma latina”?

Si resolver “la cuestión militar” fuera tan sencillo como recomienda cierta prensa liberal, bastaría remover a los viejos cuadros de sus puestos y reemplazarlos por militares más jóvenes y “constitucionalistas”, para así reinsertar a las Fuerzas Armadas en “la vida democrática” de nuestros países. De este modo se lograría la tan deseada (por la burguesía y el imperialismo) “reconciliación”, imprescindible para volver a construir un “capitalismo normal”, es decir, para recomponer la corroída hegemonía de las tradicionales instituciones políticas burguesas. Precavidos de antemano contra esa peligrosísima ilusión que tanta sangre y dolor nos infligió, constatamos que la realidad latinoamericana resulta ser mucho más compleja y porfiada que dicho esquema.

Sólo se podrá eludir hacia el futuro la tentación de ofrecer mansamente la otra mejilla y, una vez más, abrazar ingenuamente al verdugo, al enemigo histórico de nuestros pueblos, si nos esforzamos por comprender los avatares sangrientos y genocidas de esta institución a partir de un registro histórico-social. Ese es el único camino para no chocarnos dos veces con la misma piedra y para volver inteligibles las prácticas del genocidio (que, para el pensamiento posmoderno, por ejemplo, resulta *“inconcebible, indecible, inmostrable, destinado a un más allá metafísico sustraído a toda comprensión”*). Si las matanzas sistemáticas se inscriben en un horizonte histórico atravesado por las alianzas y las lucha de clases, toda la “incomprensión” metafísica que las rodea se esfuma rápidamente.

Lejos de nosotros, entonces, la habitual opción metodológica (de factura positivista) que se limita a coleccionar “hechos puros” —por ejemplo, cuartelazos y golpes de Estado—, sin contexto ni condicionamientos sociales. Tan lejos como la opción posmoderna, que abstrae los genocidios de sus coordenadas históricas, considerando el presente como algo eterno y absoluto, por lo tanto inmodificable.

Ambos puntos de vista terminan abordando “la cuestión militar” latinoamericana (y su relación con las clases sociales de la sociedad civil) como si fuera algo insondable, enigmático e inserto en la “metafísica del alma latina”, con las habituales atribuciones eurocéntricas a nuestros pueblos de caudillismo, autoritarismo, falta de cultura cívica, incapacidad para autogobernarse, inmadurez política y otros lugares ideológicos semejantes, que abundan de modo inconfesado en el ensayismo sobre la cuestión militar (principalmente el de los especialistas académicos estadounidenses).

Al abordar entonces la historia de estos verdugos y sus “nuevas” funciones en tiempos de globalización capitalista, partimos de los siguientes presupuestos.

En primer lugar, las Fuerzas Armadas latinoamericanas no son una institución estatal absolutamente autónoma e independiente o recluida exclusivamente en la esfera técnico-militar. Por el contrario, **constituyen**

una institución fundamentalmente política y su intervención en la esfera pública es, siempre, política. Aunque en la historia latinoamericana los militares han logrado un grado de autonomía nada despreciable — comprensible teóricamente a partir de la autonomía relativa que siempre conlleva la política y el Estado frente a las lógicas inmediatas de la acumulación y la reproducción económica capitalista—, el comportamiento de la institución se encuentra inscripto en un contexto histórico, político y social determinado. No se puede comprender la trágica repetición de los cuartelazos y los golpes de Estado ni sus matanzas sistemáticas si no se tiene en cuenta la crisis orgánica del capitalismo latinoamericano y el déficit hegemónico de sus clases dominantes y dirigentes.

En segundo lugar, a diferencia de lo que habitualmente sugieren comentaristas televisivos y “opinadores” mediáticos, las FFAA latinoamericanas no siempre han mantenido el mismo tipo de vínculo en su relación con las clases sociales y los sujetos colectivos de la sociedad civil. Sus variaciones y mutaciones no son, de ningún modo, ajenas a las transformaciones socioeconómicas, políticas, institucionales, ideológicas y culturales que ha experimentado el capitalismo latinoamericano y las diversas alianzas de clases que han tenido lugar en su seno durante el siglo XX y lo que va del XXI.

En tercer lugar, sólo atendiendo a la historia económica, social y política de América Latina, en tanto parte inseparable del sistema mundial del capitalismo y de la cada vez más agresiva dominación del imperialismo, pueden comprenderse las transformaciones y adaptaciones específicas de las FFAA de la región: su cada vez más estrecha vinculación con las FFAA de Estados Unidos, sus diversas doctrinas militares, las influencias ideológicas recibidas, sus hipótesis de conflicto (las antiguas y las nuevas), su papel amenazante frente a la crisis institucional de las nuevas repúblicas, etc.,etc.,etc.

Las FFAA latinoamericanas durante el auge de los populismos (la expansión del bonapartismo militar)

Haciendo un recorte histórico a partir de la década del '30, nos encontramos ya en esa época de América Latina con la emergencia de una crisis orgánica del capitalismo dependiente y periférico. Si bien resulta innegable que el capitalismo latinoamericano ha sufrido —y sigue sufriendo— la crisis de reproducción de su desarrollo desigual, combinado y dependiente, los años '30 constituyen una década emblemática. Al estar estrechamente conectado con los avatares del mercado mundial en la fase imperialista del capitalismo metropolitano, las sociedades latinoamericanas reciben de manera directa e inmediata los efectos de la crisis del '29. A partir de los '30, se resquebraja la relación privilegiada del cono sur con el imperialismo inglés y ese lugar comienza a ser ocupado por el imperialismo estadounidense (que, en el Caribe, ya ocupaba ese sitio desde su intervención de 1898 en la guerra hispano-cubana-norteamericana).

Con la crisis del '30, las burguesías locales inician un proceso de sustitución paulatina de importaciones cubriendo los agujeros vacíos y los rubros vacantes dejados por las industrias monopólicas y los capitales imperialistas. Se inicia de este modo un proceso de pseudoindustrialización que consiste en una industrialización deformada y dependiente, que no modifica la estructura agraria atrasada de nuestros países. Al estar

encabezada por los socios locales del imperialismo y el neocolonialismo, no logra romper el estrecho marco del capitalismo periférico. Es una industrialización “a medias” o seudoindustrialización: “*Mientras la industria ligera necesitaba mercados para la producción de artículos de consumo, la industria pesada necesita también mercados, pero para su producción de herramientas. Estos mercados reemplazan a los de artículos de consumo*”¹³⁴. En el mismo sentido: “*Denominamos al fenómeno seudoindustrialización, parodia o caricatura de industrialización [...] Por sobre todo, se realiza sin modificar sustancialmente la estructura social del país, y los desplazamientos a que da lugar dejan en pie las antiguas relaciones de propiedad y entre las clases. **La seudoindustrialización no subvierte la vieja estructura sino que se inserta en ella***”¹³⁵. Entre las características de la seudoindustrialización, se encuentran: (a) No aumenta la composición técnica del capital social, sólo la mano de obra, (b) No se desarrollan las industrias básicas que producen medios de producción, ni las fuentes de energía ni los transportes, (c) No aumenta la productividad del trabajo, (d) El incremento de la producción de artículos de consumo sobrepasa el incremento de la producción de medios de producción y (e) La agricultura permanece estancada y no se tecnifica. La alianza de clases entre los propietarios burgueses terratenientes y los industriales comparte con el capital financiero el mismo interés en la perpetuación del atraso de nuestros países. Estos sectores sólo permiten el transplante o el injerto de islotes industriales en unas cuantas fábricas, manteniendo y reproduciendo la estructura social de conjunto atrasada y subordinada al imperialismo.

En medio de esa profunda crisis económica, que la seudoindustrialización no termina de conjurar y que los diversos intentos de modernizar desde arriba la sociedad tampoco resuelven, el aparato de Estado juega un rol central. Como también sucede en los capitalismo metropolitanos de la mano de la estrategia keynesiana, en América Latina el Estado comienza a intervenir en el mercado económico. Nacen entonces en aquel momento las empresas estatales de petróleo, carbón, estaño, fabricaciones militares y otros recursos estratégicos. Lo interesante es que las Fuerzas Armadas juegan un papel completamente destacado y relevante en ese proceso: ya no sólo cumplen el rol de actor político sino también de actor económico. Mientras protagonizan numerosos golpes de estado y cuartelazos, preparan planes estratégicos de industrialización y desarrollo energético. Se produce de este modo la emergencia de militares “industrialistas”, como integrantes e ideólogos de alianzas sociales burguesas durante la era de los populismos¹³⁶. Así, las Fuerzas Armadas asumen un rol crecientemente

¹³⁴ Cfr. Silvio Frondizi: *La realidad argentina. Ensayo de interpretación*. [Tomo I y Tomo II]. Bs. As., Praxis, 1955 y 1956. Principalmente el capítulo “Expansión industrial, imperialismo y burguesía nacional”.

¹³⁵ Cfr. Víctor Testa [seudónimo de Milcíades Peña]: “Industrialización, seudoindustrialización y desarrollo combinado”. En *Fichas de investigación económica y social*, Año I, N°1, abril de 1964. p.33-44. Este artículo fue recopilado póstumamente en Milcíades Peña: *Industrialización y clases sociales en la Argentina*. Bs.As., Hyspamérica, 1986. p.65 y ss.

¹³⁶ Para la biografía de uno de estos militares desarrollistas, cfr. Raúl Larra: *La batalla del general Guglielmelli*. Bs.As., Distal, 1995. El escritor argentino Raúl Larra, desde una concepción social bienintencionada, pero absolutamente reformista, se ha dedicado durante gran parte de su vida a escribir biografías de militares “progresistas”. Además de la que versa sobre Guglielmelli, escribió sobre el aviador Jorge Newbery, sobre los generales

protagónico en la vida política y económica, excediendo largamente la especificidad “técnico-militar”.

Aparentando estar por sobre las clases, las Fuerzas armadas del período terminan **cubriendo la ausencia de una burguesía nacional autónoma y pujante**, dado que la burguesía realmente existente mantiene un notable y evidente déficit de hegemonía social integradora. Transformándose de hecho en **un partido político-militar**, las Fuerzas Armadas se convierten en una especie de “árbitro” de la lucha de clases que, mediante una retórica nacionalista y diversos intentos de alianzas con industriales locales y las fracciones más reformistas del movimiento obrero sindical, terminan asumiendo el control del aparato de Estado. Cabe aclarar que durante este período “nacionalista” y populista, la tortura policial-militar se sigue implementando de modo habitual para la represión política interna¹³⁷.

La influencia ideológica del ejército prusiano (desde los planes de estudio hasta los uniformes...) se deja sentir en diversos ejércitos del continente durante este período, mientras que la Armada de Gran Bretaña

Mosconi (propulsor del petróleo) y Savio (impulsor de la industria del acero) y algunos otros más. Siempre a la búsqueda —infructuosa y trágica— de la “unidad cívico-militar”... posición política de bochornosa memoria durante la dictadura de 1976, cuando su corriente política tuvo más de cien militantes secuestrados y desaparecidos...

¹³⁷ En Argentina, la implementación inicial de la picana eléctrica como herramienta de tortura corresponde al comisario Leopoldo Lugones (h) [hijo del célebre escritor modernista Leopoldo Lugones, anarquista en su juventud, fascista en su vejez], quien la introduce en la práctica policial probablemente a partir de 1932 (luego del golpe de Estado de 1930). El uso de la picana se institucionaliza más tarde a manos de la temible “Sección Especial de represión al comunismo”, organismo oficial que opera tanto durante los diversos gobiernos militares de la década del '30 y '40 como durante todo el gobierno del general Juan Domingo Perón. Bajo este último gobierno, son ampliamente conocidos los casos de tortura con picana (y otras torturas y vejámenes que las acompañan...) a obreros y obreras comunistas. Uno de los primeros casos de tortura con picana eléctrica aplicados a mujeres ocurre en 1947, bajo el primer gobierno peronista. Es el de las obreras telefónicas que luchaban por la nacionalización de los teléfonos, hasta entonces propiedad de la ITT. Cfr. el testimonio de una de estas obreras torturadas (quien entonces estaba embarazada), Nieves Adelia Boschi de Blanco, delegada sindical telefónica y militante comunista, en Nicolás Doljanin: *La razón de las masas*. Buenos Aires, Nuestra América, 2003. pp.83-91. Luego de la caída de Perón, la picana siguió siendo de uso oficial contra el movimiento obrero (a partir de ese momento, no sólo contra la militancia de izquierda sino también contra los delegados sindicales peronistas). Años más tarde, la siniestra “Sección Especial” —como se la conocía popularmente— pasó a denominarse Coordinación Federal. Bajo la dictadura militar de 1976, la tortura de este departamento policial, bajo supervisión militar, llegó hasta el paroxismo y se sumó con su larga historia de vejámenes a los campos de concentración que las Fuerzas Armadas desplegaron en todo el territorio. Cambiaron los gobiernos... militares, del partido peronista, del partido radical..., pero la tortura se mantuvo incólume. La continuidad del aparato de Estado represivo recorre como un nauseabundo hilo negro toda la historia política argentina. Lo mismo sucede en Brasil, en Perú, en Colombia, en Bolivia y en otros países latinoamericanos.

influye sobre las respectivas fuerzas marinas¹³⁸. Después de haber completado entonces el sometimiento y el aniquilamiento de los pueblos originarios —expropiándoles sus tierras y destruyendo sus comunidades—, las Fuerzas Armadas se autopostulan, en un derroche de verbosidad nacionalista, como “las fundadoras y guardianas de la soberanía del Estado-nación”.

Vinculadas a la parcial revitalización del mercado interno, gracias a la pseudoindustrialización, las Fuerzas Armadas terminan durante este lapso histórico conformando la columna vertebral de la dominación en los capitalismo periféricos, en el área de la política, pero con ramificaciones también en la economía. El auge de los populismos se hace incomprensible si se hace abstracción de esa presencia inconfundible.

La inscripción de las FFAA latinoamericanas en la lógica del dominio continental estadounidense (del populismo al neoliberalismo)

Agotado el modelo económico de la pseudoindustrialización —basado, por otra parte, en un fuerte predominio del capital variable y la explotación extensiva de la fuerza de trabajo por sobre la débil inversión en capital constante y tecnología, en la extracción de plusvalor absoluto por sobre el relativo, en la subsunción formal del trabajo en el capital por sobre la subsunción real, en la explotación en extensión por sobre la explotación en profundidad—, las Fuerzas Armadas rompen sus antiguas alianzas de clases de signo populista. En el imaginario militar de la alianza social burguesa-populista, el movimiento obrero organizado en sindicatos deja de ser “base de maniobra” y “columna vertebral” para transformarse, vertiginosamente, en “enemigo interno”. A partir de ese momento, entra en crisis la ideología estatal asentada en la identificación entre “soberanía nacional = desarrollo industrial”. Conservando el protagonismo bonapartista y su autonomía relativa frente al Mercado, reconfiguran sus alianzas vinculándose con las fracciones más concentradas del gran capital transnacional. No es secundario que durante este nuevo período, numerosos militares de rango pasan a formar parte de los directorios empresariales de las grandes firmas multinacionales. En ese cambio de rumbo y orientación, la vieja influencia

¹³⁸ Un caso totalmente anecdótico, pero que no deja de ser ilustrativo, es el del **fundador de la Marina «nacional» argentina**: “orgullo” para todos los almirantes que la han dirigido hasta el presente, desde los que bombardearon con aviones de guerra a la población civil en la plaza de mayo, durante 1955, hasta los que organizaron el campo de concentración de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada-ESMA (donde los marinos torturaron y asesinaron a 5.000 prisioneros-desaparecidos), pasando por los fusilamientos a sangre fría de guerrilleros desarmados en la base marina Almirante Zar de Trelew, en 1972. Se trata del almirante irlandés Guillermo Brown, quien prácticamente no conocía el español... y se murió sin poder hablar fluidamente en el idioma de “los nativos”. En el mismo sentido, otro ejemplo puede ser el del almirante Isaac Rojas, cabecilla del golpe de Estado de 1955 y gran fusilador de obreros peronistas, que como otros almirantes argentinos, llevó luto negro en su uniforme blanco cada vez que se conmemoraba la muerte del almirante Nelson de la Armada británica. (Para poder comprender cómo de una Marina tan visceralmente pro-británica pudo salir un jefe nacionalista-populista como el sangriento almirante Emilio Eduardo Massera —cabecilla junto con Videla del golpe de 1976— sugerimos consultar el libro: *Madres de Plaza de Mayo: Massera: El genocida*. Bs.As., Edit. Página 12, 1999).

ideológica prusiana¹³⁹ es reemplazada por los instructores franceses y norteamericanos.

El antiguo papel de “guardianes de la soberanía del Estado-nación” es suplantado por el de fuerzas auxiliares en la nueva guerra mundial, la guerra fría: la guerra de las “fronteras ideológicas” y las áreas de influencia entre el Este y el Oeste. Manteniendo la tortura como método de represión política, la misma se convierte en un instrumento privilegiado de dominación social a nivel masivo. De recurso para amedrentar y reprimir puntualmente a los dirigentes sindicales y a los cuadros revolucionarios, durante este nuevo período la tortura se transforma en recurso central de guerra. No de la guerra entre Estados-naciones, sino de la guerra interna, contrarrevolucionaria, contrainsurgente.

Estados Unidos intenta entonces homogeneizar ideológicamente a las Fuerzas Armadas continentales en el anticomunismo galopante bajo la Doctrina de la «Seguridad Nacional»¹⁴⁰.

¹³⁹ La influencia prusiana en los ejércitos latinoamericanos no remite únicamente a una cuestión formal como el uniforme y el casco alemán (que el ejército boliviano utilizó, por ejemplo, hasta la revolución de 1952). En América Latina existió una fuerte presencia de oficiales e instructores nazis, criminales de guerra escapados de Alemania tras 1945. El más famoso de todos fue Klaus Barbie, *El Carnicero de Lyon*, que además de trabajar con los narcos, fue asesor de inteligencia del Ejército de Bolivia —junto con la CIA— hasta que fue extraditado a Europa a comienzos de los '80. Por su parte, el nazi Walther Rauff, inventor de los camiones para matar con los gases del motor, trabajó en Chile como asesor de la DINA (inteligencia militar de la dictadura de Pinochet). Para el caso argentino, es bien conocida la recepción de 5.000 nazis y 7.000 croatas (escapados como criminales de guerra) bajo el primer gobierno de Perón. Todavía en 1989, según muestra el video documental *Panteón Militar* realizado por el historiador Osvaldo Bayer para la TV alemana, en el Colegio Militar de El Palomar (provincia de Buenos Aires), se seguía utilizando material audiovisual de Hitler y de los nazis (en particular un noticiero sobre la invasión nazi a la Unión Soviética) para la instrucción de los cadetes argentinos. El documental muestra a un coronel del ejército argentino rindiendo homenaje ante sus alumnos al “alto espíritu del soldado alemán”... de la época de Hitler.

¹⁴⁰ En el caso específico de la Argentina, esta doctrina de ninguna manera nace con el golpe de Estado de 1976, como habitualmente se supone. La primera referencia explícita a “la amenaza comunista” en las proclamas golpistas de los cuartelazos vernáculos puede encontrarse en la del golpe de Estado del Grupo de Oficiales Unidos (GOU, del cual formaba parte el por entonces coronel J.D.Perón) contra el presidente Castillo, en 1943, cuando todavía no había comenzado la llamada guerra fría. La inclusión del comunismo como enemigo virtual en el frente interno del país —y no más allá de las fronteras, como sería de suponer en Fuerzas Armadas que se constituyen para la guerra entre Estados-naciones— se tornará completamente hegemónica luego de 1945, a partir de la guerra fría entre EEUU y la URSS. En Argentina, el general Osiris G.Villegas —todo un cuadro intelectual— es sin duda uno de sus principales impulsores. Además de contar con el triste “honor” de haber ayudado a salir del país al criminal nazi Joseph Mengele (cuando Villegas era ministro del interior del golpe de Estado de 1962), de haber defendido jurídicamente al carnicero-general

Si en la época del predominio de la alianza de clases entre el capital industrial y el capital terrateniente, centrada en la seudointustrialización y el mercado interno, la figura política de integración social privilegiada es la del “soldado-ciudadano” (vía la conscripción masiva y obligatoria de los jóvenes de 18 años), en la transformación neoliberal de las antiguas Fuerzas Armadas populistas, la nueva figura emblemática será la del agente de inteligencia. La ciudadanía integradora desde arriba, desde el aparato de Estado, mediante la conscripción obligatoria y de masas, deja lugar a la penetración de las organizaciones populares, a través del clásico personaje militar del nuevo período: “el infiltrado”. Las guerras en tiempos del predominio del capital financiero ya no son, fundamentalmente, entre Estados-naciones, sino guerras de represión interna. Ya no se trata de integrar y ciudadanizar a la población en forma masiva, en extensión, sino de infiltrar y penetrar a través de la inteligencia selectiva, en profundidad¹⁴¹.

Ramón Camps (quien se hizo públicamente cargo de la muerte de 5.000 personas) y de haber escrito el célebre discurso que pronunciara el general Juan Carlos Onganía en West Point (6/8/1964) defendiendo la Doctrina de la «Seguridad Nacional» en la V Conferencia de Ejércitos Americanos; Villegas fue precursor de la doctrina de la guerra contrarrevolucionaria en la Argentina. Su primer estudio sistemático de esta “nueva forma de guerra” data de 1962. Cfr. General Osiris Villegas: *Guerra revolucionaria comunista*. Bs. As., Pleamar, 1963 (edición de la Biblioteca del Oficial de 1962). **Allí, además de introducir en el país la experiencia de Argelia y Vietnam, aportaba una perspectiva propia: el estudio de “la cuestión cultural”**. Sin conocer directamente en aquella época a Gramsci, Villegas realizaba un minucioso y exhaustivo rastreo de las actividades culturales del Partido Comunista (PC), llegando incluso hasta proporcionar una lista completa de todos sus teatros y revistas literarias —que en su opinión formaban parte, como “acción psicológica”, del “aparato político militar de la subversión”—. Tres décadas después, volverá a insistir nuevamente con la necesidad de incorporar a la lucha la dimensión cultural. Cfr. General O.G.Villegas: *Temas para leer y meditar*. Obra citada. Pero, a diferencia de 1962, en 1993 hace referencia reiterada y explícitamente a los *Cuadernos de la cárcel* y al “marxismo gramsciano” —probablemente tomando como referencia los parámetros ideológicos de los documentos de Santa Fe I y II y la reunión de los Ejércitos Americanos de 1987 realizada en Mar del Plata (Argentina)—. No resulta aleatorio que en su *Diario de campaña*, donde relata el exterminio del PRT-ERP en Tucumán, el general Acdel Vilas anote: “Cuando en Tucumán nos pusimos a investigar las causas y efectos de la subversión llegamos a dos conclusiones ineludibles: 1) que entre otras causas, la cultura les era verdaderamente motriz. La guerra a la cual nos veíamos enfrentados era una **guerra eminentemente cultural** [subrayado en el original] 2) que existía una perfecta continuidad entre la ideología marxista y la práctica subversiva, sea en su faceta militar armada, sea en la religiosa, institucional, educacional, económica. **Por eso a la subversión había que herirla de muerte en lo más profundo, en su esencia, en su estructura, o sea, en su fundamento ideológico** [subrayado en el original]”. Cfr. General A.Vilas: *Diario de campaña*. Obra citada, pp.21. Esta definición, realizada por alguien que estaba operando concretamente en la represión y en el genocidio de nuestro pueblo, es quizás una de las formulaciones más claras de la Doctrina de la «Seguridad Nacional».

¹⁴¹ Como reconoce uno de los más temibles torturadores argentinos, verdugo de su propio pueblo y especialista en “doblar” y “quebrar”

Paulatinamente, las nuevas FFAA, y no es casual, van abandonando la conscripción obligatoria para convertirse en ejércitos profesionales.

El enemigo está dentro, habla el mismo idioma, le reza al mismo dios, come la misma comida, le gusta el mismo deporte y se viste con la misma ropa. Para ese nuevo tipo de guerra, resulta más “enemigo” y más peligroso alguien que habla el mismo lenguaje y comparte una misma historia y una misma cultura, que quien habla otro idioma y pertenece a una potencia extranjera¹⁴². Las Fuerzas Armadas latinoamericanas se transforman entonces en virtuales ejércitos de ocupación de sus propios pueblos. Pero, a diferencia de Francia en Indochina y Argelia o de Estados Unidos en Vietnam —los dos casos paradigmáticos empleados en la pedagogía militar del período—, las Fuerzas Armadas latinoamericanas no se diferencian por sus componentes étnicos, religiosos o nacionales, de su propio “enemigo”: el pueblo, la clase trabajadora, los revolucionarios, la “subversión”¹⁴³.

militantes y combatientes por el socialismo, el tristemente célebre capitán Héctor Vergez, integrante del Batallón 601 de inteligencia del Ejército y del Destacamento de Inteligencia 141 de Córdoba: *“No se cae en ninguna exageración al concluir que **el duelo mortal entre el Estado y la guerrilla pasa, en lo fundamental, por las coordenadas de la inteligencia y contrainteligencia** de uno y otra. Pero la inteligencia no es fin en sí misma. Sus informes deben transformarse en política y en estrategia. En fin, en actos de poder”*. Cfr. Capitán (r) Héctor Vergez: *Yo fui Vargas. El antiterrorismo por dentro*. Buenos Aires, edición del autor, 1995. pp.210. (La lectura de este libro genera una sensación de asco en el estómago difícilmente traducible en palabras).

¹⁴² En la reconstrucción de la represión a las guerrillas de Bolivia, el general Gary Prado es bien claro en este sentido. Para el Ejército boliviano, el Che Guevara y todos sus guerrilleros —bolivianos, cubanos, peruanos, argentinos, en suma, latinoamericanos— son “elementos ajenos a nuestra nacionalidad” (p.197), “extranjeros” (p.205) y expresan “una agresión a la soberanía nacional” (p.197). En cambio, dentro del campo propio y “nacional”, este general incluye a “los instructores de las Fuerzas Especiales de la Misión Militar Americana” [de EEUU] (p.212) y al “agente de la CIA que acompañaba al Comandante de la Octava División” del Ejército (p.214). Cfr. General Gary Prado Salmón: *Poder y Fuerzas Armadas 1949-1982*. Cochabamba, Amigos del libro, 1984.

¹⁴³ ¿Qué entienden los teóricos de la guerra contrainsurgente por “subversión”? Se delimitación es poco precisa. Manejan un uso restringido y otro ampliado. Veamos el ejemplo argentino. Inicialmente, identifican en forma restringida como “subversión” sólo a las “organizaciones subversivas terroristas”: PRT-ERP (Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo), Montoneros y FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias). La emergencia de este “enemigo subversivo”, según el general Agustín Lanusse, data de 1970. Otros plantean en cambio que se origina en las rebeliones populares de 1969 y 1971 (cordobazo, rosariazo, viorazo, etc.). Su objetivo consistiría en destruir “las formas de gobierno occidental y cristianas”, esto es, las relaciones sociales propias del capitalismo. Sus métodos serían principalmente “el terrorismo”, “la infiltración” y “la acción psicológica”. Su financiamiento, externo —Cuba, URSS, China, etc.— o interno —expropiaciones al gran capital—. Su territorio, todo el país. (Posteriormente, en la década del '80, los militares amplían los límites de aquel “enemigo subversivo” —siempre dentro del uso restringido—

Durante este período, las Fuerzas Armadas latinoamericanas conservan su tradicional bonapartismo, pero despojado de todo gesto populista y de cualquier ademán que pueda asociarse a lo que Gramsci denominaba “cesarismo progresivo”. Para contrarrestar el ejemplo continental de la revolución cubana, se transforman en un apéndice absolutamente servil y rastrero del comando sur del Ejército norteamericano. El saldo final de semejantes mutaciones ideológico-políticas resulta tristemente sangriento.

“Los desaparecidos por motivos de la represión —recuerda Gabriel García Márquez al recibir en Suecia el premio Nobel en 1982— son casi los 120.000, que es como si hoy no se supiera dónde están todos los habitantes de la ciudad de Upsala. Numerosas mujeres arrestadas encintas dieron a luz en cárceles argentinas, pero aún se ignora el paradero y la identidad de sus hijos, que fueron dados en adopción clandestina o internados en orfanatos por las autoridades militares. Por no querer que las cosas siguieran así han muerto cerca de 200.000 mujeres y hombres en todo el continente, y más de 100.000 perecieron en tres pequeños y voluntariosos países de la América Central, Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Si esto fuera en los Estados Unidos, la cifra proporcional sería de 1.600.000 muertes violentas en cuatro años. De Chile, país de tradiciones hospitalarias, ha huido un millón de personas: el 10 por ciento de su población. El Uruguay, una nación minúscula de dos y medio millones de habitantes que se consideraba como el país más civilizado del continente, ha perdido en el destierro a uno de cada cinco ciudadanos. La guerra civil en El Salvador ha causado desde 1979 casi un refugiado cada 20 minutos. El país que se pudiera hacer con todos los exiliados y emigrados forzosos de América latina, tendría una población más numerosa que Noruega”.

Aquella frase famosa de *El Capital*, donde Marx escribía: “*Si el dinero, como dice Augier, «viene al mundo con manchas de sangre en una mejilla»*”, tanto a la teología de la liberación, al marxismo gramsciano como al “narcoterrorismo”...).

Al mismo tiempo, durante la dictadura de 1976-1983, su uso también es referido a un sujeto social ampliado, que excede las “organizaciones subversivas terroristas”. El dictador Jorge Rafael Videla sostiene, en esta perspectiva ampliada, que la subversión: “*No es sólo lo que se ve en la calle. Es también la pelea entre hijos y padres, entre padres y abuelos. **No es solamente matar militares, es también todo tipo de enfrentamiento social**”, y agrega: “*un terrorista no es sólo quien es el portador de una bomba, sino también **todo el que difunde ideas contrarias a la civilización cristiana y occidental**”.* Cfr. declaraciones del general Videla en revista *Gente*. Bs.As., 15/4/1976. Citado en Pablo Pozzi: *Oposición obrera a la dictadura*. Bs.As., Contrapunto, 1988.pp.146.*

A su turno, el general Luciano Benjamín Menéndez —otro genocida de 1976, a cargo de la represión en las provincias del noroeste argentino— diferencia dos niveles. El primero, donde coloca solamente a las organizaciones político-militares, y un segundo, referido al conjunto ampliado de la “subversión”: “*Hasta que no afrontemos la realidad de que estamos inmersos en la Tercera Guerra Mundial y, en consecuencia, hasta que no **afrontemos a la subversión con mentalidad y disposición de guerra**, ganaremos una y todas las batallas contra **los subversivos violentos**, pero nunca terminaremos con **la subversión**”.* Cfr. Gral Menéndez: “Terrorismo o tercera guerra mundial”. En diario *La Nación*, 3/12/1980.

el capital lo hace chorreando sangre y lodo, por todos los poros, desde la cabeza hasta los pies", parece pensada especialmente para América Latina...

Las FFAA en tiempos de transiciones —incumplidas— a la democracia (o “el mismo perro con otro collar”)

Derrotadas a sangre, tortura y fuego la mayoría de las insurgencias latinoamericanas (a excepción de Nicaragua) durante los '70 y '80, Estados Unidos promueve en la región un cambio político cosmético y superficial. Los estrategas del poder imperial llegan a la conclusión de que pueden implementar los ajustes estructurales de los programas económicos neoliberales, así como también sus estrategias contrainsurgentes, con regímenes formalmente parlamentarios¹⁴⁴. De este modo, mantienen y reproducen su predominio económico-político, pero evitando las “disfuncionalidades” y los dolores de cabeza asociados a las dictaduras clásicas. Nacen así las demócra-duras, las democracias tuteladas y vigiladas, las democracias neoliberales.

¿Qué rol juegan los militares en estos nuevos regímenes? La respuesta no es uniforme. En las sociedades donde continúan operando fuerzas insurgentes de masas durante los '80 —caso Colombia, El Salvador o Perú—, las Fuerzas Armadas se convierten en el poder real paralelo, tras la máscara formal de elecciones “protegidas” por los fusiles y tanques militares. En los casos donde la insurgencia ya había sido totalmente derrotada —caso Argentina, Uruguay o Bolivia—, los militares ya no hacían falta para la lucha política inmediata y cotidiana. Retirándose a los cuarteles, pasaron a cumplir otro rol: el de “guardianes” y “reaseguros” de las instituciones políticas de la propiedad privada y el Mercado, resignando la administración del Estado a los cuadros de los partidos políticos burgueses tradicionales. A cambio de ese botín, los partidos burgueses tradicionales —por esa época ya totalmente integrados a la ideología neoliberal— les garantizaron a los genocidas militares la impunidad por sus violaciones sistemáticas a los derechos humanos y sus crímenes de lesa humanidad. **La tan mentada “transición” se convirtió, lisa y llanamente, en una transacción.** El ejemplo del Chile post-Pinochet constituye el arquetipo de esta retirada pactada de los militares a los cuarteles.

Las consecuencias sociales de esa impunidad, pactada y negociada entre los militares y los partidos burgueses tradicionales del continente (de la cual no fueron ajenos ni estuvieron al margen la jerarquía oficial de la Iglesia católica, los jueces o los grandes monopolios de comunicación) tuvieron un amplísimo abanico de consecuencias. Si en el campo psicológico

¹⁴⁴ Cfr. Bouchev, L.Francis; Fontaine, Roger W.; Jordan, David C.; Summer, Gordon; Tambs, Lewis Ed.: *Documento de Santa Fe I*. [Las relaciones interamericanas: Escudo de la seguridad del nuevo mundo y espada de la proyección del poder global de Estados Unidos]; *Documento Santa Fe II*. [Una estrategia para América Latina en la década de 1990] y *Documento Santa Fe IV* [América Latina frente a los planes anexionistas de los Estados Unidos]. Todos los documentos en el sitio: www.emancipacion.org

de la subjetividad de los torturados sobrevivientes, los presos liberados y los millones de exiliados, el desenfado de la impunidad dejó una huella siniestra imposible de erosionar, en la vida cotidiana de las clases subalternas sucedió algo similar. Tanto en las áreas rurales, con las guardias blancas de los terratenientes y su permanente hostigamiento de los campesinos rebeldes o sin tierra, como en las grandes urbes, con los escuadrones de la muerte que asesinan niños de la calle, el precedente de la impunidad militar se convirtió en un modelo repetido y recreado hasta el infinito. Por ejemplo, las numerosas violaciones que, día a día, se suceden sin castigo alguno en las capitales latinoamericanas, son en alguna medida un producto secundario de aquella impunidad primigenia.

Desligadas ya de las antiguas alianzas de clases integracionistas, desarrollistas y populistas, y habiendo transitado por las guerras de baja intensidad, las Fuerzas Armadas de este nuevo período asumen un rol tutelar de los frágiles regímenes electoral-parlamentarios (repetimos: escasamente democráticos). Al haber quedado completamente diluidos los tímidos intentos burgueses locales por desplegar un modelo de desarrollo de capitalismo asentado en el mercado interno, las hilachas y los retazos que restaban de la “burguesía nacional” terminaron acoplándose a los grandes conglomerados de empresas transnacionales. Cada monopolio local diversifica en esos años sus mercados (desligándose de los ciclos económicos del mercado interno), integrando al mismo tiempo firmas industriales y grupos de bancos, que operan dentro y fuera de cada país. No es casual, entonces, que las Fuerzas Armadas latinoamericanas abandonen definitivamente las viejas ilusiones desarrollistas o nacional-populistas y asuman con bombos y platillos las tareas auxiliares asignadas por el imperialismo en las “misiones internacionales” en Irak, en los Balcanes, en Afganistán y en otras aventuras imperiales de idéntico tenor.

Las FFAA latinoamericanas en la época de la globalización y la crisis actual del neoliberalismo

Ante la actual crisis latinoamericana provocada por la apertura absoluta de las economías dependientes durante un cuarto de siglo y por los programas de ajuste estructural del FMI y el Banco Mundial, ¿cuáles son las nuevas hipótesis de conflicto de los militares vernáculos? ¿Las Fuerzas Armadas latinoamericanas han cambiado sus doctrinas y su agenda de “seguridad” hemisférica en tiempos de globalización?.

Más allá de puestas en escena, piruetas de artificio, “autocríticas” *pour la galerie*, malabarismos verbales y recurrentes campañas mediáticas destinadas a recomponer su consenso en el seno de la sociedad civil del continente, creemos no equivocarnos al afirmar que los principales cuadros políticos de las Fuerzas Armadas latinoamericanas **se han adaptado sólo discursivamente** a la nueva institucionalidad política surgida en el hemisferio, tras las crisis de las dictaduras clásicas de los años '70 y '80.

No obstante su aceptación a regañadientes de las repúblicas formalmente electoral-parlamentarias (y la consiguiente reducción del gasto público, incluido el militar, que éstas han llevado a cabo aplicando las recetas del FMI y el Banco Mundial), los principales ideólogos y estrategias de las Fuerzas Armadas locales siguen subordinados puntualmente a los dictados estratégicos de las Fuerzas Armadas y el Estado norteamericanos.

Si esto no fuera así, no se entendería, por ejemplo, porqué las diversas Fuerzas Armadas nacionales continúan realizando periódicamente los tradicionales ejercicios militares conjuntos, bajo la dirección directa del comando sur del Ejército norteamericano. Al crecer y aún profundizarse la ya tradicional sujeción de los militares latinoamericanos al Pentágono, a las Fuerzas Armadas y al Estado norteamericano, la antigua práctica de la exportación de la contrainsurgencia se va progresivamente reemplazando por otro tipo de “internacionalismo”: la participación de las FFAA latinoamericanas en las misiones globalizadas de “paz” y en las incursiones militares en diversos continentes de las últimas administraciones yanquis, por ejemplo la de Bush.

¿Dónde se encuentra ahora, en la nueva agenda de “seguridad”, el “enemigo”? Resulta sintomático que las nuevas doctrinas y agendas de “seguridad” hemisférica de los militares latinoamericanos, aunque cambian el lenguaje, siguen manteniendo a los propios pueblos como enemigos internos y futuras amenazas en potencia. Dichas doctrinas han reemplazado al antiguo fantasma omnipresente del comunismo —típico de la guerra fría y de la supuesta amenaza de una tercera guerra mundial— por “el terrorismo y el narcotráfico”, pero mantienen inalteradas las relaciones de sujeción política con la potencia hegemónica del continente —los EEUU—¹⁴⁵. Por supuesto que, cuando los militares hablan de combatir al “narcotráfico”, no están pensando en los grandes traficantes —algunos de los más importantes tienen sede en Estados Unidos— sino en los empobrecidos campesinos latinoamericanos.

Esa transformación y readaptación doctrinaria, tan sólo formal y discursiva, se asienta en un nuevo telón histórico de fondo: la crisis de los Estados-naciones periféricos y la completa renuncia de las burguesías vernáculas a la soberanía nacional (si es que alguna vez la tuvieron...), en aras del libre comercio (ALCA, Tratado de Libre Comercio-TLC o NAFTA, etc.) y la integración hemisférica, en un proceso de creciente militarización continental.

En ese nuevo contexto histórico de crisis ampliada surge, nuevamente, la amenaza sempiterna de la intervención militar (para frenar las crecientes resistencias) y la inestabilidad institucional. **Las nuevas alianzas de clases**, tejidas entre la fracción financiera de las burguesías locales de América latina y el capital financiero transnacionalizado, **no han abandonado el recurso de las Fuerzas Armadas como guardianes políticos del orden interno**, para aquel momento cuando la crisis orgánica (económica y política al mismo tiempo) se torne demasiado explosiva y emerja una posible rebelión popular. Para cuando los de abajo no quieran y los de arriba no puedan, como solía decir alguien que conocía un poco de estos temas. Las nuevas hipótesis de conflicto —supuestamente renovadas y adaptadas al nuevo orden internacional— encubren, bajo nuevas formas, el viejo proyecto de sujeción de las sociedades latinoamericanas al talón de hierro de la dominación imperial, la violencia sistemática y el control social.

¹⁴⁵ Cfr. Luis Garasino: “Definen la cooperación regional contra el terrorismo”. En *Clarín* 30/11/1998. pp. 25 y del mismo periodista: “Proponen coordinar la lucha antiterrorista en el continente”. En *Clarín* 1/12/1998. pp.16.

El imperialismo de nuestros días, aunque plural —Samir Amin se refiere a él como “el imperialismo de la tríada”—, sigue teniendo como uno de sus centros privilegiados a los Estados Unidos. A pesar de la crisis económica interna, este último pretende continuar con la ofensiva que lo ha caracterizado durante el último cuarto de siglo. En ese esfuerzo por conjurar su propia crisis, debe inscribirse el ALCA, el Plan Puebla-Panamá, el Plan Colombia, el reforzamiento de las antiguas bases militares norteamericanas en América Latina, la instalación masiva de nuevas bases y la apropiación de los recursos naturales estratégicos de nuestro continente como el petróleo, la biodiversidad, los espacios naturales selváticos y el agua.

Mientras las economías latinoamericanas naufragan una a una, la militarización interna y la penetración norteamericana aumentan día a día. El nuevo pretexto es la ya mencionada “nueva hipótesis de conflicto”: la lucha contra “el narcotráfico y el terrorismo”. Ya hay bases militares de Estados Unidos en Manta (Ecuador), Tres Esquinas y Leticia (Colombia), Iquitos (Perú), Reina Beatriz (Aruba), Hato (Curaçao), Vieques (Puerto Rico), Guantánamo (Cuba), Soto de Cano (Honduras). A esto se suma el intento de construir nuevas bases en Tierra del Fuego (Argentina) y controlar la base de Alcântara (Brasil)¹⁴⁶

Esa violenta militarización hemisférica —que conjuga el avance de tropas norteamericanas y sus nuevos asentos en territorio latinoamericano con la mayor sujeción de las Fuerzas Armadas locales al amo imperial— corre pareja con el intento de implementar “el libre comercio” del ALCA, una nueva manera de concretar la vieja estrategia estadounidense destinada a controlar y dominar todo el continente¹⁴⁷. Mientras tanto, como una herramienta más de dominación, al conjunto de los países del Tercer Mundo se les exige el pago de intereses y utilidades de una deuda de 2,5 millones de millones de dólares (de ellos, 900.000 millones corresponden a América Latina). ¡Una deuda completamente fraudulenta!

Exceptuando obviamente a Cuba y al proceso social actualmente en curso en Venezuela bajo liderazgo de Hugo Chávez, en la inmensa mayoría de las Fuerzas Armadas continentales no han existido resistencias visibles a la presencia masiva de militares norteamericanos en la región. Para que

¹⁴⁶ Cfr. Campaña continental contra el ALCA: “La militarización de América latina”. En *América Libre* N°20, enero de 2003. p.135-137; “Debatén sobre ALCA, deuda externa y militarización”. En *Granma* N°27, La Habana, martes 27/1/2004; James Petras: “ALCA, una extensión del neoliberalismo, pero con propósito de dominación política” y “Bush, el ALCA y el Plan Colombia”. Ambos recopilados en J.Petras: *Imperio versus resistencia*. La Habana, Editora Abril, 2004. pp.59-91; Monseñor Carlos María Aris: “Panamá en relación con el «Plan Colombia». El Plan contra Colombia: ¡Más gasolina para el fuego!”. En *ALAI* N° 320, septiembre, 2000. p. 5-6; Ana Esther Ceceña y Andrés Barreda: “Chiapas y sus recursos estratégicos”. En *Chiapas* N°1, 1995. pp.53-100; ALAI [s/firma]: “«Escuela de los asesinos» no se cierra. Sobre la Escuela de las Américas”. En *ALAI* N°274, junio de 1998. p. 2-3. y Eduardo Tamayo: “México-Chiapas: Presión militar contra comunidades”. En *ALAI* N° 292, abril de 1999. pp.15-16; Fernando Martínez Heredia: “Imperialismo, guerra y resistencia” [24/1/2003]. En *La Jiribilla*: <http://www.lajiribilla.cubaweb.cu/>

¹⁴⁷ Cfr. Julio Gambina [compilador]: *La globalización económico-financiera. Su impacto en América Latina*. Bs.As., CLACSO, 2002.

esto sucediera, deberían darse, como mínimo, una serie de condiciones de posibilidad cuya existencia realmente no se visualiza en el horizonte. Entre todas ellas, la principal debería ser el resurgimiento de una “burguesía nacional” latinoamericana, autónoma, independiente, antiimperialista, que pueda oponerse, de forma realista y viable, a la estrategia estadounidense. Contra todas las ilusiones y fantasías compensatorias de los ya clásicos ideólogos nacional-populistas y desarrollistas, que viven soñando con el renacimiento de una burguesía nacional y de un empresariado local antiimperialista, confundiendo aspiraciones con realidades, hoy en día asistimos a una creciente internacionalización de los capitales latinoamericanos (el comportamiento neoliberal de los empresarios brasileños bajo el gobierno de Lula es un claro indicador en esa dirección). Hace rato que las burguesías locales han dejado de ser “nacionales” (si es que alguna vez lo fueron...). Su tasa de ganancia está asociada desde larga data a los avatares del mercado mundial. Por eso, difícilmente apoyen o alienten procesos de independencia nacional centrados en una nueva alianza social focalizada en el mercado interno, en el desarrollo industrial autóctono, y en la recreación hegemónica de un nuevo liderazgo bonapartista militar de signo populista.

Es más que probable que si las Fuerzas Armadas latinoamericanas asumen nuevamente un protagonismo bonapartista, independizándose de las representaciones políticas clásicas de los partidos burgueses tradicionales, será más bien para enfrentar y reprimir procesos de rebelión popular e independencia nacional, antes que para encabezarlos. Si se observa desprejuiciadamente la realidad actual de nuestro continente, el fenómeno del presidente Hugo Chávez y su valiente y encomiable intento por independizar Venezuela de la bota norteamericana y de la burguesía venezolana a ella asociada¹⁴⁸, resulta más bien una excepción a la regla antes que una regularidad continental.

Entre otras razones, antes que depositar falsas ilusiones en proyectos de aventuras militares que apelan a retóricas nacional-populistas para ganar consenso civil, pero siguen manteniendo las añejas hipótesis de conflicto antipopulares, debería atenderse a la desigual conformación social de las Fuerzas Armadas del continente. ¿O acaso no existen notorias diferencias y claras asimetrías entre el componente social de clase —y hasta étnico— de la joven oficialidad de Venezuela encolumnada junto a Chávez y las aristocráticas y elitistas FFAA de Chile, Argentina o Brasil?. Sin dar cuenta de esta variable, entre muchas otras, no podrá evaluarse con realismo los alcances y los límites de cualquier posible generalización de la experiencia militar venezolana para el resto del continente (desde nuestro punto de vista, mayormente inviable).

Los señuelos ideológicos del “terrorismo” y la lucha contra la droga (adoptados por la inmensa mayoría de las FFAA regionales como caballito de batalla de sus ejercicios militares conjuntos con EEUU), son más bien intentos destinados a renovar, readaptar, resignificar y reproducir funciones antiguas de control social y dominación política. Es decir, no anuncian

¹⁴⁸ Cfr. Hugo Chávez Frías [en diálogo con Marta Harnecker]: “Los militares en la revolución bolivariana”. En *América Libre* N°19, marzo de 2002. pp.140-160 y Hugo Chávez Frías: *El golpe fascista contra Venezuela. Discursos e intervenciones*. La Habana, Ediciones Plaza, 2003.

ningún proceso de independencia nacional. Todo lo contrario: conforman nuevos ropajes para disfrazar las viejas hipótesis estratégicas de contrainsurgencia. En ese sentido, resultan útiles para reinsertarlas en la nueva agenda “globalizada” que los partidos políticos burgueses del continente aprueban en las respectivas cámaras legislativas sin levantar un solo dedo o emitir una sola voz de protesta.

Tras la crisis del neoliberalismo, y frente a la creciente radicalización del conflicto social latinoamericano y el avance de la resistencia popular, la llamada globalización —repetimos: hegemónizada en América Latina por EEUU— reserva a las FFAA locales una nueva y al mismo tiempo vieja función: de antiguo ejército de ocupación (en el período de las dictaduras clásicas) a policía interno de la región (en épocas de repúblicas formalmente parlamentarias). Pero, al mismo tiempo, aquellas sufren un debilitamiento paralelo y acorde con la notable fragilidad de las “burguesías nacionales”. En la medida en que aceptan el rol asignado por Estados Unidos, se van convirtiendo progresivamente en un gigantesco y agresivo policía doméstico, compartiendo sus áreas de influencia con las policías y gendarmerías actualmente existentes. Por eso la tendencia a largo plazo de ese proceso, si es que el movimiento popular latinoamericano no logra enfrentarlo y no vuelve a plantearse seriamente una estrategia para la “cuestión militar” —olvidada durante dos décadas—, es que se ponga en riesgo el monopolio del uso estatal de la violencia considerada “legítima”. No tanto por parte del pueblo insumiso y rebelde sino más bien por parte de policías privadas urbanas (caso la Argentina), por guardias blancas rurales (caso Brasil o México), o por grupos paramilitares (como los que asolaron Colombia). Todos ellos, objetivamente, contrarrevolucionarios.

En suma, las nuevas rebeliones latinoamericanas del siglo XXI, antiimperialistas y anticapitalistas, no vendrán seguramente del liderazgo militar de las Fuerzas Armadas continentales, sino de la mano de la resistencia de los pueblos, de la lucha de la clase trabajadora —ocupada y desocupada— y de sus aliados, los campesinos pobres, los estudiantes y las capas medias. Es más que probable que, cuando esas rebeliones se produzcan, los militares latinoamericanos se pondrán de la vereda de enfrente, en la que por otra parte siempre estuvieron. Ellos, los fieles perros guardianes del imperialismo, los verdugos de sus propios pueblos, los “valientes” violadores de mujeres indefensas, torturadores de embarazadas y apropiadores de sus hijos nacidos en cautiverio, siguen siendo y seguirán siendo nuestros enemigos de siempre.

Desafíos del marxismo frente al posmodernismo

Néstor Kohan

“Lo que anuncia ser un proyecto más inclusivo que el socialismo tradicional en realidad lo es menos. En vez de las aspiraciones universalistas del socialismo y la política integradora de la lucha contra la explotación de clases, tenemos una pluralidad de luchas particulares desconectadas que concluye con una sumisión al capitalismo.

El proyecto socialista debe enriquecerse con los recursos y los conocimientos de los «nuevos movimientos sociales» (ahora no tan nuevos), no empobrecerse recurriendo a ellos como una excusa para desintegrar la resistencia al capitalismo”

Ellen Meiksins Wood

Balance crítico impostergable

Actualmente, a pocos años de haber comenzado el nuevo siglo y el nuevo milenio, se suceden distintas experiencias de lucha, enfrentamiento y rebeldía contra el llamado “nuevo orden mundial”. Desde las movilizaciones masivas y globales contra la guerra imperialista (en Irak y Afganistán) hasta el rechazo de la intromisión norteamericana en diversos países latinoamericanos (como en Venezuela, Cuba, Colombia, etc). Mientras tanto, recrudece la oposición al ALCA encabezada por los Sin Tierra en Brasil y acompañada por la lucha de los piqueteros en Argentina. Al mismo tiempo, en las principales ciudades del capitalismo metropolitano, continúan desarrollándose los denominados “nuevos” —aunque ya cuentan con décadas de historia— movimientos sociales (ecologistas, feministas, homosexuales y lesbianas, minorías étnicas, okupas, ligas antirrepresivas, etc).

Pero este variado y colorido abanico de luchas, valiosas por sí mismas, aún no ha logrado conformar un frente común que las agrupe orgánicamente contra el capitalismo y el imperialismo. Los Foros Sociales Mundiales han sido una primera tentativa de diálogo, pero todavía demasiado débil. Sobrevive la dispersión, la fragmentación y la falta de una auténtica coordinación que permita elaborar estrategias comunes a largo plazo. En términos políticos esa segmentación quita fuerza a los reclamos.

Reconocerlo como una insuficiencia y una debilidad —creemos nosotros que transitoria— constituye un paso obligado y necesario si lo que pretendemos es avanzar colectivamente con nuevos bríos hacia mayores niveles de confrontación contra el sistema capitalista del imperialismo contemporáneo a escala mundial.

Pero para ello se torna necesario poner en discusión determinados relatos teóricos que, durante un cuarto de siglo por lo menos, han

obstaculizado —desde nuestro punto de vista— la comprensión de esta debilidad. No sólo la han retrasado. Han pretendido legitimar la fragmentación y la dispersión como “el mejor de los mundos posibles”.

Sin hacer un beneficio de inventario y un balance crítico con el punto de vista filosófico que predominó durante las décadas del '80 y el '90 no lograremos observar, analizar, comprender y finalmente superar en la práctica nuestras limitaciones actuales. Este escrito apunta, precisamente, a bosquejar un primer beneficio de inventario y ese impostergable ajuste de cuentas con aquellos relatos filosóficos. El objetivo perseguido consiste en desbrozar el terreno para así comenzar a discutir las nuevas tareas que se abren ante el “movimiento de los movimientos” en lucha por un mundo mejor. Un mundo que desde nuestra perspectiva debería ser el socialismo a escala mundial.

Fragmentación heredada y necesidad de una teoría crítica

Que en cualquier tipo de confrontación la división debilita a quien la padece es ya una verdad del sentido común largamente conocida. “Divide y reinarás”, dice la famosa consigna de quienes necesitan mantener el poder. Esa parece haber sido la estrategia del gran capital durante las últimas tres décadas en todo el mundo. Cada lector o lectora podrá proporcionar ejemplos de su propio país que ilustren en ese sentido la vigencia de esta doctrina política. Ya desde el terreno de la intuición y el sentido común se puede captar esa estrategia de los poderosos del planeta.

Pero esa primera aproximación intuitiva, aunque necesaria, debe poder superarse por un plano de profundización crítica. La mera intuición y el sentido común son demasiado limitados (muchas veces están impregnados por discursos del poder) y no alcanzan para dar cuenta de la complejidad de la dominación en el mundo contemporáneo. Necesitamos otro tipo de herramientas, más refinadas y rigurosas.

Pues bien, la teoría crítica del fetichismo puede sernos de gran ayuda a la hora de comprender y explicar esa prolongada segmentación y fragmentación que todavía hoy debilita la rebeldía popular y neutraliza las protestas contra el sistema capitalista. Esta teoría cuenta en su haber con toda una sedimentación acumulada de reflexiones sociológicas y filosóficas y experiencias políticas a lo largo de varias generaciones de revolucionarios.

No obstante, durante las últimas décadas esta teoría crítica no ha gozado de “buena prensa” ni de prestigio académico en el mundo de la intelectualidad oficial. ¿Una casualidad? Creemos que no.

El abandono académico de la temática del fetichismo

¿Cuáles han sido las razones históricas, filosóficas y políticas que condujeron a un abandono total o, en su defecto, a una utilización absolutamente colateral y marginal de la teoría crítica del fetichismo en el cuestionamiento del sistema capitalista?

En el orden filosófico, no cabe duda de que la arremetida althusseriana de los años '60 dejó una huella profunda en el pensamiento de la izquierda. Hubo un antes y un después. Aunque los escritos de Louis Althusser y sus numerosos discípulos fueron impugnados desde varios flancos, dejaron sentado un precedente importante. Se cuestionó al mensajero pero se dejó pasar el mensaje. A partir de entonces, el sólo hecho de mencionar la categoría de fetichismo o la de cosificación pasó a ser síntoma de hegelianismo encubierto y, por lo tanto, de idealismo filosófico o ideología burguesa disfrazada.

Salvo contadísimas y honrosas excepciones que hoy vale la pena releer y recuperar, en la mayor parte de la literatura filosófica europea aparecida con posterioridad al mayo francés, puede rastrearse una progresiva e ininterrumpida desaparición de referencias a la teoría marxiana del fetichismo (y de su antecedente juvenil, la teoría crítica de la alineación).

Para que determinados procesos históricos sean caracterizados como “fetichistas” se deben dar ciertas condiciones previas. Entre otros fenómenos fetichistas cabe mencionar a la cosificación de las relaciones sociales, la personificación de los objetos creados por el trabajo humano, la inversión entre el sujeto y el objeto, la cristalización del trabajo social global en una materialidad objetual que aparenta ser autosuficiente y crecer por sí misma —por ejemplo el equivalente general que devenga interés—, la coexistencia de la racionalidad de la parte con la irracionalidad del conjunto y la fragmentación de la totalidad social en segmentos inconexos, etc.

Algo análogo sucede con otros procesos históricos que son adoptados como síntomas de “alienación” (como la independencia, la autonomía y la hostilidad de los objetos creados sobre sus propios creadores o la completa ajenidad de las relaciones sociales y la actividad laboral frente a las personas que la padecen como una tortura, etc.).

En ambos casos, para caracterizan ese tipo de situaciones sociales e históricas como “fetichistas” y “alienadas” debe presuponerse como condición que a nivel social existan sujetos autónomos que pierden su autonomía, su racionalidad, su capacidad de planificar democráticamente las relaciones sociales y su control sobre sus condiciones de existencia y convivencia con el medio ambiente.

Sin embargo, a partir de la proliferación académica de las metafísicas “post” (posmodernismo, posestructuralismo, posmarxismo, etc.) lo que se pone en duda en el terreno de la filosofía y las ciencias sociales de las últimas tres décadas es, precisamente, la existencia misma de estos sujetos...

(En el párrafo anterior hemos utilizado la expresión “metafísica” para designar estos relatos académicos preponderantes durante tres décadas. Aclaración necesaria: aunque todas estas corrientes tienen discursivamente vocación antimetafísica y son, en su modo de presentarse en sociedad, críticas de cualquier fundamentación última de la realidad, todas, cada una a su manera, terminan atribuyendo a una situación particular de la historia de la sociedad capitalista occidental —particularmente europea— un carácter absoluto. Le otorgan rango “ontológico” a lo que no es más que un momento históricamente determinado del capitalismo: aquel donde se

borran muchas solidaridades y barreras nacionales y se disuelven identidades sociales, consolidadas durante las etapas previas del capital. De este modo le atribuyen rango falsamente universal a una realidad social — por ejemplo la proliferación de discursos políticos fragmentados y aislados, la dispersión de los movimientos sociales, la esquizofrenia de las antiguas subjetividades, etc.— que es bien particular y característica de esta etapa de la expansión del desarrollo capitalista.

Entendemos con Gramsci que toda afirmación filosófica que se postule como algo universal al margen de la historia y la política se convierte en pura metafísica. Las verdades de la metafísica no tienen tiempo ni espacio, son (falsamente) universales y abstractas. Están separadas de la vida histórica de la humanidad; en sus formulaciones hacen completa abstracción de dicha historia y jamás explicitan los condicionamientos sociales de los que surgen los términos planteados [véase Antonio Gramsci: *Cuadernos de la cárcel*. Edición crítica de Valentino Gerratana. México, ERA, 2000. Tomo 4, pp.266].

Tanto el posmodernismo, como el posestructuralismo y el posmarxismo comparten, a pesar sus ademanes minimalistas y relativistas, esta metodología de pensamiento. Por eso consideramos que son metafísicas de “la pluralidad”, del “flujo del Deseo”, de la “diversidad del Otro”, de “los Poderes locales”, etc., etc.).

Entonces, estas metafísicas gritan al unísono: ¡Ya no hay sujeto!. ¿Con qué los reemplazan? Pues por una proliferación de multiplicidades o “agentes” sin un sentido unitario que los articule o los conforme como identidad colectiva a partir de la conciencia de clase y las experiencias de lucha.

Si fuese verdad que ya no hay sujetos, entonces desaparecerían como por arte de magia toda alienación, todo aislamiento obligado, toda soledad impuesta, todo sufrimiento inducido, toda manipulación mediática, todo aplastamiento de las experiencias de rebeldía radical, toda represión de la cultura y la sexualidad, toda prohibición de la cooperación social, toda explotación y, por supuesto, todo fetichismo.

¿Qué resta entonces? Pues tan sólo... esquizofrenia, desorden lingüístico, descentramiento de la conciencia otorgadora de sentido y ruptura de la cadena signifiante, predominio del espacio aplanado de la imagen por sobre el tiempo profundo de la historia sobre la cual se estructura la memoria y la identidad (individual y colectiva).

Para esta singular manera de abordar la filosofía y las disciplinas sociales, la lucha de clases y la conciencia de clase que se verifican y construyen en la historia se evaporan en lo insondable de una misma fotografía instantánea —mejor dicho, atemporal o ajena al tiempo— fuera de foco, que se desmembra en mil imágenes difusas y yuxtapuestas en un collage y un pastiche sin contornos definidos. Con el olvido de la historia y la cancelación de la lucha de clases también se evapora el sujeto, se anula su identidad y se archiva su memoria, es decir, desaparece toda posibilidad de crítica y de oposición radical al capitalismo y a su vida mediocre, inauténtica, mercantilizada, serializada y cosificada.

Lo que impregna todo este emprendimiento filosófico que pretende enterrar a la dialéctica; que desde los cómodos sillones de los despachos universitarios se atribuye autoridad como para labrar el acta de defunción de todo sujeto revolucionario; que propone expurgar de las ciencias sociales la herencia de la lógica dialéctica de las contradicciones explosivas; que intenta abandonar para siempre toda perspectiva de confrontación con los Estados por su carácter

supuestamente jacobino; que sueña, ilusoriamente, con garantizar el pluralismo sin plantearse la revolución es, en definitiva, una visión política que renuncia a la lucha revolucionaria contra el capitalismo. No es más que la legitimación metafísica de la impotencia política. Pero esta legitimación no se hace en el lenguaje ingenuo del socialismo moderado de fines del siglo XIX, sino a través de toda una serie de giros y neologismos filosóficos, políticos, teóricos; repletos de eufemismos, ademanes y puestas en escena, que no logran proporcionar una nueva teoría, superior y con mayor poder de explicación y de intervención que la tradición marxista. Así, rápidamente y sin trámites molestos, la literatura filosófica de la Academia post '68 abandona de un plumazo las categorías críticas de estirpe marxista que cuestionan el fetichismo de la sociedad mercantil capitalista y su fragmentación social, hoy mundializada hasta límites extremos.

De la gran teoría al “giro lingüístico” y al microrrelato

La mirada crítica de la dominación y la explotación capitalista se desplazó a partir de esos años desde la gran teoría —centrada, por ejemplo, en el concepto explicativo de “modo de producción” entendido como totalidad articulada de relaciones sociales históricas— al relato micro, desde el cuestionamiento del carácter clasista del aparato de estado a la descripción del enfrentamiento capilar y a la “autonomía” de la política, desde el intento por trascender políticamente la conciencia inmediata de los sujetos sociales a la apología populista de los discursos específicos propios de cada parcela de la sociedad.

Pero la mutación filosófica no se detuvo allí. En el denominado “giro lingüístico” que promovieron las metafísicas “post” —perspectiva que sin duda mantiene una deuda permanente con la herencia de Martín Heidegger y sus neologismos insufribles—, el mundo social se vuelve pura imagen y representación, perdiendo de este modo su peso específico en aras del lenguaje y el mero discurso (ya sea consensuado, como en la comunicación moderna e ilustrada de Habermas, o no consensuado, como en la *différance* posestructuralista de Derrida). De esta manera, la praxis revolucionaria y la transformación radical se disuelven, por decreto filosófico, en el aire volátil de la pura discursividad. La sociedad capitalista queda sancionada, administrativamente y con el sello prestigioso de las metafísicas académicas “post”, como algo eterno. Sólo nos resta seguir pataleando y protestando en el ámbito local y en el micromundo de los movimientos sociales; eso sí, con la condición de que cada uno permanezca encerrado en su propia problemática y todos se mantengan recíprocamente ajenos.

Frente a esta descripción, podría quizás argüirse que el posestructuralismo y el posmodernismo son corrientes diversas y que no conviene confundirlas incluyéndolas bajo el mismo paraguas. Podría ser. Nosotros, en cambio, compartimos la opinión de Fredric Jameson, quien en 1989 sostenía que *“continúo afirmando que la teoría contemporánea (es decir, el «posestructuralismo» esencialmente), ha de ser comprendida como otro fenómeno posmoderno más”* [véase Fredric Jameson: “Marxismo y posmodernismo”. En *Ensayos sobre el posmodernismo*. Buenos Aires, Imago Mundi, 1991. pp.124].

También podría plantearse que dentro mismo del posestructuralismo sería posible distinguir dos corrientes: la de aquellos que reducen toda la realidad social a un plano únicamente textual (por ejemplo Derrida) y la de

aquellos otros que sí admiten una realidad extradiscursiva, donde conviven lo dicho y lo no dicho (por ejemplo Foucault). Sin embargo, ambos tienen un mismo suelo común estructurado sobre el abandono de la categoría de sujeto, la dificultad para fundamentar una oposición radical al conjunto del sistema capitalista como totalidad y la ausencia de una teoría que permita pensar la praxis colectiva transformadora a partir de su propia historia.

El triste fetichismo del fragmento alegre

Las instancias y segmentos que conforman el entramado de lo social se volvieron a partir de entonces absolutamente “autónomas”. El fragmento local cobró vida propia. Lo micro comenzó a independizarse y a darle la espalda a toda lógica de un sentido global de las luchas. La clave específica de cada rebeldía (la del colonizado, la de etnia, pueblo o comunidad oprimida, la de género, la de minoría sexual, la generacional, etc.) ya no reconoció ninguna instancia de articulación con las demás. Cualquier intento por integrar luchas diversas dentro de un arco común era mirado con desconfianza como anticuado. “Nadie puede hablar por los demás”, se afirmaba con orgullo. “Toda idea de representación colectiva es totalitaria”. Cada dominación que saltaba a la vista para ponerse en discusión sólo podía impugnarse desde su propia intimidad, convertida en un guetto aislado y en un “juego de lenguaje” desconectado de todo horizonte global y de toda traducción universal.

De este modo, con la ayuda de los grandes monopolios de la comunicación que inducían y propagandizaban este tipo de pensamiento, se terminó avalando y enaltecendo como el máximo de lo posible la inorganicidad, el culto de lo “espontáneo”, la micropolítica del nicho y la falta de una mínima estrategia política común a largo plazo. Las luchas por las diferencias (culturales), aunque justas en sus reclamos específicos, terminaban dejando intacto el modo de producción capitalista en su conjunto. Despeinaban al sistema —arrancándole paulatinamente reformas que ampliaban la “tolerancia” hacia los nuevos sujetos sociales— pero no lo herían de muerte en su corazón.

Los casos emblemáticos del Ejército norteamericano —invasor genocida de varios países al mismo tiempo y perro guardián de los grandes capitales— dejando ingresar en sus filas a los homosexuales, otorgando altos rangos jerárquicos a miembros de la comunidad latina o afroamericana y permitiendo que la tortura a los detenidos en las prisiones de Irak sean aplicadas también por mujeres estadounidenses estaban encaminados en la misma dirección que la adoptada por el gobierno republicano de George W. Bush cuando designó a una mujer de raza negra como consejera de seguridad —es decir, vocera pública de la extrema derecha imperialista—. Todos estos casos resultan sumamente expresivos de esta política de “tolerancia”, “pluralismo” y “respeto de la diversidad”, reclamada con fervor... por las metafísicas “post”.

Los poderosos festejaban. Habían logrado conjurar —sólo momentáneamente, como después quedó demostrado— la amenaza del viejo topo revolucionario que tanto los había molestado durante los ‘60.

¡Cualquier reclamo de guetto particular, si no apunta contra el sistema en su conjunto, resulta perfectamente neutralizable, integrable y asimilable en función de la dominación!

Separando artificialmente la dominación patriarcal de la dominación de clase, la opresión cultural de los pueblos coloniales y las comunidades indígenas del gran proyecto económico expansionista del imperialismo, el racismo del colonialismo, la destrucción sistemática del medio ambiente de la “racionalidad” irracional de la acumulación capitalista; cada movimiento social corrió el riesgo de transformarse en un micro grupo y en una micro secta. Cada política en una micro política. Cada protesta en un reclamo molecular. Cada grito colectivo en un susurro local. Repudiando la política de clases y todo tipo de organización política transversal —no sólo las tradicionales, burocráticas y reformistas, sino toda política en general— se trató por todos los medios de mantener a cada movimiento social dentro de su propia parcela y su carril específico para que no se suelten las riendas.

Así, mediante esta fetichización de los particularismos, se podía ir neutralizando, cooptando e incorporando una a una, cada protesta que surgía, desgajada de cualquier posible peligrosidad o contagio anticapitalista con la que tenía inmediatamente al lado.

En 1990, en plena euforia neoliberal, David Harvey sintetizó esas posiciones ideológicas del siguiente modo: *“El posmodernismo nos induce a aceptar las reificaciones y demarcaciones, y en realidad celebra la actividad de enmascaramiento y ocultamiento de todos los fetichismos de localidad, lugar o agrupación social, mientras rechaza la clase de metateoría que puede explicar los procesos económico-políticos (flujos monetarios, divisiones internacionales del trabajo, mercados financieros, etc.) que son cada vez más universalizantes por la profundidad, intensidad, alcance y poder que tienen sobre la vida cotidiana”*. [véase David Harvey: *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires, Amorrortu, 1998. pp.138].

El posestructuralismo y sus derivados “posmarxistas” se limitaron a merodear sobre este ramillete de conflictos puntuales fetichizados, sin cuestionar jamás el modo de producción capitalista, el almacén que subsume y reproduce de manera ampliada esas diversas opresiones.

Cabe preguntarse: ¿por qué no pueden cuestionar ese núcleo inconfesado pero omnipresente? ¿Por qué divorcian, por un lado, la opresión de género, la discriminación hacia las nacionalidades, etnias y culturas oprimidas por el imperialismo, la destrucción del medio ambiente y el autoritarismo de la institución escolar que oprime a los jóvenes; y por el otro, las dominaciones de clase, la explotación de la fuerza de trabajo, la subsunción de todas las formas de convivencia humana bajo el imperio absoluto del valor de cambio, el dinero y el poder del capital?

La respuesta no es tan compleja, como podría parecer cuando se leen las artificialmente complicadas elucubraciones neolacanianas de Slavoj Žižek o las referencias al último Ludwig Wittgenstein en Ernesto Laclau o en otros textos posestructuralistas. Nosotros pensamos que ese divorcio no es inocente ni accidental. Bajo esa jerga, pretenciosamente erudita, distinguida, presumida y aristocratizante, se esconden verdades del sentido común.

La razón estriba en que para todos ellos los conflictos terminan siendo externos y ajenos al corazón de las relaciones sociales del

capitalismo. Por lo tanto, solucionables y superables en el horizonte de una supuesta y enigmática “democracia absoluta” —según Negri— o “democracia radical” —según Laclau— que, ¡oh casualidad!. dejan intacto el régimen capitalista.

Para la mayoría de las corrientes posmodernas y posestructuralistas el capitalismo, en última instancia, puede ser compatible con “el respeto al OTRO”, “el diálogo democrático”, la “no discriminación”, etc. La “radicalización de la democracia” (capitalista) como último horizonte implica un abandono muy claro, no siempre explicitado, ni siquiera por los “posmarxistas”: la perspectiva de la revolución socialista y la lucha por el poder para la transformación radical de la sociedad desaparecen rápidamente de escena.

¿“Pluralismo” o tentación liberal?

Las metafísicas “post” no hicieron más que girar y girar en torno a la pluralidad de relaciones cristalizadas y congeladas en su dispersión. Las enaltecieron en su carácter de singularidades irreductibles a toda convergencia política que las articule contra un enemigo común: la explotación generalizada, la subordinación (formal y real) y la dominación del capital. De esta manera, bajo la apariencia de haber superado por anticuada la teoría marxista de la lucha de clases en función de una supuestamente “radicalizada” teoría de la multiplicidad de puntos en fuga y una variedad de ángulos dispersos, lo único que se obtuvo como resultado palpable fue una nueva frustración política al no poder identificar un enemigo concreto contra el cual dirigir nuestros embates y nuestras luchas. Las metafísicas “post” elevaron a verdad universal, incluso con rango ontológico, la impotencia política de una época histórica determinada.

De esta manera, bajo el dialecto “pluralista” y “libertario”, se terminó recreando en términos políticos la añeja herencia liberal que situaba en el ámbito de lo singular la verdad última de lo real. De la mano de un argot neoanarquista meramente discursivo y puramente literario (que poco o nada tiene que ver con la combatividad de los heroicos compañeros obreros anarquistas que en Argentina, para dar un solo ejemplo, encabezaron las rebeliones clasistas de la Patagonia durante los años '20 o en España durante los años '30) se termina relegitimando el antiguo credo liberal de rechazo a cualquier tipo de política global y de refugio en el ámbito aparentemente incontaminado de la esfera privada.

Con menos inocencia que en el siglo XVIII... ahora, este liberalismo filosófico redivivo —que se vale de la jerga libertaria únicamente como coartada legitimante para presentar en bandeja “de izquierda” viejos lugares ideológicos de la derecha— ya no lucha contra la nobleza ni contra la monarquía. Enfoca sus cañones con el fin de neutralizar o prevenir toda tentación que apunte a conformar en el seno de los conflictos contemporáneos cualquier tipo de organización revolucionaria que exceda la mera lucha reivindicativa de guetto o el inofensivo poder local.

Que muchos de los motivos ideológicos posestructuralistas, formalmente “neoanarquistas”, corresponden en realidad al liberalismo no constituye sólo nuestra opinión. También lo ha planteado Alex Callinicos cuando, refiriéndose a la controvertida lectura que hace Foucault sobre la rebelión europea de 1968, sostiene que la suya: *“implica una interpretación particular de mayo de 1968 que rechaza el intento de considerarlo una*

reivindicación del clásico proyecto revolucionario socialista. Por el contrario, sostiene Foucault: «lo que ha ocurrido desde 1968 y, podría argumentarse, lo que hizo posible es profundamente antimarxista» 1968 involucra la oposición descentralizada al poder, más que un esfuerzo por sustituir un conjunto de relaciones sociales por otro. Un intento semejante sólo podía haber logrado establecer un nuevo aparato de poder-saber en lugar del antiguo, como lo demuestra la experiencia de la Rusia posrevolucionaria. Foucault busca dar a este argumento —en sí mismo poco original, **pues se trata de un lugar común del pensamiento liberal** desde Tocqueville y Mill— un nuevo cariz, ofreciendo una explicación distintiva del poder” [véase Alex Callinicos: *Contra el posmodernismo*. Edición en español de julio de 1993. En el sitio de internet: http://www.socialismo-o-barbarie.org/formacion/formacion_callinicos_postmodernismo_00.htm].

Pero de todos modos, cabe hacerle justicia y reconocer que en la obra teórica de Foucault existen algunas vetas y reflexiones —que los posmodernos académicos se encargan de pasar elegantemente por alto—, completamente inasimilables a las metafísicas “post” que paradójicamente él mismo ayudó a construir. Estamos pensando, principalmente, en algunos pasajes de *Vigilar y castigar* y en algunas conferencias de *La verdad y las formas jurídicas*. En varios tramos de esos escritos, Foucault se desmarca de la metafísica del Poder (con mayúsculas y sin determinaciones de clase) que defiende en las entrevistas de *Microfísica del poder* para situar históricamente las instituciones de encierro y secuestro, remitiéndolas explícitamente al extendido proceso de la acumulación originaria del capital europeo.

Si a pesar de todo su bagaje posestructuralista en algunas de sus obras Foucault sigue transitando por la reflexión marxista y dejando de lado la metafísica, bastante distinto es el caso de los denominados “nuevos filósofos” franceses. Éstos ex maoístas pasaron rápidamente de sus antiguos grupúsculos estudiantiles revolucionarios de 1968 a denunciar en 1976 y 1977 al marxismo como “filosofía del GULAG”, para apoyar primero a la socialdemocracia y luego incorporarse con bombos y platillos al neoliberalismo. Con amarga e irritada ironía, el mismo Callinicos los describe del siguiente modo: “*Los nouveaux philophes contribuyeron a convertir a la intelectualidad parisiense, en su mayoría marxista desde la época del Frente Popular y de la resistencia a la invasión alemana, al liberalismo. La izquierda parlamentaria accedió al gobierno en 1981, por primera vez desde la Cuarta República, en medio de un escenario político caracterizado por la desbandada del marxismo. Y mientras los antiguos miembros del maoísmo se apresuraban a firmar declaraciones en favor de los «contras» nicaragüenses, la izquierda en general estaba ya dispuesta a acoger a Nietzsche y a la OTAN*”.

Ese fenómeno de reconversión ideológica no fue privativo de la cultura “post” de Francia. Recordemos que en Italia, el gran enemigo filosófico de la dialéctica hegeliana-marxista, Lucio Colletti, recorrió el mismo camino para terminar bochornosamente en las filas políticas del célebre, culto y profundo pensador... Berlusconi.

El auge “post”... un hijo de la derrota

Las metafísicas “post” fueron hijas de una triple derrota.

En Europa occidental afloraron con los desencantados por la derrota del '68, la desilusión electoral que sobrevino en los '70 y la crisis del eurocomunismo.

En EEUU se trató de la derrota de las rebeliones contra la dominación racial (donde el poder norteamericano asesinó sin piedad a sus principales líderes, desde los radicales como Malcolm X hasta los moderados, como Martín Luther King) y también de las protestas estudiantiles de los '60.

En América Latina las represiones y genocidios militares —con decenas de miles de desaparecidos y torturados en Argentina, Chile, Guatemala, Perú, etc.— ahogaron a sangre y fuego las insurrecciones armadas de los '60 y '70.

Luego de esa triple derrota de los años '70 primó la fragmentación. Ante la ausencia de una coordinación más general el único recurso disponible consistió en mantener la resistencia de cada movimiento social en su propio ámbito y en su propia esfera, aunque todavía no apareciera sobre el horizonte la posibilidad de sobrepasar ese límite. Esa disposición de las luchas, los aislamientos respectivos y la fragmentación política fueron hijas de la necesidad. No surgieron como producto de un plan estratégico sino como el resultado completamente fortuito, azaroso y espontáneo del conflicto social.

Sólo después de que esto sucedió vinieron las legitimaciones a posteriori, *post festum*, de las metafísicas “post” que transformaron la necesidad en virtud.

En Europa occidental —su cuna de nacimiento originaria— esa aceptación jubilosa y entusiasta del posmodernismo y el posestructuralismo estuvo vinculada al mundo social de un nuevo segmento de las capas medias acomodadas y bien remuneradas (dedicada a tareas de gerenciamiento y supervisión con altos salarios) que se beneficiaba con una política de sobreconsumo selectivo, típica de la era Thatcher y sus acólitos continentales. Esos segmentos económicos en ascenso —algunos de ellos se hicieron famosos como “yuppies”— eran legitimados acríticamente por “los hijos de Marx y la Coca Cola”, tal como Alex Callinicos denomina a la generación de jóvenes intelectuales desencantados con el fracaso de 1968 y reconvertidos aceleradamente al sistema.

En el caso de Estados Unidos, la moda “post” ingresó fundamentalmente de la mano académica, años después de que las fuerzas de represión estatales lograran neutralizar la combativa oposición negra de los '60 y de que decayera el movimiento de oposición a la guerra de Vietnam. Allí, en territorio norteamericano, la operación ideológica consistió en despolitizar completamente la crítica cultural que había caracterizado tanto a la Escuela de Frankfurt (exiliada en EEUU ante el ascenso nazi) como al materialismo cultural de Raymond Williams y otros pensadores gramscianos del circuito anglosajón. Sin política, y sobre todo... sin marxismo, la crítica socialista de la cultura se transformaba en EEUU en los inocuos “estudios culturales”, perfectamente digeribles para la Academia y sus censores de *papers* e insulsas revistas con referato.

En los Estados Unidos, ese proceso de pasteurización y asepsia forzada de la teoría crítica llegó al extremo con los estudios “poscoloniales”, una parodia lastimosa y miserable del anticolonialismo militante de un Fanon, un Che Guevara o un Ho Chi Minh, por no mencionar a las Panteras Negras o a Malcolm X... Estudios que seguían proliferando como si en el mundo no pasara nada nuevo (y el colonialismo fuera apenas “un triste recuerdo del pasado”) mientras los marines yanquis continuaban invadiendo países y manteniendo dominaciones neocoloniales en defensa del petróleo por donde se les dé la gana hasta el día de hoy. Incluyendo torturas masivas

(Irak, Guantánamo, etc.) como en las mejores “hazañas” de Vietnam o Argelia.

En cambio, en América Latina este fenómeno de expansión ideológica fue más complejo. Si bien es cierto que un buen número de adherentes a las metafísicas “post” se nutrieron durante toda la década del '80 de los circuitos académicos crecidos al arrullo de las becas de las fundaciones socialdemócratas europeas que comenzaban a cooptar intelectuales, principalmente ex izquierdistas ahora arrepentidos, otro buen sector creció durante los '90 alentado por la proliferación de las ONGs. Este segundo sector no siempre provenía de la Academia latinoamericana, sino más bien de la ex militancia de izquierda sobreviviente al genocidio dictatorial, en cuyo seno caló muy fuerte la derrota de la experiencia sandinista en 1990, la momentánea soledad de la revolución cubana, los ecos tardíos del derrumbe soviético y la desilusión de las pomposamente denominadas “transiciones a la democracia” ocurridas tras las retiradas de las dictaduras militares de los años '70.

En el caso de las vertientes latinoamericanas provenientes de la militancia, sin preocuparse demasiado por la hermenéutica rigurosa de los escritos foucaultianos, derridianos o deleuzinos, se terminó repitiendo de modo acrítico la jerga “pluralista”, pseudolibertaria y cuestionadora del marxismo revolucionario de las vertientes europeas. Se compró ingenuamente, sin ningún balance ni beneficio de inventario, todo el paquete de la desmoralización eurocomunista de los años '70. Aunque en los '90 se intentó legitimar esa operación apelando a la autoridad del zapatismo y a la mentada “autonomía de los pueblos originarios” de las comunidades indígenas, estas corrientes de América latina terminaron hablando sumisamente la lengua del ventrílocuo europeo. Así, con un filtro y lentes europeos se interpretó, por ejemplo, la rebelión argentina de diciembre de 2001. Había que hacer entrar con fórceps, a como diera lugar, toda rebelión latinoamericana dentro del lecho académico de Procusto de las metafísicas “post”.

Con el falso supuesto y el engañoso argumento de que los relatos hermenéuticos posmodernos y las metafísicas académicas posestructuralistas nacieron... del suelo indígena (¿?) y brotan... de las culturas originarias (¿?), una vez más, como había ocurrido tantas otras veces, se terminaba adoptando como propio un discurso teórico forjado exclusivamente a partir de una experiencia política lejana y ajena: la de aquella generación europea derrotada en 1968, desilusionada durante toda la década del '70 y finalmente incorporada al sistema durante los '80.

Las metafísicas “post”, como ideología legitimadora de la impotencia política, constituyeron a nivel global el espíritu de una época bien determinada: la de la ofensiva neoliberal y la euforia capitalista. Una época que, gracias a la rebeldía generalizada por todo el mundo desde mediados de los años '90, felizmente ha dejado de ser la nuestra.

Hipóstasis fetichista y poder en las metafísicas “post”

Uno de los mecanismos discursivos reconocibles, bastantes pueriles por cierto, que se pusieron de moda en los estudios culturales y los escritos políticos (incluso de izquierda) a partir de la difusión de las metafísicas “post”, consiste en reemplazar los nombres singulares por los plurales...

como si el simple y mecánico agregado de un letra “s” proporcionara una nueva manera de comprender el mundo.

De esta forma, la resistencia se convierte en “las resistencias”; la alternativa en “las alternativas”, el capitalismo en “los capitalismos”, el imperialismo en “los imperialismos” y así de corrido. La moda de las “s” — que se agregan arbitrariamente en cualquier lugar, cuando hacen falta y también cuando no—, al oscurecer en lugar de aclarar, constituyen uno de los tantos síntomas de frivolidad y superficialidad típicos del pensamiento político que viene asociado a las metafísicas “post”. (Hablamos en este caso de “metafísicas” en plural, no por seguir esta moda que describimos, sino porque en este caso realmente son muchas, aunque todas se estructuran sobre un patrón similar). Frivolidad y superficialidad donde “el estilo es el mensaje” ya que la forma literaria, muchas veces informal, revulsiva e iconoclasta, termina por opacar el contenido político de fondo.

Pero no todo es cuestión de estilo. Parte de la operación fetichista presupuesta por las diversas metafísicas “post” remite a una cuestión más teórica. Ese contenido que excede la mera forma literaria consiste en hipostasiar diversas instancias de la vida y las relaciones sociales, aislándolas, separándolas del resto, otorgándoles un grado superlativo de existencia por sobre el conjunto y, en lugar de ubicarlas como parte integrante de la totalidad social, se las termina convirtiendo en el único Dios todopoderoso que en su absoluta exclusividad explicaría la reproducción del orden social. Ese mecanismo de pensamiento que genera la hipóstasis fetichista está presente en todos los emprendimientos “post” nacidos en París en los '70, consolidados durante los '80 en Europa occidental y difundidos por todo el orbe durante los '90.

En cada una de las metafísicas “post” esa hipóstasis asume un nombre distinto, pero la operación presupuesta es la misma. Puede llamarse *Ideología* (en el Althusser tardío); *Poder* (en Foucault); *Discurso* (en Laclau); *Diferencia* (en Derrida); *Poder-potencia constituyente* (en Negri), *Interpretación* (en Vattimo), *Deseo* (en Deleuze y Guattari), etc., etc. Siempre escrito con mayúsculas.

Todas estas metafísicas se quejan, critican y polemizan contra un supuesto reduccionismo marxista (típico en todo caso del viejo stalinismo, hace años devaluado y sin grandes representantes en el mundo de los debates científicos) que estaría centrado en La Economía. Sin embargo, por vías y caminos diversos, estas metafísicas terminan reemplazando el reduccionismo del “factor” económico por otros reduccionismos homologables y equivalentes, sin poder superar el desmembramiento fetichista que en su calculada dispersión impide comprender el capitalismo como una totalidad (articulada e histórica) de relaciones sociales.

La discutible metáfora arquitectónica de “la base y la superestructura” —bastante inoperante, por cierto, dado su dualismo entre economía y política y su esquematismo— fue reemplazada por otro tipo de metáforas igualmente cuestionables cuyos términos ya no reconocían ningún centro, ninguna condensación de enfrentamiento ni planificación de los encuentros frente al poder en las coordenadas del tiempo y el espacio. Toda planificación de los encuentros y toda estrategia a largo plazo se tornó (no sólo política sino también lógica y ontológicamente) imposible.

Es más. Las representaciones filosóficas y políticas de ese período ya ni siquiera reconocían un poder central contra el cual confrontar. Llevando al

extremo ese ejercicio teórico, la lógica política se transformó en un racimo infinito de lógicas diversas, fragmentadas, brutalmente dispersas y estructuradas sobre lenguajes recíprocamente intraducibles. ¡No hay poder, hay poderes!, se gritaba con énfasis desde las proclamas filosóficas post '68 que como demostró David Harvey abrieron la puerta —con un ademán contestatario y una jerga de izquierda— al conformismo posmoderno.

Si ya no hay un poder central contra el cual pelear, si ya no existe un espacio privilegiado de enfrentamiento donde el variado conjunto de explotadores y opresores encuentra una trinchera común para garantizar la reproducción del orden social, entonces no hay manera de proponerse una oposición radical y cambios totales de sistema. Ya no hay posibilidad de revolución, no porque momentáneamente no tengamos fuerza suficiente sino porque es... lógicamente imposible.

¿Qué nos queda entonces? Pues sólo nos resta el ensimismamiento de cada movimiento social dentro de su propio circuito y el reclamo por reformas puntuales en esos ámbitos. La política se privatiza y pierde capacidad de generalizarse y de luchar por una emancipación para todos y todas. Con gestos “libertarios” y con lenguaje contestatario se terminan reflatando las antiguas y apolilladas doctrinas del reformismo social.

¿De qué modo retorna el viejo reformismo? Pues con otra vestimenta y disfrazado para la ocasión, argumentando que como no hay manera de enfrentar al poder, entonces... nos conviene eludir toda confrontación. Dado que no hay modo de construir una estrategia de cambios radicales, entonces... nos conformamos con lo que existe o, a lo sumo, vamos avanzando de reforma en reforma. Las metafísicas “post” llaman “radicales”... a estas reformas, como si un mero ejercicio nominal pudiera cambiar su carácter político.

Pero, al menos, debemos reconocer que el antiguo reformismo finisecular —por ejemplo de signo bernsteniano— era más honesto: admitía su debilidad frente al poder del capital argumentando que su estrategia evolutiva evitaba “la violencia en la historia” y la persecución del movimiento obrero o su ilegalización. En cambio, las nuevas formulaciones posmodernas ni siquiera tienen la franqueza que todavía conservaba Bernstein (quien, como buen reformista, era también un férreo opositor al método dialéctico...). Eluden la realidad y la transformaban en un mero discurso, haciendo de la necesidad virtud, de la debilidad fortaleza, metamorfoseando el más puro reformismo en una supuesta... “nueva radicalidad” (puramente terminológica, sin fuerza política real).

La lógica integradora y globalizada del imperialismo

Paradójicamente, aunque en la literatura filosófica académica de los años '70-'80-'90 se produjo el festival del fragmento y el relato micro y predominó la religión fetichista de la parte aislada y separada de toda lógica global que la comprenda y le otorgue sentido, en la vida económica, política y militar el orden social del capitalismo tomaba exactamente un sentido inverso.

Aunque desde sus mismos orígenes el capitalismo constituye un sistema mundial en constante expansión (tanto en extensión como en profundidad, tanto generalizando las subsunciones formales como las reales, tanto a nivel geográfico como a nivel social), nunca antes la historia

asistió a semejante onda expansiva de las relaciones sociales mediadas por el dinero y el capital.

En las nuevas relaciones sociales que comenzaron a gestarse tras la crisis del petróleo de comienzos de los años '70, la crisis del dólar y el golpe de estado del general Pinochet que desde América latina inaugura el neoliberalismo a escala mundial, el ritmo del movimiento de la sociedad mercantil capitalista se acelera de una manera inédita. En menos de dos décadas el mercado mundial capitalista se engulle y fagocita el planeta completo, incorporando bajo su dominación global a millones y millones de trabajadores que hasta ese momento intentaban vivir en regímenes de transición poscapitalista. Nada ni nadie quedó al margen del mercado mundial.

A partir de entonces, el proceso de expansión imperialista norteamericano posibilitó ya no sólo en el ámbito europeo o latinoamericano —sus tradicionales ámbitos geográficos de disputa— sino a escala planetaria la imposición autoritaria del *american way of life*.

Según advierte lúcidamente Fredric Jameson: “*toda esta cultura posmoderna, que podríamos llamar estadounidense, es la expresión interna y superestructural de toda una nueva ola de dominación militar y económica norteamericana de dimensiones mundiales: en este sentido, como en toda la historia de las clases sociales, el trasfondo de la cultura lo constituyen la sangre, la tortura, la muerte y el horror*” [véase Fredric Jameson: *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado* [tardío]. Barcelona, Paidós, 1995. pp.18-19].

Esta lógica global generaliza valores e intereses, estandariza patrones de conducta, impone un único idioma para los vínculos internacionales —el inglés como *lingua franca* del dinero y el poder— e instala en todos los confines de la tierra una misma manera de ver y situarse en el mundo que hasta ese momento habían sido singulares a un Estado-nación y sus dominios específicos.

Mientras la filosofía posmoderna le rinde homenaje a la “Diferencia” y el liberalismo enaltece la tolerancia hacia el “Otro” (con mayúsculas), el mercado mundial capitalista homogeneiza y aplanar toda diversidad. La identidad autoritaria del mercado de capitales y la integración forzada en el sistema-mundo comienza a reinar, con bombardeos e invasiones, por sobre todos los oponentes y disidentes, mientras filosóficamente se legitima —encubriendo y ocultando semejante autoritarismo— en nombre de “la Diferencia” y “la tolerancia”. El pluralismo metafísico y el relativismo antropológico constituyen el barniz decorativo con que se encubren los tanques y cazabombarderos norteamericanos y las misiones del FMI y el Banco Mundial.

Durante los años '80 y '90, cuando la filosofía universitaria y el mercado editorial sancionaban el reinado de lo micro y el fragmento, fuera de las aulas y de las librerías sucedía exactamente todo lo opuesto: se debilitaban o disolvían las identidades particulares en aras de una perversa y nefasta lógica global. El discurso de las metafísicas “post”, enamorado ilusoriamente de la fragmentación y de la dispersión en nombre de un seudo pluralismo, invertía completamente la realidad. Tomaba una cosa por otra, encubría la explosiva transformación objetiva del mercado mundial suplantándolo discursivamente por las representaciones subjetivas de la Academia. De este modo legitimaba la dominación social del capital.

Casi al mismo tiempo que en el plano filosófico el posmodernismo y el posestructuralismo trataban durante los '80 y '90 de seducir a las distintas fracciones del campo popular con su culto al fragmento, a lo micro y a la

lucha dispersa y encerrada en sus respectivos guettos, en el terreno económico los representantes de la ideología neoliberal le recomendaban al capital acelerar la globalización de las relaciones mercantiles a escala mundial.

Por abajo, nos sugerían eludir o directamente abandonar la lucha por el poder; por arriba les decían que había que endurecer la dominación, la fuerza y el poder. Por abajo querían convencernos de mirar únicamente nuestros respectivos ombligos (los obreros únicamente al problema salarial, las mujeres a la dominación patriarcal, los ecologistas a la destrucción del medio ambiente, las minorías sexuales a la imposición de un patrón único de preferencias sexuales, etc.,etc.), sin poder cruzar las miradas; mientras por arriba les facilitaban el camino para alcanzar una política global del mercado frente a la sociedad. De este lado, con la vista cada vez más restringida a lo micro y a la punta de los zapatos, del otro lado del muro de la dominación, cada vez más abarcadores de lo macro.

Entre el “arriba” y el “abajo”, entre el posmodernismo y la mundialización neoliberal del capitalismo imperialista, entre el culto de la diferencia y la estandarización implacable del mercado capitalista existe una estrecha relación. Según Fredric Jameson, ambas *“parecen estar vinculadas dialécticamente, o al menos al modo de una antinomia insoluble”*.

¿Cómo comprender esta coexistencia temporal, combinada pero desnivelada y desigual, entre el discurso filosófico y el económico, entre las metafísicas “post” y el neoliberalismo?

Desde nuestro punto de vista esa coexistencia no es caprichosa ni una mera yuxtaposición inconexa de discursos que solamente coinciden durante la misma época cronológica. Entre la lógica del fragmento desgarrado y solitario y la lógica de la integración multinacional del mercado mundial que fagocita la totalidad de la sociedad planetaria existe una interconexión y una complementariedad íntima.

Hoy en día no alcanza con señalar únicamente esa rara convivencia. Hay que dar cuenta de ella. Pues bien, existe una posible explicación teórica de esa aparente asimetría entre los discursos legitimadores de la dominación mundial y local, global y fragmentaria. Esa explicación reside en la teoría marxista del fetichismo, leída en clave eminentemente política. Esta teoría, extrañamente “olvidada” y archivada por los discursos académicos a la moda, nos puede permitir comprender ese desfase aparente entre posmodernismo y neoliberalismo, entre racionalidad de lo micro y lógica de lo macro.

La génesis de la teoría del fetichismo y su noción de sujeto

A partir del cuestionamiento althusseriano clásico contra la teoría del fetichismo quedó asentado como un lugar común indiscutido por todas las metafísicas “post” que dicha teoría correspondería, supuestamente, a la ideología “humanista” —una mala palabra para toda esta jerga— de un Marx juvenil, insuficientemente socialista y todavía inexperto. Un Marx que todavía no había elaborado sus propias categorías y conceptos, que giraba sobre una problemática feuerbachiana, según apuntaba Althusser. Durante varias décadas se asumió ese dato como algo fiable y producto de una

lectura filológica rigurosa y estricta. Sin embargo, la génesis de dicha teoría es más compleja de lo que se cree.

En español, “fetiche” deriva del portugués “*fetiço*”, que significa “«hecho» de la mano del hombre”.

Es cierto que Marx utiliza por primera vez el término en el artículo “Debates sobre la ley castigando los robos de leña” (1842): “*La provincia tiene el derecho de crearse estos dioses, pero, una vez que los ha creado, debe olvidar, como el adorador de los fetiches, que se trata de dioses salidos de sus manos*”.

Posteriormente, en los *Manuscritos económico filosóficos de 1844*, retoma de la *Fenomenología del espíritu* de Hegel la categoría de “alienación” y el proceso de autoproducción del ser humano como especie a partir del trabajo, entendido como mediación y negatividad.

Luego, a partir de los *Grundrisse* [los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* de 1857-1858], Marx desarrolla el cuestionamiento del fetichismo pero comenzando por el fetiche dinerario, no por el mercantil.

Más tarde, en 1867, Karl Marx publica el primer tomo de *El Capital*. Un lustro después, entre 1872 y 73, revisa y modifica nuevamente el texto para su segunda edición alemana. Uno de los segmentos que adquieren relieve en esta segunda edición —precisamente la más madura, la más revisada, la más meditada de las que se publican en vida de Marx— es “El carácter fetichista de la mercancía y su secreto”. El tema del fetichismo ya estaba en la edición de 1867, pero recién en la segunda su autor lo separa del resto del primer capítulo sobre la teoría del valor y le pone ese título específico para destacarlo. Esta teoría, por lo tanto, a pesar de la sesgada y unilateral exégesis althusseriana que durante décadas se adoptó como “el último grito” en la filología marxista, corresponde a la última escritura de la obra. La de madurez.

Allí formula uno de los núcleos centrales con que *El Capital* cuestiona al capitalismo como sociedad y a la economía política, por entonces su principal saber legitimante.

No es aleatorio que durante el siglo XX, en *Historia y conciencia de clase*, una de las principales obras del pensamiento marxista a nivel mundial, György Lukács haya señalado que el capítulo acerca del fetichismo contiene y sintetiza todo el materialismo histórico, todo el autoconocimiento de los trabajadores en cuanto conocimiento de la sociedad capitalista (cuando Lukács formula esta tesis aún no había leído los *Manuscritos económico filosóficos de 1844* pues entonces aún no se habían publicado).

Filológicamente puede demostrarse que ese pasaje de la principal obra de Marx es uno de los resultados finales producto de sus miles y miles de páginas manuscritas y de las varias reelaboraciones de *El Capital* (este libro tuvo por lo menos cuatro redacciones. “El fetichismo de la mercancía y su secreto” corresponde a la última de todas).

Aunque las teorías de la alienación y el fetichismo tienen mucho en común (ambas describen inversión de sujeto y objeto, personificación y cosificación), el fetichismo remite su explicación exclusivamente a las relaciones mercantiles capitalistas. En los textos de 1867-1873 Marx aborda procesos análogos a los de 1844, pero eludiendo cualquier referencia a una supuesta “esencia humana” perdida y alienada. En tanto proceso histórico que puede superarse en la historia, el fetichismo no tiene nada que ver con ninguna “esencia”. No está en el corazón del individuo metafísico...

Por eso resulta un gravísimo error de las metafísicas “post” atribuir a la teoría marxiana del fetichismo una noción común, burguesa, fija y liberal

de “sujeto”. Para Marx la idea de un sujeto libre y contractualista, cuyas decisiones son absolutamente racionales, totalmente soberanas y plenamente autoconscientes es una típica ficción jurídica (así lo remarca en innumerables pasajes de *El Capital*). Ésta es precisamente la actitud del sujeto moderno contractualista presupuesto por la economía política neoclásica y su racionalidad calculadora e instrumental. El típico “sujeto libre” de la ideología burguesa, particularmente preferido por el individualismo liberal opositor a toda forma de Estado (corriente por la cual, dicho sea de paso, no pocas metafísicas “post” sienten una clara atracción nunca confesada aunque muchas de ellas se presentan en lenguaje libertario).

El sujeto del marxismo no es el sujeto cartesiano individual, propietario burgués de mercancías y capital, autónomo, soberano, racionalmente calculador y constituyente del contrato (es decir: el *homo economicus* eternamente mentado por la economía política neoclásica, el contractualismo liberal y la teoría de la elección racional). El sujeto que Marx y sus partidarios tienen en mente no se reduce a las determinaciones del varón, blanco, cristiano y burgués; el propietario-ciudadano-consumidor individual.

El sujeto del marxismo es un sujeto colectivo que se constituye como tal (incorporando las múltiples individualidades e identidades de grupo) en la lucha contra su enemigo histórico. Es el conjunto de la clase trabajadora, por eso constituye un sujeto colectivo, no únicamente individual. Su racionalidad no es instrumental ni calculadora. La teoría política que intenta defender sus intereses estratégicos no es el contractualismo de factura liberal ni su ontología social corresponde a las mónadas aisladas y sin ventanas (de origen leibniziano), donde cada persona su convierte —a través de la salvaje mediación del mercado— en un lobo para el hombre (Hobbes) y cuyas trayectorias individuales mutuamente excluyentes son organizadas por la “mano invisible” (de Adam Smith y sus discípulos contemporáneos).

Esta distinción elemental entre dos concepciones diametralmente opuestas y antagónicas acerca del sujeto debería estar en la base de toda discusión al respecto (si desaparece o no, si las ciencias sociales lo disuelven o no, etc.) para evitar la sospechosa ambigüedad y los numerosos malos entendidos sobre los cuales se estructura la mayor parte de las veces el cuestionamiento de las metafísicas “post” al marxismo.

La teoría del fetichismo, una reflexión “olvidada”

En su teoría crítica del fetichismo Marx sostiene que, a partir de la acumulación originaria y el intercambio generalizado de mercancías, las condiciones de vida expropiadas a las masas populares se autonomizan, cobrando vida propia como si fueran personas. Este proceso histórico genera que las condiciones de vida —transformadas en capital— se vuelven sujetos y los productores expropiados se vuelven objetos. La inversión fetichista consiste en que las cosas se personifican y los seres humanos, arrodillados ante ellas, se cosifican.

Todo proceso fetichista combina históricamente la cosificación y la personificación, la aparente racionalidad de la parte y la irracionalidad del conjunto social, la elevación a máxima categoría de lo que no es más que un pequeño fragmento de la realidad.

El fetichismo se caracteriza también por congelar y cristalizar cualquier proceso de desarrollo, definiendo discursiva o ideológicamente

alguna instancia de lo social como si fuera fija cuando en la vida real fluye y se transforma. Las relaciones sociales se “evaporan” súbitamente y su lugar es ocupado por las cosas, las únicas mediadoras de los vínculos intersubjetivos a nivel social. La aparente “objetividad absoluta” del orden social termina predominando por sobre las subjetividades sujetadas al orden fetichista. Las reglas que rigen la vida de esa objetividad que escapa a todo control humano cobran autonomía absoluta y toman el timón del barco social. Se vuelven independientes de la conciencia y la voluntad colectivas. Son las reglas, los códigos y las leyes sociales —ajenas a todo control racional y a toda planificación estratégica— las que rigen de manera despótica el curso de la vida humana.

En *El Capital* la teoría del fetichismo es la base de la teoría del valor y de la crítica de la economía política. Si Adam Smith y David Ricardo se preguntaron en su época por la cantidad del valor (¿cuánto valen las mercancías?... de acuerdo al tiempo de trabajo socialmente necesario para reproducirlas), en cambio nunca se interrogaron ¿por qué el trabajo humano genera valor?

La respuesta a esta pregunta inédita en la historia de las ciencias sociales remite precisamente a la teoría crítica del fetichismo y al trabajo abstracto (aquel tipo de trabajo humano vivo que se cosifica y cristaliza en sus productos como valor porque ha sido producido en condiciones mercantiles).

La humildad de Marx siempre lo condujo, en sus libros e intervenciones públicas y en su correspondencia privada, a reconocer que él no había inventado ni descubierto la lucha de clases, ni la apropiación del excedente económico bajo sus diversas formas de manifestación (renta terrateniente, interés bancario, ganancia industrial) ni siquiera el socialismo o el comunismo.

Sí estaba orgulloso de haber descubierto la categoría de plusvalor en su forma general (independientemente de la ganancia, renta e interés), la necesidad de un período de transición al comunismo bajo el poder de la clase obrera y lo más importante para la crítica de la economía política: la diferencia entre el trabajo concreto y el trabajo abstracto. En *El Capital* reconoce que *“He sido el primero en exponer críticamente esa naturaleza bifacética del trabajo contenido en la mercancía [...] este punto es el eje en torno al cual gira la comprensión de la economía política”*. Igualmente, en su carta a Engels del 24/8/1867 le confiesa: *“Los mejores puntos de mi libro son: El doble carácter del trabajo, según que sea expresado en valor de uso o en valor de cambio (toda la comprensión de los hechos depende de esto, se subraya de inmediato en el primer capítulo) [...]”*.

En otra carta a Engels, del 8/1/1868, le agrega: *“los economistas no han advertido un simple punto: que si la mercancía tiene un doble carácter –valor de uso y valor de cambio–, entonces el trabajo encarnado en la mercancía también debe tener un doble carácter [...] Este es, en efecto, todo el secreto de la concepción crítica”*.

Si haberlo descubierto tiene tanta importancia para su autor, ¿en qué consiste pues el trabajo abstracto y qué vínculo mantiene esta categoría con la teoría crítica del fetichismo?

El trabajo humano es “concreto” si produce “valores de uso”, objetos que satisfacen directamente una necesidad. En cambio, si el trabajo humano produce objetos para el mercado, que sólo serán consumidos después de haber sido intercambiados por dinero, en ese caso el trabajo es “abstracto” y el objeto producido es una mercancía que posee, no sólo “valor de uso” sino además “valor”. La sociabilidad del trabajo abstracto es

indirecta, está mediada por el mercado. Aunque al interior de cada unidad productiva capitalista —por ejemplo, un conglomerado multinacional de empresas— se realizan trabajos privados, todos ellos son fragmentos del mismo trabajo social global. Pero esa sociabilidad indirecta recién se manifiesta en el mercado. Al funcionar cada conglomerado u oligopolio de empresas de modo independiente y en competencia recíproca, no hay planificación del conjunto social (sí puede haber planificación o racionalidad parcial al interior de cada conglomerado pero ello no es extensible al conjunto de la sociedad capitalista mundial). Ésta sólo es posible si se socializan completamente los medios de producción y se ejerce una planificación democrática y participativa de toda la clase trabajadora.

La categoría de “trabajo abstracto” está entonces estrechamente asociada a la teoría crítica del fetichismo porque es la sociabilidad indirecta, *post festum*, realizada a posteriori (es decir, después de haber sido producida) del trabajo social global la que se cosifica en los productos que cobran vida propia y terminan reinando en el capitalismo de nuestros días. Por ejemplo, la supuesta “burbuja financiera” de un dinero global que asume vida propia y aparentemente empieza a crecer por sí mismo, sin la mediación productiva de ningún trabajo que lo genere, es un típico producto de relaciones fetichistas. Ese dinero global no es nada más que la encarnación cosificada del trabajo social global realizado bajo formas mercantiles capitalistas. Al no poder controlar sus mecanismos específicos de producción, distribución e intercambio mercantil, los sujetos colectivos de la sociedad capitalista globalizada terminan subordinándose a los avatares contingentes y caprichosos del dinero autonomizado.

Racionalidad de la parte, irracionalidad del conjunto

El proceso de “disolución del hombre” que las metafísicas “post” elevan a hipóstasis última de la realidad y designan como sujeto borrado resulta plenamente explicable desde el ángulo de la teoría crítica del fetichismo. Si los sujetos sociales del capitalismo tardío no pueden controlar sus prácticas, no pueden planificar racional y democráticamente la distribución social del trabajo colectivo, de sus beneficios y sus cargas, en las distintas ramas y actividades sociales a escala global, ello no deriva de algún principio inescrutable, insondable y metafísico...

Por el contrario, responde a un proceso histórico y político estrictamente verificable. Es la sociedad mercantil capitalista —que hoy ha alcanzado efectivamente dimensiones mundiales, aunque potencialmente las tuviera desde sus orígenes— la que borra a los seres humanos, la que cancela sus posibilidades de decidir racionalmente el orden social, la que aniquila su soberanía política y la que ejerce un control despótico sobre su vida cotidiana y su salud mental. Esos procesos tienen una explicación mundana y terrenal. Por eso mismo se pueden combatir. Su ontología es finita y endeble: depende tan sólo del poder del capital. Nada menos pero nada más que del poder del capital.

Es la lógica fetichista del poder del capital la que combina de modo desigual pero complementario la privatización de la vida cotidiana con su culto a lo micro y al ghetto —típicos del posmodernismo— con la expansión integradora y mundializada de los mercados globales — promovida por el neoliberalismo—; los discursos de las diferencias étnicas, religiosas y sexuales con la cultura serializada y homogeneizadora del mercado mundial.

Esa misma lógica fetichista es la que articula la falsa racionalidad de las microsectas de parroquia, encerradas en sus parcelas segmentadas y dispersas, cultivadoras de sus juegos del lenguaje intraducibles, con la racionalidad mercantil del conjunto social que hoy funciona a escala internacional.

Lo micro y lo macro, la lupa y telescopio, lo íntimo y lo absolutamente impersonal, constituyen dos caras de la misma moneda fetichista. Sólo acabando con la lógica fetichista se podrá superar ese lacerante dualismo que desgarrar con sus escisiones y enajenaciones cualquier proyecto político en polos antinómicos irresolubles.

¿Existen posibilidades realistas y viables para lograrlo? Creemos que sí... a condición de plantearnos la planificación de una estrategia política de vasto aliento y a largo plazo. Una estrategia que deberá ser, al mismo tiempo, antiimperialista y anticapitalista a escala nacional, regional y global.

Resistencia y nuevos tareas

Afortunadamente ya no estamos como en los años '80 o comienzos de los '90. Numerosas rebeliones (lo escribimos en plural porque de verdad fueron muchas) generalizaron la resistencia contra el llamado "nuevo orden mundial". Mientras en los '80 y primeros '90 hablar de imperialismo parecía anacrónico y caduco, hoy el debate ha vuelto al centro de la genda política y teórica.

Como señala Fredric Jameson: *"esa resistencia [a la imposición norteamericana] define las tareas fundamentales de todos los trabajadores de la cultura para el próximo decenio y puede constituir hoy, en el nuevo sistema-mundo del capitalismo avanzado un buen vector para la reorganización de la noción, también pasada de moda y excéntrica, del imperialismo cultural, y hasta del imperialismo en general"* [véase Fredric Jameson: "Nota sobre la mundialización como problema filosófico". En *Actual Marx: La hegemonía norteamericana*. Vol. III. Buenos Aires, 2000. pp.76].

La resistencia al imperialismo y al capitalismo mundializado asume vertientes distintas. Desde la lucha armada de pueblos invadidos por el ejército norteamericano y sus asesores (como Irak, Afganistán o Colombia) hasta movilizaciones masivas contra la guerra en las principales ciudades europeas e incluso en Nueva York, pasando por las tomas de tierras y haciendas en Brasil, los cortes de rutas y las fábricas recuperadas en Argentina, la movilización democrática en Venezuela y la continuidad de una forma de convivencia socialista en Cuba, entre muchos otros ejemplos.

A esas formas de lucha principales se agregan los diversos movimientos sociales que ya hemos mencionado en este trabajo: la lucha de los ecologistas, los homosexuales y las lesbianas, la comunidad afroamericana, las comunidades indígenas, los colectivos antirrepresivos y okupas de viviendas, las cadenas de contrainformación, etc.,etc.

¿Fue un error defender la legitimidad de estos últimos movimientos, aunque inicialmente nacieran y se desarrollaran respectivamente aislados? ¡De ningún modo! Esa primera forma de resistencia, todavía dispersa e inorgánica, cumplió el papel positivo de cuestionar en los hechos los aparatos políticos burocráticos, las jerarquías ficticias y el método administrativo y profundamente autoritario del conocido "Ordeno y mando". Nada más lejos del socialismo del futuro que el verticalismo burocrático que

reproduce al interior de nuestras filas el disciplinamiento jerárquico de la dominación capitalista.

No obstante ese papel inicialmente progresivo, la cristalización de esa forma determinada de dispersión y su perdurabilidad a lo largo del tiempo corren el riesgo de transformar lo que nació como impulso de resistencia en tiempos de derrotas populares y avance neoliberal del capital en algo estanco, funcional al sistema de dominación y explotación. En otras palabras: al institucionalizar como algo permanente, cristalizado y fijo lo que correspondió a un momento particular de la historia del conflicto social, se termina eternizando la debilidad del movimiento popular.

Si ya no estamos dispuestos a continuar festejando la dispersión ni a seguir defendiendo la actual fragmentación, ¿cuál es la alternativa?

¿Quizás la categoría de “multitud”, popularizada mediáticamente por Toni Negri? Creemos que no. En nuestra opinión, este término expresa una falsa solución para salir del pantano teórico en que nos dejaron las metafísicas “post”. Es más, el mismo Negri constituye un heredero directo del último Althusser y un fiel continuador de esas metafísicas a las que no deja de rendir homenaje en su libro *Imperio* [a este respecto, véase nuestro *Toni Negri y los desafíos de «Imperio»*. Madrid, Campo de Ideas, 2002].

Aunque cada dos oraciones Negri lo encubra asociándola con la repetición de la palabra “comunismo” (un término altisonante pero que en su prosa está completamente vacío), el concepto de “multitud” no es más que la lógica derivación de la fragmentación posmoderna: inorgánica, desarticulada, dispersa, sin estrategia política ni capacidad de organización ni planificación de los enfrentamientos con el capital a largo plazo.

Nosotros pensamos que la tradición marxista ha elaborado a lo largo de su historia otra teoría (además de la crítica del fetichismo) que nos puede resultar sumamente útil para este debate. Se trata de la teoría gramsciana de la hegemonía, muchas veces despreciada y muchas otras bastardeada o manipulada hasta el límite por las corrientes “post”.

De la fragmentación a la teoría de la hegemonía

Contrariamente a la caricatura economicista y “reduccionista” del marxismo que han construido los representantes de las metafísicas “post”, la filosofía de la praxis cuenta con una reflexión de largo alcance que bien puede servirnos para pensar una salida estratégica frente a las aporías entre lo micro y lo macro, y frente a la impotencia política del posmodernismo. Esa reflexión está sintetizada en la teoría gramsciana de la hegemonía (la de Antonio Gramsci, no la de sus intérpretes posestructuralistas, unilaterales y socialdemócratas, como Ernesto Laclau).

Al reflexionar sobre la hegemonía Gramsci advierte que la homogeneidad de la conciencia propia de un colectivo social y la disgregación de su enemigo se realiza precisamente en el terreno de la batalla cultural. ¡He allí su tremenda actualidad para pensar y actuar en las condiciones abiertas por la globalización capitalista, su guerra ideológica contra toda disidencia radical, su dominación cultural mundializada y su fabricación industrial del consenso!

Gramsci no se adentra en los problemas de la cultura para intentar legitimar la gobernabilidad consensuada y “pluralista” del capitalismo sino para derrocarlo. Sus miles de páginas tienen un objetivo preciso: estudiar la

dominación cultural del sistema capitalista para poder resistir, generar contrahegemonía y poder vencer a los poderosos.

¿Qué es pues la hegemonía?

Comencemos a explicarla por lo que no es. La hegemonía no constituye un sistema formal, completo y cerrado, de ideas puras, absolutamente homogéneo y articulado (estos esquemas nunca se dan en la realidad práctica, sólo en el papel, por eso son tan cómodos, fáciles, abstractos y disecados, pero nunca explican qué sucede en una formación social determinada).

La hegemonía, por el contrario, es un proceso de articulación y unificación orgánica de diversas luchas fragmentarias, heterogéneas y dispersas, dentro de las cuales determinados grupos logran conformar una perspectiva de confrontación unitaria sobre la base de una estrategia política y una dirección cultural. A través de la hegemonía un grupo social colectivo (nacional o internacional) logra generalizar la confrontación contra su enemigo enhebrando múltiples rebeldías particulares.

Ese proceso de generalización expresa la conciencia y los valores de determinadas clases sociales, organizadas prácticamente a través de significados y prácticas sociales.

Como ha demostrado Raymond Williams la hegemonía constituye un proceso social —colectivo pero que también impregna la subjetividad— vivido de manera contradictoria, incompleta y hasta muchas veces difusa [véase Raymond Williams: *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península, 1980. pp. 130].

Para ser eficaz y suficientemente “elástica”, la dominación cultural de las clases dominantes y dirigentes necesita incorporar siempre elementos de la cultura de los sectores dominados —por ejemplo, el “pluralismo”, el culto a la diferencia o el respeto al “Otro”— para resignificarlos y subordinarlos dentro de las jerarquías de poder existente. En cambio, cuando la hegemonía la ejercen las clases subalternas y explotadas, el proceso de articulación no tiene porqué manipular las demandas singulares de los grupos que integran la alianza estratégica contrahegemónica.

La hegemonía es entonces idéntica a la cultura pero es algo más que la cultura porque incluye necesariamente una distribución específica de poder e influencia entre los grupos sociales.

Dentro del bloque histórico de fuerzas contrahegemónicas unidas por una alianza estratégica no todos los grupos tienen una equivalencia política absoluta. Según ha demostrado Meiksins Wood, no todas las oposiciones al régimen capitalista pueden alcanzar la misma potencialidad antisistémica. Por ejemplo, la lucha contra la discriminación por motivos de raza o por determinado tipo de preferencia sexual, aunque totalmente legítima y a pesar de que forma parte insustituible de un programa socialista de lucha contra el sistema, no posee el mismo grado de peligrosidad y antagonismo que atraviesa a la contradicción entre la clase trabajadora y el capital.

Meiksins Wood sugiere, con notable contundencia, que el capitalismo puede permear cierto pluralismo e ir integrando la política de las diferencias. Pero lo que no puede hacer jamás, a riesgo de no poder seguir existiendo y reproduciéndose, es abolir la explotación de clase. Precisamente por esto, dentro de la alianza hegemónica de fuerzas potencialmente anticapitalistas, aunque todas las rebeldías contra la opresión tienen su lugar y su trincheras, el sujeto social colectivo que lucha contra la dominación de clase debe jugar un papel aglutinador de la única lucha que posee la propiedad de ser totalmente generalizable: *“mientras que todas las opresiones pueden tener las mismas demandas morales, la explotación de clases tiene una condición histórica diferente, una ubicación más estratégica en el centro del capitalismo; y una lucha de clases puede tener un alcance más universal, un mayor potencial para impulsar no sólo la emancipación de la clase, sino también otras luchas de emancipación”* [véase Ellen Meiksins Wood: *Democracia contra capitalismo. La renovación del materialismo histórico*. México, Siglo XXI, 2000. pp. 304-305].

Hegemonía no sólo es consenso (como algunas veces se piensa en una trivialización socialdemócrata del pensamiento de Gramsci), también presupone violencia y coerción sobre los enemigos. Para Gramsci no existe ni el consenso puro ni la violencia pura. Las principales instituciones encargadas de ejercer la violencia son los Estados (policías, fuerzas armadas, servicios de inteligencia, cárceles, etc.). Las instituciones donde se ejerce el consenso forman parte de la sociedad civil (partidos políticos, sindicatos, iglesias, instituciones educativas, asociaciones vecinales, medios de comunicación, etc.). Siempre se articulan y complementan entre sí, predominando uno u otro según la coyuntura histórica.

Por último, la hegemonía nunca se acepta de forma pasiva. Está sujeta a la lucha, a la confrontación, a toda una serie de “tironeos”. Por eso quien la ejerce debe todo el tiempo renovarla, recrearla, defenderla y modificarla, intentando neutralizar a sus adversarios incorporando sus reclamos —como por ejemplo el respeto de las diferencias— pero desgajados de toda su peligrosidad.

Como la hegemonía no es entonces un sistema formal cerrado, sus articulaciones internas son elásticas y dejan la posibilidad de operar sobre ellas desde otro lado: desde la crítica al sistema, desde la contrahegemonía (a la que permanentemente la hegemonía del capital debe contrarrestar). Si la hegemonía fuera absolutamente determinante —excluyendo toda contradicción y toda tensión interna— sería impensable cualquier disidencia radical y cualquier cambio en la sociedad.

En términos políticos, la teoría marxista de la hegemonía sostiene que los movimientos sociales y las organizaciones revolucionarias de los trabajadores que no logren traspasar la estrechez de sus luchas locales y particulares terminan presos del corporativismo, o sea limitados a sus intereses inmediatos.

De la metafísica y el fetichismo al desafío de la hegemonía

La construcción de una política centrada en la búsqueda de la hegemonía socialista nos permitiría no sólo superar los relatos metafísicos nacidos bajo el influjo de la derrota popular sino también recrear una representación unificada del mundo y de la vida, hasta ahora fragmentada por la fetichización de los particularismos. Sin esta concepción totalizante se tornará imposible responder a la ofensiva global del capital imperialista de nuestros días con un proyecto altermundista, igualmente global, que articule y unifique las diversas rebeldías y emancipaciones frente a un enemigo común.

El desafío consiste en tratar de consolidar la oposición radical al capitalismo construyendo cierto grado de organicidad entre los movimientos sociales y políticos. La simple comunicación virtual ya no alcanza. Jugó un papel importantísimo e insustituible durante la primera fase de la resistencia al neoliberalismo, cuando veníamos del diluvio y la dispersión absoluta. Pero hoy ya no es suficiente. La oposición al sistema, si pretende ser eficaz y modificar realmente las relaciones sociales de fuerza a nivel nacional, regional y mundial entre opresores y oprimidos/as, entre explotadores y explotados/as debe asumir el desafío de construir fuerza social y bloque histórico, tendiendo a la convergencia de las más diversas emancipaciones contra las mismas relaciones sociales del capital.